

FRANCISCO NARLA

# SUSEIA

Compostela, 1168.
La mayor catedral de la cristiandad tiembla de miedo.
La fachada se ha derrumbado. Ha estallado la guerra.
Un joven cantero condenará su alma.

La historia lo llamará maestre Mateo.

istoría

# Índex

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Lema**

**En el año de nuestro Señor de 1168...**

**De Trinitate. Libro I - 1168**

- Demonio y piedra
- Usura y gorrión
- Castaño y hielo
- Sangre y nogal
- Escaleras y garras
- Mentiras y picores

**De Trinitate. Libro II - 1188**

- Cabezas y cuernos
- Años y reyes
- Piedras y tintas
- Astillas y sangre
- Piedra y maleza
- Justos y lapislázuli

Hijo y padre

**De Trinitate. Libro III - 1211**

Cofres y muertos
Hijo y madre
Tres y dos
Herencia y caridad
Ángel y gorrión
Madre y padre

**Lema**

**Cuaderno de notas**

**Créditos**

# SUSEIA

FRANCISCO NARLA

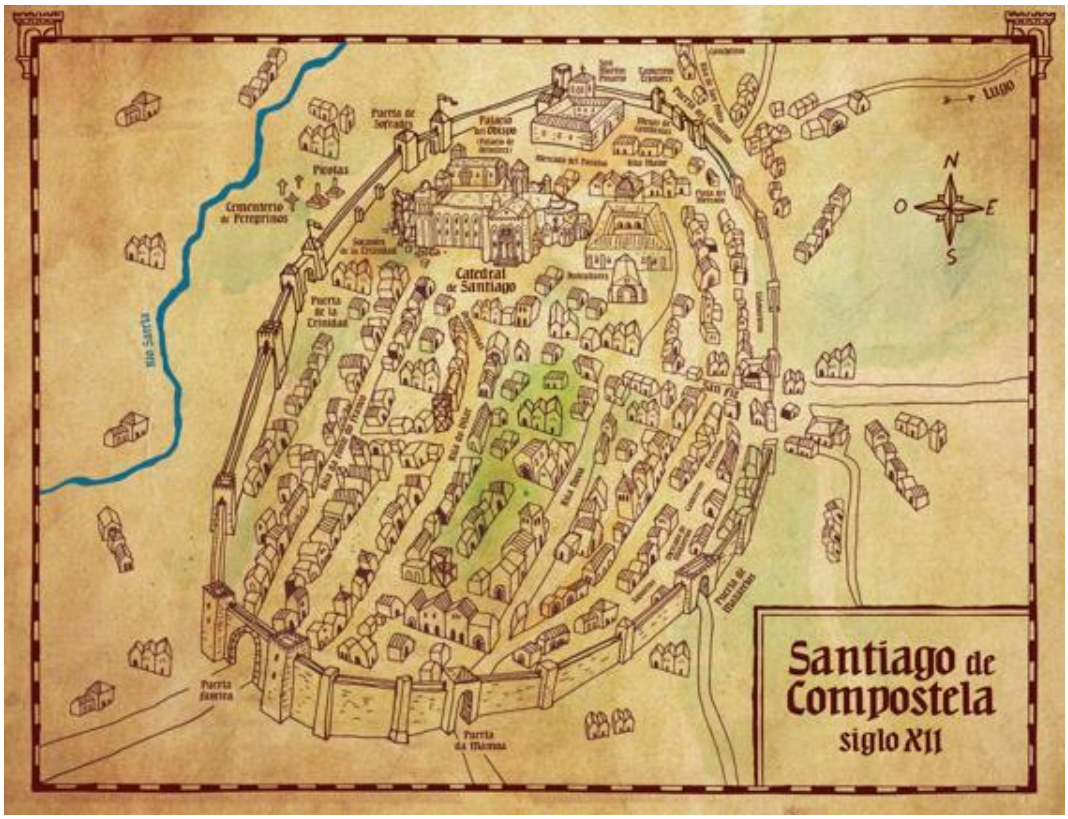
istoría

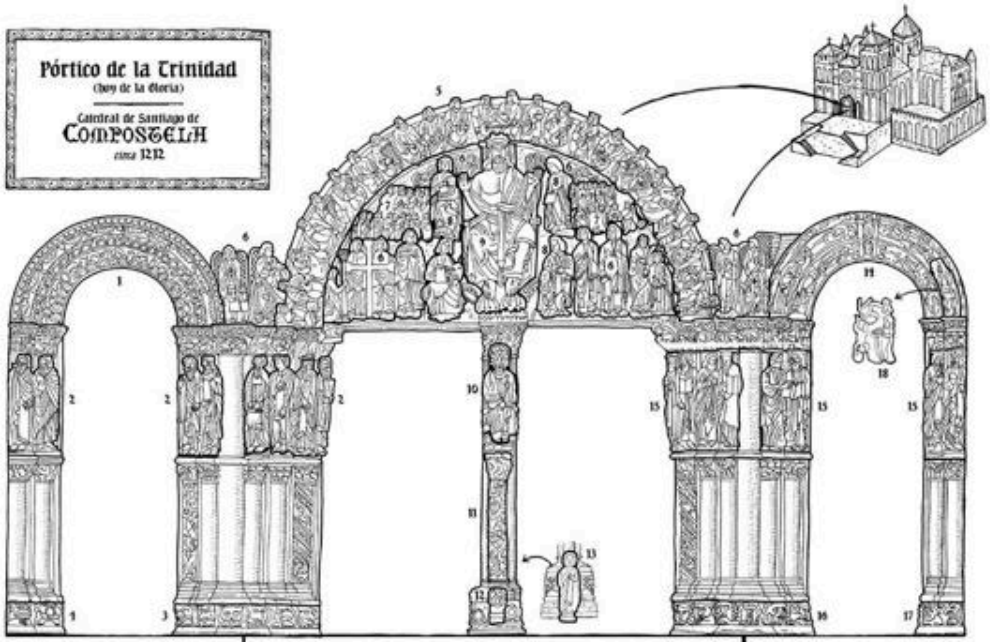
*Lector, librero, periodista, editor...*
*Gracias, muchas gracias por confiar en este cuento.*

*Para mis niñas, ojalá descubráis cómo pintar gorriones.*
*Ésta es una de vuestras historias... Nunca dejéis de soñar.*

**Un peregrino saludaba**
**«Ultreia»,**
**y le respondían**
**«et Suseia, Santiago».**


Reino de Galicia y León
Reino de Castilla
Reino de Portugal
Reino de Navarra
Reino de Aragón
Imperio almohade
Océano Atlántico
Mar Mediterráneo
Península ibérica
· Circa 1168 ·




**Entrada izquierda: Limbo**
(antes de Cristo)

1 Bajada de Cristo a los infiernos
2 Profetas
3 Pecados capitales
4 Herejías

**Entrada central:**
**Reino de Cristo, Gloria**

5 24 Ancianos del Apocalipsis
6 Ángeles
7 Pueblo redimido
8 Evangelistas (tetramorfos)
9 Cristo
10 Santiago Apóstol
11 Árbol de Jesé
12 Hombre nuevo (Sansón)
13 Santo dos Croques (trasera parteluz)

**Entrada derecha: Juicio Final**
(después de Cristo)

14 Purgatorio
15 Apóstoles
16 Pecados capitales
17 Victoria del hombre
18 Glotón

En el año de nuestro Señor de 1168 el Reino de Galicia y León es una cuña entre la ambición de Portugal y la codicia de Castilla.

Las tres Coronas desconfían. Se buscan los riñones con el puñal. Los viejos tratados, que repartían el sur reconquistado, son cenizas al viento.

Y mientras los cristianos pelean entre sí, más allá del estrecho ha surgido una nueva amenaza, los unitarios, los verdaderos creyentes, los almohades. Al-Ándalus se ahoga en sangre.

En Compostela, la catedral del Zebedeo, faro de la cristiandad, Jerusalén del occidente, continúa en obras... Y no podrá terminarse.

# De Trinitate
# Libro I
# 1168

# Demonio y piedra



## I

A los infiernos.

El demonio arrastraba a aquel desgraciado a los infiernos. Tiraba de él. Sus garras lo descuartizaban. Rompían la piel, las costillas. Se lo llevaba.

Y el pánico ahogaba el rostro de aquel desgraciado. Pero en las fauces del demonio temblaba una sonrisa. Apenas una sonrisa. Un amago entre colmillos. La sonrisa de un culpable. La de un monstruo alejándose del cadáver sodomizado de un niño, un monstruo que lleva en los bolsillos la certeza de que nunca, jamás, será señalado.

Era terror.

Bastaba un vistazo para comprenderlo.

Y era excepcional.

Un instante atrapado en piedra. Se oían los gritos. Los gruñidos. Hombre y demonio cobraban vida. Se olía el azufre. Se escuchaba el rugir de las llamas.

Y Mateo los miraba como si, con sólo mirar, pudiera robar el arte de aquel maestro que había hecho de la piedra tortura, sufrimiento y

locura.

Mateo había preguntado por la marca de aquel cantero. Y nadie tenía respuesta. Ni siquiera el viejo Gundisalvo. Nadie sabía quién la había tallado.

Era leyenda. Humo. Quizás uno de los francos traídos por el obispo Gelmírez. Quizás uno de los huidos a Pamplona, donde la paga no escaseaba.

Mateo hubiera querido conocerlo, aprender de él. Porque, fuera quien fuese, había sido arrollado por el dolor. Sólo así se encerraba aquel sufrimiento en piedra.

Y Mateo tenía algo que encerrar.

—¿Lo harías tú mejor?

Se lo preguntó al gato, con una sonrisa franca, cariñosa. Sin colmillos. Pero el gato, de manchas negras y mirada verde, sentado en una pila de cascotes, no contestó. Se lamió una pata y se restregó los bigotes.

—¡Te crees *lapingo*! Pues, anda con tiento —le recriminó Mateo, fingiendo un enfado que no sentía, bromeando—, no vaya a enterarse maese Verrondo que quieres sus calzones...

El gato no aceptó el consejo. Tenía mucho trabajo, era difícil mantenerse limpio en los talleres.

Todo estaba lleno de polvo. Del cantar de los cinceles y de polvo. Todo menos los gatos y aquella pieza. Aquel demonio y aquel pobre desgraciado llevaban dos años ante el puesto de Mateo, entre sus herramientas. Y lucían impecables. Mateo los cepillaba todos los días con una ramilla de escoba. Y cada día, cuando necesitaba inspiración, los miraba.

Quería aprender.

Y Mateo los miraba, con aquellos ojos suyos, uno de cada color, cuando alzó el martillo.

Y los miraba cuando recolocó el cincel sobre el borde de una hoja de acanto. Eso hacía. Hojas de acanto, volutas, alguna moldura. Por el momento.

Mateo volvió a mirar.

Volvió a recolocar el cincel, un pelo más allá.

Miró de nuevo.

Cambió de nuevo la posición del martillo.

Y, en el suspiro antes de dar el golpe, un golpe que nunca podría corregirse, que rompería el granito para bien o para mal, se escondía la promesa de que, algún día, domaría la piedra.

No pudo dar el golpe.

Antes llegó la pregunta. Y los problemas.

## II

El taller era un zapato viejo. Con demasiado camino a cuestas.

Había trabajo pero, más que nada, había remiendos, y piezas antiguas, muchas aún chamuscadas, de cuando Compostela había intentado linchar a un obispo y asesinar a una reina.

Habían pasado cincuenta años y aún se reparaba el desaguisado, entretanto, la catedral, sin terminar, mordía el aire sobre la vieja basílica del apóstol.

El taller era un zapato viejo, con agujeros en la suela. Faltaban oficiales, aprendices y maestros. Cordeleros, carpinteros, sogueros. Esclavos moros que arreasen los hornos de cal para el mortero.

Las obras continuaban, Compostela tendría su catedral, pero haría falta paciencia, y dineros. O un maese que no robase.

Aun así, pese a la decadencia, y no faltaban telarañas colgadas en el tenderete para herrar a los bueyes, en los talleres se podía

aprender el oficio de cantero. Se podía aspirar a la gloria.

Aunque Gundisalvo, como delataban sus mejillas afiladas, necesitaba más pan que gloria.

Viejo, revenido, con pecas de mica en los rizos, escasos y sucios, que cabalgaban sus orejas, Gundisalvo se acercó al puesto del oficial. Llevaba las manos ocupadas y una pregunta en los labios.

Una pregunta que, como algunos bloques de piedra, tenía una peligrosa grieta.

## III

Mateo alzó el martillo. Gundisalvo la pregunta.

—¿Por qué coño no lo hemos echado ya a la olla?

Y el gato, intuyendo que hablaban de él, bufó antes de marcharse indignado, con el rabo bien alto.

Y Mateo, en lugar de golpear el cincel, se dio la vuelta. Aunque antes echó un último vistazo a uno de aquellos ojos a punto de salirse de las órbitas, cargado de impaciencia, acentuado con diversión, como si el demonio supiera que aquel desgraciado entre sus garras era el primero de muchos.

Lo había visto un millón de veces, lo había dibujado otras tantas, y seguía aprendiendo. De las escamas en el lomo, vibrantes. De las manos crispadas, con las uñas a punto de saltar. De los labios temblorosos, cuna de un grito.

En lugar de golpear, Mateo echó un último vistazo y se dio la vuelta.

Y en las manos abiertas, viejas, comidas por el trabajo, encontró los pedazos de un puntero, uno como los tres que él mismo tenía en su puesto.

—¡Carajo! Es el segundo hoy —se quejó el viejo Gundisalvo, ofreciendo los trozos de hierro entre los callos de sus palmas—. ¡Y al Avemaría se le ha roto otro!

Mateo se apartó el pelo de los ojos. Uno de cada color.

Sus ojos eran desconcertantes. Como si uno viviera de día y el otro de noche. Uno, claro como una helada. El otro, negro como un abismo.

Y aquellos ojos, uno de cada color, miraron los restos del puntero. Y después, al otro cantero.

Pese a que ya había cumplido veinticinco, o eso creía, porque sus padres habían muerto cuando era un mocoso, y no le gustaba pensar en sus padres, especialmente en su padre, Mateo tenía aún aspecto de mozo. Uno que ha terminado las tareas y se ofrece a echar una mano limpiando las cuadras.

Mateo iba a contestar, a restarle importancia al asunto, pero cayó en la cuenta de que, tras del viejo, había demasiados reojos. Hasta el repicar de las mazas se había callado. Los canteros parecían ratoncillos asomados a la boca de la madriguera, sacudiendo los bigotes, mirando a todos lados con frenéticos ojillos negros, asustados por los gatos que rondaban los talleres.

Gundisalvo no era el único que esperaba respuestas.

Incluso Juanillo, el esportillero que iba y venía, que traía y que recogía, que estaba siempre pendiente de colmar los baldes con agua fresca, se había detenido. Entre el puesto del asturiano, que bisbiseaba otra avemaría, y el de aquel bigardo que había estado en Carboeiro antes de unirse a las cuadrillas.

El taller al completo miraba hacia el viejo y el oficial.

Mateo perdió su sonrisa, adelantó la mandíbula y sopló el pelo que, como siempre, le caía sobre el rostro.

—Viejo, vamos, ya conoces a Sancho, de higos a brevas templa los *fierros* con sidra...

Mateo lo dejó en el aire. Como si hablase de que había comenzado a llover.

Y Gundisalvo calló. Incluso rejuveneció. Parecía un chiquillo tímido, incapaz de preguntar si podía salir a jugar con sus amigos.

Ni un solo martillo golpeaba los cinceles. Ni siquiera disimulaban. Los talleres se habían detenido. Todos miraban. A Mateo, no a aquel demonio ni a aquel desgraciado. Miraban. Y esperaban.

Resignado, fatalista, Mateo se encogió de hombros.

Y preguntó, aun sabiendo que podría perder su trabajo.

—¿Qué queréis?

## IV

Cuando las viñas se revienen, no dan uvas, y quedan agarradas al suelo como garrapatas al pellejo de un burro, hasta que alguien las arranca.

Ése era el aspecto de Gundisalvo, el de una viña recién arrancada.

Había tropezado más de una vez en los tortuosos caminos del Señor. Y estaba viejo para deslomarse en los talleres. Pero pedir limosna no le hacía gracia. Con la edad le habían crecido las orejas, la nariz y el maldito orgullo. El mismo que, en tiempos, le había impedido llegar a maestro.

El herrero Sancho, en esas noches de sidra que le despistaban la fragua, de sidra, de cerveza, de vino, o de lo que hubiera, contaba cómo el viejo Gundisalvo se había liado a puñetazos con maese Remigio, mucho antes de que Verrondo estuviera al cargo, claro, con Verrondo al cargo los talleres habían cambiado.

Ahora, en lugar de soltar la derecha, el viejo chistó y, como tenía más faltas que dientes, se le escapó un hilillo de baba que se perdió en el laberinto de la barba.

Y el viejo disimuló. Se limpió con el dorso de la mano, como si no hubiera visto la conmiseración bailar en aquellos ojos, uno de cada color. E hizo otra pregunta:

—¿Qué queremos?

Gundisalvo se pasó la mano por aquella nariz crecida, y arrancó a contestarse, y se detuvo. Y cambió la mano al cogote. Y cayeron pecas de mica.

—¡Cagüen la leche que mamé! Que vuelva la Juana, eso quiero —rezongó al fin, cansado.

Con una mueca que era toda una tragedia, con su héroe maldito y su retahíla de desgracias. Y Mateo se apresuró a robar aquella mueca. Aunque sólo fuera para espantar el asunto que había detenido los talleres.

—Así calcas a Jeremías —le dijo con picardía al viejo—, siempre con un lamento a punto... Apañas un altar.

Y el orgullo de Gundisalvo se revolvió.

—¡No soy una de tus piedras! —protestó indignado.

Y con la rabieta se pareció aún más al profeta Jeremías, tenía aires apocalípticos, pero los mudó pronto para componer un rostro que le hubiera ido mejor a la paciencia del santo Job.

—¿Vas a hacer algo, *xilón*? —preguntó limpiándose de nuevo la barbilla.

Mateo no se tomó a mal que Gundisalvo lo llamase aprendiz, la edad regalaba autoridad entre los canteros.

De Juanillo al asturiano. Pasando por el vizcaíno, incluyendo a Sinesio. Los cordeleros. Y aquel talabartero pelirrojo que tenía ronchas de sarna en la cara pero que se entendía como nadie con

las mulas. El taller seguía con los ojos clavados en su oficial. Alguno incluso restregaba las manos con impaciencia.

Y Mateo encogió una vez más los hombros, cargados con el peso de aquellas miradas.

—¿Qué voy a hacer yo? —respondió—. Bastante tengo con andar cierto en lo que me toca. ¿Para qué serviría? ¿Qué mudará? Hay lo que hay...

Lo interrumpieron, Alguien, uno escondido entre todos, se atrevió a gritar:

—Hay lo que hay, ¡menos lo que roba Verrondo!

Y lo secundaron.

—Podíamos estar mejor —otra voz, con acento castellano.

—No es mi faena —protestó Mateo, mirando a unos y otros—, es del maese.

Empezaban a revolverse como pescados en la red. Inquietos. No escuchaban. No querían escuchar.

Mateo, tras un suspiro, acabó por asentir. Y cogió las manos del otro, hinchadas por la reuma. Las cerró, aún con los pedazos del puntero entre los dedos, y lo miró con aquellos ojos, uno de cada color, el derecho entornado.

—Mañana le echaré una mano a Sancho, o las dos. Me ocuparé del temple de los *fierros* yo.

El viejo Gundisalvo se tensó como la soga de una grúa.

—¡Cagüen las moscas del Portal de Belén! A ese borracho de Sancho lo puede encular el buey... Y la mula si se apaña...

Tragó una bocanada, sacudió la cabeza y dejó caer los pedazos de cincel. Los tres. Clac, clac y clac, levantando polvo del suelo.

—No podemos seguir así... —protestó el viejo.

—¡Tenemos hijos! —saltó Malaquías, el grandote que trabajara en Carboeiro—. ¡Familia!

—¡Y *fame*! ¡¡Hambre!!

Una voz más allá de tres hermanos de Toledo que trabajaban en los fustes de una columna. Una voz que, como todas allí, salpicaba la jerga de los canteros, de los *arxinas*, como se llamaban a sí mismos. Una mistura de gallego, franco, vasco, moro y latines. Una salvaguarda para que nadie que no fuera aprendiz pudiera domar la piedra.

Todo el taller se colgaba de Mateo.

Un puñado de miradas cargaba esperanza. Otras, más verdosas, como la de aquel gato, abonaban el deseo de que su oficial fracasase. Oprimido por aquel acoso, Mateo recordó a la pescadera golpeando el pecho de su padre.

No era fácil ser el hijo de Arrio.

—Sigue sin *ornearme* aprecio —reconoció Mateo sin tapujos, ofreciendo honradez incluso a quienes le tenían inquina—. Verrondo anda *talabiscado*. No me hará caso...

—A ti te escuchará —soltó Juanillo con un hilo de esperanza, sin dejar que su oficial se explicara.

Y uno, tan delgado que lo llamaban Sinsombra, alzó su maceta para señalarlo y enfatizar sus palabras.

—¡Sí! Si hablas tú, *cabancará*.

—¡Eso! Si hablas tú, aceptará.

Todos pendientes. Ansiosos. Unos para bien. Otros para mal. Sisnando, que sí tenía sombra y una ración de mala baba, tras su puesto, mordisqueaba el momento como si fuera regaliz.

Y Malaquías, que tenía el vozarrón de un oso con carraspera, volvió a hablar:

—¡Eres el oficial! ¿Quién diantres va a hacerlo sino tú?

El viejo había roto el hielo. Ahora todos se quejaban. El barullo creció como marea viva.

—¡Cagüen san Dios y en Cristo bendito! *Bai*. Habla con él —insistió un vizcaíno.

Y al vizcaíno se le acercó por detrás Sisnando, aún con cincel y maceta en las manos, y le dijo algo al cogote.

—¡Cojones! Demuestra que no eres tu padre —voceó el vizcaíno de inmediato.

Y una ráfaga de silencio sopló de un extremo a otro de los talleres. A Juanillo, que era el más joven, y el más inocente, se le cayeron los ojos al suelo, de pura vergüenza ajena.

No fue el único en sentirse incómodo. Aunque no todos compartieron ese malestar. Los talleres se dividieron en dos bandos. Cara y cruz.

Unos callaban. Otros seguían jaleando.

Y Sisnando se quedó tras el vizcaíno. Había terminado su trabajo. No volvió a abrir la boca. No solía hacerlo, a no ser para lisonjear al maestro Verrondo, o para rechuparse las uñas, con las que aplastaba los abundantes piojos que campaban por sus guedejas. No, no abrió la boca. Pero sus ojos vibraban. Tenían el brillo ansioso del avaro ante un puñado de monedas recién acuñadas.

Mateo fingió. No dijo nada. No se movió. Fue como una de sus estatuas.

No era fácil ser el hijo de Arrio.

Fue el viejo Gundisalvo, que ya trabajaba en los talleres cuando Mateo había sido admitido como aprendiz, quien atajó el asunto.

—Parla con Verrondo.

No fue una orden. Tampoco una petición. Fue algo en tierra de nadie. Aunque dos borgoñones que andaban siempre juntos, como primos bien avenidos, lo secundaron.

—*Oui, parle-lui !*

Y el otro tradujo, como siempre. Así lo hacían todo aquellos dos. Lo que uno empezaba, el otro lo terminaba.

—Sí, habla con él.

Mateo, y el viejo Gundisalvo advirtió el bochorno en las mejillas del oficial, se agachó, despacio, como si le doliesen las rodillas. Y recogió los pedazos del puntero mal templado. Y los hizo bailar en la palma de su mano.

Los hierros tintinearon. Y los ánimos se caldearon aún más.

—*Nos perrea!* O cambian las tornas o marchamos con viento fresco... —un leonés contrahecho.

—¡Verrondo es un ladrón! Nos vamos —recalcó el Sinsombra.

Habían aguantado demasiado.

—A Ourense —propuso Malaquías.

—A Ourense, ¡cojones! —insistió el vizcaíno.

Menos los gatos, todos vestían ropas viejas. Menos a los gatos, a todos les asomaba el hambre en los ojos hundidos.

Mateo dejó los trozos junto a sus propias herramientas, entre los bocetos, y volvió a soplar el pelo que le cubría el rostro.

—*Bai.* Hablaré con él.

## V

Y allí estaba. Frente a la tienda de Verrondo, el maestro de obras, el *lapingo*, como le decían en su jerga.

Y era como tener los pies al borde del abismo.

—*Bai.* Hablaré con él.

Y el viejo Gundisalvo se lo había llevado más allá de las dichosas hojas de acanto, junto a unos cascotes, y le había hablado en voz baja.

—Lo siento, *xilón* —le había dicho con un ademán que abarcaba a los demás—. No me dejaron otra.

Y Mateo se había soplado el flequillo. Y había asentido.

—No le pises los callos al cebón. Templa —le había advertido Gundisalvo.

Y Mateo había prometido que lo haría.

Pero no sabía cómo hacerlo.

De su bolsa, colgada al cinto con un cordón que había sido atado y reatado, con nudos tan finos que apenas se notaban, Mateo sacó una concha, y cuando lo hizo no hubo monedas que tintineasen.

La concha se la habían dado esa mañana. La había traído Gatón, uno de los boyeros al cargo de los carros con los bloques de las canteras.

Blanca y reluciente, pulida por las olas, había viajado hasta allí desde las playas. Una promesa de mar y horizontes de libertad.

—Para tu niño —había dicho Gatón, jovial.

Y Mateo le había ayudado a descargar.

Y ahora, frente a la tienda de Verrondo, frente al abismo, con la concha en la mano, pensaba en su hijo. Y reunía valor.

La tienda era un resto, una lona de las campañas de Toledo, cuando el rey Fernando se liara a espadazos con su sobrino castellano. Cristianos matándose bajo la desconfiada mirada de los moros en la orilla opuesta del Tajo.

Nadie sabía cómo, pero Verrondo se había hecho con ella y, desde allí, ejercía como maestro de obras para la catedral.

Junto al paño de la entrada, sujeto con un hierro clavado al suelo, la lona todavía llevaba un remiendo que tapaba un flechazo.

El maese era celoso de su trabajo. No le gustaba que los demás vieran cómo tallaba sus piedras o replanteaba los planos. El suyo era el único puesto a resguardo. Y no sólo le servía para espantar las

lluvias de invierno, empeñadas en lavar recuerdos de viejas revueltas de las calles de Compostela, allí guardaba también sus secretos. Los que sólo él conocía sobre los arcos, las dovelas y la ley de la piedra.

Los canteros eran una familia mal avenida. La piedra guardaba demasiados misterios. Desconfiar resultaba cómodo.

Y Verrondo era el más desconfiado de todos ellos.

Mateo inspiró hondo, asintió para darse ánimos, abrió y cerró los dedos, que enseñaban su trabajo, una de las uñas, aplastada y morada, amenazaba caerse, en torno a la concha, y preguntó si podía entrar.

Asumió que el gruñido que tuvo por respuesta significaba que sí.

Dejó atrás el repicar de los cinceles, que habían vuelto al trabajo, y entró en la tienda. Aún olía a cuero y hierro, a caballos, a sangre. A batalla.

Y a orín de gato.

A Verrondo le gustaban los gatos. Decía que mantenían a raya a las ratas. Las mismas que se comían el esparto y el cáñamo, las que estropeaban el carísimo yeso traído de la Bárdena para trazar los planos.

Y en los talleres abundaban los gatos, para los que Verrondo siempre mandaba disponer escudillas con sobras del rancho.

Incluso había prohibido que acabasen en la olla de aquel mismo rancho.

—Cincuenta latigazos —había amenazado.

Y había uno allí mismo, pidiendo mimos. Un gatazo pardo, con la cara marcada por una reyerta nocturna, enredado en las piernas del maestro.

Pero el maestro no le cumplía el capricho al animal, trabajaba en una imagen del Bautista. Y, como siempre, al ver las tallas de

Verrondo, Mateo sintió envidia.

Era un tirano. Pero sabía usar el cincel y la maceta.

La túnica del Bautista obligaba a humillar el mentón. Parecía mojada. Como recién salida del Jordán tras bautizar a Cristo. Se plegaba sobre la pierna, se tensaba y destensaba. Mostraba el peso del agua. Dibujaba la silueta. Que alzaba un brazo para recibir al Espíritu Santo convertido en paloma.

No tenía la fuerza de aquel demonio.

No, no tanta.

Pero, aunque a Mateo le doliese, aunque los celos le cosquillearan el cogote, era excepcional. En especial la tela. Aquella túnica, casi real. Casi empapada.

Verrondo no abandonó el trabajo para escuchar a su oficial. Lo dejó cocerse en su silencio. Y descargó la maceta, con decisión. Y desplazó el cincel, sin una duda.

Cayó otra media docena de golpes, sin titubeos, antes de que Verrondo echase dos pasos atrás para contemplar su obra.

Asintió para sí, satisfecho. Y, soltando las herramientas, se sirvió vino de una jarra de plata en una copa a juego. Y la mesa de donde levantó la copa, un lujo con taraceas de nácar que sólo podía haber salido del antiguo califato cordobés, valía más que las bolsas de todos sus canteros.

Verrondo bebió y, cuando miró por fin hacia su oficial, descubrió admiración, y se regodeó en ella. Como si se relamiera tras un dulce.

Habló antes de darle la oportunidad a Mateo.

—Si vuelves con el cántaro a la fuente —alzó la copa para apuntarle, y en su manga había brocados de oro, y sus ropas estaban limpias—, recuerda, el que no inclina la cerviz cuando es reprendido será quebrantado...

Habló despacio.

Y no utilizó el verbo de los *arxinas*. Nunca lo hacía. Eso se lo dejaba a sus hombres.

Habló despacio, y dejó las palabras colgando, obligando a su oficial a esperar. Se tomó su tiempo. Abandonó la copa, al lado de la jarra de plata y de un cubilete de cuero, sobre aquellas taraceas de nácar.

Verrondo era todo lo contrario al viejo Gundisalvo. Verrondo era un odre rebosante. De cabellos recios como espinas, negros. De rostro rotundo tras una nariz rota y mal recompuesta.

Cierta o no, porque el maese nunca había acallado los rumores, tenía una fama de pendenciero que le sentaba mejor que su propia túnica, que no tenía sitio para colgarse y redoblarse como la del Bautista. Una colosal barriga la mantenía tensa.

Algunos decían que Verrondo había sido mercenario para los morabitos de Badajoz.

Otros, que había matado a cuchilladas a un juglar en una taberna de Zamora, por deudas de juego.

Y el maese cogió el cubilete que tenía junto a la jarra y la copa, y lo agitó haciendo cascabelear los dados en su interior. Que eran de hueso, y sonaron a muerto levantándose de la tumba el día del Juicio Final.

—Si insistes con esa locura tuya, no volveré a darte trabajo.

## VI

—Todos trabajan duro. Y bien —como hablar con un puñado de arena en la boca—. Prestaría si se pudiera subir lo que *zaspeamos*...

Mateo lo ensayó. Lo intentó. Lo pensó.

No llegó a decirlo.

Abrió la boca, pero aquel cascabeleo de los dados lo obligó a callar. El maestro no quería escuchar.

Verrondo aún no había acabado.

Tapaba la boca del cubilete con su mano rechoncha. Y, con un último arreón, lo volcó entre cinceles y martillos. Terminó su amenaza, con la calma de quien las emplea a menudo y, además, sabe que surtirán efecto.

—Nosotros, pecadores, bailamos con la suerte, pero la decisión es de Jehová —los ojos, grandes y oscuros, clavados en los de su oficial —. Y a ti te salen siempre demasiados unos —sentenció examinando la tirada—. Habrías perdido...

Se agachó y recogió al gato, que se dejó arropar en los gruesos brazos y levantó la cabeza para apretarse contra los dedos que rascaban entre las orejas.

—Me ocuparé —dio un paso hacia Mateo—, lo juro por lo más sagrado, de que no haya cristiano que te dé trabajo, de aquí hasta la misma Conques.

Los dedos de su oficial se abrieron y cerraron sobre la concha. Aquel ojo derecho, el más oscuro, volvió a entornarse.

Saña. Odio incluso. Eso cargaban las palabras del maese.

—Le diste pena a ese loco de Remigio y te arrojó limosna. Pero no tienes ni la experiencia ni los conocimientos para resolver estos asuntos...

Aquel ojo derecho, el oscuro, se cerró.

Los dos ojos de Mateo habían sido del color del mar, de un mar somero y tranquilo. Habían sido del color de una poza entre dos mareas. Azul desvaído. Pero una esquirla lo había golpeado.

Y el derecho no llegó a curar. Nunca. La pupila, de día o de noche, se abría como una sima. Una sima oscura.

Mateo sabía, se lo decía el corazón, sabía que tenía razón, que su solución era mejor que la del maese. Lo sabía. Pero también sabía que Verrondo cumpliría su amenaza.

Y fue como darle un mordisco a una cebolla agria. A punto estuvieron de saltarle las lágrimas. Aun así, se tragó el orgullo.

—No, *itoiz*, por supuesto que no —dijo Mateo, sumiso—. Los zapadores ya están *mureando*, como se ordenó. Como aprobó el arzobispo.

Y decirlo fue como caerse en un matojo de ortigas. Mateo tuvo que rascarse.

No pudo callar.

—Aunque el arzobispo cavila sus misas y sus latines —se le escapó —, no las razones de la piedra...

Se sintió como si lo hubiera dicho el gato. Incapaz de asumir que había sido así de insensato. Mateo se arrepintió en cuanto salió de sus labios. Y apretó tanto el puño que la concha mordió la palma de la mano.

Verrondo bufó como un toro al embestir. Tanto que el gato saltó de sus brazos y se escabulló bajo el flechazo remendado de la entrada.

El maese no gritó. No levantó la voz. Pero se acercó otro paso más. Mateo hubiera podido darle un puñetazo. Y no le faltaron ganas, pero eso sí pudo evitarlo.

Verrondo habló con un susurro:

—Rebelde como un macabeo, ¿sabes que macabeo significa martillo?

La pregunta no esperaba respuesta.

—¿Cómo ibas a saberlo? Eres un ignorante, nunca podrás plasmar en piedra las enseñanzas de las Escrituras.

Como si tomase aliento en una larga cuesta. Con resignación de mártir, Verrondo siguió escupiendo bilis. Le gustaba escucharse a sí mismo.

—Hasta un ciego lo vería. Tienes talento —reconoció mordiendo las palabras—, pero no el suficiente para taparte la boca. Ya se sabe, la juventud es vanidad. Vanidad y humo. Además, la sangre de tu padre corre por tus venas. Tu linaje está podrido. Remigio se equivocó.

Y, como un último pensamiento, del que se hubiera acordado.

—Y sacas demasiados unos...

Aunque sintió que tragaba un puñado de clavos. Mateo se apresuró a humillar el mentón y hablar en el tono más humilde que pudo reunir. Sin una sola insinuación a que la idea del maese, la que había aprobado el arzobispo, le parecía una majadería.

—Los zapadores están trabajando. Y se han dispuesto carros para recoger las *arrías* sueltas —dijo Mateo sin tomar aire, a toda prisa—. En un par de semanas habrán terminado. Tres a lo sumo. Como se ordenó.

Nervioso, se le hizo poco, y tuvo que repetir:

—Rematarán en tres semanas...

E intentó Mateo espantar aquel asunto del maldito socavón. Lanzarlo tan lejos como una pedrada. Abrió la boca de nuevo, para hablar de lo malo del rancho, del poco trabajo, de que faltaba esparto. De lo que fuera. De lo bello que era el Bautista. Pero la tenía tan seca que fue incapaz de pronunciar palabra.

Verrondo dio un último paso. Su enorme humanidad se cernió sobre el oficial como una sombra.

El maestro tomaba una decisión.

Y Mateo sintió en las tripas que su futuro dependía del instante siguiente. Su trabajo pendía de un hilo. Y su trabajo era cuanto

tenía. Mateo era piedra y hierro, cincel y martillo. Sólo su trabajo lo sacaría de la sombra de su padre.

Los dedos volvieron a abrirse y cerrarse sobre la concha.

Se imaginó en la calle. Se imaginó las preguntas del pequeño Mateo. Preguntas para las que no tendría respuesta. Y Aldonza. Imaginó los gritos de Aldonza. Pudo escucharlos. Le pitaron los oídos.

Tenían poco. Él, su esposa, el pequeño. Tenían poco. Podían quedarse sin nada.

Mateo esperó. El timón al tope, los ojos clavados en las rocas de la costa, rezando para que el bote virase a tiempo.

Y antes de que Verrondo volviese a hablar, llegó el silencio.

Cayó como el granizo, fuera. Los cinceles se habían detenido una vez más aquella mañana.

Y la lona con el flechazo se apartó. Alguien entró sin pedir permiso.

## VII

Entró, como una clueca rodeada de sus polluelos. Una clueca tallada en aquel mismo granito, dorado y duro, con el que levantaba su catedral.

Entró Pedro Suero de Deza, señor y arzobispo de Compostela.

Parecía hecho de pedernal. Y no hacía falta arrimarle hierro para que saltaran chispas.

Doctor en derecho, teólogo, estudiante bajo la batuta del famoso Ricardo de San Víctor, en París, y niñera de las disputas entre Castilla, Portugal, Aragón, Navarra y el viejo Reino de Galicia y León.

Hablaba cuatro idiomas, podía discutir de astronomía o de retórica y, sin embargo, parecía uno de aquellos leoneses que ganaban el pan luchando mano a mano en las ferias.

Su eminencia tenía todos los títulos. Aunque daba la sensación de que las nueces las comía sin cascarlas.

Las comadres decían que ese hablar suyo, que parecía sierra en un leño, sólo endulzaba en las homilías, cuando sus palabras se encendían de pasión. El resto del tiempo, más que hablar, el arzobispo soltaba bofetadas.

Su guardia, con el bestia de Ruy Ansúrez a la cabeza, se quedó a la entrada, junto al flechazo remendado, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

Y el arzobispo Suero entró como una tromba, rodeado de media docena de los canónigos del cabildo, que llegaron alborotados como chicuelos que hubieran visto al coco.

Se interpuso entre el oficial y el maese, obligando a ambos a dar un paso atrás.

—¡Estamos en guerra!

Jamás juraba o blasfemaba. Tampoco enredaba con latines. Suero era uno de esos hombres para los que su saliva valía más que el lapislázuli del Beluchistán. Y jamás repetía una orden.

El arzobispo dio una vuelta sobre sí mismo. Rotundo. Hablándoles a ambos a la vez. Los tres rodeados por el revoltijo de canónigos. Y siguió hablando sin esperar respuesta, como enojado por explicar lo obvio.

—Ese picaflores de Afonso de Portugal ha atacado.

Con sus manos recias y aquella mandíbula cuadrada con un hoyuelo en el mentón, el arzobispo pasaba por capitán de caballería.

Ni siquiera vestía casulla, y era habitual verlo en cota de malla, con la maza al cinto.

A ninguno le hubiera extrañado que pidiese su caballo para cabalgar hasta la frontera y plantar cara a los portugueses.

—Eminencia —dijo ceremonioso el maestro de obras—, serán represalias por repoblar Ciudad Rodrigo, el rey Fernando tendría que haberos hecho caso —cambió el tono de voz, lo hizo más profundo —. Si uno agita el árbol, la fruta caerá. Su alteza tendría que haberos escuchado. Como rezan los Proverbios, el que obedece el consejo será sabio.

La zalamería de Verrondo echó atrás los labios de Mateo, como si hubiera mordido un limón verde. Pero el maese tenía labia para continuar.

—Siempre ha sido demasiado sanguíneo —continuó Verrondo—. Todos conocemos su fama de mujeriego. No sabe contenerse. No es hombre de virtudes —se inclinó en una reverencia—, no como su eminencia. Sólo piensa en la gloria, quiere que los juglares canten sus hazañas como si fuera el mismo Cid. Le ciega el hambre de fama. Y ya dicen las Escrituras que la vanidad es sombra.

El arzobispo se giró hacia Verrondo como un vendaval. Y le puso la mano en el hombro, con una palmada que hubiera encogido un palmo al gigante Goliat.

Una vez más, Suero fue al grano:

—Tuy ha caído...

Mateo dio un paso atrás, y los canónigos aletearon de un lado a otro, entre cuchicheos. Y si Verrondo no reculó también fue porque la mano del arzobispo lo tenía atrapado como un cepo.

—Y un puñado de castillos a orillas del Miño —añadió el arzobispo sacudiendo el hoyuelo.

Suero soltó por fin al maestro de obras. Resopló. Y agachó la cabeza antes de continuar.

—Hay que parar las obras.

Ahora sí que dio Verrondo un paso atrás. Espantado, como si hubiera visto los diez cuernos de la bestia del Apocalipsis.

—Lo que queda en el tesoro tendrá que defender Compostela —sentenció el arzobispo.

—Eminencia...

La súplica del maese no fue escuchada. El arzobispo se había explicado más que de costumbre. Había dicho cuanto tenía que decir.

Ya no era sólo el trabajo de Mateo el que pendía de un hilo. Ahora iban a quedarse todos en la calle, desde el *xebo* Gundisalvo hasta el esportillero Juanillo.

—Eminencia, no podéis...

Verrondo no tenía palabras, las buscaba mirando a todos lados, pero no las encontraba. Aunque no importaba, rodeado de sus pollos, el arzobispo ya salía de la tienda. Ya llamaba al capitán de su guardia. Daba el asunto por zanjado.

No era la primera vez y no sería la última. Los dineros, la política, las envidias. Había muchas, demasiadas zancadillas. Había pasado antes y volvería a pasar. Las obras de la catedral se detendrían.

Quién sabía cuántos años pasarían hasta volver a ponerse en marcha.

A Verrondo el disgusto le arrugó el entrecejo, pero a Mateo acababan de darle una paliza.

Se había terminado.

Y Verrondo jamás le llevaría la contraria al arzobispo, tenía la lengua demasiado metida en el desaguadero de su eminencia.

Y Verrondo se apañaría. Algunos se apañarían. Cogerían un hatillo y se emplearían en la casa de algún mercader. Una reforma. O quizá se echarían al Camino, a la contra de los peregrinos, y encontrarían

trabajo. Aunque no sería una catedral. Y si lo era, no sería Compostela.

Mateo sintió que las piernas se le derretían como cera al fuego. Y se acordó del judío. De las deudas.

Se había acabado.

Hasta que Mateo habló.

# VIII

Mateo podía escuchar los gritos de Aldonza.

Los susurros se habían convertido en gritos. Las sonrisas en desplantes. Algo se había roto entre ellos. No sabía cuándo ni cómo. Pero se había roto. Y no se había hecho pedazos, se había convertido en reproches. En amargura.

Pero estaba Mateo. El pequeño.

El arzobispo se marchaba. Verrondo metía los dados en su cubilete. Y Mateo sabía cuál sería la orden. Que reuniese a los hombres. Que les diera la noticia.

Había venido a pedir un aumento y saldría de la tienda con miseria para todos.

Qué sería de Juanillo, que tenía pocas luces para hacer otra cosa. Y del viejo Gundisalvo, que se lo había gastado todo donde la Juana.

Podía escuchar a Aldonza. Sentía el peso de su mirada, fría, cargada de desprecio. Ella no estaba allí, pero no hacía falta. Podía sentirla.

Y el pequeño Mateo haría preguntas.

Echaba de menos hablar con Aldonza. Echaba en falta compartir sus sueños. Hablarle de la piedra.

—Ese maldito demonio te ha sorbido los sesos —con el dedo apuntando hacia él.

Con el labio superior cabalgando los incisivos. Aldonza podía golpear donde más dolía. En sus sueños.

—¡Ojalá se partiera en dos!

Cuántas veces se lo había oído decir, gritar.

Los canónigos bisbiseaban latines, y salían de la tienda, uno estaba a punto de apartar la lona de la entrada. El sol se colaba por las puntadas de aquel remiendo sobre el flechazo, dibujaba la silueta del capitán Ruy Ansúrez, al otro lado.

Las obras se detendrían, hasta capear el temporal.

Se había acabado.

Hasta que Mateo habló:

—Su madre y su abuelo están enterrados aquí, *eiquí*.

## IX

Sólo el arzobispo se detuvo. Y los canónigos tropezaron unos con otros, envueltos en un caos de exclamaciones. Uno de ellos, tan rubio que la tonsura apenas se distinguía, cayó en un revoltijo de hábitos. Y se levantó como si el suelo ardiese, sacudiéndose las ropas y componiendo el gesto. Fingió que no había pasado nada.

Pero sí había pasado. El arzobispo se había detenido. Y volvía su hoyuelo hacia Mateo.

Verrondo abandonó con tanta prisa el cubilete que lo apoyó mal, y los dados se vertieron, para repicar en el suelo, como poco antes habían hecho los trozos de un puntero.

—¡Eminencia!

Dio dos pasos hacia el arzobispo. Con los ojos bien abiertos y la expresión de rebuscar en su memoria hasta encontrar qué decir.

Sin embargo, su eminencia no le prestó atención a Verrondo. Siguió interesado en el oficial. Con aquel mirar peculiar, con un ojo de cada color.

Y Mateo se apresuró.

—El Altísimo *protéxalos* —y se santiguó con la mano hecha un borrón—, Doña Berenguela y el conde Raimundo están enterrados en la catedral —insistió—. Y el rey Fernando aún no ha dictado dónde quiere sepultura...

El ceño de Suero, inseguro, se enredó. Tenía las cejas tan espesas que parecieron arbustos sacudidos por el viento. Y Mateo sabía que el arzobispo no le guardaba simpatía. Jamás se lo había dicho a la cara, pero Mateo lo sabía. Cuando Suero lo miraba, sólo veía una cosa, el pecado de su padre.

Había sido el arzobispo el que había elegido a Verrondo, pese a las recomendaciones del maese Remigio a favor del propio Mateo.

—Recuerdo lo que hizo tu padre —escupió Suero, con un desprecio poco cristiano.

Y Mateo aguantó la cornada. Debería haberse callado. Humillar el mentón. Pero no lo hizo. Por los gritos de Aldonza. Por las preguntas del pequeño. Y porque él también recordaba lo que Arrio había hecho.

—Los dos borgoñones dicen —a la carrera, antes de que Verrondo pudiera protestar— que todos los Capetos se entierran en San Dionisio.

El arzobispo, con aquellos brazos de leñador, apartó a los canónigos como si desbrozase maleza con un machete en la mano.

—Compostela no es París —le espetó acercándose.

Y pese a lo rotundo de las palabras, a Mateo le pareció ver tras ellas a la curiosidad del arzobispo, asomada como si espiase tras una puerta entreabierta.

Cuando Suero se puso a dos pasos, y era tan alto que tuvo que mirar hacia abajo para toparse con aquellos ojos, uno de cada color, el oficial no dejó escapar la oportunidad.

—Fue el abad Suger —dijo Mateo cargado de intenciones— el que hizo de San Dionisio lo que es. *Un prodixio.* Una maravilla.

Ahora asintió el arzobispo. Apenas un temblor. Y, sin remedio, Mateo robó el gesto para sus tallas, aquel gesto decía que sí, que no y depende, todo a la vez. Se imaginó a José escuchando cómo María explicaba la visita del ángel Gabriel.

—Se recuerda a Gelmírez —se reconvino Mateo a sí mismo, y se esforzó por seguir hablando de políticas, no de arte—, pese a cuanto *agió* que no era suyo y a que estuvieran a punto de lincharlo por dos veces.

La boca del arzobispo se afinó, como si fuera a silbar y no recordase la melodía.

Y Verrondo se entrometió como un derrumbe, sin dejar que su oficial volviese a hablar.

—El ilustre y viejo Reino de León y Galicia necesita terminar este faro de la cristiandad —dijo abriendo los brazos, adelantando a su oficial—, y la catedral podría convertirse en el camposanto de la Corona. ¡El rey Fernando! ¡Sus hijos! ¡¡Sus nietos!!

Verrondo alzaba las manos, señalaba al cielo, más allá de la tienda, hacia las obras, y hablaba como un profeta en rapto divino. El mismo Espíritu Santo había descendido sobre él, igual que sobre los apóstoles en Pentecostés.

Y el arzobispo Suero se olvidó de Mateo. Ahora le prestaba toda su atención al maestro de obras. Y los canónigos lo secundaban,

miraban al oficial como a un apestado.

—La Corona estaría unida a la catedral, y la catedral a la Corona —Verrondo juntó las manos con una palmada, tan fuerte que hizo brincar a aquel canónigo que había caído al suelo—. Por los siglos de los siglos —entrelazó los dedos—. ¿Qué mejor lugar para los herederos del reino que junto al mismísimo Zebedeo, favorito de Cristo nuestro Señor? ¡Hermano de Cristo!

Mateo se sintió ir cuesta abajo, sin remedio. Quiso decir algo más. Pero Verrondo, que lo vio de reojo, se adelantó.

—Eminencia, como dicen las Crónicas en las Escrituras, y corregidme si me equivoco...

Verrondo miró hacia arriba como si buscase inspiración. Y citó con voz solemne:

—... Y lo sepultaron en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David, honrándole en su muerte todo Judá y toda Jerusalén; y reinó en su lugar su hijo.

El mensaje calaba, los canónigos se revolvían de un lado a otro, como polluelos picoteando un puñado de salvado.

—La catedral de Compostela —aseguró Verrondo— será mayor y más bella que San Dionisio.

Aquellos arbustos en el ceño del arzobispo volvieron a sacudirse con una ventolera. Y encaró al maestro como si estuviera dispuesto a pelear con él.

—Hace una semana —recordó alzando un dedo apocalíptico— dijiste que íbamos retrasados, que necesitamos más hombres, y más fondos.

Y entonces Verrondo demostró que no tenía escrúpulos. Descolgó sobre el hombro otro reojo hacia Mateo. Una amenaza, muda, helada. Implacable.

—Ah, su eminencia —replicó el maese seguro de sí—, pero eso fue hace una semana, ¡una semana! —lo recalcó como si hubiera pasado un milenio—. Todo ha cambiado. Estaba diciéndole a mi oficial que os diera recado de que quería veros.

Mateo dudó. Era el momento de intervenir. Pero dudó, no supo qué decir, no supo cómo descubrir la mentira sin que la ofensa le costase el trabajo.

Dudó.

El arzobispo no le hacía caso. Los canónigos lo miraban como si estuvieran a punto de excomulgarlo.

Mateo dudó. Y perdió su oportunidad.

Verrondo bajó los ojos a la alfombra en el suelo del taller. Cargado de humildad. Encogió incluso los hombros y su barrigón descendió medio palmo antes de volver a su lugar.

—Hace unos días —dijo el maestro—, mientras rezaba con fervor ante el altar, como cada mañana, el mismísimo Santiago me inspiró.

Se detuvo para dejar escapar un largo suspiro. Y cuando alzó el rostro compuso la expresión de un cordero inocente. Gordo, seboso, pero inocente.

—Puede hacerse, eminencia —aseguró Verrondo—. Más grande, más solemne. La Jerusalén celeste de Juan, en este paño de lágrimas. Puede —con un asentimiento—. Mejor de lo que Gelmírez llegó a soñar.

Alzó una mano, señaló a los cielos. Le retemblaba la papada. Dos lágrimas bailaban en sus ojos.

—Lo dejó escrito Lucas. Nada hay imposible para Dios —continuó Verrondo en un arrebato místico—. He recibido la inspiración de los ángeles. El mismo apóstol me ha regalado el modo de avanzar con premura.

El arzobispo alzó una de aquellas manazas y la hizo girar en el aire, como si enrollase un hilo suelto en su dedo.

—Sé cómo resolver el socavón de la fachada oeste —aseguró Verrondo en éxtasis.

Las cejas del arzobispo volvieron a sacudirse, como si dentro se escondiese un animal acosado.

—No eres el primero en decir eso —repuso Suero en un tono atravesado de sospechas.

Y los canónigos bufaron como los gatos del taller. Todos clavaron sus ojos en Mateo, el hijo de Arrio.

—Aquello fueron los delirios de un perturbado, eminencia —respondió el maestro de obras—, pero puede hacerse, con la ayuda de Dios, ¡puede hacerse!

Verrondo se coló entre el arzobispo y el oficial, obligó a Mateo a dar un paso atrás. Y a escuchar.

Y Mateo escuchó. Y se sintió incapaz de reaccionar. Le estaban robando, delante de sus narices. Pero cada vez que reunía el valor para intervenir, un nuevo reojo del maese lo frenaba.

Sin pudor alguno. Con la víctima a sus espaldas. Verrondo explicó la idea que había acudido a su rescate mientras oraba piadosamente. Una ingeniosa solución para el problema con el que las obras habían tropezado durante años. Durante generaciones.

Era una idea que salvaba la pendiente entre la planta de la antigua basílica, sobre la que se levantaba la nueva catedral, y la explanada que había al oeste, la que llegaba hasta la puerta de la muralla a la que llamaban de la Trinidad.

Hasta ese momento, aquel condenado desnivel había sido la pesadilla de todos y cada uno de los maestros al cargo. O se resolvía o terminarían con una catedral chata, con aires de iglesia de pueblo recortada.

Y era una buena idea. Mucho mejor que el plan que había propuesto el propio Verrondo y que el arzobispo, resignado, había aceptado. Ese en el que trabajaban los zapadores, el que necesitaba un par de semanas, tres a lo sumo.

Era una buena idea. Y era idea de Mateo.

Pero Mateo era hijo de su padre. Y su padre había hecho algo imperdonable.

## X

Sentía las mejillas a punto de arder.

Tanto apretó el puño que la sangre tiñó la concha. Y goteó en la alfombra del maese, una de esas alfombras que los caballeros habían traído de vuelta tras la cruzada a Tierra Santa.

—Habrá que convencer al rey —dijo Suero.

La expresión del arzobispo era la de quien deseaba escuchar que sí.

—Puedo dibujarlo —respondió Verrondo grandilocuente—. Puedo mostrárselo. Y será como la visión de Ricardo de San Víctor. ¡Mejor!

Y se acercó tanto al arzobispo que podría haberlo besado.

—Será como siempre habéis soñado, eminencia.

El arzobispo Suero se rascó el cogote, en un gesto más de pescador que de teólogo, a punto de escupirse en las manos y jalar los cabos de una red en la que se ha metido un marrajo con la bocaza repleta de dientes afilados.

—Vendrás conmigo —tajante.

El dedo de su eminencia señalaba al maestro de obras. Y la siguiente orden la soltó sin dirigirse a nadie en particular, pero cayó

entre los canónigos como una pedrada en un estanque, todos se agitaron.

—Que preparen los caballos. Saldremos al encuentro del rey.

Y la reverencia de Verrondo fue tan exagerada que Mateo entrecerró los ojos. Imaginó que el maese caería y rodaría por el suelo. Pero no fue así, incomprensiblemente, y pese a su enorme barriga, Verrondo logró incorporarse.

—Por supuesto, eminencia. Se obedecen decretos, mandamientos, leyes y preceptos —respondió con la cabeza gacha—. Aunque, permitidme despachar unos asuntos con mi oficial antes...

Mateo se tensó. Verrondo sólo le dejaría conservar su trabajo a cambio de silencio.

Tanto apretó la mandíbula que sus dientes rechinaron.

Aún podía ser peor. Y si los rumores sobre Verrondo eran ciertos. Y si conocía la guerra. Y si le encargaba a cualquier jaque que le metiese un palmo de hierro en las tripas. De eso sobraba en Compostela, buscafortunas, descastados de aquella eterna guerra con los moros.

Nadie guardaba mejor un secreto que los muertos.

El arzobispo Suero acudió en su auxilio.

—No hay tiempo —tascó rotundo.

Y echó de nuevo aquella manaza en el hombro del maestro para arrastrarlo, como si no fuera más que un chiquillo travieso que no quiere enfrentarse al castigo.

Entre los cacareos de los canónigos, salieron todos de la tienda, y Mateo quedó solo, con la magnífica talla del Bautista, y con un último reojo que Verrondo le arrojó sobre el hombro.

Cuando regresasen, con buenas o malas noticias. Con el rey dispuesto a apoyar las obras, o con la catedral detenida. Su vida no volvería a ser la misma.

# XI

El resto de la jornada, Mateo apenas pudo terminar la dichosa hoja de acanto.

Apenas pudo hacer otra cosa que elucubrar.

Empapado en sudor frío, con las tripas retorcidas en nudos marineros.

Pensó en suplicar. En jurar que mantendría la boca cerrada.

Supo que se mentía, no podría hacerlo.

Y pensó en sacar de su escondrijo el último marco de oro, el que había ahorrado para el pequeño Mateo. Podía hacerlo sin que Aldonza se enterase. Pagar él mismo a uno de aquellos jaques. Oro a cambio de sangre.

Y supo que se mentía, una vez más, tampoco podría hacerlo.

Camino a casa, por unos pasos, incluso pensó hacerlo él mismo. Sólo por unos pasos. Sabía dónde vivía Verrondo. Conocía sus costumbres.

Fue sólo unos pasos. Y ni siquiera le trajo consuelo.

No era un ladrón. No era un asesino. Era un cantero. Un *arxina*.

Cabizbajo, caminó sin la habitual alegría que lo empujaba al saber que vería a su pequeño, incluso se dejó la concha. Olvidada en su puesto, junto a la pila de bocetos que atrapaban sonrisas, miradas, ceños fruncidos. Papel cuando lo había, tablillas de haya cuando no, cera incluso, hasta en el yeso de las monteas que despiezaban los arcos.

Con carboncillo, con un estilete, incluso con el dedo. Mateo encerraba en dibujos lo que quería guardar en piedra. Paseaba por el mercado de Mazarelos, subía hasta la Puerta de la Peña, o bajaba a la de la Mámoa. Buscaba a sus profetas, a sus apóstoles y a sus reyes, y Compostela, donde las esquinas hablaban eslavo, germano,

franco; donde las cornisas escuchaban normando, moro y lombardo, era el lugar perfecto.

No quería abandonar Compostela. Quería terminar la catedral. Y quería hacer algo imborrable, como aquel demonio.

Quería espantar la sombra de su padre.

Se sentía al borde de las lágrimas.

Qué le diría a Aldonza. Qué le contestaría al pequeño Mateo.

El invierno hacía los días cortos. El sol se acostaba más allá de la Puerta de la Trinidad, más allá del cementerio, más allá de las antiguas picotas. Al menos no llovía, y la última nevada había caído semanas atrás. Y eso ayudó, porque también se había dejado el tabardo junto a sus dibujos.

Ni siquiera se detuvo en el puesto del manco Cirilo, como solía hacer cada día.

Y Cirilo lo vio pasar, sonrió, lo llamó, y levantó su único brazo ofreciéndole una de aquellas tortas que cocía.

Pero Mateo no respondió. Pasó de largo bajo la mirada extrañada del manco.

Caminó. Sin sentir el frío. Callejeó hacia San Miguel, al norte de la ciudad. Allí, a espaldas del convento de San Martín Pinario, algunos zapateros tenían sus casas.

Era un barrio de mercaderes. Incluso vivía allí un orfebre.

Y era demasiado caro para un oficial.

Era el hogar que Aldonza había elegido. El que había elegido cuando tenía para él sonrisas y no gritos.

Mateo caminó. Sin saber que le aguardaban noticias peores.

# Usura y gorrión



## I

Se había enamorado de aquella mirada. De aquellos labios. Del mechón revoltoso que enmarcaba el lunar en la mejilla.

No, eso no era cierto.

Se había enamorado de su risa. De su paciencia. De cómo revolcaba los ojos cuando él hablaba de cantería. De cómo fingía que se le acababa la paciencia y, sin embargo, seguía escuchando.

Se había enamorado y pensó que aquella llama jamás se apagaría.

Había querido tallarla. Su felicidad era la de la Virgen Santa en las bodas de Caná.

Aldonza había sido su inspiración.

Pero el amor fue eterno mientras duró.

Ahora se sentía culpable. Ya no tenía el faro de aquella mirada, ni los besos de aquellos labios, y aquel lunar en la mejilla ya no hacía malabarismos con el mechón de pelo.

—¿Te parecen horas de llegar? Mediados los gallos.

Cuando cerró la puerta aún se veían sobre Compostela los últimos rayos de sol. Pero no le llevó la contraria. Mateo calló.

No podía explicarlo. Era fácil recordar cuando mirarla lo obligaba a sonreír, cuando pensar en una caricia ponía sus nervios a flor de piel, cuando deseaba llegar a casa con cada fibra de su ser. Pero aquella impaciencia se había perdido.

Y no sabía cómo encontrarla.

Mateo sopló el pelo que le cubría el rostro. Suspiró. E iba a preguntar por el niño, pero su esposa se adelantó.

## II

Delante del hogar, recortada la silueta contra las llamas. El ceño fruncido. Los brazos en jarras.

—¿Habéis cobrado?

Había desprecio e impaciencia. Salivazos que saltaron de aquellos labios que tanto echaba de menos.

Su pelo seguía siendo del color del cereal maduro. Su rostro seguía siendo el de la Virgen María al encontrar al niño en el templo.

Pero el fuego se había apagado.

Estar junto a ella había sido arrimarse al fuego en una noche de invierno. Mateo le había hablado de la ley de la piedra. De sus sueños. De cómo esperaba hacerse inmortal.

—Seguirán en pie cuando yo *non* esté —le había dicho orgulloso.

Y ella había mirado con candor las piezas de aquel fuste, por aquel entonces, un simple aprendiz, no le dejaban a Mateo hacer otra cosa que abujardar. Y ella había asentido con una sonrisa que a él le había parecido un amanecer. Había sonreído y había cogido su mano entre las suyas.

—Nadie lo hace mejor, Remigio te nombrará oficial, pronto —eso había respondido, con esperanza, levantando las comisuras de los

labios.

Aldonza había compartido sus sueños.

Ahora alimentaba sus pesadillas.

—Contesta —exigió con un gruñido—, ¿habéis cobrado?

Mateo cerró la puerta. Despacio. Con apatía. Con ganas de abrirla y salir de nuevo. La cerró como si pudiera romperse. E iba a contestar, pero ella no le dejó.

—Sal fuera, sacúdete —ordenó—. Llenarás todo de polvo, ¿cuántas veces te lo he dicho? Me he pasado el día limpiando, ¿vas a arruinarlo?, ¿no puedes tener cuidado?

No abrió la boca. Tenía preguntas. Cientos de ellas. Quería saber. Pero no se atrevía a hacerlas. Quizá porque temía encontrar que la culpa era suya. Que era él quien llegaba primero a las obras y el último en marcharse.

—¿Qué ha pasado? —hubiera preguntado.

O se hubiera corregido.

—¿Qué nos ha pasado?

No tendría respuestas. O no le gustarían.

—¿Cuándo?

No serviría de nada.

Mateo no abrió la boca. Abatido. Repleto de un cansancio que deshilachaba el alma.

Habían esperado juntos, con las manos unidas. Mateo podía recordar cómo, tumbados, envueltos en sábanas y el intenso aroma del sexo recién horneado, con su mano sobre el vientre hinchado de Aldonza, los susurros sabían a pan recién hecho.

—Será un *arxina*, como su padre —había dicho ella, buscando de nuevo su miembro con mano traviesa.

No era más que una habitación alquilada en un segundo piso en la Rúa do Vilar. Y les había bastado. O no, no bastaba, pero su amor la

había hecho enorme, tan grande como un palacio. Y más lujosa.

—¿Y si es niña? —había preguntado ella, acariciando el glande, buscando de nuevo la firmeza que deseaba en su interior.

—Una princesa, como su madre.

Y Aldonza había reído, porque ella no era más que la hija de un zapatero, de un *calcurrio*, que había hecho fortuna gracias a que Compostela crecía con el ansia de hongos tras la lluvia. Había reído. Y había recogido su pelo, y compuesto una expresión pícara, y se había erguido, dejando que la sábana cayese, que bailasen sus pechos, llenos por el embarazo. Había reído. Risas que debían callar para que el casero no protestase. Igual que los gritos que ahogó momentos después, cuando sus caricias surtieron efecto.

Mateo no lo entendía.

Hizo lo que le habían ordenado, salió, se sacudió el polvo del oficio lo mejor que pudo. Intentó arreglar sus cabellos desordenados, alisó la túnica, y volvió a entrar.

Y al cerrar de nuevo la puerta, ella volvió a preguntar.

—¿Ha pagado el maese?

Y qué podía contestarle para que volviera a sonreír. Para que volvieran aquellas caricias. Las risas.

Mateo no lo sabía. A veces, al acostarse, en el borde de la cama, tenía la sensación de que su matrimonio era una escalera en la que, en lugar de peldaños, había preguntas.

## III

Antes de casarse en San Fiz, ella sólo lo había preguntado una vez.

—¿Cuándo serás maese?

Y Mateo había respondido lleno de ilusión.

—Cumple esperar.

Y un mohín de sus labios lo obligó a sonreír y a desdecirse.

—Pronto, ya lo verás —había dicho Mateo, con la barba más ligera, cuando no le hacía falta afeitarse cada día para que el arzobispo no se enfadase—, pronto.

Y pronto se volvió tarde. Habían esperado. No habían tenido otro remedio.

Y se había hecho largo. Eterno.

Al principio ella había preguntado una vez al mes. Después, ya durante el embarazo, una vez a la semana. En especial cuando los visitaba su hermana Isabel, que se había casado con un mercader de vinos con socios entre los ingleses.

Pero llegó.

Lo nombraron oficial. El que había sido su mentor, Remigio de Cuntis, el que había sido el maestro antes de que llegara Verrondo, con una ristra de recomendaciones que habían epatado al arzobispo.

Lo nombraron oficial, pese a lo sucedido con su padre. El maestro Remigio le permitió al hijo lavar los pecados del padre. Y Mateo había vuelto a casa con un capón. Y una hogaza de trigo blanco de León.

Había sido la primera comida del pequeño Mateo, que había dejado de mamar para rechupar con las encías la tierna carne asada.

—Déjalo catarlo —había dicho él rebosante de contento.

Y Aldonza, desconfiada, había protestado. Sólo ahora, cuando se acostaba, al borde de la cama, Mateo podía echar cuentas y comprender que las protestas tenían sus raíces tantos años atrás.

—Se puede atragantar...

Ahora caía en la cuenta, cuando se sentía solo en el borde de la cama. Así había empezado, con pequeñas, diminutas desconfianzas. Desacuerdos que no lo parecían.

Mateo había arrancado unas hebras de la pechuga y el rechoncho puño del niño las había atrapado.

—Algún día tendrá que empezar —había dicho sonriendo.

Y el nudo en el ceño se había desatado, poco a poco.

Después la propia Aldonza le había preparado al pequeño un postre. Un currusco del delicioso pan, libre de salvado, de arenillas del molino, de miga blanca, machacado con miel y empapado en leche de burra.

Mateo podía recordarlo.

Ahora caía en la cuenta de que, quizás, sólo quizás, habían faltado risas y habían sobrado suspiros resignados.

Aquella tarde, antes del capón, habían recibido la visita de Isabel y del mercader, García Rodríguez, que, como su nombre, era grande, ampuloso, y demasiado gordo como para no berrear a los cuatro vientos que en su casa se comía carne, como poco, tres veces por semana, a no ser en Cuaresma, entonces se hacían traer los mejores pescados envueltos en hojas de helecho y tajadas de limón.

La tía Isabel, envuelta en briales franceses, con brocados de oro, con un ama de cría atendiendo a los chicuelos traviesos que eran los hijos del vinatero. La tía del pequeño Mateo había llevado un regalo, un sonajero de plata firmado por uno de los orfebres de la ciudad.

Aquel sonajero se lo habían tenido que dar al judío.

—¿Cómo has podido? —había dicho Aldonza.

Poder no era querer. Pero la plata no se comía.

Se había deshecho, como una pila de arena bajo la lluvia. Poco a poco, sin remisión. Mateo no lo entendía, pero su amor se había deshecho bajo las lluvias de Compostela.

Mateo contestó al fin. Entrecerró los ojos, como si metiese la mano en la madriguera de una víbora, y contestó.

—No, no nos han *zaspeado*.

# IV

Mateo podía haber mentido. Hubiera sido más fácil mentir. Pero aquélla era una frontera que no quería cruzar.

La amaba. O la había amado.

Le dijo la verdad.

—No, no nos han *zaspeado*.

Y ella saltó.

—¡No me hables así! No soy uno de tus peones. Habla en cristiano.

Había demasiados jamases. Y demasiados noes. Ésos no los había disuelto la lluvia de Compostela.

Mateo asintió.

—No, no hemos cobrado —repitió sin deseos de enfrentarse.

Ella rezongó algo incomprensible. Y gritó:

—¡Cuánta razón tenía mi madre! ¡Y mi hermana!

Mateo se sintió avergonzado. Y la vergüenza tenía el sabor del odio. Y el regusto a odio trajo más vergüenza. Era su esposa.

No debía ser así. No tendría que sentirse así. Sin embargo, así era.

—Pues ya me dirás qué vamos a hacer.

Ella resopló. Y le dio la mala noticia.

# V

Mateo escuchó la desesperación de mamá. Un día más.

El niño estaba en su propio cuarto. Y mamá chilló. La casa era una pocilga. Eran pordioseros. Muertos de hambre.

Mateo escuchó. Y no lo entendió. Había cenado nabos, y un poco de tocino. No tenía hambre.

Pero no entendía mucho de lo que hacían los mayores. Y tampoco esperaba entenderlo. Le bastaba entender los dibujos de papá.

Además, Mateo le había dicho a mamá que no le hacía falta su propia habitación, que le bastaba compartir cuarto con sus padres.

Mateo pasaba las mañanas en San Paio, donde los monjes enseñaban a los hijos de los mercaderes a escribir, a leer, a hacer dos cuentas y un pellizco de latín, pero sobre todo a rezar sus oraciones y a llevar una vida cristiana. Sabía que no todos sus compañeros tenían su propio cuarto.

Pero mamá no siempre escuchaba.

Y a veces gritaba. Sobre todo cuando la tía Isabel los visitaba. Y eso tampoco lo entendía, porque la tía Isabel estaba siempre tan guapa, con vestidos nuevos. Y traía regalos. Y el tío García Rodríguez, siempre García Rodríguez, nunca García, reía con su enorme papada y atronaba la casa. A veces, en los días de feria, incluso traía buñuelos de miel, que eran los que más le gustaban. Ensartados en varillas de abedul, una para el tío García Rodríguez, capaz de comérselos incluyendo la varilla, y otra para el pequeño.

Mamá volvió a gritar.

Y Mateo abrazó sus dibujos. Lo que más le gustaba era dibujar, como papá.

Los abrazó y se tumbó en la cama, la cama que papá había tallado. Conocía todas y cada una de las flores de la cabecera, las había dibujado mil veces.

Se tumbó en la cama y se acurrucó con sus dibujos. La tía Isabel le había regalado un caballito de madera comprado a un buhonero franco.

—Ha costado una fortuna, pero merece la pena a cambio de esa sonrisa.

El tío asintiendo, con la papada temblando, y eso había dicho la tía, pero Mateo sólo había sonreído porque mamá estaba mirando, le gustaban más sus dibujos.

Y la iglesia que había hecho papá. Con pequeños sillares sacados de restos de la cantera. Papá había construido los arcos, la espadaña, con el hueco para una diminuta campana hecha con un cascabel. La había dibujado mil veces, diez veces mil, cada detalle. Cuando quería dibujarla, el pequeño entornaba los ojos, como hacía papá, los entornaba con fuerza, hasta que hacían chiribitas y tenía que parpadear con fuerza.

Papá la había hecho para él, con su altar, con su pórtico, con sus bóvedas. La iglesia era lo que más le gustaba después de sus dibujos. Y después de la iglesia y los dibujos, lo que más le gustaba era su colección de conchas.

A Mateo le fascinaban las historias que contaban los peregrinos ingleses, y el socio del tío García Rodríguez. Hablaban de monstruos marinos, de criaturas capaces de destrozar un barco de un coletazo, de leviatanes y ballenas como la de Jonás.

Se acurrucó en la cama, bajo las flores de papá, con los dibujos entre las manos.

—No pasa nada —se dijo a sí mismo.

Y mamá siguió gritando. Gritó sobre Nathanael. Sobre los dos hombres que habían venido aquella tarde, mientras papá trabajaba.

—Todo saldrá bien —murmuró mirando al techo.

En uno de los dibujos había un rostro, un rostro al que le faltaban años de práctica para ser reconocible. Pero uno de los ojos era más oscuro que el otro.

—Papá lo arreglará...

# VI

El hambre que traía se diluyó. Sintió que no podría dar un bocado.

—¿Qué vas a hacer? Algo tendrás que hacer.

Aldonza jadeaba. Cruzó los brazos. Sus pechos abultaron el brial que vestía. Uno que Mateo le había regalado después de ahorrar hasta el último maravedí durante dos años, eso se había llevado la costurera por arreglar la tela traída desde Astorga por un boyero que hacía las campañas de verano en las canteras de Compostela.

Valía más que todas las prendas que poseía el propio Mateo.

—Es precioso —había dicho ella.

Y lo había mirado, sujetándolo entre las manos, dándole la vuelta para examinar la espalda.

—Es aún más bonito que los de mi hermana —había dicho después.

Mateo ya no tenía hambre. No podría dar un bocado, ni siquiera a un suculento capón. Y pensar en capones hizo que asomase a sus labios una sonrisa melancólica.

Seguía junto a la puerta, sin dar un paso en el interior de su propio hogar. Del que había sido su hogar. Hasta hoy. Cuando maese Verrondo volviese las cosas podían cambiar.

—¿Qué vas a hacer?

Mateo no sabía qué contestar.

—Tienes que hacer algo —insistió ella.

Lo había hecho. Unas horas antes. Se había encarado a Verrondo. Y había salido mal.

—¡No me mires con esa cara de pánfilo!

Mateo no podía decirle la verdad. No podía decirle que iba a perder su trabajo.

—¿Vas a permitir que un sucio judío nos eche de nuestra casa?

# VII

En cualquier esquina. Bajo un puente. A Mateo le hubiera dado igual dónde. No necesitaba la casa. Hubiera vivido en una pocilga a cambio de recuperar lo perdido. Lo que ya no estaba allí, entre ellos.

Mateo fue a decir algo.

—Un usurero judío, eso es lo que deberías tallar.

Había tanto desprecio que las palabras caían sobre la mesa como puñetazos.

—Un hebreo con una bolsa bien agarrada entre sus manos.

Aldonza imitó el gesto y su rostro se volvió un retrato de la avaricia. Mateo no pudo evitarlo. Se fijó en las cejas bajas, los ojos apenas alzados, los labios fruncidos. Realmente parecía la codicia hecha persona. Lo que Mateo quería en ese instante era dibujar.

—Hasta el día de san Basilio —sentenció ella—, esos indeseables han dicho que tienes dos semanas para pagar.

Mateo balbució algo. Cada palabra, cada sílaba, un anzuelo en su boca. Ella no le dejó terminar.

—¿Cómo has podido?

Estuvo tentado de señalar aquel vestido, como los de Isabel, estuvo tentado de señalar su propia túnica remendada.

Y a Aldonza se le agotó la paciencia.

Se dio la vuelta, dispuesta a subir las escaleras.

—Arréglalo.

Se alejó dos pasos más. No había rodeado aquella dichosa mesa, no se había acercado a él. No había dejado nada para que él pudiese cenar.

Subió el primer peldaño. Los nudillos en el pasamanos, blancos.

—O hablaré con mi hermana...

No le dio la oportunidad.

—... Y el niño y yo nos iremos.

Subió las escaleras como una condena.

## VIII

Aldonza subió las escaleras y Mateo se quedó solo. Se sintió solo.

Parpadeó. Tragó. Sopló el rebelde pelo sobre su cara con aquel gesto tan suyo de adelantar el mentón. Y se volvió hacia la puerta, con prisa.

—*Xudío do demo!*

Dos semanas. Y en cuanto abrió la puerta vio que la noche se había acostado sobre la ciudad. Oscurecía y el cielo, despejado, tejía encajes de estrellas, amenazaba una noche clara y limpia. Una noche de helada. Lo que vendría bien en los talleres.

El frío era un cantero más.

Anochecía. Y Nathanael no frecuentaba las tabernas. Ni la mancebía de la difunta Juana.

Poco podría hacer ya a aquellas horas.

Dio un paso hacia la salida, se detuvo. Y cerró con tanta violencia que uno de los clavos en las bisagras asomó la cabeza.

Lo empujó con un pulgar y se quedó apoyado en la puerta, sobre los puños, con los brazos alzados y la cabeza gacha.

—Dos semanas —susurró entre dientes.

Entonces cayó en la cuenta, palpó la escarcela al cinto, vacía de monedas, y comprendió que se había dejado la concha.

Levantó la pierna para sacudirle una patada a la puerta, y se refrenó justo a tiempo con otra maldición a la sombra del hebreo.

—*Xudío do demo! Ogallá ardas nos infernos!*

Miró hacia arriba, a las vigas y las tablas. Escuchó los pasos de Aldonza. Miró hacia la puerta. Y arrastró los pies hasta la única otra puerta que había en la planta baja.

Habían sido unas cuadras modestas, para un ternero o un par de cerdos. Pero Aldonza se había empeñado en reformarlas.

—Serás maestro pronto, no nos hacen falta establos.

## IX

No había mejor refugio que aquél. Y jamás tallaría, ni ayudado por el mismísimo arcángel Gabriel susurrando en su oído, una sonrisa como aquélla.

—*Pai!*

El pequeño se le echó encima en cuanto abrió. Saltó de la cama y corrió hacia él dejando sus dibujos sobre la cama.

Era imposible no sonreír. Mateo ya no se acordaba del judío Nathanael. Ni de Verrondo. Ni de Aldonza. En cuanto abrazó a su hijo se esfumaron.

—*Finaste de murear la arría con los cantos?*

Se había agachado para recogerlo en sus brazos. Su pregunta le había hecho cosquillas en una oreja. Y no quería soltarlo para contestar. Quería guardarlo allí, entre sus brazos. Dos semanas. Tres. Para siempre. Pasase lo que pasase.

Le dio un apretón. Hasta que el pequeño protestó y forcejeó.

—*Finaste?*

Era el único que jamás torcía el gesto al ver aquellos ojos de Mateo, uno de cada color. Y el pecho de Mateo se llenó de calidez. De paz. Incluso se dio cuenta de que sus hombros, tensos hasta entonces, se aflojaban.

—Acantos, son hojas de acanto...

El niño arrugó la nariz y, moviendo sólo los labios, sin pronunciar una sílaba, repitió la palabra tres veces seguidas, para memorizarla.

—Y no uses la *verba* —añadió Mateo con ternura, repasando con una mano el pelo del niño, del mismo color ceniza que el suyo—, no queremos que mamá se enfade.

El pequeño volvió a arrugar la nariz.

—Mamá ya está enfadada.

Mateo no supo qué decir. Y volvió a acariciar los cabellos. Su mano, baqueteada, se hacía extraña en aquel rubio que los años aún no habían apagado.

Qué podía decirle.

No podía decirle nada.

Y él lo dijo todo.

—Además, tengo que practicar, tengo que *parlar la verba pra ser arxina*, para ser oficial. Como tú.

El corazón de Mateo dio un vuelco. Si no podía hablarle de su madre. Cómo iba a explicarle que aquél era un sueño imposible.

—Maestro —se corrigió el niño en un susurro.

Qué podía decirle.

No podía decirle nada.

Dolía demasiado.

Y fue él quien, una vez más, lo dijo todo.

—*Pisca*... —Volvió a arrugar la nariz. Y obedeció—. Mira lo que he dibujado hoy —dijo ilusionado, sin usar la *verba*.

Y se apartó para coger el montón de papelajos y carboncillos.

Mateo no podía explicarlo. Viendo a su hijo revolotear por la habitación sintió dos ríos confluyendo en un barranco, la tristeza más profunda y la más bella de las alegrías.

# X

Se tumbaron juntos en la cama y Mateo rodeó al pequeño con un brazo. Hablaron de los dibujos y los dos se mancharon las manos de carboncillo.

Sonreía. Reía. Y se ponía serio cuando aceptaba con solemnidad los consejos sobre cómo dibujar las manos, sobre las proporciones. Y, cuando no entendía, arrugaba aquella nariz.

—... A veces hay que mentir para que parezca verdad —decía Mateo, el padre, con dulzura—, si una estatua va a estar muy arriba —elegía las palabras con cuidado, explicando de un modo sencillo lo que necesitaba una vida para aprenderse—, se hace la cabeza algo más grande...

Y él ponía las manos alrededor de su propia cabeza y las apartaba como si hubiera empezado a crecer. Y el niño reía. Reía una risa que daba puntadas de esperanza en el aire.

Y, cuando le enseñaba los dibujos, lágrimas cálidas asomaban a sus ojos, uno de cada color.

Era hijo de su padre. Nieto de Arrio. Nunca lo conseguiría.

No, mejor que fuera iluminador en el escritorio de algún monasterio. Quizás escribano en la corte.

Pero seguir sus pasos. Tragarse los desplantes. La desconfianza. Lavar también el pecado de Arrio. El pecado que había golpeado aquella vieja pescadera con los dedos escarchados de escamas brillantes.

El pequeño debería haberse llamado Arrio, como su abuelo, era la costumbre.

No llevaba el nombre de su abuelo. Y no podía cargar con su vocación. Era una locura. Una condena. Pero si lo nombrasen maestro.

Entonces Mateo recordó que perdería el trabajo en los próximos días. Y la casa para san Basilio.

—¿Por qué se ha enfadado mamá esta vez?

Y en cuanto lo preguntó, girando el rostro para abandonar los dibujos y mirar a su padre, con los ojos llenos de dulzura, algo se rompió en el pecho de Mateo.

Apoyó los dibujos en las piernas, dejó el carboncillo encima de un gorrión hecho de blancos y negros. Un gorrión que tenía un pico demasiado grande. Que tenía una pata más larga que otra. Pero el niño lo había dibujado echándose a volar.

Batía las alas, el papel quería ondular.

No había elegido el camino fácil, no lo había retratado en una cornisa, quieto. No, el gorrión echaba a volar. Y podía percibirse el esfuerzo del animal.

Lo había hecho él solo.

—Al volver de mis lecciones con los frades.

Había llamas en el fuego del pequeño. Tenía talento. Y ese talento estaba hambriento. Le había pedido que le regalase unas gubias para tallar madera.

—Para aprender —había dicho con una sonrisa radiante.

El dibujo tenía fuerza. Y Mateo no tenía respuestas.

Para su vergüenza, dentro de él se debatían la envidia y el amor incondicional. Como padre, el orgullo le reventaba el pecho; como artista, algo verde pingaba por su cogote.

El niño había plasmado la verdad. Aquel gorrión era auténtico. Como las sonrisas que buscaba, los gestos que coleccionaba. Auténtico. Como los paños mojados del condenado Bautista.

Tenía verdad. La verdad que distingue al artista que no tiene miedo. Del que no se siente acobardado por el trazo, por el golpe de

cincel. La verdad de quien sólo piensa en lo mejor para su dibujo, para su talla.

La verdad que se arranca de las tripas. La de aquel demonio y aquel desgraciado.

La verdad de quien lleva una vida buscando.

La verdad que asustaba a Mateo antes de cada golpe con la maceta. La que lo obligaba a mirar, una y otra vez la talla de aquel misterioso cantero del que sólo conocía su marca, en la espalda del mismo demonio.

—Mamá... —balbució el padre.

Las preguntas del pequeño tenían la mala costumbre de meterlo en callejones sin salida.

El gorrión volaba por el cuarto del pequeño. Mateo se preguntaba si podría borrar el fracaso de su padre. Se preguntaba si sus tallas vivirían cien años. Mil. Se preguntaba si lo que hacía merecía la pena. Tardó en volver junto a su pequeño. Y, cuando lo hizo, se sintió culpable, sucio.

No supo qué contestar.

—Mamá está resentida —podía haber dicho.

O incluso hubiera podido confesarse:

—Es culpa mía, la piedra me ha embrujado. Es la más celosa de las amantes...

No pudo hacerlo.

—¿Alguna vez se te ha caído algo? —preguntó el padre, cabizbajo, sin mirarlo a los ojos.

El niño recogió los dibujos esparcidos y los arrebujó en su pecho.

Entonces asintió. Y arrugó de nuevo aquella nariz.

## XI

Papá le había dicho que el pico no estaba bien. Que tenía que fijarse en las patas. Pero le había gustado el gorrión.

Eso no se lo dijo. Papá guardaba los cumplidos con tacañería. Por eso sabían tan bien cuando llegaban. Por eso se esforzaba cada día más. Para hacerlo mejor.

No entendía muy bien por qué. Pero el pequeño Mateo había aprendido que era como jugar al gato y al ratón. Así era papá.

Y el dibujo le había gustado. Lo había visto en sus ojos, uno de cada color. Y se había sentido arropado. Seguro. Por eso preguntó.

—Papá, ¿por qué se ha enfadado mamá?

Papá se puso tenso, como si quisiera arrancar una rosa llena de espinas.

Papá a veces se perdía. Sus ojos, uno de cada color, miraban a un horizonte más allá de los muros. Y el pequeño creía distinguir algo amargo en aquellas miradas. Un dolor que no entendía.

Había tantas cosas que no entendía.

Papá apoyó los dibujos en su regazo. Miró de nuevo al gorrión.

El pequeño Mateo lo sintió. Lo advirtió, como si papá se enfriase. Estaba preocupado. Triste. A él le dolía verlo así. Estuvo a punto de decirle que no importaba, que ya sabía que a veces mamá se enfadaba. A veces llovía, a veces helaba y, a veces, mamá se enfadaba.

Pero papá habló antes.

—¿Alguna vez se te ha caído algo?

Sintió la tristeza de papá. Y quiso decirle que no se preocupase, que todo estaba bien. Aunque no supo cómo hacerlo. A veces mamá se enfadaba. Y, a veces, los mayores eran demasiado complicados.

Asintió.

Y papá también asintió, mirándolo con aquellos ojos, uno de cada color.

—Lo sujetas con fuerza, quieres protegerlo, pero se escurre entre tus dedos y no puedes hacer nada, no sabes cómo, pero se cae.

Sin ser consciente, Mateo, el padre, aguantaba la respiración. Papá, qué bien sonaba, qué calor hacía sentir. Papá, tan sencillo, tan poca cosa y tan grande a un tiempo. Ninguna piedra le daría aquella calidez, jamás, aquel refugio tibio. Papá.

—Pues a mí se me ha caído algo...

El padre no acabó la frase. Dudó un instante más. Papá, él que no había podido hablarle así a Arrio, que jamás había sentido esa calidez como hijo. La sombra de su propio padre, balanceándose entre las grúas, llenó la habitación.

Papá. Quería oírlo. Ayer, hoy, mañana. Oírlo sin más. No, no pensaba fallarle al pequeño, a su pequeño, al niño que echaba gorriones a volar.

Y le dijo la verdad a su hijo.

—Se me ha caído algo. Y no me atrevo a mirar... No quiero saber si se ha roto.

## XII

Durmió en el suelo, junto a la cama del pequeño. O lo intentó. Porque al cerrar los ojos revivía la escena en la tienda del maese Verrondo.

¿Y si no les quedaba otro camino que la miseria?

Dio vueltas junto a la cama de su hijo. Recogió la mano que colgaba por el borde del colchón de lana y la besó con ternura.

Para la medianoche se preguntaba cómo podría plasmar aquella angustia en una de sus tallas. Cómo podría hacer para que, con un simple vistazo a la escultura, se comprendiese que la piedra sufría

por el desprecio de su esposa, que temía no darle a su hijo lo que merecía y, más que ninguna otra cosa, que a esa piedra la aterrorizaba ser un fraude.

Y si el maestro Remigio se había equivocado. Y si el maestro Verrondo tenía razón.

Apenas descabezó un sueño inquieto. Y se despertó pronto, como siempre, mucho antes de los gallos.

Hacía frío, antes de salir echaría leña al fuego. Quedaría algo de leña. Con suerte, la suficiente para terminar el invierno.

Lo arropó, le dio un beso en la frente. Y salió.

Se marchó. Dejó en las brasas del hogar dos leños, arderían mansamente, y el calor de la chimenea se esparciría por la casa. Dejó también una mirada a las tablas del suelo de la planta superior.

Usó la llave que colgaba de un clavo en una de las jambas, la volvió a dejar en su lugar, y salió.

Cerró la puerta despacio, sin hacer ruido, pensando en el sueño del niño.

Afuera, helaba.

## XIII

Sin más compañía que el frío, callejeó a través de Compostela, sorteando cagajones de caballerías. Y puso especial cuidado en evitar los traicioneros charcos.

En las calles donde no había piedra, la helada moldeaba alfombras al congelar el barro, las cubría de un musgo marrón que crujía con cada pisada. Y los charcos, convertidos en espejos de hielo, eran una desgracia esperando suceder. Podían arruinar unas buenas

botas, o rajar los tobillos, y después se pasaba el día cojeando con un pie empapado.

Aparte de los gatos, y el propio Mateo, las únicas almas despiertas eran los borrachos, las *xoscas* de la Juana y los frades de los conventos que, con algo más de calor que Mateo y algo más de frío que los borrachos, estarían celebrando laudes.

Los gallos aún dormían.

Las piedras no.

Los talleres estaban vacíos. Pero las piedras lo recibieron. Las piedras se lamentaban, crujían, heridas por el hielo.

De tanto en tanto, como una soga tensa al partirse, la noche estallaba en un crujido grave, enfadado.

Había que acostumbrarse. La noche parecía llena de bestias esperando a atacar. Bestias que hacían rechinar sus colmillos afilados.

Otro se hubiera echado al suelo con cada estallido, con las manos cubriendo la cabeza y un paternóster en los labios.

Mateo estaba acostumbrado. Llevaba años escuchando los lamentos del granito. Se movió con el hábito.

Mantenía sus herramientas en un viejo cepo, un cepo vaciado donde, junto a trapos y trastos inútiles, junto a los dibujos, siempre tenía a mano pedernal y yesca. Encendió hachones, reavivó las hogueras que espantaban el frío, era difícil trabajar con los cinceles si no se sentían los dedos.

Lo había hecho cientos de veces. En el más duro invierno y en el bochorno del verano. A veces bastaban un par de antorchas. Otras hacía falta algo más.

Y esas noches, de helada, eran las que más le gustaban.

La helada sacaba el alma de la piedra.

—La piedra tiene una ley —repetía siempre maese Remigio.

Él le había enseñado. Arrugado, tieso como cuero remojado y puesto al sol. Minucioso. Mascando siempre tiza. Alrededor de Remigio siempre olía a tiza. La tiza le asentaba unas tripas que, a veces, sangraban.

—La madera tiene sus vetas, la piedra su *andar*, su ley.

Maese Remigio, que siempre bebía leche de burra y nunca probaba la sidra que tanto le gustaba al herrero Sancho.

—A un sentido corta bien —murmuró para sí Mateo—. A los otros dos, mal.

Imitó la voz cascada. Rasposa.

Aún podía oírlo. Siempre atento a los detalles. Escaso en los cumplidos. Exigente.

Mateo incluso movió las manos como lo había hecho el vejancón, como tenía por costumbre cuando explicaba. Mateo aún podía verlas. Cubiertas de manchas pardas, con las venas marcadas, recias por los callos.

Las manos del viejo, que temblaban excepto cuando cogía el cincel y la maceta. Las cruzaba una sobre otra, marcando el largo, el ancho y el alto para cada bloque que llegaba de las canteras.

—*Cadansúa arría ten o seu andar.*

Las recordaría siempre. A maese Remigio le faltaban las dos primeras falanges de los dedos menores de una mano. Un sillar los había mordido. Se había roto por una fisura y no le había dado tiempo al viejo.

La piedra se dejaba domar, pero exigía un sacrificio. La piedra jamás entregaba su alma de balde. Tenía un precio.

Mateo había sacrificado uno de sus ojos. Remigio dos trozos de dedo. Cirilo el brazo. Y muchos la vida.

Otro crujido partió la noche, envuelta en la gasa brillante de la helada, y los gatos, acostumbrados, como Mateo, ni siquiera se

asustaron.

Las piedras se rendían. Acorde a su ley. Se abrían siguiendo su *andar*.

Cada día, cuando llegaban bloques nuevos, el maestro estudiaba todos y cada uno, persiguiendo fisuras, que eran la maldición de los *arxinas*. Y, si el bloque se aceptaba, el maestro marcaba las direcciones, la ley.

Entonces los oficiales hacían los canales, rozas que seguían el *andar* del granito. Y en los canales, cada dos palmos, vaciaban con el puntero, entonces los aprendices introducían las cuñas de castaño, empapadas de agua.

Ahogado, el castaño, engordaba y, cada noche de helada, cuando el agua se hacía hielo, la piedra se rendía.

Crujió otro de los bloques y Mateo llegó a su puesto, donde el demonio, como cada madrugada, lo esperaba.

Tenía un par de horas sin más compañía que los gatos. Y las piedras.

Era el momento del día que más le gustaba.

Todo dependía de él. Hombre, piedra y hierro. Solo.

Pero esa madrugada recibió una visita.

## XIV

Tenían algo bello e inquietante a la vez.

Como una araña en el centro de su tela, esperando a sentir el temblor que señala la hora de matar a su presa.

Sonreían.

Y, sin embargo, algo frío reptó por el espinazo de Mateo. Fue como meter el pie en uno de aquellos condenados charcos cubiertos

de hielo.

—Buenas...

No se había dado cuenta de que se habían acercado.

La talla, el ritmo de la maceta sobre el cincel, siempre lo transportaban a otro lugar. Donde sólo existía piedra y hierro. Donde Nathanael o Verrondo no significaban nada. Jamás hubiera esperado que, al volverse, vería a aquellos dos. Salidos de la nada, envueltos en oscuridad, en la escarcha de la helada.

—Hermoso.

Lo dijo el mayor. Y el tono a mentira pesaba.

Habló el anciano, pero fue el joven el que señaló. Su mano, blanca, limpia, de uñas impolutas, señalaba el capitel de hojas de acanto.

Y el gesto, bajo otra sonrisa, también pesaba con la mentira.

Como si hubieran arrojado una moneda a un pordiosero.

## XV

Aparecieron, envueltos en oscuridad y la escarcha de la helada.

Crujió otra de las piedras, un crujido que sonó a lamento, como si le doliese ser vencida por el ingenio del hombre.

Y, cuando se volvió, los descubrió.

Un anciano y un joven. Aunque el anciano no cargaba con los años, y al joven le pesaban. Tan parecidos que podrían haber pasado por padre e hijo. Como mirar al mismo hombre sin ver la vida transcurrida entre la ambición de la juventud y la resignación de la vejez.

El anciano era uno de aquellos profetas que Mateo buscaba. Jeremías, Ezequiel. O Habacuc. Pero su nombre no era el de un

profeta, sino el de un rey. Un rey maldito. El rey que había despreciado a los profetas.

—Qué descortesía, perdóname —sonaba a hueco, pese a la sonrisa entre las barbas blancas, pese a los ojos amigables—, no me he presentado. No nos hemos presentado.

Acab. Eso dijo. Como el séptimo rey de Israel. Y el joven, que podría haber pasado por Daniel en el foso de los leones, terminó:

—Aún no ha encontrado una Jezabel a la que desposar.

Y debía ser una broma. Llevaba el soniquete de una mofa de taberna con una jarra de vino en medio. Mateo incluso sonrió. O lo intentó. Aunque, por primera vez en muchos años, desde que era un niño que se sentía culpable por haberse masturbado, tuvo la necesidad de santiguarse.

Crujió otra de las piedras. El bloque se rompió con un estallido. Y Mateo se asustó con el ruido. Como un aprendiz.

—Acaz, que también es nombre de uno de los antiguos reyes —se presentó el joven.

Y era también desconcertante. Algo faltaba, o sobraba. Y su presentación, como en un juego de espejos, la terminó el anciano.

—Aún no ha encontrado un templo que profanar.

Eran dos. Hacían uno.

Y ambos, anciano y joven, Acab y Acaz, se miraron divertidos, cada uno desde su extremo del instrumento, tan alto como un hombre. Necesitaban las cuatro manos para sostenerlo.

Se miraron el uno al otro y sus sonrisas, y Mateo conocía las sonrisas, eran bellas, francas.

—Fuiste aprendiz del maese Remigio —dijo el anciano.

—Oficial del maese Verrondo —continuó el joven de corrido.

Y los dos a un tiempo, como uno.

—Conocimos a tu padre...

Otra ristra de las cuñas de castaño hizo su trabajo. Uno de los bloques se rajó en dos con un trueno.

Mateo dio un paso atrás. Con el vello de punta y la boca llena de preguntas, pero incapaz de abrirla, como si le hubieran cosido los labios.

Intentó tragar, y descubrió la garganta llena de esparto.

—Oficial... —repitió el joven.

—... y no maese —terminó el anciano.

Y avanzaron. Y el trasto que traían gimió un lamento. La rueda en su interior bailó, rozó las tres cuerdas, y escapó un quejido que hizo levantar las orejas a todos los gatos del taller.

Era un organistro. El más bello que jamás hubiera visto Mateo. El trabajo de un genio. De un ebanista incomparable que había logrado tallar la madera hasta el borde mismo de la locura. El enrejado que cubría las cuerdas, en el mástil del teclado, parecía hecho de encajes ingleses.

—Llevas la marca de tu padre.

Lo dijo el anciano, que tenía labios carnosos y llenos, labios que no contaban los años de la barba que los rodeaba.

—Pagas su penitencia... Te golpea la pescadera —concluyó el joven.

Y la mirada del joven era eterna, la de un ermitaño que llevase cuarenta años y cuarenta días rezando para comprender el misterio de la Trinidad.

—Te conocemos... —dijo el anciano.

Y el joven tomó el relevo:

—... Hemos venido a buscarte.

# Castaño y hielo



## I

Lo más importante era el ojo del maese. Todo maestro debía conocer, de un vistazo, el alma de la piedra. Juzgarla. Y hacerlo sin más ayuda que sus sentidos.

El maestro era quien hablaba con las piedras. Y las entendía.

El maestro cargaba con la responsabilidad. Y la culpa.

Asumía los gastos, los cobros, el avance y el retraso. Decidía. Y, cuando la estación avanzaba y dejaba atrás las heladas, juzgaba si merecía la pena correr el riesgo del fuego.

Piedra, fuego, hierro. Castaño y agua.

Si el maestro aceptaba el peligro, se hacían los canales, se enterraban las cuñas, se mojaban con baldes y, a la jornada siguiente, con las maderas hinchadas, se prendían grandes hogueras de tojos secos. Y se alimentaban durante horas, hasta que la piedra se calentaba como un horno.

Hasta que la piedra se rendía y se rajaba como fruta madura.

Sin embargo, había bloques testarudos. Que no se doblegaban.

A veces, la piedra aguantaba. Se reía de los esfuerzos de los *arxinas*.

Entonces se avivaba el fuego. Hasta que el bloque ardía en un rincón de los infiernos y, entre unos cuantos valientes, le echaban encima baldes de agua fría.

El agua se volvía azogue bailando en la piedra caliente. Las gotas danzaban sobre el granito y se convertían en humo. El bloque protestaba, gruñía, maldecía a los hombres. La piedra se cubría de un vapor espeso que apestaba a metal, a metal y a oscuridad, como el aliento de un dragón hambriento.

Siseaba. Silbaba. Crujía. El granito se resistía.

Unir fuego y agua era la última opción.

Más de uno había muerto.

La colisión del fuego ardiente y el agua fría partía el bloque con la furia de un titán y, enrabietadas, había piedras que, aun moribundas, se cobraban venganza y escupían una andanada de esquirlas calientes.

Mateo había visto a un zamorano quedar tieso en el sitio, con la sonrisa todavía en los labios. La maldita esquirla le entró por un oído como una flecha mora. El tipo cayó a plomo, donde estaba. Con la misma sonrisa, pero con una puntilla de lengua asomando con timidez. Ni se movió.

Mateo había ayudado a recoger la colecta para la viuda entre los demás de la obra.

Y Mateo había tenido algo más de suerte unas semanas después. No había perdido la vida. Sólo un ojo.

Así pagó su precio, a cambio de domar la piedra.

Y, aquella noche de helada, volvió a suceder.

# II

—Te conocemos... —dijo el anciano.

Y el joven tomó el relevo:

—... Hemos venido a buscarte.

Y la helada destrozó otro bloque.

La piedra crujió. El granito se rindió, pero se cobró su venganza contra los hombres. Tenía en su interior una veta más blanda, con más metal, más caprichosa, nadie sabía explicarlo. Tenía un secreto sucio, escondido en el alma, como los cobardes. Y se defendió como un cobarde. Un arrebato de esquirlas salió disparado.

Los otros dos no se movieron, ni siquiera pestañearon. Ni siquiera protegieron el instrumento.

Llevaban encima una fortuna hecha de madera, hierro y tripa de cordero. Y no se movieron. Como si supieran que no podía pasarles nada, ni a ellos ni al organistro.

Mateo tuvo suerte, una vez más. Y todo cantero sabía que el saco de la suerte se vaciaba al tiempo que se llenaba el de la experiencia.

No fue un ojo, fue la palma de la derecha, la del martillo. La misma donde la concha del pequeño Mateo había dejado su marca en la tienda de Verrondo. Una esquirla la aguijoneó como una avispa furiosa y dejó tras de sí un rasguño sanguinolento. Un tajo que cortó las líneas que dibujaban una vida entre los callos.

Tuvo suerte. Una vez más. Y no podía saber cuánto le faltaba a aquel saco para vaciarse.

Mateo dio otro paso atrás. Recogió la mano herida sobre el pecho y la protegió con la otra.

Pero no se quejó. El dolor era un rumor lejano, como el mar al caminar hacia el horizonte, cuando aún no se alcanzan a ver las olas.

—¿Quiénes sois?

Otro paso más. Hasta que su culo se estampó en aquel capitel de hojas de acanto.

—¿Qué queréis?

## III

No contestaron.

El joven movió la manivela del instrumento.

Y la rueda del organistro giró entre las caprichosas maderas, y las cuerdas tañeron su lamento, grave y profundo, tanto que las arenas del suelo saltaron. Y los dedos del anciano, con una destreza imposible, parpadearon sobre el teclado.

Tocó más rápido de lo que jamás había escuchado Mateo. Tocó tan rápido que sonaban dos melodías, dos que luchaban, una contra la otra. Dos que se hacían una. Enfrentadas y aliadas a la vez. Una batalla eterna que sólo podía acabar en desgracia o en locura.

Tan rápido que era imposible.

Tan rápido que a Mateo le lagrimearon los ojos.

Y acabaron al unísono. Las cuatro manos se detuvieron a la vez. En un acorde extraño que se colgó en la helada. Un acorde que lamentaba ser el fin. Como si las cuatro manos dejasen el trabajo sin terminar. Como si aquellas dos melodías convertidas en una estuvieran a punto de despeñarse.

Algo faltaba en la armonía. Tan acuciante que Mateo se inclinó hacia delante, sobre los dedos de los pies, para escuchar mejor.

Pero las notas, extraviadas, no llegaron.

Aquel último acorde se quedó en el aire con un insoportable regusto a cenizas. A demencia. A discordia.

—Hemos tratado con muchos como tú... —comenzó el anciano.

—... a lo largo de los años —terminó el joven.

Un perro ladró a lo lejos. Uno de los gatos del taller bufó.

Y el joven y el anciano hablaron, las palabras huyendo de uno a otro.

—Hijos que...

—... lavan el...

—... pecado de sus...

—... padres.

## IV

Incapaz de moverse, Mateo sintió que la helada se le colaba dentro.

Los dos se acercaron. Gráciles. Se deslizaban. El organistro no vibró, las cuerdas no se quejaron.

Mateo no tenía adónde retroceder. Tras las hojas de acanto sólo quedaba aquel demonio que arrastraba al pobre desgraciado a los infiernos y, detrás, los bloques, que luchaban contra la helada y el castaño.

Y señalaron. Dos de las cuatro manos. A la vez, como si hubieran echado a volar.

—*Seica era o mellor dos arxinas.*

Hablaban la jerga. Y no fue la última sorpresa. Acaz, el joven, guardaba otra.

—Era el mejor. Nosotros lo conocimos.

Señalaban, dos de las cuatro manos. Señalaban a aquel demonio. Y las palabras, envueltas en miel, eran las de un labriego cortejando a una lechera, invitaban a levantar las faldas y ofrecer el virgo.

Y Acab, el anciano, lo remachó.

—Triboulet, se llamaba Triboulet.

Al fin, Mateo reaccionó. Apretó la mano herida.

—Llegó de Conques —el joven—. Con una maldición en el bolsillo.

El corazón de Mateo arrancó. Algo del hielo que la noche había colado en sus entrañas se derritió. Y logró hablar, balbucir, tartamudear.

Tenía mil preguntas. Dónde había aprendido. Quién había sido su maestro. Dónde encontrar más piezas con la misma marca que aquel demonio llevaba a la espalda. Tenía mil, más de mil. Pero sólo pudo hacer una, o intentarlo.

—¿Tri... Tribou... Triboulet?

Le habló al anciano. El joven no podía haber nacido cuando aquel demonio cobró vida. Sin embargo, fue el joven Acaz quien contestó.

—Murió quemado —dijo asintiendo.

Y el anciano Acab añadió algo más:

—Ardió como una tea.

Y las dos voces a una:

—Con su maldición en el bolsillo. Como tu padre. Como tú...

Mateo caía. Como el día en el que partió el trinquete. Aquel día. Cuando el Avemaría había llegado con rosquillas de anís para celebrar el nacimiento de su hija. Aquel día la soga se partió. La grúa se rindió. Cayeron las piedras, cayó el madero, y cayó Mateo.

Cayó, desde treinta varas de altura, cayó hasta que la soga se enredó y a punto estuvo de partirle el espinazo. A punto estuvo de matarse. Y jamás olvidaría el miedo, el miedo mientras caía.

Ahora, Mateo caía. Desde treinta varas, trescientas. Tres mil. Caía.

—No dejó que le ayudásemos...

—... a ti podemos ayudarte.

Y luego rieron. Una risa que apuñalaba la helada. El joven y el anciano. Parecían sinceros. Apestaban a mentira.

Y los dos a un tiempo.

—Olvidarás a tu padre. Tu hijo te recordará.

# V

Mateo se había acostumbrado al peso de la vergüenza. Había cargado con él. Era como haber nacido sin piernas. Mudo. O ciego. Era cuanto había conocido.

Mateo caía. Esperaba el brutal tirón de la soga enredada en su pierna. La misma soga que se había partido, la que le había salvado la vida tras salir de la polea latigueando, como una víbora.

Caía.

Acab señaló. Y el joven Acaz señaló, como un reflejo. Dos manos, dos de las cuatro, se movieron, se alzaron, para abandonar el organistro y señalar, una vez más, a aquel demonio que arrastraba a los infiernos al pobre desgraciado.

—Si pudieras hacerlo...

—... serías maese.

De los labios de Mateo escapó algo, una pisada sobre añicos de barro. Un crujido.

—Sería lo justo —otra vez el anciano.

—*Xido vay* —otra vez el joven.

Conocían la jerga. Y las costumbres de los canteros.

—*Xilón, nexo agiote. Nexo xumar. Nexo esqueirar.* —Otra vez dos convertidos en uno.

Era lo que se les decía a los aprendices. Los consejos de un veterano a un zagal que empezase en el oficio. Que no robe, que no beba, que no mienta. Que trabaje, y a cambio aprenderá, siempre

que sea honesto. Siempre que acepte la ley de la piedra, y la del gremio.

*—Xilón, xido cabancar...*

*—... xido entileger. Xido vay.*

Acorralado. Un gazapo en la madriguera, con el zorro asomando por el borde. Así se sintió Mateo. Aquellos músicos conocían el oficio.

—Terminarás lo que comenzó tu padre...

—... tu hijo lo verá.

Mateo caía. A punto de vomitar. Mareado. Perdido. Caía. Y los dos, el joven y el anciano señalaban a aquel demonio y a aquel pobre desgraciado.

—Triboulet. Él era el mejor —dijo el anciano—, el mejor de todos.

—Lo era —corroboró el joven—, y ése de ahí era su *ferruxo*.

Las dos manos, como una sola, volvieron a moverse. A señalar.

El cepo con las herramientas, sus dibujos. Donde estaban sus cinceles, sus martillos. Un viejo cepo que habían usado los carpinteros, que ya había usado maese Remigio. Mateo conocía cada veta de la madera ajada. Un lateral se había vaciado, allí guardaba punteros rotos, el pedernal, una cajita con yesca. También los cueros aceitados que escondían su pasado. Sus secretos.

Y en el tajadero, donde el hacha había caído tantas veces, las herramientas con las que tallaba las hojas de acanto. Las suyas y algo más. Algo que no había visto antes. Nunca.

Y no quiso creer lo que le contaron sus ojos, uno de cada color.

## VI

—¡No es mía!

Fue lo que Mateo pudo gritar, negando con prisa, alborotando sus rebeldes cabellos.

—¡¡No es mía!! —repitió.

Tenía las manos en el pecho, las dos manchadas de sangre, pero las separó, para señalar, como los músicos.

Las conocía a la perfección. Algunos de los cinceles los había martillado él mismo en la forja de Sancho. Mateo había dedicado una vida a hablar con los herreros, con los carpinteros que asentaban las cimbras, con los sogueros que armaban las poleas.

Porque Mateo quería ser el mejor. Hacer algo que fuese inmortal. Como aquel maldito demonio que clavaba sus garras en los costados del pobre desgraciado.

Conocía todas sus herramientas.

Y no era suya.

Vieja, sobada, tenía milenios. Otra más de las decenas en los talleres, a menos de veinte pasos de distancia. Al menos una en cada puesto, y distinta a todas ellas.

Cinceles, punteros. Afilados, romos. Planos. Dos martillos. La concha que le había traído Gatón para su niño. Y aquella otra. Pesada. La que sólo usaría un *arxina* de fuerza extraordinaria. Una que exigiría de aguante para soportar todo un día golpeando los *fierros*.

—Era su maceta...

—... la que talló esa piedra.

## VII

Otro de los bloques se rajó. Rompió la noche con su lamento de piedra. Y, como si hubiera sido una señal, el joven volvió a accionar

la manivela del organistro.

Y los dedos del anciano danzaron de nuevo en el teclado.

Aquella melodía endiablaba regresó. Y sonó como una promesa a punto de cumplirse. Seductora. Más llena aún. Más alta. Más.

Bajo la gasa de la helada, asomó la primera claridad. La noche terminaba y el frío apretaba. Era el final de la madrugada, cuando la helada cobraba impulso. La hora más fría.

Se abrieron dos bloques más. Los crujidos acompañaron al organistro. Era la armonía de la locura.

No había una nota desafinada. Y sonaba a discordia.

—Temes convertirte en tu padre —dijo Acab.

—Temes fallarle a tu hijo —remató Acaz.

Discordia.

Fue una puñalada. La sombra del fracaso, melaza espesa de la que llevaba una vida queriendo escapar. La sombra de su padre. Las diecinueve sombras.

La helada amenazaba con partirle los huesos. La música partía el aire, lo rompía como vidrio.

Aquel perro volvió a ladrar, y se le unió otro más. Y encajes de niebla se enredaron en las piedras mientras el amanecer abochornaba a la ciudad.

Las notas subían vertiginosamente, las notas caían al vacío.

La música y la niebla cobraron velocidad. Lo envolvieron todo. Llenaron los talleres, la catedral entera. La discordia creció.

Colgado de una torre. Colgado de una de las grúas. Así se sentía Mateo.

—No te ama. ¿Cómo amar a un fracasado?

—¿Cómo amar al hijo de Arrio? No te ama.

Contestó la discordia.

La mano del joven daba vueltas. Las del anciano danzaban en el teclado. La música lo envolvía todo. La música y la helada.

Discordia.

Otro de los bloques crujió. Los perros ladraron. La niebla se espesó.

—Cógela —las notas temblaron—, es tuya.

El joven. O el anciano. Los dos a la vez. La maceta de Triboulet.

No pudo evitarlo. Mateo lo imaginó. Lo vio. La catedral se completaba. Su idea resolvía el socavón de la Trinidad. Donde su padre había fracasado.

Diecinueve sombras. Discordia.

El dilema se convertía en virtud. La catedral se hundía en la misma tierra. Ganaba un piso más y, a los pies de las altas torres de la fachada, se abría una nueva capilla enmarcada por escaleras que llevarían a un pórtico glorioso.

Mateo se volvió. Conocía cada arañazo del cepo. Guardaba el pedernal. Sus dibujos. Su pasado.

Estiró la mano herida.

Una gota de sangre cayó a sus pies, entre la niebla, hasta golpear la tierra, cubierta de esquirlas, de cascotes, del polvo del granito.

Lo vio. Y en aquel pórtico el Zebedeo recibía a los peregrinos. Y los peregrinos entraban boquiabiertos, asustados, conmovidos.

Estiró la mano, podía cogerla.

Quería cogerla.

—Se lo dirás...

—... y saldrás de los establos.

Discordia.

La melodía caía. Mateo caía. La niebla se cerraba sobre los talleres. Los perros ladraban.

—Se lo dirás y saldrás de los establos.

Bastaba cogerla.

Discordia.

Podía oírlos a su espalda. Dos voces que eran una.

—Nadie recordará a tu padre. Tu hijo te recordará.

Una promesa. Envuelta en aquella melodía que rayaba la locura. Un pacto.

Entonces la vio.

## VIII

Los perros ladraban en la noche helada.

Y el arzobispo Suero se acercó al ventanal de sus habitaciones. Abrió, incluso las pesadas contraventanas, pero no vio otra cosa que la helada, un paño ceniciento que palpitaba sobre las piedras de la ciudad.

No podía dormir.

Ni siquiera con el cansancio del viaje encima. Y allí, sobre una silla, arrugado y sucio, apestando a caballo, aún seguía el gambesón que había usado en la cabalgada.

No dormía demasiado. Había siempre tanto por hacer. O quizás eran las deudas. Compostela debía dineros a la Corona desde los tiempos de la emperatriz Urraca, la reina se había tomado su revancha por las revueltas que a punto estuvieran de costarle la vida.

Aquél había sido el comienzo y sus antecesores habían mantenido los lujos pasados, y los habían pagado gracias a nuevas deudas que engordaban las viejas.

Suero tiritó y, con los antebrazos igual que gallinas desplumadas, cerró.

Su mano, recia, tocó los vidrios de la ventana. Y, asomó a sus labios una sonrisa que remendó el hoyuelo de su mentón. Una sonrisa triste, cínica.

—¿Qué necesidad tenía?

A solas, hablaba en voz alta. Hacía preguntas. Y no esperaba respuestas. A solas no era el mismo. No ordenaba. No imponía su voluntad.

A solas, hablaba con Dios.

Su camisón tenía tres remiendos y cuatro zurcidos y, tal y como la había pasado por el vidrio, pasó la mano por las maderas labradas del reclinatorio, en el que había rezado hasta que los ladridos incitaron su curiosidad.

Y aquel hoyuelo suyo también tiritó.

—¿Para qué?

El reclinatorio. Y el retablo bizantino que tenía enfrente. De la mejor orfebrería del valle del Mosa. Oro en hilos finos de araña tejedora, y un centro de astillas de la Veracruz.

Suero prefería su sencillo crucifijo de madera.

Se arrodilló de nuevo en el reclinatorio y miró hacia los vidrios, las molduras, aquel retablo que, incluso bajo una única vela, brillaba como la misma Vía Láctea sobre la noche de Compostela.

—¿Qué falta hacía?

Abrió las manos y se lo preguntó al crucifijo.

Era la cruz de un carpintero. Dos vástagos. Dos listones de roble ahumado. Sobados por miles de oraciones. Sin un cristo. Sin cartela siquiera. Dos palos cruzados. Nada más.

El arzobispo la acunaba entre sus manos. Ignoraba las columnas afrancesadas, el suelo de castaño, las pinturas.

Afuera, los perros volvieron a ladrar.

Suero rezó.

Rezaba paternóster, kirieleisón y credos. Avemarías también. Pero, la mayor parte del tiempo, hablaba con Dios. Y a Dios no le espetaba órdenes inapelables.

—¿Aceptará el rey?

La cruz no contestó. Tampoco el lujoso relicario.

—¿Qué será de mí si tenemos que parar los trabajos?

Las palabras temblaban de agonía.

—Ayúdame, Señor, ayuda a tu siervo. Sabes que lo que pido es justo. ¿No he sufrido ya penitencias suficientes?

Suspiró en un arrebato.

—¿No merezco tu misericordia?

Los ojos cerrados. El hoyuelo fruncido.

—¿No he obrado como debiera?

Había fervor.

—¿No he sido, Señor, tu instrumento?

## IX

Una promesa. Envuelta en aquella melodía que rayaba la locura. Un pacto.

Entonces Mateo la vio.

Estaban sus punteros, sus cinceles, incluso los de aprendiz, para escafilar los cantos de los sillares, lo primero que Remigio le enseñara.

Remigio que había amado a su padre antes de odiarlo.

Remigio, el único que le había dado una oportunidad. El que le había enseñado a hacer las cuentas, a calcular los tercios y los quintos. A leer y a escribir.

—No esculpes a personas, esculpes la palabra de Dios, ¡debes conocerla! Y los demás la conocerán.

Remigio, que se persignaba siempre después de estornudar.

Aquel cincel plano y con dientes, para escafilar las aristas de los sillares, aquél se lo había dado maese Remigio el primer día.

Mateo había reunido el valor, se había cansado de pedir limosna, de escuchar a hurtadillas a los contrabandistas de reliquias, de engañar al hambre. No quería robar para comer. No quería dormir con los peregrinos hacinados en la catedral, a veces, alguno buscaba los nudos del cordón que sujetaba sus calzones.

Y Mateo se había presentado en las obras, con vergüenza, bajo la sombra de su padre. El que había cometido el pecado imperdonable. El cantero que había ignorado la ley de la piedra.

Remigio ni siquiera abrió la boca. Le puso aquel cincel, plano, con dientes, en una mano que aún no tenía callos.

Y estaba allí, en el cepo, aquel cincel para escafilar. Y sus martillos. Y su maceta. Y la de Triboulet.

La de Triboulet. La que había tallado aquel demonio.

Y también la concha.

Mateo retiró la mano, como un animalillo que hubiera metido la zarpa en un cepo.

Mateo dudó.

Intentó decir que no. Quiso irse. Recogió de nuevo las dos manos sobre el pecho.

Y la melodía subió de volumen. Y las palabras del joven y el anciano se convirtieron en gritos.

Podía hacerse. Verrondo estaba equivocado. Podía hacerse. No era imposible.

Podía verla. Su catedral.

Al occidente tres alturas, al oriente dos.

Y entre ambos un coro. Llenando la nave de su catedral. Un coro de piedra hecha vida. Un coro de profetas, profetas listos para echarse a caminar. Vivos, más que el Bautista de los paños mojados. Mejores. Con los rostros que Mateo había ahorrado. Allí estaba Gundisalvo. Y maese Remigio, con su mano lastimada, a punto de reñir, convertido en un Elías apocalíptico. Y la dureza del arzobispo Suero transformada en Enoch. Y Aldonza, Aldonza cuando se amaban, Aldonza cuando sonreía.

El trabajo de una vida sometido a la ley de la piedra.

Sacudiendo el mentón, negando. Pero estiró la mano.

Discordia.

Los perros ladraban. Amanecía. La música se clavaba en sus huesos. Agujas. Afiladas. Finas como vértigo. Agujas que hurgaban en cada articulación.

Y la catedral, su catedral, desapareció. Allí estaba la maceta de Triboulet.

—Tus piedras jamás morirán...

—... recordarán tus piedras.

Y uno de los gatos del taller saltó entre los cascotes, y unos cuantos gorriones alzaron el vuelo.

Crujió otro bloque. El granito se rajó de un extremo al otro. Y una mitad, mal asentada en los calzos, se derrumbó. Cayó con estruendo, con un temblor que ascendió desde los pies de Mateo hasta sus ojos, uno de cada color.

Y Mateo cerró el puño sobre el cepo de sus herramientas.

Discordia.

Oh, discordia.

## X

Los perros callaron. La niebla se agarró a las piedras, cargadas de helada y, con el amanecer, llegaron los canteros.

Algunos tenían sus casas, otros dormían en un barracón en el extremo de los talleres, Juanillo lo hacía donde podía.

Llegaron, y a nadie le extrañó que allí, en su puesto, estuviese Mateo, que siempre era el primero en llegar y el último en irse.

Poco a poco, llenaron los talleres. Y el martillo de Sancho, que esa noche no se había dedicado a la sidra, empezó a golpear el yunque. Se prendieron más hogueras. Se oyeron las primeras bromas.

—¿Dormiste caliente?

Risas.

—*Vai ghichar*.

Los sogueros mazaban el esparto. Llegó un carro con cal de Triacastela. Y el boyero habló con los herradores para que echaran un vistazo a las bestias.

Ya no había música. Ya no tañían las tres cuerdas del organistro. Ya no estaban el joven y el anciano. Acaz y Acab.

Sí estaba el viejo. El viejo Gundisalvo llegó cargado con su reuma. Y se puso tras Mateo.

—Si vuelve hoy, ¡cagüen en las faldas de la Virgen!, parla con él, carajo.

## XI

Lo escuchó. Lejos. Extraño. Faltaban notas. El lamento inconfundible de las cuerdas, hondo, como si partiese la niebla.

Y una cuadrilla pasó de largo para arremolinarse junto al bloque que la helada había tumbado. Se sacudían el frío de la mañana frotándose los hombros, pisando con fuerza, llevaban largas

palancas de hierro para moverlo. Le gritaban a los de la grúa de rueda.

El día comenzaba en el taller.

Y Mateo escuchó al viejo. Lejos.

Parpadeó. Miró en derredor, inseguro. Como un tartamudo al comenzar una frase.

No le contestó al viejo Gundisalvo. Sopló los rebeldes mechones que le caían por el rostro.

La cuadrilla, con las palancas, gruñía por los esfuerzos, otro de los oficiales contaba en voz alta. Marcaba el ritmo de cada empujón.

Las obras continuaban y, después de parpadear, de tragar aire como si saliera de una zambullida, Mateo vio, y tuvo que verlo para entender que así era, su puño, cerrado.

Lo abrió.

Y dentro, envuelta en sangre, la concha.

Por un momento, sólo por un momento, el alivio fue completo. Se sintió liberado. Más ligero. Logró tragar.

Hasta que descubrió, bajo la concha, el tajo que había hecho la esquirla. Lo vio y no quiso creerlo. No podía ser. Pero necesitaría un vendaje.

No podía ser cierto. Incluso negó sacudiendo el mentón. Convencido. No había sucedido.

Hasta que volvió a mirar.

Estaba allí.

## XII

La maceta de Triboulet. Estaba allí, en el cepo. Con el mango bañado en sangre. Su sangre.

La cuadrilla, con un último empellón, levantó el bloque y lo colocó sobre cuñas nuevas. El granito asentó con un golpe sordo y un coro de resoplidos que el frío convirtió en niebla.

—¿Qué *fixen*? —murmuró Mateo.

Espantado, se echó atrás. Pisó al viejo Gundisalvo. Y no lo escuchó protestar.

—Marcho —le espetó al *xebo* con urgencia.

El viejo no tuvo ocasión de preguntar. Su oficial lo dejó allí plantado.

Y, tras el rosario de miradas extrañadas que barrió el taller, Juanillo se acercó.

—¿A dónde va Mateo? Por la Virgen, ¿qué pasa? ¿Vuelve el maestro? ¿Vieron ya al rey?

Gundisalvo chistó. Se limpió las barbas con el dorso de la mano. Y, mirando a las espaldas de Mateo, contestó:

—¡Se va a la mierda...!

Volvió a chistar y, ante el espanto del esportillero, puso una de sus viejas manos en el hombro del muchacho.

—Si me haces de lazarillo —soltó con retranca—, podemos pedir limosna en la Puerta del Paraíso. Siempre habrá un imbécil que nos eche una moneda.

## XIII

Tenía que verla. A los dos. Saber que estaban bien.

Ni siquiera saludó a Cirilo, que estaba en su puesto, vendiendo las tortas con las que se escondía del hambre desde el accidente en los talleres.

Compraba harina barata, con mucho salvado, conseguía amasarla con una sola mano y el hijo de otro de los canteros, que había casado con una tahonera, le permitía usar el calor que aguantaba en el horno durante el día.

Mateo, siempre que podía, le compraba una de aquellas tortas, que salían duras, con arenas, amargas por el salvado. Cirilo había sido uno de sus hombres al poco de que lo nombrasen oficial.

Y, nadie podía reprocharle lo sucedido, pero Mateo las compraba.

Sin embargo, como el día anterior, Mateo volvió a saltarse su costumbre.

Quería llegar a casa. Sin otra cosa que su propia saliva, frotaba frenético la pequeña concha. Intentaba limpiar la sangre. Tenía que dársela a su pequeño.

Pero no pudo abrir la puerta.

La casa estaba cerrada.

## XIV

Sacudió el aro que accionaba el pasador de la cerradura, y no consiguió otra cosa que armar un escándalo.

No entendía.

Apenas había amanecido. El pequeño no tenía que estar con los frades hasta después de maitines.

No tenía la llave, nunca la usaba, sólo para salir cada mañana.

—Salieron...

Poco le faltó a Mateo para tragarse la lengua. Y, cuando se dio la vuelta, se encontró al manco Cirilo.

—Hace cinco credos —le dijo con una sonrisa franca.

Y, además de la información, le tendía una de sus tortas, que parecía una hogaza atropellada por uno de los carros de las canteras.

A Cirilo se le apagó la sonrisa al ver las ojeras y el rostro demacrado. La sangre. Pero era un tipo vivaracho que se las bastaba para amasar con una mano. Volvió a sonreír, aunque esa nueva sonrisa tuviera colores distintos.

—Yo volvía de la tahona... Aprovecha, come, aún está caliente —insistió—. Volvía de la tahona con el carro lleno y los vi salir.

Mateo recogió la torta de la mano pegoteada de masa.

—¿A dónde? —logró preguntar, confuso, mareado.

Cirilo se encogió de hombros, y fue un gesto extraño por culpa del brazo que le faltaba.

—Con su hermana y ese gordinflas relamido. Parecían una caravana mora, todo sedas y brocados, caballos y hasta mulas. Y la berciana que tiene aturando a esos críos del demonio... ¡Malditos zagales! Me largaron dos pedradas.

Animoso, con alguna broma guardada en los carrillos, Cirilo calló. Algo más le quedaba por decir, pero él mismo había decidido tirar de las riendas.

Y Mateo lo conocía.

—¿Qué?

El manco humilló el rostro, y continuó como si le estuvieran sacando una espina clavada entre la uña y la carne.

—También estaba ese *rufeiro* —lamentó el antiguo cantero.

—¿El pelirrojo?

El inglés, el socio con el que su cuñado mantenía el negocio de vinos y sardinas. Que siempre presumía de que su abuelo había cabalgado con el mismísimo Guillermo el Conquistador.

Isabel y el repeinado los habían invitado a su lujosa casa en el barrio de los orfebres. Querían celebrar la llegada de un gran cargamento. Y aquel inglés estaba allí. Y los dos socios tuvieron ocasión de presumir, de explayarse. De reír haciendo rebotar sus barrigones llenos de prosperidad.

Mateo se había sentido incómodo desde el mismo momento en que cruzó el enorme portalón labrado. Lo suyo eran las piedras, no la gente. Menos aún la gente vestida con fortunas que no hablaba de otra cosa que de cómo hacer medrar esas fortunas.

Y el tal Canuto le importaba una higa a Mateo. Él, sus sedas, sus negocios o la enorme perla que llevaba en la oreja para presumir de que también comerciaba con los venecianos, que eran quienes traían especias del Oriente. Lo que sí le importó fue que, entre las bandejas con pasas de Corinto, aceitunas de Creta y lampreas del Ulla, aquel condenado pelirrojo, con total descaro, se había metido donde no le llamaban.

—Muy sonriente ese *rufeiro* —dijo Cirilo, como si las palabras le quemasen los labios—. Tal que aprendiz con gorro de maese.

Mateo resopló sus cabellos rebeldes.

El condenado inglés, mientras los músicos tocaban en el gigantesco patio de la mansión de su cuñado. El condenado inglés con su condenada sonrisa.

Y era a Aldonza a quien le había sonreído. A quien le había hablado de negocios y de la casa que pensaba comprar en Compostela.

El manco advirtió el mohín en la boca de su antiguo oficial. Más aún, los dos soplidos que le echó al flequillo.

Y, como siempre, Cirilo tuvo que decir algo más. Con buena intención, la misma que había usado toda su vida, pero con el tino de un borracho, el mismo que había tenido toda su vida.

—No está bien que un *arxina* le tiente los piedros a otro —dejó escapar un silbido—. Dos *arxinas* para un solo piedro...

Cirilo se asustó de haberlo dicho. Pero no pudo enmendarse.

—¿Y el niño? ¿Lo has visto?

El manco no pudo responder.

Tan enfrascados estaban que no se dieron cuenta de que, tras ellos, se acercaban dos bigardos malcarados.

La pinta los hacía inconfundibles. Apestaban a desertores. Escaldados de pelear con los castellanos en aquel desaguisado de Tierra de Campos.

Uno de ellos, tuerto, tenía una cicatriz que le partía la ceja y bajaba hasta la mejilla. Al otro le faltaba el meñique de la mano izquierda. Y los dos cargaban hierro al cinto.

Cirilo no sabía sus nombres, Mateo no sabía sus nombres. Pero no los necesitaban. Ya los conocían. Eran el hambre y la peste.

Eran hombres de Nathanael.

## XV

Olía a meos de gato, a humedad y a algo podrido. Así olía uno más de los callejones, trastiendas y recovecos de Compostela, y los hombres de Nathanael lo tenían de mano.

Mateo no era el primero al que llevaban hasta allí, a oler meos de gato.

Cantero, hasta la médula, primero pensó en un trozo de mármol, un guijarro escupido por el cincel. Pero se equivocó. Era obra de un puño. Era una muela.

No, Mateo no era al primero al que llevaban a aquel callejón.

Cirilo había intentado ayudar. Se habría encarado de no ser porque Mateo le había ordenado dar un paso atrás.

Y, cuando se lo llevaron, Cirilo hizo lo único que podía hacer por su antiguo oficial.

—Estuvo dibujando ahí mismo —señaló a la entrada de la casa—, y luego marchó hacia San Paio.

El alivio de Mateo no compensó la rabia. Cómo había podido Aldonza hacer algo así.

Le sacudieron el primer puñetazo.

Seco. Duro. Con años de práctica.

Fue el tuerto de la cicatriz, que era la voz cantante, aunque no abriese la boca. Ninguno de los dos hombres de Nathanael lo hizo, no hacía falta hablar.

Además, al de la cicatriz, que respondía por el apellido de Lamas y del que nadie sabía el nombre, no le gustaba hablar, aquel tajo que lo dejara tuerto le había roto la boca y se había llevado de regalo cuatro dientes y dos pedazos. Las raíces de aquellos dos pedazos las había sacado un herrero con tenazas para clavos de herradura, y algo se le había infectado.

Una historia demasiado larga. Concluía con Lamas escupiendo salivazos cuando hablaba con otra cosa que no fueran los puños o el hierro de su cintura.

Pero no hacían falta presentaciones. Tampoco explicaciones. Los dos jaques se despacharon a gusto. Sin una palabra.

Su negocio era sencillo. Y sabían hacerlo.

## XVI

Había sido la desesperación.

La casa. Los vestidos. Los regalos cuando Isabel tenía algo que celebrar. Y que no le faltase nada al pequeño.

Mateo era el primero en llegar y el último en abandonar los talleres. Pero su salario no alcanzaba.

Y la desesperación le había llevado a preguntar. Por las obras pasaban gentes de toda condición. Siempre había peregrinos pululando.

Un cristiano no podía prestar dinero si cobraba interés, así lo condenaban las Escrituras. Sin embargo, los judíos no tenían ese prejuicio. En la ley que los rabinos enseñaban se pintaba de grises el Viejo Testamento.

Los hebreos tenían prohibido hacerlo entre sí. Pero nada en sus seiscientos mandamientos les impedía emprestar a los no elegidos, los que desoían el pacto de Abraham y no circuncidaban a sus hijos.

Algunos eran buena gente, con un negocio honrado. A veces el único posible. Los fueros del rey Fernando, o los de su padre, no se lo habían puesto fácil. Y no era fácil ser judío en Galicia, León o Castilla. Tampoco en Aragón. Las juderías no contaban con hombres suficientes para sus ritos. No conseguían comida que respetase sus costumbres. Y, cuando no cosechaban lo crecido en las lindes de sus cultivos, como ordenaba la ley de Moisés, siempre aparecía algún cristiano que esquilmaba sus campos.

Nathanael no era de ésos. Que vivían y dejaban vivir.

Nathanael era de los otros. Avaros con más aprecio al oro que a la vida. Nathanael era de los que prestaban a moros, sarracenos y agarenos. A cristianos, castellanos y maños. De Zamora a Sahagún, de Compostela a Estella, y al sur del Guadiana. Incluso sin avales. Pero con la certeza de que, de un modo u otro, cobraría.

En Compostela, si a uno le ahogaba la desesperación, acudía a Nathanael. Y si el ahogado tenía la ocurrencia de no pagar,

Nathanael enviaba a sus perros. Al tuerto de la cara marcada y al de la pata estropeada.

Y sus perros sabían lo que hacían.

No le estropearon las manos. Tampoco los ojos, uno de cada color. Y lo dejaron presentable, para que no brincasen preguntas incómodas.

Castigaron los riñones, las costillas. Y se ensañaron donde los muslos pierden el nombre para convertirse en posaderas. Allí, donde el nervio se resiente al cargar peso.

Un cantero podía trabajar cojo.

No dijeron una sola palabra. No hacía falta.

Antes de irse, el tuerto le dio una única advertencia. Le sujetó el mentón dolorido. Y puso su puñal a un pelo del ojo. De aquel que era más oscuro. Tan cerca que Mateo sintió en la mejilla el frío del acero.

Habían usado las manos. La siguiente, el hierro daría el discurso. Y ellos seguirían sin hablar.

Lo dejaron allí tirado, donde los meos de gato y la muela.

# Sangre y nogal



## I

Aún tenía la torta en la mano cuando despertó.

Apartó los cabellos con un soplido, palmeó la suciedad de la torta, se puso en pie con menos gracia que el viejo Gundisalvo y su reuma y, mordiendo el dolor en ambas piernas, que amenazaba con subir por las cachas hasta la cadera, echó a andar.

Mateo abandonó el callejón lanzando mordiscos a la torta de Cirilo. No había comido desde la noche anterior y el pan, poco cocido, con arenilla, lleno de cascarilla, le supo a gloria.

Cómo iba a saber que, con los años, alguien sospecharía que había algo más que harina, agua y sal. Algo más que cascarilla de trigo.

Derecho al monasterio de San Paio de Antealtares. Decidido. Mateo sacaría a su hijo de allí y se irían, los dos juntos.

Aldonza podía quedarse con el inglés. Verrondo con la catedral. El judío con la casa y el arzobispo con las ganas.

Pisaba tan fuerte como le dejaba el dolor en los muslos, se movía a ese paso que se agita antes de echar a correr.

Se había terminado.

## II

Terminado estaba. Hasta que el dolor y el cansancio le dieron una bofetada a la rabia.

Y Mateo recapacitó.

Y si Verrondo mandaba buscarlo. Y si convencía al arzobispo para que diera la orden. No eran los tiempos de Gelmírez, no tenía un ejército, pero Suero contaba con más de cien hombres, armados y veteranos. Algunos habían luchado en Toledo. Incluso en Badajoz contra los moros. El capitán, un fronterizo revenido al que le faltaba una oreja, había rendido Almería antes de que volviera a manos moras.

Y si le pasaba algo al pequeño.

Sería su culpa.

La determinación de Mateo flaqueó. Ya no lanzaba mordiscos a la torta. Ya no pisaba con tanta fuerza.

Se detuvo en medio de la Rúa Maior.

Un curtidor con un hato de pieles tuvo que esquivarlo, y dejó maldiciones que iban mucho más allá del padre de Mateo. Pasó un carro, con el lamento de su eje, cargado de estiércol de los establos de San Martín Pinario y, con cada bache, un cagajón de caballo caía y se estampaba en el suelo.

El sol brillaba, aunque el frío de la noche seguía pegado a Compostela. Se veían gorros, mantos, capas.

Cruzaron también dos peregrinos que habían entrado por la Puerta del Camino, pero que no hablaban la lengua de los francos, sino algo seco y rudo, norteño.

Y Mateo no se movió.

Saldría mal parado. Si se quedaba. Si se iba.

Saldría mal parado.

## III

Sólo tenía un lugar donde refugiarse, sus piedras. Los talleres.

Había pasado el día vagabundeando por la ciudad. Incapaz de tomar una decisión. Agotado. Dolorido. Abrumado.

El arzobispo y maese Verrondo ya estarían de vuelta.

Y Mateo buscó refugio. Pero se olvidó de que no estaría solo.

## IV

Triboulet. Así le habían llamado.

Y allí, sobre el cepo seguía su maceta.

Mateo pasó de largo. Vagabundeó entre los bloques. Habían llegado tres nuevos, de grano fino. Y el viejo Gundisalvo se había hecho cargo.

Incluso habría hablado con Sancho para que vigilase el temple de los fierros. O, siendo el *xebo* como era, en lugar de hablar habría soltado tres berridos.

Los bloques y las cuñas de castaño esperaban la helada.

Aunque no hacía falta, Mateo toqueteó algunas cuñas.

También echó agua en otras. Y tampoco les hacía falta.

Y, con tal de no volver a su puesto, repasó los demás, con ojo crítico de maese, calculando su posición en la obra que, como un esqueleto saliendo de la tumba y sujetándose a la lápida, envuelta en andamios, sogas y grúas, brotaba junto a los talleres. Un

armazón que llevaba un siglo creciendo y que se aferraba al ábside y al transepto gracias a la magia de los canteros.

Tenían que rematar la nave principal, hacer crecer el templo hacia el occidente y salvar aquel maldito socavón.

El vizcaíno iba bien con otro de los capiteles de acanto que tanto gustaban al maestro Verrondo. Según él, los había visto en Roma, cuando había peregrinado hasta San Juan de Letrán.

Mateo no sabía si los viajes del maese eran ciertos o no. Pero acordarse le trajo la visita de aquel Bautista de ropas empapadas. Y abandonó el puesto del vizcaíno con una carrerilla.

El piojoso Sisnando llevaba retraso. Una vez más. Pedía las piezas más difíciles, las que falseaban el escuadro, pero nunca estaba a la altura. Labraba un cordero para rematar una crucería. Y a Mateo le parecía más bien uno de aquellos chuchos que mendigaban por las callejuelas al norte de la ciudad.

El viejo Gundisalvo entorchaba una columna, y su trabajo era impecable, sin una falta, pero el viejo jamás podría tallar a uno de los apóstoles. Sabía marcar las curvas con la regla como ningún otro, entendía los tres quintos para repartir un arco, pero no tenía fuego para darle vida a la piedra. Ésa y no su vicio por lo que la Juana tenía entre las piernas había sido la zancadilla que hiciera tropezar su maestría.

El del asturiano, el de Gutierre, el de aquel grandote que decía haber trabajado en Carboeiro, Malaquías, que juraba y perjuraba que era cierto, que la Ponte do Demo había aparecido de la noche a la mañana sobre las cantarinas aguas del río Deza.

Lo del Sinsombra.

Asintiendo, pellizcándose el labio, caminando tras el vaho que dejaba su aliento en la noche, Mateo deambuló por los puestos

hasta tropezar con una cesta que Juanillo había olvidado fuera de sitio.

A punto estuvo de caer y, pese a ser un oficial, pese a que no era su trabajo, llevó la cesta hasta el montón de capazos amontonados en la esquina sudoeste del crucero.

Lo que fuera menos regresar a su puesto.

Incluso enrolló trapos embreados en los hachones, aunque tenían suficientes para mediar los gallos. Aunque la luna, casi llena, arrojaba luz para manejarse en los talleres.

Hizo cuanto se le ocurrió. Pero lo que más hizo fue mentirse. Mentirse cada vez que echaba un reojo y se prometía que no la cogería.

—Es imposible —murmuraba.

No había quien le escuchase. O sí. Los gatos.

Se había vuelto un niño, o un loco. Y no aceptaba que, en cada uno de esos reojos, el corazón le daba un vuelco.

El cepo de las herramientas, el cepo donde, además, guardaba su pasado.

—¡Mienten!

Volvió a tropezar, esta vez con un cascote entre las hileras de bloques.

—*Esqueiran!*

Sólo escuchaban los gatos del taller.

Y juró que no. Negó más que Pedro antes del gallo.

Mentiras.

Discordia.

Una sombra se escurrió a sus espaldas. Y se quedó sin aliento, hasta caer en la cuenta de que era uno de los gatos.

Acabó en su puesto. Junto al cepo.

—Triboulet.

El nombre se escapó entre sus labios mientras alzaba la mano. Y sus ojos, uno de cada color, miraban a aquel demonio que arrastraba a aquel desgraciado a los infiernos.

El frío cortaba. En la cara norte de las piedras el hielo tejía un moho blanquecino.

El primero de los bloques se rajó. Una ventolina hizo temblar los hachones. Las sogas en las poleas gimieron como si los talleres fuesen un barco a la deriva.

Y otra sombra a su espalda le hizo volverse. Y mirar arriba.

Allí estaba. A treinta varas del suelo.

## V

Allí estaba. Jamás lo olvidaría. Y a los cuervos tampoco. Imposible.

De pronto se volvió un mocoso. Mateo encogió. Los andamios crecieron.

Allí, donde no cabía duda, a treinta varas del suelo, frente a sus ojos. Allí estaba.

Discordia.

También aquel sonido de las cuerdas del organistro. Allí, colgado. Retratado por el resplandor de la luna. Desdibujado por las llamas de los hachones.

Su padre.

Oh, discordia.

La melodía se hacía reconocible. La misma de la noche anterior. Pero allí no había quien la tocase.

Era su padre. Colgando. Como había colgado de la horca.

Y los cuervos aleteaban. Graznaban, brincaban. Se enfadaban los unos con los otros. Se disputaban los ojos.

Oía los abucheos. Los insultos. Los golpes de aquella pescadera.

Mateo se sintió pequeño. Buscaba con su mano. La mano de un niño, uno pequeño, de nudillos hundidos, con la silueta de una estrella de mar.

Buscaba a su madre.

Fue una sombra, sólo una sombra, pero Mateo moriría convencido de que allá arriba, donde uno se jugaba la vida a treinta varas de altura, su padre se bamboleaba con el dogal al cuello.

Fue más que un recuerdo. Lo sintió escarbar debajo de la piel, como la sarna.

Aquella sombra de allí arriba, por un instante, se había ahogado con la soga al pescuezo, tenía abultada la entrepierna, y el rostro roto.

Por un instante fue un ahorcado. Su padre.

El que había avergonzado a los *arxinas*.

Asustado. Indefenso, apretando los ojos para no llorar. Un niño de nuevo. Con el pelo revuelto y la manía de soplarse el flequillo. Un niño que aún, sólo aún, tenía los ojos azules, como los encajes de hielo en los bloques, de un azul intenso.

Los dos de azul intenso.

## VI

Amanecía. La helada terminaba su trabajo y, como cada día, como todos los días, cuando el viejo Gundisalvo, el *xebo*, entró en los talleres, su oficial ya estaba allí.

El viejo siempre empezaba el día temprano. Apenas dormía, se despertaba con el vuelo de una mosca, y arrancar le costaba horrores. Entre otros asuntos, como hacer entrar en calor a sus

nudillos con friegas de aceite de enebro, necesitaba tres padrenuestros para convencer a lo que tantas veces le había enseñado orgulloso a la Juana para que le ayudase a vaciar la vejiga.

Orinar se había vuelto un suplicio. Un viacrucis lento, intermitente y, a menudo, doloroso.

Aun así, nunca era el último en llegar a los talleres.

A solas, por las noches, usaba un bastón sacado de una de las cimbras de los arcos y, por las mañanas, lo echaba de menos, pero moriría antes de dejar que los otros lo viesen así, lisiado.

Caminó, despacio, sorteando los puestos, cotilleando la chapuza del lameculos de Sisnando, hasta el oficial.

Muchos en las obras le tenían rencor. Era fácil. El padre ya no estaba allí para culparlo. Aunque no el viejo Gundisalvo. A Gundisalvo le gustaba el joven oficial.

Aun así, iba a cagarse en sus muertos por haberse ausentado ayer.

Iba a soltar una blasfemia, un escupitajo, y a fingirse enfadado.

Con la edad, se había acomodado a la idea de planear casi cualquier cosa por anticipado, especialmente cuando, a la mierda el Señor y todos sus ángeles, mear podía necesitar de dos kirieleisón y una avemaría.

Abrió la boca, sintió el sabor de la blasfemia, ácido, rencoroso, con regusto a satisfacción.

Y al ver la sangre se calló.

Mateo, el oficial, no estaba en su puesto.

## VII

Se formó un corro alrededor de Mateo. Los que llegaban, entre bostezos y palmadas para sacudirse el frío, uno a uno, se apelotonaron como un enjambre.

Y no hubo más bostezos.

Ni bromas a la parienta. Ni comentarios sobre si la noche había terminado en la mancebía de la Juana.

Todos miraban, embelesados. Incrédulos.

Juanillo tenía la boca tan abierta que, de haberlo visto los otros, algún alma caritativa le hubiera echado la mano al mentón, no se le fuera a caer la quijada al pobre muchacho.

Se acercó tanto el esportillero que, en su mejilla, todavía sin sombra de barba, se estampó una gota de sangre.

## VIII

Por todos los rincones de la ciudad, de boca de peregrinos en especial, podían oírse milagros. En especial los atribuidos al Zebedeo, siempre dispuesto a ayudar al piadoso que moría de camino a su santuario.

Se sabía de un germano que peregrinaba con su padre y había sido acusado de robo en falso por una muchacha desairada. Después de ahorcado, había vuelto a la vida en Santo Domingo de la Calzada.

Y también de un lombardo que, al enfermar de muerte, había sido abandonado por sus compañeros y rescatado por el propio Santiago. El apóstol lo trajo a lomos de su caballo blanco hasta Compostela para visitar las reliquias bajo la catedral antes de espirar su último aliento.

Había muchos. Tantos que alguno debía ser cierto.

Y lo que sucedió esa mañana en los talleres de la catedral pasó pronto a formar parte de aquella seguidilla.

Se contaría durante generaciones.

Y los más devotos, para que nadie fuera a sacarle punta a la historia, no mencionarían la sangre.

## IX

La maceta subía y bajaba. Golpeaba con la cadencia de la experiencia, con una tonada que era el cantar de los *arxinas*, de los buenos, los veteranos.

El cincel golpeaba. Se movía. Golpeaba. Se inclinaba. Volvía a golpear. Sin una sola duda.

Y el rostro, el rostro cobraba vida.

Era él, tenía que ser él. Bondadoso, ofrecido, dispuesto a recibir a los peregrinos.

—¡Virgen Santa! ¡Es el apóstol!

Lo había gritado Juanillo. Y todo el corro se cubrió de murmullos. Más de uno hizo la señal de la cruz. Y al asturiano se le atragantó una avemaría.

—¡Es Santiago! —gritó el Sinsombra.

Y tenía razón. No podía ser otro.

Sedente, con una mano más alta que otra, quizá sosteniendo algo. Los hombros, la cadera, sólo se insinuaban, faltaba mucho trabajo. Pero el rostro, el rostro...

Y aún no se había pulido, aún tenía las cicatrices del cincel y, pese a todo, era un rostro que acercaba la fe al descreído.

## X

Mateo no los vio. Sus ojos, uno de cada color, se clavaban en la piedra como el cincel. Mordían el granito, avariciosos. Querían deshacerse de lo que sobraba.

Lo veía claro.

Como nunca antes.

Jamás había tenido esa certeza.

No necesitaba mirar a aquel demonio. No tenía que robar la inspiración de Triboulet.

Detrás de él, ajeno a los aspavientos, las voces o las jaculatorias del Avemaría, el corro de canteros se desparramaba y, detrás de ellos, aquel demonio arrastrando a aquel desgraciado y, aún más atrás, el capitel con hojas de acanto.

Estaba en uno de los bloques de las canteras, en uno abierto por la helada. Y había trabajado toda la noche.

Aun así, era difícil de explicar.

Allí, a su lado, chantados en barriles de arena, humeaban los restos de los hachones. No se había molestado en apartarlos. No había tenido tiempo.

Pasaba un carpintero que había venido a hablar de unas cimbras, y se unió al corro. Llegó Cirilo, para ofrecer sus tortas. Y también dos frades de Antealtares de camino a los despachos del arzobispo. Todos se quedaron pegados, como moscas a la miel.

Hasta dos chicuelos que corrían tras un perro para hacerle alguna cafrada. Sucios, con los mocos colgando. Uno de ellos tenía el labio deformado, abierto como el de una liebre. El otro lucía orgulloso un ojo morado. Pilluelos de la ciudad.

También se quedaron allí. Atorados.

La maceta subía y bajaba. El cincel mordía la piedra.

Y la sangre salpicaba.

# XI

Nadie intervenía. No se atrevían. Se les veía la intención. Y no se atrevían.

Sabía a sacrilegio. Como una risotada durante una homilía sobre castidad.

Miraban embobados.

El cincel mordía la piedra.

Y no podían hacer otra cosa que mirar. Sisnando maldecía por lo bajo, royendo blasfemias, pero con los ojos fijos en la talla, sin hurgarse sus cochambrosas guedejas. Y el asturiano, de tanto en tanto, rezaba una avemaría, por puro impulso, como el borracho que echa un trago, y tampoco apartaba los ojos. El único que se movía era el vizcaíno, que negaba. Sacudía el mentón, incapaz de creer lo que Mateo había hecho en una sola noche.

Los dos borgoñones rezaban en su lengua.

El cincel mordía la piedra.

Clanc, clanc.

La maceta lo llenaba todo. Hasta los gatos del taller miraban. Sin atusarse los bigotes, sin lamerse las patas.

Ni los gatos ni los hombres. No se atrevían a romperlo. Aquello, lo que fuese. Pero ninguno de los *arxinas* se atrevía.

Clanc.

El ritmo de Mateo no variaba. Y no le hacía falta cantar. La maceta golpeaba sin pausas.

Clanc.

Tenía que llevar horas trabajando, sin detenerse siquiera a respirar. Y tampoco iba a hacerlo.

Clanc, clanc.

Parecía dispuesto a acabar la talla del apóstol. Aunque pasase el día. Y la noche, y el día siguiente. Y el siguiente.

Clanc.

Tuvo que ser el único que tenía el cuajo y los años. Gundisalvo se acercó, alzó la mano de nudillos hinchados y practicó.

Clanc.

Acompañó los arcos de la maceta, acompasó su brazo al de Mateo y atrapó la muñeca del oficial en el clímax del recorrido, justo antes de bajar de nuevo.

Silencio.

Y el silencio sonó aún más fuerte que el hierro.

Y por el espinazo del Avemaría reptó un escalofrío. Y Sisnando dejó la maldición a medias, se le escapó el piojo que tenía en el borde mismo de la uña de su pulgar. Y el vizcaíno detuvo su mentón.

Los borgoñones se santiguaron. También Malaquías.

Y una gota de sangre salió despedida.

Cayó en la frente del que tenía que ser Santiago apóstol, el Mayor, el hermano de Juan, uno de los Hijos del Trueno. El Boanerges.

—¡Por el coño de la Magdalena!

Fue como si Mateo despertase.

—¡¿Muchacho?!

Parpadeó, ocultando por un momento aquellos ojos, uno de cada color.

—*Xilón!?*

El viejo Gundisalvo lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—Me cago en la puta, ¡muchacho!

# XII

Una gota de sangre cayó en el suelo. Una más. Había sangre por todas partes.

La herida en la palma de Mateo se había abierto. La sangre resbalaba por el mango de nogal. Cayó otra gota. Una más.

Cada golpe, cada martillazo había escupido sangre. Sobre la talla del apóstol, sobre el suelo, sobre las botas, sobre el rostro de Mateo.

Tenía la pechera cubierta de rastros carmesí. De tanto en tanto había soltado la maceta y restregado la mano contra su túnica.

Cayó una gota más.

—*Xilón?*

Mateo parpadeó. Gundisalvo insistió:

—¿Qué cojones...?

Fuera lo que fuese, se rompió. En el corro de *arxinas* se soltaron las lenguas, empezaron a chismorrear como comadres revenidas al fondo de una capilla. Incluso uno de los gatos maulló. Y de algún lugar hacia el sur, por la Rúa do Vilar, llegó el ladrido de un perro.

El pilluelo con el labio leporino se metió un industrioso dedo en la nariz y el del ojo morado le dio un codazo para que se pusieran en marcha. El chucho se les escapaba.

El único que seguía quieto era el apóstol. Prisionero en el granito.

Gundisalvo sacudía el mentón, incrédulo.

—¡Cagüen la...! ¿Qué demonios...?

Fue Juanillo el primero en levantar la mano.

—Por la Virgen —señaló—, parece Nuestro Señor Cristo el Viernes Santo...

—No jodas, Juanillo, no jodas —chistó el viejo—. No está el horno para bollos.

Pero los asentimientos corrieron por el corro como una ola llegando a la playa.

—*Ye Cristo en la Pasión!* —soltó el asturiano entre dos avemarías.

Los frades de Antealtares se persignaron tres veces seguidas, y con las manos libres señalaban la talla del apóstol.

A Gundisalvo no le gustó. Los milagros eran milagros hasta que a algún mojigato se le ocurría decir que eran malabares del diablo.

—¡Ni Cristo ni san Dios! Me cago en la puta —saltó el viejo—. ¡¡Silencio!! ¡¡¡Callaos!!! U os clavo las lenguas al cepo...

Y se volvió hacia Mateo.

—*Xilón?*

Como un carámbano derritiéndose al sol de la mañana, poco a poco, Mateo reaccionó. Sus ojos, uno de cada color, lograron centrarse.

Y por si los prodigios no habían sido suficientes. Se añadió a la ristra uno más.

Quizá los otros no se dieron cuenta. Estaban demasiado ocupados chismorreando. Pero el viejo Gundisalvo lo vio.

Mateo despertó, como si lo arrancasen de un profundo sueño, y la sorpresa brotó en su rostro.

El viejo Gundisalvo lo vio.

Los ojos de Mateo se abrieron al descubrir la maceta en una mano, el cincel en la otra, la sangre en su túnica. Y a punto estuvieron de caérsele al suelo cuando se toparon con la talla del apóstol. Como si hubiera estado cubierta con un lienzo y alguien hubiera tirado de una esquina.

Mateo se sorprendió al ver allí al Zebedeo, salpicado de sangre.

No sabía qué había hecho. Cómo lo había hecho.

Estaba perdido.

Gundisalvo cogió la maceta y el cincel, los abandonó en el cepo, con el resto de herramientas, y una concha. Y volvió a sujetar a Mateo por los hombros, tuvo la certeza de que estaba a punto de derrumbarse.

—¡Muchacho!

Nada.

—*Xilón!!*

Fue entonces cuando el corro se abrió y llegó la orden. Estalló como un trueno.

## XIII

—*Ye Cristo en la pasión!* —soltó el asturiano entre dos avemarías.

Mateo lo escuchó, lejos, muy lejos. Nadaba en barro espeso, pero llegaba a la orilla.

Era de día. El sol brillaba limpio sobre el ábside de la catedral. Y estaban todos allí, y todos lo miraban a él.

—¡Ni Cristo ni san Dios! Me cago en la puta. ¡¡Silencio!! ¡¡¡Callaos!!! U os clavo las lenguas al cepo...

Gundisalvo se puso frente a él.

—*Xilón?*

Lo oyó. Pero no sabía qué decirle al viejo.

Unos años antes, justo después de que lo nombraran oficial, un andamio había cedido y cuatro habían caído en un remolino de tablones y puntales. Mateo había caído sobre su espalda. Recordaba el estruendo. El aire, que se le escapó de golpe. El clac de sus dientes al golpear.

Y esa niebla que, por un paternóster, lo llenó todo. Durante unos instantes, justo antes de perder la conciencia, se sintió flotar.

Ahora se sintió igual.

Descubrió la maceta en su mano, el cincel. Y la sangre. Había mucha sangre.

Recordó la esquirla. Y los músicos. El anciano y el joven. Acab y Acaz.

Discordia.

La sangre.

Las rodillas se volvieron grasa fundida.

Estaban allí, Juanillo lo apuntaba con un dedo. Y entonces vio la talla del apóstol. Aún sin terminar, desprendiéndose del granito como de ropa sucia.

Era lo mejor que había visto en su vida. Mejor aún que la de Triboulet. Era mejor. Lo sería cuando la terminase, quienquiera que la hubiera hecho. Y pese a la confusión, una verde punzada de envidia alanceó su pecho.

Hasta que comprendió.

Y Gundisalvo le quitó las herramientas de las manos. Y lo sujetó, tuvo que sujetarlo.

La vio cuando el viejo la dejó en el cepo, junto a la concha. La vio. Era la maceta de Triboulet. Y el mango estaba bañado en sangre. En su sangre.

Discordia.

Aquella condenada melodía. Volvía a sonar. Buscó a los músicos.

—¡Muchacho!

Lo miraban a él, manchado de sangre, ojeroso, con las greñas revueltas, cubierto del granillo arrancado por el cincel. Pero en el corro cuchicheaban admiración.

Sólo Gundisalvo ignoraba la talla.

El resto de los *arxinas* lo miraba a él. Pero cruzaban dos susurros y miraban de nuevo a la talla.

Algunos señalaban, con la mano, con el mentón. Cuchicheaban. Se fijaban en la sangre en la pechera y volvían sus ojos al apóstol.

Estaban admirados.

Lo supo. Por el ceño fruncido y los labios apretados de Sisnando, Mateo supo que si algún día tuviera que tallar la envidia le bastaría guardar en su memoria el rostro de Sisnando.

Tenían preguntas, quizá miedo. Aunque todos estaban admirados. Jamás habían visto una talla semejante. El apóstol invitaba al peregrino a entrar en su templo, dispuesto a llevárselo a los Cielos.

Y ni siquiera estaba terminado.

Nunca antes había saboreado Mateo algo así. Tenía preguntas. Como ellos, como Gundisalvo. Muchas más. Pero, poco a poco, como un charco llenándose bajo la lluvia, algo dulce y cálido embriagó el pecho de Mateo.

Allí en el cepo estaba la maceta de Triboulet, y allí estaba su mano. Y la sangre en ambos.

—*Xilón!!*

Mateo acercó la mano a una de las mejillas del apóstol. Y la melodía cobró volumen. Pero nadie más la oía. Y Acab y Acaz no estaban. Aunque aparecerían en cualquier momento. Estuvo seguro. Los escuchaba. Aquella melodía.

Sintió alivio cuando el corro se abrió.

Pero no llegaron los músicos. Llegó la orden. Y estalló como un trueno.

## XIV

Era imposible no obedecer. Así había sido siempre. Esa misma voz había gritado en Jaén y en Córdoba. Y en Almería. Que se ganaron al moro para que los jodidos almohades las tomasen de vuelta.

Muchos hombres habían muerto bajo esa voz. Todos cumpliendo órdenes, nadie hubiera desobedecido jamás a aquella voz.

Porque detrás de la voz estaba un hijo de la frontera. Aunque, a sus espaldas, jamás a la cara, sus soldados lo tachaban de hijo de puta.

Ruy Ansúrez.

Que antes de ser capitán a las órdenes del rey Fernando, muerto tras ser incapaz de reconquistar Almería, ya era conocido como el Cuatrohostias.

Luego el apodo cuajó. Flotaba sobre las mesas de posadas, ventas y tabernas. Dicho en voz baja entre dos vasos de vino, mirando el escote de una de las muchachas de la Juana. Porque cualquiera que lo supiera, también sabía, a la fuerza, que podía acabar catándolo.

Cuatrohostias. Porque ése era el remedio de Ruy Ansúrez para todo, hasta para el catarro.

Jamás uno de sus hombres había llegado tarde o se había presentado sin la cota de malla y listo para destripar moros, o aragoneses, o castellanos, lo que cuadrase. Y jamás ni sus hombres ni nadie le habían preguntado cómo había perdido la oreja que le faltaba. De hecho, entre sus hombres corrían apuestas por saber dónde y quién. Y el monto ya ascendía al sueldo de un año. Aunque nadie se atrevía a preguntar, no fuese a acabar sin las dos orejas y con cuatro hostias encima.

Cuatrohostias. Como decía el propio Ruy cuando no gruñía, habían bastado para convertir en rectos y piadosos cristianos a unos cuantos moros.

Había nacido en la frontera del Guadiana. En algún lugar perdido, no lejos de Calatrava. Donde acababan los desesperados y los huidos de la justicia. En la frontera las preguntas se contestaban con hierro, y si no te jodían los moros, te jodían los cristianos desertores.

Y sobre su historia había tantas versiones como borracheras había despabilado el mismo Cuatrohostias.

Lo único que tenían en común todas aquellas versiones era que su madre había sido puta en una venta a orillas del Jabalón. Una venta que había ardido hasta las cenizas en una aceifa mora. Y que aquel día, siendo apenas un crío, el Cuatrohostias había destripado a sus dos primeros moros.

Eso decían sus hombres. Y no sabían la verdad. Habían sido tres.

A aquel niño la frontera le había robado la infancia. Dos lo sujetaron y un tercero le rompió los calzones.

Esperó a que se durmieran. Y, con la sangre aún corriendo muslos abajo, el que algún día se llamaría Cuatrohostias degolló a los tres moros. A veces todavía se despertaba con el tacto a rastrojo de aquellas barbas en la mano izquierda.

Cometieron el error de pensar que el chico era inofensivo. Y aquel niño salió cojeando, entre las ovejas muertas y el fuego, con una gumía en la mano. Del filo del cuchillo, robado al hideputa que había sido el primero, todavía goteaba sangre caliente.

Jamás miró atrás. Y acabó de capitán para el arzobispo de Compostela. Gritando órdenes que eran como truenos.

En cuanto lo vieron, los frades de Antealtares salieron corriendo, como si llegase uno de los jinetes del Apocalipsis. El carpintero reculó agachando la cabeza. El corro de canteros se abrió y, como la proa de uno de aquellos *dragones* vikingos que aparecían navegando la ría del Ulla, apareció Ruy Ansúrez, el Cuatrohostias.

—¡Tú!

Se oyeron suspiros de alivio, los de todos aquellos a los que no apuntaba la espada.

—¡¡Conmigo!!

Los hombres se apartaron. A Gundisalvo se le escapó un gemido. Juanillo se echó al suelo.

—¡¡¡El arzobispo quiere verte!!!

La espada, tizona, de ese hierro oscuro de los moros que aún guardaban los secretos de Córdoba, sajaba el aire, tiesa. Señalando.

Y señalaba a Mateo.

# Escaleras y garras



## I

Se lo llevaron.

Y fue la gota que colmó el vaso. Los talleres se derramaron. De los sogueros a los que preparaban el mortero. Hasta los desgraciados que se deslomaban en las ruedas de las grúas.

Todos echaban reojos nerviosos a aquel apóstol emergiendo de la piedra, y apartaban la mirada de inmediato, como si quemase.

Y se inclinaban hacia el oído del vecino para soltar algo de carrerilla y volver a mirar con aprensión hacia la talla de Mateo.

Cruzaban los dedos, cerraban puños sacando el pulgar, escupían en el suelo.

Y Sisnando iba de un lado a otro, hurgándose las guedejas. A Gundisalvo no le hacía falta oírlo. Sabía que estaba esparciendo cizaña con aquella cara de rata estreñida.

Se empezó a hablar de mala sombra, de aojamientos, de meigas.

El viejo supo que debía hacer algo antes de que los talleres se desmandasen. Y Gundisalvo se tiró de las calzas, escondió el dolor de los nudillos, no fuera a ser que los otros lo viesen, y estaba a

punto de poner orden en aquel gallinero cuando el Cuatrohostias se le adelantó.

Dos soldados se llevaban a Mateo, pero el capitán se dio la vuelta, echó un vistazo en derredor y gritó una orden.

—¡Cago en Córdoba! ¡Adecentad esto! ¡Parece una cochiquera!

Y, por si no había quedado claro, paseando la mirada de un extremo a otro, con la mano en el pomo de la espada, insistió.

—¡El arzobispo lo quiere limpio como una puta patena!

Marchó con la seguridad de quien sabe que será obedecido y, cuando ya se alejaban, el *xebo* Gundisalvo se hizo cargo después de volver a tirarse de las calzas, había adelgazado en los últimos meses.

—¿Qué cojones estáis esperando? ¡A limpiar!

Y se pusieron a ello. Y Juanillo, incapaz de contenerse, aprovechó el trasiego que se traía con un escobón para acercarse a Gundisalvo.

—Por la Virgen, nunca oí semejante cosa. ¿Y al obispo qué más le da si los talleres están limpios o no? —preguntó el esportillero.

Pero el *xebo* no tenía humor para zarandajas.

—Tú recoge esos cestos —ordenó señalando con el cepillo que tenía en la mano—, y no jodas más... O no te llevo de lazarillo cuando todo esto se vaya al carajo.

## II

Se lo llevaron.

Dos de los hombres de Ruy lo sujetaron y lo obligaron a caminar. Sin más, con ese aire práctico de la rutina. No hubo violencia. Tampoco sutilezas. No se hacía esperar al arzobispo.

Apenas capaz de pisar, en volandas, se llevaron a Mateo, que sólo pudo echar un vistazo atrás y comprobar que no había sido una

pesadilla.

Allí estaba el apóstol, y la maceta de Triboulet en el cepo. Con el mango de nogal empapado de su propia sangre.

Y Gundisalvo que le tendía algo en su mano.

Oh, discordia.

Allí estaba, el apóstol, y Juanillo lo miraba, lo miraba con auténtica devoción, postrado ante un altar. Y el asturiano, con sus eternas avemarías. Y los borgoñones. Malaquías.

## III

—Debes decirme dónde se ha metido maese Verrondo.

Mateo cerró los ojos. Y no rezó, como el asturiano, porque los rezos se le atragantaban, pero pensó en su hijo, quería enseñarle a su hijo la talla. Quería mostrarle su propio gorrión. Quería escucharlo de nuevo, sentir aquella calidez.

—Papá.

No había hogar más acogedor. Quería. Pero no podía desobedecer.

Y quería volver a los talleres. Pero no podía desobedecer.

Cerró los ojos. Logró serenarse. Y los abrió para pensar que a Aldonza le habrían gustado los despachos.

—Tú tienes que saberlo.

Tras el incendio de cincuenta años antes, recién elegido arzobispo, Gelmírez celebró el nombramiento haciéndose construir un nuevo palacio al costado de la catedral, un dispendio de lujos que no lograba calzarse su espartano sucesor.

—No te hagas el sordo...

Austero, no pegaba mucho el arzobispo Suero entre aquellas molduras y tanto pan de oro.

Mateo dejó de pasear los ojos por la habitación y clavó aquella peculiar mirada suya en el arzobispo. Iba, por fin, a contestar, cuando a Suero se le agotó la paciencia.

—No se ha presentado —le espetó.

El arzobispo remató con aquella impaciencia suya que iba tres respuestas por delante de la pregunta.

—Tenía que haber venido a primera hora...

Y por si no había quedado clara la intención alzó una de aquellas manos de leñador del Baztán y se apuntó al pecho, a una casulla que no era de seda y no tenía bordados.

—A verme a mí.

—No lo he visto yo —balbució Mateo—. Va y viene. Es el maese... *Onde* está yo no lo sé.

Otros hubieran enredado el discurso, le hubieran recordado a Mateo que era el primer oficial, que tenía obligaciones. Pero Suero era de los que preparaban el trillo antes de la siega.

—Id a buscarlo —zanjó rotundo.

Ruy no perdió un instante, ya estaba en marcha cuando el arzobispo, con ese aire suyo, cansado de explicar lo obvio, decidió añadir algo más.

—Con discreción.

## IV

Mateo no tuvo tiempo de reaccionar.

Una de las manazas de Ruy lo sacó del palacio como si lo llevase con correa y, en un santiamén, estaban en la calle.

—¿Dónde?

Más que una pregunta, fue una de las cuatro hostias de su apodo.

Y Mateo no contestó. Acab y Acaz. La talla del apóstol. La noche perdida. La admiración de los *arxinas*. Todo se revolvía detrás de aquellos ojos suyos, uno de cada color.

Mateo no contestó. Miró su mano ensangrentada, y recordó el mango de nogal.

Quería volver a los talleres. Quería desatar la alegría que burbujeaba en su interior. Ignorar la negra sombra de la sospecha, porque no podía ser cierto, no bastaba el martillo de un muerto.

No. No era cierto.

Y si lo había conseguido. Lo que llevaba una vida intentando. Si lo había conseguido huiría para siempre la sombra de su padre.

Ruy lo sacudió como a un pelele.

—¡Espabila! ¿A dónde cojones vamos?

## V

Decían que había sido la casa de un orfebre judío. Un tal maese Reuben que saliera mal parado cincuenta años atrás, cuando el fuego de las revueltas.

Mateo no sabía si era cierto. Pero sí sabía que era una de las mejores casas en el mejor de los barrios, el de los orfebres, a donde Aldonza llevaba años pidiéndole que se mudaran.

Y también sabía lo que sabían todos los *arxinas* en las obras de la catedral: Verrondo no podría mantener una casa así de no ser por lo que sisaba.

Le hubiera gustado a Aldonza. Más que los despachos del arzobispo.

Sólo la puerta eran los ahorros de una vida. Hierro forjado con filigranas y una pesada cerradura entre jambas que, anunciando la

profesión del dueño, se habían entorchado como las columnas que, antes de los incendios, habían estado en la Puerta del Paraíso, en la entrada norte de la catedral.

Mateo alzó la mano derecha, apenas vendada con un jirón que le había tendido Gundisalvo cuando se lo llevaron.

Y cambió de mano con una mueca de dolor en la comisura de los labios.

Usó el puño de la izquierda para golpear, seco, en la poca madera que dejaba ver el exquisito trabajo en hierro.

Llamó tres veces.

Nadie contestó.

## VI

El invierno era dueño de la mañana, y de la ciudad. El frío se veía en los peregrinos a punto de llegar a la catedral, con las mejillas enrojecidas.

Restos de la helada pingaban desde los aleros. Las gárgolas hacían su trabajo. Gentes iban y venían.

Los mercaderes, con sus capotes brocados, con sus caros añiles, con sus gordas barrigas, bromeaban de camino a las mesas de los cambistas.

Las lavanderas recogían trabajo en grandes cestos, por las casas de los más pudientes, dispuestas a deshacerse las manos con *lixivia* limpiando porquerías que no eran suyas.

Chicuelos haciendo recados, dos perros persiguiéndose, palomas arrebujadas en las cornisas.

Incluso pasó por allí un cortejo con los seis inconfundibles eslabones del escudo de la casa de Traba. El jovencísimo Gómez

Fernández, conde de las tierras al norte del Tambre, había venido a Compostela. A urdir conspiraciones o alianzas.

Pasó una mujerona con un cesto lleno de coles. Y se le cruzó una muchacha, joven y esbelta que, con gracia inusual, llevaba sobre la cabeza una bandeja de tiras de castaño con quesos envueltos en hojas de berza.

Aquellos quesos dejaron a su paso un delicioso aroma agrio que abrió el apetito de Mateo, que ni siquiera estaba seguro de cuándo había comido por última vez y, con ironía, pensó que agradecería una de las tortas de Cirilo.

Llamó tres veces.

Nadie contestó.

Mateo, dudoso, levantó el puño de nuevo.

Ruy Ansúrez lo apartó de un empujón y aporreó la puerta, con tal brutalidad que las bisagras retemblaron.

—¡Maese Verrondo!

Sólo contestaron las tripas de Mateo, llamando a los quesos que ya habían doblado la esquina.

## VII

Ruy Ansúrez cortó por lo sano.

—¿Está casado?

En los talleres se sabía que todos los figones de Compostela sufrían el asalto del maestro de obras. Verrondo, que ni bolsa al cinto llevaba, no pagaba jamás una comida, se hacía fiar a cuenta de que ni uno solo de los figoneros iría a reclamarle cuentas al obispado. Lo aceptaban como un impuesto más.

—*Acordo* que no —contestó Mateo inseguro.

—¿Vive solo? —contraatacó el soldado.

Cayó Mateo en la cuenta de que conocía a la esposa del Sinsombra, una mujerona que le quedaba grande al marido. También sabía de los amoríos del vizcaíno con una lechera de los establos de San Martín Pinario. Trataba incluso a la madre de Juanillo. Era parte de su trabajo. Dejar marchar antes de tiempo al que tenía en casa una parturienta, regalar una jarra de vino después del parto, permitir que un padre llevase al hijo enfermo a ver a uno de los hebreos que sabían de medicina o, si no había dineros, a alguna meiga.

Mateo conocía a sus hombres. Pero no a Verrondo.

Y Ruy, que tenía el mismo gusto por la acción que su patrón el arzobispo, no necesitó respuesta, le bastó ver las dudas bailando en el rostro del cantero.

Lo apartó sin miramientos, desenfundó el puñal que llevaba al cinto y, en un abrir y cerrar de ojos, forzó la cerradura.

Antes de abrir volvió su rostro, curtido, con barba de varios días, una barba capaz de servir a los carpinteros para limar travesaños, y miró a Mateo con un gesto que no dejaba lugar a dudas.

—*Non vidi neso.*

Y a la carrera, antes de que el soldado le encontrase otro uso al puñal, Mateo se repitió sin usar la jerga de los canteros.

—No he visto nada yo.

El gruñido del otro no fue consuelo. El Cuatrohostias parecía dispuesto a colgar también al hijo de Arrio. Y Mateo poco podía hacer para solucionarlo.

A no ser acabar cuanto antes.

Sin decir una sola palabra, en tanto el soldado enfundaba, Mateo se coló entre Ruy y la jamba para entrar.

—*Mestre Verrondo!* —llamó levantando la voz.

Y, antes de dar el primer paso, los abofeteó aquel tufo.

## VIII

Ruy había pasado mala noche. Una vez más, sus intentos de convencer a Lambra para que le permitiese meter la mano bajo sus faldas habían sido inútiles. Y se había gastado buena parte de la soldada en el vino de la mancebía de la Juana.

Quizá por eso el estómago le dio un vuelco.

Porque el vino y el rechazo le pesaban demasiado.

Ruy era un tipo curado de espanto. Tenía las canas, los años y el colmillo. Además, lo que se contaba de él era cierto, antes de guardarle las espadas al arzobispo Suero había capado a más de un moro. Y a más de dos. De hecho, había empezado con tres, uno detrás de otro, y luego perdió la cuenta.

Era un tipo cuajado, pero la mala noche le jugó una mala pasada, poco le faltó para echar hasta la primera papilla.

Le bastó entrar en la casa del maestro para saber que tenía entre manos un problema.

El Cuatrohostias conocía esos mierderos. De primera mano.

Ruy Ansúrez se santiguó. Luego, cavilando algo que no compartió, escupió una pregunta que se estrelló en una de las mejillas de Mateo.

—¿Has salido al hideputa de tu padre?

Como un martillazo.

Y Mateo, con la mano ensangrentada y la pechera de comparsa, agradeció que el otro lo hubiera visto en los talleres y supiera que toda esa sangre era suya.

Porque aquel tufo era inconfundible.

—Cagüen Sevilla —renegó Ruy sin esperar respuesta del cantero —. Las matanzas para san Martiño...

Tenía razón. Un cerdo, abierto en canal, con la madeja humeante de las tripas bajo el frío de noviembre. Aquella peste le trajo el recuerdo a Mateo.

El olor, profundo, agrio, amargo y dulzón a la vez, le quitó de encima el hambre que habían despertado los quesos, le quitó el hambre y veinte años. Lo llevó a uno de sus pocos recuerdos de infancia, cuando aún vivía su madre, cuando aún vivía su padre.

Antes.

Porque la vida de Mateo había tenido un antes y un después. Un antes y un después de lo que había hecho su padre.

Antes.

La hoguera para chamuscarle el pellejo al gorrino, los baldes llenos de sangre humeante. Las mujeres con las cestas, listas para llevarse las tripas al río y lavarlas. Del gorrino se aprovechaban hasta los andares. Y el matarife, con aquel largo cuchillo que tanto miedo le había dado a Mateo.

Un matarife que hablaba igual que el Avemaría, un tipo enclenque bajo una gorra sobada.

—*Sonlle dúas e a vontade, que sempre ye agradecida.*

Y su padre. Su padre, con aquel gesto severo, regateando el precio antes de sacar las monedas de la faltriquera.

Por aquel entonces aún había dinero en casa.

Antes.

Antes de que todo se estropease, antes de que su padre perdiera el rumbo.

# IX

Ruy se adelantó.

Desenfundó, soltó un reniego bajo el colmillo, y se adelantó listo para soltar un mandoble o para echarse atrás. Como si avanzase hacia un muro de escudos moros.

Lo encontraron en las escaleras.

Aún llevaba puesto el camisón de fino hilo. O lo que quedaba de él.

La sangre, espesa, a medio coagular, como miel sucia, ya no goteaba por los escalones, donde había dejado una seguidilla de charcos que terminaba al pie de la escalera.

El maestro Verrondo estaba muerto.

Había sido asesinado.

## X

Ruy apartó al cantero de un empujón y subió los tres escalones que hacían falta para llegar al cadáver. Uno de los gastados tacones de sus botas dio una palmada en un charco, y cuajarones de sangre saltaron en todas direcciones.

Dejó tras de sí una pregunta que Mateo escuchó mientras reculaba hacia una puerta que, en tiempos, debió de conectar el antiguo taller del orfebre con la vivienda. Ahora estaba trabada, el taller lo alquilaba un comerciante de paños como almacén.

Y Mateo no pensó en ello, pero aquella puerta estaba cerrada. Todas las puertas y contraventanas de la casa estaban cerradas. Era una noche de invierno. Todo estaba cerrado, y en el hogar ardían mansamente las brasas de un leño.

La pregunta del capitán hizo que Mateo pestañease.

—¡No se te ocurra mentir o te corto la lengua y te la meto por el culo! ¿Estabas solo en el taller?

El cantero tragó. Y la saliva le pareció plomo fundido.

—La talla de Santiago la *escomencé* anoche yo...

El Cuatrohostias gruñó. Como si le costase creerlo, pese a aquello.

Aquello no era obra de un ser humano. Aquello era una pesadilla. Y la noche anterior hizo de saltimbanqui en la garganta del Cuatrohostias y le dejó un regusto ácido, de vino picado.

—Cagüen las barbas del profeta...

El Cuatrohostias había sido arrollado por la caballería mora, había sacado a un amigo de un foso erizado de estacas, había avanzado en aquella carnicería de Almería y resbalado en las tripas del que, hasta que cayó el mandoble sarraceno, había estado a su lado. Ruy Ansúrez había escuchado los tambores atronar en el campo de batalla, los tambores que arrancaban paternóster por un extremo y mierda por el otro.

Incluso había soportado que, la noche anterior, Lambra le hiciera de menos con una sonrisa condescendiente. La derrota que más le dolía de todas.

Había visto de todo. Las había pasado putas. Incluso sabía lo que era acabar comiendo tortas de barro y hierba cuando un asedio traía el hambre.

Había visto de todo.

Y jamás en su vida había visto algo así.

El rubor en su rostro subía por las mejillas y daba color a aquel muñón que tenía donde debería haber estado una oreja.

Había visto a los apañuscadores revisar a los muertos entre los cuervos. Y a los moros apilar cabezas para hacerse una torre desde la que llamar a sus putas oraciones.

Había visto a amigos suyos, a compadres con los que había compartido coño y vino, hermanos, los había visto crucificados. Crucificados con una cabeza de perro cosida al hombro y un montón de su propia mierda a los pies.

—¡Cagüen las putas barbas del puto profeta!

Al final apartó los ojos.

Y, sin embargo, Mateo no podía dejar de mirar. Tenía los ojos, uno de cada color, clavados en el cadáver.

—En mi puta vida...

No le hablaba a Mateo, las palabras del Cuatrohostias se quedaron allí, en las escaleras, sin que nadie las recogiese, hasta que cayeron en uno de los charcos. Al contrario que el gastado tacón de la bota, no salpicaron.

Quizá por eso, porque no sirvieron de nada, las repitió. Porque había visto de todo y, aun así:

—En mi puta vida...

## XI

No podía dejar de mirar. Y empezó a negar.

Un amago primero. Un gesto del mentón, y sopló los mechones que cayeron sobre el rostro.

Después, sin apartar los ojos, uno de cada color, repitió el gesto. Una y otra vez. Con la barbilla de un lado a otro.

No podía ser. Y lo era.

Mateo no había visto a los apañuscadores robar a los muertos. Ni las pilas de cabezas para llamar a la oración. Mateo no había visto a un crucificado a no ser tallado en piedra. Y, sin embargo, sí había visto aquella pesadilla.

La había visto, todos los días, durante años. Todos los días.

## XII

No estaba completo. Si lo hubiera estado ni siquiera el Cuatrohostias se hubiera quedado allí, de pie, mirando sin comprender. Incluso él, soldado curtido, que había visto de todo, hubiera echado a correr sin mirar atrás.

Pero no hacía falta que estuviera completo.

Mateo lo reconoció.

Lo había visto cada día, durante dos años.

Los brazos alzados pidiendo clemencia, el rostro contorsionado por el horror. Por el horror y el arrepentimiento. Y, en los costados, abriendo las costillas, desgarrando las entrañas, una pesadilla salida de entre las llamas del infierno.

Era aquel pobre desgraciado.

Era aquel pobre desgraciado que Triboulet había retratado en piedra.

No estaba completo. Faltaba aquel demonio clavando sus garras, tirando de él hacia el abismo más profundo de los fuegos eternos.

Pero lo reconoció.

Allí, tirado en las escaleras de su casa, embadurnado en sangre, rajado como un saco viejo, estaba aquel pobre desgraciado condenado por sus pecados.

Verrondo era aquel pobre desgraciado.

## XIII

Se le amontonó en el paladar el regusto amargo, a carbonilla, del miedo. Y sus ojos, uno de cada color, palpitaban. A Mateo le costaba respirar.

Oía los susurros que correrían por las esquinas de la ciudad.

—La manzana no cae lejos del árbol.

Y una calle más abajo.

—De tal palo, tal astilla.

Y su trabajo. El de todos en el taller. Los oía, podía oírlo. Podía imaginar a los peregrinos lamentándolo.

—No la terminarán...

—Lleva años así...

Y los gritos de Aldonza. Y las preguntas de Mateo. Todo se mezclaba en un remolino que mareaba. Podía oírlos.

Sintió frío. Sintió que encogía. Que sus ropas le quedaban grandes.

Podía oír los gritos. Y aquella endiablada melodía del organistro. Tomaba velocidad, hasta que las notas se convertían en un lamento capaz de romper las cuerdas.

Apretó el puño de la mano derecha, hasta que la herida se abrió de nuevo y una gota de su propia sangre cayó en el suelo.

## XIV

Ruy lo sacó a empujones. Y cerró la puerta con tal violencia que, ahora sí, una de las bisagras se dobló.

—¡Vamos! ¡Me cago en tu calavera! ¡Muévete!

Tiró de él por las calles de Compostela. Sin miramientos. Con el hombro envió al suelo a un juglar que buscaba una taberna donde

tocar esa noche. El músico quedó despatarrado. Había usado las manos para proteger la vihuela y se había raspado una mejilla.

Se acordó de los parientes del soldado con coloridos juramentos que rimaban con desagradables asuntos familiares y problemas digestivos. Y se calló de inmediato cuando lo golpeó un reojo del Cuatrohostias.

—¿Tenía que ser hoy? —jadeó Ruy cuando se olvidó del juglar—. Parece cosa del diablo. Me cago en Murcia. Y me cago en la Ciudad Roja.

A trompicones Mateo lo seguía, escuchaba aquella melodía, intentaba recordar todas y cada una de las palabras de aquel joven y aquel anciano.

—¡Hoy! Me cago en Tierra Santa. ¡Hay que ver al arzobispo!

Ruy se cagaba en cualquier cosa que oliera a moro. Pero no se detenía. Acabaron trotando.

—Como digas una sola palabra te capo y te hago comerte los huevos, ¿me has oído?

Sin detenerse, a paso vivo de vuelta al palacio del arzobispo.

—Ni una puta palabra, ¡cagüen la media luna!

A toda prisa.

—Tenía que ser hoy... Me cago en La Meca.

A trompicones. Con las palabras mordidas.

—No lo hemos encontrado, ¿me oyes? ¡No lo hemos encontrado!

Una esquina, la siguiente, ya se oían los martillazos de los canteros, a lo lejos, y el runrún de las sierras de los carpinteros. Tenían que cruzar los talleres, rodear las obras y llegar al palacio del obispo.

Pero Ruy lo obligó a desviarse. No quería atravesar los talleres, no quería que los viesen.

—Si alguien que no es el arzobispo pregunta, tú no tienes ni puta idea de dónde está maese Verrondo, ¿me has oído? Ni puta idea.

# Mentiras y picores



## I

Cincuenta años antes, mientras Compostela ardía, el bisabuelo del conde de Traba, pese a estar metido en el ajo para despistarle la corona a la reina Urraca y birlarle el anillo al obispo Gelmírez, se las había apañado para escurrir el bulto.

Los poderosos tienen algo de tentetiesos.

Tras el fiasco, que lo revolvió todo para dejarlo como estaba, la casa de Traba compró solares cubiertos de cenizas y vendió casas recién construidas.

Los poderosos tienen algo de garrapatas.

La casa de Traba había salido de aquel sindiós de pie, y con los bolsillos cargados. Tanto que el bisnieto, Gómez, además de conde era tenente en Aranga, Monterroso, Valle del Dubra y una ristra de la que costaba recordar los nombres.

Y Gómez, como su bisabuelo, era de esos hombres a los que les gustaba chapotear en el barro.

Las malas lenguas decían que se había amancebado en tierras portuguesas y que, desde allí, conspiraba contra la Corona de Galicia

y León, aunque sólo fuera por mantener vivas las tradiciones familiares.

Sin embargo, apenas leyó el correo que le entregó un mensajero que había reventado dos monturas, Gómez Fernández de Traba salió a uña de caballo.

Los poderosos prefieren lo fácil a lo difícil.

Pasó la noche de camino, alquiló una posada entera en Cira, donde se comió él solo una docena de truchas del Ulla, y entró en Compostela rodeado de su séquito, tres escuderos, cuatro mulas y cinco frades de San Martín de Xubia, el monasterio por el que su familia había tenido siempre predilección.

Llegó a la ciudad para fingir que no había estado en el sur, sino de cacerías en las riberas del Tambre.

Por supuesto, a quien preguntase, la casa de Traba nada sabía de los planes portugueses para robarle tierras a la Corona leonesa. Y, por Dios bendito, la casa de Traba no tomaría jamás parte en una traición así a los viejos tratados. Los portugueses tenían muy poca vergüenza.

—Habrase visto —decía airado—, se han olvidado de que hace cien años no había frontera. Aquí éramos hermanos hasta que casaron a las infantas con los borgoñones.

No, por supuesto que no, nunca. La casa de Traba no tenía nada que ver con la guerra que había comenzado.

—El Miño era un río —aleccionaba—. No una frontera.

Bajo un mediodía que seguía frío, que cerraba las bocas de los otros nobles, pero no la de Gómez. El conde tenía cuerda para rato y se acompañaba de grandes gestos y risotadas.

—La vida, la vida y la honra —repetía con cara de angelote para que lo escuchasen el señor de Pambre y el de Vimianzo—, la vida, la honra y hasta la fortuna. Lo que sea por el rey Fernando.

Con menos enjundias, menos tierras y menos dineros, los otros escuchaban, y se guardaban sus sospechas, más que fundadas de que el de Traba mentía como un bellaco.

—Ese Afonso es un traidor —decía el de Traba—. Le da a una hija y se olvida de ella. ¡Ha atacado Galicia! ¡¡Galicia!!

Y el de Pambre y el de Vimianzo intercambiaban una mirada bajo las cejas.

—¿Cómo se ha atrevido? —porfiaba el conde—. El rey Fernando debe dar un puñetazo en la mesa, zanjar por lo sano. Su suegro merece un escarmiento.

No se callaba. Y tenía mucho de qué hablar, porque las traiciones corrían de Castilla a Portugal, pasando por León y, cómo no, por Compostela.

Salamanca se había sublevado. Y era cierto, el portugués Afonso había casado a su hija con el rey al que ahora atacaba y ambos, además de Castilla, miraban de reojo a Badajoz, donde los almohades despachaban cristianos.

Gómez podía hablar y hablar, aunque no dijese nada.

Y los otros dos suspiraban cómplices.

—Si el rey llama, allí estará la casa de Traba. Nos criamos juntos —presumía ufano.

Y el de Vimianzo y el de Pambre ya lo sabían, porque se lo habían oído decir mil veces, de Zamora a Sahagún, cada vez que el rey convocaba, pero ponían cara de sorpresa y asentían con contrición de mártires.

—Mi padre fue su ayo —insistía Gómez—. Yo estaba con él la primera vez que cogió una espada.

La espera se estaba haciendo larga, el hambre apretaba, y todos querían acabar con aquel asunto. Y el de Pambre, que se apoyaba

en un bastón porque la gota le devoraba un pie, harto, fue el que se cansó antes de tanta bravuconada.

—Que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha...

La sonrisa del conde de Traba flaqueó mientras rumiaba la insinuación. Y el de Pambre, como si no hubiera pasado nada, compuso un rostro inocente, de angelote en el altar.

Y el de Vimianzo, rota la veda por su compadre, y sin paciencia tras toda una mañana esperando, intervino:

—Entonces —dijo alzando sus cejas canas, una partida por un tajo moro en Almería—, en virtud de esa gran amistad —las ojeras delataban que se había tenido que levantar antes de los gallos para llegar a tiempo—, podrás aclararnos por qué nos ha hecho llamar el rey Fernando con tantas prisas...

La insinuación, cargada de retranca, soliviantó los ánimos.

Gómez, que no tenía gota como el de Pambre, que no tenía un tumor que le consumía un brazo como el de Vimianzo, y que tenía más fortuna que los otros dos juntos, resopló.

Miró a los otros dos empapado de odio. Como si quisiera empalarlos en las viejas picotas de la Puerta de la Trinidad.

Aunque Gómez consiguió refrenarse.

Se juró que se las cobraría, pero, por el momento arregló una sonrisa, falsa como una moneda de madera, y siguió mintiendo.

Una costumbre muy al gusto de los poderosos.

—Por supuesto, claro que sí —contestó como si cualquier otra opción fuera una majadería—, pero en su mensaje me pedía que no lo divulgase. Que él mismo se encargaría de dar la noticia.

No sirvió para calmar la impaciencia de los nobles que, en corrillos, se habían agrupado en la explanada al oeste de la catedral en obras. La que llamaban de la Trinidad, junto al gran socavón, donde los talleres.

Cubiertos de polvo del camino, habían acudido a la llamada del rey.

Con el de Traba, el de Vimianzo y el de Pambre estaban los que habían llegado a tiempo, desde todos los rincones de Galicia.

Y, separados de las armas y los caballos de guerra de los nobles, estaban todos los canónigos de la catedral. Frailes de San Martín Pinario y de San Paio de Antealtares, unos pocos de San Fiz.

Poco antes había llegado el obispo de Lugo, y el último había sido el de Mondoñedo.

Estaban también los notables de la ciudad, los que cincuenta años antes, agrupados como el Concejo, habían metido las narices en la revuelta. Y con ellos los mercaderes más importantes de Compostela, se rumoreaba que incluso un inglés que comerciaba vinos con un local.

Hasta los obreros y los peones, los orgullosos canteros con su jerga y sus secretos. Y se habían aseado. Había entre ellos un esportillero, con una cesta a la cintura, tan repeinado que parecía lamido por una vaca.

Estaban los peregrinos, que hablaban en franco, en magiar, en eslavo y hasta en algo que parecía moro. Con sus cayados, sus sombreros, muchos con sus conchas de vieira. Se esforzaban por hacerse notar, a veces servía para que los salteadores se contuvieran, porque la Corona protegía a los que hacían el camino a Santiago.

Y cientos de curiosos. Compostela, ansiosa por saber sobre la guerra, se había reunido en torno a las obras de la nueva catedral. A la espera de noticias.

Algunos gritaban consignas violentas. Otros pedían calma.

Y llegaba más y más gente.

Pero aún faltaban tres. El arzobispo Suero, el maestro de obras y el rey Fernando.

## II

Al pobre Juanillo, la mujer del asturiano le había prestado una camisola nueva, y le picaba tanto que no podía dejar de rascarse, porque era de humilde cáñamo y tenía nudos. Al menos abrigaba. Lo malo era que, con tanto rascarse se le alborotaba el pelo que tanto había repeinado en la Fuente del Paraíso.

—¡La Virgen! ¿Cuánto falta?

Gundisalvo no se molestó en contestar, le dio un coscorrón al chico y le dijo que callase de una condenada vez.

Ya le había repetido mil veces que no sabía lo que sucedía, que no sabía cuándo terminaría y que no tenía idea de dónde estaba Mateo.

Lo único que sabía era que, después de que se llevaran a su oficial, mientras adecentaban los talleres, empezó a pasar gente, a caballo, a pie, en carros. Con prisa y con preguntas.

Y poco después otro de los soldados del arzobispo había llegado a todo correr para ordenarles que se preparasen, que el rey Fernando, rey de Galicia y de León, valedor de la cristiandad, estaba a punto de llegar a Compostela.

El rey.

No fue pánico, pero le faltó poco.

Había que causar buena impresión. Y, de no haber estado tan ocupado, quizás el *xebo* hubiera sacado algo en claro de lo que sucedió después. Sin embargo, cuando planeaba acercarse y escuchar a hurtadillas, las poleas de una de las grúas se trabaron con un sillar a diez varas de altura.

Gundisalvo tuvo que echar mano de todos sus juramentos, no podían dejar aquel sillar así, a riesgo de convertir la corona en chatarra.

Sólo pudo mirar, desde lejos, mientras atendía a que nadie se desgraciase.

Llegó aquel cabrón con pintas del Cuatrohostias, con el arzobispo seguido por su rebaño de canónigos alborotados, todos con las mejillas sonrosadas y recién afeitadas.

Se acercaron a toda prisa al puesto de Mateo y allí el capitán empezó a señalar.

Más que explicarse, cortaba leña.

No le gustó a Gundisalvo que husmearan. Y menos le gustó ver que, tras abandonar la talla del apóstol, se volvieran hacia donde él estaba, bajo el lío de sogas y poleas.

## III

En tiempos de Gelmírez, el ejército del obispo hubiera sido capaz de enfrentarse a toda Castilla, incluso a una alianza entre Castilla y Portugal. En aquellos días, el obispado de Compostela contaba incluso con dos galeras amarradas en las Torres del Oeste.

Y de aquellos días de gloria sobrevivían los estupendos establos que Gelmírez había construido para su guardia personal, en un lateral del patio de su flamante palacio.

Ahora, una parte de aquellos establos se habían reconvertido en calabozos para borrachos, pendencieros y delincuentes.

En uno de ellos, en el más pequeño, que habría servido para una mula, había encerrado el Cuatrohostias al cantero.

—Si lo perdéis de vista —les había advertido a los soldados que dejó de guardia—, os embadurno los huevos en manteca y os encierro en los caniles cuando los perros lleven una semana sin comer.

Eso había sido antes de tercia. Cuando la explanada de la Trinidad aún no se había llenado de nervios y ansiedad.

Y ya pasaba de mediodía.

Mateo estaba convencido de que acabaría colgando de una soga, como su padre.

Y, a cien pasos de distancia, en la explanada de la Trinidad, después de haber sido interrogado, Gundisalvo le hubiera dado la razón a su oficial.

Le esperaba la horca.

## IV

Arrio. Así se llamaba su padre.

Arrio era el nombre que había gritado, hasta quebrarse la voz, aquella pescadera.

Arrio se había formado allí mismo, en los talleres. Había aprendido con un discípulo del legendario Bernardo el Joven. Y pronto, muy pronto, había destacado.

—*Pouco que rixar.*

Eso le había dicho maese Remigio, la única vez que Mateo había reunido el valor para preguntar.

Y en boca de maese Remigio, capaz de encontrarle defectos a la santísima Virgen, aquello sonó extraño. Nunca, ni antes ni después, ni siquiera cuando las cataratas galopantes hicieron niebla de sus

ojos, Mateo volvió a escuchar al nervudo maestro afirmando que una pieza no necesitaba corregirse.

Mateo sólo había visto una de las piedras de su padre. Un canecillo.

Sólo una.

Habría más repartidas por la catedral. Tenía que haberlas. Pero ya nadie sabía señalarlas. O, si lo sabía, no quería hacerlo. La historia de Arrio era como la lepra. Nadie quería tenerla cerca.

—*Demenció.* No podía hacerse*. Non podía.*

Eso le había dicho Remigio, entre gruñidos.

—No, no podía hacerse. *Demenció.*

Ni siquiera había visto, ni una sola vez, a su padre borracho. Menos aún loco.

—*Demenció.* Enloqueció. Era imposible.

Dos años después lo había repetido Remigio, cuando trabajaban por primera vez con puntero fino, hablando de cómo tallar los ojos para darles expresión.

Y Mateo no podía entenderlo. No quería creerlo.

Ni siquiera cuando el viejo Remigio le dio aquel cuero aceitado. Ni siquiera cuando le explicó que Arrio había desoído a todos los *arxinas*.

—Le dijimos —recordó maese Remigio con angustia—*.* Todos le advertimos. ¡Todos! Pero nunca hacía caso. *Numqua*. Ni al obispo, ni siquiera al *episcopo*. Decía que la catedral no era del obispo, ni del papa —sacudiendo el mentón, rechupando un trozo de tiza—. Ni del rey. *Ruxía* que la catedral era de Compostela, de las gentes, ¡del pueblo...!

Le dio aquel cuero aceitado. Que contenía su pasado.

—No nos hizo caso... Estaba convencido —insistió Remigio—. *Levounos con il.*

Y después, mirando a todos lados, como si no quisiera decirlo en voz alta, como si lo hiciera porque no le quedaba otro remedio.

—*Cousa do demo.*

Allí, en las tierras del fin del mundo, las que aún conservaban viejas costumbres, donde las mujeres prendían plumas en los cabellos, donde los humilladeros recibían piedras de los caminantes, donde, para Todos los Santos, los chicuelos pedían pan, vino y dulces por las casas, allí, el *demo*, el demonio, servía para explicar lo inexplicable.

Aquel día, Mateo lo recordaría siempre, comprendió que maese Remigio cargaba con sus propios arrepentimientos.

—Le creímos. Nos arrastró... *Levounos con il.*

Le dio aquel trapo aceitado. Con un añico de su pasado. Y lo repitió una última vez, antes de marchar a la taberna del Rano, para emborrachar la culpa.

—*Demenció.*

Loco. Enloquecido.

Y, de pronto, ahora, Mateo sintió que el vello se le erizaba, que un bicho caminaba por su nuca. Y dio una palmada. Y luego en una pierna. Y en una mejilla.

Y las palmadas dejaron ecos siniestros en aquel pesebre para mulas.

Loco.

—*Itoiz*, no puede ser —murmuró para sí.

Aunque no importaba lo que Mateo creyese. Arrio había matado a dieciocho. A diecinueve. Había traído la vergüenza a los *arxinas* de Compostela.

Y un terrible escalofrío estuvo a punto de partir los tendones del cuello de Mateo. Encerrado en aquel miserable calabozo que aún apestaba a estiércol viejo. A estiércol de mula.

Y si también se estaba volviendo loco. Y si le sucedía lo que a su padre.

Tuvo que darse una palmada más, en el hombro. Soplarse el flequillo.

Tenía la cabeza llena de preguntas y las tripas llenas de nudos.

Entonces los guardias al otro lado de las rejas se tensaron como arcos, y llegaron pasos con el tintineo de las cotas de malla.

## V

Los pregones los leía Ruy Ansúrez cuando estaba de humor y, si no, encontraba quien lo hiciera, y se voceaban en la plaza del Preguntoiro.

Pero la catedral, aun sin terminar, era la joya de Compostela y su nave principal, aun abierta hacia el occidente, era el marco ideal para las grandes recepciones.

En una suave loma, como una actriz en un estrado, se elevaba sobre el socavón y la explanada que mediaban hasta las murallas y la Puerta de la Trinidad.

La famosa Puerta de la Trinidad. Por donde caía el cementerio de peregrinos, una capilla, y el enorme palomar que había hecho construir el obispo Gelmírez. Donde caían las picotas que se encargaban de quienes visitaban los establos del obispo. Donde comenzaba el camino hacia Finisterre y donde, según contaban los viejos, en tiempos, había tenido Compostela un enorme pomar del que se hacía excelente sidra.

Y en aquella explanada de la Trinidad esperaban los nobles, los mercaderes, los peregrinos, los frades. Allí esperaba toda Compostela.

Estaban hasta los músicos del cabildo, los que tocaban en las liturgias y misas. Afinaban sus instrumentos a toda prisa.

—Entretenlos —había ordenado el arzobispo.

Y el frade Zonio de Antealtares, el responsable de los salterios, arpas, laudes y vihuelas, había protestado.

—Eminencia —había dicho cohibido—, no cuestionaría jamás vuestro bendito juicio, pero ¿estáis seguro?

Suero había asentido rotundo, con aquel hoyuelo suyo. Y el frade había sido franco.

—Puede que le disguste... Al contrario que otros antes que él. Nunca ha mostrado predilección por la música.

Ambos sabían de quién hablaba, y el hoyuelo del arzobispo había trazado un arco de nuevo. Uno solo, como si por mucho negar acumulase penitencia.

—Necesito tiempo —había reconocido Suero—, ¡entretenlos!

Y los músicos se preparaban para hacerlo. Hasta que entraron corriendo en la explanada un chiquillo y sus gritos, y toda la muchedumbre se agitó como la copa de un árbol con una ráfaga de viento.

El chiquillo, con un gorro de cuero y dos libras de estiércol pegado a la cara, los brazos y el mandilón, no tenía nada de extraordinario. Era bizco y se ganaba la vida recogiendo los cagajones de caballo que salpicaban las calles.

Si acaso, si se ponía atención, podía advertirse que, como muchos otros en la ciudad, llevaba retraso con las comidas.

No, el crío no tenía nada excepcional, y no fue el crío lo que alborotó a la muchedumbre. Fueron sus gritos.

—¡Ya viene!

Tropezó, a punto estuvo de dejarse las narices en un cagajón que no había recogido. Pero recobró el equilibrio, braceando como un

pajarillo, y siguió corriendo.

—¡Viene!

A nadie le hacían falta explicaciones. Aunque el crío, emocionado, las dio.

—¡Viene el rey!

## VI

Suero no era hombre que repitiese sus palabras. Y sabía que tenía poco tiempo, sólo el que le regalase el frade Zonio con sus instrumentos.

Pero el alboroto que llegó de la Trinidad ahogó sus palabras y, con un mohín que arrugó su hoyuelo, tuvo que insistir.

—Has sido tú...

Mateo sopló los cabellos que le caían por la frente. Y refrenó la acuciante sensación de palmearse la nuca donde, de pronto, sentía pequeñas garras. Como si una rata trepase por allí.

Creció el barullo de la gente. Se oyeron dos compases en las cuerdas de una vihuela. Empezó la música. Y a Mateo le pareció que celebraban. Le pareció que iban a lincharlo. Allí fuera, en la explanada, aguardaba una muchedumbre ansiosa.

Tenía que responder. El arzobispo esperaba. Pero no recordaba. No sabía. Creía que no. Estaba seguro de que no.

Y si enloquecía. Como su padre.

—No, no *esgaché* al maestro Verrondo yo.

—Tenías el motivo —tascó el arzobispo.

Mateo logró refrenarse, no dio un paso atrás. Y fijó sus ojos, uno de cada color, en el arzobispo. Con esperanza.

—Te robó tu idea —insistió Suero—. Dijo que era suya...

Ahora no pudo evitarlo, ahora Mateo dio un paso atrás, hasta meter uno de los pies en un montón de paja en el que aún flotaban los restos del vómito del último borracho que había pasado la noche allí.

Y le pareció oír de nuevo aquella condenada melodía del organistro. Dejó de respirar hasta comprender que era fuera, en la explanada, donde sonaba la música.

—Ha sido este mierdas —rugió el Cuatrohostias.

Y desenfundó la misma daga que había usado para forzar la puerta de Verrondo.

—¡Hay que colgarlo! ¡¡Por los cojones!! ¡¡¡Y despellejarlo!!!

El arzobispo, resignado, cerró los ojos.

—Por supuesto, lo colgaremos, hoy mismo...

Suero ni siquiera se había girado hacia su capitán. Y Ruy Ansúrez captó el desprecio, aquel gurruño que tenía por oreja se pintó de grana.

Empezó a hablar, balbuceó algo incomprensible y se le iluminaron los ojos.

—¡Mañana! ¡Cagüen en el ayuno de los moros! ¡Me cago en el calendario! ¡¡Mañana!! En cuanto el rey se haya largado con viento fresco...

El arzobispo se pasó por el rostro aquella mano que parecía de un estibador de puerto.

—Lo primero, Ruy, vigila esa boca. No quiero blasfemias —ordenó —. Y lo segundo...

El arzobispo le dio la espalda a Mateo, sin temor alguno, y miró hacia su capitán. Hizo un gesto con la mano, y Ruy comprendió.

—¡Me cago en la puta que os parió a los dos! —bramó el Cuatrohostias—. ¿No tenéis algo que hacer en el quinto coño...? A ver si hay suerte, os encuentra el demonio y os muele a palos.

Los dos guardias salieron de inmediato, espantados como gallinas.

Afuera, en la explanada, la música crecía. Trepaba hacia los cielos. Se oían palmadas y silbidos.

El arzobispo terminó por asentir para sí. Como si acabase de tomar una decisión sobre un asunto peliagudo. E hizo una de las pocas preguntas de toda su vida que no fue dedicada al Señor en los Cielos.

—El apóstol —girándose hacia el cantero—, ¿lo has hecho tú?

Mateo tampoco supo qué contestar.

Y el arzobispo se inclinó hacia delante. En sus ojos había una urgencia que Mateo no había visto nunca antes en aquel hombre.

—Dime, hijo, ¿has sido tú?

La pregunta bordeaba algo espinoso. Mateo tuvo la sensación de que Suero esperaba que dijera que sí.

Una ovación sacudió la explanada y su ola llegó hasta los establos. Los músicos habían terminado la primera pieza. Pronto el rey se dirigiría a su pueblo.

—Se nos acaba el tiempo.

Se esforzó por no palmearse el cuello, por no soplar los cabellos que le caían sobre el rostro.

—El *home* sabio no construirá su casa sobre arena.

El hoyuelo del arzobispo tembló un momento.

—¡Este cabronazo ha perdido el norte! ¡¡Como su padre!!

La mano del arzobispo mandó callar a su capitán. Y Mateo continuó.

—*Pódese facer.* Se puede hacer. Tres alturas al occidente. Dos al oriente. Sí, fue idea mía.

—¡Miente! —saltó de nuevo Ruy Ansúrez—. ¿Qué cojones va a saber él? Miente más que el diablo mismo.

Y su oreja tenía el color de vino viejo de Mencía. No había vuelto a desenfundar, pero tenía la mano lista, sobre la empuñadura.

—El apóstol lo *murié* yo —aseguró Mateo con palabras que ardían —. Y cuando esté acabado será aún mejor —con los ojos clavados en el arzobispo—. *Pódese facer.*

Le había faltado el valor en la tienda de Verrondo, ahora le sobraba convicción.

—Puedo hacerlo yo —rotundo.

Mateo habló con la firmeza de sus cinceles. Y sus ojos, uno de cada color, parecían tallados en piedra. No podía saber que aquéllas eran las mismas palabras que había pronunciado su padre.

Suero se mordió el labio inferior antes de hablar:

—Fuiste tú el que dijo lo de doña Berenguela y el conde Raimundo...

Mateo asintió. Asintió y dejó el mentón arriba, con orgullo. Mateo asintió, y el arzobispo siguió hablando:

—... Y los borgoñones. Y San Dionisio. Fuiste tú.

—*Podo facelo.* La idea es mía.

Parecía capaz de echarse a andar sobre las aguas.

Era el hijo de Arrio. Era el muchacho del que se había apiadado el viejo Remigio. Pero era un hombre distinto. Y ninguno de los dos podía saber cuánto se parecía Mateo a su padre. Allí, en ese momento, padre e hijo eran iguales.

Afuera, en la explanada tronó una ovación cargada de aplausos. Un rugido que sintieron incluso en los pies. El rey le habría dicho al frade Zonio que se dejara de músicas.

El arzobispo asintió.

—Más te vale hijo, más te vale.

Se giró entonces y miró a su capitán.

—¡Dale algo de ropa limpia y que se adecente!

# VII

En la primera planta del palacio, delante de una jofaina, vistiéndose una camisola que le quedaba grande, prestada por el propio Ruy entre gruñidos, fue entonces cuando se acordó.

Los perros ladraban.

Desnudo de cintura para arriba. Se secaba con un trapo basto. El agua en la jofaina todavía se agitaba.

Los perros ladraban.

—Se lo dirás y saldrás de los establos.

El anciano y el joven. Acab y Acaz.

Los perros ladraban.

—¡Vamos! ¡¡Acaba de una puta vez!!

Ruy lo sacó de la habitación antes de que terminara de vestirse.

—¿Qué pasa? *Onde me levas?*

# VIII

Al pie de las obras de la catedral, como juglares en un estrado, la comitiva real, buena parte del cabildo y los músicos.

Bajo ellos, más allá del socavón que amputaba la catedral, en la explanada de la Trinidad, una muchedumbre temblorosa.

El rey hablaba y, con disimulo, le hacía muecas al arzobispo por haberse retrasado.

—Muchos de vosotros me comprenderéis —tronaba la voz de las Coronas de León y Galicia—, a veces las suegras son insufribles...

La multitud se reía y el rey Fernando, complacido, continuaba hablando de la guerra como si fuera un tropiezo.

Era uno de esos hombres que hacen saltar la sonrisa, tenía el aire pícaro de un ratero y la envoltura de un toro salvaje.

Grande, de melena leonina, barba recia. Y una chispa tras los ojos, del color de las avellanas, que aseguraba, al primer vistazo, que también sabía tomarse las cosas en serio. Aunque sólo cuando hacía falta.

—... A mí la suegra me da bien de comer, ¡no hay queja! —exclamó palmeándose la barriga con rostro satisfecho—, pero me temo... Y yo no quería, tengo otros asuntos que atender —guiñó un ojo hacia la explanada con gesto cómplice, tenía aires de prestidigitador, todo el mundo le prestaba atención—. Me temo que me toca darle una patada en el culo a mi suegro.

Tenía algo de trovador, y de cuentacuentos, toda la explanada tenía los ojos clavados en el segundo de los Fernandos.

Vestido con gambesón y cota, con capa de terciopelo, y una túnica donde se repetía, una y otra vez, en vivos colores, el símbolo de su reino, un león pasante de grandes colmillos y fuertes zarpas.

—¡Le daremos una lección! —gritó de pronto—. ¡Se tragará las muelas! Él y toda su cochambrosa panda de portugueses.

La ovación creció y el rey, como un velero aprovechando una ola, se montó en ella para rugir aún más alto.

—Y luego le quitaremos Badajoz a los moros...

Fue un clamor, como si la explanada hirviese.

—... Antes de que se les ocurra a esos perros castellanos.

Y, entusiasmada, Compostela abucheó con tanta fuerza que los más pequeños, a hombros de sus padres, se taparon los oídos.

Y si no estaban convencidos de que podían confiar en él, se convencieron en cuanto les habló en el gallego que había aprendido de niño.

—*Eses porcos portugueses acabarán cos fuciños no chan.*

La explanada entera estalló en vítores. Y, probablemente, nadie se dio cuenta de que el rey, justo al terminar la frase, descargaba una significativa mirada en el grupo de nobles.

Quizá los únicos que se dieron cuenta fueron el señor de Vimianzo, el de Pambre y el que recibió la mirada, el conde de Traba.

Para entonces, Ruy y Mateo ya habían atravesado el hueco que aún quedaba sin construir de la nave central, sorteaban a los músicos del cabildo y se acercaban a la comitiva real. El arzobispo, junto a los hombres de confianza del rey, les hacía señas para que apurasen.

## IX

—No pude explicar yo —se apresuró a decir Mateo en cuanto estuvo cerca de Suero—, haremos una *capela*.

Con aquel aspecto rudo y su casulla recia, el arzobispo cuadraba allí, entre los cuarenta hombres que formaban la escolta del rey. Y desentonaba junto al mayordomo real. Al que dejó con la palabra en la boca para hablarle a Mateo.

—Hijo, tú no pises donde pisó tu padre...

Y ya no pudo decir más, el rey lo llamó.

## X

Era mayordomo, mayordomo real, y respondía al nombre de Armengol de Urgel. Y parecía una cuerda mojada, tensa entre dos pinzas. Daba la sensación de que iba a caer al suelo hecho un guiñapo.

Hasta que se le miraba a los ojos.

Como hacía en ese instante el arzobispo.

—Vos le convencisteis —dijo el mayordomo señalando al rey con discreción—, si le fallas, no vos lo perdonará.

Y, tras una pausa, añadió:

—Y nos tampoco.

Suero no se amilanó.

—Hablas con el arzobispo de Compostela...

Armengol, que había tenido que apañárselas con una magra herencia, que había aguantado un cargo que tropezaba más que un cojo borracho, que ahora presumía de importantes tenencias en la Extremadura leonesa, podía parecer flojo, pero no lo era.

Sus ojos relampaguearon como un puñal abandonando la funda.

—También llevaba mitra Peláez. Y Gelmírez...

Armengol hizo una pausa preñada de intenciones, inclinó aquel rostro macilento, del color de las tripas de pescado, y continuó:

—Y, si nos recordamos bien, a la mitra de Gelmírez le faltó un bledo para acabar en la hoguera, dos veces —recalcó, con su voz, rasposa y agria, y con los dos dedos que alzó.

Los dedos del mayordomo, con sendos anillos, eran huesudos y lúgubres, como recién sacados de una tumba.

—Ha sido un contratiempo —zanjó el arzobispo—. Y está solucionado.

El noble rumió aquello como si le supiera amargo.

—Carece de títulos o de experiencia, es un paria —adujo el mayordomo bajando aquellos dedos cadavéricos—. Y la triste historia de su padre nos es conocida. Nos opinamos que no es el adecuado para la tarea.

—Es el mejor de todos —aseguró el arzobispo con cara de ángelus —, su padre también era excepcional.

El toma y daca podría haber seguido. No se tenían aprecio aquellos dos. Y lo que había pasado no ayudaba, pero, en ese instante, el rey hizo que la multitud enloqueciera.

—*Eses porcos portugueses acabarán cos fuciños no chan.*

Los vítores fueron atronadores. Tanto que Suero se encogió, como en un derrumbe y, con el gesto, descubrió entre la multitud lo que había estado esperando.

—Alabado sea el Señor —murmuró.

Por fin llegaba su capitán.

El Cuatrohostias tiraba de Mateo igual que un pastor arrastrando a un carnero rebelde. Y los dos avanzaban hacia la comitiva real, acomodada en la que algún día sería la nave principal de la catedral.

Suero se puso en marcha, hacia ellos, pero el mayordomo lo detuvo con una mano en el hombro.

—Vos cumplid lo prometido —gritó el mayordomo.

Se jugaba el puesto, podía ser que hasta el cuello. Pero Suero asintió, y salió al encuentro del cantero y su capitán.

En cuanto los alcanzó, Mateó empezó a hablar, de corrido, con tanta prisa que las palabras se apelotonaban unas encima de otras. Sin embargo, tras un último reojo al mayordomo, el arzobispo lo mandó callar.

Y le dijo lo único que importaba.

—Hijo, tú no pises donde pisó tu padre...

Sólo entonces Mateo comprendió lo que sucedía. Vio la luz. Una chispa en la oscuridad. Y su corazón se rebeló contra la razón. Incapaz de creer.

—¿Es cierto? —preguntó Mateo.

Suero asintió con gravedad. Pero no había tiempo para explicaciones.

# XI

Toda Compostela estaba allí. Incluso los limosneros, incluso los amigos de lo ajeno, con una cuchilla entre los dedos, atentos a bolsas descuidadas.

Y también Hidacio, al que todos conocían, del que muchos cuchicheaban, al que pocos dispensaban misericordia. Hidacio caminaba a trompicones, bajo un alboroto de guedejas que tenían algo de cresta y le regalaban aire de gallo, desplumado y cacareando. Miraba a las alturas y hablaba con las gárgolas, allá en las cornisas. Algunos decían que enloqueciera, otros que el demonio le había robado el seso para cobrar un pecado.

Toda Compostela estaba allí.

Los limosneros por si caía alguna moneda, los cortabolsas porque apremiaba el negocio, Hidacio porque vivía convencido de que la gárgola, una bestia medio mujer medio sierpe, lo vigilaba, que incluso lo buscaba por las noches. Se la tenía jurada.

Toda Compostela estaba allí y toda Compostela, menos Hidacio, prestaba atención al rey.

El asturiano rezaba una avemaría tras otra, no por Mateo, a quien había señalado su esposa cuando el oficial llegó hasta la comitiva real, sino por miedo a que les faltase el pan. Como los borgoñones, el vizcaíno, Malaquías y el mismo Sinsombra que, aun escuálido como era, comía de tanto en tanto.

Juanillo no podía dejar de rascarse. Aquella camisola picaba horrores.

Y Gundisalvo, con el ceño fruncido como una rama rota. Hubiera dado los años que le quedaban por saber qué se habían dicho el arzobispo y Mateo.

Al mirar a su oficial, el *xebo* no vio a aquel muchacho escuchimizado que pidiera limosna a maese Remigio, tampoco al cantero aplastado por Verrondo. Gundisalvo encontró motivos para blasfemar, y sonreír.

## XII

El rey Fernando actuaba para su público, pero advirtió el gesto de su mayordomo.

Con disimulo, Armengol señalaba al arzobispo y asentía.

Y el rey cambió su discurso.

—El faro de la cristiandad —comenzó bajando una octava la voz—. Más que Jerusalén, más que Roma. ¡Eso es Compostela!

La multitud rugió. En las primeras filas los soldados de León animaban a los espectadores a dar palmas.

—¡¡El hogar del Zebedeo!! ¡¡¡Del hermano de Cristo!!!

Al arzobispo Suero le pareció que no hacía falta exagerar, pero el rey sabía lo que hacía.

La multitud clavaba sus ojos en el rey. Tan cargado estaba el ambiente que nadie se hubiera sorprendido si empezaban a caer relámpagos.

El rey miró a unos y a otros, asintió hacia los nobles, también hacia los mercaderes, extendió una mano hacia un grupo de lavanderas, arremolinadas al borde del socavón de la Trinidad. Echaban la cabeza atrás y parecían pajarillos en un nido, esperando una lombriz.

—... De Portugal, traeremos un buen botín...

Ahora señaló a un grupo de chicuelos encaramado a un andamio. Y a cuatro leñadores. Y a un boyero.

Hizo entonces un gesto el rey, y sus hombres dispusieron una mesa y una silla de tijera, allí a la vista de todos, para que tomase asiento un escribano que sólo podía tener raíces moras, de rosto aceitunado y cabellos negros como el carbón.

—... y con ese botín...

En la multitud hubo quien se puso de puntillas. Y un arriero que comía un trozo de empanada se quedó con la boca abierta y los dedos brillantes de grasa.

—... le daremos otra lección a París. A Maguncia. ¡A Conques!

## XIII

Como si los guiase entre charcos, Armengol acercó al arzobispo y a Mateo hacia el escribano.

Pese al alboroto, pese a los nervios, Mateo se fijó en la nariz aguileña y rotunda, aquel escribano cortaba el aire en lugar de respirarlo. Su rostro tenía la fuerza de un rey del pasado.

—¿Nombre?

Lo preguntó con hastío. Le daba lo mismo. Mateo podía haber contestado cualquier cosa. Ni siquiera alzó la vista mientras afilaba el cálamo con el que escribiría la respuesta.

La multitud rugía. El rey hablaba. Había algo sensual en el vaivén de la gente.

El escribano repitió la pregunta.

—Mateo.

Sin echarse atrás. Confiado. Alzando aquellos ojos, uno de cada color.

Y el escribano asintió, y escribió en el pergamino, del que colgaban los sellos de la casa real, y que estaba orlado, y con

grandes letras iluminadas de tintas aún frescas. El escribano tenía que sujetar la pluma como si sus dedos fueran las largas patas de una araña en su tela, para no emborronar lo escrito.

Y allí, en la multitud, Mateo reconoció rostros. Vio a Cirilo, también al locuelo de Hidacio, a los canteros. Y descubrió lo que le faltaba. Porque algo le faltaba.

Tuvo que hacer un esfuerzo por respirar. La emoción le apretó la garganta.

Entre los mercaderes. Allí estaba.

—¿Y el cargo? —preguntó el escribano.

Pero Mateo no contestó, no podía dejar de mirar.

Allí estaba aquel odioso inglés. Y la hermana de Aldonza. Y su esposo, gordo y ahíto, con su rostro abotagado y las narices enrojecidas por el vino, con su sonrisa de suficiencia.

El inglés le susurró algo a Aldonza, pero ella no escuchaba. Miraba hacia arriba, hacia la nave de la catedral, hacia la comitiva del rey. Hacia Mateo.

El arzobispo comprendió de inmediato. Suero, como siempre, estaba tres respuestas por delante de la pregunta. Fue el arzobispo el que le dijo al escribano lo que debía poner el documento.

Mateo seguía mirando al grupo de mercaderes.

El inglés, como Aldonza no le hacía caso, bromeaba altivo con su socio. Bromeaba para disimular la inquina. No le gustaba lo que veía y disimulaba fingiendo que no le importaba.

Y, delante de ellos, con el rostro iluminado por una sonrisa. Con papelajos en una mano y carboncillo en la otra, estaba el pequeño Mateo, su hijo.

## XIV

Mateo, arrastrado en aquella ola, se sintió feliz por primera vez en años. Allí estaba su hijo.

Y su hijo no iba a ver a su padre caer. Su hijo podría estar orgulloso.

El cantero no advirtió que su hijo, aunque sonreía, aunque se esforzaba por prestar atención a su padre, no lo conseguía.

Mateo, el hijo, había quedado cautivado por la música, por los instrumentos. Por aquel organistro que tocaban dos frailes calvos que parecían tío y sobrino. El sonido de sus cuerdas, capaces de llorar, lo había fascinado.

## XV

El rey tomó el documento de manos del escribano.

—Aquí descansan en gloria —anunció—, mi abuelo, ¡el conde de Galicia! Raimundo de Borgoña, y mi madre, mi santa madre...

La multitud rugió, todos imaginaban lo que estaba por suceder. Anhelaban que sucediera. Espantaría el hambre. Después de años de escasez, Compostela florecería.

—... Compostela será panteón real —continuó el rey—. Aquí quiero quedarme para siempre, a la vera del apóstol Santiago, patrón nuestro.

Vivas y hurras flotaron sobre la explanada de la Trinidad.

También entre los notables, aunque no para todos. El conde de Traba, con expresión de masticar una almendra amarga, hizo un gesto a un lacayo, que se acercó a toda prisa y puso la oreja para escuchar una orden.

Y el rey leyó el documento como un pregonero.

—... Fernando, rey de las Españas, por amor de Dios, por quien reinan los reyes...

Apenas se oía, muchos habían empezado a aplaudir. Y los pastores, que eran los que mejor sabían hacerlo, a silbar.

—... te concedo a ti, maestro Mateo, que posees la primacía y el magisterio de la obra del apóstol...

Mateo no apartaba los ojos de su hijo.

Ni siquiera vio el gesto de orgullo que cruzó el rostro de Aldonza. Una expresión que, aunque parecía imposible, creció con las siguientes palabras del rey.

—... dos marcos a la semana...

Isabel susurró algo al oído de su marido y señaló a Mateo. Y el mercader acabó por asentir de mala gana, haciendo de su papada una marejada de carnes. Su esposa tuvo que insistir, como si no quisiera hacerle caso.

En el grupo de los notables hubo movimiento, Mateo se fijó en el conde de Traba, había visto su comitiva pasar unas horas antes, reconocía el escudo. Un hombre curtido se acercó hasta el noble.

Estaban pasando tantas cosas a un tiempo que a Mateo le costaba respirar, pero no dejaba de ser cantero. El sirviente de la casa de Traba se inclinaba hacia el noble. En medio del barullo, mientras el rey leía el pergamino, nadie le prestaba atención, pero Mateo no podía evitarlo.

Traía en sus manos un legajo. Sería un mensajero. Mateo no lo había visto en su vida, pero lo reconoció. El noble querría enviar una nota, quizás a los portugueses. Pero Mateo vio una epístola. Lo reconoció, de inmediato. Aquél era Saulo, Pablo de Tarso, iluminado por la luz divina de la conversión en su camino a Damasco.

El rostro afilado, la nariz aguileña, los cabellos ralos y la barba floja. Era el mismo san Pablo.

Hidacio le chilló de nuevo a la gárgola. El resto de la multitud, incluso algún limosnero, ninguno de los ladrones, rugió una vez más, Mateo miró un momento a la explanada y aquel san Pablo se había ido ya.

Mateo no tuvo ocasión de pensar en ello, de entre las gentes de Compostela salía su nombre, una y otra vez, lo coreaban mientras el rey leía.

Sólo miró una vez más hacia el grupo de los nobles. Luego buscó a su hijo. Era a su hijo a quien quería ver.

—... durante toda tu vida, para que siempre la tengas, y para la obra de Santiago y su catedral...

Jamás se había sentido Mateo así. Lleno, completo.

Allí estaba su hijo. Su hijo no viviría a la sombra del fracaso. Mateo era lo que coreaba toda Compostela. Y el rey le ofrecía, al fin, un cargo como maese.

Un sueño hecho realidad. El estómago lleno de mariposas, los ojos, uno de cada color, parpadeando para contener las lágrimas, las manos temblorosas.

Costaba creerlo.

Hasta que sintió la necesidad de palmear una chinche que trepaba por su nuca. Podía notar las pequeñas patas, el inconfundible cosquilleo.

Levantó la mano.

La bajó.

Y, cuando consiguió reprimirse, oyó el inconfundible tañido de las cuerdas.

Las notas peleándose en el aire. La melodía creciendo en velocidad. No, dos melodías haciéndose una.

Acab y Acaz. Discordia.

El lamento de las cuerdas de un organistro, el lamento que había roto la helada.

# De Trinitate
# Libro II
# 1188

# Cabezas y cuernos



## I

Tenía siete cabezas y diez cuernos.

Salió del mar, del fin del mundo, del Finisterre, negra como el aceite de roca. Y se abalanzó sobre Compostela. Una jauría de colmillos entre lenguas de sierpe con un solo destino, la desolación.

Era la bestia.

Sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia.

A su paso todo quedaba convertido en cenizas, y la seguía una tormenta que escupía la misma sal de Sodoma y Gomorra.

Era la bestia. Y se abalanzó sobre Compostela.

Era como un leopardo, con patas como las de un oso. Cubierta de escamas. Y los siete cuellos de las siete cabezas eran látigos.

Sus bocas eran las de leones hambrientos. Y la montaba una ramera que había engañado a los reyes.

Sus garras destrozaron la muralla y la bestia entró en Compostela. Tras ella moría hasta la misma muerte. Todo era desolación y escombros.

Llegó a la catedral entre gruñidos que hacían temblar las piedras. Sacudía sus cabezas y buscaba sangre de la que alimentarse.

Una de sus patas, de zarpas afiladas, aplastó a una niñita. La pequeña quedó paralizada por el terror. Y el hombre gritó. Pero no sirvió de nada. Las garras, amarillas, purulentas, infectadas de odio, cayeron sobre la pequeña.

Una muñeca de paja salió despedida. Y el crujido de los huesos fue el de un caparazón bajo la bota.

La bestia avanzaba y otra de sus patas arrancó de un zarpazo la Fuente del Paraíso. Y se llevó, en una de las garras, como un retal, la madeja de tripas del peregrino junto a la fuente. Y las tripas salieron despedidas. Quedaron colgadas de los tejados de la catedral.

El hombre gritaba.

Todos gritaban. Huían. Unos pocos se arrodillaban y rogaban a los cielos. No importaba. La bestia había surgido del mar. Enfurecida con el hombre y su creación. La bestia destruiría la catedral.

Trepó a los tejados salpicando tripas. Y las piedras crujían, los maderos se rendían, la bestia sembraba destrucción.

Temblaban los sillares. Caían pegotes de mortero, se rajaban los arcos.

El crucero se derrumbaba y la bestia avanzaba sobre los tejados, hacia el oeste, como si quisiera regresar al mar.

Cuando sus garras se cerraban sobre las piedras, las deshacían. Se convertían en guijarros y polvo.

Destruía la catedral.

El hombre, de espaldas, gritaba. Se desgañitaba. Pero no le hacían caso. Peregrinos, mujeres, niños, frades. Morían aplastados. Descuartizados por la bestia.

Y la bestia no se detenía. Avanzaba. Inexorable. Era la venganza hecha muerte.

Castigaba la soberbia.

La bestia avanzaba, hacia occidente, hacia la explanada de la Trinidad, hacia el hombre y los talleres.

A los pies de la catedral estaba aquel socavón. El terreno caía humillado y allí se levantaba una torre. Una torre en la que anclar una gran fachada, una torre sobre una enorme cúpula, de arcos tan altos como jamás se habían visto, una torre que se elevaría a los cielos.

Tenía pecas, y una mirada llena de angustia. Aún caminaba como si fuera un reto, con pies inseguros. Lloraba, llamaba a su madre entre largos mocos pegados a la barbilla. Y su madre era un guiñapo aplastado bajo una columna.

Una de las cabezas de la bestia se sacudió. Un látigo de carne y destrucción. Y uno de los cuernos empaló al crío. Y lo arrastró a los cielos salpicando sangre sobre las losas nuevas de la catedral. El suelo quedó regado de muerte.

Y los gritos aún se escuchaban.

El hombre, de espaldas, cayó de rodillas, impotente.

Estaba en los talleres. Junto a él había un cincel y una maceta.

Y sobre la cabeza del hombre se veía la torre, una torre que aún necesitaba un esqueleto que sujetase los arcos de la base. Y, tras la torre, la bestia, que destrozaba los tejados, que sacudía sus siete cabezas.

El hombre, de espaldas, de rodillas, negaba, sacudía el mentón con rabia, y sus lágrimas caían sobre sus hombros.

No podía moverse. Sólo lamentarse.

La bestia se detuvo.

El crío, empalado en el cuerno, se agitaba. Lloraba con fuerza. La vida se le escapaba con cada grito. La carne se desgarraba, los huesos se rompían.

La bestia se detuvo, se aferró a la torre sin terminar, a aquella torre que se levantaba como ninguna antes lo había hecho, sobre una cúpula como sólo se había visto en Roma.

Habría sido una torre colosal. Habría hecho palidecer de envidia a la misma Babel.

La bestia se detuvo y clavó sus garras en la torre, que ya nunca se terminaría.

El hombre, de espaldas, de rodillas. Alzó las manos. Rogó clemencia. Pidió merced. La torre era su obra. Era suya.

Y la bestia rugió a los cielos y los cielos ennegrecieron.

La torre era orgullo. La torre era soberbia. Y el hombre sería castigado.

La bestia volvió a rugir. Y los cielos se volvieron fuego. Se inflamaron como grasa caliente.

El hombre rogó. El hombre alzó las manos. El hombre se humilló.

Y la bestia no lo escuchó.

La bestia hincó las garras en la torre y la torre se deshizo. Barro entre aquellas garras amarillas, de azufre, de pus.

Y el hombre, de espaldas, de rodillas, levantó su cabeza y aulló hacia los cielos en llamas.

La torre. Su torre. Se desplomaba.

Las siete cabezas de la bestia reían. O gruñían. O rugían. Y parecían reír.

Lenguas bífidas probaban las llamas de aquellos cielos. Y hasta el hombre llegó el terrible hedor de carne asándose.

La torre se derrumbaba. Aplastaba a mujeres, a niños, a frades, a peregrinos. La torre mataba. Su torre mataba.

El hombre gritaba desesperado.

Y, por primera vez, vio el rostro del hombre. Crispado. Roto. Lo vio y lo reconoció.

Era su padre.

Era Arrio.

Su padre. Con lágrimas en los ojos. Y en esos ojos la culpa. Una culpa oscura.

Era su padre. Lo vio ahora. Lo reconoció. Eran los ojos de su padre y, lentamente, poco a poco, al ritmo de un suspiro, uno de aquellos ojos cambió de color.

Uno era claro como el mar del que había salido la bestia.

Otro era negro como una sima.

Entonces lo oyó. Habían pasado años. Pero era inconfundible. Jamás la olvidaría. Eran dos. Dos que se hacían una. Dos melodías que se apareaban como sierpes frenéticas. Que aceleraban hasta el vértigo.

Que amenazaban con tronzar las cuerdas del organistro.

Y Mateo despertó.

## II

Se despertó jadeando. Empapado en sudor frío. Tiritando. Con los dientes crispados.

Y ni siquiera despierto logró espantar el horror.

La pesadilla quemaba. Su nuca y su pecho. Detrás de los ojos.

Aldonza no se movió. Respiraba suavemente, mecida por el sueño. Y, por un momento, cuando el fuego de la pesadilla empezó a aquietarse, Mateo acercó una mano temblorosa al hombro de su esposa.

—Dime que no soy mi padre yo —le habría pedido.

Su mano aleteó sobre la mujer.

—Júramelo. No soy como él.

No abrió la boca.

Los dedos se cerraron lentamente. Como lo habrían hecho los del viejo Gundisalvo, comidos por la reuma. Su mano se hizo un puño.

Y lo apartó de su esposa.

Se levantó. Se echó agua de la jofaina en el rostro y descendió a la planta principal. En las escaleras, aunque tenía la costumbre de no pisar ciertos escalones, como si los charcos de sangre aún estuvieran allí, sus pies no obedecieron, bajó a trompicones.

Allí estaba la puerta que, en tiempos, había dado al taller del orfebre, ahora volvía a pertenecer a la casa, Aldonza le había dicho que no pensaba consentir que sus trastos estorbasen en la estancia principal de la casa. Y, hacía ya diez años, Mateo había comprado el antiguo taller del maese Reuben.

Abrió la puerta con decisión, con prisa. Tras él quedó un rastro de pisadas húmedas, de sudor y no de la sangre que se había limpiado antes de que, como nuevo maestro de obras, Mateo y su familia se mudasen.

Había vuelto a convertirse en un taller.

Aunque ya no se hacían joyas. Ya no había plata. Ni oro. Ni azabache.

Había dibujos. Cientos de dibujos. Y tallas en madera. Y modelos, como juguetes para un crío, algunos los había usado el pequeño Mateo, antes de que los años le quitasen los juegos de la cabeza. Modelos de andamios, grúas, cimbras. Lo que necesitaba un constructor para imaginar, planear y pensar.

Una gran mesa de cerezo ocupaba el centro de la estancia.

Mateo la barrió con el brazo.

Dibujos que eran un rostro en el mercado, un pedigüeño con el que se cruzara al ir a los talleres, una de las hijas del asturiano. Gentes de Compostela que él había transformado en apóstoles, profetas, vírgenes y místicos.

Y bocetos, incontables, de la fachada occidental, que no tendría una torre.

Un escalofrío lo sacudió. Se palmeó la nuca. Sopló el pelo que le caía frente al rostro.

Y, cuando los dibujos cayeron al suelo, el libro quedó a la vista.

Allí estaba, en las páginas del libro, mirándolo.

## III

Su pelo tenía canas. Y ya no era tan rebelde. Sus ojos arrugas. Pero seguían siendo distintos, uno de cada color.

En los veinte años transcurridos desde aquella mañana en la explanada de la Trinidad, el sano había clareado, hasta hacerse del color de las heladas que partían los bloques de piedra. Sin embargo, el otro ojo, el que había sacrificado para aprender el oficio de *arxina*, seguía oscuro como una sima.

Y los dos, uno de cada color, se clavaron en el libro.

Había salido del escritorio de la catedral. Un préstamo del arzobispo Suero.

—Encontrarás inspiración.

Como siempre, el arzobispo daba la respuesta con adelanto.

Habían pasado muchas tardes hablando sobre las obras. Habían buscado juntos las soluciones. El arzobispo desde la fe. Mateo desde el arte.

Y en aquel libro se hablaba de la Jerusalén Celeste, en aquel libro, y en otros similares se guardaban enseñanzas como las de aquel profesor que el arzobispo Suero tuviera en París.

Ésas eran las ideas que viajaban por el camino a Santiago de Compostela.

Lo había escrito un monje de San Martín de Turieno y se titulaba *Commentarium in Apocalypsin*.

Estaba allí, sobre la mesa.

Y allí estaba la bestia.

Lo miraba desde las páginas de pergamino.

Siete cabezas y diez cuernos.

## IV

Ya no era el pequeño Mateo. Era más alto y fuerte que su padre. Aunque para el maestro de obras siempre sería su pequeño.

No protestó. No se quejó. Se levantó como su padre había pedido.

En silencio se echó agua en el rostro. En silencio se vistió. Y en silencio salió con su padre a una madrugada que aún esperaba los gallos. Ni siquiera Cirilo, que había tenido tiempo de hacerse viejo, había sacado aún su carromato y sus tortas a las calles de Compostela.

Padre e hijo no tuvieron otra compañía que los gatos, y las estrellas, con aquel trazo de leche derramada que cruzaba las obras de la catedral y se perdía hacia el oeste.

El oeste, de donde había salido la bestia.

Mateo, el padre, tuvo que reprimir un escalofrío.

—Quizá Gatón traiga buenas nuevas...

Su hijo no levantó la mirada del suelo. Caminaban juntos. Pero entre ellos mediaba un abismo que ninguno se atrevía a cruzar.

Y el padre insistió:

—*Hainas de invenar* —dijo asintiendo—, Gatón las encontrará...

El hijo tenía otras preocupaciones. Habló cohibido.

—Si acabo pronto...

No terminó, como si temiese a las palabras. Aunque, tras soplar sus rebeldes cabellos en un gesto calcado al de su padre, terminó su pregunta.

—Si acabo mi talla, ¿podré ir a practicar con frade Zonio?

El padre se envaró, como si le hubieran dado un puntapié.

—*Demenciaches?* Esos condenados *estragáronte* los sesos.

El padre negó. Se detuvo, bruscamente. Y obligó al hijo a mirarlo a los ojos. Le alzó el mentón con una mano hendida por veinte años trabajando la piedra.

—*Quoties?* ¿Cuántas veces he de repetirlo yo?

Mateo, el hijo, no contestó. La pregunta no esperaba respuesta.

—Tienes una oportunidad —gruñó el padre—. *Habes ocasion.* Una que no tuve yo.

Tampoco respondió, y las manos del padre aferraron con fuerza los hombros del hijo.

—¿Vas a g*hicharla?*

Esta vez, el hijo quiso contestar, pero el padre no le dejó intervenir.

—No rematarás. Restan años para rematar. *Annos!*

Y el padre señaló hacia las obras de la catedral, enmarcadas por una luna de invierno.

## V

Contra el manto de la noche, la catedral quedaba envuelta en magia. Salida de una antigua leyenda.

En los tejados y el cimborrio se prendían jirones de niebla helada.

Y la catedral se convertía en un gigante acostado sobre la ciudad, imponente. Enorme. Orgullosa. E inacabada.

Desde donde el padre y el hijo discutían, la catedral ofrecía su lado sur, una sucesión de altísimas arcadas que se abrían en dos hileras de ventanas que, durante el día, verterían luz sobre la nave central. Y cada hilera punteaba una de las dos alturas del templo.

La fachada sur vigilaba el barrio de los orfebres y, sobre ella, se elevaba a los cielos el cimborrio, capaz de atrapar las estrellas.

Y hacia el occidente, hacia el oeste, el mar.

De donde había salido aquella bestia apocalíptica.

La catedral seguía abierta. Una boca desdentada de la que salían los andamios y puntales que se convertirían en la fachada de la Trinidad.

—Una puerta a los Cielos —había pedido el arzobispo Suero.

Y quizá algún día lo sería.

—Una entrada a la Jerusalén celeste —había ordenado su eminencia.

Con eso mismo soñaba el maestro de obras, cuando la angustia por su hijo no le robaba el sueño, cuando el miedo a fracasar no lo atenazaba.

—El apóstol acogerá a los peregrinos —había exigido el arzobispo.

Algún día. Esa noche, bajo los jirones de niebla, que flameaban en los andamios como banderines, la entrada oeste de la catedral era sólo un sueño, el sueño de su maestro de obras.

Un sueño que a veces se convertía en pesadilla.

Pero, algún día, estaría coronada por dos torres. Dos y no una, dos torres que enmarcarían un pórtico como jamás se había visto.

—Encogerá el alma —había dicho Suero.

Algún día.

Esa noche, entre la niebla, las torres eran dos tocones, talados a la altura de la nave principal.

Ya no existía el socavón de la Trinidad.

Ahora el socavón se había convertido en los pies de las torres, y en una capilla, y en magníficas escaleras.

Y las torres crecerían, y la capilla dejaría de parecer una cripta excavada en la tierra, y las escaleras llevarían hasta la nave, y la nave al altar, y el altar al apóstol.

Algún día.

Algún día se podrían retirar las enormes grúas de rueda que subían los sillares. Se verían las torres rascando las nubes. Un rosetón vertería luz en la capilla. Los peregrinos ascenderían las escaleras y se toparían con un pórtico inigualable.

—Loa al señor —había dicho el arzobispo.

Algún día. Pero no todavía.

Mateo llevaba razón. Él, su hijo, y todos los *arxinas* de los talleres tenían trabajo. Por muchos años.

## VI

Llegaron a los talleres.

El padre caminando como hecho de alambres. Y, a unos pasos, el hijo, como un muñeco de trapo.

Y ambos querían hablarse. Ambos se miraron con disimulo. Ambos estuvieron a punto de acercarse.

Ninguno de los dos lo hizo.

El único con el buen juicio de mostrarse sincero fue Ferruxo. Un gatazo anaranjado al que una noche de ronda había dejado tuerto.

Él sí se acercó a saludar a Mateo, al padre, y se le enredó en las piernas hasta que el cantero hizo lo que no pudo hacer con su hijo.

Lo tomó en brazos y rascó entre las orejas. Ronroneó tan alto como los carpinteros cuando serraban travesaños.

Otros gatos andaban por los talleres, pero Ferruxo era el único que se dejaba acariciar. Tras tantas madrugadas siendo el primero en llegar, y el último en irse, el gato había terminado por hacerse amigo del maestro de obras.

Y Mateo confiaba en su criterio. Le hablaba. Y le pedía opinión sobre sus dibujos.

Con el gato sí se sinceró.

—*Qué mal fixe?* ¿En qué me equivoqué yo?

Se lo preguntó al gato, pero miraba hacia su hijo, que ya encendía los hachones.

Mateo, el hijo, cabizbajo, arrastraba los pies, iba de un lado al otro como alma en pena, y arrimaba candela a los hachones.

Y su padre decidió apartar sus ojos, uno de cada color.

## VII

No sólo la catedral tenía una nave principal casi terminada. Los talleres también habían crecido.

Los cien maravedíes anuales prometidos por el rey Fernando se habían empleado a conciencia. Saltaba a la vista.

Nadie en su sano juicio podría murmurar en las tabernas que el maestro Mateo despistaba un solo marco. Y no era de eso de lo que se hablaba. Muchos susurraban. En las tabernas, en las fuentes y en

los mercados. Cientos murmuraban sobre el maese, pero nadie ponía en duda su honestidad.

Sólo faltaba aquella última fachada al occidente, hacia el Finisterre.

Y los talleres habían crecido.

Sogueros, carpinteros, horneros. Los que herraban los bueyes, y sus boyeros, que no necesitaban herraduras, pero que a veces abusaban del vino. Y arrieros, y albañiles, capataces y alarifes. Oficiales. Dos puestos de carreteros propios, responsables de que las ruedas a cargo de los bloques de las canteras o los troncos para los andamios se entregasen siempre. Cocinero para el rancho. Aprendices, esportilleros, recaderos.

Además, estaban los pintores, para los que Mateo hacía traer lapislázuli del Beluchistán. Pasaban el día como alquimistas, haciendo sus mezclas en morteros, en continuos correveidiles al escritorio de la catedral para hablar de tintas y pigmentos.

Buena parte de la explanada de la Trinidad albergaba un dédalo de puestos y tenderetes, incluyendo barracas donde dormían los eventuales y los que ahorraban hasta la última moneda porque tenían familias lejos.

Los talleres habían crecido.

Y en el centro, a la vista de todos y donde él podía verlos a todos. Bajo lonas enceradas sostenidas por largas varas de abedul, la tienda del maestro de obras. Abierta.

Sin secretos. Y sin lujos. En el suelo no había alfombras, sino pizarras, grandes lajas sobre las que Mateo, con trozos poco cocidos de cal usados como tiza, dibujaba las monteas de los arcos, torales y fajones. Los despieces que marcaban a cada *arxina* cómo hacer su trabajo.

Y, en el centro, aquella pieza que tallara un franco de nombre Triboulet.

Un demonio que arrastraba a los infiernos a un pobre desgraciado.

## VIII

Antes de la amanecida se oyeron en el taller las campanadas de dos cinceles mordiendo la piedra.

El maestro de obras y su hijo, siempre los primeros en llegar y los últimos en irse.

No podía decirse que pecasen de perezosos. Y no se decía. Lo que rumoreaban las mesas de las posadas, los peldaños de las escaleras, las esquinas de los callejones era diferente.

El siguiente en llegar fue el bastón del viejo Gundisalvo. Y, tras él, renqueando, pero con demasiado orgullo para buscarse quien le echase una mano, el *xebo*.

El *xebo* ya no tallaba, no le daban las fuerzas para martillar, pero se sentaba en el antiguo cepo de las herramientas. Y, desde allí, era Gundisalvo quien transmitía las órdenes y contestaba las preguntas.

—Mierda de años —rezongó malhumorado.

Así saludaba, en un pintoresco ritual en el que se le ocurría cada mañana una maldición diferente. Como un mártir, como si vivir tantos años fuera una penitencia por aquella fogosa juventud entre las piernas de la Juana.

Y tenía un repertorio tan amplio que nunca repetía su estrambótico saludo.

—¡Al carajo! Se va todo al carajo...

O, si apretaba la helada, se explayaba:

—Voy a acabar perdiendo los huevos, y les tengo aprecio... ¡Cojones!, aunque ya no sirvan de mucho.

Y si llovía.

—No soy un carajo de lechuga, por más que me rieguen no voy a *cubicar* más.

Y Mateo siempre correspondía con una sacudida del mentón y seguía trabajando.

No les hacía falta hablar. Los dos se entendían con una mirada.

Y el maestro de obras supo que había problemas en cuanto Gundisalvo empezó la jornada.

—¡Es una cabronada! ¡Una cabronada!

Mateo no abrió la boca. No merecía la pena. Era mejor dejar que el *xebo* terminase.

—Necesitamos a más como el asturiano, ¡carajo! —soltó entre reniegos—. O no la veré terminada —limpiándose la barbilla, señalando las torres sin terminar—. Es el único que cumple. Está por rematar.

Detuvo Mateo la maceta, se dio la vuelta y se apoyó en Daniel.

Aún no era más que un rostro surgiendo de la piedra, como un nadador del agua, pero ya se advertían los rizos, lo que serían los ojos, y los pómulos alzados de una sonrisa. Aquella piedra se convertiría en la cabeza del profeta Daniel.

Otros llegaban y se repartían por los puestos, o se avivan los fuegos. Se oyó al herrero comenzar su trabajo en el yunque.

—El asturiano tiene para *murear* una semana —repuso Mateo, intentando averiguar qué escondía el viejo.

Gundisalvo alzó una nalga del cepo y dejó escapar un largo cuesco. Después repasó con la lengua las encías, donde sólo quedaban dos muelas.

—Ese condenado Cirilo llega tarde. ¡Madre que lo parió!

Mateo entornó sus ojos, uno de cada color, y esperó.

Se escuchó a los madereros empezar, la sierra acompañaba de un modo musical el repicar de los martillos.

—Cásale la hija —chistó el viejo al fin—, al asturiano, no al jodido manco de Cirilo —aclaró con otro cuesco.

Y se tironeó de los pelillos de la nariz. Como si el asunto no fuera más que un comentario sobre el frío de la mañana, lejos de anunciar primavera.

Mateo dejó las herramientas junto a la cabeza de Daniel y se inclinó hacia el *xebo*, que se apoyó de nuevo en el bastón, para alzar una vez más una nalga. Pero no consiguió otra cosa que un gruñido insatisfecho.

—Necesita dineros —reconoció al fin Gundisalvo—. Para la mierda de la dote.

Fue como cerrar una puerta. Mateo recogió las herramientas, echó un vistazo a aquel demonio, y se preparó para continuar.

—No. *Zaspeará* como los demás —zanjó, con el cincel ya en la mejilla de Daniel—, para el final de la semana.

—Ayer se largaron otros dos —contraatacó el *xebo*—. Y echaste al muchacho ese del carajo, a... A Félix.

Era cierto, la tarde anterior, de malas maneras, el maese había despedido a un esportillero. Le había gritado delante de todos, y el zagal, envuelto en vergüenza se había ido con la cabeza gacha, mascullando.

—Era ladrón —repuso airado Mateo—, *agiote*.

—A lo mejor sí. A lo mejor no —la escena había causado desazón —. Creíste al otro porque era veterano —el viejo hablaba con las palabras de muchos en los talleres, intentaba hacerle ver al maese que había sido injusto—, pero a lo mejor teníamos un carajo de

mentiroso en casa y no un jodido ladrón. Y nos quedamos sin manos...

—Vendrán más —se defendió Mateo—. No hay *arxina* que no quiera *murear* en la catedral de Compostela —remató señalando con la maceta los muñones de las torres—. No hay otra igual —recalcó —. Es la más grande. Será la más grande. Y lo que aprendan hoy aquí les dará para *murear* mañana.

Gundisalvo se encogió de hombros.

—*Bai* —asintió el viejo—. Pero algunos prefieren pan duro hoy que gordas glorias mañana.

—¡Imbéciles!

El maestro miraba lejos, a los talleres, al futuro. A su creación. Su catedral. Un gigante de rodillas esperando para alzarse.

Ya se trabajaba en los remates de las escaleras, la cripta, así habían empezado a llamarla en la ciudad, se terminaría pronto, y el pórtico de entrada se levantaría en esa temporada. Aquel Daniel, aún preso en la piedra, recibiría a los peregrinos con la sonrisa más deslumbrante jamás tallada.

Los profetas a un lado, los apóstoles al otro.

Se alzaron cabezas en los talleres, para secarse las primeras gotas de sudor, para recolocar el cincel o apretar una cincha. Había más de cien hombres laborando en la explanada de la Trinidad y algunos advirtieron que el maestro miraba.

Todos volvieron al trabajo de inmediato, con prisa.

Todos con los ojos gachos y la barbilla hundida.

—¿No lo ven?

La pregunta del maestro quedó un instante sobre el profeta, hasta que el viejo la recogió.

—Ver... Cuesta de cojones ver cuando apañas con lo justo.

El viejo consiguió arrancarse un largo pelo de la nariz y lo celebró con un nuevo cuesco.

—¿Cuándo fue la última vez que subiste la condenada paga?

El maestro no contestó y el viejo, que se limpió los dedos en el borde de la túnica, aprovechó el silencio y volvió a rebuscarse las narices.

—A mí ya no se me pone dura, y la Juana ya no está... —una sombra melancólica acentuó las arrugas—. Me sobra para las tortas del Cirilo.

Mateo reaccionó de inmediato.

—Si precisas, dímelo —urgió—, lo que necesites.

Aunque era difícil ver las emociones en aquel rostro con un ojo de cada color, el viejo no tuvo dudas de la sinceridad.

—*Xilón* —dijo con cariño, como si no hubieran pasado ya veinte años—, yo soy un viejo, me apaño con las tortas del Cirilo y una sardina salada de Pascuas a Ramos.

Por primera vez el viejo abandonó los pelos de las narices, los cuescos y las encías y usó el bastón para tocar el pecho del maestro.

—No le des más razones a ese malparido aborto de Sisnando —concluyó el *xebo*.

Los labios de Mateo se fruncieron como si bebiese vinagre.

—Nunca debí nombrarlo oficial...

—Agua pasada no mueve el carajo del molino —lamentó Gundisalvo.

—¿Qué anda parlando ahora?

El *xebo* encogió los hombros, como si no tuviera importancia, pero contestó:

—La misma mierda de siempre. Que él lo haría mejor. Que podría irse de maestro a otro lugar. Que no falta donde trabajar. Y...

Caviló un momento el viejo, sopesando la conveniencia de contarlo todo o guardarse algo. Y, tras echar un vistazo en derredor, se decidió por lo primero.

—... Y que eres maese porque le reventaste las tripas a Verrondo.

Los puños de Mateo se crisparon. Por desgracia, Gundisalvo no había acabado con las malas noticias. Se limpió la barbilla, con aquel gesto tan suyo con el dorso de la mano, y señaló, por fin, el estercolero al que, durante semanas, habían intentado hacer pasar por huerto florido.

—La misma mierda de siempre. Aunque últimamente tiene más orejas que lo escuchan...

La rabia de Mateo se transformó en preocupación.

—¿Y quién azuza?, ¿el Cuatrohostias?, ¿es él?, ¿anda detrás? —preguntó apurado.

Gundisalvo volvió a encogerse de hombros.

—Si no fuera por el jodido arzobispo...

No pudieron terminar. Gatón llegó con noticias.

## IX

No trajo ninguna concha. Ya no lo hacía.

Gatón llegó a lomos de un bayo que piafaba nervioso, incómodo por la escandalera de los talleres, a la que el animal parecía incapaz de acostumbrarse.

No saludó a los puestos. No bromeó con los canteros. No intercambió recados.

Tampoco tuvo oportunidad. Todos trabajaban y ni uno solo de los hombres alzó la cabeza.

Gatón desmontó, sujetó las riendas a uno de los postes de abedul y dio las malas noticias.

## X

—No puede ser —concluyó Gatón.

Los años habían apagado aquella chispa que prendía sonrisas.

Había engordado, perdido pelo y, sobre todo, ánimos. Pero ya no era un simple boyero. Mateo le había dado la oportunidad de conseguir un trabajo mejor pagado y Gatón se sentía en deuda.

Sin embargo, el sentimiento flaqueaba.

—Tiene que ser —insistió Mateo inflexible.

Gatón se quitó el gorro. Y la marca del moreno, por debajo de un pelo cada año más tímido, le dio aspecto de salir de los talleres de pintura sin terminar.

—He ido hasta Castro Candade —repuso Gatón cansado—. A Sauceda...

Cansado y temeroso.

Cabizbajo, el antiguo boyero paseó por las pizarras. Y tuvo cuidado de no pisar los trazos de tiza. Hubiera sido más fácil quedarse en el sitio. O marcharse. Pero era incapaz. No podía estarse quieto.

Cuando alzó de nuevo el rostro no sólo había cansancio y temor, había también melancolía.

Mateo permanecía con los brazos cruzados. Tajante.

—*Bai.* Tiene que ser —repitió el maestro de obras cuando ambas miradas se encontraron.

—Mateo...

Una pincelada más de pena y hubiera sido una súplica. Gatón no podía ir más allá y mantener la dignidad.

Apretujaba el gorro entre las manos, entre los callos que las riendas habían dejado.

—Llevo más leguas encima que cien peregrinos... Es imposible.

Gundisalvo observaba la escena repasándose las encías con la lengua. Miraba a los otros dos como si estuvieran armados con arcos y la intención de soltar flechas.

Finalmente, como arrancándose una astilla, Gatón acabó por claudicar.

—Puede...

Mateo ni siquiera pestañeó.

—Quizá.... Cerca de San Paio —reconoció Gatón a regañadientes, al este de Santa María de Sobrado, puede... Pero traerla hasta aquí, con ese tamaño...

Maese Mateo apartó aquellos ojos, uno de cada color. No fue capaz de mirar al que había sido su amigo.

—*Bai.* Tienes una. Te resta encontrar la pareja.

Cada palabra irrevocable.

—¿Mateo?

—Encuéntrala.

Y Gatón estuvo a punto de callarse, pero aquel hombre, desmejorado, con el ceño fruncido, era su amigo. Lo había sido.

No pudo callarse. Y empezó a decir algo. Pero Mateo lo ignoró, ya se volvía para seguir atendiendo a los talleres.

Era una mañana ajetreada.

Llegaban soldados, armados hasta los dientes, hombres del cuñado de Mateo, mercenarios al mejor postor, traían un cargamento del carísimo lapislázuli.

Y el valor de Gatón creció. Era más fácil hablarle a aquella espalda. Mucho más fácil que a aquellos ojos, uno de cada color. Aquellos ojos intimidaban.

—Deberías comer algo... Conozco al que lleva ahora la vieja taberna del Rano... Podíamos...

Al menos, Mateo se detuvo, aunque no se volvió, sólo colgó un reojo del hombro. Con aquel ojo suyo claro como una helada, el que aún veía bien.

Era una mañana ajetreada.

Chirriando, llegaron también tres carros con sillares, piezas pequeñas. Con las medidas que Mateo ordenaba, sólo faltaba escafilarlos y escuadrarlos. Se traían ligeros, casi listos. Y con el arriero que guiaba los carros venía uno que llamaban el Cuñas, de la cantera de Penedo, y saludó a Gatón alzando una mano. Pero Gatón no lo vio.

Gatón no podía saber lo que iba a suceder en la cantera de Penedo. Gatón buscaba palabras.

—Mi abuela siempre me contaba eso del *mouro* de Cotobade, ¿conoces la historia? —preguntó el antiguo boyero.

Los carros y sus lamentos de madera pasaron por detrás. Los hombres de los talleres no recibían el cargamento con bromas. Nadie soltaba pullas sobre la madre del arriero.

Primero tragó, después Gatón continuó:

—Se decía que en un otero había enterrado un caldero con oro —por primera vez en su vida, Gatón contaba la historia sin un vaso de sidra en la mano y una sonrisa en la boca—, bajo unas piedras donde penaba un ánima...

Era una historia que comenzaba con desamores y traiciones, los de un labriego y la hija de un noble, en una cueva donde habitaba una sierpe gigante. Los dos murieron, el uno por el otro, sin más

consuelo que el imposible amor que se profesaban. Y en la gruta, muerta la sierpe, había quedado cuanto los amantes habían robado para vivir una vida que nunca vivieron.

—Se cegó —le dijo Gatón a aquel ojo del color del viento—. Empezó a excavar.

En su versión era un piñonero engañado por una *bruxa*. En otras era un cisquero atolondrado al que estafaba el espíritu de la moza muerta en la cueva. El nombre cambiaba, el lugar cambiaba. Gatón contaba su versión. La que había escuchado al amor del hogar, compartiendo con su abuela un currusco de pan, tostado y untado con nata de la leche ordeñada de amanecida.

Y todas las versiones tenían el mismo final.

—Cavó y cavó. —Podía ver a su abuela, que siempre decía que ya no tenía hambre y le dejaba la mitad de su currusco, podía escucharla—. Cavó en busca del oro...

Tuvo que hacer una pausa. Tragar de nuevo.

—No hacía otra cosa —insistió el boyero—. Cavar. Y cavar.

Aquel ojo. Era como si lo apuñalase. Pero Gatón continuó:

—La cueva se derrumbó...

Ahora eran los dos ojos, uno de cada color. Cielo y abismo. Claro y oscuro.

—... Quedó atrapado.

Fuera cual fuera la versión, todas decían que el pobre desgraciado seguía cavando. En algunas aún buscaba el oro. En otras lo encontraba y cavaba para salir de allí. Fuera cual fuera la versión, si uno se acercaba al lugar todavía podía escuchar el sisear de la pala en la tierra.

Gatón consiguió señalar, hacia los talleres, hacia los *arxinas*.

—Mateo, dicen que...

El maestro de obras no le dejó terminar. Caminó hacia él sobre los trazos blancos de los arcos, encerrados en las negras pizarras. Y el antiguo boyero se encogió. Entrecerró los ojos. En aquel cielo había violencia, en aquel abismo había violencia. La mirada de su amigo presagiaba violencia.

—¿Mateo?

Y Mateo llegó a su altura, como una tormenta, cayendo de lo más alto del cielo a lo más profundo del abismo.

—¡Encuéntrala!

No sonó como su amigo.

—¡¡Encuéntrala!!

Tronó, relampagueó. Pero no cayó la lluvia. La tormenta pasó de largo. No hubo violencia. Aquel cielo y aquel abismo se cerraron con calma, con un respirar laborioso, lleno de fuerza de voluntad. Y su amigo se marchó.

Era una mañana ajetreada, llegaba el arzobispo Suero. Y no traía buenas noticias.

## XI

Por el arzobispo era por el único por el que no habían pasado los años. Como si el cargo le diese permiso para saltarse las obligaciones que dictaba la naturaleza. Conservaba aquel aire de estibador de puerto, parecía capaz de descargar él solo toda una flota de mercantes ingleses.

Llegó, como siempre, como una gallina clueca rodeada de pollos. Media docena de canónigos picoteando entre los puestos, yendo de un lado a otro, cuchicheando entre ellos y dando carrerillas para no quedarse atrás. Parecían a punto de desbandarse en cualquier

momento, pero, por obra y gracia de algún milagro, se reunían de nuevo en torno al arzobispo como si estuvieran atados al señor de Compostela.

Suero, por el contrario, era como el tajamar de un carguero con las bodegas llenas, avanzaba inexorable.

Y si tenía algo de clueca rodeada de pollos era la única gallina, desde que el Señor se tomara el descanso del séptimo día, que había domado al zorro.

Junto al arzobispo venía el capitán de su guardia, Ruy Ansúrez, más conocido como el Cuatrohostias.

## XII

No había cambiado tanto, Lambra, que ahora regentaba la mancebía de Juana y ya no tenía que morderse la lengua, seguía dándole calabazas dos o tres madrugadas por semana.

No había cambiado tanto el Cuatrohostias, el muñón de la oreja seguía siendo un faro al que resultaba imposible no mirar. Y los años le habían quitado algo de porte. Pero lo compensaba, se esforzaba por hacer crecer el apodo y, en lugar de cuatro en cuatro, repartía de cinco en cinco.

No había cambiado tanto.

Empezó a apretar los dientes nada más entrar en los talleres. Y cuando por fin posó la mirada en el maese, la mandíbula se tensó aún más, como si intentara partirse las muelas.

A menos de diez pasos, con un tintineo de la cota de malla, sin pensarlo, el Cuatrohostias llevó la mano a la empuñadura.

## XIII

La llegada del arzobispo zanjó el asunto.

Mateo sólo le dedicó una palabra más al hombre que, veinte años atrás, traía conchas para su hijo.

—Encuéntrala...

Y el maese dio unos pasos cumplidores para recibir al arzobispo.

Gatón, desamparado, miró hacia el viejo Gundisalvo en busca de ayuda, pero el *xebo* dejó clara su opinión con otro de aquellos largos cuescos.

—Si yo calzase esas botas tuyas, encontraría la puta piedra.

Gatón asintió. Lleno de melancolía, se caló el gorro y se marchó. Cabizbajo, tirando de las riendas de su bayo.

Se cruzó con los hombres del arzobispo sin más que un leve gesto de la barbilla, y se alejó hacia la Puerta de la Trinidad.

Tendría que seguir buscando. Hasta encontrarla.

# XIV

El arzobispo fue directo al grano. Ni siquiera saludó, echó una mirada sobre el hombro para señalar con aquel hoyuelo suyo hacia el antiguo boyero.

—Dime lo que deba saber...

El maestro de obras se limitó a sacudir el mentón. Que no tenía hoyuelos, pero si canas salpicadas.

Y el arzobispo gruñó un asentimiento.

No perdían el tiempo con zarandajas. A veces pasaban media mañana en las obras de la catedral y apenas necesitaban cruzar una docena de frases.

De repente, Gundisalvo encontró algo particularmente interesante en la última remesa de pelillos que se arrancó de las narices.

Intentaba escurrir el bulto. No le apetecía verse obligado a mentir si le caía encima la misma pregunta que le había caído al maese.

Y tuvo suerte.

El arzobispo no conocía lo suficiente al *xebo* para advertir aquel penoso esfuerzo, quizá pensó que le había dado una indigestión de ciruelas.

Mateo, sin embargo, sí se percató de lo que intentaba el *xebo* y se apresuró a despejar el viento en contra.

—Para el verano *escomenzaremos* con el pórtico —anunció.

Y calló sus dudas, las mordió con una palmada en la nuca. Sin mencionar los dibujos escondidos. Los bocetos que tenían un lado y otro, y algo del centro.

Tres arcos. Tres como la Trinidad.

No, eso no se lo dijo al arzobispo. No podía decírselo.

—*Pra o estío* —repitió Mateo en la jerga.

Lo dijo con los ojos, uno de cada color, brillantes de emoción. Escondiendo en lo más hondo, donde no les quedaría otro remedio que morir ahogadas por la oscuridad, las dudas. Aquellas dudas que en sus dibujos se hacían borrones.

—*Bai.* Para el verano *escomenzaremos* —insistió Mateo.

Ruy Ansúrez, sin embargo, gruñó. No se fiaba. Esperaba una excusa. Sólo una.

—¡Cagüen las taifas! Fuiste tú, y vas a pagar por ello.

Se lo había dicho en más de una ocasión. Y a Mateo no le cabía duda de que el Cuatrohostias cumpliría su palabra.

—¡Cagüen en Tortosa! Tírate un pedo en misa —le había amenazado poco antes de la Natividad—, y te corto los cojones para ponértelos de cena.

Pero aquéllas eran preocupaciones para otros momentos. Ahora, orgulloso, contento, nervioso, Mateo repitió:

—*Bai.* Será el Pórtico de la Trinidad...

Sin embargo, Suero no se dejó llevar. El arzobispo traía, como siempre, sus propias intenciones.

—Y si suponemos que no quedan fondos...

La sorpresa cayó en silencio. Mateo dejó incluso de escuchar el repicar de los *ferruxos*.

Sólo el arzobispo siguió haciéndolo, el resto, incluso el Cuatrohostias, aguantó la respiración. Y los canónigos se revolvieron de un lado a otro en un pandemonio de susurros, señales de la cruz y miradas al cielo.

Maese Mateo tragó. Y la nuez subió con tanta fuerza que la barba, a falta de un buen afeitado, rascó un susurró en el cuello de la túnica.

Así quedaron, trabados por el asombro hasta que a Gundisalvo, pese a que intentó contenerse, se le escapó otro de aquellos largos cuescos.

—*Bai.* Algo hay en el pote —admitió Mateo finalmente—, he ido guardando para las vacas flacas.

Le supo a poco al arzobispo, que revolvió un dedo en el aire. Con aquella mano suya, más apropiada para repartir bofetadas que bendiciones.

—Un año —estimó Mateo con un ojo entornado—, creo que podríamos *murear* por un año más.

El arzobispo asintió, rotundo como un hachazo. Pero no se molestó en añadir un merecido cumplido.

—Dispón lo que debas —le dijo al maestro de obras—, mañana salimos de viaje.

No hizo falta la pregunta. Como siempre, el arzobispo se adelantó.

—A Ourense.

Aquello no aclaraba mucho, pero Suero no era hombre al que le gustase acabar prisionero de sus palabras.

Sin embargo, tanto callar era excesivo, incluso para él.

El arzobispo se dio la vuelta en un revuelo de canónigos agitados y, en última instancia, como si acabase de recordarlo, dio una de las pocas explicaciones que había dado o que daría en su vida.

—Una anda en el convento. Otra, la de Traba, ya está con Dios. Y la tercera es una Jezabel que conspira —suspiró largamente—. Y los hijos quieren liarse a sopapos. Un bastardo husmea la Corona que tendrá un ilegítimo —añadió otro suspiro—, y las arcas reales no guardan más que telarañas...

A todos dejó con la boca abierta. El Cuatrohostias hubiera jurado que el arzobispo no guardaba saliva para una docena de palabras seguidas. Pero aún faltaba una sorpresa más. Como tenía por costumbre, Suero se adelantó a las preguntas.

—El rey ha muerto.

# Años y reyes



## I

Fueron a Ourense. Y llegaron tarde.

El príncipe se había marchado.

No les quedó otro remedio que seguir camino, hacia Benavente, donde había muerto el rey Fernando. Cabalgaron a uña de caballo hasta alcanzar a la comitiva del príncipe.

Pero no fueron recibidos.

—Como vos comprenderéis —anunció aquel mayordomo cadavérico—, hay otras índoles más acuciantes.

Tuvieron que seguir a la comitiva, como gaviotas tras una lancha de pescadores.

Resultó frustrante.

Las respuestas sobraban. No daban abasto. Ése no era el problema. Su problema era que no podían fiarse de lo que escuchaban tras preguntar ansiosos a todo aquel con quien se cruzaban.

—Ni él lo sabe —dijo una noche el arzobispo.

Y lo había dicho señalando hacia la gran tienda del heredero, de la que no paraban de entrar y salir gentes de toda condición.

Aquel derroche de sinceridad del arzobispo no calmó los ánimos de Mateo, que no acababa un dibujo si no era con frenéticos tachones.

Se palmeaba la nuca, resoplaba el flequillo. Se hacía mil preguntas y ensayaba mil respuestas. Apenas dormía y, cada mañana, el sol le molestaba en aquellos ojos suyos, uno de cada color.

Avanzaron como si los caminos aún estuviesen embarrados. Esperando. Desesperando.

Los correos iban y venían. Las noticias iban y venían. Llegaban incluso rumores que traían sello del palacio de Letrán. Al parecer al mismo papa le picaba lo que se urdía en Galicia y León.

De Monterrey al castillo de Cabreira, de Sanabria a Astorga, se decía de todo. Hasta se hablaba del esfuerzo de aquel inglés testarudo que reinaba como Ricardo Corazón de León, empeñado en arrancarle Jerusalén a los infieles.

Ansioso, Mateo se atragantaba con los rumores, preguntaba a cualquiera con el que se cruzaba.

—Se marchaba a Portugal...

Le dijo un juglar que no paraba de rascarse la sarna galopante que le había salpicado la cabeza de calvas.

—... cuando se le murió el padre.

Le dijo una puta desaliñada tras beneficiarse a la mitad de la guardia del príncipe.

—No es cierto —le contestaron con enérgicas sacudidas—, no abandonaba el reino cuando iba camino de Ourense, iba a ver a su madre al convento.

Al alimón, dos benedictinos que parecían hermanos de la misma madre con distintos padres.

—Lo lleva crudo —con una sonrisa pícara—. La de Haro quiere la corona para su hijo.

Un pescador a orillas del Tera, con una percha de avellano cargada de truchas y las uñas sucias del barro donde había estado rebuscando lombrices.

—No tengo idea, pero hemos sido convocados, dicen que hasta vendrán gentilhombres del sur de Ciudad Rodrigo.

Un procurador que venía de Belver y llevaba colgada al pecho una carpetilla de cuero con su carta de credenciales.

Mateo, Suero y el Cuatrohostias oyeron muchas cosas.

Pero ni una sola palabra sobre si el heredero mantendría la palabra dada por su padre.

—Primero tendrá que calzar la corona —les dijo con escepticismo un arriero.

Y nada más, el arriero se marchó altivo, como si tuviera más secretos y no pudieran compartirse porque el maestro de obras, el mismo arzobispo con sus canónigos o el capitán de su guardia careciesen de alcurnia suficiente.

Los dejó atrás y siguió camino a Benavente con un cargamento de pulpo y congrios secos.

Y el Cuatrohostias le dio el alto a uno de los forrajeadores en la comitiva del príncipe, y lo invitó a vino en la única posada de Rionegru.

Mateo no probó el vino, se sentó a escuchar dándole vueltas al vaso de barro.

El tipo, cuajado y curtido, con una cicatriz en el mentón que le abría la barba, les dio malas noticias.

—Fue la de Haro quien lo envenenó de niño —les aseguró el forrajeador sin dejar de mirar el generoso escote de la posadera—, medio año estuvo ciego el príncipe.

Más tarde, ya fuera, camino a contarle al arzobispo lo descubierto, de mala gana, el Cuatrohostias le había explicado a Mateo que se refería a la madrastra del príncipe, la tercera esposa del rey Fernando.

El arzobispo Suero había obligado al soldado y al cantero a entenderse, los había mandado, como cal y arena, a sembrar preguntas, incluso en las solanas resecas.

Y, atreviéndose a pellizcar las nalgas de la posadera, el forrajeador les había explicado algo más.

—La de Haro quiere a su hijo en el trono... De ésta, en vez de dejar ciego al príncipe, si puede, lo mata.

Sólo cuando salieron de la posada, no antes, Mateo cayó en la cuenta. Sólo cuando ya fue tarde se dio cuenta de que podía haber copiado aquella lascivia en el rostro del forrajeador para su pórtico. Y al pensarlo se dio dos palmadas seguidas en la nuca.

Si lo del príncipe no se resolvía, no habría pórtico, ni catedral.

Necesitaban el tesoro real para acabar la obra. O eso o que volviera de entre los muertos el obispo Gelmírez con su armada, sus ejércitos y sus robos de reliquias. Gelmírez, capaz de sacar dineros incluso de las piedras.

—Y la portuguesa ha abandonado el convento, viene de camino...

Fue lo último que les dijo el forrajeador, y le hizo pagar al Cuatrohostias para llevarse a la posadera a los establos.

Al salir de aquella posada de Rionegru, Mateo hizo un esfuerzo por comprender.

—¿La portuguesa?

Montando un enorme tordo que parecía una de las bestias del Apocalipsis, el Cuatrohostias, de mala gana, se explicó.

—¡Cagüen las campanas que robó Almanzor! La madre, ¡cojones!, se refiere a la madre del príncipe, la que marchó a Portugal cuando

el hideputa del papa anuló el matrimonio.

Hubo mucho que Mateo no entendió. La política y las intrigas se le escapaban. Lo que sí entendió fue que las cosas no pintaban bien. Ni para Mateo. Ni para su pórtico.

E irían aún peor.

## II

Mucho peor.

El jarro de agua fría le cayó encima a Mateo cuando, por fin, a las afueras de Benavente, el mayordomo real accedió a entrevistarse con el arzobispo.

Aquel aspecto de cuerda remojada. Como una liña aguantando de un bonito, seguía siendo la carta de presentación de Armengol de Urgel. Al verlo apetecía llamar a un enterrador, para pedirle mortaja, salmos e incluso una buena recua de plañideras.

Se negó a recibir a la bandada de canónigos del arzobispo. En la tienda del noble sólo entraron Suero, maese Mateo y un Cuatrohostias que dijo que se dejaría capar antes de permitir que el señor de Compostela se reuniese sin escolta.

Una vez dentro, el mayordomo no se anduvo con miramientos.

—Hoy, la catedral no es una preocupación para nos —repitió Armengol—. Tampoco para su majestad.

El suelo bajo los pies de Mateo se abrió. Pero el arzobispo, acostumbrado a los vaivenes de la política, no se dejó intimidar.

—Das por sentado que se hará con la corona...

La pulla dio en el blanco y el rostro cadavérico del noble se contorsionó.

—Hay asuntos más apremiantes —dijo el mayordomo rehaciéndose—, digamos, que nos no le aconsejaríamos a su majestad que se preocupase por Compostela en estos aciagos días.

Aquel abismo a los pies de Mateo ganaba profundidad. Pero el arzobispo era perro viejo. No se dejó azuzar.

—Quieres algo a cambio.

—¿Por quién nos tomáis? —preguntó Armengol ofendido.

E incluso Mateo se aventó que el escándalo del mayordomo era fingido.

—Querrías algo a cambio —reformuló el arzobispo, como siempre, sin preguntar.

Armengol descubrió que sus anillos se habían volteado y le pareció más importante estirar el brazo y colocarlos. Tardó en responder y, antes de hacerlo, hizo una señal a sus hombres para que abandonaran la tienda.

—Si llega tan propicia ocasión —puntualizó cuando quedó a solas con los de Compostela—, si acaso hay tiempo de ocuparse de algo más que de Castilla, los almohades o los portugueses. Si, por ventura, su majestad recibe la inspiración para actuar con acierto...

Suspiró largamente y Mateo percibió en aquel aliento un tufo que hacía gala del cadáver que lo respiraba.

—... Si los divinos designios nos colocan donde nos corresponde, y su majestad es coronado, entonces nos querremos lo que nos corresponde por nuestros infinitos desvelos.

El arzobispo resopló, pero contuvo su irritación.

—Desvelos que tienen un precio.

Suero hizo lo posible por disimular, pero el fondo de la frase estaba cubierto por un verdoso limo de desprecio.

Y la respuesta del mayordomo por otro de avaricia.

—Si llegan días tan venturosos, nos dispondríamos de una de cada veinte partes de lo empleado en la catedral.

—¡Una de cada cuarenta! —saltó Mateo sin poder contenerse.

El arzobispo y el noble lo miraron, sorprendidos. Y el maese tuvo que morderse la lengua.

—Una de cada cuarenta —repitió el arzobispo—. Un maravedí por cada cuarenta gastados.

Y lo hizo sin los nervios a flor de piel del cantero. Con el tono de un feriante que echa precio a un ternero.

—Nos desagrada perder el tiempo con bagatelas —dijo el noble, con un cansancio más propio de labriego tras trillar de sol a sol—. Si hay ocasión, nos aceptaremos uno de cada veinticinco.

Mateo iba a protestar, pero el arzobispo lo sujetó por el codo y tiró de él.

Y, mientras Mateo callaba, con el rostro contorsionado y dos palmadas en el cogote, el arzobispo tiró sus propios dados y, como los del desaparecido Verrondo, los de Suero también estaban cargados.

—Un maravedí de cada treinta —rebajó—. Al príncipe le conviene el apoyo del arzobispado de Compostela para conseguir la corona.

La risa del noble esparció más de aquel aliento a muerto.

—Convendrale, sí —admitió entre carcajadas que sonaban a resoplidos—, pero vos no habéis entendido.

El arzobispo se mostró ofendido.

—El apoyo de Compostela resultará...

La mano de Armengol abanicó el aire. No sólo era fina y huesuda, la piel tenía un desagradable color desvaído.

—Su majestad y nos estamos convencidos —recomenzó el mayordomo—. Tenemos fe en que podremos apoyarnos en Compostela. No podría ser de otro modo. Las circunstancias así lo

demandan. Y por eso mismo nos aceptaremos uno de cada veinticinco.

Sonrió de un modo peculiar, casi lascivo, y se pasó una lengua morada por los finos labios antes de rematar:

—Vos deberías agradecérmelo. Si la corona estuviera segura, nos hubiéramos pedido uno de cada diez.

Ahora levantó un único dedo y apuntó al arzobispo con descaro. La uña, de tan fina, brillaba como si acabase de sacar el dedo de la boca para comprobar de donde soplaba el viento.

—Y más le vale a Compostela desgastarse la lengua cantando alabanzas —continuó con aquel dedo listo para acusar—, porque su majestad ha cavilado que la única salida de esta ratonera —se lamentó inclinando el rostro—, la única para evitar que el bastardo se quede con la corona, es convocar Cortes y hacer, digamos, algunas concesiones...

El arzobispo tuvo que refrenar de nuevo a Mateo, que llegó a abrir la boca pero calló a tiempo, antes de que un insulto descarriase aún más aquel fiasco.

El mayordomo, con evidente diversión, insistió:

—De modo que, más le vale a Compostela arrimar el hombro en tan ardua tarea. Habrá muchas testas que deberán mirar a otro lado... Hacia el lado que más conviene a su majestad. Que es, justamente, el que más conviene a Compostela...

Dejó el mayordomo que el silencio hiciese su trabajo.

—Porque su majestad y nos —continuó Armengol—, y vos, por supuesto, también vos, todos sabemos que ese otro bastardo, el de Haro, no tiene especial aprecio por el bendito apóstol y sus peregrinos...

El orgullo que tuvo que tragarse enrojeció incluso el hoyuelo del arzobispo.

Y Mateo quiso gritarle que no aceptase. Que encontrarían el modo de acabar la catedral. Podían cobrar una remesa nueva del Voto a Santiago. Forzar a las tiendas de la ciudad. Podían volver a los tiempos de Gelmírez.

Y el mayordomo pareció escuchar las ideas del cantero.

—Nos ya os lo dijimos una vez, los obispos se quitan y se ponen. Acordaos de Peláez...

Ahora fue el Cuatrohostias es que le susurró algo al oído de Mateo.

—¡Quieto!, ¡cojones! No marees más la perdiz. No se le tira del rabo al diablo.

Y en el silencio que siguió hubiera dado tiempo de rezar dos paternóster. Al final, cediendo como un viejo roble al hacha del leñador, aquel hoyuelo se humilló.

El arzobispo asintió.

—Comprendo —tascó entre dientes.

Y Armengol, con una sonrisa de cera, respondió de inmediato.

—No, desafortunadamente, nos tememos que vos no comprendéis.

El entrecejo del arzobispo se ató con tal fuerza que Mateo temió que acabase bizco.

—Mas no os aflijáis —continuó Armengol—, vos comprenderéis. Lo haréis —con una sacudida de los huesos de aquella mano que les ordenaba salir—, lo haréis cuando su majestad hable en Cortes...

## III

Alfonso, hijo del segundo de los Fernandos, príncipe de Galicia y León, hablaba.

Pero maese Mateo no prestaba atención.

El príncipe tenía mucho de su padre. A lo mejor no tanto como hubiera querido, pero lo suficiente para, sin haber cumplido veinte años, plantarse delante de todos los notables de Galicia y León. Y de sus esposas. Todas le hacían carantoñas y cuchicheaban. Ya tan joven como era, el príncipe tenía fama de mujeriego.

Pero maese Mateo miraba al gallo subido en lo alto de la torre.

El maestro de obras no comprendía, no quería comprender la importancia de aquella mañana que se negaba a anunciar primavera y seguía aferrada al invierno.

Allí, en el claustro de San Isidoro de León se habían reunido el arzobispo, los obispos y los nobles, como en cualquier curia, pero, por primera vez, había alguien más.

Mateo tendría que haberlos visto. Por las túnicas de terciopelos y brocados, por los buenos briales, por las joyas, por los botones de plata y azabache.

Un boyero de Astorga que hacía negocio con más de cien carros, orfebres de Compostela, vinateros. Mercaderes de lana y comerciantes de lino. Allí estaba su cuñado García Rodríguez. El rey los había convocado y, pese al mal recuerdo de aquel Concejo de Compostela involucrado en las revueltas que le prendieran fuego a la ciudad, el príncipe parecía dispuesto a escucharlos.

A quienes no tenían títulos o iglesias.

Allí estaban, con sus credenciales y el mandato de sus paisanos sobre qué aceptar y qué negar, los gentilhombres y procuradores elegidos en Ciudad Rodrigo y Mansilla de las Mulas. En Villalpando, Villafáfila o Castrotarafe. También aquel de Belver con quien se cruzaran en el camino.

En León, por primera vez, el príncipe había convocado al clero, a la nobleza y a los notables de cada ciudad.

Pero maese Mateo no entendía, y no quería entender de políticas.

—Más te vale acompañarme, te va en ello el trabajo —le había ordenado el arzobispo.

Y allí estaba, pero no veía, no escuchaba. Mateo miraba a aquel gallo.

No veía a los nobles cuchichear y torcer el gesto cuando miraban a los mercaderes, que se hinchaban como palomos y sacaban pecho.

No veía a los obispos volverse, inclinarse unos sobre otros y murmurar bajo ceños fruncidos.

No veía el revuelo que alborotaba el claustro.

Y no le importaba, porque había visto mucho que no quería olvidar.

Allí, en San Isidoro, había visto la famosa Puerta del Perdón de maese Esteban, que trabajara en la catedral de Pamplona, y en la de Compostela, antes de que el obispo Gelmírez lo mandase marchar.

Había acariciado las piedras. Las había probado como un amante ansioso.

—*Traennas de Boñar, dez leguas ó norte* —le había respondido un frade.

No eran el duro granito gallego, eran vibrantes, con colores de ocaso, con un tacto suave, parecían madera aceitada.

Un tímpano con el sacrificio de Isaac. Agar y su hijo Ismael blandiendo un arco. Un friso con los signos del zodíaco. Incluso un Daniel, uno que le enseñó lo que no deseaba hacer en Compostela.

Mateo no sabía de políticas, y no quería saber, pero se había tragado hasta la última piedra de San Isidoro.

Y cuando el claustro se dividió en dos, cuando los gritos se convirtieron en insultos y el mayordomo Armengol tuvo que pedir calma, Mateo miraba a aquel gallo dorado que era una leyenda.

Una veleta de oro fino llegada a Córdoba por capricho del califa. Unos valientes la habían robado cuando se sacaran de Sevilla las reliquias del mismo san Isidoro para traerlas a León.

Mateo miraba al gallo y, entretanto, el reino cambiaba a su alrededor. El rey escuchaba a comerciantes y tenderos, a artesanos.

Gritos. Insultos. Promesas. Acuerdos. Unos cedieron, otros se aprovecharon.

El arzobispo, con gestos disimulados, agitaba la mano para aquietar a aquellos con los que se había comprometido.

El líder de los orfebres compostelanos, el que mandaba a los arrieros que traían los bloques de las canteras. Y el propio Mateo, como maestro de obras de la catedral.

Estaban allí, en Cortes, junto a otros de Zamora, de Salamanca, de Oviedo. De todas partes.

Pero maese Mateo estaba embrujado por las piedras de San Isidoro, y por aquel gallo que bailaba en lo alto de la torre a merced de una ventolina.

No escuchó al rey cuando dio la noticia. No se dio cuenta de que esa noticia cambiaba su vida. No meditó sobre los peligros que acechaban.

Fue el revuelo de los canónigos del arzobispo. Eso lo sacó de sus ensoñaciones.

Cacarearon. Resoplaron. Uno de ellos juró diciendo que se desmayaría. Otro se desmayó.

Sólo entonces escuchó los vítores y los abucheos. Sólo entonces se fijó en que la ventolina agitaba los pendones del rey, y el de la Orden de Santiago. Y otros que no sabía qué significaban.

Sólo entonces se fijó Mateo en el ceño fruncido y los puños apretados del arzobispo Suero.

Las Cortes terminaban con escándalo y el príncipe no había dicho una sola palabra sobre Compostela.

Y, sin embargo, había dicho algo que podía arruinar los sueños de Mateo.

## IV

Mateo supo de inmediato que debía intervenir.

No iba a consentir que le robasen lo que era suyo. Pero el arzobispo no le dejó. Jamás lo había visto así, iba de un lado a otro como una bestia enjaulada. Apretaba los puños, dispuesto a llegar a las manos con el mismísimo mayordomo, con el canciller, con el senescal. Con el príncipe.

—Bancarrota...

Eso había dicho en Cortes el príncipe. Quitándole hierro, explicando que su padre todo lo había hecho por el bien del reino. Rogando a todos que comprendiesen que había llegado el momento de arrimar el hombro. Que él mismo lo haría.

Pero el príncipe lo había dicho como si no tuviera importancia. De un modo muy distinto a como lo repitió Suero.

—¡¿Bancarrota?!

El arzobispo resoplaba indignado. Armengol, sin embargo, sonreía con los trazos de cera que tenía por labios. Y su sonrisa, en aquel rostro de cadáver, ponía los pelos de punta.

—Es de esperar que vos no sepáis de estos asuntos peliagudos —soltó el mayordomo—, pero es habitual aguardar a que la fulana se levante las faldas antes de ofrecer las posaderas. De otro modo el asunto se vuelve incómodo.

De nuevo en la lujosa tienda, tras Armengol de Urgel estaban el constructor y el caballero de Santiago. El constructor se repasaba las uñas con un cortaplumas, y miraba la escena con la cabeza gacha, raspaba las cejas con los ojos, como un perro pensando en morder.

No eran muchos. Tres enfrentados a otros tres. Aun así, la enorme tienda del noble se hacía pequeña.

A espaldas de Mateo, el Cuatrohostias resollaba como un jabalí. Se la había jurado al caballero de Santiago nada más verlo. Mateo incluso llegó a preguntarse si se conocerían, si acaso tenían algo pendiente.

El arzobispo ya le había ordenado a su capitán que se calmase en dos ocasiones.

Mateo quiso intervenir, debía intervenir. Se adelantó. Pero tuvo que retirarse de nuevo. El arzobispo quemaba como una cacerola abandonada al fuego.

Suero no quería soltar el hueso ahora que había mordido.

—¡Me mentiste! —pedradas en una plancha de latón.

El arzobispo escupía indignación. Y el mayordomo, por el contrario, parecía divertido.

—¿Acaso vos hubierais preferido que la corona —preguntó Armengol—, por necesitada que esté, acabase en la cabeza del bastardo de Haro?

El arzobispo resopló algo incomprensible. Y el mayordomo asintió complacido. Y los otros dos, tras su silla de tijera, de madera labrada y cuero repujado, le hicieron de comparsa. Asintieron también, aunque el gesto del caballero tuvo algo siniestro, de cuervo sobre una lápida.

—Nos no hemos mentido —dijo Armengol con parsimonia—. Tendréis el incondicional soporte del nuevo rey... Aunque ese soporte, a fuer de ser sinceros, tendrá más voluntades que oros...

# V

El tesoro real estaba lleno de telarañas. En una maniobra cargada de astucia, el príncipe Alfonso había matado más de un pájaro con la misma piedra.

Los mercaderes, los notables, los ciudadanos elegirían a representantes que tendrían voz en Cortes, por primera vez no harían falta títulos ni catedrales para decidir las leyes.

A cambio subirían las rentas y los impuestos.

Dineros a cambio de posición. Y el arzobispo de Compostela lo había hecho posible.

Y no había recibido el pago prometido.

—Pediré tu excomunión —amenazó Suero.

Pero el mayordomo cortó el aire con sus dedos cadavéricos.

—Vos sabéis muy bien que semejante atrocidad no os conviene. Mientras nos sigamos recibiendo uno de cada veinticinco maravedíes, el rey seguirá mirando a Compostela.

—¿Y la dispensa? Dos marcos a la semana...

Mateo no había podido contenerse. Y el mayordomo asintió. Lo había escuchado, pero no le habló al cantero, le habló al arzobispo.

—En cuanto la Hacienda Real se recupere, nos lo hemos hablado con el rey, su majestad honrará la memoria de su padre y apoyará a Compostela...

Y Armengol levantó un labio como si buscase algo entre los dientes. En un gesto de disgusto. Como si lamentase profundamente lo que iba a decir.

—Claro que el rey desea que vos acatéis los plazos convenidos —remató.

La mano alzada de Suero, aquella mano de leñador, detuvo a Mateo, y fue el mismo arzobispo quien reaccionó.

—No se convino plazo alguno.

Y si la pregunta de Suero se hubiera caído al suelo hubiera perforado aquellas piedras de Broñar que tanto obsesionaban a Mateo. El mayordomo se había dado el lujo de instalar su tienda en el mismo claustro donde se habían celebrado las Cortes.

—Nos tememos que así fue, son necesarios —insistió el mayordomo.

Hubo un peligroso cruce de miradas entre el caballero de Santiago y el capitán del arzobispo. Ambos llevaron las manos a las empuñaduras.

El mayordomo no se dio por enterado.

—No nos es plato de buen gusto, pero veo que es necesario recordaros que aquí mismo, en San Isidoro, existe ya un panteón real. Y no serían necesarios dos marcos semanales para terminarlo... La última vez que lo visité, ya estaba terminado —dijo burlón—. Como San Benito en Sahagún...

Una vez más, Mateo quiso intervenir en aquel tira y afloja, pero tuvo que retirarse cuando el arzobispo dio un paso al frente. De haber estado armado, contaba con la distancia para desenfundar y clavar la espada en el salado pecho de bacalao del mayordomo.

Si el caballero de Santiago no intervenía, parecía estar allí con la única misión de proteger al mayordomo.

En lugar de ensartar aquel cadáver, el arzobispo, resignado, mordiendo con tanta fuerza que su hoyuelo retemblaba, acabó por aceptar su derrota.

—A veces me falla la memoria...

—Vos deberíais desayunar rabos de pasa —con sonrisa de anguila —, dicen que ayudan...

—Repíteme —rebosando cinismo— lo que hemos convenido...

# VI

Mateo, sintiéndose hervir, escuchó lo que el mayordomo se había guardado bajo la manga y comprendió, por fin, qué hacían allí aquel caballero y aquel constructor.

Cuando Armengol terminó, la desesperación pesaba. Y el silencio se hizo eterno.

—Es imposible —reconoció el arzobispo con fastidio.

La noticia no perturbó a Armengol.

—Tendrá que serlo, su majestad quiere trasladar a su padre cuando aún resulta piadoso. No pretenderéis vos, hombre de Dios, que lo lleve de un lado a otro como santas reliquias...

Con un gesto peculiar, el mayordomo juntó las manos, apoyando las yemas de unos dedos en los otros, y las empujó hacia delante, como si diera una estocada.

—... Seis meses —sentenció Armengol—. Y ha de ser al gusto de este hombre. El maestro de obras del príncipe. Maese Hugo conoce bien las inquietudes de su majestad.

—¡Es imposible! —repitió el arzobispo.

Armengol contraatacó como la víbora escuálida que era.

—De ser así, nos tememos que Yáñez —el caballero de Santiago se envaró—habrá de enfrentarse a la desagradable encomienda de borrar las huellas de ese antecesor vuestro —con soniquete a cascajo—, tan ilustre y venerable —destilando cinismo—, del aquel santo hombre... Ya sabéis vos, ese prodigio de piedad que, con providenciales argumentos, convenció al papa para que Compostela recibiera el arzobispado de una sede ocupada por los sarracenos... ¿Cómo se llamaba?

No esperaba respuesta. Como un gato sádico, el mayordomo jugaba con el ratón muerto.

—Ah... Nos y nuestra memoria —continuó Armengol—, Gelmírez. ¡Diego Gelmírez! Las huellas de Diego Gelmírez... Nos creemos que, si es imposible, habrá que devolver el arzobispado a su legítima sede... En Mérida —sacudió aquel mentón escurrido como si lamentase las circunstancias—. Su majestad, como bien habéis oído vos en curia, ha asegurado que acometerá la reconquista en cuanto se hayan aquietado las aguas.

Incluso Mateo sabía que el mayordomo exageraba. Los rumores decían que el príncipe había pactado con los almohades mientras aún tenía en el plato los rebeldes bocados de Portugal y Castilla. Sin embargo, el privilegio arzobispal le dolía demasiado a Suero. Y le importaba más un lejano temor que habladurías cercanas.

Fue el momento de intervenir.

Compostela no podía perder su condición como panteón real. Compostela no podía perder el arzobispado. Y Mateo no podía perder cuanto había conseguido.

No tuvo el tino de razonar. Si le habían pedido un imposible, sería quizá porque no querían que lo consiguiese.

Mateo habló sin pensar. A las bravas.

—¡Es posible!

# VII

Incrédulo, el arzobispo se volvió de inmediato hacia el maese. Y había esperanza en su rostro. Aunque era una esperanza de bordes afilados. Y Mateo no lo advirtió.

Mateo sólo pensaba en sus piedras. En su catedral.

—No hacen falta seis meses —aseguró.

Y dio un paso al frente, firme. Entornando aquellos ojos, uno de cada color.

—Cinco meses —zanjó—. Para las calendas de junio. Sin un maravedí de las arcas reales. *Ne uno.*

Y maese Hugo plegó el cortaplumas y habló con desprecio.

—Está loco, *est fou*.

Armengol ni siquiera se volvió. Aunque sabía que era a él a quien le hablaba el franco.

—*N'est pas possible* —insistió maese Hugo con voz temblorosa.

A Mateo le gustó sentir que, por primera vez, el franco perdía seguridad. Y sentenció el asunto.

—*Bai.* Para mayo. Pero se hará a mi manera, *os meus xeitos*. Aunque podrás decirle a su majestad que el mérito es tuyo —añadió señalando al constructor franco—. Y me comprometo a que *zaspes* tu parte —señaló ahora al mayordomo, cuyos ojos brillaron con codicia—, hasta que el *rex* ratifique el privilegio.

Recordó a un aquelarre, Armengol se echó hacia atrás y los otros dos se arrimaron. Y torcieron sus espaldas, como para resguardarse de las miradas de los visitantes.

Aparentaban calma, que nada les iba en el asunto. Pero los labios se movían, las manos. Rompían la fingida quietud como burbujas en un estanque.

Y, mientras los otros le hablaban, Armengol no quitaba sus ojos de Mateo, como si pudiera atravesarlo con ellos.

Al cabo, el de Santiago y el franco asintieron y volvieron a echarse atrás.

—Si vos no acabáis en plazo —advirtió Armengol—, o si a su alteza no le satisface lo que ha de ver, nos elegiremos a quien terminará la catedral y ya se sopesará si el arzobispado regresa a Mérida.

Suero se encogió, como para esquivar una estocada, y no pudo intervenir, Mateo protestó antes.

—El privilegio me lo concedió el *rex,por toda a vida miña*.

Armengol se inclinó hacia delante en aquella lujosa silla, tal que un congrio saliendo de su oscura madriguera para despedazar a un pez herido.

—En manos del Señor está lo que dura la vida de estos pecadores, mas, a veces, los pecadores eligen caminos que se truncan, es la carga que pesa sobre nuestros hombros, el libre albedrío...

Mateo no se arredró. Contestó a martillazos.

—Remataremos en plazo.

Dio un paso más hacia la silla, sin temor.

—Cobrarás tu parte.

Cuadró los hombros y miró al mayordomo con aquellos ojos, uno de cada color.

—Y el *rex* quedará satisfecho.

Armengol asintió, con un gesto viscoso, de anguila.

—A nos parécenos bien. Tenéis un acuerdo...

Pero no había terminado, tenía una última amenaza que airear. Y levantó uno de aquellos dedos momificados.

—Tenéis un acuerdo, mas el rey decidirá —bisbiseó como una sierpe—. Cuando vea el resultado.

## VIII

Salieron de allí.

Y en cuanto salieron el arzobispo sujetó el brazo del maese y se lo llevó a un lado.

Arrinconó al cantero contra una esquina, junto al acceso al escritorio, de donde salían dos frades con dedos manchados, hablando entre ellos sobre la copia que hacían de los comentarios al Apocalipsis de san Juan.

Hablaban de una bestia, de una que salía del mar. Y Mateo escuchó mientras pasaban, con tanta atención que despistó al arzobispo.

Y Suero, que tenía más de capataz que de clérigo, lo sacudió sin miramientos.

—¿Qué pretendes?

Mateo echó un último vistazo a los copistas. Ellos hablaban y él recordaba.

El arzobispo Suero hacía preguntas, pero Mateo no escuchaba.

Y Suero, que aún sujetaba los hombros del cantero, volvió a sacudirlo.

—¿Has perdido la razón?

Mateo regresó. Sus ojos, uno de cada color, se centraron. Clavó la mirada en el arzobispo.

No contestó, alzó sus propias manos y sujetó las muñecas del arzobispo. No fue brusco. Fue irremisible.

Firme.

Manchas oscuras navegaban bajo los dos colores de aquellos ojos. La barba punteaba mejillas marcadas. Parecía erosionado por los esfuerzos y el incansable trabajo, las prisas del viaje, los nervios. Y, sin embargo, en las narices de Suero, aquel rostro, que casi rozaba lo enfermo, se forjó como hierro caliente al hundirse en el aceite del herrero.

Se transformó.

El arzobispo Suero había leído las cartas de Ignacio mártir. Conocía la historia. Y aunque jamás había hablado de ello con otro

hombre de Dios, Suero se había preguntado más de una vez si aquel empecinamiento en ser ajusticiado, si aquel fervor incansable del santo no rozaba la locura.

El mártir se había arrojado a las fieras romanas, dispuesto a morir por la causa.

Y ése fue el recuerdo que acudió a su mente al ver el rostro del cantero.

Su expresión se secó como barro. La arena se hizo piedra, delante de los ojos del arzobispo. Y Suero pensó si el mártir Ignacio había cargado con más locura que fe.

—No me equivoco —afirmó Mateo tajante—. Sé lo que hago yo.

Más que escucharlas, el arzobispo tuvo la sensación de que las palabras del cantero estaban talladas en los granitos de su catedral.

Mateo le soltó las muñecas. Y echó a andar hacia los frades. Quería preguntar por el lapislázuli, saber qué aceites empleaban en sus pigmentos.

Pero algo lo retuvo.

Allí, tan lejos de casa, encontró otra de las piezas de su pórtico.

Llegaba un jinete al galope en un buen tordo de patas finas y con la pechera cubierta de sudor. No era una montura para la guerra, más bien para la prisa. Alguien traía un mensaje para el mayordomo. Urgente, por los gestos rápidos, impacientes. Era un hombre espigado de cabellos ralos, con el rostro curtido por el camino y el sol.

Un rostro peculiar, fuerte.

Montaba con soltura y descabalgó con agilidad, no se molestó en asegurar el caballo, el pobre animal venía agotado, no iba a irse a ningún lado. Se sacudió el polvo del camino y se limitó a trincar las riendas en el arzón de la silla, para que el animal no las pisase.

Pasó junto a Mateo, hacia la tienda del mayordomo.

Y Mateo lo vio pasar. Y robó cada uno de los rincones de aquel rostro curtido.

Había algo familiar en él, pero no cayó en la cuenta. Lo que supo de inmediato fue que aquél era uno de los rostros que quería en su pórtico. Podía ser uno de los evangelistas, o uno de los apóstoles, tenía fuerza.

Pero no se decidía por cuál.

No pudo llegar a hacerlo.

El arzobispo tardó en reaccionar, pero terminó por hacerlo.

—Dijiste que tardarías un año...

No hubo respuesta. Mateo seguía mirando hacia el mensajero, absorto. Y Suero insistió.

—Dijiste que no tenías las piedras para los dinteles...

Mateo no escuchaba, había abandonado las espaldas del mensajero, que ya no le decían tanto como aquel rostro peculiar y ya había hecho que los frades se detuvieran. Señalaba los dedos manchados.

En la expresión de los frailes había sorpresa, y también temor.

Cuando el arzobispo ya no esperaba respuesta, se llevó una sorpresa. Sin volverse, mientras aún intentaba convencer a los frades de que las suyas eran buenas intenciones, Mateo dijo algo más:

—Las encontraré yo.

# IX

Salieron de allí.

Y en cuanto salieron Armengol relamió con su lengua cenicienta aquellos dos trozos de cera que tenía por labios.

—Vos lo dejaréis estar —le dijo a los otros dos sin volverse—, nos conviene cobrar sus dineros. Si es que los consigue...

Y el franco fue a protestar, pero el mayordomo, tal y como si tuviera ojos en la nuca levantó la mano para detenerlo.

Los despidió con un gesto de aquella mano huesuda, un gesto poco amable, que no admitía réplica, acababa de llegar un mensajero al galope y tenía asuntos más urgentes.

Y el mensajero, sin pedir permiso siquiera, espigado, de cabellos ralos y barba floja, como pelusilla de chopo, entró como si tuviera todo el derecho a estar allí y sacó de la pechera una valija destinada al mayordomo.

A los otros dos, que ya se marchaban contrariados, les dio una última orden mientras tendía la misma mano con la que había señalado la salida para recibir la valija.

—Vos lo dejaréis estar, pero no lo dejaréis terminar.

# Piedras y tintas



## I

—No las encontrarás.

Tenía algo extraño aquella pareja. El tal Yáñez, que presumía de ser uno de los auténticos de Badajoz, tenía pinta de comadreja a la que el zorro ha dado una lección en el gallinero. Espigado, enclenque y rijoso. De no ser por la cruz bermellón y las armas a la cintura, le hubiera sentado mejor un hábito, y la tonsura, nadie habría dicho que le cuadraba servir en la Orden de Santiago. Sin embargo, el franco, el que se hacía llamar maese Hugo, tenía pinta de cepo sin arrancar, de rufián roqueño y nada más verle daban ganas de cubrirse la entrepierna, por si acaso era de ésos a los que les gustaba capar moros.

De hecho, ni la espada ni el puñal del caballero estaban desenfundados, era el cortaplumas del constructor el que amenazaba.

—*N'est-ce pas ?*

La pequeña hoja del cortaplumas hizo una floritura en el aire, para acentuar lo dicho. Y Hugo, que había sido bautizado como Huges de

Albi, esperó a que Gatón contestase.

Pero lo hizo su montura, aquel bayo nervioso, que piafó su desacuerdo.

—No me pidas eso... —suplicó.

Gatón miró a ambos lados, buscando ayuda, pero no había nadie, ni un gato de ronda.

La noche, fría, de helada, como les gustaba a los canteros. Se había echado sobre Monforte y las puertas del Ribeiro, el único figón del lugar. No había nadie más, sólo aquellos tres que, tal y como se habían colocado los dos asaltantes, pasaban por viajeros a punto de entrar para pedir cena y cama.

Como no se fijase algún monje del convento de San Vicente, al que le diese por mirar por la ventana antes de ir a rezar sus vigilias, la única esperanza de Gatón era aporrear la puerta del figón y esperar ayuda.

Pero el antiguo boyero supo que no tendría tiempo de hacerlo antes de que aquel cortaplumas le aviase el pescuezo.

—Hay una que ya está de camino —confesó Gatón en agonía—, salió de San Paio hace unos días...

El constructor y el caballero Yáñez intercambiaron una rápida mirada.

Lo habían seguido desde la ribera del Cabe y, como luego averiguó, llevaban dos semanas en su busca, yendo tras él de cantera en cantera hasta meterlo en aquella encerrona en Monforte.

Gatón pensó que no encontraría la dichosa piedra, pensó que ni siquiera volvería a cruzar el Cabe.

## II

En la hoja del cortaplumas brillaba un cuarto menguante que cosía nubes oscuras.

Pero, para sorpresa del antiguo boyero, Hugo guardó el arma, y la luna, y ensayó una sonrisa que, a saber cómo, amenazó más que la afilada hoja.

Gatón supo que, si se atrevía a llevarse las manos a la entrepierna, iba a costarle encontrar pruebas de que había nacido hombre.

—*Attendez*, podemos hacer esto al modo del Viejo o del Nuevo Testamento.

Yáñez intervino.

—¡Cristo! No empieces otra vez con...

Pero su socio lo interrumpió con brusquedad, sin dejar de mirar a Gatón.

—Luz y oscuridad, bondad y maldad —recalcó—, *vouz comprendez ?* Yo no quiero ensuciarme estas despreciables y terrenales manos con sangre. Quiero llegar a ser uno de los *perfectos* algún día. Así que...

Se acercó. Como si fuera a estamparle un beso al arriero.

—Ya hemos hablado con ese *gros*... *Comment ça se dit ?* —Abrió los brazos a su alrededor para simular amplias gorduras, y acabó por abandonar el gesto para ir al grano—. El lapislázuli no llegará a tiempo. Y si tú, *vous*, nos ayudas también, habrá buenas recompensas.

Las tripas de Gatón le decían que saliese corriendo de allí lo antes posible. Pero el miedo le atenazó las piernas.

—*Elle est fou* —continuó Hugo—. Los hombres en los talleres desconfían. Los hace trabajar de sol a sol. Y la paga no sube.

El franco chistó, como si aquello le pareciera un abuso inconcebible.

—Sin descanso —insistió—. Ya no les gusta. *Ils se méfient. Y* nos apoyarán. Sisnando se ha mostrado muy conciliador... Podemos contar con él.

Había pasado del cortaplumas a brindarle un guiño cómplice y, sin embargo, Gatón hubiera preferido el dichoso cortaplumas. La expresión del franco estaba más afilada.

—Así que sólo nos faltas tú, *comprendez ?*

Gatón se mordió el labio inferior, entrecerró los ojos.

—Si la obra acaba en nuestras manos —continuó el franco como si le ofreciese un dulce a un niño—, sabremos recompensarte. *N'est-ce pas ?*

Se inclinó un poco más, tanto que las narices de ambos estuvieron a punto de rozarse.

Y Gatón tuvo la sensación de que el mismo demonio le ofrecía un trato a cambio de su alma.

—*Alors.* Si aparece esa otra piedra...

## III

En Compostela no había nubes, y el mismo cuarto menguante que había sacado brillo a un cortaplumas destellaba también en los cinceles.

Los talleres de la catedral dormían. Esperaban la jornada siguiente. Había que terminar la cripta y levantar las columnas del pórtico.

Los talleres, crecidos, apretados, rebosantes, dormían.

Mateo no.

Allí, en su puesto, había un camastro, y un par de platos sucios, y un par de jarras medio vacías. Y aquel Santiago que no había

llegado a terminar, todavía encerrado en piedra. No había encontrado un lugar para él, y el Zebedeo se había convertido en su único compañero.

La talla de Triboulet la había escondido bajo un viejo barragán. Intentaba olvidarla.

Desde su regreso de León no abandonaba los talleres. Y apenas dormía.

Allí estaba, entre hachones y lamparillas, entre sus dibujos, frenético.

El carboncillo rascaba el papel como una navaja. Los trazos, histéricos, brincaban mil veces.

Mateo cerraba el puño, emborronaba, volvía a dibujar, se detenía, miraba lo hecho, añadía dos trazos, volvía a cerrar el puño.

Negaba. Asentía. Evitaba mirar el bulto que cubría el barragán. Se daba dos palmadas en la nuca, como en una ciénaga infestada de mosquitos, y no apartaba los ojos de sus dibujos.

Abandonaba uno, cogía otro, de un caos desparramado a sus pies, y entre todos ellos armaban un rompecabezas imposible bajo los susurros que salían de sus labios, nerviosos y rápidos.

Pero cuando entornaba los ojos, uno de cada color, el caos se serenaba y él, al menos él, lo veía.

Los borrones se volvían nítidos, los trazos olvidaban las dudas.

Tres arcos.

Tres.

—*Gústache?*

No podía contestarle si le gustaba o no. Hacía días que no veía al gato Ferruxo, y no se daba cuenta de que hacía días que no le dejaba comida. Y no esperaba que aquel Santiago Apóstol surgiese de la piedra para responderle. O quizás sí. O quizá se había acostumbrado a hablar con él de madrugada.

No había nubes y la helada hacía su trabajo. Las cuñas de castaño y el agua hacían su trabajo. Dos bloques se rajaron en algún lugar de los talleres.

Y Mateo siguió esperando la respuesta del gato. O del Zebedeo.

## IV

Tres arcos.

Algún día sería piedra.

A un lado Jesús, Cristo y Salvador, se convertía en una promesa en el limbo. El Mesías que acudía en auxilio de los antiguos hebreos. Con Adán y la pérfida Eva que ofreció la manzana, liberados por el alma del Señor.

Al otro lado, el Juicio Final. Implacable. Con los justos a la izquierda y los condenados a la derecha, separados por el arcángel san Miguel y el mismo Cristo.

Y en el centro, la Trinidad. Padre. Hijo. Espíritu Santo. Como la puerta de la muralla, como la explanada. Tres arcos y la Trinidad. Y esa Trinidad recibiría a los peregrinos.

Una Trinidad de carboncillo.

Que algún día sería piedra.

Y sobre la Trinidad, borrones, manchas, desesperación. Sobre la Trinidad, frustración. Rayas sobre rayas, manchas. Una y otra vez.

—Los evangelistas, la pasión de Cristo —había dicho Suero.

Pero no era suficiente. No alcanzaba. No llegaría al corazón de las gentes. No los obligaría a arrodillarse admirados. No tenía más que manchurrones. Borrones trazados cien veces. Comienzos sin finales.

—Cristo, resucitado, en majestad —había dicho Suero.

Tampoco era suficiente.

Los trazos bailaban entre las sombras. Las llamas bailaban con la helada. Crujió otro bloque. Herido de muerte.

Mateo se palmeó la nuca, resopló el flequillo y rompió, en mil pedazos, con furia, el boceto del arco central.

Lo rompió, una y otra vez, hasta que los pedazos se hicieron tan pequeños que sus dedos no podían sujetarlos, y se convirtieron en nieve sucia que cayó al suelo de los talleres.

Se sujetó las sienes con las manos. Gruñó.

Miró hacia la catedral, hacia la que sería la catedral. Las bases de las dos torres, las escaleras, la capilla, estaba todo preparado para continuar, para elevarse a los cielos, con otra planta más, y otra, y los remates de las torres.

Pero no lo veía.

—La cristiandad entera se arrodillará —había dicho el arzobispo.

Otro bloque crujió.

Y a Mateo se le escapó un lamento. Borrones. Manchas de carboncillo teñían sus dedos.

—Y si no lo hace...

No estaba allí el arzobispo para escucharle. Ni el gato. Sólo las piedras. Sólo aquel pobre desgraciado que el demonio arrastraba a los infiernos.

## V

La Trinidad. Tres arcos. Tres plantas.

Lo tenía.

No. No lo tenía. No era suficiente. Su Trinidad estaba coronada por un borrón. Un borrón y cien noches de agonía. Porque, cuando

estaba solo, cuando tenía que sincerarse consigo mismo, Mateo sabía que no lo tenía.

La desesperación arañaba su nuca. Se palmeó una vez más.

Le dio una patada a uno de aquellos jarros, y se derramó leche cuajada y salpicada de grumos verdes.

Le dio otra al camastro que cayó al suelo tras quedarse cojo.

Y siguió trabajando. Tenía que hacerlo, de amanecida, en cuanto los talleres se pusieran en marcha saldría. Hacia una de las canteras, pasada Vila Nova, tenía que encontrarse con Gatón.

Se olvidó del borrón. Lo espantó, como a una mosca molesta.

Se olvidó del arco central, de la Trinidad y empezó a dibujar a los condenados de la arcada sur. Los que se arrepentirían de su vida. A los que eran como aquella pieza bajo el barragán, arrastrados a los infiernos por sus pecados.

Le dio la vuelta a uno de los bastos papeles de hilo y empezó a dibujar un detalle, con prisa, alejándose del abismo de la maldita arcada central, donde el vértigo le helaba el corazón. Se olvidó de la Trinidad y volvió a los condenados.

Y dibujó, con trazos que fueron susurros, sin fallar, a aquel Nathanael, al judío aferrado a una bolsa de dineros, con una sonrisa cargada de avaricia. Y la bolsa tiraba del hebreo hacia las simas del infierno, los brazos, a punto de partirse por el esfuerzo inútil. El peso lo arrastraba hacia bestias que lo esperaban con las fauces abiertas y cuajadas de colmillos.

Otro papel.

Tras soplar los cabellos que arrastraban por sus mejillas, dibujó al glotón. Feliz se abalanzaba sobre una torta, mucho más apetecible que las de Cirilo, una torta que apenas le cabía en las manos, una torta que mordía con hambre de años pese a su barrigón. Mordía.

Mordía e intentaba tragar, pero tenía una sierpe enroscada al pescuezo, apretando. El glotón comía y no podía tragar.

Condenado a los infiernos.

Era bueno. Las tripas le decían que sí. Pero le seguía faltando la arcada central. El fin para aquel comienzo. El remate sobre su Trinidad. Sólo tenía borrones.

Crujió otro de los bloques.

Y tendría que irse pronto a la cantera. Le faltaba el tiempo. Para terminar antes de que el rey llegase con el cadáver de su padre. Tenía que terminar.

Y no sabía cómo.

—*Bai.* Para mayo —había zanjado—. Pero se hará a mi manera, *os meus xeitos*...

Mentir al prójimo es más fácil que mentirse a uno mismo.

El carboncillo raspaba el papel. Y llegó un susurro más, apenas el jadeo de un moribundo, llegó aquella melodía que eran dos y se hacían una.

Helaba, y las cuerdas cantaron su lamento.

## VI

Los ojos, uno de cada color, brincaron. Abandonaron el dibujo y Mateo inclinó el rostro.

Era Ferruxo, el gato, que se enredó entre sus piernas con el lomo arqueado y, cuando se cansó de esperar por unos mimos que no llegaron, se acercó a la leche derramada. La olió con curiosidad y volvió a perderse en la noche.

Mateo escuchaba.

Y los dedos del carboncillo temblaban. Sobre el dibujo caían pecas negras.

Crujió el fuego en un hachón. Silbó el viento. Ladró un perro. Y los dedos de Mateo lograron serenarse.

Iba a dibujar cuando las escuchó de nuevo. Las cuerdas, el inconfundible lamento de aquellas cuerdas del organistro.

Uno de los bloques se rajó.

Los dibujos cayeron al suelo. El carboncillo rodó, se detuvo junto al camastro roto.

Lo había sabido durante todos aquellos años. Cada uno de los veinte. Miró al barragán. Miró a la maceta.

Volvían a por él. Después de veinte años volvían a por él. Se cobrarían su precio. Lo supo. Las tripas se le volvieron barro. La helada le cuarteó los labios. Volvían a por él y Mateo, en dos zancadas, se hizo con la maceta de Triboulet.

Se arrodilló encima de los dibujos. Y estiró los brazos. Humilló el mentón. Enseñó la nuca y contuvo la palmada. Ofreció el pesado martillo como un devoto ante el altar.

Acab y Acaz. El anciano y el joven. Volvían a buscarlo. Venían a cobrar su recompensa.

Supo que venían a por él.

Y sus ojos, uno de cada color, vieron los dibujos bajo sus rodillas. Entonces flaqueó su voluntad. Los brazos ya no pudieron sostener la maceta de Triboulet.

Sus diseños. La maceta de Triboulet.

Trazos de carboncillo era cuanto le quedaba. Aquellos trazos y convertirlos en piedra.

Acab y Acaz volvían. Y el rostro de Mateo se transformó, se trabó en una mueca extraña, una ola que nunca llegaría a la playa.

Venían a por él y él estaba dispuesto.

Mateo se alzó. Trabó la maceta en el cinto que sujetaba su túnica, como había hecho tantas veces mientras *mureaba* la piedra. El cuero tenía ya una muesca retorcida en el lugar, estaba descolorido. Acostumbrado a recibir la herramienta.

Y recogió sus dibujos, con sus manos llagadas, hinchadas por sabañones de madrugadas frías. Recogió los dibujos y los escondió bajo el camastro destartalado.

Entonces se enfrentó a la noche.

Y las cuerdas volvieron a sonar.

## VII

Era inconfundible. Habían venido a buscarlo.

Las cuerdas se acercaban. Y la helada se echó encima un capote de niebla deshilachada.

Eran pasos. Se acercaban y el instrumento, a cada paso, temblaba, y al temblar, las cuerdas se quejaban.

Apareció entre la niebla. Una silueta. Surgió como una sombra. Un zurcido en la niebla que caminaba hacia el corazón de los talleres, hacia Mateo. Y a cada paso resonaba el lamento de las cuerdas de tripa.

Y Mateo no lo entendió, tuvo que dar un paso atrás.

Y otro.

Pisó los restos de leche agria. Un ahogado chapoteaba bajo la suela de su bota. Un pobre desgraciado intentaba escapar a su destino. Y se hundía.

Pisó la leche agria. Esparció el olor de la putrefacción.

No podía ser.

# VIII

Pero lo era.

Era una bestia imposible, una sierpe enorme siseando entre la helada. Sus escamas, fintas de hielo. Salía de la niebla como los demonios del humo de los infiernos. Una pesadilla.

Una bestia. La bestia.

Era una de las cabezas de la bestia que salía del mar, su largo cuello envuelto en los brillos de la helada. Los colmillos dispuestos. Venía a destrozarlo. Era una pesadilla que destrozaría sus sueños. Venía hacia él, desgarrando la niebla.

Un bloque crujió.

Gotas ácidas mojaron su entrepierna. Sus tripas se aflojaron. Dio dos pasos atrás. Pestañeó. Quiso gritar y no pudo. Quedó arrinconado contra el apóstol y aquel pobre desgraciado que aullaba pidiendo clemencia.

Ninguno de los dos podía ayudarle.

El tufo de la podredumbre se tragaba el metal frío de la helada, el castaño henchido de agua, el dejo gredoso de las piedras.

Iba a morir allí mismo, destripado, como había muerto Verrondo. Había venido a por él. Lo destrozaría, y destrozaría su obra, la arruinaría, como había arruinado la de su padre. Jamás vería el pórtico terminado. Las tres arcadas.

Entonces comprendió.

# IX

El terror echó a volar. El alivio se posó en su hombro y le susurró una nana. Un recuerdo de infancia. Antes de que aquella torre de

Arrio segase las vidas de diecinueve.

Comprendió.

No era la bestia.

No era uno de los largos cuellos de las siete cabezas con sus diez cuernos. No era la bestia surgida del mar para destrozar sus sueños y condenarlo, como se había condenado su padre.

Era el organistro.

El alargado mástil de maderas labradas avanzaba entre la niebla helada. Y las cuerdas tañían sus lamentos desafinados, echando de menos manos que las hicieran gemir de placer.

El anciano habría muerto. Veinte años habrían cobrado su precio. Veinte años intentando olvidar. Y, en un instante, regresó el miedo.

Se apretó contra aquel diablo de Triboulet, con tanta fuerza que las manos del pobre desgraciado se le clavaron en las nalgas y el dolor recorrió su muslo y ascendió hasta los riñones.

Se había jurado mil veces que no era cierto. Que no había sucedido.

Y, sin embargo, allí estaba. El anciano habría muerto. Y el joven atravesaba la helada. Venía solo. Y traía el instrumento sujeto a los hombros con correas.

Eso era lo que había visto. Y ahora hubiera preferido ver a la bestia.

Era Acaz. Y Acaz habló.

—¿Papá?

## X

—¿Qué haces con ese *triso*?

Tras un parpadeo de estupor. Tras despegarse los calzones húmedos. Tras escudriñar la helada para estar seguro de que podía fiarse de sus ojos. Entonces el padre avanzó hacia el hijo, como una avalancha, escupiendo la pregunta. Gritando a pleno pulmón.

—*Qué fas?*

Ahora el hijo dio dos pasos atrás. Y tropezó con uno de los trozos de jarra, y el organistro se quejó.

—Quería salir pronto para...

El hijo se detuvo. Un bloque crujió. El añico crujió. Y reparó por primera vez en la expresión de su padre, en el camastro roto. En los dibujos, mal escondidos, que sobresalían bajo la márfega de lana apelmazada, entre las astillas de la pata del camastro.

—¿Estás bien?

Y el padre entornó los ojos, con aquel mirar suyo que parecía caerse, deslizarse pendiente abajo desde un lado de su rostro hasta el otro. Y sopló el pelo que caía sobre su rostro.

—*De onde sacaste ese triso?*

El hijo retiró los brazos de las correas y apoyó el organistro en el suelo. Dejó aquella música convertida en madera y tripa contra el camastro que, como la mirada de su padre, estaba ladeado. Lo posó como si un soplo pudiera romperlo. Apartó las manos con la dulzura de un primer beso. Y las cuerdas, al asentarse, suspiraron, vibraron lamentando que las manos que necesitaban las abandonasen.

Entonces miró a su padre. Y el rostro del joven estaba lleno de preguntas. La preocupación tiraba del ceño. Los labios fruncidos intentaban espantar el miedo.

—Papá, estuve ahorrando...

Al hijo le costaba creer. Pero su padre se había perdido. E intentó encontrarlo.

—¿No lo recuerdas?

El hijo se acercó. Con la decisión de un niño cruzando un pasillo oscuro en medio de la noche. Espantando miedos.

—El tío...

Un temblor recorrió las cejas del padre. El hijo continuó buscando palabras.

—Mamá dijo...

Aquel ojo, más oscuro que el otro, brillaba de un modo extraño.

—¿Estás bien?, ¿has comido algo?

No entendía, no podía hacerlo. Ya no hablaban. Ya no compartían sueños. Aun así, la preocupación del hijo era sincera.

—¿Has dormido?

Uno de los bloques crujió. Uno de los chuchos que merodeaban los callejones ladró, lejos. Y sonó una palmada.

—Lo primero es la piedra —bramó el padre—, ¡la catedral! *Murear*.

El hijo se quedó donde estaba. No quería. Algo amarillo burbujeó en su interior. No pudo evitarlo, sintió desconfianza. Había algo salvaje en su padre. Algo que recordaba a un animal acorralado.

—*Bai. Hay que finar.*

—¿Papá?

Como ofrecer un currusco a un chucho que gruñe y enseña los colmillos. Con los belfos llenos de espumarajos, los ojos perdidos. El hijo temió que mordieran su mano. Pero lo hizo igualmente. Espantó la desconfianza y lo hizo.

—¿Puedo verlos? —preguntó, agachándose para recoger los dibujos.

Y funcionó. Aquel chucho se lamió los labios y acercó los hocicos al currusco. Los gruñidos eran ecos lejanos. Algo se dulcificó en la expresión del padre. Y el padre señaló aquel glotón que no podía tragar, era el primero de los dibujos.

Por un momento, mientras los carboncillos pasaban, entre susurros de papel, esparciendo su olor peculiar, las aguas se aquietaron.

—*Teño que facere plus* —explicó el padre, vibrante de pronto—. Enoc y Elías, los testigos, los arrebatados, ellos no murieron. Uno a cada lado —explicó moviendo las manos—, ellos recibirán a los peregrinos, en los extremos. *Ut scriptura*. Como en la Biblia. En los extremos de las arcadas...

Y gesticuló, para ilustrarlo. Uno de los profetas miraría hacia el exterior, el otro hacia el interior. Uno los vería llegar, el otro pasar. Eran los testigos, tal y como había leído en los comentarios al Apocalipsis.

—*Etvolo* una María —continuó el padre—, para el coro... Bella como amanecida, tengo que encontrarla.

El hijo dudó. Aún no habían terminado la entrada del templo y su padre le hablaba del coro que llenaría la nave principal.

—Hay tiempo para...

Pero el padre no le dejó terminar.

—De oro. *Aurea, illuminabit.* El sol la cubrirá... ¡No la encuentro! ¡¡No la encuentro!!

Por un momento, un precioso momento, el hijo recordó. Hubo otras noches así. Años atrás. Noches en que papá terminaba por dormir junto a él. Tumbado en el suelo. Y el hijo despertaba y se sentía seguro. Porque el padre estaba allí. Noches de gorriones y carboncillo.

Lo recordó con una melancolía azul. Una melancolía que sonaba a tristeza.

Aún seguía dibujando. Le gustaba la piedra. Admiraba a su padre. Pero la música había cautivado su corazón.

El hijo veía entre las notas las proporciones que su padre veía en los arcos. El hijo sentía en la melodía la complejidad de una bóveda. El hijo se había enamorado de la armonía como su padre lo había hecho de la proporción.

El mismo fuego ardía dentro de ambos. Pero quemaba pasiones diferentes.

Y el hijo quería compartirlo con su padre. Quería mostrarle cuánto había aprendido. Tocar para él algo inolvidable.

Por un momento fueron de nuevo un niño y un padre. Un padre y un niño. O quizá dos niños.

Entonces, entre carboncillo y papel, llegaron los arcos. Los tres. Una gran arcada central escoltada por dos hermanas menores. Los dibujos eran un rompecabezas deslavazado entre las cuatro manos, y las cuatro manos estaban tiznadas.

Y las manos barajaron.

Hasta que el primero de los dibujos se convirtió en una sombra. Una mancha. Un borrón. Hasta que el primero de los dibujos fue uno de los muchos fiascos del arco central. Sobre la Trinidad se abría el vacío. Y estaba lleno de negro.

El padre arrancó los dibujos. Los cazó entre los dedos de su hijo. Los atrapó con tanta violencia que dos de ellos se rasgaron. Los extirpó como un cáncer. Y, al borde del pánico, volvió a esconderlos bajo el camastro desvencijado, entre sombras donde aquel borrón sobre la Trinidad no se vería.

—¿Papá?

## XI

Sólo veía la espalda de su padre. Que levantó una mano que era miseria, cubierta de sabañones, que resopló un aliento que hilvanó la helada, que se pasó aquella mano por el cogote.

El hijo sintió pena. Como si la helada se le hubiese colado dentro.

—¿Papá?

Su padre se ahogaba.

—Lo conseguirás.

Se lo dijo acercándose, con un abrazo hecho de intenciones. Con el recuerdo de aquellas noches en las que volaban gorriones.

—*Antes lo fixera* —escupió el padre.

Fue un gruñido. Regresó aquel chucho con los belfos llenos de espumarajos. Con los colmillos al aire. Rabioso.

—*Antes lo fixera.* Si no tuvieras la cabeza llena de pájaros.

Un cubo de agua fría. Y ahora la pena ahogaba al padre y al hijo. El padre tenía que pedir ayuda, y no se atrevía. El hijo quería compartir sus pasiones, y no se atrevía.

Tendrían que haberse detenido.

No pudieron evitarlo. Caían por un abismo, como aquel maldito socavón que había condenado las obras.

Querían detenerse. Cada uno tenía lo que el otro necesitaba.

No lo hicieron.

—¡Siempre he cumplido! —se defendió el hijo—. Nunca, jamás, me he ido con trabajo por terminar —y alzó la voz—. He hecho todo lo que me has pedido... ¡Todo!

El hijo se arrepintió. Pero no podía esconder las palabras. La helada partía un bloque, y lo hacía para siempre. La piedra se rompía. Y no podía arreglarse.

El padre gruñó.

—Tenemos que rematar nosotros. *Acábase el tempo!*

Le dolió gritar y, aun así, gritó. Gritó, aunque no quiso hacerlo.

Y al padre se le desgarró algo dentro, cuando vio el dolor en los ojos del hijo. Ojos que eran claros y limpios. Ojos que no habían pagado el precio de la piedra.

—Trabajo más que ninguno de los otros —el rencor asomaba por el quicio de la puerta—. ¡Soy el más rápido!

El hijo se dio cuenta, se defendía. Y comprendió que estaba yendo demasiado lejos.

—¡¡Y no tengo que estar aquí!! —le espetó al padre.

Resopló sin advertir que el gesto no era suyo, que su padre se lo había prestado.

—¡El cabildo me ha ofrecido tocar...!

El hijo no pudo contenerse. La presa se desbordó. El hijo escupió lo que había guardado tanto tiempo. Lo que había soñado en secreto. Lo escupió de carrerilla, golpeando con cada palabra.

—¡¡Tocaré el *Ordo Prophetarum* de la próxima Natividad!!

Ya no había vuelta atrás. Pero la rabia empezaba a diluirse.

—El arzobispo en persona —había orgullo en la voz del hijo, pero las fuerzas flaqueaban— me lo ofreció. Me escuchó tocar en Antealtares con los frades... Él me lo pidió.

El hijo quería hablarle al padre. Necesitaba explicarle. Pero aún quedaba algo de aquella rabia, un último coletazo brutal. Y ya no gritó, pero no pudo evitar que aquellas palabras también se escaparan.

—No me importa la catedral, y no me importa tu maldito pórtico...

## XII

Conocía a su padre. Conocía sus fantasmas. Sabía lo sucedido con su abuelo. En los talleres nunca faltaban los susurros. Más aún en

los últimos tiempos, los *arxinas* estaban resentidos por las largas horas, por las prisas. Y el resentimiento soltaba las lenguas. Azuzaba rencores.

Sisnando se lo había contado, mientras aplastaba entre las uñas a los inquilinos que campaban por sus sucias guedejas. El viejo Gundisalvo no lo había negado. Su abuelo Arrio había cometido el peor de los pecados, se había consumido buscando el imposible. La torre se había derrumbado. Y la muerte había tiznado, con el carboncillo más oscuro, los cimientos de la catedral.

El hijo conocía al padre. Y el hijo tenía buen corazón.

Y le dolió el dolor que vio. Tanto que el rencor se desvaneció. Tanto que el arrepentimiento lo empujó. A punto estuvo de caerse.

No podía arreglarlo. No sabía cómo arreglarlo. Se había roto, como aquel jarro que había pisado. Olía igual de mal que aquella leche podrida. Pero quiso intentarlo.

—¿Padre?

Padre, no papá. Padre. Padre, más frío, mucho más pequeño, ni de lejos igual de grande. Padre.

Y el padre era una de sus estatuas. Se había vuelto piedra, *arría*. El hijo señaló los dibujos, señaló las torres, las escaleras, envueltas en la niebla helada. La capilla. Abrió la boca. La cerró. Tragó. Miró a su padre. Y quiso borrarlo todo de un plumazo.

—Padre, lo conseguiremos.

Y aquella idea de abrazar a su padre volvió a antojarse cálida.

—Puede hacerse.

El hijo se corrigió:

—Puedes hacerlo. Encontrarás cómo llevar la Trinidad.

Pero el padre no reaccionaba. No se movía. Como si ni siquiera respirase. Y, perdido, el hijo sólo supo repetirse.

—Lo conseguiremos. Será el más bello de los pórticos.

—¡No! *Itoiz!!* No lo conseguiremos si sigues perdiendo el tiempo con este *triso*.

¿Dónde estaba su niño, el que echaba los gorriones a volar, el que le llamaba papá?

No lo hizo adrede. No quería hacerlo. Pero la tormenta estalló. Y los relámpagos no regresan a los cielos. Los truenos no saben callar.

## XIII

—No —insistió el padre—. No remataremos nosotros, si pierdes el tiempo con este *triso*.

Sólo quería señalar. Pero sus manos castigadas fallaron. Le dio a la madera labrada. Los dedos, hinchados por los sabañones, por las marras del martillo, por el repicar en la piedra, rozaron la madera labrada con espigas.

Apenas lo tocaron.

Pero el instrumento se ladeó. Se inclinó, se escurrió por el marco desvencijado del camastro roto. Y los bultos de lana apelmazada de la márfega intentaron sujetarlo, pero no pudieron.

El organistro cayó al suelo, entre los dibujos, los trozos de barro, las astillas, la leche podrida.

Las cuerdas protestaron, conocían su destino. Se supieron condenadas, como aquel pobre desgraciado arrastrado a los infiernos.

Un lamento suave, disonante, desagradable, se prendió en la niebla.

Otro de los bloques crujió.

Y el padre arrancó la maceta que había colgado de su cinto.

—¡No!

Fue lo que el hijo pudo gritar. Lo supo antes de que sucediese.

—¡¡No!!

La tormenta había estallado. Las olas azotaban los acantilados. Los barcos se hundían. La maceta se alzó en el aire. El pesado hierro silbó, dejó un trazo limpio en la niebla.

—¡¡¡No!!!

Y el padre destrozó los sueños del hijo.

El hierro cayó sobre la madera y las tripas. Cayó, una y otra vez. Arrancó de las cuerdas lamentos que hacían rechinar los dientes. Cayó hasta convertir la madera en astillas, en pulpa. Crujieron los trozos de barro. Salpicó leche. Se esparció lana apelmazada. Se derrumbó lo que quedaba del camastro.

El hierro cayó, una y otra vez. Sin remisión.

Lo hacía mil veces, diez mil cada día. Era fácil continuar.

La madera protestó. Y no pudo evitarlo. Las cuerdas lloraron. Y no pudieron evitarlo.

El padre no pudo evitarlo.

El hijo no pudo evitarlo.

Y el abuelo, que conocía la tormenta, no podía hacer nada.

Un perro ladró en los callejones de Compostela. Otro de los bloques crujió. Y las cuerdas, rotas, despeinadas, saliendo de entre las astillas como víboras asustadas, gimieron una última vez.

Agonía.

Discordia.

## XIV

Se movía la helada, cabalgaba la niebla. Y se movía Ferruxo, que se subió sin el menor respeto al apóstol tallado veinte años antes. Se sentó en el regazo del Zebedeo y miró con curiosidad aquel guiñapo.

Quizás en un establo, rascando bajo una bosta, podía encontrarse algo con mejor aspecto que aquel pobre desgraciado.

El hombre, lo que quedaba de él, no se movía.

De rodillas. Ahogado en caos. Su alrededor, roto. El camastro. El jarro. El instrumento.

Su alma.

Del maese Mateo no quedaba ni una mísera sombra, la noche le negaba aquella gracia.

El gato lo miró. Condescendiente, curioso. Levantó una de las manos para lamerla y limpiarse los bigotes, poco antes había atrapado a un topillo que corría por entre el heno de los bueyes. Iba a acicalarse cuando se volvió de pronto, tiesas las orejas. Algo se había soltado en el instrumento destrozado, una clavija, una tecla enredada en una de las cuerdas. Y el organistro dejó en la helada una última nota.

Pero no fue esa nota la que hizo que el gato clavase sus ojos en la niebla.

Se le erizó el pellejo, le bufó a la noche, y salió corriendo.

Algo se movía además de la helada.

Alguien venía.

# XV

Mateo no se movía. Era como el apóstol encerrado en piedra. Como aquel pobre desgraciado que tallara Triboulet. Nunca antes se había sentido tan solo.

Ni siquiera cuando mendigaba o robaba por las calles de Compostela.

Su padre había creído que podía doblegar la piedra, su padre había pisoteado la ley. Arrio había olvidado que la piedra exigía un precio y su ambición lo había condenado.

Arrio levantó su torre y se olvidó de que la piedra mandaba. La hizo crecer. Más y más alto.

Pronto los talleres y las obras se llenaron de rumores. Los *arxinas* miraban y negaban. Jamás se había hecho algo así. Y por algo sería. Antes del derrumbe los chismorreos ya habían echado abajo el engendro de Arrio.

Había soñado con hacerla grácil, un pájaro echándose a volar. Y había ignorado la ley de la piedra.

Pagó un precio impagable.

Derrumbes los había habido siempre. Las malas lenguas incluso decían que uno de los peores, justo antes de las revueltas de cincuenta años atrás, había sido provocado. Se contaba que el mismísimo Gelmírez había querido acabar con los hombres del Concejo. Se contaba que había sido una banda de ladrones. Que había sido la reina Urraca para acabar con el arzobispo. Y nadie sabía la verdad. Sólo que los derrumbes sucedían.

La ambición de los hombres tiene el mal hábito de desmoronarse.

Arrio había querido llegar a los cielos y se condenó a los infiernos, con el peso de diecisiete vidas cabalgando su conciencia.

Uno de los pocos recuerdos que le quedaban a Mateo era el de aquella pescadera golpeando el pecho de su padre, una y otra vez, con los nudillos hinchados, las escamas brillando sobre la piel arrugada.

Golpeaba el pecho de su padre. Clamaba al cielo y pedía explicaciones.

*—Meu fillo!*

Caían los puños otra vez, con un sonido hueco, sobre el pecho hundido por la vergüenza.

Mateo aún podía recordar el brillo de las escamas de pescado. La mujeruca golpeaba y aquellas escamas brincaban en el aire, y caían a los pies de su padre después de robarle dos destellos a una mañana que, de tan limpia, parecía inapropiada para entregar tantas vidas a la tierra.

Diecisiete. Incluyendo un esportillero que no tenía ni diez años.

Y la cuenta siguió creciendo.

Moriría su madre, a la que se le consumieron los pulmones y no tuvo fuerza para continuar. De nada sirvieron sus rezos, exprimidos entre puños donde brillaban escamas de pescado.

Dieciocho.

Y antes murió su padre.

Diecinueve.

Arrio se ahorcó, en las poleas de la grúa de rueda, al pie del derrumbe que había causado.

Y hacia allí miró Mateo.

Cuando se volvió hacia las obras se cortó una rodilla con un trozo del jarro roto. Y el pelo bailó sobre su cara, barrió la nariz y dejó que sus ojos quedaran abiertos en la noche.

No podía verlas, pero estaban allí, una en cada torre. No importaba aquella niebla helada. Estaban allí, las dos. Dos grúas de rueda. Listas para continuar el trabajo en cuanto cantase el gallo.

Era hijo de su padre.

No tenía que caminar más que cincuenta pasos. Sólo eso. Y sabía cómo hacer el nudo. Había empezado a trabajar en los talleres siendo un niño. Había ayudado al herrero, a los carpinteros. A los sogueros.

Algo había quedado tenso en las tripas del instrumento y se soltó con un latigazo que, de pronto, arrancó un lamento a las cuerdas.

Esta vez no se confundió.

Supo al instante que no era aquella bestia de sus pesadillas.

Algo se movía además de la helada.

—Mateo...

El gato salió corriendo.

—¡Mateo!

Alguien venía.

—¡¡Hijo!!

## XVI

Mateo, el hijo, se había ido. Sin una palabra.

Y el silencio fue el más duro de los castigos. El silencio azotó a su padre hasta descarnarle las costillas.

Hubiera sido más fácil escuchar los gritos. Aguantar la rabia. Y, aunque se odiase por ello, el padre hubiera preferido consolarse con el dolor del hijo. Saber que aquella violencia, que todo aquel daño, había servido de algo.

Pero el hijo había conservado la entereza. Se había ido sin una sola palabra.

Se había ido, quizá para siempre.

Sobre los cuajarones de leche podrida cayeron tres lágrimas.

Y por entre la madeja rota de las cuerdas del instrumento se escurrió el alma de maese Mateo.

Silencio.

Mateo sabía qué debía hacer. Lo sabía. Hervía dentro de él la necesidad de ir en busca de su hijo. Gritar que se arrepentía. Pedir

su perdón.

Es más fácil arropar los errores en la oscuridad que arrojarlos a la luz. Aunque esos errores arrastren el alma hasta el fondo del abismo.

No pudo hacerlo.

Y su alivio fue enorme al ver que regresaba. Su hijo volvía. Y Mateo se sintió orgulloso de que su hijo tuviera dos tallas más que él. Sería incapaz de decírselo. Pero su corazón echó a galopar. Allí estaba su hijo, entre la niebla helada, venía hacia él.

Tenía que ser su hijo.

La luna se esforzaba por deshacer la helada. Lejos, en los rincones de la ciudad, los callejones ladraron.

El tufo a podrido creció. La maraña de las cuerdas encontró su sonido y un acorde disonante tembló bajo la luna. No podía ser. Mateo miró a su víctima, aún con la maceta en la mano.

No. No podía salir de allí.

Era imposible.

El instrumento de su hijo estaba muerto.

No podía ser cierto.

Pero la verdad, como los errores, es testaruda.

La helada se preñó de notas. Una melodía llenó la noche, les contestó a los callejones. Una melodía insana.

—*Demenció* —había dicho el viejo Remigio.

Discordia.

Una melodía. No. Dos. Dos melodías que fornicaban. Con frenesí. Tan rápidas que enloquecían. Los ojos lagrimeaban. Los dientes castañeteaban. Dos melodías que se hacían una.

Oh, discordia.

No era su hijo.

# XVII

No podían ser veinte años. Una noche, como mucho. Unas horas. Ni siquiera eso.

Y el viejo no había muerto.

El rostro de Mateo se había curtido. Sus manos, estropeado. Cuando soplaba, los cabellos que barrían su rostro destellaban blanco. Tenía que estirar los brazos para ver lo que sostenían sus dedos y, cuando lo miraba, sus ojos, uno de cada color, quedaban encerrados en una telaraña de arrugas.

Y el viejo no había muerto. O ya había estado muerto veinte años atrás.

El joven no había ganado peso. No había perdido pelo. Sus pasos eran elásticos. Había estafado a los años. Se había escondido de la edad.

Tampoco había muerto. Quizá, si no envejecía, no podía morir.

Quizá no podían morir. Ninguno.

Envueltos en la helada y con el manto de aquella música enloquecida. Venían hacia él. Caminaban a la par, tocaban aquel maldito chisme. Y las cuerdas hacían vibrar el frío de la madrugada.

No era la bestia.

No era su hijo.

Eran el anciano y el joven. Acab y Acaz.

Uno de los bloques crujió su lamento, rendido a la helada. Y Mateo comprendió que llevaba veinte años mintiéndose.

Aún tenía en la mano la maceta de Triboulet.

Habían estado allí hacía veinte años, y ahora regresaban. Por segunda vez.

# XVIII

Su hijo le dejó silencio. Ellos lo rompieron.

La melodía, enfebrecida, imposible, salía de sus manos. Manos sin manchas, sin sabañones, con articulaciones que no se habían hinchado. Y manos que volaban. Era imposible. Y era la misma que veinte años atrás.

Discordia.

Y la música se detuvo de pronto. Tan brusco que se rompió. Tan rápido que el silencio azotó los oídos de Mateo.

Braceó. Falló. Tuvo que volver a colocar la maceta en el cinto y apoyarse en el rostro sin terminar del apóstol. Mateo se alzó con piernas temblorosas, reuniendo coraje. Sin querer, acabó por tirar de aquel barragán. Y la pesada tela cayó con un susurro. Cayó hasta el suelo. La talla se desnudó.

Y quedó frente a él. Frente a sus ojos desorbitados quedó aquel pobre desgraciado que intentaba escapar de las garras que lo llevaban al infierno.

Discordia.

Eran dos. Dos jóvenes. Dos ancianos.

Y Mateo quiso gritar, pero no pudo.

A la vez, como unidas por hilos, ambas cabezas se volvieron hacia Mateo. Parecían hermanos del mismo parto. Eran dos ancianos. Eran dos jóvenes. No eran hombres.

Los dos a un tiempo. O uno solo. Era imposible decirlo, pero las manos señalaron y Mateo, con horror, pensó que señalaban hacia lo que quedaba del instrumento de su hijo.

—*Itoiz.* ¡Nada! ¡¡Nada os debo!! ¡¡¡Nada!!!

Mateo quería chillar, aullar. Pero las manos señalaban y el miedo se ahogó en arrepentimiento.

¿Qué había hecho?

Su hijo. El niño. El que hacía volar gorriones.

Pero no señalaban aquella maraña de cuerdas y astillas, señalaban los dibujos de Mateo. Los borrones.

Señalaban los miedos de Mateo.

—Empezó lo que no sabe terminar... —el joven, o el anciano.

—... no sabe terminar lo que empezó— el anciano, o el joven.

Y las manos brincaron. O desaparecieron y volvieron a aparecer, envueltas en jirones de helada.

Los chuchos ladraron en los callejones. Otra cuña de castaño hizo su trabajo, un bloque se rindió.

Era imposible. Pero se habían desvanecido. Las manos, por un instante. Y habían vuelto a aparecer, de la nada. Como zarpas hambrientas. La piel de los brazos se arrugó. Se encogió. Se transformó en escamas. Por un parpadeo, por un mísero parpadeo, las manos fueron garras, garras afiladas de las que goteaba algo pegajoso en negros cuajarones que cayeron en la leche podrida, en sus propias lágrimas.

—A un lado los hebreos esperan a su Mesías... —el anciano, o el joven.

La arcada norte.

—... al otro los hombres son juzgados —el joven, o el anciano.

La arcada sur.

—Y el caos, la miseria, la perdición —dos convertidos en uno—, la condena, el abismo, el fracaso —una sola voz—, la miseria, la vergüenza, la desesperación...

No se callaron. La lista interminable. El fracaso en un borrón de carboncillo. La arcada central, la más importante del pórtico.

Y el anciano, Acab, arrugó los labios. O fue el joven, Acaz. O los dos a un tiempo. Y, por un parpadeo, las bocas se llenaron de

colmillos, los rostros se volvieron de fuego. Por un mísero parpadeo.

Ambos asintieron, de un modo extraño, como si la horca les hubiera partido el pescuezo.

Los gritos temblaban en los labios de Mateo.

—*Itoiz*... ¡Fuera! ¡¡Salid de aquí!! ¡¡¡No volváis!!!

Pero no lo hizo. Mateo no pudo hacerlo. Tenía que saber.

Y ellos lo sabían. Tenían el aire travieso de un chiquillo con un secreto. Ellos sabían cómo hacerlo. Cómo acabar con los borrones, con las dudas, con la angustia.

Avanzaron. No dieron un paso, pero avanzaron. Se acercaron, aupados en la niebla helada. Se deslizaron. Como las manos, sus pies desaparecieron. Aparecieron. Y, por un parpadeo, sólo uno. Mateo vio pezuñas negras.

Y seguían hablando. Los dos. Uno solo. Ambos a la vez. No podía distinguirlo. Sonaban allí, delante de él, y también a sus espaldas. Más allá de los bloques de granito. Entre los puestos de los talleres.

Algo pateaba su nuca. Podía hablar, pero no lo hizo, quería escuchar.

—El pordiosero se convirtió en príncipe...

Uno.

—... el príncipe en rey...

El otro.

—... el rey en emperador...

Ambos.

—... el emperador en dios...

Ninguno. Sólo una voz en la helada.

Discordia.

Oh, discordia.

—Tendría que darnos algo a cambio...

—... algo a cambio de la Gloria.

Y asintieron, el uno para el otro, ignorando al cantero que, desesperado, los miraba pisando los cuajarones de leche podrida y sus propios dibujos. Sus lágrimas. Su fracaso.

## XIX

Mateo sabía que no debía hacerlo. Algo en el interior de sus sesos gritaba, aullaba, arañaba. No podía hacerlo. No.

Pero lo había entendido.

Allí estaba la maceta de Triboulet. Con sus herramientas, la había usado durante veinte años. Y también el viejo cepo.

Lo había comprendido.

—*Demenció.*

Eso había dicho el viejo Remigio. Y ahora Mateo comprendió al fin. Y supo lo que tenía que hacer. Y supo que no debía hacerlo.

Sus manos temblaban. Los tendones en sus antebrazos, tan tensos, crujieron. Y tenía la boca rebosante de un sabor metálico, como si se hubiera mordido la lengua y sangrase. Y sus ojos, uno de cada color, palpitaban dolorosamente.

No debía hacerlo.

No podía hacerlo.

No sabía por qué. Pero lo sabía.

Se lo decían las tripas, no podía fiarse del joven y el anciano. Acab y Acaz, reyes malditos del viejo Israel, donde los hebreos habían esperado la llegada del Mesías. Como en su arcada izquierda. Como en sus diseños. Dos que jamás ascenderían a los cielos.

Humilló el rostro.

Allí, en el suelo, con el instrumento roto y la leche podrida, con las astillas del camastro, allí estaban sus dibujos.

Sólo tenía que dar unos pasos, acercarse hasta el cepo.

Eran tres pasos. Y una vida entera en aquellos tres pasos. Pasado. Presente. Futuro.

No podía hacerlo. Tenía que ir a buscar a su hijo. Eso era lo que debía hacer. Y miró a la noche, más allá del anciano y el joven, más allá de la helada, por donde su hijo se había marchado y había llegado el silencio.

Tenía que caminar hacia allí, en busca de su hijo.

Pero, tres pasos atrás y alcanzaría el cepo, el viejo cepo de sus herramientas, el que ahora usaba el *xebo* para sentarse.

—Es maravilloso —susurró Mateo entre jadeos.

Recordaba aquel dibujo del gorrión. Eso era lo que le tenía que haber dicho aquella noche.

—Estoy orgulloso de ti —balbució.

Y se hubiera refugiado en aquella calidez. Papá. Tan pequeño y tan grande. Diminuto y enorme.

Papá.

Lo que él no había tenido, lo que Arrio jamás le había dado. No, Mateo no cometería el mismo error. El padre no sería como el abuelo, el nieto no viviría como el hijo.

Papá.

Tenía las narices ahogadas en moco. La garganta recocida en vinagre. El pecho relleno de grava. Y los ojos, uno de cada color, de hierro al rojo.

Sabía lo que debía hacer, pero no lo hizo.

No pudo hacerlo.

## XX

No lo hizo.

El viejo Remigio lo había guardado.

Arrio había querido llegar al cielo con sus *arrías* y se había condenado a los infiernos.

Y no había hecho falta una bestia de terribles garras que le destrozase los costados tirando hacia el abismo. Lo había hecho él solo al desobedecer la ley de la piedra.

Diecisiete. Y la madre del esportillero. Y su padre.

Mateo miró hacia la grúa de rueda y, entre la niebla, despuntando en la helada, descubrió al ahorcado. Encontró a su padre. Colgaba del dogal, se balanceaba iluminado por la esquirla de luna en el cielo. Muerto.

Podía haberse marchado a la cantera para encontrar su piedra. Debía haberse marchado para buscar a su hijo. Pero lo que Mateo hizo fue acercarse al viejo cepo.

Y rebuscó en el lateral ahuecado hasta encontrar aquel cuero aceitado que le había dado el viejo Remigio.

—*Demenció*.

Jamás la había usado. Pero conocía el tacto. El frío del viejo hierro. El calor de la vieja madera. La había sostenido mil veces y no la había usado una sola vez. Ni una sola.

Había aprendido a preparar sus propias herramientas. Había trabajado en todos los puestos de los talleres. Había soñado desde siempre en borrar el fracaso de su padre.

Y no había querido seguir los pasos de su padre.

La sacó del cuero aceitado. Una última vez. Para deshacerse de ella.

—Tendría que darnos algo a cambio...

Los rostros se habían iluminado. Una magnífica ocurrencia. Los dos habían asentido. El anciano y el joven. Y Mateo supo de

inmediato qué haría. Y lo que haría no era lo que debía hacer.

—... algo a cambio de la Gloria —dos voces que eran una.

El viejo y el joven asintieron de nuevo.

Y se hicieron uno. Como la melodía, se fundieron. Y Mateo ignoró la barba del viejo, que se volvió por un parpadeo en escamas cubiertas de un limo grimoso. Y Mateo ignoró los cabellos del joven, que se volvieron por un parpadeo finas lombrices.

Mateo la sacó del cuero aceitado y la sostuvo en sus manos temblorosas. Fue hacia el joven y el anciano, arrastrando los pies. Esparció leche podrida, astillas, cuerdas, lana del camastro.

Sostenía entre las manos lo único que le quedaba de su padre a excepción de la vergüenza con la que había cargado toda una vida.

Ni siquiera lo habían enterrado en el camposanto. Ni siquiera le habían dado sepultura en el cementerio de la Trinidad. Había muerto en pecado mortal. Y había matado a diecisiete personas. Dieciocho incluyendo a la madre del esportillero.

Lo habían enterrado al pie de un *cruceiro*, en un cruce de caminos, como a los niños que morían antes de ser bautizados.

Ni siquiera podía visitarlo.

Era cuanto le quedaba de su padre. Se la había dado el viejo Remigio.

Mateo se arrodilló frente al anciano y al joven. Y les ofreció lo único que podía. Algo único. A cambio de la Gloria.

La maceta de su padre.

# Astillas y sangre



## I

Compostela había crecido. Se quitaba el ajuar de pueblo y se vestía de ciudad. Aun así, dentro de murallas no todo eran albergues, tiendas, talleres o almacenes en pos de negocio. Alguna casa quedaba que se aferraba a los viejos tiempos. Granjas, con un gorrino en los años malos, dos en los buenos. Con gallinas correteando por la era. Incluso labrantíos con huerto para apañar algo de comer, judías en verano, grelos en invierno.

Una de ellas, aferradas a lo que el presente amenazaba y el futuro arrasaría, estaba entre la Rúa Nova y el barrio de los caldereros. Era de una viuda que se apañaba con sombras y se negaba a vender pese a las muchas ofertas. Al último que había intentado comprarla, un gordo vinatero al que decían cuñado del maestro de obras; lo había echado la viuda de malas maneras, amenazando con ensartarle el barrigón con una horca de la que colgaba una maraña del heno con el que alimentaba a su borrica.

Y había en esa casa un gallo, pardo bermejón, al que le faltaba un trozo de cresta, de un mal encuentro con uno de los gatos de los

talleres. Y ese gallo tenía una ronquera peculiar, cantaba cada amanecida, pero más bien parecía que se le había atravesado un pedrusco en la molleja.

Aquel gallo ronco despertaba al *xebo* Gundisalvo que, pese a los años, había tomado la costumbre de ser el tercero en llegar a los talleres, después del padre y del hijo.

## II

El gallo desafinó al primer intento. Al segundo se le trabó la lengua, pero al tercero cantó al alba y, apenas una misa más tarde, el *xebo* Gundisalvo salía de la pensión donde vivía gracias a que Mateo pagaba la renta.

Unos años antes, Mateo le había prohibido trabajar con las macetas y los cinceles, le había prohibido seguir durmiendo en los barracones, y le había ofrecido un hogar limpio, caliente y con buena comida.

Desde entonces, cada mañana, después de que aquel condenado gallo se trabucase, Gundisalvo y su bastón de madera de tejo estaban siempre de camino a los talleres antes incluso de que el sol se anunciase por levante.

Y Gundisalvo, para quien los años no habían pasado en balde, que ya apenas soñaba con las piernas de la Juana, que cada vez contaba más a menudo lo de aquella bronca con dos castellanos en la vieja taberna del Rano, iba pensando en que había que achuchar a los sogueros, porque una de las grúas necesitaba reemplazar el encordado.

Como único desayuno rechupaba ciruelas pasas que le ayudaban a mover las tripas. La edad le había endurecido las tripas y aquel

remedio de meiga era lo único que le impedía que hacer de vientre fuera como echar bolardos por el único agujero de su cuerpo con el que Juana no había jugado nunca, al viejo Gundisalvo le había dado miedo que fuera a gustarle y terminar por pecar de sodomita.

Tenía que chuparlas, resobarlas, y molerlas con las encías, más que con las muelas, de las que sólo le quedaban dos, y una estaba astillada.

Pero esa mañana no hizo falta. Se tragó la que tenía en la boca en cuanto llegó a los talleres.

—*Xilón...* ¿Qué has hecho?

## III

Hubo suerte. El siguiente fue Juanillo, que ya no era un muchacho, aunque siguiera lampiño, sino más bien un buey al que los años de esportillero habían cargado de hombros. Con pecho de Hércules y brazos capaces de levantar la más pesada de las marras como un martillito de orfebre, ya nadie le llamaba Juanillo, todos le decían Juanchón.

Se había convertido en un hombre noble, y sus mejillas, sin rastro de barba, acentuaban un rostro redondo y franco. Era de esos pocos cuyo aspecto dice la verdad. Capaz de ir de frente, aunque caminase de espaldas.

Y fue Juanchón el que sujetó al viejo Gundisalvo antes de que cayese. Había soltado el bastón y se había llevado las manos al pecho.

## IV

Apoyó al viejo en los restos de la márfega del maese, con mimo, como papel mojado. Y encontró un cuenco con algo de agua. Después de olerla, para asegurarse de que lo que chocholeaba en su interior no estaba podrido, como la leche, se la ofreció.

—Bebe, *xebo*. Por la Virgen. Bebe, respira —palabras apresuradas, empujadas por el miedo.

Torpe, Juanchón intentaba apañar todo a la vez. Ofrecía el agua, soltaba el capote encerado del viejo e intentaba abanicarlo con una de sus manazas.

—No me *ghiches* ahora y te me mueras en los brazos. Respira y te encuentro a la Juana.

Los años habían encogido a uno y agrandado al otro, parecían un padre con un chicuelo enfermo.

Cuando el corazón del viejo recuperó el paso y dejó su loca carrera, las arrugas se alisaron.

—Qué susto, Virgen Santa, qué susto, ¿estás bien, *xebo*?

Y antes de que el viejo contestase, todavía con restos de la ciruela pegados a las magras muelas, Juanchón siguió hablando:

—¡Hijos de cabra loca! ¡Panda de malparidos! ¿Cómo han podido?

Más tranquilo, examinaba el desastre. Los dibujos, las astillas, el jarro roto, el camastro descompuesto.

—*Despisa* todo antes de que vengan —jadeó el viejo—, ¡recoge! Que no lo vean, ¡carajo!

Indignado, Juanchón resopló con la fuerza de un toro. Tanta que a Gundisalvo se le revolvieron los pelos y cató las cebollas dulces que el otro se había apretado para desayunar.

—Verlo, ¿verlo? Se lo van a tragar, *xebo*, se lo van a tragar. ¡Lo juro por la Santa Virgen! Me voy a ocupar de que ese piojoso de Sisnando se coma toda esta lana, por la Virgen —juró de nuevo,

besándose el pulgar cruzado sobre el puño—, ¿cómo han tenido el cuajo? Las van a pagar, *xebo*, todas. Hacerle esto a maese...

El viejo Gundisalvo negó como pudo, incorporándose, todavía con el pecho lleno de incordios, inseguro de si su corazón latía o repicaba.

—Recoge todo esto —jadeó—, que no lo vean al llegar ¡carajo!

Juanchón iba a protestar, una afrenta así no podía quedar sin castigo. Estaba convencido de que había sido una barrabasada de Sisnando y sus secuaces. Pero el viejo Gundisalvo sabía más por viejo que por diablo.

—*Non. Itoiz* —balbució reconquistando el aliento—*.* No fueron ellos...

La indignación de Juanchón se convirtió en preocupación. Él, como el *xebo*, como todos en los talleres, le debía mucho a maese Mateo.

—¿Está bien?, ¿dónde está?, ¿qué le ha pasado?

El viejo tenía las mismas preguntas. Y sólo una respuesta.

—Hay que encontrarlo...

## V

Disimularon. Lo mejor que pudieron. Y hubo preguntas, muchas más, pero el viejo las esquivó. Además, de las obras y de lo pendiente podía ocuparse, y Juanchón ayudó, trabajó como un mulo.

De tanto en tanto intercambiaban miradas preocupadas. Pero no se atrevían a enviar a un esportillero a casa del maese con dos de todas aquellas preguntas. No querían levantar la liebre, no después de los rumores de meses. No querían echar leña a los fuegos que Sisnando avivaba. Aquel desaguisado podía suponer la gota que

colmara el vaso y dar a los descontentos la excusa para poner los talleres patas arriba.

No lo encontraron. Pero aguantaron.

Pasó la hora del almuerzo, y el viejo Gundisalvo rumió una de las tortas de Cirilo. Pasó el herrero para preguntar por unos clavos que hacían falta en los andamios. Y Malaquías, que ya no trabajaba porque su hijo había heredado el puesto, también se acercó, para charlar de los viejos tiempos, para ver cómo iban las obras, porque, tras cuarenta años picando, ahora que las cataratas le habían quitado el trabajo, se acercaba a menudo, lleno de una melancolía cargada de buenos recuerdos y limpia de sabañones, golpes, toses y hambre. Como si todo lo vivido en los talleres hubiera sido maravilloso.

A Sisnando, cuando preguntó, el viejo lo mandó a peinarse con viento fresco, que iba muy bien para soltar los piojos. Y a dos buhoneros que vinieron ofreciendo esparto a buen precio los mandó a hablar con los sogueros.

Juanchón y Gundisalvo aguantaron, le cubrieron las espaldas al maese.

Aguantaron.

Hasta casi el final de la jornada. Hasta que llegaron aquellos seis. Y el corazón del viejo se saltó dos latidos, como si le hubiera entrado hipo.

Juanchón se acercó de inmediato. Aunque dudaba de que tuviera ya remedio. Pensó que venían a entregar la peor de las noticias. Y, cuando miró al *xebo*, descubrió el mismo temor.

No había sido en una de las grúas, eso podía verlo, sin embargo, estaba convencido, los dos estaban convencidos, de que, en algún lugar, habían encontrado una soga y un cuello partido. Un cuello que los dos echarían de menos.

# VI

Ruy Ansúrez, el Cuatrohostias, llegó a los talleres como si fueran de su propiedad, con la paciencia recortada y ganas de gresca.

Y tanto Juanchón como el viejo Gundisalvo entrecerraron los ojos. Entre el capitán de la guardia y los cinco que le acompañaban había allí mucho hierro afilado, demasiado.

—¿Dónde cojones está esa lombriz de mierda?

Y el Cuatrohostias estornudó como un becerro, esparciendo mocos en todas direcciones.

# VII

A Ruy Ansúrez, aunque pareciese imposible, los años le habían agriado el carácter. Y si a Juanillo habían acabado por llamarle Juanchón, para el Cuatrohostias había más de uno que, a sus espaldas, se reservaba el uso de Sietehostias. Aunque el nuevo apodo no cuajaba, faltaba valor para usarlo.

Esa mañana en particular, podría haberse exagerado a Nuevehostias.

El día se le había cruzado desde el primer rayo de sol. Cuando aún estaban los monjes de maitines había tenido que rematar el asunto del panadero.

El hideputa cargaba las hogazas con los descartes robados a un herrador. Y a Ruy Ansúrez, que había conocido el hambre de niño, nada le encendía la mala uva como los que jodían con la comida.

Después de sacarlo a patadas de los establos del obispo, al panadero lo había dejado en las picotas de la Trinidad, aún con la helada barriendo el alba.

—Ni agua —les había ordenado a sus hombres—. ¡Cagüen las cuevas de Polop!

Pensaba dejarlo allí por tres días, con la esperanza de que a alguien se le escapase una pedrada que le reventase los sesos a aquel maldito panadero.

Y la mañana no había mejorado. Porque si algo le jodía más al Cuatrohostias que los que estafaban con la comida eran las labores de intendencia.

Pronto vendría el rey. Y el arzobispo quería Compostela limpia como una patena y lista para causar buena impresión.

Y al Cuatrohostias se le hinchaban las venas y se le ruborizaba aquel muñón que tenía por oreja cuando debía estar al tanto de que se limpiasen las habitaciones del palacio, se adecentasen las calles o llegasen suministros a las cocinas del arzobispo.

Para colmo, alguna peste había agarrado con aquel invierno que no quería terminarse. Y tenía las narices llenas de moco espeso, la frente embotada y ganas de beberse dos jarros de sidra para acabar por dormir la mona.

Arregló con un carnicero que traía media vaca en un carro, hurtó en las cocinas del palacio un trozo de torta recién horneada y se dirigía a ver la cillería cuando le dieron la noticia que le arregló aquella mañana de mierda.

—¡Repítelo!

El novato, que estaba en la guardia del arzobispo porque el padre, mercader de paños, había pagado para darle futuro a quien no tenía sesos para las cuentas pero sí fuerza de toro, se echó atrás.

—¡Me cago en las putas de Babilonia! ¡¡El boyero!!

Por fin mejoraba la mañana. Una buena noticia. Tan buena que le dio miedo no haber entendido. Podía cerrar, por fin, una herida veinte años abierta.

—¡¡¡Repítelo!!! —insistió el Cuatrohostias.

El muchacho, que tenía grandes ojos de vaca de camino al matadero, se pasó una mano por el rostro. Inseguro. Intimidado por la urgencia. Pero acabó por repetir la noticia, tal y como se la había dado el mensajero que llegara al galope del Penedo.

El Cuatrohostias tuvo que estornudar de nuevo, y limpiarse los mocos con el dorso de la mano, pero se las apañó para clavar en su rostro una sonrisa que, a juicio del joven soldado, bien podría haberse tallado en alguna de esas piedras que representaban a demonios.

—El arzobispo se va a cagar en Dios —le espetó el Cuatrohostias —. Pero ese cabrón, ese hijo de la grandísima puta no se me escapa esta vez.

El muchacho, con más liendres que sesos en la cabeza, aún no había aprendido que un capitán sólo responde a lo que no hace falta preguntar. Se pasó la lengua por los labios y se atrevió a abrir la boca más de un pellizco.

—¿Quién?

Primero cayeron las cuatro de toda la vida. Llegaron a siete. Y sumaron nueve.

Y con un suspiro amargo, pero de mucho mejor humor, de un humor excelente, el Cuatrohostias consiguió no gritar.

Ruy Ansúrez se sonó ruidosamente en la mano, sacudió los dedos para sembrar el suelo de mocos y, mirando de soslayo la enorme cara enrojecida de aquel novato, dio la orden que llevaba una vida esperando.

—Junta una patrulla. Vamos a los talleres... Hay que apresar al maese.

# VIII

Para cuando la patrulla y el Cuatrohostias entraron en los talleres, en los monasterios de Compostela se preparaban para vísperas y en los mismos talleres se remataba la jornada. Algunos recogían. Otros barrían, en un vano intento por sacar de los talleres el tozudo polvo.

—¿Dónde cojones está esa lombriz de mierda?

Y el Cuatrohostias estornudó como un ternero, esparciendo mocos en todas direcciones.

Juanchón se puso tan nervioso que se le volcaron las tripas y descubrió, horrorizado, que tenía que apretar para no ensuciarse como un bebé de teta.

En la conmoción, la comadreja de Sisnando se acercó como si la cosa no fuera con él, pero estirando las orejas. Tenía a su lado a dos de sus acólitos, todos de la cuerda que prefería despotricar sobre el trabajo antes que trabajar.

Y aunque tuvo que sujetarse las tripas, Juanchón advirtió que la túnica de Sisnando era nueva, y de buena factura. Y las botas y el cinturón. Pero el antiguo esportillero tenía el corazón demasiado blanco para pensar otra cosa que un chascarrillo, se calmó a sí mismo razonando que habría encontrado quien pagase por los piojos.

No sería hasta mucho tiempo después que Juanchón caería en su error. Y resultaría demasiado tarde.

A Gundisalvo no le dio un apretón, ya le hubiera gustado que fuera así. Y no se puso nervioso. Al contrario, mantuvo la calma. En su juventud quedaba alguna cuchillada por culpa de lo que la Juana tenía entre las piernas.

—Mejor que el santo cáliz —seguía diciendo cuando alguien preguntaba sobre aquel secreto.

Y los años le habían regalado la indiferencia de quien no tiene más esquinas que doblar.

Apoyándose en el bastón, el *xebo* alzó una nalga y dejó escapar uno de aquellos largos cuescos de ciruela.

—Pellejo del carajo —lo insultó el Cuatrohostias—, no me hinches los huevos —con una sonrisa que el novato de la patrulla conocía bien—, o te enculo como al panadero.

La amenaza cayó en saco roto.

—Para encontrar putas lombrices —respondió el viejo—, lo mejor es escarbar en el *esterco* de un gallinero.

E intervino Sisnando, que todo lo miraba como una lechuza en la viga de un granero lleno de ratones.

—¿A quién buscas?

El Cuatrohostias aguantó un estornudo pinzándose la nariz, con tanta fuerza que las cejas le blanquearon y el muñón de la oreja se puso colorado.

El buen humor que traía empezaba a disolverse, y su tono se volvió menos amigable.

—¿A quién cojones va a ser? A ese hideputa de Mateo.

En los ojos de Sisnando brilló el deseo de cantar para el capitán un recital completo, incluyendo las nanas que había mamado. Pero, como todos los demás allí, aunque fingieran lo contrario, no tenía idea de dónde estaba el maestro de obras.

Gundisalvo salió al paso.

—Está a *murear* con los pintores, en el escritorio.

La mentira no coló. El Cuatrohostias dio un paso hacia el cepo, con la mano, pegoteada de mocos resecos, de camino a la empuñadura de la daga.

E iba a abrir la boca, para aclarar el asunto por las bravas, con cuatro, siete o nueve hostias, cuando otro estornudo salvaje lo

sacudió.

Fue entonces cuando llegó alguien más.

# IX

Jamás antes se había acercado a los talleres. No había tenido motivos para hacerlo. Y, por cómo pisaba, y por los ojos asustados, que miraban con temor hacia las enormes grúas, las macetas o los cinceles, como si cualquiera de ellos pudiera saltar y morderle, era evidente que no se sentía cómodo.

Zonio, el frade Zonio, miembro del cabildo, frade en Antealtares, era un auténtico hombre de Dios.

Llevaba la vocación pintada en el rostro, con una sonrisa beatífica que iluminaba su expresión. Tenía una cara que recordaba a una buena hogaza de pan, una que no estuviera cargada con hierro.

Se acercó con pequeños pasos, brillando la tonsura al sol de la tarde, cuidando de no pisar un solo charco y, de puro milagro llegó hasta el centro de los talleres, donde el puesto del maestro, sin mancharse con las tizas, las piedras o la cal.

Era hombre de intelecto y antes de inmiscuirse en la atareada escena que se topó, Zonio perdió unos instantes. Los trazos de las monteas de los arcos en las pizarras del suelo lo cautivaron. Era músico, conocía números, proporciones y geometrías. Y repasó aquellos trazos, alzando los dedos incluso, buscando los tercios y quintos que definían cada dovela de aquellos arcos que pasaban de ser dibujos a catedral.

Inmaculado y radiante, con su rala barba y sus cabellos finos, allí plantado, entre los bloques y los recios *arxinas*, enteco y poca cosa, parecía un borrón en un pergamino nuevo.

Zonio dio un brinco cuando el capitán estornudó. Así abandonó sus aritméticas y recordó qué le había traído hasta allí.

En los ecos del salvaje estornudo, como nadie más habló, el frade aprovechó su oportunidad.

—Benditos seáis, gloria a Dios que está en los cielos —la voz, cantarina y dulce, estaba hecha para entonar una loa al Señor durante la misa, no para hacerse oír en los talleres—, alguno de vosotros, hermanos, ¿sería tan amable de hacerme un favor?

La expresión del Cuatrohostias al contenerse resultó dolorosa para los demás. Fue como verle en el intento de orinar un pedrusco atravesado en los riñones.

Pero resultó que se dio la vuelta con la furia de un animal rabioso y tuvo que tragársela de golpe al ver quién había preguntado.

—La Providencia te alcance pronto, hijo mío —le soltó el frade antes de que el Cuatrohostias se hubiera recompuesto—. Sé que sois todos hombres ocupados, alabáis al Altísimo con vuestro trabajo, pero, si fuerais tan amables, me temo que debo robaros unos instantes, apenas un paternóster.

Aquella sonrisa, que tenía algo de mariposa y mucho de infantil, desarmó incluso a los hombres de la patrulla. El viejo Gundisalvo hasta apretó las nalgas para dejar escapar silenciosamente el portentoso cuesco que había preparado para contestar a las preguntas del Cuatrohostias.

Y el frade, tras asentir, como para sí, haciendo que el sol que se escurría hacia poniente arrancase un aura de santidad a su tonsura, siguió hablando.

—Comprendo que no tenéis tiempo para lindezas —al escucharlo entraban urgencias por persignarse—, pero, sin ánimo de molestar —o echarse de rodillas y ponerse a rezar—, ¿sería alguno de vosotros tan amable de indicarme dónde podría encontrar a Mateo?

# X

Gundisalvo y Juanchón se miraron cómplices. Al viejo le bastaba dejar las arrugas en su sitio, pero el antiguo esportillero, con aquel rostro lampiño y franco, no consiguió disimular que la pregunta le había alborotado otra vez las tripas, se agarraba el vientre con tanta fuerza como si, con soltarlo, fuera a caerse por un despeñadero.

Toda Compostela buscaba al desaparecido.

Y se hizo cargo el capitán del arzobispo.

—Eminencia —dijo el Cuatrohostias con ronquera, evidenciando que lo suyo era el hierro y no la palabra—, en ésas andamos...

Tuvo que tragar para guardarse la blasfemia, como un eructo de mala digestión.

—... Por el maestro de obras estábamos preguntando nosotros hace un instante.

Llegó otro estornudo salvaje.

Y aunque buena parte de los mocos acabaron en el hábito del frade, Zonio sonrió otra de aquellas sonrisas que el propio Mateo hubiera querido para sus santos de piedra.

—Hijo, no recuerdo si fue el Viejo o el Joven —explicó el frade con un dejo de reproche a su propia memoria—, pero uno de los dos Plinios recomendó besar un ratón para sanar los catarros. Sin embargo, creo que deberías acercarte a Antealtares para hablar con el hermano Gutierre, el herborista, te conviene poner atención a los asuntos de la salud...

Y, casi de inmediato, como un pensamiento de última hora, añadió algo más:

—... Y rezar, por supuesto, ponerte a bien con Dios, que es el único que puede sanar verdaderamente el alma, así como el cuerpo.

Y Zonio entregó otra de aquellas sonrisas de beato antes de continuar:

—Me he explicado mal, me temo, siempre se me ha dado mejor hacerme entender con mi música que con mis palabras —dijo con honestas disculpas—. Perdonadme.

Carraspeó, como afrontando un sermón delicado. Y les dio tiempo a todos de atravesarlo de parte a parte con miradas impacientes.

—No busco al maestro de obras...

Poco convencido, Zonio calló. Y decidió cambiar el hilo de su discurso, igual que hacía con su música, cuando retomaba la pieza desde el comienzo después de equivocarse en el cuarto compás.

—Hoy no se ha presentado para sus prácticas, y me he preocupado —incluso cuando frunció el ceño, mostrando que era sincero, continuó el frade rodeado de aquella aura de santidad—, el muchacho anda atribulado en los últimos tiempos y es una pena, está desperdiciando un talento único. No he conocido a ninguno como él.

Al Cuatrohostias se le atragantaron las maldiciones, tartamudeó incluso:

—Pero ¿de qué diablos...? —Se pasó aquella mano sucia por el rostro—. Eminencia, si no buscáis a ese hijo de la grandísima...

Contuvo un estornudo. Y se rehízo como pudo, con los mocos colgando.

—Si no buscáis al maese... ¿A quién andáis buscando?

Con aires de tutor cachazudo, el frade Zonio respondió:

—Busco a su hijo, al joven Mateo.

Y pese a la congestión, y las narices enrojecidas, el rostro del Cuatrohostias se iluminó.

—¡Cagüen la puta! Estarán juntos esos dos cabronazos —exultante, volviéndose a la patrulla, como si las palabras del frade lo

explicaran todo—. Le habrá ayudado, le tiene que haber ayudado...

Pero el frade se apresuró a alzar una mano, pequeña, sin callos, que se hacía rara allí, en medio de los talleres. Y meneó el índice en un gesto encantador.

—Me temo que eso es imposible —dijo Zonio como si lamentase profundamente hacer añicos las ilusiones del capitán—. Siento decirlo, por lo que puedo intuir... Bueno, no sé si sería la palabra adecuada, teniendo en cuenta lo que se ha escrito al respecto, no quisiera que discutiésemos ahora sobre axiomas o revelaciones, nunca he sido un buen teólogo...

Al Cuatrohostias le hervían los nervios, y no pudo contenerse.

—¿De qué demonios habláis? —soltó con la fuerza de uno de sus estornudos—, ¡¿cómo que es imposible?! Tienen que estar juntos, me cago en las babuchas de Mahoma, ¡tienen que estar juntos!

—Hijo, no vayas por ese camino —repuso Zonio condescendiente —, la ira no conduce a nada bueno, y casi nunca sirve de solución. Debes sosegarte, aprender del santo Job, que hizo de la paciencia virtud. Recuerda cómo Job le habló a Elihú...

—Eminencia —cortó el Cuatrohostias—, ahora mismo, con su perdón, a Job y a Elihú los puede encular el mismo demonio con los cuernos, uno para cada uno... Explíquese de una puta vez, ¿cómo que no están juntos?

Haciendo gala de la paciencia infinita que predicaba, el frade comprendió que no era momento de homilías.

—Discúlpame, hijo —el Cuatrohostias, oliendo el final pese a los mocos, incluso se inclinó hacia delante—. No pueden estar juntos. Precisamente por eso he venido a buscar al joven Mateo, porque yo acabo de estar con su padre...

# XI

Gundisalvo no sabía que existía un lugar así, tampoco Juanchón. Ninguno de ellos lo sabía, tampoco los soldados del arzobispo, y menos el Cuatrohostias, que la única vez que hizo algo con aire musical fue justo antes de entrar, cuando se le escaparon dos estornudos con un intervalo de una octava justa.

No tenían por qué saberlo.

Y no hubieran pensado jamás en buscar allí al maese que, o se había encontrado aquel lugar, o ya sabía de él, como de todos los rincones de la catedral, a la que conocía como la cicatriz en la palma de su mano.

En las capillas que rodeaban la girola, más allá del altar mayor con los restos del apóstol, había dependencias dedicadas a sacristía, y también un almacén peculiar.

Allí se guardaban trastos, como las pértigas que usaban los alcaldes cuando los peregrinos se soliviantaban.

A veces, alrededor de la verja que guardaba el sepulcro del Zebedeo se desataban pasiones en las colas y unos verdugazos con las pértigas ayudaban a mantener el orden y respetar los turnos.

Además de las pértigas, allí guardaba los instrumentos el cabildo.

Y allí estaba maese Mateo.

# XII

—Me cago en el caballo blanco del profeta y en todas y cada una de las putas palmeras de Caldea.

Había entrado allí con la orden en los labios, pero la escena, para la que no estaba preparado, le había retorcido el discurso al

Cuatrohostias.

—Yo salí tarde de refectorio —explicaba el frade Zonio—, y al no verlo donde se levantará el coro —señaló el tramo de la nave donde el propio maese había trazado ya la planta que se construiría—, que es donde solemos encontrarnos, imaginé que habría entrado a buscarme, pero, al abrir la puerta, me topé con el padre, y no con el hijo.

La última frase pareció hacerle gracia, como una broma que sólo él pudiera entender. Y, de inmediato, su rostro reflejó algo parecido a la culpa, como si le pareciese mal aquello.

—Ya sabéis, hijos, san Isidoro —señaló al capitán—, el arrianismo, el padre y el hijo...

Nadie le hacía caso. Y aunque se lo hicieran no hubieran comprendido, ninguno de ellos daba una higa por la teología.

Además, era imposible hacerle caso, la escena tenía algo magnético.

Estaban apretados, en una peculiar procesión que abarrotaba el umbral del almacén. Olía a ajo, a cebolla, a cuero. A hierro y sudor rancio. Tanta humanidad que no se distinguía la cera y las maderas finas de los instrumentos.

Y todos intentaban mirar, asomándose, inclinándose. Mientras, el frade seguía hablando.

—Me preocupé enseguida —decía Zonio con una sombra de lástima, con el dejo en el que hablaría de un menesteroso—. Recé tres avemarías, intenté ofrecerle un poco de agua, pero no atiende a razones. Fue entonces cuando pensé que debía buscar a su hijo. Cavilé que él sabría qué hacer.

Había allí arpas, salterios, vihuelas. Laúdes y el organistro que tocaba el padre Zonio. Era un tesoro de notas por sonar y melodías por escucharse. Labrados, taraceas, molduras. Había allí una

fortuna. Unos colgados, otros apoyados, e incluso una mesa donde, con pulcritud, se dejaban pergaminos y papeles con las partituras.

Desde allí salían para aderezar la misa o para acompañar liturgias de ocasiones especiales, como la Natividad, o el último día del año, cuando se conmemoraba la traslación del cuerpo del apóstol de Judea a Compostela.

No era el sitio de un *arxina*.

Era lugar para los músicos, para cambiar cuerdas rotas, para afinar.

—Afinando —dijo de pronto maese Mateo—, estarán *fingendo* los instrumentos...

No le habló a ninguno de los visitantes, no le habló a nadie. Lo dijo para sí. Abstraído.

Perdido.

El suelo estaba lleno de dibujos, había allí una fortuna en papel, hasta podía ser que en carboncillo.

Gundisalvo, apoyado en el bastón, se reconoció a sí mismo en uno de ellos. Un anciano, sentado con gesto venerable, sujetaba un salterio sobre las rodillas y sus manos buscaban lugar sobre las cuerdas.

Trazos limpios.

Estaba allí el borracho de Sancho, el antiguo herrero de los talleres, con un arpa, a punto de echarse a hablar.

Apenas unas líneas que contaban una historia y mil vidas.

Y Cirilo, que había recuperado ambas manos y sujetaba una vihuela con una y el arco para tocarla en la otra.

Sin un solo borrón.

También estaba Cristo. Coronado, con las llagas de los clavos, juez y redentor. Rodeado de los evangelistas.

Y alguien más, en medio de cientos, miles de trazos.

Alguien que dibujaba con frenesí, que pasaba de un papel al siguiente, que miraba embobado los instrumentos y los atrapaba con cuatro líneas.

Alguien que copiaba cada detalle. Los puentes, las teclas, los arcos. Los ribetes, las orlas, los entalles.

Sin un solo borrón.

Envuelto en polvo negro. En el susurro de los papeles.

Maese Mateo. Y una de sus manos sangraba.

# XIII

Conocía el lugar, por supuesto, era el maese, no lejos de allí estaba el tesoro de la catedral, del que sólo el maestro de obras y el arzobispo tenían llave, una estancia disimulada en las catacumbas de la catedral, quizá ya anteriores a la vieja basílica, nadie sabía la historia de aquel lugar húmedo y oscuro.

Mateo había pasado por delante de aquel almacén cientos de veces, descolgando las llaves que llevaba al cuello. Una para la puerta, la otra para el cofre donde se guardaban los pagos semanales que enviaba el rey. Dos marcos. Lo suficiente para sufragar las obras.

Quizás había ido a comprobar si las arañas se habían hecho cargo del cofre.

Nunca lo explicó.

Pero estaba allí, en el almacén de los músicos.

El rostro de cera, profundas ojeras, la barba despuntando como rastrojos, labios llagados por la falta de alimento. Y los ojos, uno de cada color, ardiendo. Ansioso, impaciente. Incapaz de enjaular en sus dibujos cuanto veía. Llegaba tarde. Muy tarde. Y se apuraba, los

trazos volaban, las líneas eran cuchillas. Con urgencia. La sangre salpicaba.

Cristo. Resucitado.

Los evangelistas, como profetizara Ezequiel, como describía el Apocalipsis. Hombre, buey, león y águila.

La Gloria, como la había descrito san Juan. Atrapada con negros trazos. El Juicio Final. La Gloria enjaulada en la arcada de un pórtico.

Los veinticuatro ancianos del coro. Y sus instrumentos.

Y Mateo en el centro, junto a un cadáver hecho de cuerdas y astillas. Astillas manchadas de sangre.

Restos del organistro de su hijo. El hijo que había desaparecido. El organistro que había destrozado a golpes.

No se había llevado a su hijo. Se había llevado aquellos trozos inservibles, los había sujetado con fuerza y había pagado el precio. Las astillas le habían arruinado la mano derecha, en la que aún conservaba la cicatriz que le dejara una esquirla helada mientras los perros de Compostela ladraban.

Negro y rojo. Carbón y sangre. Y los instrumentos de los ancianos que san Juan había visto. Veinticuatro en veinticuatro tronos. En torno al mismo Dios celestial, entre ángeles.

Llevaba horas allí.

Horas en las que no había hecho otra cosa que diseñar su pórtico. Uno de los dibujos, uno que mantenía frente a él, mostraba las tres arcadas, y en el centro ya no había borrones, o desesperación.

Había Gloria.

Y en el centro del arco, sobre todos ellos, mirando el uno hacia el otro, dos músicos tocaban el organistro en una melodía que sólo Mateo escuchaba.

—¡Atan! Unen lo viejo y lo nuevo, *xebo e xilón*, hebreos de un lado, gentiles del otro... ¡Ellos los unen! Sobre las puertas...

No les hablaba a ellos, ni a la patrulla, ni a Juanchón, ni al viejo Gundisalvo. Les hablaba a sus dibujos. A sus ideas. Señalaba y volvía a dibujar en una esquina limpia. Tres trazos con un rostro. Otro instrumento. Y cambiaba de papel. Pegotes de saliva reseca en las comisuras de los labios, sangre. Gotas, manchas. Carboncillo. Se balanceaba adelante y atrás.

Juanchón se acordó de que no era la primera vez, y echó la vista hacia el altar mayor, donde estaban los restos del apóstol. Como si pudiera mirar aún más lejos, hacia los talleres, hacia donde estaba aquel Zebedeo sin acabar, en el puesto de Mateo.

El Cuatrohostias mascullaba entre dientes. Furioso.

El único que habló, sin embargo, fue el viejo Gundisalvo. Se abrió paso a codazos. Empujó con su bastón y entró en la habitación, que apestaba a rancio, a sudor, a miseria.

—*Xilón?!*

# XIV

El hijo del mercader de paños, el que había conseguido un trabajo en la guardia del arzobispo gracias al donativo de su padre a la catedral. Que tenía cuerpo de toro pero sesos de gusanejo de la manzana, se rascó el cogote.

Apretujados en el umbral, atosigados porque no daba para respirar, con su capitán echando humo, no tuvo el novato la mejor de las ocurrencias cuando abrió la boca.

—Pero...

Se rascó con más fuerza, como si le ayudase a pensar. Y retiró la mano del cogote para echarse los dedos a la cara y hacer las cuentas sin equivocarse.

Iban para vísperas, el día terminaba. Y, por lo que parecía, el maese se había pasado la noche y el día en el almacén de instrumentos de la catedral.

—No ha podido ser él —dijo al fin con una sonrisa complacida.

Con la ilusión de aportar algo, convencido de que ayudaba. Ni siquiera advirtió que el resto de sus compañeros de patrulla, todos, cerraron los ojos y se agacharon media pulgada, como críos esperando un pescozón.

El Cuatrohostias se volvió, y para hacerlo empujó a Juanchón, que acabó entrando en el almacén y pisando los dibujos. Al tiempo que el viejo Gundisalvo se agachaba, con crujir de sus viejas rodillas, junto a Mateo.

—¡Te voy a decir yo lo que no puede ser! —estalló el capitán—. ¡Me cago en todos tus muertos! Lo que no puede ser es que seas hijo de tu padre, ¡zoquete de los cojones! Tú te has caído de un puto guindo.

Y el Cuatrohostias hizo honor a su apodo con cuatro sopapos que a otro más enclenque lo hubieran dejado sin un solo diente.

—¡Imbécil de mierda! Envía recado, que no toquen a los muertos. Que los dejen donde están. ¡Ni un pelo!

Y las mejillas ardiendo hicieron comprender al novato que no venía a cuento preguntar si el mensajero llegaría antes de que anocheciera.

Reculó sin siquiera llevarse la mano con la que había echado las cuentas a la cara, aunque sentía que había metido las narices en un horno arrebatado, listo para cocer pan.

Se fue a cumplir con la orden, y el Cuatrohostias miró al resto de la patrulla.

—¡Ni una puta palabra! Al que abra la boca le corto los cojones y se los hago pisar.

Paseó su mirada por todos ellos. Sin prestar atención a Juanchón, que se acercaba a Mateo y al viejo, para ayudar a poner en pie al maestro de obras, empeñado en recoger los dibujos.

Mateo hablaba del Apocalipsis y de la Gloria de los cielos. Y del concierto de los ancianos.

El Cuatrohostias repitió la orden:

—¡Callados como putas!

Y en cuanto quedó convencido de que la amenaza surtiría efecto, se volvió de nuevo hacia el almacén. Renegó. Chistó. Trincó las muelas en un mordisco que le abultó la quijada y, sacudiendo el mentón con rabia, aguantó otro de aquellos estornudos de caballo.

—¡Tú te vienes conmigo!

Había desenfundado y el puñal señalaba hacia los tres canteros.

Uno de los dibujos de Mateo cayó de sus manos, demasiado atareadas. Como una hoja de otoño, se balanceó en el ambiente cargado y se posó en el suelo con un susurro.

Era Judas. Tenía que ser Judas, que se había ganado su sitio entre los condenados de la arcada derecha. Algún día le haría compañía al glotón incapaz de tragar por culpa de la sierpe que le atenazaba el cuello.

Judas, el traidor, con su bolsa de treinta monedas de plata. Comido por la culpa y el arrepentimiento.

Y Mateo lo había dibujado como sólo puede hacerlo el que dibuja lo que conoce.

Era Judas.

Ahorcado.

# XV

—*Xilón!*

Las rodillas eran una tortura. La mano del bastón hacía tanta fuerza para conservar el equilibrio que Gundisalvo se hubiera caído de no ser porque llegó Juanchón para sujetarlo por un sobaco.

—*Xilón!*

El carboncillo se detuvo.

La mano derecha del maese estaba plagada de heridas. Tenía astillas clavadas.

—¡Maese! —se unió Juanchón.

Se atrevió incluso a sacudirlo. Con gentileza, con miedo a descoyuntarlo, porque Mateo parecía sujeto con clavos oxidados.

Cuando consiguió estirarse y ponerse en pie, al *xebo* se le escapó otro de aquellos cuescos que le fabricaban las ciruelas pasas.

Mateo pestañeó.

—*Xilón.* Que pintan morenas, ¡negras!

Mateo regresó. Poco a poco.

Juanchón intervino:

—Maese, estás sangrando.

Por primera vez, Mateo escuchó. Y siguió la dirección de la mirada del antiguo esportillero.

Cuando vio su mano, carcomida como si la hubiera metido un zarzal para sacudirlo con todas sus fuerzas, murmuró algo. Apenas audible.

—La Pasión. ¡La Pasión! Claro, hay que *engadir* la Pasión de Cristo...

Juanchón se atrevió a sacudirlo de nuevo, pero no sirvió de mucho.

—La columna donde fue azotado —balbució Mateo perdido en algún lugar lejano.

Y tras un suspiro apagado, la llama se reavivó. Volvió a hablar, lo gritó:

—¡La cruz, las espinas, la corona...!

Estaba más cerca, pero aún no había llegado a destino, sus ojos, uno de cada color, seguían velados. Se le había colado dentro la niebla helada de la noche.

Y el viejo Gundisalvo le dio la mano para que volviese al hogar.

—Los clavos, *xilón*, los clavos, la lanza, la jarra con vinagre.

Y como una flor en la nieve, de la barba cansada asomó una sonrisa. Y sus ojos, uno de cada color, recobraron el color. Uno con el color de una poza en la marea, con el azul del hielo nuevo, con el azul de los sueños perdidos en el horizonte. El otro, negro, como el carbón, como el abismo, como las pesadillas. Y los centró en el viejo Gundisalvo.

—*Xebo... Xebo!* Lo tengo...

No era el momento de compartir los progresos de la obra.

—¡Virgen Santa! ¿Has dormido?, ¿has bebido algo?, ¿buscamos a un médico hebreo? ¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Juanchón en una avalancha.

El maese volvió a parpadear, inseguro. Y pareció darse cuenta, comprender. Antes había mirado, ahora vio su mano herida. No contestó.

—¡Mi hijo!

Recogió los papeles. Mirada angustiada. Llena de prisa. Los ojos entornados, un soplido para apartar el cabello de los ojos y dos palmadas rápidas en la nuca.

Le pidió ayuda a Juanchón, y al *xebo*. Atrapaba sus diseños entre las manos, esparcía más sangre. Los recogía como si los sacase del fuego. Como si estuvieran ardiendo y tuviera que salvarlos.

—¡Marchó! —dijo entre jadeos.

Y seguía intentando abrazar a todos los profetas, los ángeles. Los evangelistas. Al mismo Cristo.

—¡He de encontrarlo yo!

No tenía tiempo Mateo.

—¡Tú te vienes conmigo!

La voz tronó en el almacén. Y detrás de la voz había un puñal desenfundado, el mismo que veinte años atrás había forzado la cerradura del antiguo maestro de obras.

## XVI

El río Cea serpenteaba entre álamos. Y los primeros calores, tímidos aún, habían hecho aflorar las ovas, que ondulaban de verde intenso en la corriente.

El día acompañaba, frío y crujiente, soleado. Y en la superficie del agua revoleteaban grandes cachipollas, alas frágiles que brillaban al mediodía y hacían por echarse a volar.

Derivaban río abajo e intentaban escapar del agua, a tiempo de evitar que alguna de las truchas, aposturadas en los canales entre las ovas, se elevase y las tragase de un bocado.

Y con una larga vara de avellano en las manos y el agua a la altura justa para privarle de presumir si bajaba los calzones, el rey Alfonso, el noveno de los que habían llevado la corona de León, observaba la escena con fascinación.

En el otero estaban las torres de Altafría, que levantara su padre, y la aldea, a la que llamaban Valderas los del lugar.

El rey esperaba noticias y, en tanto, intentaba agenciarse un almuerzo con las gordas truchas del Cea.

En la punta de la vara de avellano tenía un trenzado de crines de caballo y la liña terminaba en un anzuelo vestido con hilos, sedas y plumas.

Llevó la caña adelante y atrás, como si manejara un látigo. Y el señuelo, que pretendía parecerse a los esforzados bichos que apenas lograban escapar de los glotones peces, acabó por posarse en el agua, justo donde poco antes una de las truchas se había cebado.

La imitación derivó en la suave corriente, el rey contuvo la respiración, los nudillos en la vara blanquearon, había llegado el momento de la verdad.

Dos palmos, un palmo. Si la trucha se engañaba subiría desde medias aguas como una centella y se llevaría el anzuelo en la boca.

Tan pendiente estaba el rey que no se dio cuenta de la visita.

En la orilla, entre las tiendas y los hombres de su escolta, se armó revuelo cuando apareció una comitiva a caballo.

Santo y seña, advertencia de que el rey no quería ser molestado y dos gritos secos que, ahora sí, despistaron a su majestad.

No pudo evitarlo, miró hacia la orilla justo en el momento en el que la trucha se dejó engatusar por las plumas y el hilo.

Oyó la cebada, pero ya era tarde, el pez había tenido tiempo de sobra para comprobar que aquello no era comestible y, cuando reaccionó alzando la vara para clavar, sólo levantó gotas de agua.

Maldijo entre dientes.

Sólo pudo cobrarse venganza obligando al visitante a mojarse los huevos.

Cuando le hicieron señas de que traían noticias urgentes, el rey alzó una de las manos y la sacudió, para ordenar al mayordomo que se metiera en el agua y vadease hasta donde él se encontraba.

# XVII

Armengol de Urgel valoraba demasiado su puesto como mayordomo.

Ni siquiera protestó. Se quitó las botas de fino cordobán, que costaban lo que un mayorazgo, se quitó la capa, que costaba lo que un condado, y se metió en el agua.

No consiguió disimular. Su rostro contraído y el color que le robó el río, de aguas frescas, incrementaron la sensación de que acababa de salir de la tumba.

El rey lo observó de reojo, sin dejar de prestar atención a las truchas que, aquí y allá, atrapaban a las cachipollas sin darles tiempo de volar.

Y le habló antes incluso de que llegase a su altura en la corriente, cuando el mayordomo aún no se había caído más que dos veces.

—¿Qué ha dicho el tuercebotas de mi primo?

Armengol, tembloroso, con aquella piel del color de la barriga de un pescado, intentaba mantener el equilibrio, sin mucho éxito. E hizo lo que pudo por disimular su malestar.

—Aceptará que vos llevéis la corona, pero exige, como rey de Castilla, ser él quien os arme caballero a vos.

El rey renegó, pero no perdió el buen talante, algo que había heredado de su padre.

—Ojalá sea cierto que los de Lara le buscan las cosquillas —suspiró con una sonrisa laxa—. ¡Ojalá! Siempre ha sido un cabrón, con más pintas que las truchas —dijo el rey Alfonso señalando al río.

Y, antes de continuar, le mostró al mayordomo el señuelo que tenía en la mano.

—Envuelto en plumas y sedas, pero con un arpón escondido —dijo el monarca, como si bastase para explicarse—. Quiere que le lama el culo a cambio de dejarme en paz...

No había mucho que decir, y Armengol estaba demasiado ocupado intentando que la corriente no lo derribase, él no tenía la fuerte constitución del monarca.

El rey miraba hacia la fortaleza del otero.

—Si mi padre no se lo hubiera gastado todo en coños y ladrillos.

Se quejó como del mal tiempo, con la resignación de saber que no tenía remedio.

—Por el momento —añadió con la boca de medio lado, a regañadientes—, tendré que dejarme encular, aunque ese mamón miente más que habla, veremos si cumple su palabra y deja en paz las tierras de León...

Quedó el discurso a medias, una trucha de buen porte, más de tres libras, abrió la bocaza a apenas cinco varas. Ascendió majestuosa y engulló al insecto con un glup que dejó bailando en la superficie del agua una burbuja.

No volvió a hablar el rey hasta que comenzó a maniobrar con la caña para ofrecerle una nueva comida a la pintona, una que, como había dicho, escondía un arpón entre sus lujos.

—Algún día se las haré pagar, lo juro, algún día se las haré pagar...

La artificial se posó en el agua, tres palmos por encima de donde la trucha aguardaba, y flotó corriente abajo.

Ya no había más de qué hablar y, sin quitar los ojos de la pesca, el rey le dijo al mayordomo que lo dejara tranquilo, pero el mayordomo carraspeó.

En ese momento la trucha se dejó engañar, dio dos coletazos, abrió la boca y se tragó el anzuelo vestido.

El rey levantó la vara para clavar y empezó la pelea. Salpicaduras, chapoteos carreras y la liña, tensa, combando la vara de avellano. A un extremo, el pez luchando por su vida, al otro, un hombre sonriente que, al menos en ese momento, no tenía corona.

Pero su mayordomo guardaba algo más en el tintero y, después de volver a carraspear, dejó caer lo que le perturbaba.

—Hemos recibido nos una epístola firmada por el obispo de Toledo y el de Braga.

Mucho más preocupado por vencer a la trucha, el rey gruñó. El pez, intentando salvar la vida, se había metido debajo de las verdes ovas. Y la liña se enredó en los largos tallos de las plantas.

—Ambos han decidido subir la oferta, confían en que vos devolveréis a Mérida su arzobispado.

Moviendo la vara de avellano a un lado, tratando con mimo la liña, temeroso de que partiera y perder la pieza, el rey contestó sin volverse.

—Son como urracas —gruñó—, lo que les jode es que Compostela brille más.

—Nos creemos que vos convendría, majestad. Que le convendría al reino.

Con una loca carrera, la liña siseó en el agua. La trucha había salido de su escondrijo y nadaba río abajo poseída por tres demonios. El rey tuvo que echar a correr tras ella, si se podía correr con el agua por las caderas y los pies enredados en las ovas.

—No chifles —espetó entre chapoteos—, que no eres músico. También te convendría a ti, que por algún lado habrás metido mano. No seas codicioso.

—¡Nos jamás nos atreveríamos!

Con un último coletazo, la trucha se desprendió del anzuelo. Y el rey, sin la tensión de la pelea, cayó al agua.

El mayordomo hizo ademán de ayudarlo, aunque hubiera sido inútil con sus brazos de anguila famélica.

Y el rey Alfonso no necesitaba ayuda, salió sacudiéndose como un perrillo, con la expresión radiante de quien comprende su derrota.

—¡Ojalá todos mis capitanes tuvieran los mismos cojones que esa trucha! —celebró señalando río abajo, por donde ya andaría el pez con un terrible dolor de muelas.

Chorreando, se volvió hacia su mayordomo.

—A mi padre le gustaba Compostela —dijo rotundo—, y a mí también.

La felicidad se fue apagando mientras recogía liña y traía el artificial a la mano.

—Si ese tal Mateo cumple y si el arzobispo Suero roba menos que sus predecesores, Compostela se merece ser el faro de León. Eso quería mi padre.

Volvió a mirar hacia la fortificación que coronaba el otero en la orilla del Cea.

—El viejo tenía sus cosas —añadió el rey—, pero solía acertar, y pienso beberme una jarra a su salud. Así que no jodas más con Compostela. Así lo quería él.

Rumió lo que acababa de decir y acabó por asentir para sí, convencido.

—Si cumplen, ya no se marea más la perdiz —y volvió a repetir—. Así lo quería el viejo.

Y le lanzó la caña al mayordomo, a quien se le hizo imposible reaccionar a tiempo. Cayó al agua, braceando, enredado en la larga vara y la liña.

Y mojado de pies a cabeza aumentó aquella sensación de bacalao desalado.

Boqueó, trastabilló, volvió a caer. Torpe. Cuando se puso en pie, el rey estampó algo en una de sus manos, con un empujón que casi lo mandó de nuevo a la corriente del río.

—Hay algunos como el cabrón de mi primo, que están todo el santo día pensando en cómo joder —dijo, vadeando ya hacia la orilla

—, y los hay de peor calaña...

Y se volvió, sin terminar. Como si tuviera que darle la espalda a su mayordomo. La juventud no le había dejado enraizar la seguridad que un rey necesitaba de tanto en tanto.

Dio unos pasos más, levantando las rodillas, acostumbrado a vadear, y terminó lo que había empezado.

—Al hideputa de mi primo se le ve venir. Pero los hay de peor calaña, los hay que, además de ser cabrones, no vienen de frente. A ésos mi padre los llamaba cabrones retorcidos.

El mayordomo miró lo que el rey acababa de darle. Era aquel señuelo. En su pelea la trucha había conseguido desbaratar el anzuelo. Como un alambre viejo, estaba retorcido.

Ya a unas brazas de distancia, el rey sentenció el asunto. Se detuvo, balanceándose en la fuerza de la corriente. Era un tipo gallardo, las horas a caballo y con la lanza habían ensanchado los hombros, la túnica mojada drapeaba los músculos del pecho.

Y, quizá, por primera vez desde las atribuladas Cortes de León, a las que acudió cuando decían de él que sólo necesitaba afeitarse los domingos y fiestas de guardar, el rostro del joven rey fue el de un hombre, y no el de un muchacho.

—No jodas más.

Señaló a Armengol con la mano abierta, como si fuera a dar un sopapo.

—De momento me haces ganar más de lo que robas, por eso te aguanto, pero no tientes la suerte. Si ellos cumplen, yo cumpliré. Así lo hubiera querido mi padre.

# Piedra y maleza



## I

Hubo suerte. Ese año, como veinte años atrás, la primavera se mostró tímida, o perezosa. Le dejó al invierno remolonear. Y el frío ayudó a espantar las moscas, y el tufo en el Penedo.

—No es cristiano —rezongó el Cinchas, y lo hizo santiguándose a toda prisa, en un gesto al que la costumbre había dado velocidad.

Y su compañero, que peinaba canas desde que gateaba, que llevaba allí tanto como para haberlo visto casi todo, miró hacia los bultos, se llevó las manos frente a la cara, dejó escapar su aliento en un intento por calentarlas y las frotó enérgicamente antes de volver a arrimarlas a la hoguera, prendida con astillas, restos de cuñas y sobrantes de madera.

Finalmente, se encogió de hombros.

—No nos pagan para dar misa —repuso el Cuñas cachazudo.

Y, aunque fuera a regañadientes, con un último pase de las manos mutiladas sobre la fogata, ambos se dispusieron a empezar la jornada en la cantera.

# II

En el Penedo, el monte había sido herido. El hombre enmendaba la obra del Creador.

El monte llevaba un mal corte de pelo, como si tuviera sarna y la enfermedad le estropeara las greñas. El sotobosque, de tojos que querían echar las primeras flores, y de zarzas acogotadas por el invierno, se despelucaba en todas direcciones. Y los árboles estaban tronchados. Con ramas rotas erizadas de astillas, brillantes de humedad helada.

Bajo ellos, entre la tierra y la grava, el *tajo*.

Así lo llamaban todos, el Tajo. Como si fuera una aldea, el pueblo de un primo. Allí se ganaban la vida.

Lo llamaban Tajo. El Tajo del Penedo. Y eso era. Un corte en el monte. Como si hubiera caído el hacha de un gigante, un hacha mal afilada.

El Tajo era una frontera entre naturaleza y hombre.

El bosque, desordenado, ordenado a su manera, se detenía de golpe. Se rompía. Y daba paso en un precipicio que el Señor no había dejado allí tras el primer día de la Creación. A los pies de los árboles rotos, sus raíces, como manos descarnadas saliendo de tumbas, colgaban sobre el vacío del Tajo. Sobresalían de la capa de tierra, negra y fértil, en un vano intento de encontrar asiento, y se secaban y pudrían, comidas por la helada.

Bajo ellas la pared de granito.

Imponente. Gris profundo, como el océano encapotado. Poderoso. Una enorme bestia descansando para siempre. Hasta que los hombres jugueteaban con ella, entonces, en ocasiones, perdía la paciencia. Y se cobraba venganza.

La parte alta, justo bajo el manto de tierra, tenía pecas de óxido, fisuras por donde habían corrido las lluvias, viejas heridas que daban fe de tanto tiempo como llevaba allí. Más abajo se volvía coqueta, y más dura, casi imposible para las cuñas y los martillos.

Allí el Tajo tenía escalones, como una escalera para titanes griegos. Allí estaba el trabajo de los *arxinas*. Que le arrancaban al corazón de la Tierra sus joyas.

Había allí más de cincuenta canteros. Envueltos en cuero y lana, armados de hierro. Entre postes, andamios y puntales. Deambulando por pasarelas que se volvían laberintos.

Llevaban años allí. Tenía fama el Tajo de haber parido sillares en los tiempos del obispo Gelmírez.

Había tenderetes cubiertos de lonas enceradas. Un galpón donde un zamorano recontrahecho, con tan mala leche que picaba el vino con mirarlo, se encargaba del rancho. Otro con un herrero y su aprendiz, un toledano casado con una de Neda y doce hijos. Había un barracón para los solteros que dormían allí mismo, pese al frío y la humedad. Y puestos donde se repartían las cuadrillas. Y las órdenes.

En la cantera de Penedo, a unas leguas al noroeste de Compostela, mandaban dos hermanos: Cinchas y Cuñas. A uno le faltaban tres dedos de la mano izquierda al otro el pulgar de la derecha. Habían pagado el precio que la piedra exigía.

## III

Las cuadrillas, de nueve hombres cada una, ésa era la costumbre en el Tajo, barrenaban la roca a base de sudor y hierro. Los más jóvenes sostenían los enormes punteros forjados y los hacían girar

entre golpe y golpe de marra. Golpes que daban los veteranos, repartidos por parejas.

Los seis con experiencia, en tres pares, se subían a la loma del futuro bloque, con grandes marras de hasta una arroba, y los tres que empezaban a conocer el oficio se encargaban de ponerse debajo y rezar para que nadie fallase cuando caían los golpes, que eran como truenos.

Y tronaron, secos y duros, llenando el Tajo, antes de que el amanecer se convirtiese en mañana.

Las cuadrillas se habían repartido. Por culpa de los muertos, una de ellas había tenido que abandonar el trabajo previo y buscar otro lugar prometedor, pero ni al Cuñas ni al Cinchas les había dolido, sobraba granito donde deslomarse y de aquel tramo, agrietado, con un tono arenoso que sugería piedra más blanda, hubieran salido bloques pequeños, restos para dovelas y tallas. Los peor pagados.

Los muertos les habían servido de excusa para atreverse con un parche gris recio, más uniforme, como un brochazo que, con suerte, rendiría un bloque sano de buenas proporciones.

Gatón, el boyero, había prometido una recompensa para la primera cantera, fuera cual fuera, que consiguiera un bloque para los dinteles de la nueva fachada.

Y, con un cincel plano, el Cuñas marcaba la línea de las barrenas para los próximos días, pensando ya en cuánto podrían sacar en limpio si acertaba, cuando aparecieron los caballos.

No pudo terminar su tarea, tenía que recibir a los visitantes.

—Así se pagan las buenas acciones, ¿quién le mandaría dar aviso? —dijo el Cuñas a su hermano cuando se alzó—. Teníamos que haber emborrachado a Gatón y asegurarnos de que olvidara del asunto.

Y el Cinchas renegó.

—¡Claro! Podíamos haberlos despachado en la maleza —soltó airado—. Muy cristiano habría sido, dejarlos para las alimañas... Gatón hizo lo que había que hacer.

En realidad, no había enfado. Eran hermanos, pero no había día que no discutieran.

—Deberías haberte hecho frade y no cantero...

—Vete a cagar.

—Eso sí que es cristiano. Que yo sepa, todo cristiano tiene que cagar de vez en cuando.

Ya bajaban de uno de los peldaños del Tajo y se dirigían hacia los visitantes. Al primero que desmontó lo reconocieron enseguida. El Cinchas, a quien le gustaban los dados casi tanto como la sidra, había pasado más de una noche durmiendo la mona en los calabozos que el arzobispo tenía en los antiguos establos del palacio.

—Mejor habría sido emborracharlo... Nos hubiera ahorrado tiempo —insistió el Cuñas con un suspiro—. Y problemas. Esto va a ser un mierdero. No sé de dónde, pero nos van a caer palos, seguro.

—Serás zoquete —soltó el Cinchas—, ¿Y si fueras tú? ¿Y si fuera yo uno de esos pobres desgraciados?

Miró a su hermano, que no contestaba, e hizo una pregunta más.

—¿No te hubiera gustado que alguien tuviera la cristiana caridad de dar aviso?

—Hombre, si fueras tú, es cierto, me hubiera gustado saberlo —reconoció el Cuñas rascándose el cogote con un ataque de sinceridad, pero volvió a las andadas enseguida—. Pero no caerá esa breva, me moriré escuchándote bisbisear tedeum en mi oreja.

El Cinchas se sacudió.

—¿Cómo puedes ser así de bruto? Deberías confesarte.

Y el Cuñas no se arredró.

—Prometo que lo haré —dijo con una sonrisa que era como el granito al que había dedicado su vida, dura y gris—. En cuanto repartan hogazas en lugar de hostias.

## IV

El granito tenía allí un tono más claro, de óxido viejo y relavado. Y, todos, no sólo el Cinchas y el Cuñas, sabían que de allí no saldría un gran bloque, como también sabían que había que hacerlo igualmente. Quizá la veta tenía sólo unos pocos pies, quizá apenas profundidad. Y más abajo podía haber algo que mereciese la pena, algo de lo que saliese la recompensa.

En el Tajo se veían los trazos del *andar* de la piedra, entre las pecas de liquen y las manchas de la roca. La pared mostraba por donde podía partir, si el ojo del cantero sabía verlo.

Bajo uno de esos trazos estaba el escalón donde habían quedado los cuerpos.

Como puntadas de una enorme aguja, las barrenas trazaban con sus agujeros una línea que, si el Cuñas no se había equivocado, seguiría la veta natural por la que partiría limpia, sin tronzarse de través y arruinar el duro trabajo de días.

Y dos días antes habían terminado la jornada preparando en cada barrena el juego de cuñas de castaño.

Ahí seguían, en medio de toda la sangre. Junto a las dos lonas enceradas que habían salido de uno de los tenderetes y que tapaban a los muertos.

## V

Tuvo que gritar para hacerse oír. El resto de las cuadrillas había empezado a trabajar y el repicar de los hierros era ensordecedor.

Había trabajos más jodidos que decidir la intendencia en el palacio.

—¡La puta! —soltó el Cuatrohostias al abandonar la pasarela y pisar la piedra.

Sus suelas intentaban agarrarse a la huella, rota y quebrada, por donde el granito había cedido semanas antes, al arrancar el bloque anterior.

—¿Ha habido algún derrumbe?

Sabía lo que había venido a encontrar y, aun así, el Cuatrohostias se sorprendió.

Los dos hermanos, el Cuñas y el Cinchas, suspiraron con desagrado. La pregunta del capitán era una memez por más de un motivo. Así que dejaron a un lado las lonas enceradas, que uno de sus aprendices recogió a la carrera, y se armaron de paciencia, o lo intentaron. Porque lo que necesitaban era seguir trabajando, les pagaban por bloque entregado, no por palabras.

—No, no ha habido derrumbe, brotaron como hongos —contestó el Cuñas cargado de retranca—, lo raro es que a los hongos no les va este frío...

Y el Cinchas, que conocía la fama del Cuatrohostias, se apresuró a intervenir. Habló antes de que su hermano hubiera terminado.

—Se lo dijimos a Gatón. Aparecieron así. Estaban ahí cuando empezamos la jornada ayer. Rezamos dos paternóster y se dio aviso. Al momento.

El polvo de las barrenas se esparcía como niebla y el Cuatrohostias soltó un estornudo de caballo, se restregó los mocos en el guante que se había puesto para montar, con el frío las riendas

podían ser una tortura, e intentó preguntar algo más. Pero los hermanos no le dejaron.

—Hace seis semanas que no hay derrumbes —apuntó el Cinchas —, sea lo que sea lo que les pasó a estos pobres, no fue aquí, los trajeron.

—Y no teníamos zorra idea de quiénes eran hasta que llegó Gatón —continuó el Cuñas.

Y Gatón, con ayuda de los aprendices, que tuvieron que dejar las lonas para echarle una mano y que salvase la altura, se encaramaba en ese preciso instante a la pasarela donde se habían apoyado los canteros para barrenar.

—Ellos no saben nada —dijo poniéndose en pie sobre las tablas, con la práctica de quien lo ha hecho a menudo—. Y fui yo el que pidió un voluntario para llevar palabra a Compostela.

Tenía ojeras y el rostro descompuesto. No había dormido. Y sus palabras habían sido un lamento. Como si pidiera perdón. Como si tuviera demasiado por lo que arrepentirse.

—¡No jodas ahora! —le espetó el Cuatrohostias—, hiciste bien.

Gatón, sin embargo, no parecía convencido. Tenía el rostro ceniciento y no se atrevió más que a echar un reojo hacia atrás, uno solo.

Junto a los caballos estaba la patrulla de los hombres del arzobispo. Tenían compañía.

Ido, cabizbajo. Al pie de una de las monturas, estaba también maese Mateo, cargado con grilletes.

## VI

Todos tenían prisa.

Mateo quería volver a las obras. Los canteros querían seguir con su trabajo. Gatón esconderse bajo tierra. Y el Cuatrohostias que no se le escapara la oportunidad que llevaba esperando veinte años.

—¿Estás seguro de que son ellos?

Le costó al antiguo boyero volver a mirar hacia los cuerpos que señalaba el capitán.

Eran dos guiñapos sanguinolentos a los que el día esperando la caridad de una sepultura no había hecho ningún bien.

Gatón recordaba una ocasión en la que el crudo invierno había empujado a los lobos, hambrientos, a los valles.

Uno de sus compañeros, cuando veinte años atrás se dedicaba a llevar las piedras desde las canteras, hacía un penoso viaje, por el barro, el frío y la cojera de uno de sus bueyes, que había perdido una herradura y tenía una pezuña infectada.

Los lobos habían atacado. Y el resultado había sido una carga volcada, un buey espantado monte arriba, otro muerto a dentelladas y un boyero aplastado.

Además de los restos del buey, donde engordaban los cuervos, lo que se encontraron se parecía a lo que había allí, en uno de los escalones del Tajo.

Víctimas de un derrumbe, o lapidados por una muchedumbre furiosa.

—¿Estás seguro de que son ellos? —repitió el Cuatrohostias impaciente.

Uno de ellos tenía en la sien un boquete astillado por el que, entre la sangre, las guedejas pegoteadas y los trozos de hueso, se veían los sesos. El otro tenía la boca tan maltrecha que los labios se hundían sin dientes en los que apoyarse. Brazos y piernas, deslavazados, se empeñaban en ángulos imposibles. El más alto, a quien la cota de malla no había servido de nada, tenía las dos

manos a la espalda y una le asomaba en una burla extraña por encima de la coronilla.

No les quedaba un hueso sano.

Había en la piedra un pegote sanguinolento, Gatón no pudo evitar mirarlo. Un pegote que quería brillar. Una uña que había saltado como una simiente mojada.

Logró asentir, justo antes de que el Cuatrohostias repitiera por tercera vez la pregunta.

Y Gatón ya no escuchó al capitán dar la orden.

Subió por su garganta como una rata asustada por un canalón. Le explotó en la boca, ácido y amargo. Gatón no escuchó nada, no vio nada, intentaba contener el vómito.

## VII

—¡Traedme a ese hideputa! ¡Ya!

Ésa fue la orden del Cuatrohostias.

Y los de la patrulla acercaron a Mateo, que estaba allí. Y que no estaba allí. Lo habían sacado del calabozo antes de amanecer, del mismo pesebre de mulas que había conocido veinte años antes. Le habían ofrecido un currusco de pan y un poco de agua salpicada de vino. Y lo habían obligado a montar. Lo habían traído a rastras. Pero su cabeza seguía con sus dibujos, con su hijo.

No prestaba atención, pero se dejaba hacer.

—El chico —dijo cuando lo auparon al Tajo—. *Meu fillo.* Tengo que encontrarlo yo.

Mateo tuvo que ver a los muertos, era imposible no hacerlo. Verlos. Olerlos incluso porque, pese al frío, la muerte no perdonaba jamás y aquellos desechos apestaban por debajo del intenso aroma

metálico de aquel invierno avaro aferrado a las tierras del fin del mundo.

Verlos, olerlos incluso, y reconocerlos.

Tenía que reconocerlos. Eso era lo que esperaba Ruy Ansúrez, el Cuatrohostias, tan emocionado que ni siquiera estornudó.

Pero el maese ni se inmutó, miraba con más atención al Tajo, a las vetas oscuras que partían el granito, a los remiendos de liquen y a las marcas de las barrenas.

Gatón consiguió alzarse, con una mano sobre la boca y la otra sobre el estómago, tembloroso, pálido.

—Este mediahostia dice que iban a joderte la vida —soltó el capitán.

Todas las cuadrillas miraban el espectáculo, pese a las protestas del Cinchas y el Cuñas, los hombres no querían perdérselo.

Nadie trabajaba.

Querían saber, porque ni siquiera tenían idea de quiénes eran los muertos. Sólo que se los habían encontrado allí, en el Tajo, la mañana anterior. Y que luego había aparecido Gatón, tras aquella piedra que llevaba buscando meses.

Y Gatón, pese a que ambos rostros eran un amasijo pulposo, sabía los nombres de los dos guiñapos.

Eran los hombres que le habían ordenado no cumplir las órdenes de Mateo en un figón en las orillas del Cabe, los dos que le habían amenazado para obligar a su amigo a fracasar.

—Lo siento...

Fue un murmullo, apenas audible, pegoteado de ácido y amargo, con regusto a vómito.

Se sentía culpable y Gatón miraba a su amigo con ojos suplicantes.

—Tenía que avisar...

Mateo lo miraba sin comprender.

—No puedes seguir así —continuó Gatón, debatiéndose entre la vergüenza y el deber—. Has ido demasiado lejos.

Terminó señalando a los dos muertos.

Eran Huges de Albi, conocido como maese Hugo, y el caballero de Santiago al que llamaban Yáñez.

## VIII

El Cuatrohostias saboreaba la victoria.

—¡Cierra la puta boca, meapilas! —le gritó al antiguo boyero.

Y se volvió hacia Mateo, que ni lo miraba, ni a él ni a Gatón. Tenía los ojos clavados en el Tajo. Escudriñaba con tanta atención el granito que no era consciente siquiera de los hierros en sus muñecas o de los gritos del capitán.

—No pudiste aguantarte, ¿verdad? ¡Me cago en el califato! Te oliste el pastel y cortaste por lo sano, ¿verdad?

El Cuatrohostias dio un paso entre las barrenas hincadas con cuñas. No podía callarse.

—No fueran a joderte tu preciosa catedral...

Cogió el rostro de Mateo con sus manos, obligó al constructor a que lo mirase.

No sirvió de nada. Quedaron frente a frente, sí. Pero los ojos del cantero, uno de cada color, seguían prendidos del granito del Tajo.

—Como hace veinte putos años...

Al borde del grito, y el Cuatrohostias sacudió al cantero.

Y entre las cuadrillas corrieron bisbiseos, algunos habían trabajado en la catedral, otros tenían hermanos o primos que lo hacían, todos sabían de qué hablaba el capitán. Todos conocían la fama del

maese. Y todos, todos, habían oído los rumores sobre cómo había conseguido que el arzobispo lo eligiese veinte años atrás.

El muñón en la oreja del Cuatrohostias se había vuelto del color del vino rebajado.

—¡Mataste a Verrondo!

Gatón había humillado el mentón, era incapaz de mirar hacia su amigo.

El Cuatrohostias soltó por fin al cantero, que giró el rostro para que mirase hacia donde lo hacían sus ojos, un punto en la piedra gris y rotunda.

Lo último que dijo el Cuatrohostias antes de que los interrumpieran lo dijo en voz baja, aguda, entre labios apretados, casi un silbido.

—Vas a confesar —tascó bajo el ceño fruncido—, te tengo cogido por los huevos. Y no te voy a soltar hasta habértelos reventado.

Bajó aún más la voz.

—¡Yo no soy ningún imbécil! No soy uno de tus aprendices. Vas a pagar.

Tenía la voz tomada por los mocos, pero la amenaza hervía.

—Vas a pagar por lo de hace veinte años —continuó el Cuatrohostias—. Y vas a pagar por esos dos hijos de puta. ¿Me has oído? Vas a pagar. ¡Lo juro!

Pero Mateo no prestaba atención. Contestó, pero sin dejar de mirar al Tajo.

—*Mureé* toda la noche yo.

Los rumores corrieron por la cantera. Cada cual en las cuadrillas tenía su opinión, y todos se animaban a ponerse de una parte o la contraria.

No tuvieron tiempo de alcanzar un acuerdo.

Llegaban más visitantes.

# IX

Venía el arzobispo, a todo galope sobre un pío imponente. Parecía un capitán de Castilla cargando contra los almohades en las Extremaduras.

Lo seguía, como siempre, una bandada de canónigos, con pinta de chicuelos asustados por el brío de los caballos. Deseosos de tirar de las riendas y frenar aquel galope que había llenado los flancos de espuma blanquecina y que traía a las monturas con los ollares abiertos y los ojos espantados. Al contrario que el arzobispo, los canónigos botaban en las sillas como bellotas caídas al suelo.

Por último, venía un carromato que se había quedado atrás.

Cuando se detuvo junto las fogatas, los cascos del semental arrugaron la tierra y despidieron terrones que sisearon en las llamas. Suero descabalgó con la gracia de un jinete experimentado.

No se molestó en saludar. Pasó las riendas, con un nudo suelto, por el arzón de la silla, subió los estribos en las cinchas para que no golpeasen los flancos y dejo al pío resollando cuando echó a andar. En todo el proceso no cejó de buscar, con ojos tan inquietos como los de los caballos.

Tieso como una flecha se fue hacia el Tajo.

—Hay que acabar en un mes —ordenó el arzobispo con la voz hecha trueno.

Menos los muertos, todos lo miraban, pero Suero no les hacía caso. Se dirigía a Mateo y, como siempre, no hicieron falta preguntas, el arzobispo ya se adelantaba por su cuenta con las respuestas.

—Ha llegado mensaje del rey Alfonso, estará aquí para el primer día de abril, el pórtico ha de estar terminado —sentenció Suero.

Fue una patada en la boca del estómago, el maestro de obras se dobló con el rostro contorsionado.

Y cuando consiguió recuperarse, una vez más, no tuvo tiempo de hacer la pregunta.

—Ese...

Frustrado, el arzobispo resopló. Necesitó un amén para rebuscar en la memoria y encontrar el modo de decir lo que tenía que decir.

—Ese descastado de Armengol nos ha mentido. —Suero tuvo que morderse los carrillos para dejarlo estar y no soltar en voz alta el resto de los apelativos que se le ocurrían—. Nos dio un plazo...

Volvió a resoplar, como seguía resoplando su caballo, todavía intentando recuperar el resuello junto a las fogatas.

—Nos dio un plazo. Y al rey le dio otro... —el arzobispo bajó el rostro—. ¡Un mes antes!

Y pasó de una ira muy poco cristiana al desespero de un mártir.

—Algún negocio le va en el asunto —elucubró Suero—. Quiere que fracasemos.

Mateo reaccionó con fuerza. Con más de la que había mostrado desde que el Cuatrohostias mandara aherrojarlo.

—*Bai*. Puedo hacerlo...

Caviló por un momento, echando cuentas. E insistió:

—*Bai.* Para las calendas de abril.

Pese a aquel aspecto, de veterano de la ribera del Guadiana contra el moro, al arzobispo se le puso cara de niño recibiendo un regalo. Pareció dispuesto a dar un brinco, encaramarse al Tajo y abrazar al maestro de obras.

No pudo hacerlo. El Cuatrohostias intervino.

—Eminencia —carraspeó nervioso, y el muñón de su oreja tenía el color de una guinda a punto de caer al suelo—, con todos los amenes, salves y aleluyas que queráis, pero a éste...

Carraspeó de nuevo, retuvo un estornudo y el rostro se le enrojeció al refrenar el impulso de restregarse los mocos. Llamaba la atención cómo, a costa de visibles esfuerzos, era capaz de tragarse sus habituales blasfemias con el obispo delante.

Era como verlo desnudo. Y aquella voz rijosa, contenida, casi tartamuda a veces, podía, igual que la desnudez, resultar aún más intimidante que toda una colección de barbaridades entre salivazos.

Lo dijo muy despacio. Entre dientes apretados, bajo el muñón grana de aquella oreja que se había quedado un moro de trofeo.

—A éste el único trabajo que le queda es colgar de la horca...

## X

El arzobispo miró los cadáveres como un buey rumiando, por pura hambre, un rastrojo duro y reseco.

Y, pese a los nervios evidentes, el Cuatrohostias aguantó.

—Esa cantinela sólo demuestra que Armengol no es trigo limpio —sentenció Suero.

Había escuchado a su capitán. A Gatón, comido por la vergüenza y la pena, pero convencido de que su amigo estaba detrás de las muertes. Y, aun así, el arzobispo no volvió a abrir la boca hasta que aquel carromato retrasado alcanzó la cantera de Penedo.

Como aleteando, del carromato se bajó el frade Zonio que, nada más verlos, aun sin subirse al Tajo, les dispensó una señal de la cruz y empezó a recitar bendiciones bienaventuradas que el arzobispo de Compostela cortó en seco:

—Dime cuándo te lo encontraste en el almacén.

El frade tuvo que tomarse un instante para entender de qué le hablaban.

—Eminencia, poco antes de sexta —respondió Zonio con esa voz suya que parecía siempre a punto de arrancarse a cantar—. Recuerdo bien que aún estaba yo digiriendo los salmos de tercia que nos había brindado el hermano Recaredo, y tenía un breve momento ocioso antes de cumplir con la revisión de...

La mano del arzobispo lo hizo callar.

Volvió Suero a rumiar aquello. No exculpaba al maestro de obras. El tiempo no sobraba, podía haberlo hecho, muy justo, pero podía. Ellos habían tardado menos de una hora en llegar allí.

Miró al cielo, pidiendo consejo. Suya era la potestad, Suero era juez en el señorío de Compostela.

Miró a los muertos. Había alguna mosca, pocas gracias al frío, pero su zumbido daba dentera.

Miró al capitán, que parecía masticar grava.

No se oía el repicar de hierro contra hierro. Ni uno solo de los canteros trabajaba, todos miraban hacia el Tajo, con los ojos gachos, avergoñados. Cruzaban bisbiseos que no se oían, pero que zumbaban más alto que las moscas.

Aquel hoyuelo de su mentón volvió a moverse.

Miró al maestro de obras, al hijo de Arrio. Había sido un niño asustado, un aprendiz ninguneado, un oficial menospreciado. Y jamás había visto en él una pizca de rencor. Jamás. Pero ahora, bastaba verlo para dudar.

Miró entonces al antiguo boyero. Y, en un impulso, como si acabase de tener una epifanía, Suero se acercó a él.

Y le habló como si lo estuviera confesando, con un susurro que fue esclavo de ellos dos, y sólo de ellos dos, del boyero y del arzobispo.

—Debo entender que lo crees capaz...

Parco y conciso, como siempre. Pero Gatón comprendió.

—Hace veinte años, cuando lo conocí, me hubiera reído de quien lo insinuase...

El resto lo dejó en el aire.

El hoyuelo acabó por subir y bajar lentamente, como si se le hubiese oxidado el pescuezo al arzobispo. Y volvió a mirar hacia el maestro de obras. Parecía consumido, pero miraba hacia el granito con una determinación que no tenía nada de culpable.

Se acercó.

—No sabías que nos estaban saboteando.

Mateo se despegó de aquel granito del Tajo y contestó, sereno, más de lo que aparentaba con aquellas ojeras y el rostro macilento.

—No. *Itoiz.*

Y ahora clavó sus ojos, uno de cada color, en el arzobispo.

—Terminaré el pórtico yo.

No había culpabilidad. Sólo determinación, cansada, vapuleada, remendada, pero determinación. Una fe ciega.

—*Bai* —insistió Mateo—. Y la catedral.

El arzobispo observó el rostro consumido. Los estragos del esfuerzo. El maese había adelgazado, parecía enfermo.

Suero pudo haber tomado una decisión. Pudo haberle puesto coto de inmediato. Pero no lo hizo. Al contrario, lo incitó.

—Tendrás que conseguir dineros...

Mateo no vaciló. Mintió con descaro.

—*Parua* bastante. Queda algo ahorrado.

El arzobispo había escuchado demasiadas confesiones. La respuesta del maese, firme como sus granitos, tenía algo oscuro, envuelta en humo. Sin embargo, Suero sabía que el pecador se revuelve cuando le señalan el pecado.

Bajó el tono el arzobispo, su voz apenas rasgó el aire.

—Dios sabrá esperar —dijo Suero, conciliador—. Siete días pueden ser siete años, o setenta —casi amable, intentando convencer—. Es la obra del Señor, no de los hombres. Y los reyes mudan de opinión. Y si no lo hacen, antes o después pierden la corona y la calzan otros...

Mateo ablandó su expresión. No vio lo que escondían las palabras del arzobispo. Y no cedió.

—Hay dineros —mintió de nuevo—. Templaremos hasta que el *rex* conceda de vuelta los dos marcos a la semana.

Suero asintió con pesadez, satisfecho. Le quedaba una de sus escasas preguntas, tan extrañas como flores en los desiertos de Egipto.

—¿Y tu hijo?

No hubo un instante de duda. Ni una sola vacilación. Mateo no cayó en la cuenta de que fue en el desierto donde el Espíritu Santo guio al mismo Jesús para ser tentado.

—Terminaré.

Y Suero tomó una decisión.

## XI

Todas las lenguas en la cantera de Penedo estaban ansiosas por hacer correr la noticia, en cuanto la oyesen. Todos los ojos pendientes del arzobispo.

Todos menos Mateo. Mateo miraba al Tajo.

—Ése de ahí —dijo Suero señalando lo que quedaba de Huges de Albi— era bogomilo...

Y Suero sabía lo que tenía que hacer.

Y lo hizo. Subió la voz, la bajó. Generó interés y les hizo esperar por la respuesta.

—¡Bogomilos! Y muchos han sido los santos hombres que han intentado remediarlo, pero han fracasado. Algún día, acontecerá una desgracia.

Estaba dando una homilía. Quizá la más importante de toda su vida.

—Tienen muchos nombres, muchas caras —continuó Suero—, como los demonios al servicio de Satanás. Son arteros, ladinos, ¡pecadores!

Miró de hito en hito a todos. En los galpones, en los puestos, al zamorano recontrahecho que se encargaba del rancho. Y detuvo su mirada en los que estaban al pie del Tajo, sobre la pasarela, junto a los muertos.

—Bogomilo. ¡Tejedor!, ¡¡cátaro!! —bramó—. O uno de sus elegidos, la mayoría de los albigenses lo son, ¡¡¡herejes!!! Y ése, ése de ahí —señaló al tal Hugo, a lo que quedaba de él— era uno de ellos. Y el otro un caballero de Santiago. Se mataron el uno al otro...

Aunque el Cinchas se santiguó con la mano hecha un borrón, sonó a fraude. Hubieran oído la reyerta en los barracones de la cantera. Habría sangre por todos lados. Aquellos dos no habían muerto en el Tajo, sólo se habían deshecho de ellos en el Tajo.

Pero el arzobispo no hacía equilibrios en el cómo. Sólo le preocupaba el porqué.

Y funcionó.

La herejía puso los pelos de punta, lleno de miedo las miradas, los ojos que ahora miraban hacia los muertos ya no lo hacían con pena, lo hacían con asco, como si les rondara la peste.

En un santiamén, en el Penedo aconteció un prodigio, descubrieron que el Tajo tenía eco.

—¿Hereje?

Un murmullo suelto delante de los barracones.

—Hereje.

Una duda entre los aprendices.

—¡Hereje!

Espanto sobre los punteros.

El Penedo se agitó, y muchas manos imitaron a la del Cinchas. Hasta los mancos se santiguaron.

## XII

Al Penedo le brotaron espinas de pronto. Algunos empezaron a mirarse de soslayo. Unos cuantos dedos señalaban tímidamente. Y aquel asunto de la herejía se extendió como la cizaña en el trigo.

Y Suero asintió satisfecho. Pero aún le quedaba algo más por hacer y encaró a su capitán.

—Lo pasaste por alto —le espetó tajante.

Cogió al Cuatrohostias a contrapié. Ruy Ansúrez había esperado impaciente a que terminase el discurso. Pensaba dejarle claro a su eminencia que él se limpiaba el culo con los bogomilos. Y que tenía muy claro por dónde podían meterse su herejía.

El arzobispo no le dio oportunidad.

Directo al grano, tres respuestas por delante, e inexorable como una condena. Después de aquella homilía sobre los albigenses, más que hablarle, Suero abofeteó a su capitán.

—Sobran hombres a los que contratar. Hay muchos en la frontera que vendrían a gusto a Compostela —dejó que sus palabras calasen, y asestó la última pulla—. Nos sabotean, y tú persigues quimeras de hace veinte años.

El reproche tiñó de violeta el muñón que Ruy Ansúrez tenía por oreja.

—Si lo han intentado con las piedras de los dinteles, algo habrán hecho con los cargamentos de cal, o los de lapislázuli...

No consiguió el Cuatrohostias contener el estornudo, lo que le enfureció aún más, porque se quedó delante del arzobispo como un chucho con los morros sucios.

—Averigua qué ha pasado —ordenó Suero.

El capitán se defendió.

—Ha sido ese malparido loco de mierda —escupió señalando a Mateo con una mano cubierta de mocos resecos—. Mató a Verrondo hace veinte años —más ladridos que palabras—. Mató a esos dos desgraciados —casi aullidos.

El hoyuelo de Suero hizo un extraño cuando frunció los labios.

—¡Esa boca, Ruy!

Y el arzobispo, además de ordenarle al capitán que callase alzando una mano, respiró hondo. Siempre directo, como si las palabras quemasen, por una vez en su vida, reunió paciencia y buscó explicaciones.

—Por tanto, crees que he puesto a un asesino a cargo de la obra de Dios —no esperaba réplica, Suero siguió hablando—. Mateo no ha matado a nadie. Pero esa sabandija de Armengol nos busca la ruina y yo necesito...

Ansioso por no quedar en mal lugar, escaldado como un chiquillo al que acabaran de darle un coscorrón, el Cuatrohostias interrumpió:

—Es un hideputa colorao —sentenció alzando la voz—, dadme permiso y le corto los huevos de ese bacalao y os los traigo en una puta bandeja de plata.

—Esa boca, Ruy... Armengol ya tenía la confianza del viejo rey Fernando, y su hijo lo eligió mayordomo en cuanto calzó la corona.

El rey no volverá a pagar la asignación si le despachas al mayordomo...

El Cuatrohostias no llegó a pronunciar palabra, lo sacudió un brutal estornudo que salpicó al arzobispo.

Y Suero se pasó de nuevo la mano por el rostro, esta vez para limpiárselo, y terminó por pellizcarse la barbilla, justo bajo el hoyuelo.

—Escucha, Ruy, por una vez, guarda la espada en la funda y usa la cabeza.

El capitán frunció el ceño, aceptando de mala gana la insinuación. Pero no interrumpió.

Y tampoco se le ocurrió pensar que algún día se arrepentiría por no haberlo hecho.

—Necesito argumentos —lo urgió el arzobispo—. Hay que demostrarle al rey que Armengol está detrás. Hay que decírselo, no gritárselo.

Ojiplático, el Cuatrohostias se había perdido. Se sentía viejo para buscarse la vida en otro lugar. Le gustaba calzarse el puesto de capitán de la guardia compostelana.

—¿Y qué coño...? ¿Y qué hago?

—Cava, Ruy, cava, hasta que lo desentierres —puso una de aquellas manazas de leñador en el hombro del otro—, averigua qué hay detrás de todo esto. Habla con los demás proveedores. La catedral no sólo necesita granito de las canteras.

El arzobispo suspiró. Y el Cuatrohostias tuvo el tino de comprender que tantas explicaciones se hacían raras en su eminencia, pero no tuvo tiempo de pensar qué podía significar. Suero no le dejó.

—Deja a Mateo terminar la catedral y tú cava, cava hasta los mismos infiernos. Tráeme razones con las que convencer al rey.

# XIII

Se acabó el espectáculo.

Se habían matado el uno al otro. Eso había dicho el arzobispo y señor de Compostela. Y las marras cayeron sobre los punteros, y las cuadrillas arrancaron a cantar para mantener el ritmo, el Penedo se llenó de nuevo y a los muertos se los llevaron en el carromato, Zonio se encargaría de que los amortajasen en el monasterio de Antealtares.

—En el cementerio de la Trinidad —ordenó el arzobispo cuando el frade preguntó qué disponía su eminencia—¸ con los peregrinos.

Y a muchos les dio la sensación de que, de haber estado más cerca de la costa hubiera mandado que los tirasen al mar con cascotes atados a los pies. Pero se guardaron el cuchicheo para compartirlo más tarde, con el rancho.

El arzobispo habló de nuevo con el maese y marchó también.

Poco a poco, la cantera se despejó y Gatón se acercó cabizbajo a quien había sido su amigo. La cabeza le daba vueltas. No sabía qué pensar. Abría y cerraba los puños, apretaba los dientes.

Mateo no se había movido, seguía con los ojos clavados en el Tajo.

Antes de que el antiguo boyero pudiera abrir la boca, el maese le habló sin siquiera darse la vuelta.

—Tráeme al *lapingo*.

# XIV

Con todo aquel cirio de los muertos y del sabotaje, el Cuñas, el capataz, el *lapingo*, prefirió que su hermano estuviera con él.

Y fue a su hermano a quien acudió al escuchar la orden que había dado el maestro. Entre los dos sumaban más de cuarenta años de piedra y hierro. Se habían criado en la cantera. Su padre había trabajado para los dos Bernardos, el Viejo y el Joven, allá en los tiempos de Gelmírez.

—A mí me destetaron con cincel —bromeaba el Cuñas cuando corría la sidra.

Y si estaba de buen humor añadía una coletilla:

—Y entre las piernas me cuelga un puntero del mejor hierro.

Y lo malo para el Cuñas fue encontrar que el rostro de su hermano le decía lo mismo que sus tripas.

Le decía que el maese se equivocaba. Y eso no era lo peor. Ni de lejos. Lo peor era que aquello resultaba familiar. Demasiado familiar.

Habían pasado cuarenta años, pero podía recordarlo.

## XV

Gatón hubiera querido pedir disculpas. Decirle que le creía. Pero hubiera mentido.

Algo se había roto entre los dos hombres.

Aun así, hasta que Mateo dio la orden, hasta que vio al capataz y a su hermano dudar, Gatón hubiera intentado la reconciliación. Lo que había hecho lo había hecho para pararle los pies a su amigo antes de que fuera tarde, antes de que hubiera más muertos.

Sin embargo, la reacción de quien había sido su amigo terminó de convencerle de que había llegado al final del camino.

—Ya oísteis a Suero —ladró Mateo—. No hay tiempo que perder, a *murear*.

Ni el Cuñas ni su hermano se movieron, tenían que obedecer, pero no lo hicieron. Miraban hacia donde señalaba el maestro y les costaba creerlo.

Y Gatón no pudo contenerse, lo dejó caer. Su amigo se equivocaba. Él no era *arxina*, sin embargo, la incredulidad en los rostros de ambos hermanos le confirmó sus sospechas.

Era una locura.

Una condena.

Y lo dejó caer, recubierto de bilis, de algo viscoso y amarillo. Entre dientes.

—Ni siquiera el arzobispo podrá salvarte.

## XVI

Mateo no escuchaba.

Las dudas de los hermanos canteros se escurrieron Penedo abajo, como lluvia. Y se llevaron el odio de Gatón.

Mateo no escuchaba.

—Allí —repitió.

Y su mano, envejecida, cubierta de callos y sabañones, de rasguños hechos por las astillas, una mano por la que no habían pasado veinte años, sino cuarenta, señalaba el Tajo.

Empezó a lloviznar. Frío. Aguanieve. La mañana lloró y el cielo se oscureció, se cubrió de nubes cenicientas.

El Tajo, imponente, un gigante dormido, vistió de brillos el musgo. Los árboles de la cima, rotos, desnudos, se agitaron con el viento, y sus ramas chocaron en una melodía triste. Como dedos tabaleando sobre un ataúd, como dedos que ya no eran más que hueso y pellejo.

La lluvia era fría. El día era frío. El invierno se agarraba al Tajo.

—Allí, ésa es la *arría* que me hace falta.

El granito lloraba. La lluvia lo hacía llorar. Y el Tajo enseñaba los caprichos de la piedra, cien tonos grises atravesaban la mole, trazos que marcaban la ley de la piedra.

Mateo señalaba.

Allí había estado mirando desde su llegada. Un tramo antiguo, ancestral. Donde el musgo había tenido tiempo de crecer, con calma, paciencia, donde los canteros habían abandonado el trabajo, donde las fisuras se enredaban como telarañas, donde la piedra filtraba marrones que el invierno le arrancaba a la tierra. Y en las grietas intentaban crecer raquíticos helechos, incluso un aliso se las había arreglado para prender allí y, retorcido, se esforzaba por alcanzar a sus hermanos en el bosque desgreñado que le servía de flequillo al Tajo.

Allí el granito se vestía de gala. Allí la piedra era del color de una amanecida. El grano tan fino que apenas se distinguía.

Era la piedra más hermosa que había visto en su vida, pero estaba acosada por las grietas.

Mateo lo había visto. Tenía que haberlas visto. Pero señalaba.

Los dos hermanos se miraron confusos. Inseguros. Y Gatón azuzó al Cuñas. Con desesperación. Llevaba veinte años visitando el Penedo, casi cada semana, había dormido en aquellos barracones en más de una ocasión, había oído la historia. La conocía bien.

—Díselo —lo arreó señalando a Mateo—, ¡díselo!

El Cuñas no supo reaccionar. Miró al maese, miró al antiguo boyero, miró a su hermano.

Y miró a aquel tramo del Tajo.

Habían pasado cuarenta años, era sólo un niño que ayudaba a su padre en la cantera. Pero lo recordaba.

Jamás podría olvidarlo. La alegría primero. La admiración. Y la desolación que siguió. El dolor. Los muertos.

En esos cuarenta años no había salido de allí una sola piedra, ni una sola.

A nadie se le hubiera ocurrido, hasta hoy.

## XVII

Gatón desesperó.

—¡¡¡Díselo!!!

Y el Cuñas pareció desamparado. Cuando habló no había retranca.

—Es el maestro —susurró con voz temblorosa.

Su hermano acudió al rescate.

—El arzobispo lo ha puesto al cargo. ¡El rey! Él decide —dijo señalando al maese—, él paga, y la responsabilidad es suya. No podemos oponernos. Sin las obras de la catedral...

Tuvo que reprimir un escalofrío.

—... Sin las obras de la catedral el trabajo no daría abasto para todos.

El tono rozaba la súplica, y los ojos del Cinchas pasearon por las cuadrillas y los barracones, invitando a Gatón a comprender. Aquello le dio tiempo a su hermano a rehacerse.

—Donde hay maese no manda capataz —sentenció el Cuñas—, donde hay capataz no manda oficial...

Y Gatón, frustrado, miró hacia Mateo. Hubiera gritado. Se hubiera acercado y lo hubiera abofeteado. Pero había pasado la rabia. Ahora estaba embargado de preocupación.

El odio se difuminaba y la antigua amistad tiraba de él.

—No lo hagas, por lo que más quieras —dijo juntando las manos —, te juro que la encontraré a tiempo, aunque tenga que dormir en el caballo.

Cayó en saco roto.

El maese no se inmutó.

—¿Qué diantres te pasa? —preguntó Gatón al borde de la desesperación—, ¿te has quedado sordo?

—No tronzará —repuso Mateo convencido.

Y Mateo podía ver el miedo de su amigo. Y el de los *arxinas*. Podía olerlo. No sacarían de allí una piedra que aguantase, la ley era la ley.

Fue entonces cuando intervino de nuevo el Cuñas. No tuvo que alzar la voz. Las marras no golpeaban los punteros. El único ruido era el de un aprendiz; se hurgaba la nariz sin que nadie lo mirase, y tanto se hurgaba que su respiración era un silbido tenue.

El Cuñas no tuvo que alzar la voz. Pero fue como si gritase.

—Eso dijo tu padre.

## XVIII

Nadie colocaba cuñas, nadie tronzaba ramas de castaño, nadie traía agua fría del arroyo. Al zamorano recontrahecho se le agarró el estofado al fondo de la olla.

Y las palabras del Cuñas hicieron tambalearse al maese. Pareció que Mateo bajase un escudo. Y el otro aprovechó para hablar.

—Yo se lo oí decir, con estas dos orejas. Yo estaba aquí. En aquel entonces sacábamos de aquel *peito* mucha morralla, y las más grandes salían con fisuras. Todas se partían, las muy putas.

El Cuñas se llamaba en realidad Eusebio, como su abuelo, y aquel día, cuarenta años antes había estado allí mismo, con su abuelo.

Y, por aquel entonces, su padre era el capataz de la cantera de Penedo.

Para aquel niño había sido inolvidable.

El Cuñas sacudió la cabeza, como si le costase creer lo que recordaba con tanta claridad.

—Nadie lo hubiera adivinado, ni siquiera mi abuelo, que tenía gravilla en lugar de sangre —reconoció el Cuñas—. Tu padre señaló el mismo *peito*, y mi abuelo dijo que era imposible.

Se detuvo, enmarañado en recuerdos, y se rio para sí, con una mezcla de melancolía y un dejo del asombro que había sentido cuando niño.

—Todos le dijeron que se partirían. Mi padre le dijo que se partirían, que *escacharían*. Pero el tuyo, tu condenado padre, los convenció.

Y su hermano añadió algo más.

—Fue como inspiración divina —explicó el Cinchas moviendo las manos, simulando las fisuras del Tajo—. A nadie se le había ocurrido antes. La piedra parecía... El *andar* estaba...

—De través, estaba de través —remató el Cuñas—. Y, cuando se acabó, el viejo tuvo los huevos de ponerse de pie, ¡Y apenas caminaba ya! Pero se puso en pie, ¡para darle la mano a tu padre! Nunca en mi condenada vida, antes o después, le volví a ver hacer algo semejante.

Entonces, asintiendo, intervino de nuevo el Cinchas.

—A nadie se le había ocurrido hacerlo así, ¡A nadie!

El Cuñas soltó un prodigioso escupitajo, uno que hubiera servido para darle un marrazo a un puntero.

—Y las piedras salieron, ¡salieron!

El Cuñas, que era el mayor, podía recordar los gritos, las celebraciones. Piedras limpias, de un color que quería ser dorado,

que no mostraban una sola fisura, arrancadas de entre la maraña de grietas del Tajo. Recogidas como robarle trofeos a una araña sin romper una sola hebra de su tela.

Días de trabajo en los que Arrio había demostrado que conocía la piedra.

Hasta que llegaron los muertos.

—Sentimos mucho lo que pasó —aseguró el Cinchas humillando el mentón—. Esperamos que el Señor lo haya acogido en su seno y le haya perdonado sus pecados. Era el mejor...

Mateo no dijo una sola palabra. No podía.

—Tu padre era un condenado genio —continuó Eusebio el Cuñas, inocente—, fue como magia... *Cousa do demo.*

—Era imposible saberlo —continuó su hermano—. *Trabucouse*. Se equivocó... Las piedras parecían...

Con aquellas últimas palabras los rostros de los hermanos se volvieron sombríos.

Tuvo que ser el Cuñas el que habló.

—Ese *peito* no ha vuelto a laborarse desde el derrumbe.

## XIX

Allí estaba el fantasma del fracaso. El peso de una conciencia. Una sombra balanceándose en una grúa.

Y fue Gatón el que habló.

—No aguantarán —dijo atribulado—. Mateo, hazles caso, no cometas el error de tu padre.

La lluvia apelmazaba sus cabellos, calaba sus ropas, les metía el frío en los huesos.

Y Gatón insistió.

—Si puedes perdonarme...

Tuvo que tragar. Rehacerse.

—Lo hice por tu bien...

No podía decirlo. Lo intentó, pero no podía. Las palabras tenían espinas y se trababan en su garganta. Hacían daño.

—La encontraré —prometió el antiguo boyero—. Si vuelves a confiar en mí...

Tuvo que enjugarse la cara. Sacudirse como un animal.

Olía a tierra mojada, a bosque, al carbón húmedo de las fogatas, a hierro. Olía con ese sabor gredoso que dejaba el polvo de granito, el que arrancaban los punteros.

—La encontraré... La encontraré a tiempo.

La lluvia contestó. Se hizo fuerte. Y las escorrentías arrastraron las hojas que aún quedaban del otoño, bellotas, ramajos. Todos los *arxinas* miraban hacia el maese.

Todos esperaban.

El Tajo esperaba.

Y maese Mateo se dio una palmada en el cogote e inclinó la cabeza, como si escuchase algo en la distancia, como si pensase que lo habían llamado y prestase atención.

Todos esperaban.

El Tajo esperaba.

## XX

—Por favor, García no —si era posible, porque había demasiadas carnes que llenar, la expresión rebosaba afabilidad, casi apabullaba —. El nombre es García Rodríguez. Lo prefiero así.

Desafortunadamente, García resulta común, genera confusión. Por favor...

El Cuatrohostias miró a aquel gordo grasiento, que lo miraba a su vez desde el fondo de su rostro abotargado con expresión de gorrino. Tenía ojos pequeños y oscuros.

Era como una tajada de tocino envuelta en un lazo de seda. Y el lazo lo habían brocado con hilo de oro. Y encima le habían echado aceite de rosas.

Pero, por muchas sedas y oros, seguía siendo un trozo de tocino.

El capitán no se dejó engañar. Aquella sonrisa, aquel temblar de la papada. Aquel tipo ocultaba algo, podía olerlo.

El Cuatrohostias estaba de un humor de perros, la presa se le había escapado. Y ahora, además de atender a la intendencia, tenía que hacer de recadero. Para colmo, había empezado a llover, una de esas aguanieves que dejaba empapado y frío. Y podía sentir la fiebre arañándole el entrecejo.

No le gustaba estar allí.

Le vino un estornudo que casi lo dejó bizco, se limpió, y en un duelo entre el rico mercader y el capitán de la guardia, el Cuatrohostias, sacudió la mano y estampó los mocos, aún calientes, en el impoluto suelo de castaño del mercader.

—García, entendido —dijo clavando los ojos en aquella enorme cara redonda—, su eminencia, el arzobispo Pedro Suero, quisiera saber si...

El vinatero fingió no haber oído. Incluso le dio alas a aquella sonrisa, extraña, apretujada entre los almohadones de sus carrillos.

—Ha sido una desafortunada circunstancia —intervino sin dejar acabar al capitán, haciendo rodar en sus gordos dedos un anillo con un pedrusco que podría haber ocupado el lugar de un santo en la catedral—, muy desafortunada. Terrible incluso. Sin duda. Dos

muertes así. De hombres tan notables, enviados del rey, nada menos. Una sorpresa que ese tal Hugo haya resultado un hereje, una desventurada sorpresa. Repito, ha sido una desafortunada circunstancia.

El Cuatrohostias tuvo la sensación de que, si se lo pidiera, el mercader le ordenaría a un lacayo, a elegir entre los tres que había visto desde su llegada, que le lamiera las botas.

El vinatero estaba dispuesto a complacer, pero no a rebajarse.

—Las putas noticias vuelan —dijo Ruy escamado—, apenas acabamos de saber quiénes eran los apiolados.

El mercader se las apañó para revolcar aquellos almohadones colorados y mostrar una sonrisa de dientes pequeños, de alimaña a punto de saquear un nido.

—En una posición como la mía, uno debe asegurarse de tener informadores —jugueteando con los anillos en su mano rechoncha —. De poco serviría un mercader que no sabe cómo ni por qué bailan los precios de la lana, el vino o lo que se trafica en la frontera. Si contase lo que me gasto en pagar oídos ajenos... Una fortuna, eso me gasto. Una fortuna. En mi posición se hace necesario.

—Y de lubricarlos de vez en cuando con buen unto —dijo el Cuatrohostias en un tono que no ocultó su desprecio.

Para Ruy Ansúrez los hombres se medían o por la espada o por la palabra. El mercader no llevaba espada al cinto. Y, en cuanto a la palabra, el Cuatrohostias supo que no le habría pedido a aquel gordinflas que lo sacase de una ciénaga.

Volvió aquella sonrisa, grimosa. Y los carrillos, pese al frío de fuera, brillaban de sudor.

La estancia tenía tantos trastos y lujos que la mitad de lo que allí había se le hacía extraño al capitán.

—El que algo quiere, algo le cuesta —reconoció al fin el vinatero —. Y si uno necesita orejas en las esquinas hay que dejar caer algunas monedas. Así funciona el mercadeo. No puede bajarse la guardia. Y, debo señalar, de todas las mercancías que puedo vender o comprar, la información es, no cabe duda, la más valiosa de todas. Sí, el que algo quiere, algo le cuesta.

Al modo de los moros, el mercader tenía despachos en la planta baja de la enorme casa para recibir a las visitas desde el patio de caballerías y tratar sus negocios. Y había allí, además de una cruz de marfil que tenía que costar una fortuna, cueros repujados y maderas taraceadas que sólo podían haber salido de un saqueo al sur de Toledo.

Aquel tipo comerciaba con los apañuscadores que revolvían entre los muertos después de las razias con los moros, o con los castellanos. O con los aragoneses. Aquellos buitres cortaban dedos de moribundos para robar anillos y no había hombre de armas que no los odiase. Porque los apañuscadores eran la mierda de la escoria, sin honor ni palabra.

El Cuatrohostias había degollado a unos cuantos en sus tiempos de atajador, cuando él y cuatro más tenían que jugarse el pescuezo por donde los moros cagaban flechas y cortaban cabezas que apilaban para subirse y llamar a la puta oración de los cojones.

—¿Y qué han dicho esas orejas?

La pregunta tenía toda la intención.

El mercader sacudió una mano gorda, blanca como cirio, de nudillos hundidos, como de bebé con una ama de cría con tetas como carretas, y sin un solo callo. Ni de la espada ni de haber doblado el espinazo en su condenada vida. Y también perlada de sudores, porque allí, que no caía la aguanieve, ardía con furia una chimenea bien cargada de leña de roble seca.

—Nada a lo que deba darse crédito. Nada. Es evidente que el buen juicio del arzobispo es el que lleva la razón. Siempre la tiene. Es un hombre cabal y mesurado. Sabe bien lo que hace —al capitán se le atragantaron tantos cumplidos pero, por desgracia, no sabría lo que significaban hasta mucho después, cuando ya sería tarde—. Lo sabe sobradamente. Además, estudió en París. Conoce bien el problema de la herejía. Estoy seguro de que su eminencia lleva razón. El de Albi era un bogomilo. Todos allí lo son. Bogomilos me refiero. Eso han oído mis dineros —concluyó con una sonrisa fofa.

El Cuatrohostias asintió, con un moco colgando de las narices, en un gesto que pretendió ser fiero, pero que resultó cómico.

—A mí, es que cuando se me queda algo entre las muelas, se me hinchan los cojones...

—Yo apenas mercadeo con la piedra —se quejó el vinatero—, no sé en qué podría ayudar. Picoteo un poco de aquí, otro poco de allá. Atento a las oportunidades que se le brindan a un buen cristiano. ¿Qué iba a saber yo? Yo apenas...

—Con tantos jodidos oídos tan jodidamente bien pagados —cargado de ironía—. ¿Qué tal, detrás de qué coño andaban esos dos?

El mercader acomodó la boca en un gesto extraño que infló sus grandes carrillos. Y se inclinó hacia delante, como si compartiese un secreto.

—Desafortunadamente, quizá no todo el mundo desea que el maese Mateo, a quien quiero como un hermano, ¡más que un hermano!, acabe su pórtico a tiempo. Me temo que esos dos marcos semanales son muy jugosos y que hay muchos que piensan que podrían administrarlos de un modo distinto... Y debo añadir que se equivocan, parecen mucho, pero los gastos son elevadísimos,

especialmente el acopio de lapislázuli y de oro. Se equivocan, no rinden tanto como parece.

—¿Oro? ¿Lapislázuli...? No tenía idea —saltó el capitán sobresaltando al vinatero.

Y, antes de continuar, el Cuatrohostias se rascó la entrepierna a dos manos, más caradura que grosero.

—No tenía ni puta idea —repitió, mintiendo como un bellaco—, yo pensaba que se usaban para pagar piedra, granito y sogas, cal, yeso. La mierda que se usa en una obra...

Y fingió contener un estornudo antes de ponerle la puntilla al vinatero.

—... No tenía ni zorra idea de que hacía falta lapislázuli en la catedral. Pero seguro que estoy —continuó el Cuatrohostias repasándose las narices con el dorso de la mano— en el sitio indicado para enterarme.

El mercader ensayó aquella sonrisa grasienta de nuevo, indeciso entre tomárselo como un insulto o como un cumplido. Y el capitán tuvo la certeza de que aquélla era la misma sonrisa que vendía vino avinagrado y sidra pocha.

—Exageraciones —dijo al fin García Rodríguez, aflojando un ápice la sonrisa—, soy un simple comerciante que ha tenido suerte, maese Mateo y yo estamos casados con dos hermanas. Y me siento muy honrado de que el maese Mateo, al que considero mi propio hermano, ¡más que un hermano!, me haya elegido para proveer a la catedral. Gracias a su encargo, hoy en día apenas mercadeo con vino. Ha sido una bendición. Repito, son exageraciones.

Sacudió aquella gorda cabeza. Y, como el capitán callaba, siguió hablando.

—El arzobispo puede estar tranquilo —aseguró el vinatero abriendo ahora aquella sonrisa hasta tal punto que los carrillos

parecían a punto de estallar—, no sé si los rumores son ciertos y hay algo detrás de la muerte de esos dos. Insisto, esos dos marcos a la semana son una tentación....

Volvió a hacer algo extraño con sus carrillos.

—El oro a veces se complica, los moros controlan la costa africana. Pero el lapislázuli no tiene duda —aseguró García Rodríguez sacudiendo la mano como si la sola idea fuera un disparate—, llega puntualmente del Beluchistán, ¡Y sin aumento de precio...!

Carraspeó por un momento. Revolcó aquellos ojillos negros. No podía callarse. Tenía alma de charlatán de feria vendiendo naderías a los crédulos.

—Sin aumento, fuera de lo razonable, por supuesto —aclaró con aquella sonrisa a punto de abrirle la cabeza como un tajo en un melón maduro—. Por desgracia, todos los intermediarios quieren poner comida en sus mesas —reflexionó un instante—. Más que razonable.

Algo se cruzó en sus miradas, una chispa que decía mucho más que sus palabras. El Cuatrohostias supo que, si seguía olisqueando, tendría un mal encuentro en cualquier callejón.

No le gustaba aquel tipo.

—Por supuesto...

## XXI

Afuera, bajo la aguanieve, sin mover un pelo, le esperaban todavía tres de la patrulla que había ido a la cantera, los otros habían acompañado al frade Zonio al monasterio para despachar a los muertos.

Cuando salió de la ostentosa casa, el Cuatrohostias estornudó, se restregó el entrecejo con fuerza y se quedó a gusto por lo bajo, entre dientes.

—Gordo de los cojones, me cago en su puta calavera...

Sus hombres ni se movieron. Ni se les ocurrió preguntar. No necesitaban respuestas. No las querían.

—Hijo de la grandísima puta de Babilonia —sorbiéndose los mocos —. Aborto de mora tiñosa...

Cayó en la cuenta entonces de que tenía allí, entre sus hombres, al hijo del mercader de paños.

—Tú, pegote de mierda, pregúntale a tu padre si alguna vez ha hecho tratos con este grandísimo gordo cabrón.

—Mi padre no se dedica al vino...

Y el Cuatrohostias descargó la mala baba que traía. Hizo honor a su nombre. Una, dos, tres y cuatro. Dos del derecho y dos del revés, que sonaron como campanadas tocando a rebato.

—¿Vino?, ¡¿vino?!

Tuvo que detenerse para estornudar, pero Ruy reenganchó con fuerza.

—Ni vino ni se fue —se burló el Cuatrohostias—. Me cago en todos los putos moros al sur del Tajo. Y me cago en tu puta calavera. Con cagarros, ¿me oyes, desgarramantas del demonio? Con cagarros de oveja, eso es con lo que trafica ese *puñocerrao* de tu padre. ¡Con cagarros de oveja!

Se limpió los mocos y los tiró al suelo con un latigazo de los dedos.

—¿Te he preguntado yo a qué cojones se dedica el malparido de tu padre? Si es que es tu padre —sorbiendo una vez más—, cosa que dudo, porque no se puede ser más tonto. Me importa una mierda si tu padre vende coños vírgenes o flores, ¿está claro? Tu

padre es mercader y los mercaderes son como los piojos, nunca hay uno solo... ¿Entiendes, cabeza hueca?

Como la mano todavía estaba levantada, la misma que, pese a la lluvia, aún tenía rastros de moco, el hijo del comerciante no se atrevió ni a pestañear.

—Tú, pregunta, cojones, ya. ¡Me cago en tu sombra! ¡¡Pregunta!!

Y por si no había quedado claro, las proverbiales cuatro hostias cayeron de nuevo.

—¡¡¡Pregunta!!!

## XXII

No se atrevió siquiera a frotarse la mejilla. El novato se quedó donde estaba.

El Cuatrohostias, sin embargo, tenía prisa. Mucha prisa.

No podía ir a la corte a preguntar por el mayordomo. Tampoco en los talleres de Compostela. Pero debía encontrar a alguien al que hacerle unas cuantas preguntas. Podía ir a Pamplona, como se había ido tantos años atrás maese Esteban, tenía entendido que allí seguían levantando una catedral.

Pamplona, sin embargo, estaba lejos, demasiado.

Entonces cayó en la cuenta.

No mucho después salió por la Puerta de la Mámoa, al sur de la ciudad, un jinete al galope, un jinete al que le faltaba una oreja y que dejó en el suelo, tirada, a una viejuca que traía grelos para vender en el mercado de Mazarelos.

El Cuatrohostias se había acordado de que también en Ourense estaban construyendo una catedral.

# XXIII

Todos esperaban.

El Tajo esperaba.

Y Mateo miró una vez más hacia aquel *peito*. Veía la piedra, la que necesitaba para completar el pórtico.

Sería el segundo de los dinteles.

Comprendió qué debía hacer, la arcada central tendría una columna, pero la columna, el parteluz, sería algo más. Allí estaría el apóstol que llevaba veinte años sin terminar.

El apóstol bajo la Gloria misma de los cielos con Cristo redentor. Sin borrones. Y esa columna se elevaría desde la Tierra al Paraíso. Esa columna central dividiría el pórtico, su pórtico, y sería el linaje del mismo Cristo.

—Yo soy la raíz y el retoño de David...

Un murmullo bajo la lluvia. Nadie lo escuchó. Un susurro calado por aguanieve.

Así lo había leído en el libro de san Juan. El linaje de Cristo desde el padre del rey David, desde el mismo Jesé.

La lluvia, fría, tamborileaba sobre charcos que engordaban, y en los charcos flotaba el polvo de la cantera, como niebla sobre el río.

Estaba completo. Todo bajo veinticuatro ancianos afinando sus instrumentos.

Ya tenía un dintel, el que encontrara Gatón. Sólo le faltaba una piedra. Y esa piedra tendría que salir del mismo lugar que había maldecido a su padre.

De aquel *peito* en la cantera de Penedo.

Sopló los cabellos que le caían sobre el rostro, y espantó la sombra que se le coló en el reojo. Allí, a un lado, colgando de un

andamio, una soga y un ahorcado, la sombra de un ahorcado. Por un instante, un parpadeo, vio la silueta balanceándose.

El escroto se le endureció. Su hombría se volvió miseria. El corazón latió en su estómago vacío. Y algo frío, helado, galopó por su cogote.

Por un momento allí estaba su padre, el suicida. El que había desobedecido la ley de la piedra, colgando de la soga.

Por un momento.

Y cuando parpadeó volvieron las notas. Aquellas notas endiabladas, aquella melodía que eran dos y se fundía en una. Que aceleraba hasta que los ojos lagrimeaban.

Acab y Acaz. El anciano y el joven. Las manos del anciano volando en el teclado del organistro, los dedos parpadeando a una velocidad endiablada.

Y miró su propia mano.

La mano derecha.

La cicatriz, que ya tenía veinte años. Las nuevas heridas, brillantes, tiernas.

Nadie más la escuchaba, nadie escuchaba otra cosa que la lluvia arreciar.

Mateo no pensó en su hijo.

—*Non.* No fueron las piedras —susurró.

Alzó la cabeza para mirarlos a todos, para pasear sus ojos, uno de cada color, por los rostros grises del Penedo.

Y alzó la voz.

—¡No fueron las piedras!

La columna uniría la cripta que había levantado en el maldito socavón de la Trinidad con el paso de una torre a la otra, una tribuna. Tres alturas. Eso le había dicho su corazón veinte años

antes. Era la última pieza del rompecabezas. Los borrones no volverían.

Era la idea, su idea, la que Verrondo le había robado. La que le había robado antes de acabar despedazado en las escaleras de su casa.

Y para llevarla a cabo necesitaba una última piedra, la misma que maese Hugo y el caballero Yáñez habían intentado robarle.

Ahora sabía cómo hacerla realidad. Y los que se lo habían impedido estaban muertos.

Muertos.

No pensó en su hijo. No se acordó de su hijo. Estaba viendo aquella columna con el linaje del mismo Cristo, ascendiendo hasta los Cielos. Y el apóstol. El que llevaba veinte años sin terminar.

—¡¡No fueron las piedras!!

Giró lentamente, bajo la lluvia, fría y dura. Lluvia norteña, de las tierras del fin del mundo, las que miraban al océano del que salía la bestia con las siete cabezas.

—¡¡¡Fue la torre!!!

Lo veía claro, su padre se había equivocado, una sola torre, era imposible que las arcadas aguantaran, su padre se había dejado arrastrar por la ambición. Su padre había querido levantar lo imposible. Hubiera dado igual de dónde habían salido las piedras.

—Jamás hubiera aguantado. *Itoiz.* Era demasiado grande...

Algunos de los canteros murmuraron. Hablaron entre sí. Los dos hermanos se miraron el uno al otro.

Y Gatón, el que había sido su amigo, el que traía conchas para su hijo, miró al suelo, derrotado.

La mano de Mateo. La derecha. La que estaba bajo aquel ojo oscuro. Esa mano, con su cicatriz y sus heridas, señaló el Tajo.

No vaciló.

Tallada en el mismo granito del Tajo. Firme. Sin una sola duda. Señaló aquel laberinto de grietas por donde la lluvia escurría, donde parecía imposible sortear el laberinto de fisuras.

Él, y sólo él. Quizá su padre, cuarenta años atrás. Vieron lo que nadie más había visto.

Genios.

O locos.

Ningún otro cantero lo hubiera hecho.

Y, con cuarenta años de por medio, sin saberlo. Mateo pronunció las mismas palabras que había pronunciado su padre ante los mismos rostros.

—*A murear.*

# Justos y lapislázuli



## I

Sus patrones habían muerto. Pero Sisnando estaba dispuesto a seguir trabajando, incluso sin cobrar.

En una mano tenía el martillo, que llevaba rato sin dar golpe, con los dedos de la otra revolvía sus greñas y, con veteranía, atrapó un piojo. Lo aplastó entre las uñas con un satisfactorio crujido.

Y continuó trabajando, sin usar el martillo.

—Va a matarnos, no podremos acabar —susurró hacia los borgoñones.

Estaban los dos juntos, como siempre, con ese aire de parientes bien avenidos, aunque jurasen haberse conocido en el camino. Y pese a los más de veinte años que llevaban en los talleres, el más alto seguía con el acento agarrado a los dientes, apenas había aprendido a decir tres palabras y cuatro blasfemias.

—*Jusqu'à présent, il ne nous a jamais fait défaut.*

Y el otro, el más bajo, tradujo, como siempre.

—Es verdad —reconoció, aunque sin fuerza—, hasta ahora nunca nos ha fallado.

Y señaló hacia donde Mateo organizaba el trabajo de las poleas. Todos los sogueros estaban pendientes, las cuerdas tensas, las piedras mordiendo el esparto.

Sometidas a aquella tensión, las sogas protestaban. Los brazos temblaban, los hombres gruñían.

Los borgoñones defendieron al maese, pero Sisnando, como buen carroñero, olió la sangre. El ritmo de trabajo de las últimas semanas hacía mella en los hombres.

Ojeras, barbas mal afeitadas, mejillas hundidas.

Hasta los más animosos, los que siempre habían dado la cara por Mateo, flaqueaban.

Sisnando siguió picando, y el martillo no se movió. Habló estirando los labios, como para beber de una copa demasiado llena.

—Si no hubiera matado a Verrondo no sería el maese...

Era cizaña verde oscuro, crecida con tanta fuerza que no se veía el trigo.

—*Si Juanchón vous entend, il vous coupe les couilles.*

El otro borgoñón dejó la maceta en un tablón, con el resto de las herramientas. Estaban tallando una de las planchas que, en la arcada central, encajaría en los dinteles, los que colgaban ahora de las sogas, esperando a ser colocados.

No tradujo de inmediato.

Los borgoñones labraban en el granito una colección de justos, redimidos que, coronados por ángeles, habrían de sentarse a izquierda y derecha del mismo Jesucristo. Los rostros eran apenas un esbozo, Mateo terminaría todos y cada uno de ellos. El maese era inflexible, él remataría los trabajos.

Todos y cada uno.

El borgoñón se pasó la mano por la frente, miró a su compañero, miró hacia donde estaba el maestro Mateo, a los otros puestos.

Y tradujo por fin, sin énfasis.

—Es cierto. Si Juanchón te oye, te capa.

Y, como estaba cansado, su acento se espesó.

Sisnando comprendió que ganaba terreno.

—Tengo a otros diez que están hartos, podemos hablar con el arzobispo, podemos exigir...

Los borgoñones torcieron el gesto, como si aquella idea, además de cansina, siguiera siendo un disparate. Y Sisnando cambió los aires.

—Puede acabar él solo...

Aplastó otro piojo, dejó que la pausa calase.

—... Y poner su nombre en todas las piedras.

Aquello arrancó un mohín a los borgoñones, tan parecido en ambos que aumentó la sensación de que eran parientes, incluso hermanos.

Lo del nombre había levantado ampollas. Ningún maestro de obras había hecho algo así antes. Todos los canteros firmaban con su marca las piezas, pero aquello era para echar cuentas, para *zaspear* por el trabajo hecho.

—Siempre ha sido un soberbio —insistió Sisnando.

Y espachurró una racha de tres gordos piojos. Su maceta no se movía, eran sus palabras las que martillaban.

—Ya no puede hablarse con él —continuó Sisnando—. No escucha.

Los borgoñones callaron. Compartieron una mirada temblorosa. Y Sisnando pinchó una vez más, esperaba dar en hueso.

—Hace dos semanas que no cobramos...

Tenía razones de sobra.

—... Ya no rige bien, está enfermo, no hay más que verlo...

Y podía escupirlas una tras otra. Sin pausa.

—... Se rumorea que ha hablado con los prestamistas...

Sin un respiro.

—... ¿Y si el rey decide no renovar la asignación?, ¿qué haremos entonces?

El borgoñón volvió a coger su maceta, pero con una desgana que no pasó desapercibida.

—Con vosotros dos —entre las uñas de Sisnando sonó otro crujido —, seríamos trece...

## II

Ya nadie se atrevía a hablar con el maese. Lejos quedaban aquellos días. Veinte años los habían borrado. Los hombres ya no acudían a Mateo, escapaban de él.

Pero no podía hacerse otra cosa. El plazo se consumía.

Y, si no acababan, el arzobispo se lo había dicho, si no acababan a tiempo, las obras se pararían. El cabildo no podía cubrir los costes, no eran los tiempos de Gelmírez. Si el rey Alfonso no renovaba el voto de su padre, los talleres cerrarían.

Y llegaría el hambre.

Todos trabajaban. Hasta el viejo Gundisalvo.

Y el viejo Gundisalvo estaba a punto de morder el bastón para calmar los nervios. Le dolía el pecho, su corazón saltaba latidos como un mal bailarín.

Pero no podía apartar los ojos de las piedras.

El *xilón* lo había conseguido.

Allí estaban. Colgando ante sus narices, entre los gruñidos de esfuerzo y los chirridos de las sogas. Eran enormes.

Las había encontrado, y labrado. Las inscripciones de la base, celebrando aquel abril del año del Señor de mil ciento ochenta y

ocho las había tallado Mateo en persona. Y, para sorpresa de todos, había incluido su nombre. Sólo el suyo.

Y lo había hecho pese a que Gundisalvo se lo había desaconsejado.

—No conviene tirar una piedra en agua hirviendo y agacharse a mirar —le había dicho rechupando una de sus ciruelas—, ¡salpica, carajo!

No había escuchado sus consejos. Mateo ya no escuchaba.

No escuchaba. Pero lo había conseguido. Allí estaban las piedras.

El viejo Gundisalvo se llevó la mano al hombro, últimamente los dolores eran cada vez más frecuentes.

Pero no apartó los ojos de las cuadrillas.

No vio, no se dio cuenta, de que no estaban solos los *arxinas*. Eran días frenéticos, Mateo incluso había sugerido que, si no quedaba otro remedio, empezarían a trabajar de noche. Había demasiado a lo que atender, y el viejo pagaba el precio de la edad, no los vio. Y no los había visto ninguno de los otros días.

A las obras venían boyeros, carros, cargamentos de piedras. Venían muchos. Los talleres eran un continuo trasiego. Los del lapislázuli, los del esparto, los de la cal.

Gundisalvo debería haberlos visto, pero estaba pendiente de las cuadrillas, más de veinte hombres en cada una. Una cuadrilla, una piedra. El viejo sabía que presenciaba un prodigio.

No los vio. Pero esa mañana, como otras tantas en las últimas semanas, había al fondo de los talleres, vigilando desde la explanada de la Trinidad, dos hombres que no tendrían que estar allí.

## III

Mateo gritaba.

Los dinteles tenían que encajar, apoyarse en las columnas de los arcos laterales y en el parteluz, asentar el conjunto. Todo dependía de que aquellas dos enormes piedras aguantasen en su lugar.

No habría una segunda oportunidad.

Y Mateo buscó la bolsa al cinto.

Estaba vacía. Ni una sola moneda. Sólo una concha, aquella misma concha de veinte años atrás. La había sacado de la habitación de su hijo, olvidada entre viejos dibujos. Como un sueño roto.

Cuánto hacía que no veía a su hijo.

No lo recordaba.

Ya habría tiempo para eso. Cuando terminase, cuando la catedral estuviera rematada. Tenía que colocar los dinteles.

Sujetó la concha entre sus cicatrices.

No consiguió la paz que buscaba. Ni la conseguiría, aunque los dinteles no se despedazaran, aunque aguantasen.

En la bolsa no había nada más. No quedaba una sola moneda. Ni para él ni para la obra.

Ya había escuchado a Aldonza gritar, empujada por la vergüenza de los acreedores. Las deudas de su casa se acumulaban. Y las de la catedral. El cabildo no tenía para aportar.

No quedaba una sola moneda, y eso no era lo peor.

Lo peor eran aquellos dos, que rondaban el taller días sueltos, cuando se acordaban, cuando les mandaban. Los conocía desde hacía veinte años, Mateo no tenía dudas.

Llevaban dos semanas vigilando las obras.

—*Zaspearás* cuando el rey enmiende el privilegio.

Eso había dicho. Eso había prometido. Pero, y si los dinteles se caían, y si los dinteles se rompían.

No quería mirar atrás. No quería verlos rondando por la explanada de la Trinidad, más allá del socavón, de los talleres. Rondando como buitres.

Recordaba sus amenazas. Recordaba la vergüenza.

Mateo resopló las greñas que le barrían el rostro. Se dio una palmada en el cogote, como para aplastar un tábano.

Y prestó atención a los dinteles.

No pensaba mirar hacia la Trinidad.

## IV

La cacofonía de las obras se colaba en el escritorio, y se hacía extraño. Todo allí era delicado, uno de los frades usaba un pincel con un solo pelo, uno sólo, para pintar los ojos de un retrato del rey Alfonso a caballo, lanza en ristre, y con escudo donde un fiero león presumía de garras.

Los golpes de las macetas, el repicar de los cinceles, los gritos de las cuadrillas estaban fuera de lugar en el escritorio.

Casi tanto como el Cuatrohostias, con su cota de malla, sus pesadas botas y puñal al cinto.

Ruy Ansúrez estaba incómodo. Tenía miedo de que se le escapase un estornudo.

Todo a su alrededor podía romperse con mirarlo de través.

No quería estar allí el Cuatrohostias, entre los frades, los pergaminos y los pigmentos. Le daba dentera. Pero no podía evitarlo.

Más a gusto se hubiera ido a la mancebía de la Juana, o a colgar a alguien en las picotas de la Trinidad, pero el Cuatrohostias se sentía como en su juventud, cuando había agarrado ladillas después de

saquear una morería en un vado del Tajo. Era incapaz de estarse quieto.

Tenía la imperiosa necesidad de rascarse.

Tenía que saber.

El fraile, enjuto, poca cosa, con manos que el Cuatrohostias hubiera podido partir como ramillas para yesca, se acercó con el mortero.

Y al capitán se le hizo extraño, estaba acostumbrado a los grandes, a los que había visto en las cocinas del palacio, morteros donde podía meterse un gorrino entero para majarse con un puñado de sal y unas cabezas de ajos.

Aquello que el fraile traía era más un dedal.

El Cuatrohostias, con temor a romperlo, lo sujetó con dedos indecisos y examinó el interior.

El fraile, divertido, habló entre sonrisas. Lo que acentuó el aire ratonil de su rostro, ahusado y punteado por un bigotillo.

—Lo que buscabas. Ahí lo tienes —le dijo jovial al capitán de la guardia—, el mismo que se empleará para la piedra. El mismo. Así lo quiere el maese. El mismo azul. Y debo decir que es un acierto. Mateo sabe lo que hace...

El Cuatrohostias carraspeó para detener aquella avalancha del frade. Envainó la blasfemia que le vino a los labios, y se rehízo.

—¿Y esta mier...? ¿Y esto para cuánto da? —mirando con pasmo el polvillo del interior.

No supo cómo hacer mejor la pregunta. El Cuatrohostias entendía de capar moros, no de onzas, misturas y matices. Pero el frade lo entendió.

—Eso, que son seis quilates, justamente eso. Seis quilates es lo que estoy preparando para el hermano Gerardo —con su cara de ratón y su hablar rápido, el pequeño frade parecía a punto de

echarse a correr—. Y eso es lo que necesita para terminar el nuevo retrato del rey Alfonso. Que es un prodigio. El hermano Gerardo tiene manos de ángel. De ángel. Os lo puedo enseñar...

La respuesta no satisfizo al capitán, aquel muñón que tenía por oreja hizo un extraño cuando las muelas se apretaron. Y el frade, con ánimo de ayudar, le dio aires nuevos a su respuesta.

—El hermano Gerardo, y puedo asegurar que es uno de nuestros mejores copistas, no desperdiciará ni un cuarto de quilate —el frade movía las manos de un lado al otro, como si llegase tarde—. Aún hay que molerlo más, y mezclarlo con óleo después de molerlo, pero con esa cantidad pintará la túnica, la albarda del caballo. La albarda, la túnica y unos cuantos detalles más.

Y la aclaración no borró el pasmo del capitán.

—Pero... Pero si esto da para un dibujillo —balbució el Cuatrohostias—, ¡¿cuánto hace falta para el pórtico?!

El frade no pudo evitar la risa, y aquel aspecto de ratoncillo creció.

—Mucho —respondió abriendo cuanto pudo aquellas manos de finos dedos—, llevamos años haciendo acopio, casi once, maese Mateo siempre ha sabido bien lo que quería. Siempre. Hace mucho que lo tiene planeado. Y yo me atrevo a decir que será un acierto. Será glorioso. Os lo digo. Glorioso. Todo en azul y oro.

—Yo pensaba...

El Cuatrohostias se había quedado sin palabras. No se hubiera quedado sin estocadas, pero quedó sin palabras, y se sorbió ruidosamente los mocos. Aún no había logrado despegarse de aquella maldita peste.

—¿Y cuánto cuesta?

El frade respondió diligente, todavía risueño. Con una larga retahíla llena de prisas. Y le dio el precio por onza, y por quilate. Incluso se lo repitió.

Y el Cuatrohostias, ahora sí, no pudo contener la blasfemia.

—¿Qué? ¡Cagüen en el Corán! ¿Cómo? ¡¡La Virgen en pelotas haciendo una mamada!! ¡¡¡Imposible!!!

De todas las mesas se alzaron las tonsuras, brillantes en la abundante luz que entraba por las ventanas del escritorio. Algunos de los frades rieron, otros se llevaron la mano a la boca y un par frunció el ceño con disgusto.

Pero el Cuatrohostias no les prestó atención.

—Con un puñado de esta mierda se compra un putiferio con todas las fulanas dentro.

Divertido, el fraile asintió de nuevo, como un ratoncillo olisqueando queso.

—Yo no lo hubiera expresado así. No, no se me hubiera ocurrido —reconoció sin molestarse por la maldición del soldado—. Pero es cierto, normalmente, onza a onza, es más caro que el oro, os lo aseguro, más que el oro. Aunque, claro, los precios son caprichosos. Suben, bajan. Fluctúan.

Superado el asombro, el Cuatrohostias, al que seguían asaltando estornudos salvajes, le tendió el mortero al frade, con el brazo estirado y echándose él mismo hacia atrás, como si corriese el riesgo de explotar.

—Vais a contármelo —exigió—, y no os dejéis ni un pelo de coño. Todos los detalles —alzó la voz—, cómo llega, cómo se paga y cómo se almacena.

El frade se explayó. Adoraba su trabajo, tenía menos fe que una zapatilla, y cada vez que acudía a los oficios divinos le salía un sarpullido, vestía el hábito por la comida caliente y porque podía trabajar de copista. Adoraba el proceso de principio a fin y estaba más que ilusionado con el proyecto del maese, los frades del

escritorio no sólo iluminarían pergaminos, también pintarían la catedral.

Así que habló, con aquel dejo a ratoncillo inquieto, hasta le mostró unos cascotes que había traído el propio Mateo para que hicieran pruebas.

Le hubiera contado hasta cómo había perdido el virgo en el seminario, en Salamanca. Pero, de todo lo que le dijo aquel ratón de biblioteca, al Cuatrohostias sólo una cosa le quedó clara. Porque al capitán le venía a dar igual si el pelo de marta era mejor que el de turón para los pinceles, o si había que tener cuidado al raspar los delicados pergaminos.

Hubo una cosa, sólo una, que le quedó clara.

—Hace años, después de una larga cabalgada, me salió un forúnculo en el culo del tamaño de una ciruela —le dijo al copista, que siguió sonriendo en lugar de escandalizarse—, un maestro de llagas lo pinchó y lo drenó. ¡El muy hijo de puta!, dolió como una condena y me pasé dos meses sin sentarme a gusto.

El frade le dejaba hablar.

—Ese jodido nombre es como aquel jodido forúnculo de los cojones —sentenció el Cuatrohostias.

El copista se extrañó.

—¿Qué nombre? ¿García Rodríguez?

Pero Ruy Ansúrez ya no contestó, se fue murmurando blasfemias, con prisa. Tenía más preguntas que hacer.

Cuando salía se dejó un estornudo en el umbral. Y un:

—¡Cagüen las barbas del profeta!

## V

Mateo no quería mirar hacia la explanada de la Trinidad. No le hacía falta, todavía podía oler los meos de aquel callejón, aún veía la muela.

Sabía a qué atenerse.

Hacía veinte años, ayer, y hoy.

No necesitaba ver a aquellos dos jaques rondando. Las cuadrillas colocaban los dinteles, y tenía que poner toda su atención en la obra. Aquellas piedras gigantescas serían el soporte de su sueño. Ellas mantendrían en pie el portal occidental.

Pero no sólo estaba la deuda. Había que añadir lo sucedido con Gatón. El acoso del capitán. Y, además, su hijo.

Mateo, el hijo, no había vuelto a casa.

—¡Podría estar trabajando con García Rodríguez! ¡¡Tendría un futuro!! —había gritado Aldonza.

Mateo ni siquiera había intentado intervenir.

—Mira qué has conseguido, le has llenado la cabeza de pájaros, ¡¡¡no me habla!!!

Mateo no intentó recordarle que ella también había soñado con el cargo de maese de obras, que a ella también le había parecido digno.

Pero Aldonza tenía demasiado en las manos.

—Ya no me fían en el mercado, ¿qué has hecho?

Y sus protestas no se acababan.

—Si no fuera por la caridad de mi hermana, ¡¿qué sería de nosotros?!

Mateo se preguntaba dónde habían ido las sonrisas, los besos que contaban secretos. Él no había cambiado.

Había intentado acercarse, asegurarle que todo saldría bien, que su hijo olvidaría aquella tontería de la música.

La deuda con Nathanael, la presión por acabar las obras, los gritos de Aldonza. Su hijo. Demasiadas cucharas en el mismo estofado.

Mateo se equivocó.

No quería mirar hacia la explanada de la Trinidad. Miraba a las poleas, miraba las sogas, las cuadrillas, andamios, miraba pero no veía.

No vio que la soga se deshilachaba, no vio que la polea se inclinaba.

No vio la sombra de su padre.

## VI

Murió antes de que pudieran atenderlo en Antealtares.

El frade despensero entendía algo de hierbas, pocos días antes había preparado verdolaga, zarza y cola de caballo para el capitán de la guardia. Algo sabía. Podía incluso coser un tajo con un par de puntadas y echarle agua de rosas, sabía incluso hornear enebro para sacar aceite.

Tenía cara de lagartija y algo le pasaba en los riñones, porque caminaba siempre a trompicones, apretando los dedos de los pies como a punto de tropezar con cada paso.

El despensero se llamaba Gutierre y hacía también de herbolario, de sacamuelas y de cirujano, cuando el prior no le reñía, porque era patrimonio de Dios sanar el cuerpo como sanaba el alma.

Pero nada pudo frade Gutierre cuando le trajeron a aquel desgraciado, hubiera hecho falta un milagro como el del mismo Lázaro, no cuatro hierbas y una tisana.

—¡Bendito sea el Señor!, ¿qué le ha pasado?

Contestó Sisnando, que tenía las manos ensangrentadas. Se lo habían llevado en una lona, y no es que él hubiera hecho mucho, el trabajo había recaído sobre Juanchón, pero Sisnando se las había apañado para acabar con las manos empapadas en sangre.

—Las prisas —gimió bajo sus piojos—, eso es lo que le ha pasado. Las prisas.

El herborista se tensó, y de haber sacado la lengua habría parecido un lagarto entre las rocas. Pero no sacó la lengua, sólo abrió y cerró la boca, haciendo que un lobanillo que tenía en la ceja pegase un brinco.

No llegó a hacer la pregunta, pero Sisnando contestó.

—Se lo advertí —lamentó—, llevo diciéndolo semanas. Antes o después tenía que pasar una desgracia.

No metía las manos en sus greñas piojosas, las mantenía frente a él, enseñándoselas a todo el que quisiera verlas, y el revuelo había atraído a buena parte de la comunidad.

Los frailes, espantados, se arrimaban con aires de polilla a una vela. Uno tenía un cesto con nabos recién recogidos, otro un sacho al hombro, e incluso llegó uno de las cocinas con las manos ocupadas, en una llevaba una cebolla, en la otra el cuchillo.

—No se puede trabajar a este ritmo.

Sisnando no callaba.

Y no se calló hasta que el bastón de Gundisalvo lo hizo callar. El golpe en el cogote consiguió que las manos volvieran a su lugar habitual, entre las greñas piojosas, y espantó a los frailes, que salieron a toda prisa entre voces, igual que palomas en una plaza.

El despensero, más herbolario en ese momento, casi médico, se inclinó por fin ante el vizcaíno, que era quien había recibido el impacto de la enorme piedra.

Tenía burbujas secas de sangre en la comisura de los labios, el rostro contraído por el horror, el pecho hundido.

No hizo falta mucho para emitir el diagnóstico. Gutierre contaba con menos que los médicos hebreos o moros, no había estudiado en Ispahán ni en Córdoba, pero tenía experiencia. En Antealtares se atendía a los peregrinos, aunque en la mayor parte de las ocasiones se les acabase amortajando.

Cualquiera podía verlo. Incluso Gutierre. Uno de los dinteles se había quedado cojo, la soga no llegó a partirse y, gracias a eso, sólo tenían allí a uno de los *arxinas*. De haberse partido...

Sólo con pensarlo, tuvo que santiguarse.

Gracias al Cielo, la soga aguantó. Se deshilachó. Sólo se deshilachó, y el dintel se descolgó dos palmos. Quedó cojo. Más alto de un lado que del otro y los que aguantaban no pudieron hacer nada, el dintel se movió, un péndulo de toneladas.

Era la piedra de la cantera de Penedo. Masiva, enorme, se balanceó a los pies de los andamios, hizo chirriar las sogas, crujir los puntales. Se fue a un lado.

—¡Aguantad!

Eso había gritado el maese.

—¡¡Que no caiga!!

Al otro lado, con un impulso imparable.

—¡¡¡Que no escache!!!

Los demás también gritaron. Gritos salpicados de pánico.

—¡Cuidado! —el asturiano, antes de dos avemarías seguidas.

—¡Al suelo! —Juanchón, con las manos despellejadas, la soga se le había escurrido entre los dedos.

—¡La puta que la parió! —el viejo Gundisalvo, que se atragantó con una ciruela.

No se pudo hacer nada. El dintel se balanceó a un lado, al otro. Y enganchó al vizcaíno.

El golpe no pareció gran cosa, pero aquella mole había necesitado un tiro de doce bueyes y una semana entera para llegar desde la cantera, aquel monstruo no tenía que coger carrerilla para matar.

Todos oyeron el crujir de las costillas. Y el de la mandíbula. Y la nariz.

El frade herbolario apenas tardó un suspiro, no le hizo falta mucho para comprender.

Se alzó. El rostro, lívido, y aquellos ojos saltones, de lagartija, perdidos. Se alzó e hizo la señal de la cruz, lenta, lastimosa.

Y la terminó echando la mano al frente, lanzándole una última bendición al pobre vizcaíno, que aún tenía, por puro milagro, la boina puesta.

## VII

No les dejó parar.

—*Paure o que paure*, no hay remedio.

Y no lo tendría. Pero lo cristiano hubiera sido parar.

—*A murear!*

Se lo habían llevado.

Todos indecisos. Asustados. El hijo de Malaquías vomitó a la vuelta del puesto donde calzaban a los bueyes.

—¡¡Vamos!! *Bai!!!*

Mateo no les dejó parar.

Juanchón, Sisnando y los dos borgoñones se habían llevado el cuerpo.

Y Gundisalvo los siguió a golpe de bastón, por las escaleras que atravesaban la capilla inferior, hacia la explanada de la Trinidad, hacia Antealtares.

A los demás, no les dejó parar.

Había que volver a poner una soga, revisada, palmo a palmo. Apañarla de eslinga. Enhebrar las poleas. Correr los cabos. Afianzarlos. Y alzar de nuevo el dintel sobre la arcada y el parteluz.

No les dejó parar.

Había que terminar.

# VIII

Dos mastodontes de piedra. Eso eran. Y antes de acabar la jornada quedaron colocados ambos dinteles.

Apenas lo celebraron.

Los más jóvenes, los que llevaban en los talleres unos pocos años, los que aún no temían el precio que la piedra cobraba. Ésos compartieron un azumbre de sidra.

De los que peinaban canas, nadie lo celebró.

Mateo tampoco.

Faltaban los ángeles, los gentiles, los justos, los evangelistas, las cabezas de los profetas que adornaban las columnas de los arcos menores. Estaban sus túnicas, con pliegues extraordinarios, alguno parecía a punto de echarse a caminar. Pero aún no tenían rostro.

Era un trabajo para sentirse orgulloso, un hito, dinteles así no se habían visto nunca, pero los *arxinas* no lo estaban.

Se fueron con el ocaso, los jóvenes a la mancebía de la Juana o a algún tugurio más barato, como la vieja taberna del Rano, los

veteranos a casa. Los jóvenes espantando a la muerte, los veteranos aceptándola.

Se fueron y Mateo les dio una orden a los esportilleros.

—Leña, brea, astillas, todo lo que desechen los *carpinteiros*.

El plazo terminaba. Haría falta madera, mucha madera.

Mateo no escuchó ni una sola de las protestas. A partir del día siguiente, trabajarían también de noche.

En la luz y en la oscuridad.

## IX

Mateo no fue a la mancebía de la Juana. Tampoco a casa.

Mateo se quedó trabajando, con sus dibujos. Algo le faltaba, algo no cuadraba en el parteluz, quería incluir un detalle más, algo que mirase al interior de la nave principal.

Para el frente tenía el árbol de Jesé, tenía al apóstol, estaba a punto de terminarlo, pero quería algo más.

Y cuando la noche se cerró, cuando ya no quedaba nadie más despierto en los talleres, menos los gatos, fue a la catedral.

Tenía que comprobar algo. Y no quería que nadie le viese hacerlo.

Dejó al pobre Ferruxo mirándolo con la esperanza de un poco de leche que no llegó, o de una caricia que no dio. Lo dejó allí, sentado, sobre las pizarras pintadas con tiza.

Solo, el gato maulló su decepción.

Mateo ascendió por las escaleras de la cripta, la que salvaba el socavón, cruzó el pórtico sin terminar, y pasó por el coro que algún día acabaría.

En el transepto dormían peregrinos, y los tufos del camino se pegaban a las piedras y a los ronquidos. Un chiquillo, en una

esquina, junto a una pila de agua bendita, tenía encendida una fogata con tres ramillas y asaba una tira de tocino. La habría guardado todo el día, habría esperado a sentirse solo para arriesgarse a sacarla del escondrijo donde la había salvado de manos ajenas.

Mateo se fijó, porque en la luz escasa de las pobres llamas el chiquillo le pareció un buen retrato para uno de los ángeles, uno que le faltaba, el que sostendría los clavos de la pasión y la lanza de Longinos.

Mateo pasó junto al almacén de los músicos, bajó a las viejas catacumbas, al tesoro.

Ya sabía la respuesta. Pero tenía que verlo una vez más. Con sus propios ojos, uno de cada color.

Tenía que comprobarlo.

El cofre se abrió con un gemido de hierro oxidado.

Como su bolsa, donde sólo había una concha, el cofre estaba vacío.

# Hijo y padre



## I

Ardía. La catedral de Compostela ardía.

Visto desde la explanada de la Trinidad, el pórtico ardía. O parecía arder.

Las llamas bailaban sobre las piedras.

E incluso de noche el pórtico se veía impresionante. Una gesta.

La catedral se abría hacia la Trinidad con las tres arcadas, y los dinteles se aguantaban en su lugar. Desde hacía un mes.

Un mes sin dormir, sin comer, sin descansar. Un mes sin salario.

Pero el plazo terminaba. Había terminado.

Las columnas aplastaban a bestias malditas y se elevaban hacia los cielos para recibir, en cada arcada, una escena distinta. Y ambos lados enmarcaban el tímpano del gran arco central, donde estaría el mismo Cristo rodeado de aquellos que se habían ganado el derecho a llegar a los Cielos.

Y seguían trabajando, en plena noche. A la luz de hachones y pebeteros, de fogatas incluso. Y las llamas se pegaban a las piedras. La catedral parecía arder.

Y allí, en el pórtico, a la luz de las llamas, el martillo y la piedra negociaban. Pero, más allá, había otro sonido, no el del hierro golpeando el hierro, no el de las sogas tensas, no el de la piedra contra la piedra.

Dentro de la nave principal, en el corazón de la catedral, donde algún día Mateo alzaría su coro, se oía música. Una música bella, imposible, capaz de imponerse al caos de las obras.

Las notas corrían. Burbujeaban. Vibraban y se desvanecían en un parpadeo. Limpias. Cristales en el aire.

Se colaban dentro. Lo envolvían todo. Se enredaban unas en otras, se perseguían, a toda prisa. Y ponían la piel de gallina.

Y la catedral las recogía en sus piedras, las acunaba y las devolvía. Recorrían los pasos entre el granito, revoloteaban en las arcadas, besaban las mejillas de los santos, se hacían rocío en los acantos que coronaban las columnas.

Ascendieron por encima del altar, de la plata que lo cubría, de las rejas, ascendieron hacia la cúpula y salieron de la catedral buscando la noche.

Y la catedral, aún sin terminar, se llenó. Como si no fuera una noche fría, como si la primavera hubiese llegado de pronto. Los santos parpadearon, las vírgenes se llevaron las manos a los labios. La piedra cobró vida.

Se volvió majestuosa, imponente. Entornando los ojos podía verse lo que sería algún día.

Algún día.

Con las bóvedas terminadas, las tribunas cerradas. Sin andamios, sin grúas, sin sogas.

Desaparecieron las poleas. Las cubas con cal. Las paletas y el mortero.

Del coro no había más que unas pocas columnas, un boceto, y, sin embargo, la música colocó a la misma Virgen en la cabecera, iluminada por el rosetón que le daría vida cada puesta de sol, cuando el ocaso se echase encima de la Trinidad.

La catedral se ruborizó, como si las estrellas la hicieran sonrojarse y recoger el ruedo de la falda. Se elevó a los cielos para mayor gloria de Dios.

El frade Zonio podía verla.

Podía sentirla.

Ya no olía la peste a sudor. Ni rastro de los pies sucios y castigados. Ni siquiera oía los ronquidos. No importaban los peregrinos que, en lugar de pagar un albergue, dormían allí mismo, acurrucados.

Podía verla. A la catedral y a la Señora. La Inmaculada. Presidiendo el coro. Allí, en majestad, bella, única. La Santa Madre sonriendo a los fieles que entrarían por un extremo, por donde ahora sólo había andamios y polvo. Caminarían a los pies de la Señora para llegar hasta el altar, cruzar la verja y visitar al Zebedeo.

Algún día.

Y si el Señor tenía misericordia, lo vería.

—*Bai.* Veinte años más —había dicho el maese Mateo.

Y el pecho del frade se llenaba de gozo. Sentía la necesidad de alabar los Cielos. Su fe profunda le daba paz.

Y paz le daba la música. Aquella melodía virtuosa, casi imposible.

La mano del frade giraba y giraba. La rueda del organistro arañaba las cuerdas y las teclas las pellizcaban. Y las notas corrían.

En toda su vida, en cincuenta años de música, jamás Zonio había pensado que podría escuchar algo así. Hasta entonces había sido un sueño. Un deseo agazapado en lo profundo de su pecho.

Recibirían al rey. A su padre. Y le darían sepultura allí. Compostela tendría un panteón real. Y su música acompañaría al cortejo. Y el cortejo se llenaría de emoción, como la emoción lo embargaba en ese instante.

Las notas se fundieron. En un lamento, bello y profundo, tan rápido que mareaba, tan hondo como un abismo.

Su mano giraba.

La rueda del organistro acariciaba las cuerdas.

Las muescas de las teclas las rozaban.

Allí estaría la Virgen misma. El arzobispo Suero tenía razón:

—No habrá nada semejante en toda la cristiandad.

Y Zonio se sentía lleno de gozo, porque estaba allí. Porque el Señor le había regalado la oportunidad de vivirlo. Y porque Dios, no podía ser de otro modo, había puesto, allí a su lado, aquel talento desbordante.

Dos notas, una en cada mano, cayeron, se derrumbaron una sobre otra dejando una pregunta en el aire. Y despertaron un deseo irrefrenable. De terminar, de acabar. Pero se quedaron en el aire, incompletas. Huecas.

Y la pausa, una pausa que se hizo eterna.

Hasta que llegó la última frase. La que faltaba. El objeto de aquel apasionado deseo.

Siete notas, siete que cerraron los flecos de un acorde, concluyendo la melodía con el peso de la razón. No podía acabar de otro modo.

El último sillar entró en su lugar. La última losa quedó colocada. El último arco completo.

La catedral, inmensa, viva, resplandeció.

Algún día.

—Hijo mío...

Zonio apenas podía hablar, le costaba respirar. Mantener el ritmo había sido un desafío, pero había algo más, emoción. La belleza de la música, del coro, de las naves, de las columnas, de los santos y los apóstoles.

Le costaba respirar.

—Hijo mío —repitió entre jadeos—, has sido tocado por la mano de Dios...

Y abrió los ojos para mirar a su lado.

## II

Gunrod estaba cubierto de polvo. Tenía los pies doloridos. Las piernas cansadas. Pero el alma intacta.

Gunrod era un buey de largas barbas y puños como jamoncillos. Un norteño que había caminado durante tres largos meses para llegar a Compostela.

Gunrod había matado a un hombre, allá en Nídaros, en el Paso del Norte, donde los inviernos se hacen eternos y, durante el verano, el sol jamás llega a acostarse.

Sus abuelos habían venido a Jacobsland para saquearla, surcando las olas a lomos de *dragones* de madera y con las espadas afiladas. Él había venido en busca de perdón.

Atosigado por el remordimiento. Había vendido su granja, su bella granja en el fiordo. La misma granja por cuyos lindes había aplastado un cráneo y entregado un cadáver a un río por el que aún no remontaban los salmones.

Gunrod se había criado en el hielo del norte con un hacha en la mano. Era uno de los últimos herederos de aquellos valientes que habían cruzado el océano en busca de aventura y fortuna.

En su granja aún conservaba un trozo de plata que había sido arrancado por su bisabuelo del canto de un libro sagrado en algún lugar no muy lejos de allí mismo, tras remontar el Ulla con un *barco largo* erizado de hombres armados, de vikingos.

Gunrod llenaba un rincón oscuro, tirado sobre una manta que apenas era papel, sobada por el largo viaje. Alejado del ruido infernal de las obras. Un mes llevaban trabajando de noche, se lo había dicho otro peregrino nada más llegar, un mes, sin descanso, y costaba dormir.

Pero no lo habían despertado los cinceles, ni los gritos de los canteros, ni las órdenes de aquel loco maese que los mandaba con ojos enfebrecidos, ojos extraños, inquietantes.

No, no habían sido los canteros. La música lo había despertado.

Había llegado a Compostela once días antes. Y sus noches seguían llenas de remordimientos. Porque, en su fuero interno, sabía que no habían sido las piedras en aquel muro las que habían despertado su violencia.

Sabía que había sido la mujer de su vecino. La lujuria lo había embargado. Ésa era la verdad. Una verdad oscura.

No había encontrado la redención que buscaba. Hasta ahora.

Gunrod, sucio del camino, arropado en las sombras de la catedral, escuchó la música.

Y quedó apabullado.

Se santiguó, prometió que tomaría los hábitos, allí mismo en Compostela. Que trabajaría toda una vida en nombre del Señor.

Y, cuando la música terminó, cuando aquel último acorde se apagó, Gunrod lloró. Lloró como un niño.

## III

Ambos jadeaban. El sudor perlaba sus frentes. El esfuerzo de la pieza les había robado el aliento. Habían llegado a la cima y necesitaban recuperarse.

Ahora que la música se había detenido, llegaban los gritos de los canteros, el repicar de los cinceles, pero hasta ese momento, para ellos dos, para aquel Gunrod que despertó entre las sombras, no había habido otra cosa que música.

Sólo aquella melodía.

Tenía la fuerza de una carga de caballería. De una tormenta azotando la costa.

Era amor carnal, sexo frenético. Rozaba la violación. Era besar con la dulzura de la miel después de haber arrancado la ropa a tirones. Era amarse entre mordiscos y arañazos.

Y las otras manos, las que no eran las del frade Zonio rozaron las teclas del mástil como hubieran acariciado los muslos desnudos de una mujer. Y ascendieron por ellas, como lo hubieran hecho buscando el secreto al final de esos muslos.

El frade comprendió.

—El Señor mismo te ha regalado ese don. En su sabiduría, el Altísimo te ha convertido en sus manos —afirmó Zonio embelesado —. Mañana tu padre comprenderá.

No hubo respuesta, sólo una vacilación de los dedos sobre aquellas teclas, deliciosamente labradas en la mejor madera de tilo. Teclas que besaban las cuerdas, las mordían. Las amaban.

—Todo el cortejo se rendirá a tus pies —aseguró Zonio—, pongo al Cristo resucitado por testigo. Ni han escuchado ni jamás volverán a escuchar algo semejante. Y tu padre comprenderá.

Le puso una mano en el hombro. Y Zonio percibió el temblor. Más que nunca, le pareció un niño.

Aquel chicuelo nervioso al que conoció con un puñado de dibujos en una mano y carboncillo en la otra.

Aquel chicuelo que se había saltado las clases de latín con el hermano Ferdinando y que escuchaba embelesado cómo practicaban los frades de Antealtares.

Por una vez en su vida, Zonio no parloteó como una comadre.

—Lo comprenderá.

Lo dijo con el corazón lleno de sinceridad. Convencido de que así sería. Hubiera pasado una ordalía para demostrarlo. Piedras calientes, agua fría. Lo que hiciera falta.

Zonio no comprendía aquel silencio, aquella mirada que caía al suelo, aquel dolor.

Como tampoco había comprendido el santo Pedro.

Por tres veces, Zonio había intentado convencer a aquel chiquillo con los dedos negros de carbón. Y el desasosiego no desaparecía. Como tampoco había desaparecido aquella otra madrugada, cuando el apóstol había negado tres veces al Señor.

Apretó el hombro, que ya no era el de un niño. Intentó infundirle ánimos.

Fue un susurro. Apenas audible. Como si necesitase afinar la voz antes de hablar. Pero no lo repitió. Lo dijo sólo una vez. Apenas un soplo de aire. Y se levantó.

—Mi padre ha muerto...

Se levantó y se fue. Atravesó el coro, se marchó, afuera, a la noche.

Y ante los ojos del frade ahora apareció la verdad. El coro, la catedral estaban sin terminar. Veinte años más.

Algún día.

La noche aún se colaba en el templo. Aún había mucho por hacer.

Y el chicuelo, que ya no era un chicuelo, se marchó sin otra palabra. Y no fue hacia las obras, con su barullo, con sus fogatas y sus hachones. No, el muchacho no quería saber nada de las obras, se alejó rodeando el altar mayor, la verja, hacia la puerta de los francos, la que se abría al norte.

No había vuelto a cruzar las obras.

El frade se levantó aprisa, sujetando con torpeza el organistro. Y lo llamó. No podía dejar que se marchase así, lleno de dolor. Tenía que detenerlo.

Y no pensó que se mentía a sí mismo.

Tenía que detenerlo. No porque necesitara aquel talento para dejar pasmados al rey y al cortejo fúnebre. No porque aquel talento impresionaría al arzobispo. Por supuesto que no. Se levantó, tropezó y lo llamó, porque le dolía. Le dolía el dolor de aquel chico con los dedos tiznados de carboncillo. Por eso lo llamó:

—¡Mateo!

## IV

Ardía. La catedral de Compostela ardía.

Visto desde la explanada de la Trinidad, el pórtico ardía. O parecía arder.

Las sombras bailaban. Las barbillas de los santos se movían, sus ojos se volvían para mirar, los apóstoles parecían a punto de levantar la mano para dar una bendición, el mismo Cristo semejaba a punto de alzarse e ir a buscar un balde de agua.

Parecía arder, pero no ardía.

Hachones, pebeteros, incluso fogatas. Hacía falta la luz. Había que terminar el trabajo. Había pasado un mes desde que los dinteles se

colocaran y el plazo se había cumplido.

Afanosos, como hormigas, todos los *arxinas* pasaban la noche en vela. A la mañana siguiente expiraba el plazo.

La gloria o la ruina.

Maese Mateo gritaba indicaciones, Juanchón sostenía la soga él solo, con su inmensa fuerza, el asturiano hacía lo que podía, el Sinsombra ayudaba, y la cabeza del profeta Daniel, con una sonrisa que Mateo le había robado al recuerdo de su propio hijo, cuando era un niño y dibujaba, cuando hacía volar gorriones...

La cabeza del profeta Daniel colgaba en el aire.

Esperaba a ser colocada en su lugar, a la siniestra de la arcada central, junto a Jeremías, Isaías y Moisés.

Toda Compostela dormía, la catedral era frenesí.

Llegaban tarde y Mateo gritaba. Chillaba órdenes para tres cuadrillas a la vez, porque, además de Daniel, aún faltaban los ángeles que portaban los tormentos de la Pasión.

Incluso la herrería funcionaba a todo trapo, hacían falta vástagos de hierro para conectar las piezas a la estructura, las cabezas a los cuerpos.

Mateo gritaba. Escupía órdenes. Señalaba. Iba de un lado a otro. No admitía réplicas.

El maese no perdonaba un solo error. Y las llamas hacían de su rostro una máscara donde la luz y la oscuridad jugaban a pillarse.

Luz y oscuridad. En un retrato imposible. Como sus ojos, uno de cada color.

Y aún faltaba la pieza del parteluz, aquel apóstol que había aguardado veinte años para terminarse. Aún estaba allí, al pie del pórtico, esperando a que lo alzasen para rematar la columna que sostenía los dinteles de la arcada central.

Cada una de las manos de Mateo señalaba. Se llevaban la contraria. Una apuntaba a los justos en la derecha, otra a los hebreos fieles a la izquierda, desde ambos lados ambos ascenderían a la Gloria, en la arcada central, coronada por los ancianos, los ancianos del Apocalipsis, que afinaban sus instrumentos bajo la tutela de los dos en el centro, sobre el parteluz, los dos que tocaban el organistro.

El viejo Gundisalvo se acercó renqueando con su bastón.

—*Xilón* —llamó preocupado.

Mateo gritó dos órdenes a la izquierda, una a la derecha. No escuchó al viejo.

—*Xilón*, ¡Mateo!

El maese no escuchaba. Dio dos pasos, se alejó, otra de las cuadrillas, subida a un andamio, remataba con punteros finos los encajes en las piezas que eran los pecadores y sus pecados, la lujuria, la glotonería, la ira.

La soberbia.

El viejo y su bastón lo siguieron.

—Alguien se va a desgraciar —suplicó Gundisalvo.

Pero Mateo no escuchaba.

—Hay que parar —insistió el *xebo*.

Y señaló con su bastón. En las cuadrillas se repartía el ansia, el miedo, y el cansancio. Los rostros, demacrados y ojerosos. Las manos temblorosas, las frentes cuajadas de sudor.

—¡Míralos! No pueden seguir.

Mateo no escuchaba. Gritaba más órdenes, volvía a la izquierda, allí había dos subidos a otro andamio, repasaban los capiteles por el lado interior, el de la nave principal.

Mateo no escuchaba.

—*Xilón!!* ¡¡¡Hay que parar!!!

Por fin reaccionó. Dejó una orden a medias y se volvió hacia el viejo Gundisalvo.

—Pararán cuando rematen.

Sus dos ojos, uno de cada color, fríos, como la helada que partía los bloques. Inexorables.

—Pararán cuando rematen —repitió Mateo.

Y, como una premonición, un cincel cayó desde lo alto de un andamio y se estrelló junto al maestro de obras con el clanc de una campanada.

Allá arriba, en el andamio, dos *arxinas* bostezaban y luchaban por mantener los ojos abiertos. Ni siquiera se habían dado cuenta de que uno de sus pies había empujado el hierro.

—Cuando rematen o cuando estén muertos.

Y no dijo el maese nada más, no al menos a Gundisalvo, que se quedó apoyado en su bastón con el rostro lleno de angustia.

El viejo cambió el bastón de mano, lo puso en la izquierda. Se inclinó aún más, y se llevó la derecha al brazo contrario, de golpe, como para espantar un moscardón. Se agarró la sangradura. Subió. Llegó hasta el hombro.

Se le escapó un quejido por su boca desdentada. La mandíbula hizo un extraño, y una ciruela rechupada se le cayó de entre los labios y dejó una mancha oscura en su pechera.

Sus dedos, viejos, hinchados por la reuma, apretaron el hombro.

Se le escapó otro gemido.

Juanchón lo recogió antes de que cayera. El bastón no pudo sujetarlo, se derrumbó y resonó en las piedras como lo había hecho el cincel.

Clanc. Clanc.

El viejo tenía las arrugas rotas por el dolor. La expresión descompuesta.

—*Xebo?!*

El vozarrón de Juanchón apenas se oyó en el caos de martillazos, en el rumor de las llamas, en el vocerío de las órdenes.

Estaban colocando por fin la cabeza de Daniel.

Mateo no se volvió.

# V

Ruy Ansúrez, el Cuatrohostias, ya no estornudaba.

—Un alivio de cojones —decía.

Pero aún sentía la garganta como si la hubiera arañado un gato al que acabasen de cortar el rabo con una cizalla. Y por algún recoveco del cogote aún le quedaba un pellizco de fiebre.

Aunque hubiera continuado a gatas y arrastrando las tripas. El Cuatrohostias tenía algo de perro perdiguero, no abandonaba un rastro cuando lo aventaba. Menos aún si el rastro tenía veinte años.

Estornudando o sin estornudar, no iba a soltar aquel hueso. Menos después de lo escuchado.

Había estado preguntando, a veces por las buenas, a veces por las malas, y había conseguido ponerse de muy mala baba. Porque aquel rastro olía cada vez más a podrido.

No le costó dar con el tipo al que buscaba. Bastaron unas cuantas indirectas por las esquinas de los callejones.

Había que tener redaños para no responderle al Cuatrohostias.

Averiguó lo que quería antes de que se le cansase la derecha, que era la que repartía justicia.

Aún estarían los frades de Antealtares con las lecturas de completas cuando el Cuatrohostias volvió a entrar en la ciudad por la Puerta del Camino, después de haberse pateado el barrio de los

tapiceros y encontrar a un arriero que descargaba el último fardo de lana merina de su carro.

El tipo llevaba toda la vida camino arriba y camino abajo, conocía su oficio, él le dio a Ruy Ansúrez las razones que buscaba.

No tenía más que darse un pequeño paseo.

## VI

Buena parte de lo que hacía el Cuatrohostias radicaba en conocer los tugurios de la ciudad. Incluso los del alfoz, más de una vez se había emborrachado en la que fuera la taberna del Rano, en manos ahora de un aragonés cabezón que, aupado en la fama, seguía sirviendo ancas de rana fritas a todo aquel que tuviera estómago para aguantar el sabor de la grasa rancia.

Y la mancebía de la Juana era una institución en Compostela. Para algunos más relevante que la misma catedral.

El Cuatrohostias conocía bien el local, como cliente y como capitán de los hombres del arzobispo. Más de una vez había sacado de allí a algún desgraciado con los calzones por las rodillas. Y durante más de veinte años había intentado sacar de allí a Lambra que, una y otra vez, lo había mandado a darse un paseo por la frontera con los moros.

En tiempos, cuarenta años atrás, aún bajo la sombra del obispo Gelmírez, la Juana había tenido buen ojo. Su negocio había florecido junto a las mesas de los cambistas, a un lado de la Rúa Maior, no lejos de tres de las puertas más transitadas de las murallas de Compostela.

Era un lugar perfecto para los peregrinos que llegaban con los ayunos del camino, y también para los mercaderes ricos que hacían

negocios. Además, estaba cerca de la catedral y del palacio episcopal.

Ni cuarenta años atrás ni hoy le faltaban clientes, de uno u otro color.

La puerta, sobre la que no había cartel, porque no hacía maldita la falta, la abrió Lambra, que ya peinaba canas en la trenza y de quien se decía que era hija de la Juana, aunque ella ni lo desmentía ni lo confirmaba.

Tenía una sonrisa cansada, de promesa cumplida que salió mal.

La sonrisa de una mujer que conoce la estupidez de los hombres y sus braguetas. Una sonrisa que había hecho enloquecer a príncipes y a obispos. Aún corría el rumor de que Godesteiz, el que había tenido la cátedra antes de Suero de Deza, le había ofrecido abandonar los hábitos y casarse como buen cristiano.

Los veinte años no le habían robado un ápice de su belleza, sólo la habían hecho madurar.

Había sido hermosa, seguía siendo hermosa. Una belleza fría, norteña, que, sin embargo, prometía el calor de la pasión.

—¿A por vino dulce o a salar la carne?

Apoyada en la puerta, recortada contra la luz que salía de su negocio, alta, imponente, con pecho generoso, se mostraba, como siempre, dueña del suelo que pisaba.

El Cuatrohostias se sintió, por un momento, tentado. Tenía negocios de los que ocuparse, pero no pudo evitarlo. Tuvo que intentarlo una vez más.

—Si me lo pides —y los ojos del Cuatrohostias, como siempre, brillaron como sólo lo habían hecho al escapar de la cija de su familia en la ribera del Guadiana, ardiendo y sembrada con tres moros degollados—, abandonamos los dos el negocio y nos arreglamos juntos.

Ella sonrió, radiante, como si jamás hubiera escuchado una propuesta semejante.

—Cariño, en cuanto te crezca de nuevo la oreja...

La sonrisa, tan bella e inquietante como asomarse a un precipicio, no vaciló. Y la pausa marcó las intenciones.

—Se me va a escapar el gato —chistó Lambra—, ¿vienes a quedarte o a llevarte? Porque si es lo segundo, ya le digo yo a Antolín que se encargue.

El tal Antolín era una mala bestia de diez piedras de peso y dos varas de alto, un navarro con manos como palas y las cejas muy juntas. El perro guardián de Lambra.

El Cuatrohostias no contestó, se había perdido por un instante en la comisura de los labios de Lambra, había allí un lunar dedicado al funambulismo y, sin poder evitarlo, se tocaba el terrible muñón de la oreja.

Si alguien conseguía que al Cuatrohostias se le encogieran los huevos, ésa era Lambra.

Y Lambra insistió.

—Hoy hay mucho trajín —explicó satisfecha—. Así que, si vienes a llevarte a alguien, ya te saco yo al que se te antoje —añadió seria, en un tono que no admitía réplica—. No voy a dejar que me soliviantes a la clientela. Le das mala reputación al negocio...

El Cuatrohostias intentó recomponerse. Cambió el peso de un pie al otro, y sacó pecho.

—No jodas, no imaginaba que te preocupase la reputación de esta santa casa.

—Cariño, sigue siendo mejor que la tuya, ¿qué antojo tienes hoy? Ha llegado una morita con el culo prieto como un albaricoque...

El Cuatrohostias miró con descaro. Recorrió cada uno de los pliegues del buen vestido.

—Prefiero a las cristianas que saben llevar su propio negocio...

Tenía asuntos urgentes, pero Ruy no podía evitarlo. Lambra conseguía que se le olvidase la mala hostia, incluso de los veinte dichosos años.

Tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse. Incluso sacudió la cabeza, como si acabase de salir del río.

—Lleva unos cuantos días aquí —dijo el Cuatrohostias al fin, decidido a meterse en harina—, arrimándole ascuas a la sardina.

Lambra volvió a compartir una de aquellas sonrisas por las que todos los hijosdalgo de Compostela habían perdido buena parte de sus herencias.

—Cariño, de ésos hay muchos por aquí. Hay quien piensa que entre las piernas de mis muchachas se esconde el Santo Grial.

El Cuatrohostias asintió.

—Hay mucho imbécil de los cojones suelto.

Y, con una última mirada, con una pizca de lujuria refrenada, fue al grano.

—Busco a un tal Gatón.

# VII

No hacía falta imaginación.

En la planta alta estaban las habitaciones, que servían para lo que servían. Y la planta baja no era distinta a cualquier otra taberna, se podía beber algo, comer si terciaba y echar un vistazo a las muchachas, que hacían de posaderas con generosos escotes y, de tanto en tanto, se dejaban pellizcar o se inclinaban más de la cuenta para abandonar una jarra de vino en la mesa. O de sidra si la bolsa era escasa.

—Si la lías, cariño, no vuelves a entrar. Aunque traigas el tesoro que el Cid le robó a los moros de Polop, ¿está claro? Sin gritos y sin sopapos.

Sin temor al capitán, eso había dicho Lambra antes de abrir la puerta y dejar pasar al Cuatrohostias. Y el Cuatrohostias había asentido con resignación. A la mancebía de la Juana no se le podían apretar los clavos. Y no por aquel bestia de Antolín, capaz de tumbar a un ternero de un sopapo, sino porque, con seguridad, en alguna de las habitaciones estaría alguno de los miembros del cabildo.

Los rumores decían que, en la trasera, tras dos toneles de vino que Lambra se hacía traer de Toro, había incluso una puerta por donde entraban y salían los que vestían hábito.

Y el cabildo era quien pagaba el sueldo del Cuatrohostias. Y por el cabildo estaba allí. Tenía que cotejar lo averiguado. Porque lo averiguado le había dejado las tripas como una diarrea galopante.

Veinte años podían volverse en su contra, incluso dejarlo sin trabajo.

Ahora, ahogado en el incienso con el que Lambra espantaba el tufo a entrepierna sobada y a borrachera, el Cuatrohostias estaba sentado a una de las mesas cuando una rubia pizpireta trajo al tal Gatón de la mano.

Tuvieron que sortear a la clientela, más que abundante. La anunciada llegada del cortejo fúnebre había traído a muchos visitantes a Compostela y, pese a lo funesto de la ocasión, los apetitos no se refrenaban.

Cuando el rey se movía, era como un carnicero con una ristra de salchichas, le seguían los perros.

Había allí soldados del rey, ricachones de los que pululaban por la corte a la espera de pellizco, e incluso algún noble, heredero de los que se habían unido a la Hermandad que a punto estuviera de

linchar al obispo Gelmírez. Al Cuatrohostias le pareció incluso reconocer al padre de aquel nuevo recluta que tenía, del que no recordaba el nombre, el que calzaba menos sesos que un cagajón.

Por detrás de dos tipos de alcurnia, con las manos llenas de anillos, de anillos y de los generosos pechos de las muchachas que les susurraban zalamerías para que pidiesen más vino de la casa, apareció el antiguo boyero con la rubia pizpireta. Y, al ver quién lo aguardaba, abrió mucho los ojos.

Ojos vidriosos y enrojecidos, de quien ha bebido demasiado y lleva más de un día haciéndolo.

Desde lo sucedido en la cantera, Gatón había intentado que la combinación de sidra y muslos le perdonase los pecados, pero, como solía suceder, no funcionaba.

Con aquellos ojos llenos de culpa, el antiguo boyero miró a sus espaldas. Debió pensar en aquella puerta trasera. Pero recapacitó pronto. Si el Cuatrohostias lo había encontrado allí, lo encontraría también en cualquier otro lugar. Además, aquel gigante de Antolín, con los brazos cruzados sobre el enorme pecho, hacía guardia frente a los toneles de vino.

—Te juro...

La boca pastosa no ayudó, y Gatón tuvo que volver a empezar.

—Te juro por lo más sagrado que pensé que había sido él —soltó como si vomitase—, ¡tenía motivos! Por más que me pese...

El Cuatrohostias lo dejó hervir en su jugo durante un rato. Ni siquiera escuchó los desvaríos y las disculpas. Lo quería así, nervioso, sin saber a qué atenerse.

Hasta que creyó que estaba maduro.

—¡Sienta, cojones! No te voy a morder.

# VIII

—No cuadra, es imposible. Algo no cuadra.

El susto de ver al Cuatrohostias había pasado. La borrachera también. Lo que acababa de escuchar había funcionado mejor que un balde de agua fría.

—No cuadra —repitió Gatón.

Y el mensaje caló, porque el Cuatrohostias dio un puñetazo en la mesa que puso a bailar la jarra y los vasos.

—¡Cagüen los minaretes de Córdoba y en las rameras de Granada!

Lambra se acercó, sonriendo, sembrando cumplidos entre los clientes, asegurando a todo el que pudo que no había problemas. Tras ella, Antolín había descruzado los brazos y se había llevado la mano a la cachiporra del cinto, conocida por los asiduos como Cierrabocas.

—Cariño, vamos a tener la fiesta en paz —ordenó Lambra—, o tengo que subir a ver a la prenda de la Gurriata, creo que ya sabes de quién es la favorita.

No hacían falta más explicaciones.

El Cuatrohostias asintió. Tomó uno de los vasos de la mesa y lo alzó en un brindis que nadie correspondió.

Podía haber comentado que, si lo que aventaba era cierto, a lo mejor la Gurriata se quedaría pronto sin cliente habitual, pero Ruy abrió la bolsa y dejó dos piezas en la mesa. Una generosa propina a una jarra que ya se había pagado.

—Aquí no hay más que cristianos hablando de la Providencia —dijo mientras Lambra recogía los dineros—, nada de qué preocuparse.

Aún pasó un credo completo antes de que los dejara estar. Y otro credo completo necesitó Antolín para echarse atrás y volver a cruzar

los brazos junto a los toneles.

No hacían falta más explicaciones, al menos de la dueña del local, pero sí de Gatón.

—Por tus muertos —volvió a la carga el Cuatrohostias—, echa bien los números, ¡no tientes al demonio!, ¿estás seguro?

Gatón se sirvió en el vaso vacío y, cuando se lo llevaba a los labios, decidió rendirlo. Incluso lo apartó hacia el centro de la mesa, como si en lugar de buen vino, aunque a precio disparatado, aquello fuera veneno.

—Oh, Dios mío...

No le contestó al capitán. Gatón acababa de caer en la cuenta de algo. Sus ojos dieron un brinco, y se envaró tan seco que su espalda escupió un crujido de huesos.

—Estaba equivocado...

Se llevó las manos a la cabeza. Y el antiguo boyero continuó parloteando, como ido, con los labios apretados entre las palmas.

—¿Qué he hecho? —lamentó lastimoso.

El Cuatrohostias tenía la paciencia más corta que el buen talante.

—Ya te confesarás luego, ¡déjate de hostias! Ahora dime a quién cojones tengo que encontrar para cortarle los huevos, ¿A dónde tiro? Porque esto es un embrollo del carajo. Arriba es abajo y abajo es arriba, cagüen las cuarenta vírgenes.

Pero Gatón no escuchaba.

—Si es cierto lo de Ourense...

Alzó el rostro. Le brillaban las mejillas, y no sudaba.

—Si es cierto —repitió Gatón—, entonces... ¡Oh, Dios! Yo creía... Estaba convencido...

—Cagüen en la aljuba llena de meos del profeta. ¡Arre o so! Arranca de una vez, ¿quién cojones puede estar detrás de esta mierda? Tú tienes que saberlo.

Pero Gatón seguía perdido en sus remordimientos.

—Es inocente, Mateo es inocente.

# IX

Le dieron vueltas y revueltas. No hizo falta pedir más vino, apenas bebieron, pero siguieron hablando, intentando encajar las piezas sueltas que el Cuatrohostias había encontrado.

—Yo no entiendo un carajo de caravanas moras —soltó Ruy Ansúrez exasperado—, ¡cagüen las putas de Constantinopla! Ni zorra idea. Lo que sé es que ese mierdas está siempre en medio, ha tenido que ser él...

—No —terció Gatón—, es inocente.

—¡Mis cojones!

Y hablaron.

Hablaron hasta que un mozuelo empezó a recoger las sillas después de pasar un trapo por las mesas.

Junto a los toneles, como un perrillo, Antolín recibió dos palmadas en el cogote y unas monedas en la mano que no era dueña de la cachiporra. Entonces Lambra les ofreció un trato.

—O apoquináis la noche u os largáis con viento fresco, que los gallos ya cantan.

Ya no quedaba nadie. A no ser los que habían pagado por quedarse en las habitaciones. Y alguno de ellos aún tenía ánimos para seguir la juerga, entre los ronquidos de la planta alta se colaban gemidos, y gruñidos.

El Cuatrohostias no dejó de mirar a Gatón, pero soltó la bolsa que llevaba al cinto y la lanzó.

—Quédate con lo que quieras —gruñó.

No habían terminado.

Al Cuatrohostias le quedaba una pregunta, una pregunta que quemaba, como recién salida del horno. Y no quería hacerla, temía la respuesta.

Hubiera dado la otra oreja por no tener que hacerla. No le gustaba equivocarse. Su solución era mucho más sencilla, y más lógica. Pero no podía negar lo que sabía.

Tuvo que arrancar las palabras de la lengua, como espinas. Pero hizo la pregunta.

—¿Y maese Verrondo?

## X

No cuadraba Suero entre aquellos lujos de los dormitorios. Su camisón raído no acompañaba las molduras y las sedas.

No cuadraba, pero hasta allí había llegado.

No cuadraba. Y tampoco dormía.

—Falta poco, llegamos al final del camino.

En aquel reclinatorio. Frente a aquel retablo. Como tantas otras noches. Suero le hablaba a su crucifijo. Con fervor.

Le hablaba a Dios.

—Señor, no me permitas tropezar tan cerca de mi destino.

Lo apretaba entre los dedos.

—Apiádate de mí. ¡Ayúdame! Engáñalos. Merecen ser castigados.

E insistía.

—Sabes que es justo, tuerce su camino. ¡Tiéntalos!

## XI

Una cuadrilla preparaba la gigantesca lona que mandara apañar maese Mateo, la enhebraban con una cuerda por lazadas que había cosido la mujer del asturiano. La preparaban para tensarla entre dos puntales de los andamios.

Juanchón pasó junto a ellos como un caballo desbocado. Llevaba prisa, llevaba prisa y al viejo.

Juanchón cargaba en sus brazos con aquella poca cosa en la que se había quedado el *xebo* Gundisalvo, consumido por los años, extenuado por el último mes de trabajo.

Costaba creer que aquella poca cosa que se contorsionaba en sus brazos hubiera sido, cuarenta años atrás, el pendenciero que había destripado a un pisaverde a las puertas de la mancebía de la Juana.

—Aguanta viejo, por la Virgen, aguanta —resollaba Juanchón.

Y Gundisalvo tenía las mejillas hundidas en su boca desdentada, los labios desaparecidos, y rebotaba contra el pecho del antiguo esportillero. El *xebo* cerraba los ojos con tanta fuerza que enredaba las arrugas de su rostro y su mano, huesuda, manchada por la edad, agarraba la túnica y hacía un gurruño con la tela basta, sobre el costillar escuálido, encima del viejo corazón.

Juanchón miró atrás.

No venía nadie más. Apenas había unos pocos por las calles de Compostela, e iban en sentido contrario, hacia la Trinidad.

Pero tras Juanchón no venía nadie. Ni siquiera él.

—¡¿Maese?! —había gritado Juanchón.

Y Mateo no había hecho caso, la cabeza de Daniel estaba ya en su sitio, con aquella sonrisa a la que bastaba mirar para alegrarse el día. Pero aún faltaba mucho por hacer.

—¡¿Maese?! —había vuelto a gritar, arrodillado junto al viejo, asustado.

Pero Mateo no les había dedicado más que un reojo. Había mucho que hacer aún. Pronto amanecería, pronto llegaría el cortejo.

Ni siquiera se acercó.

—¡Sácalo de aquí!

Una orden más, con el ceño apretado, un grito urgente. Con prisa. Como si no fuera importante. Atento al pórtico, a las órdenes. Riñendo a los borgoñones. Pidiendo que espesaran el mortero.

Juanchón no se movió.

A Juanchón le dolía Mateo. A Juanchón le dolía el viejo.

—*Escorre!* ¡Aprisa!

Juanchón lo cogió en brazos, no pesaba nada, y se lo llevó. Al único sitio que conocía, a Antealtares.

Mateo ordenaba. Mandaba desmantelar un andamio, preparar los puntales para la lona. No lo vio dar el primer paso.

Ni el segundo.

Con el tercero empezó a trotar.

Luego a correr.

—*Xilón?*

En sus brazos, Gundisalvo llamaba. Apenas un gemido. La voz transida de dolor, arañando labios apretados.

—*Xilón?*

—Aguanta, viejo —le corrían lágrimas por las mejillas, extrañas en aquel tipo grandote, como si los bigardos no pudieran llorar—, por la Santa Madre de Dios, aguanta, ya llegamos.

Corría hacia Antealtares, a ver al despensero, que apañaba un dedo espachurrado entre bloques, que aliviaba las ampollas de los sogueros y las quemaduras de los que mataban la cal.

El viejo no escuchaba.

Gemía, se retorcía de dolor, y se le escaparon dos de aquellos largos cuescos que abonaban sus ciruelas.

*—Xilón?*

Sin dejar de correr, Juanchón volvió a mirar atrás.

La noche se deshacía, el amanecer se anunciaba por encima de las murallas. Y la luz, tierna, iluminaba a los más madrugadores.

Llegaban.

El carretón de un abacero, de un abacero somnoliento que llevaba en la mano el ronzal de un mulo, avanzaba hacia la Trinidad y, tras ellos, quedaba el dulce olor de buñuelos de miel.

Y vestidos con vivos colores, entre risas, dando brincos, con rostros ajados por el camino y las funciones, pero alegres, unos volatineros. Uno de ellos con un crío subido a los hombros, otro con una correa a la que iba atada una cabra que rumiaba corteza de abedul.

Llegaban.

La gente llegaba. Juanchón se iba.

Al pie del pórtico, Mateo no se movió.

# XII

Veinte años después, Compostela volvía a apretujarse en la explanada de la Trinidad.

Caldereros, zapateros y curtidores. Labriegos venidos del alfoz, arrieros con sus cargas, peregrinos. Pobres y ricos.

Estaban todos.

Estaban los mercaderes, envueltos en afeites y brocados, en sus dineros, que les granjeaban la primera fila, justo a la entrada de la nueva cripta de la catedral.

Con ellos, y con una sarta de rosquillas en la mano, estaba García Rodríguez, al que acompañaban dos rotundos pelirrojos.

Guardaespaldas contratados por aquel socio inglés suyo que, además de no hablar una palabra de cristiano, ahuyentaban a los facinerosos con malas intenciones.

Y estaban los frades, y también novicias de San Fiz. Y los rostros sonreían, o masticaban chucherías de los puestos callejeros: buñuelos, empanadas, tostones de leche y manteca. Incluso el manco Cirilo hacía negocio y los chuchos olisqueaban los ricos aromas babeando.

Llegaba un cortejo fúnebre, pero el muerto hacía tiempo que criaba malvas.

Veinte años atrás las uñas se mordían y los pies brincaban, el miedo a la guerra había erizado los nervios, ahora, la guerra era la de siempre, contra el moro, allá abajo, allende el Tajo, donde los nietos la heredaban de los abuelos.

El ambiente era colorido, burbujeante. De fiesta.

Dos chiquillos de cara sucia corrían con las manos brillantes de la grasa y los carrillos llenos, detrás de ellos iba el abacero, con un cucharón de madera en alto, resollando. Amenazaba con partirles la crisma abriéndose paso a empellones y, al verlo pasar, coloradote y apurado, las gentes señalaban a los ladronzuelos y reían.

En la esquina del palacio del obispo, frente al cerco de los talleres, un juglar con gorrilla de ante, subido a uno de los bloques de piedra, cantaba las hazañas del Mio Cid, entonaba meloso el triste destierro del héroe.

Bajo él y su vihuela pasaron dos judíos, con sus amplios sombreros negros de ala ancha, sus caftanes y sus rizos en las patillas, ambos señalaban las gárgolas que perfilaban las cornisas, y hablaban con escándalo de las más atrevidas, asombrados de ver allí, en las alturas, a un tipo sujetándose las posaderas para abrir las cachas.

En la embocadura hacia la Puerta de Sofrades una *troupe* de saltimbanquis usaba bancos de madera para saltar de uno a otro con prodigiosos equilibrios, a la sombra de un compañero que, gracias a una pértiga, se elevaba por encima de todos ellos, como un mozo subido a una cucaña. Y a un lado, rumiando una corteza como si fuera deliciosa, moviendo sus barbas, una cabra encaramada a un diminuto escabel colocado en lo alto de una escalera que habían pedido prestada en los talleres. Y, en el suelo, un gorro dado la vuelta.

Aquel gorro, y las monedas que tenía dentro, desde dinares moros a maravedíes de la conquista de Toledo, las miraba embobado un criajo, sin hacer caso a los equilibrios de la cabra, más que meritorios, porque en aquel escabel apenas cabían las pezuñas, como si las hubiera metido las cuatro en un dedal. Un despiste bastaba para descalabrarse y romper un cuerno que, con seguridad, alguien robaría para llevárselo a un herrero, donde lo aprovecharían para hacer cachas de cuchillo.

El criajo, según lo planeado, debía afanar unas monedas, no todas, ni mucho menos, las justas para que le gritasen, pero no tantas como para que los saltimbanquis echasen a correr tras él y dejasen sin atender a la cabra o al pertiguero, que bien podían necesitar que algún compañero amparase un despiste.

En eso había quedado el criajo con sus compadres antes de separarse, los otros dos afanarían frituras y él se encargaría del gorro y las monedas.

Pero no se movía; la cabra, allá arriba, y el pertiguero, allá arriba, lo tenían fascinado.

Y el pertiguero, allá arriba, ni siquiera había visto al criajo ni descubierto sus intenciones. Aprovechaba la altura para mirar a la

florida comitiva de los nobles, segunda planta de la catedral, en el zaguán de entrada que precedía al esperado pórtico.

Y los nobles, al pertiguero, no le dedicaron más que un vistazo. Estaban más interesados en el enorme telón con el que el maestro de obras se había empeñado en cubrir el tan esperado pórtico. Pero no se adivinaba cómo quedaría aquella fachada por las cuatro piedras que, como pelos escapando de un moño, salían por encima de la recia tela.

Allí arriba, con la multitud a sus pies, estaba también el conde de Traba, que alardeaba, como siempre. Y los notables del cabildo. Y el obispo de Lugo, que se había acercado en tan magna ocasión, y el arzobispo Suero, que se pellizcaba el mentón y arrugaba el hoyuelo. Como si se hubiera bebido un barril entero de sidra y no encontrase dónde aliviar la vejiga.

Y estaba también el maestro de obras, que se había cambiado de túnica pero que no había logrado sacarse las ojeras. Y dos de los oficiales. Y también el hermano bibliotecario, el encargado del escritorio de la catedral, porque él tendría que explicarle al rey cómo se pintaría el pórtico al tiempo que las dos torres, una a cada lado, se completaban.

Había mucha gente.

Y había uno más.

Junto a los nobles, un poco más atrás, a mano para ser útil, pero sin incordiar. Estaba un hombre que calzaba botas de montar y vestía gambesón, que llevaba en la pechera los roeles de la casa de Traba. Un tipo espigado, de nariz señera, con apenas una orla de pelos finos en las sienes y el cogote, y barbas largas, pero flojas, como si necesitasen riego.

Era imposible que lo supiera, pero allí, detrás del telón, en el pórtico, en la columna derecha de la arcada principal, junto a los

apóstoles, tenía aquel hombre un retrato hecho en piedra, al lado de san Pedro, san Juan y el mismo Santiago.

Estaban todos.

Incluso aquel locuelo de Hidacio, el que les chillaba a las gárgolas.

Lo habían encontrado, tieso de frío, en un callejón, antes de una Pascua que anunciara buenas cosechas por la mucha nieve. Pero también estaba, porque también él tenía su retrato escondido tras el telón, entre las piedras de la catedral.

No faltaba nadie. Y Juanchón no cayó en la cuenta.

## XIII

No faltaba nadie.

Y en la explanada de la Trinidad estaba también el hermano Gutierre de Antealtares, el que era despensero la mayor parte del tiempo, herbolario cuando podía y médico cuando le dejaba el prior. Todos los frades habían terminado maitines y marchado a la Trinidad, todos querían ver el cortejo real, y todos querían ver aquel famoso pórtico del que tanto se hablaba.

Juanchón entró de una patada, tenía las manos ocupadas.

Se encontró con frascos, retortas, hierbas colgando a secar y una enorme mesa salpicada con setas de color lila, a medio picar para algún remedio.

No había nadie.

Quizás en algún lugar un novicio, o un oblato, aún con los hábitos sin liendres y la tonsura recién hecha, pero allí, en los dominios del herbolario no había nadie, ni siquiera peregrinos aquejados de cólicos. Los seis catres, alineados contra la pared, estaban vacíos, con recias mantas castellanas dobladas encima.

—No acabes solo, *xilón*, no seas imbécil...

Juanchón dudó, y terminó por apoyar al viejo en la mesa, con miedo a que se le partiese en añicos. E intentó no escucharle.

—... Mírame a mí, escarmienta en cabeza ajena.

El viejo se aupaba con cada palabra, y su puño, crispado en un gurruño de la túnica, ya no respondía, se había quedado así, engarfiado y tieso, como una de las muchas manos que había tallado en granito.

—Mi hija Lambra ni siquiera me habla...

Juanchón lloraba. El *xebo* había sido un segundo padre para él. O el único padre, porque el que llevaba su sangre era un borrachuzas con la mano larga que le había sacudido como una estera hasta quedarse una cabeza más bajo y media arroba más enclenque. Sólo entonces había empezado el esportillero a ahorrar de lo que ganaba, hasta entonces se lo había gastado aquel beodo donde el Rano.

—Aguanta, viejo, aguanta —suplicó Juanchón.

—No quiere saludarme...

Gundisalvo se atragantaba al respirar, era incapaz de abrir los ojos, algo se rompía en su pecho y su corazón se revolcaba de angustia.

Estaban solos.

Y a Juanchón lo agarró la desesperación, y lo sacudió.

—¡Virgen Santa! ¿Qué hago?

Pero el viejo no lo escuchaba. El viejo se le moría en las manos.

—Se niega, *non me parla*.

El viejo estaba perdido en sus remordimientos. En el pasado.

—Lambra...

Mezclaba suspiros, quejidos, palabras temblorosas.

—... Juana, si soy... ¡No! ¡Se hará lo que yo diga!

No abría los ojos, no podía. Y Juanchón escuchaba cómo se rompían aquellos añicos de una vida.

—¡No! ¡¡No!! —gemía.

Hasta que el *xebo* los abrió, con fuerza, tanta que Juanchón se asustó.

Gundisalvo abrió los ojos, abrió el puño, se apoyó en la mesa del herbolario, espachurró las setas y un tufo a harina húmeda lo llenó todo.

Se incorporó sin rastro de dolor.

Abrió los ojos, pero estaba ido. Y aquella misma mano, la que había dejado en la túnica un gurruño sudoroso, atrapó la pechera de Juanchón como la zarpa de un oso.

Juanchón se asustó.

—¡¿Viejo?!

Pero Gundisalvo no le hablaba a él. Le hablaba a su pasado.

—¿Cómo pretendes? ¡Has perdido la cabeza! No sabes lo que me pides...

Por un instante, se quitó cuarenta años de encima. Parecía obra del diablo. O de un dios misericordioso.

—¿Maese?, ¿casado con una puta? ¡Deliras!

Fue un arrebato, duró un parpadeo.

Gundisalvo se derrumbó como un trapo, y otra vaharada de aquel tufo a harina empapada lo llenó todo.

Se le cerraron los ojos de nuevo, Juanchón acercó una mano temblorosa, dudaba si darle un cachete al viejo, tenía miedo de romperlo.

Pero el viejo ya estaba roto.

Al menos el dolor había pasado, algún ángel, pensó el buenazo de Juanchón, se habría apiadado del *xebo*.

Se moría.

—*Xilón?*

Juanchón, con brillantes rosarios en las mejillas, hizo lo único que podía hacer.

Hizo lo que Mateo no podía hacer, porque no estaba allí, estaba en el zaguán de la catedral, estaba delante de su pórtico y cruzaba aquella tela que había mandado colocar, le esperaba el arzobispo, tenían que hablar.

Juanchón hizo lo único que podía hacer. Despegó los labios con un chasquido, tragó un pedazo del desierto que llenaba su boca e hizo lo único que podía hacer.

—Dime, *xebo*, dime.

Pareció que el pecho del viejo se elevaba, como si hubiera estado aplastado por uno de los dinteles del maldito pórtico, pareció que volvía a respirar.

—No lo hagas, *xilón*, no merece la pena.

Se fue, con un suspiro, se fue. Se le escapó uno de aquellos cuescos llenos de ciruelas, y se apagó como una vela, quedó lívido y roto en la mesa del herbolario, con un gigante a su lado, un gigante que lloraba como un niño de teta.

## XIV

Se había muerto el viejo Remigio, su maestro, hacía ya tantos años. Y ahora se le moría otro amigo, otro que también había tenido tiempo de hacerse viejo, pero Mateo estaba demasiado ocupado.

—*Parlará* con el rey de la *ghichada* de Armengol?

No se molestó en saludar, ni siquiera pidió disculpas, interrumpió sin más la conversación en cuanto abandonó el pórtico y pasó bajo el telón.

El arzobispo hablaba con su subalterno de la diócesis de Lugo, pero se giró como la peonza de un chicuelo, reconoció la voz y dejó al otro con las ganas de rematar la frase.

—¿Está hecho?, ¿has acabado?

Siempre se hacían raras las preguntas en el arzobispo Suero.

—Si *agió* una vez, volverá a robar —insistió Mateo—. Hay que hablar con el *rex*.

Pero no caló, cada uno tiraba de un extremo de la soga.

—Habrá tiempo cuando conceda los dos marcos semanales...

Mateo iba a decir algo, a interrumpir. No a contestar, pero sí a decir algo. Suero lo adivinó en aquellos ojos tan peculiares, pero el maese clavó aquellos mismos ojos, uno de cada color, en algo, o en alguien, a espaldas del arzobispo.

No hubo tiempo de averiguar el qué, o quién.

Llegó corriendo un muchacho. Pasó como una centella y, en cuanto cruzó el telón, empezó a sonar la música.

## XV

Bastaron los dos primeros acordes.

Y toda Compostela se enderezó. Los nobles primero, no fuera a decirse lo contrario. Y siguieron los comerciantes en la explanada. Se extendió como una ola por la Trinidad.

Uno de los guardaespaldas de García Rodríguez le había conseguido una nueva ración de melindres a su amo, y daba codazos entre la multitud para regresar con ellos, tuvo que detenerse, apabullado por la reacción a su alrededor.

La cabra, en aquel diminuto escabel en el último escalón de una escalera, fue la única que siguió a lo suyo, mascando la corteza, el

resto, incluso los volatineros y los chicuelos que corrían con frituras robadas, se detuvo.

Fue el momento que aprovechó su compinche para librar de algo de peso el gorro de los saltimbanquis.

Y nadie lo retuvo, ni siquiera se dieron cuenta.

## XVI

Por supuesto que había terminado.

Pero aún faltaba mucho más por hacer. Tenía que acabar. Rematar la fachada. Levantar las torres. Sus dos torres.

Mateo no tenía dudas.

Al rey le gustaría el pórtico. La catedral sería el panteón para la Corona de León y Galicia. Lo que Mateo quería era obligar a Suero a que le levantase las perdices al mayordomo. Airear los trapos sucios.

Pero algo lo hizo callar.

A espaldas del arzobispo, en el grupo de los nobles, algo lo sorprendió, incluso le dio brillo a aquel ojo suyo que parecía carbón.

Y pasó un chiquillo corriendo.

Y empezó a sonar la música.

Y Mateo perdió el hilo.

Allí, entre la música, estaba su hijo. Allí. Y su hijo no estaba con los *arxinas* en la explanada de la Trinidad.

El asturiano, los borgoñones, incluso Sisnando, repeinados y con la cara lavada, junto a los comerciantes, echándose atrás para que el cortejo fúnebre avanzase.

No vio a Aldonza, sí vio a su cuñado, comiendo melindres a dos carrillos. Tenía tras él a uno de sus matones, uno de aquellos pelirrojos que siempre vestían cueros de venado.

Se le revolvieron las tripas pensando que Aldonza, quizá, estaría con el inglés Canuto.

Se equivocó. Aldonza estaba allí, envuelta en la multitud, perdida en la marea humana, estaba allí, pero Mateo no la vio.

No la vio. Y dolió.

Y dolió aún más que su hijo faltase.

Tampoco el viejo Gundisalvo.

—¿Dónde? —un susurro bajo las ojeras.

Y Juanchón, también faltaba Juanchón.

Últimamente, Mateo hablaba solo, preguntaba y respondía. Tuvo que darse una palmada en la mejilla, estaba seguro de que por allí danzaba un tábano a punto de picarle.

—¿Dónde se ha metido?

Buscaba a su hijo, y no vio a Aldonza, que no estaba con mercader alguno. Que estaba allí, con las mujeres de los canteros.

No la vio. Buscaba a su hijo.

Pero llegó el rey, con el mayordomo, y el cortejo. Y el viejo rey, el muerto, en un ataúd de nogal labrado, un buen trabajo, un trabajo de carpintero que cobra de más y sale adelante.

El carro con el muerto se detuvo, y el eje, ensamblado por un carretero de tradición en Tierra de Campos, se molestó, como si quisiera continuar la marcha, dejó en el aire un último chirrido, casi un llanto.

Mateo alzó la mirada hacia aquel chirrido, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Dónde?

Creía tener la respuesta. Pero sintió, una vez más, la necesidad de aplastar un bicho que paseaba por su cogote.

Y aquel rostro familiar, el que acababa de ver junto al conde de Traba.

Dónde estaba Gundisalvo, dónde estaba su hijo, dónde había visto aquel rostro.

Y Juanchón.

No pudo responder. El arzobispo le habló. Y todo se precipitó.

## XVII

No traía la fanfarria de su padre, pero la túnica, con sus leones, era la misma de veinte años antes, con la salvedad de los agujeros de las polillas.

Más modesto y solemne.

Quizá no hubiera sido apropiado, o quizá no llegaban los fondos, pero el nuevo rey, a quien le bastaba afeitarse días santos y fiestas de guardar, entró en Compostela como si se le hubiera acabado algo, casi con vergüenza.

Muy digno a través de la Puerta del Camino, como los francos, en un buen caballo y en buena compañía, incluyendo a su fiel mayordomo Armengol, un bacalao recién desalado encima de un majestuoso tordo que relinchaba muy grave.

Muy digno, pero se echaba algo en falta.

En aquellos veinte años, la Corona de León había perdido lustre.

No había corceles enjaezados, sillas repujadas al estilo del califato, tantas lanzas o alabardas. Aparentaba, pero no era.

Aun así, la Trinidad entera lanzó vivas en cuanto los músicos del frade Zonio atacaron los compases de una salve que sonó mucho mejor de lo que aparentó el cortejo fúnebre.

A bordo de un carro tirado por ocho caballos negros, con orejeras para que un reojo no los pusiera nerviosos, no se fueran a levantar de manos y desbaratar, el viejo rey viajaba en un ataúd para la

ocasión, porque el original, el que se había metido en el sarcófago ocupado en San Isidoro, se había cubierto de un moho que parecía lanilla de cordero lechal.

Los mercaderes se apartaron, los nobles también, había que hacer sitio.

El cortejo se detuvo. La música cambió, se hizo solemne, los vítores siguieron el compás, y se apaciguaron, como si toda la Trinidad, toda Compostela, hubiera comprendido que no procedían los vivas y los hurras.

García Rodríguez, él y su enorme barriga, no hacían caso a su esposa, enfundada de lujos. Comía melindres a dos carrillos y, quizá porque todo el mundo miraba aquel carro negro con el ataúd de nogal, nadie vio que el mercader y el bacalao, que el antiguo vinatero y el mayordomo de la Corona de León, cruzaban una mirada.

Debió ser importante, quizá incluso una señal convenida, porque, por una vez, las mejillas de Armengol de Urgel cobraron color.

## XVIII

El tiro de ocho caballos se detuvo. El carro dejó un último chirrido en la mañana de Compostela.

La música llegaba desde el coro.

El rey saludó, el mayordomo saludó, los nobles del cortejo saludaron. Todos se decían mentiras, nadie escuchaba verdades. Quien más y quien menos se guardaba de perder palabras que no pudieran encontrarse.

Sonrisas, apretones de manos, abrazos. Promesas. Algún pésame tardío. Incluso el señor de Vimianzo se atrevió a soltar un

chascarrillo sobre los aragoneses, y el de Pambre, para rematar, insistió en que iba siendo hora de echarse hacia Alarcos y la ribera del Guadiana, que los moros se estaban subiendo a las barbas.

Y el joven rey Alfonso no tenía los callos de su padre, pero se apañó. Quedaron con recados en el tintero, pero todos terminaron por fingirse satisfechos, como si la Corona de Galicia y León les hubiera convencido de que ellos, y sólo ellos, eran imprescindibles.

Mateo no abrió la boca.

Lo vio todo, pero a través de la niebla. De una fría niebla en noche de helada.

Se sobresaltó. Uno de los bloques se partió con un crujido. Y la música, no era la del coro, era aquella melodía, aquella del joven y el anciano. Aquellas dos que se hacían una.

Mateo dio vueltas, una hoja en un torbellino. El pelo le barrió las mejillas.

El arzobispo le decía algo, lo sujetaba por el codo con dedos sudorosos, intentaba que se enderezase, que diera unos pasos al frente, que saludara al rey, al cortejo, que le diera la bienvenida al mayordomo. Y a Suero, con aquel aspecto de leñador, la sonrisa le quedaba como un bicho despachurrado en medio de la cara.

—Tiene que acceder —susurraba el arzobispo bajo aquella sonrisa estrafalaria.

E inclinaba la cabeza con humildad impropia.

—Hijo, ¡Mateo!, espabila... ¡Habla!

Pero Mateo tenía sus propias preocupaciones.

Todo era agitación. Gente, ruido, música. Y Mateo una boya en la tormenta, flotando a duras penas, sacudido por cada embate del mar.

Iba a preguntar por el *xebo*, por su hijo.

Pero el arzobispo tiró de él, los notables del cortejo fúnebre se alineaban frente al telón encerado. El rey primero, el resto detrás.

Fue el arzobispo el que habló. Disimuló. Sin soltar al maese.

Suero le hablaba al rey, bajo la música, bajo el barullo de la gente, Mateo lo oyó. Lejos, muy lejos.

Tendría que haber sido él.

—... El apóstol en persona nos recibirá entre los profetas y los evangelistas...

Tendría que haber sido Mateo. Pero era Suero, disimulando.

—... El linaje de Cristo...

Empleaba las palabras del propio Mateo. El arzobispo intentaba encubrirlo. Intentaba limpiar la mancha, pero sólo la empeoraba, la extendía. Hacía más evidente que el maese no cumplía.

—... La fachada crecerá en dos torres que no serán gemelas...

Mencionó incluso los enormes dinteles, lo difícil que había sido conseguir las piedras. Colocarlas.

Entre los *arxinas* había quien se mordía las uñas. Otros, como Sisnando, no podían ocultar su sonrisa, Mateo iba a fracasar, el rostro del rey era una máscara, el maese que esperaba recibir dos marcos a la semana lo miraba embobado, incapaz de hablar.

—*Que lui arrive-t-il ?*

Lo preguntó uno de los borgoñones, con los puños apretados. Todos sabían que perderían el trabajo.

Y el otro borgoñón no llegó a traducir.

—*Je ne le sais pas* —contestó mordiéndose el labio.

Faltaban Juanchón y el viejo Gundisalvo, los demás estaban allí, y, tras ellos, carpinteros, sogueros, caleros. Los talleres estaban allí, tensos como cuerdas de vihuela.

—Ha perdido el juicio —dijo el hijo de Malaquías, entre asustado y convencido.

Todos veían y todos entendían, el arzobispo disimulaba, miraba preocupado, aquellas manazas suyas tiraban del maese.

—*Demenció* —soltó el Sinsombra, un poco más alto.

—*Cousa do demo* —gritó un tercero.

# XIX

La música inundaba la Trinidad.

Y desde la explanada, el drama frente al telón era un juego de siluetas. Los artesanos de los talleres lo intuyeron. Pero las gentes de Compostela no entendieron lo que pasaba.

Y ya era tarde para ponerle remedio.

El arzobispo había hablado con Zonio, Zonio había hablado con los dos esportilleros, los esportilleros sujetaban las sogas.

Mateo lo había planeado días antes, pero ahora Mateo no reaccionaba y Mateo se volvió.

Fue extraño, el arzobispo lo sujetaba por un brazo y pareció que el maese intentase escapar, pero Mateo sólo quería mirar una vez más hacia donde estaban los nobles, a aquel tipo espigado de barbas sueltas.

—Nunca ha sido trigo limpio —sentenció Sisnando—, nos quedaremos en la calle.

Y a algunos de entre los canteros se les deshizo la lealtad en las manos, ya se veían recogiendo los trastos y buscando trabajo, tendrían que ir a Ourense, quizás aún quedaría algo por hacer en Pamplona.

Mateo tenía que reaccionar. Debía reaccionar.

Aquello ya no dependía de lo que hubiera podido hacer con la piedra, dependía de que el nuevo rey lo comprase. Mateo ya no era

un cantero, era un vendedor, un mercader en el templo, y el nuevo rey tenía que convencerse, tenía que comprar.

Pero Mateo ni siquiera lo miraba.

Y cayó la última nota, la música se detuvo.

## XX

Era cierto lo que se decía, le bastaba afeitarse los días santos y las fiestas de guardar. Era un muchacho que se había convertido en rey a las bravas, luchando con uñas y dientes.

El joven rey Alfonso tenía que demostrarle a toda la corte, y a sí mismo, que la corona no le quedaba grande.

No podía consentir. No estaba dispuesto a que le hicieran de menos.

Y aquel maese que tanto prometiera, que había asegurado que construiría un panteón que haría palidecer a Castilla, ni siquiera le hablaba. Ni lo miraba.

El rey Alfonso tenía asuntos más urgentes en qué gastar la ruina de hacienda que había heredado.

La catedral no le preocupaba tanto como la ribera del Guadiana, infestada de aquellos fanáticos almohades, y mucho menos que el malnacido de su primo, que reinaba en Castilla.

Y Armengol, su mayordomo, se inclinó hacia delante para susurrarle al oído.

—Nos ya os dijimos que no nos fiábamos de él.

Y el joven rey asintió.

—Nos creemos que no le conviene a la Corona...

No pudo acabar la frase, la música cesó de pronto. Era la señal.

# XXI

Se llamaban Mendo y Barreiro. Uno tenía trece, el otro once, y el mismo Mateo los había contratado.

Eran, como lo había sido Juanillo, esportilleros de los talleres. Y les habían explicado muy bien lo que tendrían que hacer.

El arzobispo se lo había hecho repetir diez veces seguidas, y en las primeras tres, cuando uno de los dos se equivocó, ambos recibieron coscorrones de las manazas del arzobispo.

Querían hacerlo bien y se miraron el uno al otro, confundidos. Incómodos porque les habían obligado a repeinarse y a llevar túnicas nuevas, que rascaban en cada doblez, porque el lino basto aún no había sido domado por el uso.

Se miraron y Mendo, que era el pequeño, y que era pequeño para su edad, se encogió de hombros con cara de pánico, buscando en su compañero una respuesta.

El maese tenía que darles una señal.

—... La música terminará, el maese dará un paso al frente y...

Lo habían repetido, los dos, agachando la cabeza por miedo a los coscorrones, lo habían repetido una y otra vez. Bastaban dos tirones secos, uno en cada extremo, y el telón caería.

El mayor, Barreiro, que era huérfano de madre y había decidido marcharse de casa con su primera paga, porque la nueva mujer de su padre resultó ser una bruja que nada quería saber de los hijos del primer matrimonio de su esposo, Barreiro pensó que, se adelantase el maese o no, la música había terminado.

Fue una última nota, larga y serena, que punteó un acorde que ninguno de los esportilleros reconoció.

Pero Barreiro no tenía dudas. La última nota se apagó. Y el maese forcejeaba con el arzobispo.

Barreiro miró a Mendo y asintió.

Mendo cerró los ojos, de puro miedo a los coscorrones, y rezó a toda prisa un paternóster. Y asintió también.

Cada uno en su extremo, los esportilleros tiraron de los cabos.

## XXII

Nadie lo esperaba. No se había hecho ningún anuncio. Alguien debería haber dicho algo, el rey, el maese, el arzobispo, pero nadie lo hizo.

La música se apagó.

Y el telón cayó con un susurro recio, acariciando las piedras del pórtico, sobando los rostros de profetas y evangelistas, del mismo Cristo en majestad.

La tela encerada cayó a los pies de las columnas y el Pórtico de la Trinidad quedó desnudo. A los ojos del cortejo fúnebre, de la corte, del clero, de toda Compostela.

Y un último tirón del arzobispo en el brazo de Mateo lo obligó a mirar, a olvidarse de una vez de aquello, fuera lo que fuese, que lo había atrapado.

Cuando Mateo se volvió por fin, quedó mirando su propia obra, por la que había vertido sudor y lágrimas, por la que había pagado un precio. Por la que seguiría pagando.

El precio más alto.

Y la mañana, radiante, de azul estridente, llena de primavera, iluminó los rostros de toda una vida, los rostros y las expresiones que llevaba toda una vida robando para regalárselos al granito.

La luz mostró las manos, los pliegues de las telas, los instrumentos de los ancianos.

Los rostros.

Y Mateo comprendió al fin. Encontró una de las respuestas que buscaba.

## XXIII

Era un gigante, y lloraba como un niño.

Con el viejo, que no parecía otra cosa que una ramilla seca, Juanchón lloraba como no había llorado en toda su vida.

Gundisalvo se le había muerto en las manos.

## XXIV

El frade Zonio resolló, exhausto, consumido por la pasión de la música. Había entregado hasta el último pedazo de su arte, lo había dado todo para que la música fuera la de las cancelas de los Cielos, abiertas entre las manos de san Pedro.

Y estaba satisfecho.

Sonreía.

Había sonado a verdad, por un instante había creído oír incluso el tintineo de las llaves de santo.

Había sido hermoso.

Se volvió hacia Mateo, quería felicitarlo, decirle que lo había conseguido. Pero no llegó a abrir la boca.

El hijo del maese, con las mejillas encendidas y el rostro brillante de sudor lo ignoraba, miraba al frente, más allá del coro sin terminar, miraba hacia la entrada occidental de la catedral, miraba hacia el vano interior del pórtico que su padre había construido.

Y en su expresión no había descanso por haber terminado el concierto, no había satisfacción por haber cumplido, no había orgullo por los difíciles acordes domesticados.

Zonio sólo vio una cosa en el rostro del joven Mateo. Sólo una. Pena.

Y allá, en el pórtico, cayó la tela y descubrió, al otro lado de las arcadas, al cortejo fúnebre, a los nobles, a los obispos, a toda Compostela vibrando en la explanada de la Trinidad.

Padre e hijo se encontraron cuando cayó el telón.

Padre e hijo se miraron.

Y Zonio sólo vio pena.

## XXV

Allí estaba su hijo, lejos, más allá de las arcadas de piedra, más allá de su obra.

No estaba a su lado. Y no quería estar a su lado.

La música había terminado. El pórtico se abría a la mañana, con el telón a sus pies.

Padre e hijo se miraron.

Y el silencio cobró fuerza.

## XXVI

El silencio se espesó. A pocos. Hielo creciendo en un charco en una madrugada fría.

Los nobles se quedaron quietos, clavaron los ojos, dejaron de hablar. El cortejo fúnebre contuvo suspiros. El obispo de Lugo se

santiguó, a toda prisa, tres veces. Los que estaban en el zaguán de la segunda planta, sobre la nueva cripta, ellos fueron los primeros.

Fue más que silencio.

Más grueso. Palpable. De pronto, el olor de toda aquella gente en la Trinidad se volvió intenso, un olor peculiar, que mezclaba miseria y riqueza, sudor rancio y afeites, el intenso olor de una tormenta, del rayo hendiendo un árbol.

Y pocos sabían que aún no estaba terminado, la piedra aún estaba desnuda, faltaban los colores.

—Azul —había dicho Mateo.

—Buscaremos el mejor lapislázuli —había respondido aquel frade con cara de ratón—. El mejor posible. Del Beluchistán.

—Dorado —había dicho Mateo.

—Oro bien batido, además de los orfebres hay un buen par de batidores en la ciudad —había respondido aquel frade con cara de ratón—. Y en el escritorio los conocemos bien.

Aún faltaban aquel azul que era casi noche, y el oro que era casi luz. Todo el Pórtico de la Trinidad sería azul y dorado.

Sin embargo, aun así, incluso con la piedra desnuda, el silencio barrió a los de arriba, y bajó a la explanada.

Incluso los *arxinas* en primera fila quedaron mudos. Incluso Sisnando. Lo habían visto terminado, pero de madrugada, cuando no había otra luz que hachones, pebeteros y fogatas. Ahora, a la luz del día, el pórtico cobró vida.

Ruy, el Cuatrohostias, que también estaba allí, junto a los canteros, acompañado de Gatón, también se quedó sin palabras. Él, que sólo iba a misa porque el trabajo lo exigía, no pudo cerrar la boca.

—Me cago en la biblioteca de Córdoba, ¡la puta!

Y miró al antiguo boyero, a quien también se le había transformado la cara, e insistió, porque no se le ocurría otra cosa que decir, se santiguó incluso.

—¡La puta que me echó a gatear!

Allí, en el extremo derecho, inconfundible, estaba el incrédulo santo Tomás, que levantaba la mano, parecía a punto de negar, y volver a negar hasta que viera con sus propios ojos las llagas de Cristo. Y otro de los discípulos, san Bartolomé, intentaba hacerle entrar en razón.

Fue más que silencio. Pasmo. Pasó de fila en fila, de unas gentes a otras, se extendió por la Trinidad como una gota de tinta en una taza de agua. No, más contundente. Pesado. Más que silencio.

Los rostros se volvían, nadie hablaba. Alguna mano señalaba.

Ni siquiera la cabra de los saltimbanquis se libró. Maniobró en aquel pequeño escabel, moviendo las pezuñas con la misma delicadeza que en un risco resbaladizo. Algo en sus instintos le dijo al animal que se volviera, para mirar hacia donde todos miraban, algo atávico, salvaje y antiguo, que pasó de los hombres a la bestia.

El silencio siguió, hasta que llegó a las murallas, que se habían terminado poco antes, e incluso salió por la Puerta de la Trinidad, pasó junto al cementerio de peregrinos, el viejo palomar, las picotas. Quizás llegó hasta el mismo Finisterre y se sumergió en el océano para luchar con la bestia.

Un muchachito, a hombros de su padre, justo en el límite de los talleres, fue el primero. Se llamaba Rosendo, como aquel obispo de tan buena memoria que tanto luchara contra los vikingos. Y tenía aspecto de querubín, un hermoso rostro enmarcado en rizos brillantes, pero sus piernas eran flacas y frágiles, había tenido fiebres cuando aún mamaba. Y su padre lo había llevado a primera hora, y lo tenía aupado en hombros porque las piernas no le

aguantaban, su padre, que era un hombre devoto, sabía que su hijito no podría trabajar con su cuerpo, y su padre quería que el pequeño aceptase la vocación del Señor.

El pequeño Rosendo no la aceptaría, aquel día, en la Trinidad, la semilla quedó plantada. Rosendo, en su cabecita llena de sueños, decidió que sus piernas enfermas no se lo impedirían, sería un cantero, un *arxina*.

Él fue el primero que rompió el silencio.

Señaló. Y habló en voz baja. Y lo repitió más alto. Sin bajar su mano extendida al frente.

—Es el apóstol Santiago —con las eses largas, con un dejo que lo acompañaría hasta la tumba, como si las eses fueran siempre de tres en tres—. Es el apóstol.

Fue el primero. Y, como por encanto, el silencio se convirtió en una avalancha. Rebotó en las murallas y regresó a la catedral ganando volumen, haciéndose más grande.

Las voces se dieron codazos, los ánimos empujones. Más de uno intentó acercarse, verlo mejor. Muchos se persignaron, algunos miraron al cielo, al menos diez se frotaron los ojos.

El silencio se convirtió en admiración. En asombro. Y regresó desde las murallas hasta la capilla, las escaleras, el pórtico.

Alcanzó al rey.

## XXVII

El joven rey no era un hombre piadoso, tampoco su padre lo había sido. Y el joven rey conocía sus debilidades, el pecado de la carne le tentaba en exceso.

Prefería un par de largas piernas al mejor de los sermones, y no había mejor cáliz para beber vino que los pechos de una mujer, pero cuando aquella ovación lo alcanzó, cuando se rompió el silencio, el joven rey se sintió embriagado.

Tanto que lamentó no haberse confesado en toda la semana.

Allí, en el parteluz, sereno, lo esperaba el apóstol Santiago. Lo miraba, a él. Le prometía el perdón de todos sus pecados, como si bastase entrar en la catedral para merecer la Gloria eterna.

Con unos años más, después de haber triunfado y fracasado con el moro, tras haber sufrido el dolor de la traición, quizá no lo hubiera hecho. La experiencia carga el cinismo. Pero aquella limpia mañana de primavera, el rey se arrodilló.

Se arrodilló, e hizo la señal de la cruz, incluso se prometió a sí mismo, a Dios padre, que refrenaría sus impulsos carnales.

El joven rey Alfonso no se llenó de fe, la fe exigía un precio que no deseaba pagar, pero se acordó de su padre. A su padre le había gustado Compostela, a su padre le había gustado aquel arzobispo, y su maestro de obras.

Ni siquiera se dio cuenta de que acariciaba con las yemas de los dedos el pomo de su espada.

La espada, la túnica.

—Padre —fue lo que murmuró, arrodillado, apenas audible.

Frente al apóstol, frente al pórtico que miraba a la Trinidad.

Y los nobles se arrodillaron también. Y los notables del cortejo. Incluso el mayordomo.

Y aquel silencio roto, que había ido y vuelto de las murallas, se convirtió en clamor.

## XXVIII

Suero había visto buena parte del pórtico, había elegido los tablones que se usarían para las puertas, los remates de hierro, para evitar que los peregrinos usaran la catedral como albergue.

Suero había visto las estatuas aún sin colocar, sin embargo, cuando la tela cayó, quedó asombrado, como todos los demás.

Había visto. Pero no había visto.

Ni en París había visto algo así. Nunca, jamás, parecían vivos, estaban vivos. Los ancianos que remataban el arco afinaban cada cuerda, ajustaban cada tecla, a punto de dar un concierto que, Suero estuvo seguro, sería grandioso y celestial, más de lo que el hermano Zonio hubiera soñado.

Y el rey se arrodilló.

Había visto. Pero no había visto. Y ahora, comprendió.

El rey se levantó, y Suero hubiera jurado que sus ojos brillaban de emoción.

El rey se puso en pie con un tintineo de la cota, chistó incrédulo, con ojos pegados al Cristo de la arcada central, y palmeó el hombro de Mateo, con tal fuerza que el arzobispo temió que lo desgraciase.

—A mi padre...

Tenía los sentimientos apretados en la garganta, dándose puñetazos, el rey tuvo que tragárselos para acabar la frase:

—A mi padre le hubiera gustado.

Y Suero vislumbró que, tras las palabras, había años, secretos, promesas. Algo que sólo concernía al joven rey y a su padre. Algo íntimo.

Al menos, Mateo había vuelto a la vida, quizá con la salvaje palmada no le había quedado otro remedio, pero ya no parecía ido, incluso humilló el mentón después de oír al rey.

Pero el joven monarca no había terminado. Asintió para sí, miró al cantero, miró de nuevo hacia el pórtico.

Desnudo, aún sin pintar, sin las puertas. Y, aun así, inmenso. Único.

No se le daban los discursos como a su padre, y su corona aún se tambaleaba, pero sabía cómo hacer lo que correspondía.

El rey tentó el cinto y descolgó su propia faltriquera, en la que tintinearon las monedas. La levantó por encima de la cabeza, de la corona, y se volvió hacia la explanada que, al verlo, entró en erupción.

Gritaron los *arxinas*, en primera línea, casi a los pies del rey, y luego, como sucediera con aquel silencio, como una ola, los gritos llegaron a los saltimbanquis y su cabra que, cómo no, se puso a balar, y se llevó tal susto por el estruendo que a punto estuvo de descalabrarse.

No hizo falta ningún discurso. Todos comprendieron.

Y el rey rubricó su decisión de modo inapelable.

Bajó la bolsa y, con la otra mano, tomó la del maese, la derecha, con sus cicatrices y sus callos.

Hubo un parpadeo de suspense. Apenas un amén.

El rey y el cantero se miraron. La explanada entera los miraba.

Y el rey estampó los dineros en los callos de Mateo y abrió los brazos hacia la multitud. Toda la Trinidad lo bañó con vítores.

El maese terminaría la catedral.

## XXIX

El arzobispo Suero jadeaba como un galgo tras alcanzar a una liebre. La cabeza le flotaba dos palmos por encima del pescuezo.

Cuando la bolsa del rey se estrelló en la mano del maese, se sintió como un náufrago encontrando un madero al que agarrarse.

Le costaba mantenerse en pie, le fallaban las piernas, pero duró poco, enseguida volvió aquella tensión que amenazaba con partirle las corvas.

Mateo lo puso de nuevo en un aprieto.

A Suero se le enfrió el estómago, igual que si acabase de pegarle tres bocados a un trozo de hielo y, aun así, se le secó la boca.

—Tenemos que parlar —le dijo el maese al rey.

Y señaló al mayordomo.

—Creo que ya habrá ocasión en otro momento —intervino Suero atropellándose—, ahora, estoy convencido, al rey le complacerá que expliques...

Y el arzobispo iba a señalar las tres arcadas del pórtico, pero el rey, que había malinterpretado las preocupaciones del cantero, no le dejó terminar.

—Armengol preparará un nuevo documento —aseguró sonriente —, no te apures.

—No es el momento —intervino el arzobispo pellizcándose el hoyuelo, con tanta fuerza como para convertirlo en una arruga—. Tampoco el lugar apropiado.

—A los muertos de poco les *paruan* los documentos —dijo Mateo, como si no hubiera escuchado.

El cantero no vio que, tras las palabras del arzobispo había un horizonte entero. No sabría, hasta más de veinte años después, que debería haber hecho algo en aquel mismo instante.

El rey sí reaccionó, perdió la enorme sonrisa que alegraba su cara.

—¿Qué muertos?, ¿mi padre?

Con la mosca tras la oreja y el ceño fruncido.

En la Trinidad continuaban los vítores, de algún lado había salido un barrilillo de sidra y había quienes ya bebían, y los saltimbanquis soplaban cuernos, volvía la música. Unas muchachas incluso se

animaron a bailar y un bigotudo sacó un pandero de algún sitio y marcó el ritmo.

Allí, junto al pórtico, sin embargo, todos contenían la respiración.

Mateo señaló hacia el conde de Traba, detrás del noble seguía aquel tipo espigado de cabellos ralos e, inmediatamente, Mateo señaló el pórtico, la columna derecha de la arcada central donde, junto a san Pedro y sus llaves, estaba san Pablo.

Tanto el arzobispo como el rey abrieron la boca. Ambos rostros llenos de sorpresa. Miraron. Remiraron. A un lado y al otro.

Tras el conde de Traba, a quien se le llenaron las mejillas de rubor, aquel tipo intentaba hacerse pequeño. Pero no había dudas, era imposible no reconocerlo.

—Lo *anisqué* en León —aclaró Mateo—, con mis propios ojos.

Y aquellos ojos, uno de cada color, brillaban.

## XXX

El mayordomo reaccionó con más entereza, se estiró y alzó una de aquellas manos cadavéricas, como para apartar un moscardón.

Fue a decir algo, pero Mateo pasó junto al rey, lo obligó a hacerse a un lado, y se plantó frente a Armengol de Urgel sin la menor consideración, como si fueran iguales.

—No *xeres* a decir que es mentira, no te atrevas.

El joven rey miraba de reojo al conde de Traba, y el conde de Traba, el ilustre Gómez Fernández, se despedía entre sonrisas y disimulos, como si todo aquello no fuese con él.

Alfonso recordaba bien los quebraderos de cabeza que aquel tipo había causado a su padre. La familia Traba llevaba así desde los tiempos de la emperatriz Urraca, los Traba se habían involucrado en

las revueltas que a punto habían estado de costarle la vida a su bisabuela.

No hizo falta que el rey diese la orden.

Hacía tiempo que buscaba una excusa para purgar a la siempre díscola nobleza gallega que, ya en tiempos del obispo Peláez había intentado que el viejo Reino de Galicia se independizase de la Corona de León.

Dos de los capitanes de su cortejo se acercaron y el de Traba empezó a despedirse, como si tuviera que marchar.

Lo retuvieron dos viejos amigos, el señor de Pambre y el de Vimianzo, que tenían más canas que muelas. Intercambiaron susurros, como habían hecho veinte años antes, y el de Pambre, que seguía sufriendo de gota galopante, adelantó el bastón, lo justo para que el conde de Traba diese con sus huesos en el suelo.

Los capitanes del rey lo sujetaron, como si pretendiesen ayudarlo, sin violencia, pero firmes.

Aunque la explanada de la Trinidad seguía hirviendo, y la cabra de los volatineros balando, Ruy Ansúrez sí que se amoscó, algo en todo aquello, allí arriba, no cuadraba. Su olfato le decía que estuviera atento.

Al tiempo, junto al pórtico, el mayordomo asumió el golpe con entereza.

—Majestad, nos que os hemos servido...

Mateo dio un paso al frente que lo obligó a callar. El mayordomo incluso reculó.

Y Mateo habló, se dirigió al rey, pero no apartó los ojos de aquel tipo con pinta de bacalao desalado.

—Sembró dineros para que no *finásemos*. Pagó bajo mano a dos indeseables.

Dio otro paso más, y el mayordomo reculó de nuevo, se quedó a dos palmos escasos del borde de las escaleras que ascendían desde la Trinidad.

—Y, en tanto, pidió *zaspear* mientras *mureábamos*.

Un tercer paso. Obligando al mayordomo a quedarse en el borde.

—Y apañó con el de Traba —concluyó Mateo.

El mayordomo iba a fingirse ultrajado, a defenderse, alzó las manos, aquellas manos del color de panza de pescado, blanquecinas y huesudas. Y cayó escaleras abajo.

El Cuatrohostias lo estaba esperando.

## XXXI

Los rincones más oscuros de los tejemanejes del antiguo mayordomo sólo los supo el rey, y los dos capitanes del rey. Ayudados por los sopapos del Cuatrohostias, se encargaron de apretarle las clavijas a Armengol de Urgel en los antiguos establos del palacio del obispo, favor al que Suero accedió encantado.

El de Traba no fue ajusticiado públicamente, había que guardar las apariencias, y no convenía airear que, pese al apoyo durante las Cortes, aún había facciones de la nobleza que le buscaban las cosquillas a la Corona.

Sin embargo, no todo quedó claro.

Hubo piezas que no encajaron pese a los esfuerzos de Ruy Ansúrez, que hizo honor a su apodo con auténtico encono, había algo más que, o bien el mayordomo consiguió guardarse o bien no tenía que ver con sus negocios sucios.

Pese a que le repateaba el hígado, el Cuatrohostias siguió sin saber quién había matado a Verrondo, o al franco, o al tal Yáñez.

Le quedaron al capitán rincones por barrer, sin embargo, para Compostela, para todos aquellos reunidos en la explanada de la Trinidad, lo que se contaría no tendría nada que ver con aquellos asuntos turbios. Lo que se contaría, al amor de la sidra, la cerveza o el vino, en las tabernas y en las posadas, era cómo el rey había estampado su bolsa en la mano del maese.

De eso seguirían hablando los borrachos durante años.

## XXXII

Esa noche le pagó al hebreo la deuda.

Se acercó a la lujosa casa del mercader, y ya desde fuera escuchó los relinchos de los famosos sementales en los que invertía el judío.

Y, cuando llamó a la puerta, Mateo no sonreía, pero casi.

Pasó por el relevo de dos sirvientes, una cocinera lo acompañó por un largo pasillo, fue casi una recepción real, hasta que apareció aquel tuerto de la cara marcada, el tal Lamas, bajo una lámpara de bronce que valía una fortuna.

El jaque no abrió la boca. Y Mateo prefirió no preguntar por el hebreo. Se limitó a meter la mano en la bolsa que había colgado del cinto de un rey. Y tendió las monedas.

Y Lamas las atrapó como una araña saltando al centro de su red para hacerse con una mosca.

No abrió la boca, pero sí la mano. Y la cerró.

Mateo asintió, sin más, y se marchó. Atando el cordoncillo de cuero trenzado que cerraba la bolsa del rey.

No pasó la cocinera, pero sí hicieron falta los dos sirvientes para acabar en la puerta y salir por fin a la noche de Compostela.

No llegó a escuchar la única palabra que Lamas pronunció. A sus espaldas, cuando ya se encaminaba a la salida con el primero de los lacayos.

Sólo una, entre salivazos. Con aquella boca que le había estropeado el moro y el único ojo que le quedaba relampagueando.

Sólo una. Llena de confianza. Aupado en la experiencia que daban veinte años trabajando para el usurero.

Sólo una.

—Volverá...

## XXXIII

Afuera, abrigado por la noche, Mateo se permitió sonreír, por primera vez en mucho.

Y seguía sonriendo de regreso a la catedral. Su catedral.

Pasó bajo sus dinteles, donde él mismo había escrito en piedra su legado, y deslizó la mano, llena de mimo, por el fuste labrado de la columna que sustentaba a aquel san Pablo con el rostro prestado por un traidor a la Corona.

Y sorteó los tablones almacenados al pie, había discutido al respecto con el obispo. Suero quería cerrar la catedral con grandes portones. Mateo la quería abierta a todo aquel que llegase a Compostela.

Pero pudo olvidarse del encontronazo. Porque volvió a escuchar los vítores y el clamor. Revivió la escena. Vio al rey arrodillarse.

Había trabajado tan duro. Había hecho tanto. Esa noche no lo acosaba la sombra de Arrio y, al alzar la vista a la gran arcada, asintió. Allí estaban los ancianos, cada uno con su instrumento y, en el centro, una pareja que se preparaba para tocar el organistro.

La sonrisa vaciló.

Aquél era su legado, por eso lo recordarían. Sin embargo, la sonrisa vaciló en sus labios. Era un legado que no podía compartir con su hijo.

Su hijo lo había abandonado. Su hijo no entendía lo que estaba haciendo allí.

Y no fue su hijo el que apareció.

Apareció Juanchón, que lo buscaba, que lo necesitaba, con aires perdidos, los ojos enrojecidos, como ánima en pena. Al verlo, Mateo se le acercó y no quiso creer lo que escuchó.

Pero Juanchón no podía callarse. Le creyesen o no.

—No. *Itoiz.*

Pero no importaba lo que Mateo creyese.

—Está muerto —insistió Juanchón.

Y tuvo que sorberse los mocos, como un niño. Grande como era, un soplo de aire bastaría para romperlo.

—No —repitió Mateo—, no...

Su hijo no estaba a su lado. Su hijo ya no pintaba gorriones. Ya no le llamaba papá. Su hijo se había perdido, o se había perdido él, como se había perdido Arrio.

Una garra se clavó en sus intestinos y los zarandeó. La boca se le llenó de hiel.

Papá.

Padre.

Su hijo ya no estaba.

Tampoco el viejo Gundisalvo. Se había ido.

Allí estaba el pórtico, allí estaban sus gorriones, aquel Daniel, aquel Zebedeo, los pecadores enfrentados al juicio, había hecho algo irrepetible.

Y estaba solo.

Había logrado lo que se había propuesto, podría acabar la catedral, pero qué precio exigía la piedra para dejarse quebrar.

Estaba solo.

Papá. No. Padre. Tampoco. Los gorriones habían echado a volar. Y no sabía cómo encontrarlos.

Solo.

Siempre había un precio. Gundisalvo.

Era de noche y, aun así, le pareció ver la sombra de un ahorcado, balanceándose sobre las arcadas de su pórtico.

Tuvo que palmearse el cogote, dos veces, y soplar los cabellos que caían sobre su rostro. No podía pasar por aquello. No podía. Eran demasiados, y aún faltaba tanto para terminar. Aún tenía que levantar las dos torres, acabar el coro. Pintar el pórtico. Convencer al obispo para que no cerrase el templo.

No podía.

Le dio a Juanchón unas monedas, le dijo que se fuera, que tenía que pensar, y el gigantón obedeció, como siempre. El gigantón se hubiera tirado de un precipicio si el maese lo hubiera ordenado, tenía fe ciega en él. Como la habían tenido Remigio, Gundisalvo, su hijo.

Mateo sintió aquellas notas, aquella melodía endiablada que se dividía en dos, que se partía, que volvía a unirse, casi se partió el pescuezo al mirar a todos lados, temeroso de ver aparecer al joven y al anciano, Acab y Acaz.

Aceleró el paso.

Se oían los ronquidos, las voces de los peregrinos que dormían en la catedral, se veía una pequeña fogata.

La vergüenza le impidió echar a correr. Pero, más que bajar a las catacumbas, se escapó, sin pensar en ello, atribulado.

Oscuro, húmedo, lleno de un pesado olor a moho enrarecido. Era el submundo bajo la catedral. Donde descansaban las reliquias, hombres santos, padres fundadores, alguno de los obispos. Pero no su padre, su padre había sido un suicida.

Le perseguía la música.

Se palmeó el cogote.

Le perseguía la sombra de su padre.

Terminó en el tesoro de la catedral sin saber a qué había ido hasta allí, hasta que volvió a ver la bolsa del rey en su mano. Hecha con el delicado escroto de un enorme toro, cargada de monedas.

La cerradura crujió como un mordisco de grava. El cofre estaba vacío. Lo había estado la última vez.

La llave chirrió al salir. Lo abrió, dispuesto a guardar lo que quedaba del primer pago del rey para la catedral.

Debía estar vacío. Lo había visto vacío.

Y no lo estaba.

Al fondo del cofre había dos objetos. Dos condenas.

Y Mateo comprendió que estaba solo, sin su hijo, sin el viejo Remigio, sin el *xebo* Gundisalvo, sin su padre, una sombra colgada en su pórtico, balanceándose al viento.

Aquellos dos objetos, en el fondo del cofre, del cofre que debía estar vacío, le gritaban.

Aquellas dos condenas le decían que estaba solo, y que era un asesino.

# De Trinitate
# Libro III
# 1211

# Cofres y muertos



## I

Vacío. Estaba vacío.

No, no lo estaba. Allí estaban. Y si estaban allí, sólo había una explicación, una.

Él los había matado. Al maestro Verrondo. Al constructor franco. Al caballero de Santiago.

Se habían interpuesto en su camino y él los había matado, era el precio que la piedra había exigido.

Debía estar vacío. Nada quedaba, ni de los fondos del cabildo, ni del préstamo de Nathanael, nada. Tenía que estar vacío. Pero no lo estaba.

Sin más luz que el hachón que había cogido al bajar por las escaleras era fácil negarlo, apetecía refugiarse, pensar que sus ojos, uno de cada color, le habían engañado.

Era mentira, tenía que ser mentira.

Hubiera sido un alivio.

Era verdad.

Las llamas del hachón bailaban en el fondo del cofre, bailaban sobre aquellas dos condenas. No podía negarlo. Quería hacerlo, pero no podía. Estaban allí. El cofre no estaba vacío.

Una llave.

Y reconocía esa llave, claro que la reconocía, él tenía una igual. Esa cerradura, esa puerta. Aún recordaba. Cuarenta, no, cuarenta y dos, no, cuarenta y tres años. Cuarenta y tres años antes el capitán la había forzado con el puñal que llevaba al cinto.

Un cortaplumas.

Y reconocía el cortaplumas, claro que lo reconocía. Veinte, no, veintiún años antes, no, veintitrés. Veintitrés años antes lo había visto en las manos de aquel franco, entre traiciones y conjuras, cuando el rey había conseguido su corona.

La llave de la casa de maese Verrondo.

El cortaplumas de maese Hugo.

Una llave y un cortaplumas.

Sólo había una explicación, él los había matado. Era un asesino.

Gritó. Tan fuerte que se desgarró la garganta, que su voz se rompió hasta deshacerse en un ronquido afónico. Gritó. Chilló.

Y Mateo despertó.

## II

Despertó con la boca llena de alaridos. Como un demente, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, sacudido como un diente de león en una tormenta.

Se incorporó como si lo partieran por la mitad, empapado en sudor, tembloroso. En la oscuridad.

Una oscuridad que, como aquel cofre, no estaba vacía. Una oscuridad donde las sombras se gastaban, donde había negros y grises.

Una oscuridad que hacía juego con uno de sus ojos, sólo con uno.

Estaba en su pórtico, el de la Trinidad, que llevaba años cerrado, protegido por andamios y lonas. Guardado como un secreto. Mateo dormía allí.

Vivía allí.

No se habían colocado los grandes portones del obispo, todavía no. Aun así, sólo él, nadie más podía acceder al pórtico.

Ya no tenía una esposa. Ya no tenía un hijo. Su familia eran sus piedras.

Se levantó, abandonó el catre. Y le fallaron las rodillas, acabó a gatas, revolviendo los cubos, los pinceles, los trapos. Sus manos, azules, palpaban con desesperación. Daban palmadas sobre las piedras del suelo.

Sus manos hicieron saltar cortezas de pan duro, una concha, una vieja concha, tan sobada que apenas se distinguían las ranuras, un maravedí acuñado en Toledo, media suela de una bota, una bacía que aún tenía agua, agua sucia, verdosa, agua donde se agitaban larvas y bichos de patas angulosas.

A gatas, nervioso, palpaba con manos histéricas. Como un chucho callejero husmeando tras el matadero, buscando espantar el hambre que le ha pegado las tripas al espinazo.

Palpaba con manos azules.

Apenas había luz, rescoldos en un pebetero. Los demás estaban apagados, colmados de cenizas, y uno acabó en el suelo de un codazo.

Cayó con estruendo, con un campanazo de hierro contra piedra, y esparció una nube de viejas cenizas, sembró el suelo de carboncillos

sin quemar, carboncillos que trajeron recuerdos, que rodaron como bellotas en juegos de niños.

Cansado, agotado, se habría echado para descabezar un sueño. Las manos. Ahora lo recordaba, sus manos habían empezado a temblar. El azul temblaba. Los años, las interminables horas de trabajo, las preocupaciones, había decidido echarse, descansar.

Y las pesadillas habían regresado.

Hacía tantos años que las pesadillas lo acosaban. Trabajaba el día entero, el día y parte de la noche, trabajaba hasta quedar exhausto, hasta consumirse, para caer rendido y evitar las pesadillas.

Sólo cuando desfallecía, cuando el cansancio pesaba más que el alma, conseguía dormir sin pesadillas.

Algunas veces era aquella bestia salida del océano, con siete cabezas y diez cuernos.

Otras, aquel maldito cofre del tesoro, empeñado en no estar vacío.

Pero le habían fallado las manos, se habían puesto a temblar. Intentó ignorarlo, pero no sirvió de nada. Se sentó en el catre, mordisqueó un trozo de aquellas tortas que Cirilo aún seguía haciendo, duro y reseco, pero Mateo apenas comía, y le daba igual lo que comía, era una obligación, algo necesario para seguir trabajando.

Comía cuando el rugir de sus tripas resonaba en las arcadas del pórtico, cuando se le nublaban los ojos y le costaba respirar. Comía porque no le quedaba otro remedio.

Tenía que pintar, tenía un mundo entero que pintar.

Y las manos le habían fallado, y había mordisqueado una de las tortas, y el sueño lo había vencido.

Y las pesadillas, que acechaban como lobos hambrientos, lo habían despertado.

Aún a gatas, tembloroso, encontró el cubo de latón y echó rastrojos en un pebetero, las llamas abrieron una cúpula de luz anaranjada, y esa luz descubrió su pórtico, le dio vida.

Apareció el apóstol Santiago, los evangelistas, los pecadores. Allí estaba aquel glotón perdido por su pecado, incapaz de tragar porque una horrible sierpe le atenazaba la garganta, en la arcada de la derecha, en el Juicio Final. Pagaría por siempre por su gula. Hasta el fin de los tiempos. Y la condena era aún más terrible porque, mientras la catedral se mantuviera en pie, al otro lado de la arcada, frente a él, estarían los justos, niños en regazos de ángeles que, por su vida piadosa, eran recompensados. Ascendían a los Cielos.

Allí estaba aquel glotón, él lo había tallado, y el glotón era azul, como sus manos.

Todos vestían túnicas azules, de un azul tan profundo que se tragaba el resplandor del pebetero. Un añil único, único y tan caro que ridiculizaba el oro. Era el azul índigo que sólo podía dar el mejor lapislázuli de Beluchistán.

El mismo que manchaba sus manos nerviosas, su túnica, su pelo, que se había vuelto humo de leña seca.

Azul.

Tenía pegotes y salpicaduras azules en los antebrazos, bajo las uñas. Y seguía a gatas, buscando, angustiado, con prisa. Era una rata rebuscando en un albañal.

Resollando, desaseado, de cabellos revueltos, dándose palmadas azules en el cogote. Había perdido algo más que el cofre de plata, había perdido la cordura.

Menos mal que no podían verle. Compostela dormía y el pórtico estaba cerrado.

Llevaba dos años, no tres. No, quizá uno. Los días pasaban, azules, todos eran azules. Cuatro, cuatro años. No, tres. Azules,

como sus manos, como uno de sus ojos, sólo uno. El otro no era azul, ya no. Los de su hijo eran los dos azules, pero su hijo ya no estaba. Su hijo Mateo, el niño que hacía volar gorriones, se había perdido, más allá del azul.

Más allá. Había tantas cosas más allá del azul.

Al principio habían ayudado los monjes del escritorio, prepararon las mezclas de aceites, linaza, colza, incluso de olivas. Machacaban las piedras, azules, en los morteros. Ellos le habían enseñado, aquel con cara de ratón, que arrugaba las narices cuando la mistura no estaba en su punto.

Los monjes le habían enseñado cómo lo hacían en los pergaminos. Y el oro, también le habían enseñado a usar el oro.

Pero los peregrinos estorbaban, los curiosos preguntaban, los chiquillos robaban pinturas, y luego aparecían caricaturas en los muros de la ciudad, burlas azules. Groseras, grandes genitales que hacían reír a los pilluelos pero indignaban al resto.

Y los monjes no conseguían que el azul fuera profundo, tampoco que el oro brillase como el sol. Y tenía que hacerlo, porque todo el pórtico debía resplandecer con cada ocaso, el pórtico miraba a poniente y, a la puesta de sol, el pórtico cobraba vida, debía cobrar vida. Tenía que robársela al sol.

Tenía que ser la luz del oro, la oscuridad del lapislázuli.

Claro y oscuro.

Dos que se hacían uno.

Poco a poco, a medida que las torres crecían, que la catedral se elevaba al cielo, Mateo había sido infiel. Había engañado a los cinceles y el martillo, les había puesto los cuernos, quizá como también había hecho Aldonza, Aldonza lo había traicionado, Aldonza no estaba, tampoco Remigio, Gundisalvo ni los gorriones. No

estaban. Y él, el maestro Mateo, había traicionado a sus hierros y había aprendido a amar a los pinceles.

Había empezado de esportillero, había pasado por todos los puestos de los talleres, había aprendido con los carpinteros, con los sogueros, con los yeseros. Desde niño, asustado por la sombra del ahorcado, había querido hacerlo bien.

Las torres crecían, pero él, poco a poco, había empezado a pasar más tiempo con los pinceles, con el oro, con el azul.

Y habían cerrado el pórtico. Las lonas y el andamiaje cerraban el pórtico. Para evitar a los peregrinos, a los curiosos. Para impedir las travesuras que pintaban las paredes de San Fiz, o San Martín Pinario, con gruesas vergas que espantaban a los respetables.

—De acuerdo, pero ha de terminarse cuanto antes —había advertido el arzobispo.

—Cuanto antes —había repetido Mateo después de darse una palmada en el cogote.

Lo habían cerrado. Y poco a poco, Mateo se había encerrado, allí en su pórtico. En un pórtico sin puertas. En azul.

Encerrado. Solo. Traidor. Traicionado.

Lo encontró. Al fin. Con manos azules, trémulas, en la base de la columna del parteluz, la columna donde había labrado el árbol de Jesé, la columna que sostenía a su apóstol.

La columna donde se apoyaban los dos grandes dinteles.

En el lado interior del parteluz, en el que miraba a la nave de la catedral, allí faltaba algo, siempre lo había sabido, había algo más que hacer allí, pero, por el momento, había una gamuza. Y la gamuza envolvía una cajita de plata, de filigranas de plata.

Era una preciosa caja llena de volutas y flores.

La había encontrado en el mercado de peregrinos, se la había llevado y el vendedor había tenido que pedir cuentas al cabildo.

—La vio y quedó embobado —le había dicho el tendero a uno de los canónigos—, y a mí, ¿quién me paga?

Pero aquellas volutas, si pudieran hacerse en la piedra, si el rosetón de la fachada fuera así, acaso no parecería el mismo sol, clavado en la fachada de la Trinidad.

Tenía algo. Algo femenino y profundo. Algo único. La mano de quien la había hecho. Sus sueños. Sus pesadillas.

Se la había llevado murmurando algo que nadie entendió y el pobre tendero había tenido que quitarse la gorra y pedir cuentas al cabildo.

Y la había puesto allí, donde faltaba algo, al pie del parteluz.

En la oscuridad, a gatas, nervioso, jadeando, sus manos azules la encontraron.

Por fin, con la pesadilla en el cogote, donde se dio una palmada, jadeante, y sus manos azules, temblorosas, la abrieron, aquella cajita de plata.

Era una pesadilla. Era más que una pesadilla. No sólo era una pesadilla. Era verdad.

Allí estaban, hubiera querido que no estuvieran, pero allí estaban, en una cuna de plata labrada.

Una llave y un cortaplumas.

Era un asesino.

Y en aquellos días, en medio del horror, hacía diez, no trece. Quizá dieciséis. Había mentido.

Y hay mentiras que son tan terribles como arrebatar una vida.

Era un asesino y un mentiroso.

## III

Aquellos días, mucho antes de que todo se volviese azul, mintió.

En aquellos días, cuando el horror reptaba desde el sur.

El viejo rey Fernando descansaba para siempre junto a su madre y a su abuelo en la catedral de Compostela. Y su hijo, el joven Alfonso, estaba a la gresca con su primo castellano. Y con el papa. Y con buena parte de los nobles.

El terror había corrido hasta el norte a lomos de los mensajeros, Alarcos había caído, Alarcos estaba en manos de los moros almohades y los muertos se contaban por miles.

No se hablaba de otra cosa. No podía hacerse, el miedo no lo permitía.

Y las historias podían ser exageraciones, tenían que ser exageraciones, pero hasta los veteranos curtidos, los que habían servido en Badajoz, los que habían luchado y vuelto con vida a casa, agachaban el rostro y sacudían el mentón.

Alarcos había caído tras dos días de sol intenso, calor de justicia y acero moro. Un nuevo demonio llegaba desde el sur, más allá del mar, de la Ciudad Blanca. Y los juglares cantaban con pena, echaban en falta un héroe como aquel Mio Cid que capturara Valencia.

Aquel demonio llegado del sur era bastardo, decían que pelirrojo, que rubio, que hijo de cristiana capturada como esclava. Y los juglares cambiaban su nombre impronunciable y le llamaban Miramamolín.

Fanáticos o verdaderos creyentes, según quien lo contase.

Daba igual, emisarios del horror.

Alarcos, a donde había emigrado la esperanza, a donde habían ido muchos en busca de fortuna, allá en la ribera del Guadiana, Alarcos había caído en un baño de sangre.

A medio construir, una esperanza en la frontera se había convertido en el más macabro de los cementerios. Los moros habían

vencido, y los moros se habían quedado con la fortaleza de Alarcos. Y, para terminar de levantarla, a falta de piedras o ladrillos, los moros habían usado a los muertos.

Eso decía el terror, eso callaban los juglares, los mismos que cantaban con melancolía esperando que apareciese un héroe que plantase de nuevo la cruz en el Guadiana.

Los muros de Alarcos estaban hechos de huesos.

Hombres, mujeres.

Niños.

Mulas, incluso perros. Los moros habían usado a los caídos. Alarcos se terminó, una fortaleza imponente al alcance de Sevilla, un baluarte en la revoltosa frontera que trazaba el Guadiana.

Alarcos estaba hecho de muerte.

Fue en aquellos días, de tanto en tanto aparecía algún desgraciado comido por las llagas y decía ser uno de los supervivientes y, aunque fuera mentira, aunque no fuese más que un estafador, hasta el más mísero de los posaderos ofrecía una cama y un plato de sopa, por si la buena acción tenía recompensa en los Cielos.

Fue en aquellos días. Antes de que todo se volviese azul.

Las dos torres crecían, se elevaban, hechas de granito y no de muertos, como Alarcos, y los peregrinos sabían que, por fin, pronto Compostela tendría su catedral.

Fue en aquellos días cuando Mateo, además de asesino, se convirtió en mentiroso.

El Cuatrohostias se había presentado en los talleres y había preguntado por el maese.

En aquellos días, antes del azul, hacía diez, no, trece años. Quizás catorce. No, dieciséis.

Mateo no podía recordarlo. Todo se había vuelto azul.

Pero el joven rey había renovado la asignación de dos marcos a la semana. Las obras proseguían. Las dos torres se alzaban, los monjes del escritorio hacían las primeras pruebas con los aceites.

El lapislázuli del lejano oriente empezaba a molerse y a cribarse, se preparaba con cuidado, para no malgastar siquiera un quilate.

Y llegaban hojas de oro batido.

En la oscuridad, sin más luz que la limosna que arrojaba el pebetero, acunándose al pie del parteluz, con la cajita de plata en las manos, acurrucado y roto, Mateo no podía recordar cuánto tiempo había pasado, cuándo había caído Alarcos, diez, catorce, dieciséis años. No lo recordaba. Pero sí recordaba lo que el Cuatrohostias le había dicho.

Aquel día Mateo, además de un asesino, se había convertido en un mentiroso.

Mintió. Una, dos, tres veces.

A su enemigo. A su amigo. Y a su hijo.

## IV

Temblaba Navarra, y Aragón. Temblaban los condados catalanes. Temblaba Castilla. León y Galicia.

El Cuatrohostias apenas contaba con media docena de hombres. Y no se fiaba demasiado. A su entender, a todo el que le colgase lo que tenía que colgarle, no le quedaba otra que buscarse un caballo.

—O aunque sea una mula coja —decía el Cuatrohostias antes de lanzar un escupitajo bajo el colmillo—, me cago en Sevilla, o incluso una cabra.

Si no se había ido él mismo al sur había sido por culpa de la ronquera que arrastraba, y por culpa de:

—Los putos años, cagüen la mora Zobaida y su bastardo, los putos años, ¡es una mierda hacerse viejo!

De hecho, tenía suerte de que el arzobispo siguiera confiando en él, porque cada día le costaba más arrastrarse por Compostela, le faltaba el aire en una de cada dos esquinas y siempre tenía algún catarro pegado al bofe.

Pero en aquellos días, los hombres de armas capaces se iban al sur, se rumoreaba que el rey de Castilla iba a llamar a la cruzada, que pensaba escribir a Letrán y llegar a un acuerdo con el papa. Y podía ser cierto, el de Castilla se entendía bien con el papa, no como el joven rey Alfonso, que ya no era tan joven en esos días y que había sido excomulgado por los tres últimos sentados en la silla de san Pedro.

Una cruzada sin ver ultramar, en el Guadiana.

En aquellos días, el Cuatrohostias conservaba su trabajo porque los hombres de armas, los capaces, o se iban al sur a combatir sarracenos o se lanzaban a los caminos para trincar peregrinos.

Así que, pese a los años, la carraspera y a que le dolían los riñones cuando meaba, el Cuatrohostias seguía siendo el capitán del arzobispo Suero.

Y, en aquellos días, cuando la esperanza de una revancha contra el moro luchaba con el horror de lo sucedido en Alarcos, el Cuatrohostias se había presentado en los talleres buscando al maese.

## V

—Gatón no pasa de esta noche.

El Cuatrohostias nunca había tenido tacto, a no ser para repartir sopapos. Ni siquiera se molestó en saludar.

Y Mateo, que estaba mirando las pizarras de su taller, donde había trazado las piezas del rosetón de la fachada de la Trinidad, el sol que quedaría para siempre atrapado entre las dos torres, por encima del pórtico, iluminando el coro. Mateo no respondió.

—¡Cagüen Córdoba! ¿Cómo puedes ser un hideputa así de rencoroso?

Mateo estiró una mano y extendió un índice, trazó en el aire las curvas que había rayado en las pizarras del suelo.

—¡Me cago en el Miramamolín! —saltó el Cuatrohostias—. ¡Y en sus barbas rubias!

Gatón y el Cuatrohostias habían aprovechado los años, se habían hecho amigos. En lo posible, porque el Cuatrohostias tenía el alma de un leño, el capitán le había cogido cariño al antiguo boyero. Y le dolía ver que el maese no estuviera afectado.

Porque a Mateo le daba igual Alarcos, los moros, y hasta parecía que él mismo, seguía mirando los trazos en las pizarras.

El Cuatrohostias se lo tomó a pecho.

—¡Era tu amigo! Cagüen todos los minaretes, ¡es tu amigo!

Pero Mateo no escuchaba, estaba dentro del rosetón, en la fachada de la catedral, caminando por cada curva, imaginando la luz de cada ocaso.

Con dos zancadas bruscas, como si le hubieran dado un latigazo, el capitán se plantó delante de Mateo y lo sujetó por los hombros.

—Se muere —insistió.

El nudo que le atravesaba la garganta se le hacía incómodo. El Cuatrohostias no estaba acostumbrado a los sentimientos, siempre le quedaban grandes, como ropas de niño cosidas por una abuela ahorradora.

—No sabíamos lo del obispo de Toledo, ¿cómo nos lo íbamos a imaginar?

El Cuatrohostias no hablaba, se confesaba, y sus manos apretaban los hombros del cantero, y los dientes apenas se separaban.

—Pero sí descubrimos que había algo podrido en las cuentas. Algo no cuadraba... ¡Cagüen Agar y todos los agarenos! Yo pensaba que la culpa era...

Reconocer su equivocación le dolió más que su oreja rebanada. Lo suyo era apalear ladrones, encerrar borrachos y mantener el orden en Compostela.

—Ese gordo de mierda —continuó—, mal rayo le parta las tripas, con sus caravanas desde el quinto coño.

Mateo regresó de sus trazos, cuentas y números, volvió poco a poco, de un sueño profundo en el que abandonó el compás y la plomada.

—Esa mierda del lapislázuli es una tentación del carajo...

Mateo empezaba a entender de qué le hablaban. Pero no tuvo tiempo de decirle al Cuatrohostias que no le guardaba ningún rencor al viejo boyero. Ruy no le dejó hacerlo, tenía demasiado burbujeando dentro.

La leche hervía y se salió del cazo. No había marcha atrás.

—Se equivocó, pero —alzando el Cuatrohostias una mano—, desde entonces, ¡cagüen en el Corán!, siempre te ha defendido...

Fue como sacarse un puñal atravesado en el riñón. Y no le gustó comprender que sentaba bien librarse de toda aquella mala leche que cargaba. El Cuatrohostias tuvo la curiosa sensación de sentirse aliviado e incómodo a la vez.

—¡Por tus muertos! Le he visto partirse la cara en la mancebía de la Juana con un pescadero de Xubia que dijo que eras maese por apiolar a la competencia. Te defendió...

—¿Maese Verrondo? —preguntó Mateo, aún lejos—¸ ¿Hugo?, ¿el caballero?

El Cuatrohostias asintió.

—Yo pensé que era cosa del gordo cabrón —reconoció con pesadumbre—, y que tú estabas en el ajo. Pero Gatón se lo olió... Y yo... Yo...

—¿Gatón?

—Me ha dicho que te deje en paz —apremió el Cuatrohostias—, que eres inocente —sacudió la cabeza y el muñón de la oreja trazó un arco extraño—. Maldita sea mi estampa, quiere hablarte antes de irse... Y no se jode con los deseos de un moribundo.

Para el capitán era sagrado, cuántas veces había prometido visitar a una madre que se iba a quedar sin hijo, llevar algo a una hermana para la dote, contarle a un padre que el muchacho se había ido como un valiente. Cuántas veces había sujetado una mano ensangrentada y había hecho promesas, aunque fueran imposibles.

No le había prometido al propio Gatón que dejaría en paz al maese. Acaso no estaba allí para cumplir el último deseo de un moribundo.

Fue en aquellos días en los que Mateo se convirtió en un mentiroso. Mientras a la cristiandad le dolía Alarcos, a Mateo le dolía su catedral. Si hubiera dicho la verdad, lo que sabía, lo que había encontrado. Lo hubieran apresado, ni siquiera el arzobispo hubiese podido impedirlo. Y si lo ajusticiaban, ¿quién acabaría la catedral?

No podía decir la verdad. Si lo hacía, el Cuatrohostias lo aherrojaría, lo metería en los viejos establos, acabaría en la horca, como su padre.

Mateo tendría que haber dicho la verdad. Lo que había encontrado en el fondo de aquel cofre. Una llave y un cortaplumas.

Era un asesino.

Y mintió, por primera vez.

—Yo no los maté...

## VI

—Yo no los maté —repitió Mateo.

El Cuatrohostias asintió con pesadez. Poco convencido. Pero comprometido con su deber, que no era descubrir al asesino, sino cumplir la última voluntad de un moribundo.

—Ve a verlo, cojones, se lo debes.

Ya había mentido una vez, y mentiría dos más.

El Cuatrohostias, a regañadientes, refunfuñando, le echó un capote encima, y lo obligó a salir.

Se lo llevó a rastras hasta Antealtares y lo dejó en la puerta con un empujón.

## VII

Mateo, perdido, entró en aquel remedo de hospital.

Y la de la guadaña se había sentado en el camastro del antiguo boyero.

Estaba consumido.

El fraile Gutierre siguió al maese como un perrillo, aunque Mateo ni siquiera había saludado. Y, aunque no le habían preguntado, el herbolario le contó que los persas le llamaban a aquella enfermedad el cancro, porque ellos, que habían leído a los antiguos griegos, sabían que, si se abría el bulto, Dios no lo permitiese, quedaría a la vista un tumor con pinzas como las de un cangrejo, pinzas que asfixiaban al órgano y desequilibraban los humores.

—Ha de ser el páncreas —dijo Gutierre.

Pero Mateo no lo escuchaba.

Mateo ya se había sentado junto a la de la guadaña, al lado del antiguo boyero.

Y mintió dos veces más.

—Tú tenías razón —susurró Gatón.

Era una sombra. Un retrato borrado. Apenas le quedaban fuerzas. Pero no quería irse sin hablar con su amigo.

—En el Penedo, la piedra salió —había admiración, y también pena.

Mateo asintió y Gatón sabía que el tiempo se le escapaba, arena entre los dedos.

—Lo siento...

Eran dos palabras, pero remolcaban cien más, mil. Y Gatón no tenía tiempo para sacarlas todas. Sólo pudo repetirse:

—Lo siento, pensé que...

Mateo no le dejó terminar. Tenía que volver a la obra. Se levantó, y en el rostro del antiguo boyero se partió algo.

—Tengo que *murear*, hay mucho por hacer. Hay que escuadrar el rosetón.

—¿Mateo?

Ya se había dado la vuelta. Tenso, con los puños apretados.

El frade Gutierre miraba desde la gran mesa donde cortaba hierbas. Usaba el mortero, pero no prestaba atención al majado. Miraba, con aquella expresión de lagartija subida a una piedra.

Algo en el pecho del herbolario quedó a oscuras, ahogado en pena. No conocía toda la historia, pero bastaba verlos para comprender el dolor.

Dos amigos separados. Uno intentaba arreglarlo. El otro no hacía caso.

El frade todo lo vio. Y a él, que nada le iba en el asunto, le dolió.

Mateo, en pie, le habló sin mirarlo, por encima del hombro, justo al retirar la mano tras haber aplastado uno de aquellos bichos que le corrían por el cogote. La izquierda, porque la derecha la llevaba cerrada en un puño.

Le mintió. No hacía falta mentirle, como no había hecho falta mentirle al Cuatrohostias. Pero lo que quería era salir de allí. Y alejar la culpa. Había encontrado la llave y el cortaplumas.

La verdad era que lo perdonaba. Pero Mateo no habló de la verdad. No le regaló a su amigo la paz que buscaba para amagarle a la de la guadaña.

—Yo no los maté —como un golpe con su maceta.

Mintió una segunda vez. Le podía la culpa, y lo único que le importaba era que le dejasen seguir trabajando. Después se entregaría. Después, cuando la catedral estuviera acabada.

Lo escupió, como lo había hecho con el Cuatrohostias.

Y el frade vio el rostro del antiguo boyero, lo vio deshacerse. Pasó junto al maese volcándole encima una mirada de desprecio y se acercó al catre del moribundo, para ofrecerle un consuelo que no tenía, pero que la vocación le exigía.

## VIII

Mateo sintió al frade pasar junto a él. Pero tenía que volver al trabajo. Mintió, ignoró al monje y buscó la salida.

Le había mentido a su enemigo. Le había mentido a su amigo. Y aun lo haría una vez más. Tres veces. Una trinidad.

Porque llegó su hijo, su hijo venía a ver a Gatón.

Mateo, el hijo, entró en el herbolario, para despedirse de quien le había puesto conchas a su niñez, y se cruzó con su padre. Uno salía, otro entraba.

El hijo dudó, el hijo pensó que a lo mejor había llegado el momento, junto a Gatón, junto al recuerdo de sus conchas.

No advirtió que su padre tenía algo en la mano. Eran tantas las emociones apretujadas en la garganta.

Quería hablarle de su música, de su esposa. Quería contarle que tendría un nieto. Pero llevaban siete años sin hablarse, el hijo sí lo recordaba, los había contado mil y una veces. Llevaban siete años separados. Siete habían pasado desde que se colocaran los dinteles, y ahora el terror a los almohades corría por Compostela, porque en Alarcos los muros eran de hueso y no de piedra.

Y si aquel a quien llamaban Miramamolín era una peste como había sido Almanzor, y si llegaba a Compostela y arrasaba la ciudad. Quizás no habría otra oportunidad, quizás había llegado el momento de arreglar lo desbaratado.

Mateo, el hijo, supo en su corazón que debía ponerle fin a aquella locura, que podía perdonar a su padre.

El frade Gutierre lo vio todo. Se sentó junto a la de la guadaña, cogió una mano que era apenas piel reseca, para ofrecer el poco consuelo que podía, y lo vio todo.

Y lo comprendió.

Y le dolió. Como le había dolido lo sucedido junto al catre del desahuciado. No entendía al maese, a dónde se había ido para no querer regresar.

Eran padre e hijo. Entre ellos no debería existir un abismo, menos aún agrandarse.

Antes de esa tarde, antes de aquel momento, hubiera bastado un paso. A partir de aquel instante, el frade lo vio, casi lo palpó, el

maese habría tenido que construir un puente.

El hijo se acercó al padre, y en el hijo había pena y dolor, su rostro estaba roto, como el de Gatón. Ambos amaban a aquel hombre, pero aquel hombre nada quería saber de quienes le amaban.

Aquel hombre se había perdido, y no quería encontrarse.

El frade Gutierre lo vio.

El hijo apretó los labios. Tomó una decisión. Habló. Dijo algo que Gutierre no escuchó, porque necesitó susurrarlo. El herbolario lo sabía, hay verdades que se gritan, las que liberan, pero hay verdades, las que duelen, que apenas pueden ser un murmullo.

El herbolario comprendió. Aquel padre era un náufrago. Aquel hijo era tierra firme. Habían llegado a aquel momento en la vida en que el hijo ha de cuidar del padre.

Y el hijo se tragó el orgullo, se ofreció. Gutierre no escuchó, pero no le hacía falta escuchar las palabras, lo vio. El hijo tendió la mano.

Y el padre lo rechazó.

El padre no escuchó, no quiso escucharlo, siguió caminando.

—¡Yo no los maté! —gritó.

Airado. Enfadado. Dos palmadas en la nuca y aquel chillido que sonó a vidrio roto.

Y se marchó.

El frade lo vio. Y él también sintió el dolor del hijo. Hondo, muy dentro. Había llegado roto y los pedazos cayeron al suelo.

Al barrer, unos días después, Gutierre todavía los seguiría encontrando.

El padre se marchó. Aprisa, soplándose el pelo que le caía en el rostro, con una última palmada en el cogote.

Y el hijo no pudo recomponerse.

Aquella noche, sin otra compañía que el frade, murió Gatón, que había buscado conchas para un niño que hacía volar gorriones.

Fue aquellos días, cuando el horror de Alarcos cabalgaba en los rumores que llegaban del sur.

## IX

Aquellos días habían quedado atrás. Y en aquellos días, como rehén, se quedó también Gatón.

Ahora todo era azul.

Y lo que no era azul era venganza.

Los rumores se hicieron verdad. El de Castilla había conseguido que, desde Letrán, el mismísimo papa Inocencio sancionara la cruzada. La cristiandad iba a vengar la matanza de Alarcos. El Guadiana volvería a ser hogar de la cruz.

Ahora ya no eran sólo los aventureros los que echaban valor al asunto y marchaban al sur, ahora el llamamiento era reunirse en Toledo para el Pentecostés del año siguiente. Castilla, Navarra y Aragón sumarían hasta cinco mil caballeros, un disparate jamás visto al que sólo se podía dar crédito con tres jarros de sidra entre pecho y espalda.

Incluso vendrían nobles de más allá del Pirineo. Se preparaba una gran campaña para reventarles los morros a los almohades y al condenado Miramamolín, *príncipe de los creyentes*. Se esperaba buena paga y mejor botín. Había que conquistar Calatrava, encontrar un paso por la sierra, tentar Úbeda y Baeza.

Además, por medio andaban los de la Orden de Calatrava, a quienes dolía el orgullo por haber perdido Salvatierra, los de la de Santiago que nunca tenían tierras y encomiendas suficientes, e incluso los del Temple, que habían encontrado un hueco en su apretado calendario mercadeando reliquias.

Ahora, los muertos de Alarcos serían vengados, ahora la cristiandad entera se ponía en pie.

Ahora todo era azul.

Y a Mateo, temblando bajo el parteluz del pórtico, con sudor frío en los sobacos, y en el cogote, donde se dio una palmada para aplastar a un bicho, el horror de Alarcos y la venganza que planeaba Castilla le daban igual. Una pesadilla lo había despertado y la verdad estaba en una caja de plata.

Una llave y un cortaplumas.

Él tenía que terminar. Rematar las torres y pintar el pórtico.

Lo había perdido todo.

Sólo le quedaba una cosa: terminar.

Cuando terminase, se entregaría. Hablaría con su hijo, con el Cuatrohostias y se reuniría con Gatón, colgando de una soga, como su padre. Pero antes, terminaría.

Toda una vida, más de cuarenta años y, por fin, estaba al alcance de su mano.

Terminaría.

## X

No recordaba cómo, pero los había matado.

Y había mentido. A su enemigo. A su amigo. A su hijo. Tres veces.

Y volvió a mentir.

Se lo dijo al pórtico. A los evangelistas, los profetas. A los pecadores que pasarían la eternidad en compañía de diablo, y a los justos que eran recompensados con la Gloria eterna.

—Puedo terminar yo.

Cerró la caja de plata, donde quedaron guardados sus secretos, sus mentiras. Y también lo único que no había sacado, un tercer objeto, un papel doblado y redoblado, con los cantos tan gastados que se habían disuelto.

Encerró la llave, el cortaplumas y aquel papel.

—*Finaré.* Puedo terminar yo.

Le escuchaban sus piedras. Le escuchaban las bestias aplastadas por las columnas. Le escuchaban los demonios que castigaban a los pecadores en el arco de la derecha.

Avivó el fuego. Las llamas brincaron en los paños dorados, las sombras se refugiaron en el azul del lapislázuli.

Incluso en aquella luz escasa, la obra era impresionante.

Aun sin terminar.

Mateo buscó un mortero donde quedase mezcla. Batió el interior con una brocha. Y se encaramó al andamio.

Tenía que pintar las túnicas de los ancianos, en la arcada central.

Y en el medio, sobre el apóstol del parteluz, sobre el Cristo resucitado y coronado, en el centro del gran arco, dos se miraban el uno al otro, hablaban entre ellos, afinaban.

Dos ancianos.

La pesadilla aún le roía los sesos. Y los recuerdos. Se había quedado solo, había apartado a todos de su lado, vivía allí encerrado.

Dentro del azul.

A veces lo reclamaba Juanchón, para decidir sobre los remates de las torres, para finiquitar un escuadro que había que falsear, pero las torres marchaban solas, las torres estarían listas en unas pocas semanas, ya sólo faltaba cubrirlas. Se elevaban al cielo con arcadas ciegas y cornisas, tenían gárgolas que, incluso a sesenta varas de altura, impresionaban, aunque ya no estuviera Hidacio para gritarles.

Les faltaban un par de semanas, a la norte, la más baja, ya sólo quedaba asentarle las cumbreras.

El coro también estaba terminado.

Incluso la nave principal, los frailes del escritorio estaban a punto de concluir el trabajo de pintura.

Faltaba muy poco.

Faltaba el pórtico, en azul y oro.

Y allí, en el centro de la arcada, estaban los dos ancianos, mirándose el uno al otro, él los había tallado. Había tallado los veinticuatro, cada uno con su instrumento. No dejó que ningún otro lo hiciera.

No sabrían hacerlo. Ni el asturiano, ni los dos borgoñones, ni Sisnando.

Como tampoco sabían los frades conseguir el azul que buscaba.

Tenía que hacerlo él, y él tenía que terminar.

Los tenía delante de él, a un palmo, bailaban en las llamas de los pebeteros, los había encendido todos, incluso el caído. Necesitaba luz.

Tenía en una mano el mortero con la mezcla, en la otra el pincel y, frente a él, a los dos ancianos en el centro del coro.

Los rastrojos chisporroteaban. Las llamas espantaban a las sombras, el azul y el oro brillaban.

Volvió a escucharla. Inconfundible.

Algo reptaba por su cuello, un bicho de largas patas. Pero tenía las manos ocupadas, no podía aplastarlo.

—No.

Fue apenas un susurro. Y había en él más miedo que todo aquel miedo que había corrido del sur al norte al caer Alarcos.

—No... *Itoiz*...

Sonaba. Podía oírla. Miró a todos lados, pero no había respuestas en su adorado pórtico. El profeta Daniel seguía sonriendo, aquella sonrisa única. Y los evangelistas permanecían serenos. Y los profetas graves. Ezequiel enfadado, como siempre, Ezequiel se parecía a Gundisalvo. Y aquel san Pablo que había sido correo del conde de Traba.

Y aquellos dos ancianos. Uno de ellos. El de la izquierda, quizás podía ser un hombre joven. Con largas barbas, pero joven.

Y el de la derecha. El de la derecha ya no le pareció tan anciano.

—No... No... No...

Él los había tallado, pero no lo recordaba. Había tallado todos y cada uno de los rostros. Aunque hubieran empezado los aprendices, aunque los oficiales hubieran trabajado. Los rostros los había tallado el propio Mateo, todos y cada uno.

Más de cuarenta años.

Se miraban el uno al otro, una mirada cómplice, cargada de algo que sólo ellos entendían. Y se parecían, como un padre y un hijo.

Dos melodías que se funden en una, que corren, se persiguen, se encuentran y luchan hasta que ambas mueren y nace una nueva.

Las manos temblaron una vez más.

Se cayó el mortero. Esparció azul en sus pies, en el andamio, goteó hasta donde estaba aquella gamuza que escondía la caja de plata.

—¡No! *Itoiz!!*

Se cayó el pincel, rebotó en una riostra, dio vueltas salpicando azul. Se estampó en el suelo, junto a aquella concha, tan sobada que ya no se distinguía el dibujo, entre las costras de pan duro.

No recordaba cómo lo había hecho. Nunca hubiera matado a Verrondo. Ni al franco. Ni al caballero de Santiago. Nunca. Pero lo había hecho. Tenía el cortaplumas, tenía la llave.

Y ahora, el hielo bajo sus pies se resquebrajó y cayó a las aguas heladas.

Dos ancianos. Quizá uno de ellos era sólo un hombre joven con barba.

La melodía se enredaba. El azul se enredaba. El oro se enredaba. Y callados, hechos de piedra, los ancianos del coro le daban las respuestas que no buscaba.

Los tenía delante. Y entre ambos sujetaban un organistro.

—¡¡Nooo!!

Eran ellos.

Ahora lo comprendió todo. Era un asesino, era un mentiroso. Y era algo mucho peor.

Había pesadillas mucho peores que una bestia saliendo del océano o que un cofre que se empeñaba en no estar vacío.

—¡¡¡Nooooo!!!

Los rostros se movieron. Los vio moverse. La música ascendió. Cobró volumen, llenó el pórtico, la catedral, la noche entera.

Y los rostros, lentamente, entre crujidos...

La piedra protestó. Dolida.

Lento, desprendiendo gravilla, los rostros se volvieron, hacia él, para mirarlo.

Había pagado el precio que exigía la piedra. Y lo había perdido todo.

Ahora lo comprendió, comprendió que no era otra cosa que un fraude. Era un asesino, un mentiroso y un fraude.

—¡¡¡Noooooo!!!

Eran Acab y Acaz.

# XI

Tuvo que ser Sisnando.

Los años se habían llevado a muchos. A Gatón. A uno de los borgoñones, y el otro, sin su amigo, sin su hermano, había decidido volver a casa y remontar el río de peregrinos. Malaquías también. Y el vizcaíno. Y el Avemaría, los años también le habían robado al asturiano.

Pero mala hierba nunca muere.

A lo mejor el viejo refrán acertaba.

A veces, en las iglesias, alguien pedía humildemente agua bendita, para mezclarla con la del pozo, para regar con ella y evitar pestes en los huertos. Pestes y malas hierbas. Si le hubieran echado agua bendita a Sisnando, el agua se habría puesto a hervir.

Tuvo que ser Sisnando quien lo encontró.

Los años lo habían cuidado. Incluso mejorado. Alguno de sus chanchullos había fructificado. Ya no tenía liendres, podía pagar aceite de manzanas verdes para peinarse y asfixiar a los piojos. Incluso vestía mejor, más como mercader que como cantero. Hasta presumía en los últimos tiempos con un gordo anillo de oro en el que había mandado grabar el símbolo que usaba para marcar las piedras.

Y tuvo que ser Sisnando quien lo encontrara.

Escuchó los golpes, inconfundibles, maceta sobre el cincel, antes incluso de que empezase la jornada. En los últimos años se había acostumbrado a llegar pronto. Quería causar buena impresión, quería ser el maese. Lo había querido siempre, pero en los últimos años olía sangre.

Mateo vivía, malvivía en su pórtico, Juanchón era un donnadie y Sisnando intentaba jugar sus cartas.

Llegaba siempre temprano, pero no para ayudar al herrero a encender la forja, o a los sogueros a mazar una nueva remesa de

esparto.

—Hace dos días que no sale —le decía a un esportillero.

Se movía por los talleres, disimulaba con una maceta en la mano.

—Ya tendría que haber terminado —porfiaba Sisnando.

Visitaba a los que mataban la cal.

—Qué memez —se burlaba—, una torre más alta que otra, ¿A quién se le ocurre?

Y fue Sisnando quien lo encontró.

## XII

Apenas clareaba el día.

Y antes de que ninguno de los *arxinas* se pusiera a trabajar ya se escuchaba, brincando por la Trinidad, el repicar del hierro contra el hierro, la canción del cantero.

Sisnando llegó, envuelto en una pelliza. La primavera era fría, en el cielo, donde apenas cobraba fuerza el azul, había trazos blancos de nubes altas y la helada aún se hacía notar, sobre las piedras brillaban gemas de hielo.

Pero no había bloques que partir, sólo quedaba trabajo de cincel. Las canteras habían dejado de hacer envíos durante el invierno, ya no se pedían a los carpinteros cuñas de castaño.

Y los talleres se habían reducido, apenas unos pocos puestos, Sisnando llegó, nervioso, como todos los días, se le acababa el tiempo.

Lo tenía planeado. Cuando lo nombrasen maese, lo primero sería borrar los dinteles del pórtico, los abujardaría él mismo, borraría para siempre aquella fecha, y aquel nombre: Mateo.

Un vistazo le bastó para comprender que había llegado el primero, un chucho, despelucado, oscuro como madera húmeda, cojeaba en busca de algún resto y, con total impunidad, levantó una pata y marcó una esquinera de la torre sur, la última sin colocar. Una gárgola coronaba la pieza, una quimera, una mujer con cuerpo de bestia que abría enormes fauces para desaguar la lluvia.

A Sisnando le gustó lo que había hecho el perro. Tanto que se acercó al mismo lugar y empezó a trastear con la pelliza y la túnica.

Ya tenía en las manos su negocio cuando lo escuchó.

Se volvió, con el color subiéndole a las mejillas, pero no había nadie en los puestos, estaba solo en los talleres.

Era inconfundible, maceta y cincel, hierro contra hierro.

Se meó en la gárgola con una sonrisa de satisfacción y empezó a investigar, a husmear, como lo había hecho aquel chucho que marchaba ya hacia la Rúa do Franco.

No tardó en encontrar explicaciones.

Los puestos estaban vacíos. Sólo quedaba el andamio cubierto de lonas, el que encerraba el dichoso pórtico y los dichosos dinteles.

Fue Sisnando quien lo encontró.

## XIII

Pocas veces el hogar se siente tan hogar como en el rebujo de mantas calientes, al despertar junto a la persona amada.

Mateo, el hijo, abrió los ojos a la mañana, y se sintió arropado por aquel calor hogareño.

Se volvió, conteniendo un bostezo, y la vio en el haz de luz que se colaba por las contraventanas.

Sonrió.

Porque aquella calidez, de rescoldos en la chimenea, de desahogo tras haberse amado, aquella calidez creció y lo recogió en su regazo.

Se acercó a ella, besó su hombro, se recostó contra ella. Y, con una mano, palpó el vientre hinchado.

Ella murmuró algo ininteligible, todavía atrapada por el sueño, y Mateo cerró los ojos.

Se sentía afortunado. Y ya tonteaba de nuevo con el sueño cuando el bebé despertó, con una patada.

Despabiló de inmediato, con una sonrisa qué amenazó partirle el rostro. Su mano había brincado sobre el vientre de su esposa. Su hija, estaba convencido de que sería una preciosa niña, como su madre, había despertado.

Pero la felicidad es frágil. Un papel bajo la lluvia.

Su esposa se quejó, un gemido quedo, de esfuerzo al levantar un gran peso.

Y los miedos de Mateo echaron a volar. Eran miedos con picos afilados, casi tanto como sus garras, rapaces listas para despellejarlo.

—¿Estás bien? —preguntó angustiado.

Había urgencia, inseguridad, temor. Todo mezclado con voz pastosa y mal aliento.

Ni siquiera le dejó responder. Insistió:

—¿Estás bien?

Elo abrió los ojos, y a su esposo, como siempre, le pareció ver un nuevo amanecer. Tenía un rostro fino, la habría dibujado como una Virgen concediendo un milagro.

La amaba. Ella era música. Su música. Bella, incluso en la penumbra, incluso con la boca remendada por el esfuerzo.

El corazón de Mateo saltó desbocado. Oyó los graznidos de las rapaces.

—No, otra vez no —susurró aterrorizado.

Y buscó bajo la manta la mano de su esposa, que rodeaba la barriga cargada de vida.

Ella no contestó. A él se le hizo eterno.

Eterno hasta que aquellos labios, los mismos que había besado antes de dormirse, se abrieron también con una sonrisa.

—Estoy bien, a punto de reventar, como una granada madura —con la voz calmada, con el temple que sólo las mujeres tienen—, pero bien. Se ha despertado con ganas de correr...

No quedó Mateo convencido.

Aún tenía la angustia frunciendo arrugas que le rodeaban los ojos, aquellos ojos del azul del mar, profundos y tristes.

Y, una vez más, fue Elo la que se hizo cargo de la situación.

Se volvió, pesada, con la incomodidad de su estado y cogió el rostro de su esposo en las manos.

—Estoy bien.

Y, tras un instante, añadió algo más, marcando las palabras, como si las pintase de carmín.

—Y él está bien.

Aquello bastó para que Mateo volviera a respirar. Incluso para que sonriese.

—Será una niña —dijo él fingiendo enfado.

Elo iba a rebatirlo, ella también podía fingir, pero aporrearon la puerta.

Y aquellas rapaces hambrientas volvieron a graznar.

Mateo las escuchó, y sintió que el escroto se le encogía hasta doler.

## XIV

No eran horas de visita. Y los golpes retumbaban en los maderos como una galerna. Ambos se alarmaron.

No necesitaron hablar, ambos pensaron en lo peor. Pero no dijeron nada, ya habían tenido muchos tropiezos, demasiados, y a horas más intempestivas.

Era el cuarto embarazo de Elo, y aún no habían oído una risa infantil en aquella casa, aquellos golpes en la puerta, que no cejaban, pusieron sus nervios a flor de piel.

Fue Elo la que reaccionó.

Se había incorporado en la cama, y Mateo aún perdió un momento, no pudo evitar que, pese a las circunstancias, los ojos paseasen por los pechos, maduros y llenos, de su esposa.

—¡Ve! —ordenó ella sujetándose el vientre.

Cogió la camisola del suelo, donde la pasión de la noche anterior la había dejado y, vistiéndose, descalzo, atravesó la casa y bajó las escaleras.

Todo estaba limpio y ordenado. Era una casa modesta, pero llena de sueños.

Arriba había otra habitación, donde el propio Mateo había pintado una pared, un gorrión echándose a volar, un pajarillo para su niña, porque sería una niña.

Suelos de madera desbastada y encerada, tablones rectos que el propio Mateo había arreglado con lo aprendido en los talleres de la catedral. Una barandilla decorada con molduras, él las había labrado. Una tarde tras otra, mientras Elo entonaba canciones que alegraban el alma.

Era un hogar, lleno de sueños y esperanzas.

En la planta baja estaba el taller.

Pulcro y ordenado. En una pared, las herramientas colgadas, gubias, trenchas, azuelas. No había siquiera virutas en el suelo, y la

gran mesa de trabajo, con las cicatrices de su cometido, bien encerada, con un torno de hierro en una esquina.

De las vigas colgaban tapas y cuerpos vaciados, a Mateo le gustaba curar las maderas, siempre decía que, cuánto más vieja la madera, mejor sonaría.

Había también una pila de garruchas con cuerdas enrolladas. En la tenería, al norte de la ciudad, había un morisco que trabajaba la tripa como nadie.

Y en la mesa, colocadas como soldados en formación, estaban las piezas. Del instrumento y de su futuro.

Ya sólo faltaba ensamblarlo.

Era único, de una belleza extraordinaria, un encargo del obispado de Toledo, del mismo obispo Rodrigo Jiménez de Rada, para su catedral, para celebrar el nombramiento como primado de las Españas.

Valía más que la casa entera.

Para la caja y el mástil, Mateo había usado la madera de un viejo cerezo. Lo había encontrado en una casita del alfoz, almacenado entre los trastos de un tornero que había dejado viuda y tres chicuelos con mocos como velas. Sólo quería la madera del cerezo, pero pagó por el lote, con polillas y chinches, para darle algo de consuelo a la mujeruca.

Y con sus preciosas vetas, que parecían flores, aquella madera le había entregado un sonido limpio, profundo.

Igual que había mirado los pechos de su esposa, tampoco pudo evitar un reojo a aquel motivo de orgullo sobre su mesa de trabajo, aun pese a las prisas.

Tilo, nogal y las clavijas de madera oscura, casi negra, que había conseguido gracias a su tío. Se lo habían traído en una de las caravanas que suministraba el lapislázuli para la catedral, de tierras

más allá de la costa mora, y había empeñado una fortuna para pagarlo, incluso con el buen trato que le había ofrecido su tío.

Las tirantas, las varetas y todos los refuerzos en cedro traído de Tierra Santa.

Los materiales eran únicos. Y su trabajo seguía consiguiendo que se le encogiese el corazón. Era lo mejor que había hecho en toda su vida, no lo dudaba.

Le había costado semanas. Dibujando, usando el compás, comprendiendo las aritméticas tras las curvas, o intentando comprenderlas.

Mateo, aunque no lo reconociese, era el hijo de su padre, había vivido con la regla, la escuadra, la plomada. No tallaba la madera apoyándose en la inspiración. Sus dibujos eran fruto de horas meticulosas en las que la geometría y sus números, los mismos que había aprendido con su padre, lo eran todo. El tercio, el quinto, la tirada de la cuerda tensa, la elipse que se podía crear si, en lugar de usar un solo centro se usaban dos.

De hecho, tenía en el taller un salterio modificado, al modo griego, una cuerda con un peso que le permitía variar la longitud y descubrir cómo las notas mudaban al cambiarla.

Le apasionaba la relación entre el tres y el dos, la razón entre ambos y los intervalos de quinta justa que producían. Gracias a Zonio, Mateo había podido leer al latino Boecio y, al descubrir las matemáticas tras la música, había decidido que quería construir instrumentos.

No había vuelto a la cantera, ni a las obras, pero trabajaba como su padre lo había hecho trazando las monteas de los arcos.

Cuando aún vivía el frade Zonio, solía exclamar, cada vez que veía un instrumento terminado.

—¡Puede verse la mano de Dios!

Y Mateo nada replicaba, porque le hacían falta los encargos, porque necesitaba el visto bueno de Zonio, pero en un susurro, sin que el frade lo oyese, murmuraba siempre lo mismo.

—Son los números. No Dios.

Y aquel último trabajo era fiel reflejo de aquello que, aunque le pesase, había heredado de su padre.

Jamás había conseguido una talla igual. En el mástil, el labrado se trenzaba en un laberinto. Y en la caja se abría en caminos sinuosos, envolviendo el asiento de la rueda.

Había conseguido incluso marfil.

Tuvo que mirarlo, estaba orgulloso.

No pudo evitarlo, se quedó embobado.

Había empeñado hasta su último maravedí, tenía que entregarlo en Toledo, en la catedral. Lo llevaría en persona. Un par de semanas más, para rematar, y luego haría el viaje. No podía fallar. El arzobispo lo había dejado claro, tenía que estar listo, cuanto antes.

Había sufrido. Noches sin dormir. Cortes de las trinchas, arañazos de las gubias. La angustia de saber si lo conseguiría, si podría domar la música y convertirla en madera y tripa. El miedo a fracasar.

Pero estaba a punto de terminarlo y, cuando cobrase... Cuando cobrase empezaría una nueva vida.

Quizá podrían comprar una casa nueva, más grande. Vestidos para Elo. Su hija contaría con un futuro al que mirar.

Cuando cobrase. En unas semanas.

Tuvo que detenerse, a mirarlo. Sería el más bello organistro jamás construido.

Una nueva ráfaga de golpes lo obligó a despertar. Amenazaban con derribar la puerta.

Se pasó la mano para acomodarse los cabellos, siempre revueltos, como los de su padre. Dio los tres pasos que le faltaban.

Y abrió.

# XV

Abrió la puerta.

Disgustado, huraño. Aquello no eran modos.

El arzobispo Suero continuaba pareciendo un leñador, aunque no podía negar que los años le habían caído encima. Había perdido una pulgada, le raleaban los cabellos, le habían salido manchas en las manos, y se había vuelto intransigente, más aún, quería las cosas a su modo. Sólo a su modo.

Y que aporreasen la puerta de sus dormitorios de semejante modo, no le hacía ninguna gracia.

Aún echó un último vistazo a su querido crucifijo, los golpes habían interrumpido una interesante conversación con el Señor.

Interesante y desagradable también. Con muchas preguntas llenas de angustia. El obispo de Toledo, flamante primado de las Españas, su eminencia Rodrigo Jiménez de Rada estaba en más que buenos términos con el rey de Castilla y se había ofrecido a acompañarlo en su batida contra los almohades.

Había sido el de Toledo el que consiguiera del papa Inocencio la dispensa de cruzada para vengar Alarcos, y los espías de Suero le decían que el obispado toledano pensaba en aportar, al menos, trescientos buenos hombres. Con el obispo en persona a la cabeza.

Pero aquellos asuntos de la guerra eran demasiado mundanos, lo que Suero había estado discutiendo con el mejor de sus consejeros había sido cómo frenar la vieja pretensión de Toledo de robarle a Compostela el arzobispado que Compostela le había robado a Mérida.

Y Castilla apoyaría las pretensiones de Toledo, ahora que Toledo había apoyado las pretensiones de Castilla.

Aquel asunto sí le quitaba el sueño al arzobispo.

Así que abrió, malcarado, con aquel hoyuelo suyo engurruñado, y rodeado de arrugas que habían traído los años, y la firme voluntad de darle un escarmiento a quienquiera que se hubiera atrevido a interrumpirlo.

No pudo hacerlo.

Con un candil en la mano, el sueño en la cara y legañas en los ojos, allí tenía a uno de sus canónigos, tan nervioso que bailaba en la punta de los pies, como si hubiera olvidado que debajo del camastro se guardaba la bacinilla.

—El cantero Sisnando quiere audiencia —anunció incapaz de mirar a los ojos de su superior.

Suero, raro en él, estuvo a punto de soltar una blasfemia. Y el canónigo comprendió de inmediato.

—¡Es el maese Mateo! Ha enloquecido...

## XVI

Mateo abrió la puerta.

Grande como un toro y bueno como pan recién hecho, Juanchón temblaba como una hoja al viento. Tan abochornado que parecía embadurnado en cinabrio del escritorio.

No pudo mirar al hijo del maese a los ojos.

Y apenas balbució cuatro palabras.

—¡La Virgen! Tu padre...

## XVII

Tuvo que ser Sisnando quien lo encontrase. Y tuvo que ser el Cuatrohostias quien lo mandase callar, con su habitual delicadeza.

—¡Cierra la puta boca! ¡¡Ciérrala!! ¡¡¡O te juro que te corto la lengua y te la meto por el culo hasta que te salga por las orejas!!!

Aún lo intentó Sisnando una vez más:

—Llevo años diciéndolo, no está bien de la cabeza...

Hizo falta que el capitán se volviese hacia él llevando la mano hacia la empuñadura de su puñal.

Al fin, Sisnando cerró la boca y todos pudieron volverse hacia las lonas abiertas al pie del andamio.

Con sueño pendiente, vestidos con prisa, apresurados, confundidos.

Juanchón, resollando por la carrera. Mateo, el hijo, con la mirada rodando por el suelo, avergonzado. El arzobispo Suero, desencajado. El Cuatrohostias con ganas de hacerle honor al apodo, con quien se le pusiera por delante. Y Sisnando, que había logrado callarse, pero que seguía bufando arriba y abajo, mordiendo las palabras, hirviendo argumentos que lo dejasen en buen lugar.

Todos al pie del Pórtico de la Trinidad.

Y no eran los únicos.

Estaban algunos de los *arxinas*, que habían llegado para trabajar y se habían encontrado el desaguisado.

Cuatro de los canónigos, dando vueltas, como siempre, alrededor del arzobispo.

Dos de los hombres del capitán, incluyendo aquel novato, que ya no era tan novato, el hijo del mercader de paños, que escaseaba de luces, pero que tenía brazos que habían aprendido rápido los métodos de su capitán.

Y todos escuchaban el repicar del cincel mordiendo la piedra.

No venía de los talleres, ninguno de los canteros trabajaba.

El ruido, inconfundible, venía del Pórtico de la Trinidad.

# XVIII

Era una cochiquera.

Dos canónigos se taparon las narices como si entrasen en una cuadra, otro tropezó y volcó un cuenco, lleno de algo verdoso. Y más de uno tuvo que contener una arcada con aspavientos.

Pintura, comida, agua sucia. Trapos, retales y aquel camastro.

Incluso al Cuatrohostias se le cayó el alma al suelo. Había visto celdas moras mejores. Mejor que aquello habían estado los pobres desgraciados encerrados en el silo de Alarcos.

Había oído las leyendas, los moros los habían echado al silo, para meárseles, cagárseles encima. Sin agua, sin comida. Y se decía que un gallego había escapado de allí y que jamás había recuperado la cordura. Un atajador al que el Cuatrohostias había conocido, un tipo al que llamaban Fierro.

Ni siquiera aquellos desgraciados, en el fondo del silo de Alarcos, entre cagarros y meos, tuvieron que vivir así, como malvivía el maese Mateo.

—¡Por el puto turbante del puto profeta! ¡Me cago en las palmeras de Elx!

El cincel repicaba en la piedra.

Las esquirlas saltaban.

Y se desprendía arena. Arena que llovía sobre gotas azules. Gotas azules que pintaban cábalas y constelaciones en el suelo de piedra, a los pies del pórtico.

A los pies del andamio.

A los pies del maese Mateo.

# XIX

El apóstol Santiago no tenía rostro.

Era una pesadilla deforme, una calavera aplastada por un derrumbe. La boca rota, descolgada, tuerto. La barba, como la de un cadáver, parecía agarrada al hueso, incapaz de pudrirse cuando el resto ya había sido pasto de gusanos.

Ya no era el apóstol, pese a la cartela que sostenía en una mano y el báculo en la otra. Era un muerto salido de la tumba.

Y el cincel mordía de nuevo la piedra.

Y la maceta subía y bajaba.

Cada golpe arrancaba piedra, carne. Se soltó un trozo de mandíbula, cayó al suelo, se deshizo en añicos.

Y la maceta volvió a golpear.

Una y otra vez, la mano del maese subía y bajaba, llena de experiencia, de años de práctica.

Una y otra vez.

Clanc.

Ni siquiera advirtió los rostros pasmados, los murmullos de Sisnando, las blasfemias del Cuatrohostias.

No los vio.

Una y otra vez, Mateo golpeaba el cincel.

Clanc.

Una y otra vez.

Y el apóstol se deshacía bajo sus manos. Aún el pecho y las manos eran reconocibles. Aún los pliegues de la túnica seguían siendo admirables, pero su rostro, su rostro era un amasijo deforme.

Clanc.

Una y otra vez.

No los vio. No se enteró. Sus ojos, uno de cada color, estaban lejos. Miraban más allá de su pórtico, más allá del coro, más allá de la catedral. Y farfullaba algo, entre perdigones de saliva. La maceta subía y bajaba. Golpeaba el cincel, un trozo caía, arrancado por el mordisco del hierro.

Maese Mateo farfullaba, golpeaba. Destrozaba su obra.

## XX

No se movieron.

Sólo Sisnando, arriba y abajo, conteniéndose por miedo a las represalias del capitán. Y señalaba de vez en cuando, hacia el andamio. Y al gesto no le hacían falta palabras.

—Os lo advertí —se traducía.

Los demás no se movieron.

Un hombre, la sombra de un hombre, sucia, desaliñada, encaramada en el andamio, ante el parteluz del pórtico, golpeaba. Rompía. Destrozaba.

Clanc.

Una y otra vez.

Clanc.

Cayó un pedazo, una dentellada brutal que se llevó mechones de barba, un trozo del cuello. Se estampó entre gotas azules.

Y Mateo, el hijo, saltó al andamio, se encaramó a lo alto, se detuvo junto a su padre, se mordió los carrillos, espantó las lágrimas.

Le dolía. Se partía el granito, y se le partió un trozo del alma, un trozo que tenía dibujos, retratos. Gorriones.

El hijo levantó la mano, dudó.

El padre levantó la mano, no dudó.

—*Miña ánima* —el padre*.*

La maceta cayó una vez más, una campanada en una iglesia que aún no había terminado sus torres. El Zebedeo perdió la nariz, quedo un socavón deforme que convirtió aquel rostro en algo difícil de mirar. Mirarlo producía vértigo. Mirarlo era mirar al abismo.

—Mi alma —repitió—. *Xido entileger. Xido entileger...*

El rostro del padre tenía sólo, sólo, un pellizco más de humanidad que el del Zebedeo. Estaba consumido, ceniciento. Calvas en la barba. Labios agrietados. Llagas. Mejillas hundidas. Y los ojos, uno de cada color, perdidos.

—No comprendí, no comprendí, no comprendí...

No se callaba. No dejaba de golpear.

Una y otra vez.

Clanc.

Clanc.

Una y otra vez.

Clanc, clanc, clanc.

El hijo tenía lágrimas en los ojos. El padre no tenía nada.

—*Esqueriráronme, agiáronme.* Me engañaron, me engañaron, me engañaron...

La voz ronca, deshecha, deshilachada. Y la maceta, el hijo lo vio, no era la de su padre, no era la que siempre había usado, la conocía, el hijo la había utilizado también.

El padre se la había enseñado a coger, el padre le había explicado cómo usarla para labrar la piedra. La maceta, el pico, el puntero. El martillo y el cincel. Le había enseñado.

No era la suya.

La habría sacado de alguno de los puestos de los talleres, la suya, la del mango de nogal, aquella tan vieja, aquélla estaba en los

tablones del andamio, abandonada, y tenía encima un pincel, un pincel azul, que goteaba azul, azul que se escurría por las rendijas entre las tablas y caía hasta el suelo. Entre la arena y las esquirlas de granito.

—*Esqueiraron.* Mintieron. Me engañaron.

El hijo, callado, levantó la mano, el padre levantó la mano. Y el hijo detuvo al padre.

No se movieron. Nadie se movió. Ni siquiera Sisnando. Eran estatuas, piedra, como los evangelistas, como los profetas. Como los pecadores en la arcada derecha. Como aquel glotón.

—¿Padre?

Un susurro apenas, enredado en el nudo que le atenazaba la garganta, haciendo apenas fuerza, con miedo a romper aquella muñeca enflaquecida, aquel brazo consumido.

El padre intentó golpear de nuevo. No pudo. Y poco a poco, lentamente, giró el rostro hasta encontrar al hijo.

Aquellos ojos, uno de cada color, regresaron, poco a poco. Uno claro y uno oscuro.

Y los labios, escamados, agrietados, se partieron. Aquella voz rota dijo algo más:

—*Demo.*

# Hijo y madre



## I

Se lo llevaron.

—¡El anciano!

Se lo llevaron y gritaba como un descosido. Y los cuchicheos corrían por los talleres, las cabezas se volvían, las manos tapaban bocas.

—¡¡El joven!!

Afortunadamente, y fue la única fortuna de aquella mañana, Juanchón, con sus brazos de oso, podía apañárselas. Al cabo, de maese Mateo apenas quedaban más que hueso, pellejo y un matojo de canas alborotadas.

—¡La música!, *non oídes?*

Se lo llevaron.

Y Sisnando recorrió los puestos, habló con los canteros, con los sogueros, con los yeseros. No perdió el tiempo. Hablaba, escuchaba, señalaba al pórtico. Las lonas abiertas, desvirgadas, mostraban el estropicio.

—¡¡Acab y Acaz!!

Nadie se acercó. Estaban demasiado ocupados, o murmurando o escuchando a Sisnando. Todos menos uno de los nuevos esportilleros, un chicuelo bastardo de manceba de fraile que se echó de rodillas al suelo y se puso a rezar.

Juanchón se lo llevó en brazos, pateando, braceando, chillando. Mateo soltaba espumarajos por la boca, llamaba al arzobispo, a su hijo.

Y Juanchón, grande como un eclipse, apartaba el rostro para evitar arañazos, estiraba los brazos. Se lo llevó como a un gato lleno de zarpazos. Y Juanchón lloraba. Lloraba como un niño. Como había llorado cuando murió el *xebo*.

Mateo, el hijo, escapó. No tenía adónde ir. Pero le dolían las mandíbulas de tanto apretar. Le dolían las palmas de las manos, donde las uñas habían dejado cuartos de luna que sangraban. Le dolían los oídos, porque no entendía las palabras de Sisnando, pero las entendía igualmente.

Le dolía el alma, y escapó.

Al único lugar al que podía escapar.

## II

La culpa y el resentimiento batieron dentro de él como acantilado y galerna. Intentaron destrozarse el uno al otro. Y, al hacerlo, arrancaron jirones del alma del hijo.

Mateo escapó, se escurrió entre los andamios como una lagartija.

Y descubrió la obra de su padre. Se había negado a acercarse, no había vuelto a la catedral, aunque tuviera que dar un rodeo. No había podido hacerlo.

Y vio por primera vez.

Sus ojos se clavaron en los potes sucios, los goterones, las cortezas resecas de las tortas del viejo Cirilo. Las cagadas de paloma competían con los manchurrones azules.

Y la concha.

Había una concha, vieja, desgastada, como las que Gatón le traía de niño.

Se la quedó. La sujetó como si fuera a escaparse.

Era sólo una concha y, sin embargo, contaba la historia más larga, la más amarga.

La guardó, para su hija. Para regalarle la felicidad que a él se le había escapado. Barcos, océanos, una vida más allá del horizonte. La guardó para regalarle sueños a su hija.

Cerró los ojos, y al abrirlos, vio. Vio lo que no había visto antes.

También susurraban, hablaban entre ellos, afinaban los instrumentos, mostraban su mensaje, portaban los clavos, o la corona de espinas. Había allí un mundo hecho de piedra. Y estaba vivo.

Incluso podía reconocer los rostros. Y todos clavaban sus ojos en él.

Se mareó. Sintió arcadas.

—¿Padre?

Recuerdos. Resentimiento.

Amor. Odio.

Ira. Paz.

Clavaban en él sus ojos.

Y cayó de rodillas, el rostro empañado, el corazón en un puño. Y hubiera caído de bruces de no haber apoyado la mano en el parteluz.

Resollaba, contenía el llanto. Imágenes de su infancia, de su esposa, de la niña que crecía en su vientre, un torbellino. Un

torbellino que lo sacudía.

Se sentó, intentó respirar, apoyó la espalda en el parteluz. Y descubrió la gamuza que había en el vacío, al pie. Y la cajita de plata. Y lo que había dentro.

## III

Gutierre se hizo a un lado, como si acabase de pisar una bosta, y Juanchón entró con una bestia enloquecida en las manos, con los antebrazos cubiertos de arañazos que escribían galimatías.

Aullaba, gritaba, mordía.

—¡Escuchad! *Escoitade.*

Eso fue lo que entendió, lo único. El resto era demencia.

Juanchón dijo algo. Aquel rostro, grande y redondo, franco, lleno de buenas intenciones, empapado de lágrimas.

Dijo algo que el frade no entendió, pero no se atrevía Gutierre a acercarse a aquella bestia que pateaba, mordía. Aullaba.

Juanchón lo repitió.

—¡Ayúdale! ¡Por la Virgen Santa! ¡Ayúdale!

## IV

Un asesino.

Su padre era un asesino.

Una llave y un cortaplumas. Mateo conocía las respuestas. Cualquiera en Compostela las conocía.

Los demonios que plagaban el pórtico, los que quedaban aplastados por cada columna, se reían de él, incluso condenados por

la Gloria sobre sus cabezas, lo miraban y disfrutaban con su sufrimiento.

Cacareaban burlas. Carcajadas. Lo señalaban.

Un asesino.

Tenía que hablar con el arzobispo, tenía que hablar con el capitán Ruy Ansúrez, tenía que entregar a su padre.

Y su padre sería ahorcado. Como su abuelo.

Debía entregarlo a la justicia.

Una llave y un cortaplumas. Y algo más.

Había algo más en aquella cuna de plata labrada. Un papel doblado. Frágil como la felicidad. A punto de romperse.

No había tocado el cortaplumas. Menos aún la llave. Pero dejó la caja en el suelo, entre sus piernas, al pie del parteluz, y metió la mano con miedo, como si pudiera cerrarse en una dentellada.

Lo desplegó, con cuidado, despacio, evitando que se convirtiera en ruinas entre sus dedos.

Sus dedos contaban su profesión. Heridas de gubias y trenchas, astillas clavadas, los callos de las herramientas. No eran tan distintas a las de su padre. Ahora daba vida a la madera, pero, durante un tiempo, acaso no había pensado en darle vida a la piedra.

¿Qué había sucedido?

Lo desplegó, despacio.

Y un gorrión echó a volar entre sus dedos.

Y el gorrión le apuñaló el corazón.

## V

Gutierre consiguió hacerle beber adormidera de Tierra Santa. Guardaba las semillas con más celo que su castidad, eran escasas, y

tan caras que el prior le había dicho mil veces que abriera antes el sagrario que aquel botecillo de vidrio azulado viajado de Ultramar.

Pero fue lo único que pudo hacer y, poco a poco, la bestia se calmó.

Y entraron los canónigos.

## VI

Juanchón tuvo que arriesgar los dedos. Él le abrió la boca al maese y el frade vertió la tisana.

Y, poco a poco, el maese dejó de luchar. El sueño lo encerró y quedó, como muerto, en uno de los catres de aquel remedo de hospital.

Juanchón se limpió las mejillas, sorbió los mocos y apenas se había apoyado en la gran mesa, llena de hierbajos, almireces y hongos, cuando alguien más entró.

—Su eminencia, el arzobispo Suero, quiere verte de inmediato.

Eran tres de los canónigos, arrejuntados como si les diera miedo separarse, extraños allí, tan pulcros y bien vestidos, en aquel batiburrillo de especias, cataplasmas y remedios.

Le hubiera bastado una mano para espantarlos a los tres con un sopapo.

Quería quedarse allí, con el maese. Pero tan grande y fuerte como era, no tuvo el arrojo de imponerse, se lo llevaron al palacio.

—¡Cuida de él! Por el amor del Cielo y la Virgen, ¡cuida de él! —le rogó al herbolario saliendo por la puerta.

Y allí estaba también el Cuatrohostias, renqueante y viejo, pero con aquella mala baba que lo mantenía en pie, les gritaba a dos de sus soldados.

—¡Al que se mueva...! ¡Me cago en la mezquita de Córdoba! ¡Al que se mueva le corto los dedos con tenazas oxidadas! ¡Y le arranco los cojones de un mordisco! Aquí, clavados, como si no tuvierais pies, ¿está claro?

Y el capitán salió tras los canónigos y el cantero.

## VII

Iba tan rápido que Juanchón se mareó.

Sólo una vez en su vida se le había ocurrido montarse encima de un caballo, cuando aún era aprendiz. El bicho se había desbocado. Fueron apenas unos trancos por la explanada de la Trinidad, entre los puestos de los canteros, pero bastaron para que Juanchón, más Juanillo en aquel entonces, cayera con estrépito y acabase vomitando.

Así se sintió mientras los tres canónigos tiraban de él por el interior del palacio del obispo.

Era imposible que pudiera responder.

Pero el arzobispo le espetó la pregunta en cuanto entró en sus despachos seguido por el Cuatrohostias.

## VIII

Sisnando ya estaba allí. No había perdido un instante. Y no se calló, ni siquiera cuando el arzobispo prestó atención a los recién llegados.

Fue tras él con palabras encadenadas. Aspavientos y explicaciones.

Pero el arzobispo lo ignoró.

—Repíteme lo que ha dicho frade Gutierre.

Juanchón, que se tenía en pie de milagro, no respondió. No podía responder. Pero contestó el Cuatrohostias:

—¡Una mier...! Milongas —rectificó—, nada útil. Lo ha dormido con uno de sus potingues, pero no tiene zorra idea de qué le pasa.

El hoyuelo del arzobispo trazó tres arcos seguidos sobre la pechera. Negó tres veces.

Y volvió a hablarle a Juanchón. Que tampoco supo qué responder.

## IX

—Dime cómo terminar...

Fue un bofetón. El pobre Juanchón no sabía de qué le hablaba Suero, continuaba en el herbolario, con frade Gutierre.

—No puede terminarse sin un maese —terció Sisnando—, os lo he dicho eminencia, necesitáis a alguien con experiencia. Que conozca la piedra. Necesitáis a alguien que lleve cuarenta años trabajando en las obras...

Lo interrumpió el arzobispo.

No se volvió, seguía mirando a Juanchón, pero no dejó que el otro siguiera hablando.

—Y que se llame Sisnando...

Y Sisnando disimuló. Ahora que ya no tenía el pelo cuajado de liendres, solía pasarse la mano por sus cabellos lacios y eso hizo, repeinarse, como si estuviera ante un espejo.

Suero atajó, como tenía por costumbre.

—Habla, explícate —instó a Juanchón.

Se había convertido en la mano derecha de Mateo. Pero obedecer era muy distinto a mandar. Y la comprensión caló a pocos, como llovizna que termina empapando.

—Yo sólo me encargo de lo que dice maese —reconoció Juanchón cohibido—. Cada mañana, temprano, almorzamos una torta y me dice lo que debo hacer... Y yo... Yo reparto el trabajo entre los *arxinas*.

El arzobispo, pese a los años, seguía teniendo una presencia imponente y, cuando se acercó al cantero, más pareció que fueran dos luchadores leoneses a punto de batirse. Eran dos colosos frente a frente.

—Hay que terminar —zanjó Suero—, la catedral debe consagrarse.

—Maese se pondrá bien —con apenas un susurro.

El Cuatrohostias no pudo callarse:

—¡Los cojones!

—Esa boca, Ruy —cortó el arzobispo.

Y el parón le dio alas a Sisnando.

—Eminencia, mejor será no contar con ello, debéis —inclinándose en una reverencia menos un pelo—, tomar una decisión calmada, sin prisas, y no es momento de traer a un nuevo maese de fuera, a alguien que no conozca las obras al dedillo.

Suero los ignoró a todos, incluso a los canónigos que revoloteaban por sus despachos.

—El rey de Castilla piensa fundar una universidad en Palencia, ¡ha hecho de las Huelgas panteón real! Y corren rumores de que planea echar abajo la vieja catedral de Burgos y edificar una nueva...

Se pellizcó aquel hoyuelo del mentón y cerró los ojos por un instante.

—Además, si la campaña que está armando contra los almohades triunfa, no le faltarán fondos.

Volvió a intervenir el Cuatrohostias.

—Saldrá. No hay hierro en las Españas que no esté dispuesto a presentarse para Pentecostés, le van a rapar las barbas al hideputa

del Miramamolín.

El arzobispo asintió con pesadumbre.

—Podías haberlo dicho de otro modo, pero llevas razón —concedió Suero—. Y está Toledo, y su obispo...

Juanchón, que no sabía fingir, fruncía el ceño, perdido.

Y el arzobispo reunió paciencia.

—Hijo —le habló a un palmo, como a punto de soplarle una mota de polvo metida en el ojo—, nuestro rey Alfonso, rey de León y Galicia se la tiene jurada al castellano...

El Cuatrohostias había ganado confianza y volvió a inmiscuirse.

—Si lo engancha lo capa, ¡cagüen la morería! No le perdona lo de armarle caballero. Yo tampoco lo haría...

El arzobispo se volvió.

—¡Ruy! Vigila esa boca.

Respiró, calmándose. Y Suero añadió algo más:

—Zapatero a sus zapatos.

El capitán incluso dio un paso atrás. Y fingió darse dos puntadas en los labios.

El arzobispo asintió. Alzó las manazas de leñador y las apoyó en los anchos hombros de Juanchón.

—Hijo, escúchame bien, nuestro rey Alfonso, rey de Galicia y de León, no de Castilla —hablaba despacio, como si le explicase el misterio de la Trinidad a un novicio—, no quiere unirse a la llamada de la Corona de Castilla contra el moro. Hay viejas rencillas...

Juanchón, inseguro, asintió. Y el arzobispo continuó:

—Pero nuestro rey no quiere quedarse de brazos cruzados. Puede que incluso ande en tratos con los mismos almohades —reconoció con disgusto.

—¡La puta! —saltó el Cuatrohostias.

Y el arzobispo no se volvió, siguió enlazado con el cantero, y tampoco levantó la voz, simplemente dejó caer la amenaza.

—Ruy, lo tuyo es el hierro, no los discursos, si vuelves a abrir la boca, te excomulgo...

Y no esperó respuesta.

—Y nuestro rey —le siguió hablando a Juanchón—, necesita algo de gloria para la Corona, no quiere que su primo le haga de menos...

Juanchón, aún más inseguro, volvió a asentir.

—Hay que consagrar la catedral —sentenció Suero—, para ayer.

Juanchón iba a decir algo, pero el arzobispo lo detuvo sacudiendo aquel hoyuelo.

—O la consagramos, para mayor gloria del Señor y del reino, o la catedral dejará de tener el apoyo de la Corona. Y no será panteón real.

Calló, para dejar que sus palabras ahondasen en la conciencia del cantero. E insistió:

—Dime qué se necesita para terminar.

Podía, Juanchón, tener los sesos algo cortos para su enorme corpachón, pero había pasado de simple esportillero a aprendiz, y de aprendiz a oficial. Sabía usar la plomada, la escuadra, el compás. Sabía *galgar*, sabía *empenar*. Maese Mateo le había enseñado.

Así que consideró la petición del arzobispo muy serio. Casi podían verse los engranajes girar tras sus cejas.

—Para las torres quizás, a lo mejor, con suerte... Para las torres, si nada se tuerce, si no hay complicaciones...

Juanchón hablaba como si le pisaran los callos, con el ceño fruncido y las cejas enmarcadas en sudor.

—... Para las torres, aunque llevará más tiempo, con ayuda de la Virgen, podríamos apañarnos solos —reconoció al cabo, tras un instante que al arzobispo se le hizo eterno.

Y Juanchón se tomó un respiro, como si el esfuerzo hubiera sido sobrehumano.

—Para el pórtico...

El cantero dudó.

—Maese Mateo acabó echando a los monjes del escritorio... Para el pórtico...

Intentaba razonar en voz alta, pero se le hacía cuesta arriba a Juanchón.

—Para el pórtico... ¡Virgen Santa! ¡Faltarán las puertas! —acordándose de pronto.

Las manazas del arzobispo apretaron los hombros del cantero.

—Poco importan ahora las puertas...

Juanchón asintió, pero de lejos, perdido en algún lugar.

—Para rematar el pórtico... —intentó contestar.

No sabía qué decir.

—A lo mejor los monjes del escritorio se apañan con la pintura —rectificó con amargura, como si le doliese admitirlo—, pero tallar de nuevo al apóstol...

Algo de alivio había ganado su rostro a medida que hablaba, pero se desvaneció cuando, alzando los ojos para mirar al arzobispo, cayó en la cuenta.

—Y el parteluz, hay que terminar el parteluz... Maese dice que falta una pieza en la base del parteluz.

Casi podían verse los engranajes girando tras sus cejas, casi podían oírse.

Y Sisnando interrumpió:

—Eminencia —dijo solícito—, llevo cuarenta años con el *ferruxo* en la mano. Yo puedo hacerlo.

Fue como si le hubiera dado un puyazo. Juanchón, siempre afable, enrojeció de ira. Se desembarazó del arzobispo y, en dos zancadas,

estaba junto al otro cantero.

Se convirtió en un vendaval que obligó al arzobispo y a su capitán a ponerse a cubierto, y que dejó tras de sí los gritos asustados de los canónigos, que dieron vueltas sin saber adónde ir, pero con la firme intención de alejarse de aquella montaña que, milagro, había empezado a moverse.

Sujetó a Sisnando por el pescuezo y lo levantó sin esfuerzo con un solo brazo, apretando con tanta fuerza que el otro se puso azul.

Nunca antes en su vida, y nunca antes después, Juanchón volvería a sacar aquel vozarrón ronco y autoritario.

De hecho, con aquel corazón que tenía, grande como una hogaza, toda su vida se arrepentiría de lo que hizo esa mañana en los despachos del arzobispo.

—¡Cierra la boca! ¡Por la misma Virgen! ¡Calla! Ni a la suela de la bota, ¿me oyes? No le llegas al maese ni a la suela. Aunque trabajases de sol a sol durante otros cuarenta años, nunca, ¡jamás!, tallarías algo a la altura del maese. No eres más que un pedazo de mierda envidioso, ¿me oyes? Un pedazo de mierda. Nunca ha habido nadie capaz de tallar como el maese, ¡nunca! El único que se acercaba era su hijo...

Y lanzó a Sisnando, que se estampó contra la mesa del arzobispo.

La madera se rompió. Cayeron papelajos, un tomo recién copiado en el escritorio, astillas y, en medio, Sisnando, con los labios azules, el rostro enrojecido y tosiendo con fuerza.

—¿Me oyes? Su hijo ha sido el único.

Una de aquellas bestias del pórtico, así lucía Juanchón entre los maderos rotos y los papeles que llegaron hasta sus pies y, tan brusco como había empezado, todo acabó.

Cuando miró hacia el arzobispo no había una pizca de la rabia que había lanzado a Sisnando como un pelele. Sólo vergüenza por el

estropicio.

El arzobispo, sin embargo, se limitó a espantar a los canónigos que revoloteaban a su alrededor.

—Su hijo...

Juanchón quiso hacerse pequeño como un bichillo, se le llenó la boca de disculpas y la vergoña le tiraba de ellas hacia las tripas, boqueaba como pez fuera del agua. Suero tuvo que obligarlo a serenarse y a prestar atención antes de repetir la pregunta.

Y ahora sí, Juanchón pudo contestar.

—Sí, su hijo. Lo juro por la Virgen. Su hijo. Pero no ha vuelto al taller, lo dejó, ni siquiera visita las obras...

Aún tenía más que decir, aún quería explicarle al arzobispo que era inútil, que el hijo del maese no volvería jamás a coger la maceta y el cincel, no después de lo sucedido.

Quería decirle mucho más, pero no pudo. El arzobispo, como siempre, iba tres pasos por delante.

Y la orden que le dio al Cuatrohostias fue tajante.

—Tráemelo.

## X

El padre abrió los ojos, uno de cada color, y miró a todos lados sin comprender.

Estaban solos, el hijo le había dicho a frade Gutierre que atendiese a sus otras obligaciones, que él se ocuparía. Y el herbolario no había tenido razones para dudar. Suponía que, en aquel deplorable estado, la adormidera dejaría al cantero inconsciente buena parte del día.

Además, qué podía hacer él con un hombre que, según los persas, quienes habían disfrutado de las enseñanzas del gran Avicena en el

*maristán* de Ispahan, debía estar encadenado.

No conocía cura alguna para la locura. Nadie la conocía. Su único remedio era rezar con fervor.

Tenía otros deberes en Antealtares, había oficios divinos, y en las cocinas siempre venía bien una mano, o en los huertos, pero se marchó con una promesa.

—Echaré un vistazo en la biblioteca —le aseguró al hijo marchándose—, tenemos una copia en latín del Canon de Avicena.

Había poco más que pudiera hacer.

Además, dejaba a un hijo con su padre, no había motivos para preocuparse.

Frade Gutierre se equivocó.

## XI

En cuanto su padre abrió los ojos, el hijo hizo la pregunta.

—¿Qué has hecho?

Pero el padre estaba perdido, se incorporó de golpe en el catre, y los efectos de la adormidera lo tumbaron con un gemido. Se derrumbó, como lo había hecho tiempo atrás cierta torre.

Sus ojos, uno de cada color, desorientados, buscaban algo familiar a lo que aferrarse.

Y no lo conseguían.

Se llevó una mano, manchada de pegotes azules, a la frente, encarcelada en cabellos revueltos, como si pudiera arrancar el dolor que perforaba su entrecejo.

Gimió de nuevo.

El hambre asomaba en las mejillas. Estaba cubierto de mugre, salpicado de azul. Más un desecho que un hombre. Y la adormidera

no ayudaba. Era un parásito que le robaba vitalidad.

Sin embargo, su hijo no tuvo compasión.

—¿Qué has hecho?

## XII

No contestó. Gimió de nuevo. Ahogado en adormidera y pesadillas, con los ojos, uno de cada color, cerrados. Y sus párpados palpitaban, luchando inútilmente por abrirse.

El hijo usó compresas frías. Ofreció agua. Pero no ofreció consuelo. En ningún momento vertió dulzura sobre el padre. Lo quería consciente, necesitaba respuestas.

Y se le agotó la paciencia. Lo sujetó por los hombros sin advertir que apenas eran hueso y piel, y lo sacudió.

—¡¿Qué has hecho?!

Por tercera vez.

Y el padre, reaccionó por fin.

—*Esqueiraban.* Me engañaron...

—¿Quién?, ¿de qué hablas?

—Acab y Acaz.

## XIII

Se lo contó.

Casi podía escuchar a las cuñas de castaño trabajando con la helada. Casi podía escuchar aquella endiablada melodía.

—*Volía* terminar —sollozó el padre—. Tenía que terminar —se excusó—. Me engañaron —concluyó.

Y se hundió en el catre como en un abismo insondable, perdido para siempre en las profundidades.

El hijo no vio balancearse la sombra del ahorcado. No vio la angustia del padre.

—¿Los mataste? —preguntó inexorable.

El padre suspiró.

—¡No!

El padre dudó.

—No...

El padre se resignó.

—No lo recuerdo.

El hijo no tenía dudas. Y ahora no preguntó. Ahora afirmó:

—Los mataste.

—*Itoiz* —se defendió el padre—. No. Yo... Yo sólo quería *murear*, trabajar, construir.

—Tú los mataste —repitió el hijo, cansado—. No te bastaba con trabajar, no mientas. Tú querías ser recordado, triunfar donde Arrio fracasó, ser el mejor de todos y cubrirte de gloria... A cualquier precio.

—Estaba solo, no tenía nada. *Agiaba* para comer. Tu abuelo...

No era fácil explicar una vida en pocas palabras. La ambición, el miedo, la vergüenza.

—¡Nunca me hubieran hecho maese! —se quejó el padre.

—Y mataste a Verrondo...

—Ellos me obligaron —dijo el padre.

Y el hijo arrugó los labios y escupió su escepticismo.

—¡Jamás he oído de una pareja así! He tocado toda mi vida, conozco a todo músico que se precie al norte del Tajo —se levantó lleno de rabia, se alejó del catre con pisotones que hicieron temblar las hierbas sobre la gran mesa, incluso cayeron al suelo unas flores

secas de manzanilla—, todos vienen antes o después a tocar a Compostela —regresó junto al catre, en pie, sobre el padre como una tormenta sobre un campo recién plantado, devastador—. ¡Jamás he escuchado esos nombres!

Había crueldad en aquel escepticismo. Había desprecio. Y aún puso un clavo más.

—Los mataste, roído de ambición, ¡tú los mataste! Para acabar tu mierda de catedral.

El orgullo y la rabia vibraron en los labios apretados, aguantó el hijo un instante más.

—Por tu catedral... Por tu pórtico...

Dio la vuelta. Imposible callar. Imposible contenerse. No dejó que el padre hablase.

—Nada de lo que hacía estaba bien... —Hurgaba con una aguja caliente en viejas ampollas—. ¡Nada! Nunca era tan bueno como debería —hablaba un dolor enraizado en un niño con la cabeza llena de ilusiones y las manos llenas de dibujos—. Daba igual lo que hiciera... Fuiste tú, ¡tú me apartaste!

Los ojos, uno de cada color, se cerraron al oírlo. Pero el orgullo reaccionó, imparable.

—¡Te fuiste!, ¡me abandonaste! Todos me abandonaron. *Nengún.* Nadie creyó jamás en mí...

Eran dos dragones escupiendo fuego. Y si frade Gutierre hubiera vuelto al herbolario hubiera creído que padre e hijo iban a llegar a las manos.

—¡Tenía que seguir tu camino! —protestó el hijo—. ¡¡El tuyo!!

Resollaba, y sus ojos, que tenían ambos el color del mar, se volvieron una tormenta.

—Y jamás lo habría hecho tan bien como para complacerte. Siempre habría algo que mejorar, Algo que cambiar. No escuchabas

—tascó el hijo entre dientes—, ¡nunca has escuchado!

El padre se incorporó en el catre y contraatacó.

—¡Me abandonaste! ¡Todos me abandonaron! —sentenció el padre —. Me quedé solo, *soíño*, hasta... Hasta tu madre.

Y el hijo se abalanzó sobre el padre.

## XIV

Torpe, como un borracho de taberna, lleno de ira. Lo cogió por la túnica, lo sacudió, levantó una mano y preparó el puño, echó el brazo atrás, como si fuera a golpear un cincel. Como si fuera a partir la piedra.

Iba a golpear. A descargar su rabia.

Y el hijo miró a los ojos del padre.

El puño tembló en alto. Tembló y dudó.

Miró a los ojos de su padre, uno de cada color, los mismos ojos que habían visto sus dibujos, los mismos.

Soltó al padre de golpe, casi con asco. Y se apartó del catre.

—No vuelvas a decir algo así. No es cierto. Ella lo ha dado todo por ti. ¡Todo!

El padre fue a decir algo, pero no se atrevió, o no tuvo fuerzas.

—¡Ni se te ocurra! Ella cosía, se deshizo los dedos con aquellos puñeteros encajes para los ingleses... Si Canuto no los hubiera comprado... ¡De no ser por ella no habrías tenido para comer mientras fuiste aprendiz!

El padre quiso hablar, pero estaba envuelto en niebla, en lo profundo del bosque, perdido.

—*Itoiz...*

Apenas un quejido. Incomprensible.

—Ella fue quien habló con el viejo Remigio —escupió el hijo—. Le pidió un préstamo al tío y pagó por tu primer año de oficial...

—*Itoiz*... Pero...

No le dejó continuar, no se lo consintió. El hijo hervía.

—Ella lo dejó todo por ti. Y volvió a hacerlo, le pagó a Verrondo para que llegases a oficial. Sin el dinero de los tíos no hubieras sido nada. ¡Nada!

El padre no comprendía, no recordaba. No sabía.

—No...

—Te ibas temprano, volvías tarde. Y jamás se quejó, aunque no tuviera más que una de esas asquerosas tortas del manco.

—Yo, no... *Eu*... Es que...

—Jamás te pidió nada, eras tú el que siempre hablabas... Tres tantos de salario, cinco, diez... Oficial, maese, algún día seré maese, se te llenaba la boca y mamá y yo...

Resopló, cansado. Ya no había rabia, sólo cansancio y pena.

—Primero tus piedras —se quejó el hijo—, tus piedras primero...

El padre, perdido. Naufragaba en un mar de dudas. Ya no estaba seguro siquiera de sus recuerdos. No pudo hacer otra cosa que excusarse.

—Quería lo mejor para ella. Para ti. *Optimu.*

La última palabra un susurro.

Y el hijo terminó por sentarse, agotado, en un escabel que frade Gutierre usaba para llegar a los estantes más altos, preñados de remedios y potingues.

Miró a su padre, con aquel cansancio infinito.

—No hacía falta una casa más grande, no hacía falta más dinero... Nos hacías falta tú, ¿por qué crees que empecé a trabajar contigo...?

Sacudió el rostro, y sus cabellos bailaron sobre su frente, como hacían los de su padre.

Se parecían, más de lo que les hubiera gustado admitir.

—Eso decía mamá —continuó el hijo cargado de cinismo—, si trabajáis juntos, estaréis juntos...

Estaba arrancándose las vísceras, pero el hijo tenía que continuar.

—Son las únicas mentiras que dijo jamás, para protegerte —salpicado de desprecio—. Él te quiere... —manchado de ironía—. Está orgulloso de ti...

## XV

Todas aquellas hierbas llenaban el lugar de un olor medicinal. Traían recuerdos de fiebres y mantas que llegaban a calmar el frío, recuerdos de madre, tisana, y besos en la frente.

Indiferente, la mañana se colaba por las ventanas. Dibujaba patrones de luz en el suelo. Descubría restos secos de tallos y hojas, un trocito roto de una cántara de barro, una fila de hormigas que iban y venían, que habían encontrado entre todos aquellos trastos algo de provecho y se lo llevaban a su guarida.

Aquellos restos, una hoja marchita de rosa. Aquellas hormigas, que formaban como un ejército, eran todo lo que el hijo quería ver.

No quería levantar los ojos y mirar a su padre.

No podía.

Había caído una tormenta. Todo estaba anegado, lleno de barro. Se habían roto lazos que jamás volverían a atarse.

El hijo resopló, lleno de disgusto, de dolor, de pena.

—Voy a buscar al capitán Ansúrez —dijo resignado—. Tiene que saber la verdad.

Y el padre no se resistió. Se sabía derrotado. Era una sombra en aquel catre. Daba lástima. No hubo jamás un pordiosero que

necesitase tanto una limosna.

—*Bai.* Da aviso —concordó el padre—. La justicia de los hombres no me escalda —dijo en tono de súplica—, me atribula el Juicio Final.

Pedía ayuda sin atreverse a pedirla. Le reconcomía la culpa.

—¿La madre tuya...?

Con el mentón derrotado sobre el pecho, el padre no acabó la pregunta, tenía demasiadas cosas con las que luchar. Y, aunque quería hablar de una vida, por más que lo intentaba, regresaba una y otra vez al mismo instante, a los dos mismos instantes.

—*No entilegé.* El pacto quedó sellado, ¡con sangre! —insistió—. Las dos veces.

El hijo se puso en pie, cansado, infinitamente cansado.

—Son imaginaciones tuyas...

Y el hijo se arrepintió nada más decirlo. Se había puesto una coraza. Y no quería quitársela. No podía aceptar aquella excusa.

Se ablandó.

—El diablo...

Se sintió ridículo el hijo. Era un hombre de fe, creía en el Señor y en los Cielos, pero meter al diablo en el oficio de cantero se le antojaba demasiado.

Quería irse. Quería quedarse. No sabía qué hacer.

—Si existe el diablo —recomenzó el hijo—, y no creo que el Señor...

Su padre lo interrumpió.

—*Morrón.* Hay oscuridad... Donde no hay luz, hay oscuridad.

Lo miraban aquellos ojos, uno de cada color, niebla y noche. Y el hijo se pellizcó las cejas, dejó el puño contra la sien. Su abuelo, su padre. Qué sería de él. Dónde se escondía la locura que acabaría por alcanzarlo.

Quería zanjar el asunto. Enterrarlo. No volver a hablar de ello, jamás. Sin embargo, la conciencia del hijo lo desgarraba en dos. Sentía el deber de desenmascarar a su padre, y también sentía el deber de ayudarlo.

—Nadie conoce la piedra como tú —reconoció el hijo, conciliador —, lo que has hecho en la catedral es... Es maravilloso —incluso pudo regalar algo dulce con sus palabras—, irrepetible. Encoge el corazón. Y lo has hecho tú. No necesitabas vender tu alma... Piénsalo, ni siquiera te lo pidieron. No pidieron nada a cambio...

—*Itoiz.* No prestaba —respondió al padre—. ¿Qué más querría el maligno que *ghichar* la más grande obra de la cristiandad?

El hijo fue a intervenir, pero el padre no le dejó.

—Cumple destruirlo —dijo con fuerzas renovadas—, hay que echarlo abajo. ¡El pórtico! *Tes que esguizalo*. *É cousa do demo* —remató con furia—. Hay que cerrarlo. Atrancarlo. *Nemo, nesuno.* Que nadie pase.

El hijo se acercó al catre. Y le habló como no le había hablado en años.

—Todo saldrá bien, no sé cómo, pero saldrá bien.

El esfuerzo lo había agotado, y la adormidera no ayudaba. El padre se rendía sobre el catre.

—Me engañaron... *Lispáronme.* Hay que destruirlo. *Compre fechalo.*

Al hijo se le partió algo en el pecho. Había amado a aquel hombre. Y lo había odiado.

Y ahora, cuando más quería odiarlo, más lo amaba de nuevo.

—Descansa, tranquilo.

Agotado, el padre se desdibujó, se le cerraban de nuevo los ojos.

—La música —balbució el padre.

No hablaba, desvariaba.

—Los... go... gooorrr... gorriones —tartamudeó el padre.

Desvariaba, y aquello que se había roto en el pecho del hijo tintineó. Y el padre, a duras penas, arrancando las palabras a la adormidera, no callaba.

—Música *eisí* no la volví a escuchar yo...

Aquellos ojos, uno de cada color, aún cerrados se movían inquietos, los párpados brincaban.

—Volaban —dijo, abriendo de pronto los ojos, uno de cada color —, los gorriones...

Y volvió a cerrarlos. El padre siguió murmurando, no, tarareando. Intentándolo.

Y el hijo no lo escuchó. Absorto, tenía en las manos aquel papel envuelto en plata, y de plata eran las lágrimas que caían por sus mejillas.

A lo mejor, si hubiera tenido los ojos abiertos. Si le estuviese hablando, no lo habría hecho. Pero su padre murmuraba, como en una pesadilla. Y el hijo se acercó aún más, hasta que sus canillas rozaron el marco del catre. Dudó, con la mano levantada, como había hecho apenas unos instantes antes, una vida antes. Tan cerca y tan lejos.

Quedó allí, dudando una vez más con la mano alzada. Y en esta ocasión la bajó.

Apartó de la frente cenicienta el revoltijo de cabellos.

Dulce.

Entre pesadillas. Con párpados temblorosos. Con el ceño crispado. El padre desvariaba. Y, entre maldiciones y recuerdos, en su angustia, tarareaba.

El padre tarareaba, y el hijo conocía la melodía.

# XVI

La conocía. Y no la había escuchado jamás. Nunca.

Sólo unas notas. Una insinuación. El escote de un prodigio. Zonio las había recitado, moviendo las manos, explicando aquel imposible.

No, no la había escuchado. Nadie la había escuchado.

—No puede tocarse —había dicho Zonio.

Pero tenía que ser aquella leyenda.

La había buscado incansable, para ser mejor, para tocar mejor, para comprender la música que amaba.

La conocía. La conocía, aunque jamás se había tocado. Ni siquiera existía la partitura. Era sólo un rumor. Delirios.

—¡Despierta, cojones! El arzobispo quiere verte.

Se volvió con el corazón en el pecho. El Cuatrohostias había logrado asustarlo.

Su padre había quedado rendido en el camastro. La sombra, gris y consumida de un hombre. El pecho subía y bajaba, pero no respiraba, rasgaba el aire.

Y Mateo, el hijo, no sabía cuánto tiempo había pasado. La música lo había atrapado.

Gutierre no había regresado, pero allí estaba el capitán del arzobispo entrando a las carreras en el herbolario, y lo miraba como un chucho a un hueso.

—¿A mí?

—Sí, a ti —le espetó el Cuatrohostias—. Tira y no jodas más la marrana.

# XVII

El arzobispo, raro en él, se explicaba. Pero Mateo no prestaba atención. Pensaba en su padre, y en lo que el Cuatrohostias le había dicho de camino, entre pasos rápidos y tirones.

El capitán había hablado de ello como si la idea pareciese ridícula, pero a lo mejor era sólo conmiseración.

—Estaba convencido, hasta las trancas, ¡carajo! Convencido de que los había matado.

Apenas entrando en el palacio, de camino a las escaleras.

—Gatón, el muy cabrón —una pausa, algo que pareció una sonrisa —, me hizo ver que ese estercolero rebosaba mierda.

Mateo no escuchaba al arzobispo. Seguía escuchando al capitán, y a su padre, y aquel puñado de notas con acordes prohibidos.

—Prohibidos —había dicho Zonio—, esos intervalos están prohibidos, tres tonos entre una nota y la otra, los prohibió el papa. Son poco edificantes, pueden inducir —una mirada a un lado, al otro, bajando el tono de voz— a comportamientos prohibidos.

Escuchaba al capitán, a su padre, y al frade Zonio.

—Entre el cuarto y el séptimo grado —con los labios fruncidos y expresión de asco—. Es música maligna —había añadido Zonio con una sonrisilla pícara—, dicen que es el acorde del diablo, *diabolus in musica*. Patrimonio de sodomitas, lujuriosos, lascivos y... —Una pausa, cargada de intención—. Y locos.

Y el mismo fraile había descartado la idea por peregrina. Pero con una sonrisa incómoda. Con la expresión de un chiquillo mirando al fondo de un pasillo oscuro y bisbiseando para sí que allí, en las sombras, no hay ningún monstruo.

—Será mejor que sigamos practicando, hay progresiones que debes mejorar... Dejemos las notas a los músicos y las escrituras a los santos.

Había sido un hombre práctico el fraile Zonio, poco inclinado a un extremo o al otro. Un hombre con alma de tentetieso.

Podía escucharlo. Ahora mismo. No habían pasado años. Sólo un instante.

Podía escucharlo.

A quien no escuchaba era al arzobispo, que seguía hablando, que señalaba a Juanchón y a Sisnando.

No lo escuchaba, pero Mateo tenía la respuesta:

—No, no lo haré —sentenció.

Y la cara del arzobispo se demudó. Aún tenía excusas y pretextos, pero Mateo no quería escuchar.

—No contéis conmigo.

Y Mateo, el hijo, se marchó, sin esperar permisos. Dejó al arzobispo con la palabra en la boca. A Juanchón al borde de las lágrimas y a Sisnando sacudiendo los puños por encima de los hombros.

Se marchó.

## XVIII

Elo no tenía dudas.

—Es tu padre —le dijo.

No insistió, no mencionó que su deber como hijo era cuidar de él, dejó todo lo que pensaba bajo aquellas simples palabras. Conocía a su esposo. Le habló con voz calma y tomó asiento, lista para esperar.

El parto se acercaba y se sentía pesada, incómoda, torpe. Tenía que orinar tres veces entre campanadas, hubiera jurado que, como mucho, podía rezar diez credos entre visita y visita al corral.

Y estaba preocupada por las ropitas de la criatura, por si la leche manaría de sus pechos en abundancia. Tantas cosas podían torcerse.

Ya se habían torcido antes.

Estaba preocupada. Y aterrada por el parto. Pero se sentó, con una mano en la barriga y mordiéndose el labio inferior.

Suspiró, puso la otra mano también sobre su maternidad, y lo repitió:

—Es tu padre.

—No puede conocerla —rebatió Mateo—. Nadie la ha tocado. Está prohibida. Y es demasiado... Difícil. Imposible...

Elo, paciente, esperaba. Mateo divagaba.

—Se ha intentado —dijo dudoso, pensando en los rumores—, pero es imposible —buscando una seguridad que no sentía—, Zonio decía que nadie sería capaz de hacerlo...

Ella arrugó la nariz. Su esposo se había traído a cuestas los intensos aromas del herbolario de Antealtares y, últimamente, todos los olores se le hacían demasiado, no había tenido náuseas en ningún momento, pese a cuanto se decía, pero desde hacía unas semanas debía refrenar la ridícula necesidad de taponarse las narices cada poco.

Su esposo le hablaba, pero se hablaba también a sí mismo, intentaba razonar.

—¿Y si es verdad?

Y chistaba, se acercaba a ella y se volvía a alejar, como si dar vueltas allí, junto al hogar le ayudase a pensar.

—No ha hecho un pacto con el diablo... —recitaba Mateo.

Como si fuera una insensatez. Como si fuera la mayor de las locuras.

—Pero a lo mejor vio algo, a lo mejor... ¿Cómo puede conocerla? Es una leyenda —insistía confuso—, la mayoría de los frades ni

siquiera han oído hablar de ella, ¿cómo?

Decía una cosa y la contraria, iba y venía como pollo sin cabeza. Y Elo volvió a mirar aquel dibujo que su esposo había dejado en la mesa, luego lo miró a él, de reojo, por debajo de la ceja.

—Está muy bien para ser de un niño —dijo suavemente.

Mateo ni siquiera se volvió, se había detenido un instante al borde mismo del hogar, donde colgaban las chacinas para ahumarse, y toqueteaba un rollo de unto como si estuviese lleno de respuestas.

—Podía ser mejor —se quejó lastimoso.

Y Elo asintió con pesadez.

—¿Y tú qué crees? Si te hubiera dicho que eran maravillosos, ¿te hubieras esforzado tanto?, ¿hubieras mejorado?

Iba a responder, del tirón, sin una sola duda, pero, en cuanto abrió la boca, se le atascaron las palabras, y se puso de nuevo a medir la estancia con sus pasos.

—No ha venido a verme desde aquel día, ¡no te conoce!

Y Elo, como si supiera dónde acabaría aquella conversación, regresó al comienzo.

—Es tu padre.

Y, despacio, con la intención en cada letra, cada sílaba, cada palabra, añadió:

—Merece el beneficio de la duda.

Mateo fue a responder, pero no pudo hacerlo. No sabía qué decir. Y ella aprovechó el silencio.

—¿Has hablado con tu madre? —preguntó Elo.

Desconcertado, su esposo tardó en contestar.

—No... No ha querido escucharme —dijo al fin con desesperación —. No me ha dejado hablar, ha salido para el herbolario a toda prisa, quiere quedarse junto a él, ¿te lo puedes creer? No le guarda rencor. No...

No sabía cómo continuar. Y Mateo regresó a la pregunta que lo acosaba.

—¿Cómo podía conocerla? No sabe nada de música...

Elo era bisnieta de una mujer que, además de llevar su mismo nombre, todas las mujeres en su familia se llamaban así, había tenido fama de meiga. Su madre siempre le contaba que la abuela había atendido un lucrativo negocio en la ciudad y que no era la primera, y no sería la última de la familia con aquel don.

—Hay más de lo que ven los ojos —le decía siempre su madre, repitiendo la frase de la bisabuela.

Elo no había nacido con aquel don, pero recordaba las historias que había oído de niña.

Y estaba convencida, aunque hiciese rabiar a su esposo, de que llevaba en el vientre a una digna descendiente de aquella meiga, y de que su hija, ella sí, nacería con los profundos ojos violetas de la bisabuela y heredaría aquel don, o aquella condena.

Elo se masajeó los cuadriles en un vano intento de calmar un dolor del que no podía separarse desde unas semanas atrás. Y se puso en pie para acercarse a su esposo.

Ignoró aquellos olores de botica.

—No se le puede poner plomada a todo —dijo ella con suavidad.

No caló el mensaje como hubiera querido. Conocía a su esposo. Se frotaba la nuca, en un gesto que le hacía parecerse, más de lo que hubiera querido, a su padre.

Y, por primera vez, abandonó las bromas que se había traído desde la primera falta, cuando tuvo la certeza de que estaba embarazada.

—Será niña, lo sé, y la llamaremos Elo.

Aquello desconcertó a Mateo. Que no supo cómo reaccionar. Pero su esposa siguió hablando.

—Le has dicho que no al arzobispo, pero piensa en algo, piensa en qué te gustaría a ti que hiciese ella —sus manos abrazaban el vientre preñado—. Si no pudieses acabar ese condenado organistro que te quita sueño y vida —se lo dijo sin reproches, sólo dejando claro que, aunque su esposo lo negase, no era tan distinto a su padre—, si no pudieras acabarlo, ¿qué te gustaría que ella hiciese?

El uno junto al otro, pegados al calor del hogar. Y Mateo bajó las manos y las puso sobre las de su esposa, sobre su futura hija, en un gesto tierno, cargado de dulce esperanza.

Elo insistió:

—¿Qué querrías que hiciera ella?

# Tres y dos



## I

Era como la música. Como su música. El pórtico era una melodía en piedra donde las proporciones, como las notas de una tonada, guardaban relaciones que las hacían, a unas y a otras, inútiles sin sus compañeras.

Viéndolo, Mateo comprendió que, si la música eran intervalos, la escultura eran vacíos. Lo que no estaba, lo que había entre una y otra. Y cómo se relacionaban.

Y el trabajo de su padre era una obra maestra.

Al fondo, muy al fondo, el orgullo pateó. El orgullo quería subir a la superficie. Pero la testarudez tenía la misma fuerza, o más. Admitirlo dolía como hubiera dolido perdonarlo.

No estaba listo para algo así.

Aún tenía que luchar contra el arrepentimiento por haber aceptado el trabajo.

Bajo el parteluz, junto a los pies de apóstol, Mateo no tenía mejor cara que el propio Santiago, destrozado por el cincel de su padre.

—¿Qué querrías que hiciera ella? —había preguntado su esposa.

Y Mateo estaba allí, pero, como padre, no como hijo. Estaba allí, se repetía, una y otra vez, por su deber como padre, para darle ejemplo a su hija. Ni por asomo estaba allí para cumplir como hijo.

—Tengo que acabar el encargo de Toledo —le había dicho a Juanchón nada más llegar a los talleres.

Y Juanchón no había abierto la boca. Sólo había asentido.

—He de terminar con esto en dos semanas, como mucho tres —había insistido Mateo.

Y el otro, que conocía las obras, que sabía cuán fácil se desbarataban las cosas, fue cauteloso.

—La tarea la canta el maestro pero la hace la piedra...

—Cuatro semanas —respondió de inmediato Mateo—, a lo sumo. Mis asuntos son otros, no puedo estropear lo de Toledo.

Y Juanchón había asentido de nuevo, comprensivo. Pero al tiempo, como un lazarillo, lo guio por entre los puestos en la explanada de la Trinidad, incluso lo condujo escaleras arriba.

Y al llegar a la segunda altura, la del pórtico, la que se abría a la nave, Mateo había insistido.

—Cuatro semanas.

Pero nada más decirlo quedó cautivado por las estatuas. Por sus vacíos.

Ahora, mediada la mañana, Juanchón y otros tres ensogaban al apóstol para retirarlo, y en los talleres ya se había preparado un bloque para que el hijo del maese empezase a trabajar, sin embargo, el problema no era copiar aquella pieza.

—¿Qué pondremos ahí? —preguntó Mateo.

Ése era el problema. La base del parteluz, en el lado de la nave principal, donde había estado aquel secreto de plata.

Juanchón dio dos órdenes más, los hombres, subidos al andamio, engancharon las eslingas a las sogas del polipasto, todo estaba listo

para sacar al apóstol. Y se encogió de hombros.

—¡Virgen Santa! ¿Y qué sé yo? Tendrás que preguntarle a tu padre.

Ése era otro problema. Y Mateo tropezó, tuvo que recobrar el equilibrio.

Juanchón lo miraba lleno de esperanza, cargado con un alivio que se reflejaba en su rostro, igual que si le hubieran puesto un farol encendido frente a la cara.

—Bien lo sabe nuestra Santa Señora la Virgen María, me alegro de que estés de vuelta con los *arxinas* —le dijo Juanchón, con el rostro lleno de aquella luz.

Qué podía decirle.

Y al reconocer las dudas en el nuevo encargado de las obras, que no había querido aceptar el título de maese, que había corregido a todo aquel que le había llamado *lapingo* en esa primera mañana, Juanchón intentó reconfortarlo.

—Éste es tu sitio —dijo convencido—. Aquí te destetaste.

Qué podía decirle.

Y decidió no decir nada.

Mateo le puso una mano en el hombro al gigantón y sonrió. Había palabras que era mejor no pronunciar. Así que empezó a hacer su trabajo, no tanto porque lo desease, sino por evitar que Juanchón siguiera tirando de aquel cabo.

—¿Tenemos acopio de...

Mateo dudó un instante, dejó la pregunta a medias. Volvió a empezar.

—¿Tenemos *arrías* para terminar?

Oír de labios de Mateo la *verba* iluminó aún más, aunque pareciera imposible, la expresión de Juanchón. Y el gigantón asintió, enfático.

—Con el último envío del Penedo hay de sobra —aseguró—, para *finar* las torres y para lo que queda aquí.

—¿Y lapislázuli?, ¿Y oro?

—¡Así lo quiso la Virgen! Los frades tienen de sobra en el escritorio —respondió Juanchón encantado.

—¿Y qué falta por pintar?

—El coro está —contestó ahora, señalando más allá de las lonas y el andamiaje que cubría el pórtico—, ¡bendita sea la Virgen! Y en la nave faltan nada más detalles en las columnas. Sólo queda *finar* aquí —concluyó Juanchón abriendo los brazos para abarcar el pórtico.

Y sólo entonces Mateo se percató de que el resto de los canteros, los sogueros, los yeseros, todos en los talleres miraban hacia allí. Incluso los tres que bajaban por fin al apóstol al suelo.

Hacia él.

Y en todas aquellas miradas había esperanza. Vibraban con ilusión. Parecían niños relamiéndose antes de que se abriera el horno y el tahonero empezara a sacar dulces.

Juanchón lo advirtió.

—Virgencita... Los últimos años...

Lo dejó en el aire, sin saber muy bien qué más decir. Y Mateo recogió el guante.

—Lo sé, lo sé.

## II

No se lo contaría ni siquiera a Elo. No quería reconocérselo a sí mismo.

Pero el peso de la maceta sentaba bien. El tacto del cincel aún mejor.

Le gustaba la madera, le encantaba su trabajo como ebanista de instrumentos. Pero la piedra. La piedra tenía algo más.

La piedra era inmutable, una amante más caprichosa, más exigente, a la que le costaba perdonar. La piedra atrapaba de un modo distinto.

Bastaron los primeros golpes para viajar al pasado.

—*Tienta, a esquerda y destra.* Izquierda y derecha.

La voz de su padre al colocar el cincel.

—*Tienta, busca acomodo.*

Estaba allí, luchando por salir de su encierro, la voz de su padre.

—*Sinte. Cada arría ten seu andar.* Siente la ley.

Y era cierto, como vetas en la madera, pero más caprichosas, más orgullosas.

—*A un xeito, abre ben, a os outros dos, escacha. Tienta. Sinte.*

Cada golpe del cincel borraba un año, cada trozo de granito que saltaba se llevaba otro. Aún no tenía delante más que un bloque de piedra con unas pocas cicatrices, podía ser una réplica del apóstol o cualquier otra cosa, aun así, el que la trabajaba volvió a sentirse cantero.

Pero la piedra tiene su ley. La piedra exige su precio.

La maceta resbaló en la cabeza del cincel y cayó sobre la mano. Mateo mordió la maldición que le subió a la garganta. Y disimuló, por si los otros miraban. Era un error de novato. Se contuvo, apoyó el cincel y la maceta, en el mismo cepo que tantas veces había usado su padre. Y se echó atrás, como si quisiera examinar con calma el bloque de piedra, con las manos en los riñones.

Sólo después de tres avemarías se atrevió a mirar, con el rabillo del ojo, sin que se notara. La uña del pulgar había enrojecido,

empezaba a hincharse el pulpejo del dedo. Antes o después se volvería morada, quizás se caería.

Pero sonrió.

—Cada piedra, *cada arría cobra seu prezo, e cada arxina xebe zaspear.*

Y se acordó de algo. Llamó a Juanchón, que revisaba una gárgola que se cargaría en la grúa de rueda para alzarse hasta la cumbre de la torre norte.

—¿Tenemos a alguien bueno con la *gradina*?

Juanchón también sonrió. Y le contestó que sí, que por supuesto, que el maese había elegido a unos pocos para el trabajo fino.

Mateo miraba hacia la otra torre, la sur, a la cara que daba a los talleres. Señaló y ordenó que repasaran los sillares de una de las falsas arcadas.

—Hay que *galgar* las llagas —ordenó—, diles que suban con una regla.

Juanchón también miró, e iba a negar, pero antes de que lo hiciera Mateo lo obligó a girarse un poco, a buscar que la luz del sol, a punto de alcanzar el cénit, le ayudase.

—¡Virgen Santa! Cierto —reconoció sin tapujos.

Otro hombre se hubiera negado a admitirlo, alentado por el orgullo, pero Juanchón no tenía ese problema. Al contrario, estaba satisfecho de que Mateo engranase en los talleres.

—Diré que lo hagan mañana, ¡A primera hora!

—Mejor al mediodía —dijo Mateo—, cuando la luz cantee. Verán mejor la sombra de las llagas. Será más fácil cuadrarlas.

Y la sonrisa de Juanchón desapareció, porque la boca se le abrió con la sorpresa.

Acabó por mirar a la torre, mirar a Mateo, mirar al sol.

—¡Al mediodía! —coincidió feliz—. Lo juro por la Virgen. ¡Al mediodía!

Y Juanchón añadió algo más, con una mezcla de orgullo e impaciencia. Incluso prisa. Una buena noticia tras una mala racha.

—Y ellos se darán cuenta, todos —aclaró abarcando los talleres con un brazo—, te ganarás su respeto.

Estaba admirado, y los demás también lo estarían. No era la orden de alguien que mandaba por mandar, con el solo capricho de imponerse, era la orden de un maese, de uno que se había dado cuenta de algo que habían pasado por alto cien ojos antes que él.

Y, de inmediato, aunque en tono más bajo, como si fuera un secreto.

—Eres hijo de tu padre —añadió Juanchón.

Y era cierto, por primera vez en más de veinte años, Mateo se sentía, de nuevo, hijo de su padre.

Ahora fue Mateo el que miró.

Al apóstol sin terminar, a una torre, a la otra, al pórtico. Al parteluz. Y tuvo una idea que lo llenó de gozo.

Ya sabía qué pondrían en aquel vacío al pie de la columna central del pórtico, lo vio claro. Y, por primera vez, se sintió seguro de las tareas que tenía por delante.

—Vamos a conseguirlo —le dijo a Juanchón, convencido—. *Finaremos.*

No podía saber que aquel pulgar dolorido no era precio suficiente. Aún tenía deudas que saldar.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Sisnando no se había presentado en los talleres aquella mañana.

# III

El pulgar resultó un incordio.

Y tuvo que contestar más preguntas de las que había contestado en su vida. Cada esquina, cada remate, cada cornisa venía aparejada con una decisión que le correspondía al maestro de obras. Había que estar pendiente de cada detalle y los hombres rara vez querían asumir una responsabilidad.

—El maese dijo —habría sido la excusa.

O quizás:

—Así mandó hacer.

Incluso:

—*Moxe xidome.*

Las horas pasaron y Mateo comprendió que apenas podía atender a lo que quería atender. Mientras, la réplica del apóstol no contaba siquiera con ojos a los que mirar, seguía siendo un bloque de piedra.

No comió, cuando iba a hacerlo, los sogueros vinieron a quejarse de que necesitaban un nuevo *mallo*. Y una vez les hubo asegurado que los carpinteros lo fabricarían, no pudo regresar a la escudilla que esperaba junto a Juanchón, porque entonces uno de los esportilleros pasó sin atención bajo la grúa de rueda, donde aún colgaba una de los esquineros de la torre, y el pobre se descalabró.

—¡Virgen Santa! De no haber llevado gorra —dijo Juanchón—, se nos desgracia el muchacho.

Con el canto de la piedra se había abierto una brecha que sangraba con escándalo. Aunque no se quejaba, cohibido por la vergüenza.

*Mira dónde pisas, mira dónde pasas.*

Eso grababan a fuego los veteranos en los sesos de los aprendices. Una obra, más de aquella magnitud, estaba siempre erizada de peligros.

Mateo no comió.

Y no dio más de veinte martillazos seguidos hasta que se anunciaron vísperas en los conventos y los hombres empezaron a plegar para finiquitar la jornada.

Cuando los mozos barrían los talleres y el herrero cogía los encargos para los temples, pudo Mateo centrarse en el apóstol por primera vez.

—¿Necesitas ayuda?

Era Juanchón, que se había quitado en un barril de agua de lluvia la mugre de la cara, y se acercaba con el pelo mojado y la mirada alegre.

Ambos sabían que poco podía hacer.

Había sido la talla de su padre.

Ahora era la suya.

Bloque y cantero se casaban mientras duraba el trabajo. Y no convenía que otras manos anduvieran por medio.

—*Non se lle poñen cornos as arrías.* Una piedra. Un cantero.

Mateo lo dijo sin darse cuenta de que era la frase de su padre. Y Juanchón sonrió con tanta intensidad que su rostro goteó.

Mateo se quedó solo, con la piedra. Trabajando en talleres vacíos.

## IV

Elo lo recibió con una sonrisa.

Estaba sentada junto al hogar, haciendo encajes, los mismos que habían ayudado a Aldonza a sanear las apreturas antes de que llegase el nombramiento de maese. La suegra le había enseñado a la nuera.

Al oír la puerta, alzó el rostro, y la larga trenza se deslizó por un hombro.

Y Mateo se sintió agradecido de encontrar el hogar encendido y a su esposa sonriendo, no supo decidir qué le reconfortaba más.

—Apestas como una mula —se burló Elo.

Y, aunque no fuese en serio, a Mateo le dolió. Había intentado asearse, quitarse algo del polvo, en el mismo barril que Juanchón.

—Tenía hambre —continuó Elo, sujetándose el vientre hinchado—, no te hemos esperado, pero sí te hemos dejado algo.

Ella abandonó las labores a su lado, en el banco que corría junto a la amplia *lareira*, e hizo ademán de levantarse.

Aunque Mateo estaba baldado, le bastó ver el gesto.

—Ya me ocupo yo —se ofreció.

Le dolían hasta las cejas. La madera no destrozaba el cuerpo como la piedra. Pero fue Mateo el que se acercó y se sirvió con el cacillo del caldo de grelos y habas.

Ni siquiera usó la cuchara, se lo bebió de la escudilla en unos pocos tragos, aunque no estaba tan caliente como le hubiera gustado. El fuego eran apenas rescoldos y la trébede sostenía el caldero demasiado lejos.

—¿Has podido hacer algo del encargo de Toledo?

Ella lo preguntó de un modo casual. Con la sana intención de involucrarse en los asuntos que le quitaban el sueño a su esposo.

Pero él saltó como si le hubiera dado un estacazo.

Se sacó la escudilla de la boca, y una de las hojas de nabo, de verde intenso, quedó pegada a la barbilla. Contestó alzando la voz, brusco. Como hacha en la madera.

—¿Y cuándo querías que lo hiciera? No he parado en todo el día.

Elo se echó atrás en su asiento. Las labores resonaron como un cascabel.

Mateo reculó, asustado.

Afortunadamente, Elo tenía más temple. Pasada la sorpresa, remató aquel esfuerzo por levantarse y se puso a su lado.

—Ya lo harás mañana —dijo con dulzura.

Fue ella quien lo recogió en brazos. Fue ella la que tendió de nuevo el puente que acababa de romperse. Y Mateo, agotado. Se dejó hacer.

—Lo siento.

Hubiera sido fácil decirlo, muy fácil. Especialmente cuando ella, cariñosa, usó el pulgar para limpiarle la barbilla.

Pero no pudo hacerlo. Estaba cansado, le dolía el dedo machacado, le preocupaban siete cosas distintas de la obra y aquel bloque de piedra que se negaba a convertirse en apóstol.

—Lo siento.

Como si amasara harina y agua, fue dándole cuerpo a las dos palabras en el fondo de la garganta, incapaz de pronunciarlas aún.

Lo que salió fue bien distinto.

—Sí, mañana.

Dos palabras también, pero que tenían poco que ver con cómo se sentía.

Y Elo decidió que era mejor cambiar de tema. Lo ayudó a quitarse la túnica, masajeó los hombros doloridos, lo invitó a sentarse. Trajo agua limpia y un trapo.

Pese a que cada gesto le costaba un mundo, impedida por el embarazo, se arrodilló junto a él, sentado al borde del banco. Y usó el trapo húmedo para asearlo, con la delicadeza de añadir un beso después de cada pasada del trapo.

—He estado pensando —dijo ella arrimando el cacharro al amor del fuego—, ya sé que es imposible, pero quizás deberíamos considerar la posibilidad de que te equivoques.

El tono pícaro y la media sonrisa delataban a la legua que bromeaba.

Y Mateo, arrobado, se dejó hacer.

—¿En qué podría yo equivocarme? —con un dejo burlón.

Aún tenía aquella disculpa atascada en el fondo de la garganta, como una mala flema de invierno.

—Mateo —dijo ella—, Mateo estaría bien.

No comprendió. Y ella, al advertir el ceño fruncido de su esposo, sonrió de nuevo, con traviesa picardía.

—Algunos Mateos son cabezotas, otros demasiado orgullosos. Tengo entendido que incluso los hay vagos, muy vagos, vagos redomados. Pero Mateo es un bonito nombre...

Elo sonreía al borde de la carcajada, sólo quería tomarle el pelo a su esposo, como tantas otras veces. Seguía convencida de que daría a luz a una niña con el pelo negro como ala de cuervo y ojos violetas, intensos e inolvidables, los que tenían las mujeres de la familia que poseían el don.

Mateo se quedó inmóvil, completamente inmóvil. Ni siquiera pestañeó.

—Seguro que será un niño —continuó divertida—. Deberíamos llamarle Mateo, como su padre, como su abuelo...

La duda nació, pequeña, igual que una lucecilla al final de una cueva. Quizá se había metido en un jardín con demasiado barro. Pero era difícil echarse atrás, y Elo continuó, haciendo esfuerzos por espantar aquella duda.

—Ahora que vuelves a hablar con él... Y estoy segura de que se recuperará y podrá verlo crecer —el tono burlón había quedado secuestrado por aquella duda—, resultaría bonito continuar con la tradición...

Elo comprendió que algo no iba bien. Su esposo parecía petrificado. En el torso desnudo se delineaban los músculos, las venas hinchadas.

Había cerrado los puños. Con fuerza.

Mateo no pensó en que la culpa era suya, por no haber compartido sus terribles sospechas. Había guardado, en algún rincón muy profundo, aquella vergüenza de plata.

Había enterrado en lo más hondo de las tripas una llave y un cortaplumas.

Pero no podía pensar en ello.

Elo continuó hablando, y la voz temblaba, pero ya no podía detenerse.

—Si te equivocas...

La broma sonaba hueca. Había perdido todo su sentido.

—... Si nace un niño, podríamos llamarlo...

El padre de aquel hijo que esperaban se levantó de golpe, impulsado por un resorte. Y no dijo una sola palabra.

Fue la primera vez que no durmieron juntos.

El hijo, el hijo que sería padre en unas semanas, Mateo, durmió solo, en el taller.

## V

Mateo despertó con un sobresalto. Envuelto en la agonía de una pesadilla que no pudo recordar.

Y todo a su alrededor resultó extraño. No había azul.

No sabía dónde estaba. Se sintió caer.

Hasta oír los suaves ronquidos. Entonces comprendió. Y sus ojos, uno de cada color, tras parpadear, se acomodaron a la oscuridad.

Allí estaba, no se había separado de su lado. Ni un solo instante, allí estaba. Ella. Quien había compartido sus sueños. Y, aún más importante, quien había compartido sus desgracias.

Y la culpa arañó el alma de Mateo.

Allí estaba ella, mal sentada en un taburete que había traído frade Gutierre, apoyada en el catre contiguo, con la cabeza en los antebrazos, en un vano intento de buscar acomodo. Se había negado a volver a casa, y se había quedado dormida en el herbolario de Antealtares.

A su lado.

—Siempre a tu lado, siempre —le había reprochado su hijo.

Y allí estaba, una vez más. Y la voz de su hijo retumbaba en su cabeza, como una tormenta.

—Siempre esperándote —había dicho conteniendo las lágrimas.

Y allí estaba, una vez más, esperando a que mejorase. Dispuesta a dar sin recibir.

Pero a Mateo le costaba recordar. Su pasado temblaba. Aún podía oír gritos y protestas, y las palabras de su hijo lo hacían dudar. Las palabras de su hijo habían sido como meter las manos en la maleza y abrir un hueco, pero seguía sin tener claro lo que ahora veía a través de aquella maleza.

—Ah, estás despierto.

El frade Gutierre apareció entre las sombras, detrás de una palmatoria en donde danzaba una llama tímida que acentuaba las sombras de aquella cara de lagartija.

—Ha terminado el oficio de vigilias y pensé...

Entonces la vio, hecha un cuatro, dormida.

—Eres un hombre afortunado —añadió Gutierre, seguro de sí, apoyando la palmatoria en su enorme mesa.

Trasteó entre sus hierbas y cacharros hasta encontrar un trozo de vieja manta que usaba como estameña, para colar preparados cuando hervía grandes cantidades.

—Está lavada y seca, no te apures —le aclaró mientras se la ponía sobre los hombros a Aldonza.

Y regresó a por la palmatoria.

—Estas primaveras frías son traicioneras —dijo el fraile, acercándose ahora al catre del maese Mateo—, ¿cómo te encuentras?

—Confesión. Úrgeme confesión.

## VI

Asesino. Mentiroso. Y, para colmo, dispuesto a pactar con el diablo.

Se confesó, con la misma prisa con la que hubiera huido de las llamas.

Mateo escupió sus pecados, los que creía sus pecados, como pus brotando de una herida. Le habló al frade de sus dudas, de sus recuerdos confusos. Lo dijo todo, todo lo que se le ocurrió, un batiburrillo que vino y fue, que regresó y volvió de un año al siguiente. Un caos en el que sólo había una constante: las dudas.

—*Non discierno eu.* ¿Cuál es la verdad?

El frade no había hecho una sola pregunta, pero no tenía respuestas.

Sin embargo, la angustia que estrujaba el rostro del cantero lo obligó.

—El Señor conoce la verdad y, estoy seguro, si te das tiempo —prometió frade Gutierre—, la encontrarás en tu corazón.

Al cantero no le sirvió de mucho, se incorporó en el catre, tomó entre las suyas, ásperas, las manos del fraile, y las estrujó con desesperación.

—*Demencié?*

Nunca había sentido frade Gutierre aquella contrición en ninguna de sus confesiones. Aquel hombre ante él atravesaba una ordalía.

Y decidió responder desde la ciencia de curar, y no desde la fe.

—No creo que el loco se pregunte si está loco.

La incomprensión retorció el rostro del maese, tan exagerado que resultó cómico y el frade acabó por sonreír.

—No, no creo que hayas enloquecido. Creo que has trabajado demasiado en los últimos años —dijo Gutierre con sinceridad—. Creo que se te han desequilibrado los humores. Demasiada bilis amarilla, sí, eso creo. Tu temperamento más colérico ha salido a la superficie.

Tampoco sirvió de mucho. Allí seguían aquellos ojos acongojados, uno de cada color.

—Si ella —añadió el frade señalando a Aldonza— ha sabido perdonarte, el Señor también podrá perdonarte.

Y una pincelada de la angustia que atenazaba el rostro del cantero se diluyó.

—Con el tiempo —aventuró el frade—, encontrarás el modo de perdonarte a ti mismo.

Hablaron. Yendo y viniendo, como olas en la playa. No hicieron más que repetir lo mismo con distintas palabras pero, en cada nueva ocasión, el cantero encontraba una onza más de sosiego y sus hombros se libraron, a pocos, del enorme peso que los aplastaba.

Lo que sirvió, finalmente, para convencer al cantero de que, con reposo y buenas medicinas volvería a encontrar el camino, fue una apreciación del frade.

—En todos estos años, es la primera vez que no mencionas las obras, tus piedras o la catedral.

Frade Gutierre se quedó con el maese hasta que fue reclamado para el oficio de laudes.

—Calma, reposo, algo de adormidera —le dijo antes de despedirse —, un poco de extracto de alcachofa y mucho diente de león. Y pronto estarás bien.

Mateo dejó que el fraile marchase aunque, como un chiquillo asustado por la oscuridad, le pidió que dejase allí, en la gran mesa, la palmatoria, con su luz cimbreante.

Y, se tumbó en el catre, mirando hacia su esposa, que murmuró algo en sueños.

Mateo terminó por sacar un brazo tímido de la manta y apoyarlo en una de las rodillas de Aldonza y, por primera vez en no recordaba cuántos años, durmieron juntos, sin pesadillas.

## VII

Tenía el rostro destrozado. Las mejillas hundidas, un pómulo abierto como una granada madura. Tuerto. Por la barba corrían los humores del ojo, aplastado y vacío, un colgajo.

Tenía el rostro destrozado, a martillazos.

Era un guiñapo informe que levantaba una mano pidiendo auxilio.

Tenía el rostro destrozado el apóstol.

Sangraba. Aullaba de dolor, gritos que perforaban los tímpanos, se retorcía. Pedía clemencia.

Mateo despertó.

Se revolvió como si lo atacasen. Se levantó de golpe, alzando los brazos, giró sobre sí mismo, extrañado, confuso. Dispuesto a luchar

o a huir. Buscando a su enemigo.

Y descubrió que estaba solo. En sus talleres, sin más compañía que sus instrumentos, sus gubias y sus trenchas.

Solo.

No intentó volver a conciliar el sueño. No se despidió de su esposa. Cogió un mendrugo de pan reseco de la fresquera y salió a la noche cerrada de Compostela para caminar cabizbajo hacia los talleres.

Como tantas otras veces había hecho su padre. Con la única compañía de la noche y los gatos, que seguían rondando por entre los puestos pese a los años pasados desde la muerte de maese Verrondo.

Mateo fue el primero en llegar.

Era noche de helada, la misma helada implacable que se aliaba con los canteros para domar la piedra.

Pero las obras estaban por acabar, no había cuñas de castaño empapadas.

Prendió dos de los pebeteros del pórtico, calentó las manos en las llamas incipientes y, como tantas otras veces había hecho su padre, Mateo tomó la maceta y el cincel.

Hierro contra hierro, una vez más en la noche de Compostela, hierro contra hierro, guerreando con la piedra.

## VIII

Para cuando fray Gutierre regresó al herbolario, después de los oficios de tercia, ya entrada la mañana, los dos esposos continuaban dormidos y el religioso tuvo el tacto de preparar sus remedios intentando no hacer ruido.

Elaboró unas dosis de aceite de menta. Y se decidió también por algo de cardo. Ambos buenos remedios para regular la bilis.

Estaba embotellando el último cuando la puerta del herbolario se abrió con un vendaval que hizo volar las hierbas de su enorme mesa. Y apareció aquel capitán de escasos modales al que le faltaba una oreja.

Ni siquiera le dio un buenos días, ni mucho menos preguntó por la salud del enfermo.

Se acercó a grandes zancadas, envuelto en el tintineo de la cota de malla.

—¿Cuándo cojones ha regresado?

Desconcertado, lo que incrementaba aquel amago de lagartija en su rostro, el frade tardó en comprender que el Cuatrohostias se refería al maese Mateo.

—¿Regresado? No ha ido a ningún sitio, y no irá en una buena temporada, está muy débil... Y baja la voz, necesita reposo. ¡Y ella también!

El Cuatrohostias advirtió entonces que allí estaba también la mujer, pero aún tenía más preguntas, y no pensaba callarse, no era algo que tuviera por costumbre.

—¿Vas a decirme que ha pasado toda la puta noche aquí?

El frade fue a contestar, pero el Cuatrohostias levantó una mano tajante y añadió otra pregunta más.

—¿Cómo coño, por las cagadas del camello del profeta, ibas tú a saberlo?

Ahora sí le permitió responder y el religioso se explicó, sin dejarse intimidar por las blasfemias, incluso añadió algo más, con el rostro severo y la misma expresión del admonitor que había tenido en su juventud en el convento.

—Y el Señor te libre de caer en la tentación de dudar de la palabra de un hombre de Dios —advirtió levantando una de las comisuras de los labios, cruzando las cejas, adelantando un pie y señalando con un dedo—, porque para dejar de ser un cazurro cabezón y mal hablado no tengo cataplasma que funcione.

Habían pasado cuarenta años desde su infancia, cuando aquel fray Nisóstomo, a quien los novicios temían como al mismo Belcebú, usara un gesto similar para regañar, pero Gutierre creyó conseguir un efecto similar al de aquel odioso preceptor.

Y lo creyó porque, como le había sucedido a él mismo y a sus compañeros entre clase y clase de Teología, el Cuatrohostias se quedó más bien como el Mediahostia.

Y no hubiera podido decirse que en aquel rostro contrahecho apareció una sonrisa, porque, con aquel muñón por oreja, no había expresión que no pareciese una maldición, pero el humor del capitán había cambiado.

El Cuatrohostias miró al cielo, como si esperase a un ángel salvador.

—¿Has oído, compadre?, ¿lo has oído? Llevabas razón —dijo exultante, con aquella expresión que, en la lejanía, podía remendar una sonrisa—, hijo de la grandísima puta, llevabas razón. Esta puta vez no hay duda, no ha podido ser él.

El frade Gutierre, que se había metido en el papel de su antiguo admonitor y se había encontrado cómodo, malinterpretó las palabras del capitán.

—¡Ésas no son formas de hablarle al Señor! ¡Modérate!

El Cuatrohostias, con otro gesto retorcido que desbarató aquel muñón, corrigió de inmediato al religioso.

—¡Qué Señor ni qué Señor! Al Señor lo atiendo los domingos y las putas fiestas de guardar, yo le hablo a un jodido boyero. Putañero y

bebedor, a un cabrón con pintas que tenía razón.

Aunque confundido, el frade, impulsado por aquel recuerdo de fray Nisóstomo, se sintió compelido a añadir algo más:

—Mal hombre debía ser ése con tales vicios.

El Cuatrohostias se encogió de hombros.

—Malo o bueno, eso ya se lo habrá dicho san Pedro con las llaves en la mano, malo o bueno, lo que a mí me va es que era mi amigo.

No pensaba fray Gutierre rebajarse a pedir explicaciones, así que cambió las tornas de aquel sinsentido, aún con el dedo levantado y las cejas arrejuntadas sobre la nariz.

—Pero, vamos a ver, ¿se puede saber qué buscas aquí? —el dedo fue bajando—, ¿algo para esa carraspera tuya? —las cejas se fueron relajando y el frade volvió, poco a poco, a su ser lagartijero—, ¿para la flema?

—¡Qué cojones flema ni carraspera!, busco a un culpable.

El frade tuvo que preguntar y, cuando lo hizo, ya no quedaba rastro de su viejo admonitor, volvía a ser el tipo afable y curioso que se hacía cargo del herbolario de Antealtares.

Tuvo que preguntar y preguntó.

—¿Pues de qué demonios va a ser? De lo de siempre —contestó el Cuatrohostias—, cada otoño caen las manzanas y, en Compostela, cada veinte años cae un muerto, asesinado.

Y el frade volvió a preguntar.

Pero el Cuatrohostias no soltó prenda. Uno de sus vicios era el de no creerse lo que no pudiera catar, como santo Tomás, y en lugar de contestarle al fraile se cuestionó a sí mismo, en voz alta.

—¿Quién mejor para usar uno de esos jodidos trastos?

Perdido, el frade tuvo que insistir. Y preguntó, por tercera vez.

—¿A quién han asesinado?

# IX

A la mancebía de la Juana vino a buscarlo aquel recluta, que ya no era novato, pero que seguía sin aprender el oficio, el hijo del mercader de paños con cara de ternero en día de feria.

Y, al recibir la noticia, al Cuatrohostias se le había pasado la borrachera de golpe.

De haber sido otro el muerto, no se hubiera dignado a salir de la mancebía hasta el día siguiente, pero él, como toda Compostela, sabía lo que se cocía en las obras de la catedral.

Al Cuatrohostias le bastó echar dos cortos eructos, un largo cuesco y refrescarse la cara en el abrevadero de la entrada.

Se le pasó la borrachera. La borrachera en la que ahogaba el recuerdo de los caídos antes que él, en la que ahogaba la indiferencia de Lambra, en la que ahogaba su incapacidad para resolver aquellos tres asesinatos. Tenía que ver al cuarto con sus propios ojos, y tenía que verlo cuanto antes.

Aunque, en cuanto lo vio, hubiera preferido no haberlo hecho. Tuvo la misma sensación que cuarenta años atrás, y que veinte años atrás.

Había visto de todo en los campos de batalla, pero lo primero que le vino a los labios dejó claro que, aun curado de espanto, aquello le parecía una salvajada.

—¡Hay que ser hijo de puta!

Se había topado con algo similar no hacía mucho. En aquella ocasión, azul. Ahora, rojo. Rojo intenso y profundo, cargado del inconfundible tufo a metal caliente.

Salpicado de azul. Salpicado de rojo.

En todas partes, mirase a donde mirase. En el pórtico todo azul. Allí, en aquel callejón podrido, incluso cuando la amanecida no era

más que un escaso resplandor, incluso en aquellas sombras, todo rojo.

Rojo sangre.

El hijo del mercader cogió algo del suelo y lo alzó entre dos dedos, intentando no pringarse.

—Debió de usar este martillo.

El Cuatrohostias no tuvo que mirar para corregir a quien, para él, seguía siendo un recluta bisoño que estaba donde estaba porque al arzobispo Suero le había convenido cumplirle el capricho al padre.

—¡Zoquete de los cojones! Te mean encima y piensas que llueve. Eso no es un martillo, es una maceta...

Y, después de una pausa para soltar una de las flemas que tanto se la agarraban a la garganta, remató:

—... Una maceta de cantero.

Pero no la habían usado para labrar piedra. La habían usado para destrozar.

No le debía quedar un hueso sin quebrar, y el Cuatrohostias reconoció la carne abierta, inflamada, capaz de sangrar.

—¡Cagüen las ladillas de los huevos del profeta! Estaba vivo. ¡Menuda salvajada!

Una rata, escondida en las sombras, se asustó con las blasfemias y salió corriendo. Era gorda, y deforme, contrahecha, cojeaba porque una de las patas traseras era poco más que un muñón inútil. Pero se llevaba prendido en los hocicos un largo y fino trozo de mejilla sanguinolenta, aún se podían ver los puntos oscuros de la barba que nunca volvería a afeitarse.

Lo habían golpeado. Una y otra vez. Roto cada hueso. Convertido su rostro en un amasijo deforme.

Incluso habían aplastado cada dedo. Allí, a un lado, entre cuajarones de sangre había una uña suelta a la que aún quedaban

pegados restos de carne, como carroña en un esqueleto que los buitres no han tenido tiempo de aprovechar.

Y otra más un poco más allá. Y dos muelas enredadas en sesos machacados.

Sólo quedaba agradecer que la helada hubiera impedido a las moscas zumbar como posesas en aquel festín.

—¿Cómo sabremos quién era? —preguntó el recluta.

Sin una sola blasfemia, con hastío, el Cuatrohostias también tenía esa respuesta guardada.

Tocó con la punta de la bota el guiñapo que, en algún momento había sido una mano, y rozó con el cuero, viejo y gastado, un anillo de oro.

—Sisnando, se llamaba Sisnando.

## X

Perdido, el frade tuvo que insistir. Y preguntó, por tercera vez.

—¿A quién han asesinado?

—A ese piojoso de mierda de Sisnando.

Frade Gutierre dio un paso atrás, tropezó con su gran mesa y de las manos se le cayeron los cardos secos que había estado manipulando.

—Le han dado de hostias hasta cansarse —soltó una risa el capitán que fue como el romperse de un vidrio, sin ninguna gracia—, ¡cagüen los cuarenta virgos de las cuarenta huríes! Con una maceta de cantero.

El frade conocía a Sisnando, él le había preparado durante años el aceite de semillas de manzana que combatía las liendres.

El Cuatrohostias acortó su distancia con el frade, con dos pasos tintineantes de hierro.

—Y te voy a decir algo, frade —la sonrisa tenía poco de amigable, y aquel muñón en la oreja la hacía desapacible—, hace falta brazo para algo así, un brazo de carajo —dijo sorbiendo un gargajo agarrado muy al fondo—, yo no sé de martillos y macetas, pero sé de esto.

Desenfundó la daga, sin pudor alguno, y apuñaló el aire con cuatro cuchilladas rápidas. A la ingle, los huevos, uno de los riñones y el pescuezo, con la práctica de quien lo ha hecho más de una vez, y más de cien.

—¿Sabes lo que mata a buena parte de los novatos cuando entran en batalla?

No pudo hacer otra cosa frade Gutierre que sacudir el mentón, ni siquiera intentó agacharse a recoger el cardo.

—Están flojos, se cansan —remató el capitán con desprecio—. Los hijos de papá, los niñatos que nunca han cogido un arado o una marra. A la cuarta cuchillada se quedan sin fuelle y, cuando se acerca el moro —y se acercó él también, ciñendo la distancia con el frade—, no tienen cojones para levantar los brazos.

En ningún momento apartó los ojos del fraile.

—Y a mí —acabó por decir cuando se aclaró la garganta con un gargajo que revolvió por las muelas del juicio—, a mí me parece que para hacer papilla al piojoso de Sisnando ha hecho falta mucho brazo, una de esas macetas pesa cien onzas el primer golpe, pero cien arrobas diez golpes después.

Aun acogotado, no era hombre acostumbrado a esos negocios, Gutierre demostró temple.

—Él no ha sido —dijo señalando hacia los catres—, yo estaba con él, pasé la noche aquí mismo. Y ella también.

El Cuatrohostias rumió aquello. Lo paseó por la boca como una almendra que creyese amarga, sin saber si morder, o escupir y echarse un trago al coleto.

Y el frade insistió.

—Pidió confesión, estuvimos juntos hasta los gallos.

Acabó el capitán por aceptarlo sin reparos.

—Hasta los gallos...

El Cuatrohostias enfundó y dio una brusca vuelta sobre sí mismo, cavilando. Caminó herbolario arriba y abajo, sin dejar de mirar a los catres, envuelto en aquellos olores de medicina y potingues.

—¡De acuerdo! ¡Me cago en las putas profecías del puto profeta! Pero a mí me sigue oliendo a cuerno quemado. Y si no ha sido el padre, y tampoco el jodido espíritu santo, entonces, por cojones, ha sido el hijo.

## XI

—*Mureando.*

Eso fue lo que contestó el hijo cuando lo interrogó.

—Llegué el primero, de madrugada —continuó explicándose Mateo—, hay mucha faena si queremos acabar para la consagración.

El polvo que envolvía los talleres resentía la garganta del Cuatrohostias. Y, desde hacía años, aquel ajetreo de sogas, grúas y andamios lo ponía nervioso, no entendía lo que sucedía en las obras, y eso no le gustaba.

—Pregúntale a cualquiera —lo retó Mateo.

Altivo y seguro de sí mismo, el nuevo maese de obras se apartó. Tras él apareció el apóstol para el parteluz y la figura empezaba a intuirse entre las cicatrices del *fierro*.

—Te dirán que ayer no estaba así —aseguró Mateo—. Juanchón fue el último en *finar*.

El Cuatrohostias tosió, incómodo, y se sorbió los mocos.

Si volvía a pifiarla le caería un buen rapapolvo, y no tenía edad para empezar de nuevo, ni siquiera para apuntarse a las mesnadas que acudirían a Toledo.

—¡Cagüen las arenas del desierto! Otra vez la misma historia de mierda. Pues aquí hay gato encerrado, y lleva encerrado cuarenta años —escupió con rabia—, ¡me cago en las aljubas moras! Parece cosa del diablo...

La mención desdibujó el rostro del maese.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mateo desenredando los nervios.

Cuando el Cuatrohostias se lo contó, el nuevo maestro de obras perdió el color, entrecerró los ojos y se apoyó en la talla sin terminar.

—¿Mi padre?

Fue un susurro. Y del lado del muñón. El Cuatrohostias no escuchó la pregunta, pero la contestó igualmente, porque la rabia le hizo escupir lo que pensaba.

—¿Y quién cojones les quitó a los piojos su mejor solar?, ¿eh? ¡Me cago en las cagaleras del profeta!, ¡me cago en el minarete de Córdoba!, ¡¡me cago en todo lo alto!! Si no ha sido tu padre, y si no has sido tú, ¿quién cojones ha matado a ese bocazas piojoso?

## XII

El joven maese no podía contestar y el Cuatrohostias se fue a la mancebía de la Juana.

Últimamente, Ruy Ansúrez bebía demasiado. Había días en los que despertaba con una carga de caballería en la cabeza, ganas de

vomitar y una inconcebible sed por meterse entre pecho y espalda una jarra de buen vino.

El vino le hacía olvidar esa garrapata de mocos que llevaba agarrada al fondo de la garganta. Le hacía olvidar a los caídos. Y, lo mejor, el vino lo abrigaba con batallas pasadas, donde olvidaba que ya no tenía años ni aguante para presentarse en Toledo en Pentecostés.

El Cuatrohostias se fue a la mancebía de la Juana. Para olvidar.

Bebió. Lambra no le hizo el menor caso. Bebió. Pagó por una de las nuevas mozas, grande y generosa de pechos. Bebió. Usó aceite para ayudarse. Bebió. Lamentó que la forja en su entrepierna ya no caldeaba. Bebió. Y persiguió a aquel fantasma con más de cuarenta años.

Bebió. Y no logró olvidar.

Estaba a punto de quedarse dormido. La moza se vestía junto al camastro, ataba las cintas de lino sin teñir que sujetaban la falda a la cintura, y callaba. Lambra le había dicho que dejase al capitán dormir la mona, aunque no hubiera pagado por la noche.

—Mejor contentar a la autoridad —había dicho Lambra.

Y a la moza, que estaba allí escapando de un mal matrimonio, le había parecido que, bajo la sonrisa de Lambra, había una mentira, como las de su marido. Pero, como era nueva, no había querido revolver el asunto.

La moza se vestía. Y el vino y el largo día empujaban al Cuatrohostias hacia el sueño.

Se dormía, y no le dolían los dedos, o las rodillas, tampoco los tobillos. Y no necesitaba toser. El vino era una buena manta.

Se sumía en el sueño, pensando en los amigos, en los buenos ratos, espantando aquel día, y aquel condenado fantasma con cuarenta años cumplidos.

Y otro fantasma acudió en su auxilio. El de su amigo Gatón.

Allí, en la mancebía, habían compartido horas, jarras y mozas. Allí habían trincado borracheras, y risas, y una larga ristra de tetas.

—La puerta estaba cerrada con llave.

No importaba quién de los dos lo dijera, a veces uno mentaba la excusa y otro la culpa. Otras, al revés. Pero entre borracheras, risas y tetas, de tanto en tanto, el Cuatrohostias y Gatón volvían con el cántaro a la fuente.

—¿Cómo supo dónde encontrar a esos dos?

Hablaron, durante años.

—Mateo es inocente.

Eso decía siempre Gatón, siempre. Sin flaquear.

El Cuatrohostias se dormía. El sopor del vino y el cansancio tras aquel sexo apresurado, aceitoso y brusco, lo rendían. Eso y el largo día.

Pero los años se desvanecieron de un plumazo. Ya no estaba en una de las habitaciones de la planta alta, estaba en una de las mesas del negocio, abajo. Sentado con su amigo.

—Es un callejón sin salida, huele como el culo y no lleva a ningún sitio.

Y Gatón echaba un trago de vino, largo. Y una mirada aún más larga al escote de una moza inclinada sobre otra mesa con unas jarras.

—Yo sé cómo encontrar a tu culpable...

—¿Qué cojones vas a saber tú, boyero de mierda? —protestaba el Cuatrohostias.

Otro trago, otra mirada, una sonrisa cómplice, una invitación a pagar a medias por una de las mozas, para poner dos tetas más en la larga ristra.

—Encuentra los dineros. El que tenga los dineros es tu culpable.

—¿Qué carajo dices?, ¿qué coño de dineros? ¡Me cago en la puta piedra de La Meca!, ¿qué dineros?

Y Gatón, con la lengua pastosa, se explicaba. Con una mano a cada lado de la mesa.

—En Ourense construyen una catedral —y levantaba la izquierda —, en Compostela construyen una catedral —levantaba la otra—, las piedras, las sogas, la cal... Hasta las herraduras, más o menos, salen al mismo precio, aquí, en Compostela —bajaba una mano—, y en Ourense —bajaba la otra.

Y las levantaba ambas a la vez, para dejar claro que no conocía la respuesta, pero que tenía la pregunta adecuada.

—Sin embargo —otras veces incluso se levantaba y cambiaba de silla para sentarse junto a su amigo y hablar en voz baja—, el lapislázuli no, el lapislázuli se paga al doble...

Y el Cuatrohostias refunfuñaba.

—Siempre con la misma mierda, me cago en el lapislázuli, en el granito y en la... ¡Me cago en la puta calavera del profeta! ¡Y en todos los moros! Que son unos cabrones con pintas...

—Ya, ya —lo apaciguaba el antiguo boyero, pestañeando con fuerza para despejarse—, es el mejor que puede comprarse, el mejor de todos, venido del Beluchistán...

Y, si no estaba demasiado ocupado bebiendo, incluso el Cuatrohostias se despegaba el mal humor y repetía él mismo las palabras de García Rodríguez.

—... Hay que pagar muchos sobornos, hay que llegar a acuerdos con los moros, hay muchas bolsas que llenar para que, desde el Beluchistán, llegue hasta aquí...

Y se reían, porque o el uno o el otro engolaban la voz e hinchaban los carrillos para hacerse pasar por el gordo mercader.

—Ya, ya —admitía Gatón—, pero el doble, ¡el doble pesa mucho!

Y el Cuatrohostias renegaba.

—Le registré hasta las putas muelas —protestaba y se refugiaba en un trago de vino, miraba él hacia algún escote—, ¡hasta las putas muelas! Es un cerdo, gordo y cebado, y mete mano en todo puto negocio. Pero no roba más que cualquier otro mercader. Es un callejón sin salida, apestoso, lleno de meos, y no lleva a ningún lado.

Y Gatón se llevaba un dedo al costado de la nariz, componía una expresión perspicaz, de sabueso tras un rastro fresco.

—Pues si las muelas no estaban picadas, sigue buscando, ¿le has mirado en el culo?

Y se reían juntos y se decidían por cogerse una moza para los dos o por compartir una habitación entre cuatro, cuatro y dos jarras de vino.

Reían.

El Cuatrohostias se dormía, pero sobre las sábanas, entre sus babas, en el tufo del vino y el sexo, murmuró algo que la moza, alisándose la falda, no escuchó.

—Boyero cabrón...

Y el Cuatrohostias se levantó. Tan brusco que se balanceó como un tentetieso, en una cómica lucha entre borrachera y equilibrio. Gruñó, cerró los ojos, soltó dos blasfemias que le hubieran provocado un síncope al arzobispo, y acabó de vestirse. Y lo hizo antes de que la rotunda moza terminase.

—¿No te quedas a dormir? —le preguntó ella metiendo los brazos en la camisola de cáñamo.

La miró. Lo intentó. Con los ojos tan pastosos como la lengua, afelpada y sembrada del regusto a vino.

—Tu culo ya lo tengo muy visto...

El Cuatrohostias dio un paso indeciso, otro, se apoyó en la pared.

—Y hay otro culo que tengo que desvirgar.

Y salió, a trancas y barrancas, pero salió, como la noche anterior, sin flirtear con la dueña del local, sin tiempo que perder. Y volvió a usar el agua del abrevadero para despejarse.

Se lavó la borrachera de la cara y se perdió en las calles de Compostela.

## XIII

Maese Verrondo, el caballero de Santiago, el franco y ahora Sisnando. Todos muertos, asesinados cuando las obras en la catedral pendían de un hilo.

Como si la catedral cobrase un precio en sangre.

Y el Cuatrohostias, mientras caminaba, sacándose la borrachera de los sesos como si arrancase pegajosas telarañas cubiertas de polvo, cayó en la cuenta.

Cada tanto la catedral amenazaba con quedar sin terminar y, sin embargo, todas las veces continuaba.

Tuvo que agacharse en una esquina, las arcadas lo doblaron por la mitad, y acabó echando las ancas fritas con las que había empezado la noche en la taberna del Rano.

Allí, con una mano apoyada en la pared, la cabeza gacha, las rodillas flojas, envuelto en el tufo a ajo que salía de los tropezones, escupió, se pasó el dorso de la mano por la boca y, sin más compañía que un gato, que lo miraba curioso desde una casa en construcción, el Cuatrohostias vio la luz.

—¡Me cago en los huevos del profeta! ¡Y en su pito recortado! ¡Cagüen en Mahoma y la leche que mamó! No quieren parar las obras —le dijo al vómito, al gato, o a sí mismo.

Escupió otra vez. Se incorporó y apoyó la espalda en la pared.

—¡Cagüen en la leche que mamó!

Y señaló al gato. Que tenía un aire a aquel Ferruxo que tantas noches había acompañado al viejo maese Mateo en los talleres.

Y el gato, subido a unos tablones apoyados en un muro a medio hacer, lo miró con esa indiferencia patrimonio de los felinos, y se lamió una pata que pasó por los bigotes, como si tocase las cuerdas de una vihuela.

—No quieren parar, ¿no lo ves? No quieren. ¡Cago en la mezquita de Sevilla!

Y se separó de la pared, para inclinarse hacia el gato con aire cómplice.

—Para cobrar.

A tumbos, anteponiendo su voluntad a la borrachera, callejeó hasta la casa que conocía bien, llena de molduras, con marcos de piedra tallada, casi un palacio. La del mercader García Rodríguez.

## XIV

En las noches siguientes faltó un cliente habitual en la mancebía de la Juana.

El ambiente en Compostela se enrarecía, estallaban peleas, en el mercado de Mazarelos, y en las tabernas. Había trabajo, las picotas de la Trinidad rebosaban inquilinos, también los calabozos de los viejos establos.

Y los días no le consintieron gran cosa al capitán. Algunas preguntas dejó caer en el escritorio, también al canónigo que llevaba las cuentas de las obras para el arzobispo. Hasta en cuatro ocasiones anduvo a la caza de boyeros que trabajasen pagados al tanto por la carga, aunque no se acercó a los que García Rodríguez

tenía en nómina, con aquellos ya había hablado, en balde, veinte años antes. Habló incluso con dos orfebres que también compraban lapislázuli. Todo en medio del ajetreo que soliviantaba la ciudad. No pudo hacer tanto como hubiera querido, pero no se preocupó, el colmillo le decía al Cuatrohostias que, lo que fuera a encontrar, lo encontraría de noche.

Los negocios sucios son como las cucarachas, no les gusta la luz.

Y, por las noches, en lugar de refugiarse en el vino, el Cuatrohostias se refugió en el trabajo.

Quería atrapar a aquel fantasma.

Patrullaba en las sombras, con los gatos y las ratas, esquivando los cagajones de las caballerías. Desde San Benito a veces. Desde Antealtares. Subía por la Rúa da Fonte do Franco, bajaba por la Rúa do Vilar. No se quedaba mucho en el mismo sitio, rondaba, inquieto, a la caza.

Iba y venía, buscaba apostaderos, se aprovechaba de las casas en obras. Iba a los talleres de la catedral, veía al joven maese trabajar, el primero en irse y el último en marchar, como su padre.

Antes o después tendrían que moverse, enviar un recadero, afinar una entrega. Y el Cuatrohostias pensaba pillarlos con los calzones abiertos y la minga en la mano.

Pasaron dos semanas, de sueño, bostezos y poco o ningún vino.

Empezaba a desesperar.

Y la tomó con aquellos dos zagales.

Con aquel color tan claro debía ser cáscara de huevo, pintura de cáscara de huevo mezclada con prisa.

Los dos zagales, en edad de unirse a las mesnadas, reían, bromeaban y se echaban bravuconadas el uno al otro al tiempo que se mandaban callar para no despertar a los vecinos.

Era un burdo retrato, pero tenía su gracia.

Podía ser un gato esmirriado o un león, y en la otra corona un castillo esquelético o una torre mal hecha. No se hubieran ganado la vida en el escritorio de la catedral, pero se entendía.

Un tipo, con los brazos demasiado largos y el culo demasiado pomposo, se dejaba sodomizar por otro con los brazos y las piernas de un enano, pero la verga de un semental.

El que se agachaba llevaba la corona con el león, el otro, el de la verga más grande que cualquiera de sus brazos, llevaba la corona con el castillo.

Dejó hacer a los zagales, porque en el fondo estaba de acuerdo, y gracias a eso tuvo suerte, si los hubiera detenido, si les hubiera gritado, hubiera espantado a los otros.

Los otros doblaron la esquina, como si bajasen desde donde los cambistas hacían sus negocios por el día, tres, juntitos. Con un pequeño fanal en una mano que, el Cuatrohostias estuvo seguro, no tenía un solo callo.

Pararon en seco al ver a los mozos, tan brusco que el farolillo se fue adelante y atrás. E iluminó los rostros bajo las capuchas, fue un parpadeo, pero al Cuatrohostias le dio tiempo de reconocerlos. Labios apretados y miradas nerviosas. Sabía perfectamente de quién se trataba. Y no estaban allí para hacer pintadas con los dos zagales.

El Cuatrohostias se pegó más a la pared, a las sombras. Tan nervioso que se le secó la boca.

Aquellos tres no cuadraban de ronda por la noche de Compostela. E iban en la dirección justa.

El capitán se bajó su propia capucha, torció el rostro, e incluso pasó la mano por la caña de la bota. Varias veces. Después usó los restos de la grasa de caballo para que agarrasen mierda de la pared y terminó por ensuciarse el rostro con la mezcolanza.

Incluso aseguró las hebillas con fuerza. Y usó la grasa sucia para quitarles cualquier brillo.

Aquélla podía ser su oportunidad.

# XV

Los zagales, demasiado entretenidos con los detalles de su pintada, ni se dieron cuenta.

Una mano prudente tapó el farol. Y el corazón del Cuatrohostias se aceleró.

Raro era toparse con aquellos tres antes de los gallos, y más raro era que quisieran pasar desapercibidos. Algo olía a cuerno quemado, y ese algo lo llevaba buscando el Cuatrohostias más de cuarenta años.

Recularon, y doblaron la esquina para dar un rodeo.

El Cuatrohostias los siguió, en el último trecho incluso se arriesgó a perderlos y cruzó por una callejuela que le permitió adelantarlos. Y esperó, convertido en sombra, a que pasasen dos trancos por delante, sin verlo.

Antes de llegar a destino ya imaginaba a dónde irían, y le costaba creer que por fin hubiera dado en el clavo.

Llamaron a una casa a la que el Cuatrohostias y los suyos habían llamado más de una vez. Y les abrieron con prisa, urgiéndoles a pasar y sacar aquel farolillo de las calles.

Antes de que se cerrase la puerta, un rostro apareció entre la hoja y el quicio, y miró preocupado a ambos lados de la calle.

El Cuatrohostias se pegó a las paredes como una lagartija, ni siquiera respiró. No había más luz que la del farolillo en el zaguán, y apenas se colaba hacia el exterior, pero reconoció aquel rostro.

Cuando la puerta se cerró, el Cuatrohostias salió hasta el centro de la calle, puso los brazos en jarras y se quedó mirando la lujosa casa. Buscaba una rendija de luz que se colase por entre las contraventanas.

Miraba a todos lados, pero estaba casi seguro de que podía señalar cuál sería.

Y no se equivocó.

—¡Hijo de la grandísima puta!

Fue un susurro, pero pesó tanto con la satisfacción que cargaba que se le quedó allí mismo, a los pies, junto a unas hojas de lechuga pisoteadas que, a saber cómo, habían ido a parar al medio de la calle.

No había nadie.

Y el único ruido era el de las palomas en los aleros, que tenían sueños inquietos por el ajetreo de la calle.

El Cuatrohostias se metió en las sombras de nuevo y acabó bajo aquella contraventana que dejaba escapar un tajo de luz.

# Herencia y caridad



## I

Santiago apóstol, nacido en Betsaida de Zebedeo y Salomé. Aquel a quien, con su hermano, san Juan Evangelista, el Señor Cristo llamó Boanerges por su celo.

Santiago apóstol, el mayor, quien, con san Pedro y san Juan, tuvo el privilegio de contemplar la agonía de Jesús Nuestro Señor en el huerto de Getsemaní.

Santiago apóstol, el primero de los doce apóstoles en recibir martirio, decapitado en tiempos del reinado en Judea del pérfido Herodes Agripa.

Ese Santiago.

El Hijo del Trueno, el mayor, el mártir, estaba ahora, y para siempre, sentado.

Sentado en un escaño en lo alto del parteluz del Pórtico de la Trinidad, con una aureola de bronce incrustada de piedras, con un bordón con forma de tau, el de los peregrinos, en la izquierda, y una cartela en la derecha, donde se leía el mensaje de que el mismo Dios lo había elegido para estar allí, donde estaba.

Y estaba en el parteluz, recibiendo a los peregrinos que, a partir de la consagración de la catedral, en lugar de entrar por la puerta norte, a la que llamaban de los Francos, entrarían por allí, por el oeste, para cruzar el imponente coro y llegar a la reja del altar mayor, la que guardaba sus restos terrenales, traídos a las Españas en una barca de piedra que remontara el río Sar.

Santiago estaba en el parteluz y era azul. Su túnica era azul, de un azul intenso e inigualable. Como muchas otras en las tres arcadas del pórtico, donde todo, hasta el último detalle, se había repasado con azul y oro.

Era azul, menos por los trazos de las sogas que lo mantenían en alto. Santiago era azul y hacía equilibrios a tres varas de altura. Como cierta cabra que veinte años antes se había subido a un escabel en la explanada de la Trinidad.

Tras el Hijo del Trueno, en un gesto muy poco decoroso, cotilleaba Juanchón. Pero no pretendía el cantero espiarle las intimidades al apóstol, por la Virgen Santa, nada más lejos de su intención, sólo asegurarse de que todo encajase en su lugar.

Y de que el venerable no se partiese la crisma.

Juanchón tenía una de sus manazas en alto, pidiéndoles a los que sujetaban las sogas que aguantasen, tiesos sin moverse.

—Va bien —gritó.

Todos lo oyeron. Y todos advirtieron que había sonado como una pregunta. Entre labios resecos y nervios.

Pero no llegó una respuesta. Sólo silencio. No se oía una mosca, se esperaba una orden.

Impaciente, aquel silencio sacó a Juanchón de la rendija entre la columna del parteluz y el apóstol. La tensión hacía cabriolas en su rostro.

En pie, más allá de los que aguantaban el peso, por duplicado, tal y como había ordenado, estaba el nuevo maese de obras, al que ya todos llamaban Mateo el Joven.

Y Mateo entornaba la cabeza como un cachorrillo prestando atención, miraba al apóstol, y más allá, al interior de la nave, *empenaba*, como le decían en la jerga.

Dio un paso a un lado, al otro, siempre con los ojos perdidos en la distancia, más allá del coro, más allá del altar. Buscaba rectas que sólo él podía ver, rectas que se apoyaban en el apóstol y en algún punto del interior de la nave, y que le decían que Santiago no recibiría a los peregrinos como un borracho sin equilibrio.

Los hombres gruñían por el esfuerzo, las manos protestaban, las sogas mordían la carne.

Y los demás, aun libres del esfuerzo de aguantar al apóstol, se mostraban igual de incómodos, como si compartieran el peso de la estatua. Se mascaba la tensión. Había más de una mirada huidiza bajo cejas desconfiadas.

La muerte de Sisnando había levantado ampollas y suspicacias.

Afortunadamente, pese al ambiente enrarecido, en los talleres quedaba poco por hacer, piezas sueltas para la torre sur, el repaso de alguno de los capiteles más viejos, Mateo había mandado desmontar algunas piezas y rehacerlas, o repasarlas, quedaba poco, pero no se estaba haciendo, todos miraban hacia el pórtico y todos esperaban a que el maese le confirmase a Juanchón si iba o no iba bien.

## II

Se hizo eterno, pero llegó.

—Va buena —gritó por fin el maese.

Los hombres suspiraron, los de las sogas resoplaron un último gruñido, Juanchón se apartó, no fuera a agrietarse la piedra y le cayera un cascote encima y, por fin, con un crujido del granito contra los vástagos de hierro, el apóstol quedó, para siempre, encajado en el parteluz del Pórtico de la Trinidad.

Estalló la ovación.

Vítores.

Celebración.

Incluso entre los dispuestos a escuchar las quejas de Sisnando, que eran los más resentidos con el maese, y también los que aún avivaban las sospechas de que el joven Mateo había sido el culpable. Ellos también se unieron a las ovaciones.

A los mezquinos siempre les gusta arrimarse a la gloria.

Saltaron gorros por los aires, otros se abrazaron. Uno, de los más viejos, se vino abajo, derrumbado por la emoción, recio y duro como era, tuvo que sentarse. Dos lágrimas le corrían por las mejillas.

Llevaba toda una vida allí, más de cuarenta años.

Contento, con una sonrisa tan grande como una tajada de luna creciente, Juanchón se acercó al nuevo maese.

Ambos miraban al pórtico, un mar de azul y oro.

—¡La Virgen nos ha ayudado! ¡La buena señora nos ha guiado! Lo tenemos —anunció orgulloso—. Tu padre...

Mateo no le dejó terminar. Mateo no sonreía. Su rostro, enflaquecido, era un campo de malas hierbas. Llevaba demasiado trabajando demasiado. Durmiendo lo justo. Comido por las preocupaciones.

—Aún no —rebatió—, faltan las puertas...

Y, alzando la mano como si pesase más que la estatua del apóstol, Mateo señaló a la base del parteluz antes de terminar:

—Y acabar esa pieza.

Faltaba aquel lugar donde su padre había guardado la caja de plata, una última talla que el rey colocaría el mismo día de la consagración.

Y lo de las torres, y algo de pintura, que convenía repasar.

Además, también había que retocar la capilla del Salvador, la primera que se había levantado, en el otro extremo del templo, hacía ya ciento cuarenta años. Aquellos inviernos del norte le habían dejado una hilera de goteras con la mala costumbre de colar lluvia por los cogotes de los feligreses.

—Aún queda mucho por hacer —se quejó Mateo.

Y Juanchón quiso darle ánimos.

—No hay trabajo para una semana —rebatió animoso.

—Lo hay, y para tres, y para cuatro —contraatacó el joven maese —, y una semana es lo que tenemos, una sola.

Había apremio en la voz. Nervios. Y Juanchón trató de serenar a quien consideraba su amigo.

—Puede hacerse —dijo animoso—, con la ayuda de la Virgen Santa, en una semana. Y verás qué alegría se lleva tu padre cuando se lo contemos. Se va a curar —estaba eufórico, hacía esfuerzos por contenerse—, acabaremos la catedral y él se pondrá bien, ya lo verás.

Pero cuando Mateo miraba en derredor sólo veía defectos. En el interior de la nave, uno de los fustes de las columnas necesitaba un repaso, se había resentido por cargar con el peso y un ojo hábil podía distinguir que habría que granallarlo o, al menos, apiconarlo para comerle una desagradable curva que afeaba la perspectiva.

Y sólo tenían una semana. La comitiva real ya había anunciado su llegada a Compostela.

Para colmo, aquellas miradas suspicaces, aquellos rostros gachos de los que tiraba la desconfianza.

Y Juanchón lo advirtió.

Le puso una de sus manazas en el hombro y le habló como a un hermano:

—La catedral quedará terminada, tu padre mejorará y a ellos se les pasará.

Y como el maese no dijo nada, Juanchón continuó:

—Voy a anunciar que les queda el resto del día libre.

—¿Cómo?

—La costumbre...

No completó Juanchón la frase.

—Nadie se mueve de los talleres —aseguró Mateo—, ni un alma. *Nengún.*

—Pero siempre... Cuando...

Juanchón, con los ojos muy abiertos, balbuceaba. Mateo chilló, para que todos lo oyesen.

—¡Si alguien quiere irse! ¡¡Que se vaya!! Pero el que se vaya, no *zaspeará*.

Paseó la mirada.

El veterano ya no tenía lágrimas en las mejillas, y mordía con tanta fuerza que en su cuello palpitaban venas hinchadas.

—El que quiera cobrar, *mureará* hoy, y mañana. ¡Toda la semana!

## III

Fue un día largo y duro.

Y, una vez más, el joven Mateo fue el último en marcharse. Se quedó hasta repasar los dorados de todos los capiteles del pórtico.

Y acabó desesperado al comprender que una de las columnas de la arcada derecha no había llegado a labrarse nunca. Mientras que, por su pareja, en el lado opuesto, trepaban los pámpanos de una parra exquisitamente tallada.

Y aún faltaba por rematar el parteluz, pero el agotamiento obligó a Mateo a apagar el último hachón y decidirse a buscar un poco de sueño en casa. Un par de horas. Tres a lo sumo.

Aunque lo que hubiera querido era preguntarle a su padre el porqué de aquella diferencia entre las dos columnas.

Apagó el último hachón y se dio la vuelta para marcharse, pero giró de nuevo, recogió un codo en la mano del otro brazo y subió el puño a la boca para empezar a morderse la uña del pulgar con aire pensativo.

En los últimos días había cogido aquella costumbre, y la de hablar solo.

—Quizás...

No se lo dijo a nadie, y sólo lo oyeron los gatos que, como siempre, rondaban por las obras.

—A lo mejor...

Pensaba en que no podía sustituir las piezas del fuste, pero, si se apuraba, si confiaba en uno de los mejores.

—¿Quién?

Con un incentivo adecuado, quizá podría conseguir que alguien tallara una copia de la parra. Quizá.

El agotamiento lo obligó a abandonar la idea. A arrastrar los pies hasta su casa. Y la sola esperanza de ver a Elo le alegró el espíritu.

Se equivocó.

# IV

Quedaba algo de caldo caliente, pero mondo, sin siquiera unas hebras de carne. Aun así, el calor de la *lareira* le supo a hogar, en especial cuando ella le dio un beso.

—¿Mal? —preguntó cariñosa, empujando la palabra con una sonrisa piadosa.

Su día había sido malo. Estaba preocupada. El final del embarazo se acercaba, sus pies hinchados protestaban, sus riñones protestaban, su espalda protestaba. Y había algo mucho peor, sin embargo, Elo comprendió que no era el momento de hablar de ello.

Mateo no llegó a contestar, se sentó en el banco junto al hogar con un suspiro y el tazón entre las manos. El calor calmaba los dedos, que siempre dolían al terminar la jornada.

—¿Así de mal?

Había ternura en Elo. Más madre que esposa en aquel momento.

—Falta mucho por hacer —se quejó él—, aún no *finé* la pieza de la base.

Le entendió, se había acostumbrado a que, cada vez más, salpicase su hablar con la jerga de los canteros.

—Lo conseguirás —dijo animosa, espantando sus propias sombras.

Mateo reaccionó de inmediato.

—Todos decís eso, *omnes*. A Juanchón se le llena la boca —soltó rijoso, sin alzar los ojos del caldo, con el ceño fruncido—, todos lo veis muy fácil, pero no lo es.

Ella tuvo paciencia.

—No pretendía decir que fuera fácil, sólo intentaba...

—Todos lo intentáis —protestó Mateo—, pero soy yo el que tiene que hacerlo, *eu!*

Elo, sorprendida, tuvo el ánimo de acercarse y acariciarle una mejilla.

—Será mejor que descanses. Lo necesitas.

La situación era una moneda al aire. Una moneda que cayó y se dio el capricho de salir rodando sobre el canto, podía acabar en cara o cruz.

—Tenía que haberme negado —lamentó Mateo, más triste que enfadado.

Su esposo había bajado la guardia. Y Elo habló con el corazón. Le dolía verlo así, a punto de romperse.

—Tenías que hacerlo, por tu padre, y por tu hija —movió la mano de él hasta que la apoyó en su vientre—. Por ellos. Y por ti. Para demostrarte...

Apartó la mano con brusquedad y el tazón cayó entre las brasas, se hizo añicos con el sonido de esperanzas rotas.

—*Itoiz!* ¡No tengo nada que demostrar! Ni a mi padre, ni a... Ni a...

Dudó por instante, cegado por la ira. Y apabulló a su esposa.

—El contrato de Toledo lo conseguí yo. ¡Yo! ¡¡Y yo no tendría que estar limpiando la basura de ese demente...!!

Elo demostró una vez más que su esposo era afortunado.

—Es tu padre —dijo conciliadora—, no está bien...

—No sabes cómo la trataba, cómo nos trataba. Ha perdido el juicio, *demenció*, y mira dónde he acabado yo.

La moneda seguía rodando. Elo advertía aquel debatirse entre la furia y la desesperación, a punto de llorar como un niño o de echarse a gritar como un loco.

—¿Has hablado con la comadrona? —preguntó Elo con dulzura, con la sana intención de recorrer un camino distinto.

La vieja Euvigia había sido esclava, algunos decían incluso amante, de un cirujano moro de Úbeda, y era quien atendía los partos en las familias de artesanos. Orfebres y mercaderes

contrataban a médicos hebreos, que eran los mejores que el dinero podía pagar; los más pobres se apañaban, como podían, y el resto acudía a las parteras, que cobraban según la fama. Algunas, sin otra maña que un tarro de manteca rancia en la que engrasar la mano, pedían poco. Otras, que sabían de aceites y abortivos, esperaban más. Y algunas, como Euvigia, que conocían bien el oficio, salían caras. No tanto como los hebreos, pero casi.

Por un instante, la culpa borró el enfado, pero fue un parpadeo.

—No he tenido tiempo —se defendió Mateo—, ya lo haré.

—Te lo pedí antes de empezar las obras...

—¡No he podido!

—Mateo...

—¡No tengo tiempo! *Non habeo.* No doy más de mí.

—Siempre hay tiempo para algo así —intentó ella, al borde del precipicio.

Se miraron resoplando.

Como aguantando la respiración. Como dos chicuelos con la cabeza bajo el agua. Intentando ganarse el uno al otro.

—¡Hazlo tú!

Mateo ni siquiera lo pensó. Se le escapó. Brotó de sus labios sin que pudiera evitarlo.

Y Elo no pudo contenerse.

—Hace días llegó un mensajero de Toledo —le espetó frunciendo los labios.

Ya no quería guardar por más tiempo las malas noticias, ya no quería proteger a su esposo, estaba cansada, dolorida.

—Se han cansado de esperar...

Mateo boqueó.

—Pero le escribí al obispo, *al episcopo*... Le expliqué lo que sucedía... Prometí...

No sabía qué decir, pero no importó, Elo no le dejó terminar. Tuvo que levantar la voz, tuvo que defenderse.

—Pues no ha servido de nada —escupió, y tuvo que herir—, a lo mejor deberías haber dedicado tu tiempo a otros asuntos más importantes.

—¡¿Cómo se atreven?! ¿Se lo van a encargar al de Béjar? *Ille maledito.*

Ni siquiera miraba a su esposa.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —se quejó Elo.

—¿Qué dijo? —se encaró con ella, exigió—, *quid dixo?* Palabra por palabra.

No se escuchaban, gritaban. Y se arrepentían de cada palabra, pero no eran capaces de aguantarlas, era como coger hierros calientes con las manos desnudas, había que soltarlos para no quemarse.

—No pagarán lo que falta —sentenció Elo, y lo disfrutó, aunque también significaba su desgracia, no pudo contenerse—, no pagarán.

—Le escribí. Le expliqué. Lo terminaré en cuanto se consagre la catedral, *eu dixen*... Se lo expliqué...

—Pues no parece que haya servido de mucho, aunque poco importa, no has hablado con Euvigia, así que, ¿qué importa si no tenemos con qué pagarle...?

—*Habemos* dineros de sobra para pagarle a la condenada Euvigia.

Elo señaló el pote colgado al fuego, caldo de hueso viejo, nada más.

—Ese maldito pórtico te ha sorbido el seso, no queda un triste maravedí...

Mateo gruñó. Gritó. Y pateó con fuerza el caldero, que se derramó sobre las brasas. El fuego siseó, una erupción de cenizas llenó el hogar. Quedaron a oscuras.

—¿Así vas a arreglarlo?, ¿A patadas?

Se arrepintió en cuanto lo dijo, pero Elo no pudo evitarlo.

Mateo se acercó y, por primera vez, su esposa le tuvo miedo. Temió que fuera a pegarle. Apenas había luz, pero vio la violencia agazapada en aquellos ojos que amaba y que, en ese instante, también odiaba.

Mateo abrió y cerro los puños. Hervía. Estaba desbocado. Y tenía las tripas llenas de un zumbido amargo.

Y Elo, pese a todo, se estiró, alzó el mentón, orgullosa.

Uno frente al otro, su matrimonio, sus sueños, sus esperanzas, en medio.

Abrió y cerró los puños una vez más, levantó una mano.

Y se marchó.

Elo no durmió sola, la acompañaron las lágrimas.

Mateo durmió en los talleres, como tantas veces había hecho su padre.

## V

Fue una mala noche.

Para muchos.

Terrible para algunos.

A un muchacho le habían rajado las tripas en la antigua taberna del Rano. El *atontao de los cojones*, así lo había llamado el Cuatrohostias, se había bebido una jarra de más y presumido de que pensaba irse a Toledo, para unirse a las tropas de Castilla.

—Hasta ahí, pase —había sentenciado Ruy.

Pero después había empezado a mentarle los muertos al rey Alfonso, con palabras largas y boca grande, como sólo puede hacer

la juventud, y en la mesa de al lado, con un plato donde sólo quedaban los huesecillos de las ancas, había dos que, en su día, se habían cruzado León para aquello de Sahagún.

—Normal que se les inflaran los cojones —había dicho el Cuatrohostias después de escuchar al tabernero contarlo.

Al muchacho le metieron dos palmos de hierro y lo obligaron a alzarse de puntillas con la cuchillada. Cuando sacaron la daga, el destrozo empezó a sangrar, oscuro y apestoso, mezcla de sangre y la mierda que aún tenía en las tripas.

No llegó siquiera a la puerta.

—El tercero —había sentenciado el Cuatrohostias al dar la orden de que se lo llevaran a Antealtares.

Era la cuenta de la semana. Tres muertos. Y, que se supiera, al menos una veintena de heridos.

Durante esa semana, tan cerca ya la consagración de la catedral, hasta en la mancebía de la Juana hubo reyerta y sangre, y el gigantón Antolín, pese a su destreza con el Cierrabocas, había necesitado que un hebreo le hiciera dos costurones que, sin lugar a dudas, no le iban a arreglar la cara de bobo, pero le iban a dar algo de lo que presumir.

La ciudad se había partido. En dos.

La ciudad, los peregrinos, los hombres que el rey había mandado por adelantado, los espías de Castilla y Aragón. No había alma en Compostela que no tuviera una opinión que defender. Los ánimos, ahora que el rey estaba a punto de presentarse para la consagración, hervían. Una mitad estaba dispuesta a matar por el rey Alfonso de Galicia y León, la otra mitad estaba dispuesta a matar al rey Alfonso, de Galicia, de León, y del quinto infierno.

Tan soliviantados estaban unos y otros que uno de los muertos había sido huésped en los viejos establos del palacio del obispo. Allí

acababan, los de uno y otro bando, y un despiste de quien les hacía de carcelero metió al que no era en el calabozo de los del bando contrario.

Lo encontraron al repartir el rancho al día siguiente. Lo habían estrangulado con unos calzones viejos, mientras dormía.

Para colmo, el hombre que debía mantener la paz tenía otros asuntos entre manos. Demasiados.

El Cuatrohostias hacía guardia.

No lejos de la puerta norte, la que llamaban del Camino, en la Rúa da Algara, ya fuera de murallas. Había allí un establecimiento que se dedicaba al mismo negocio que el de la Juana, pero allí los clientes eran peregrinos sucios del camino, matones de tres al cuarto, borrachos dispuestos a beber meos de burra, y cualquiera a quien la reputación le prohibiese convencer a los guardas que el Cuatrohostias había puesto en todas las puertas de la ciudad, como le había ordenado el arzobispo.

El tugurio era un refrito de grasa rancia donde el cuartillo de vino salía barato, porque tenían la delicadeza de no cobrar por el viaje de ida y vuelta a la fuente para aguarlo. Y el de sidra, aún más, aunque había quien decía que hacía falta más valor para beberse aquel vinagre que para echarse a pecho descubierto contra el Miramamolín.

Apestaba, porque era un local que frecuentaban los curtidores.

Y su dueño, al que llamaban Cándido, nadie sabía si por nombre o apodo, tenía fama de haber fiado sólo una vez en su vida, a su madre tras el parto. Desde entonces, o se pagaba o se cobraba, claro que Cándido cobraba en oro y pagaba en hierro, a fin de cuentas, era veterano de las campañas contra el moro y sabía usar la daga.

Un agujero más. Un embudo, eso era el negocio del Cándido, donde a las mozas les sobraban años y gorduras, y al dueño le faltaba paciencia.

Y el Cuatrohostias hacía guardia, esperando que un soplo que había sacado con tres, y una cuarta para hacerle honor al nombre, fuera cierto.

Había oído que pretendían colarse en la ciudad saboteadores.

—¡Cagüen los callos del profeta! ¿De Castilla?

Había tenido que preguntarlo. Inclinando el rostro para ofrecer la oreja buena.

—De Castilla, con la venia del rey —había respondido aquella cucaracha.

Y de Castilla se suponía que habían venido tres jaques con canas en los huevos y hierros afilados, dispuestos a sabotear aquello de la consagración.

—Me ofrecieron diez maravedíes —había explicado la cucaracha, entre el segundo y el tercer bofetón.

Así que, en lugar de estar donde quería estar, husmeando por las mesas de los cambistas, al Cuatrohostias le había tocado organizar a gente de patrulla, también de guardia en las murallas y él solo se había tenido que hacer cargo de esperar allí, en las sombras, a las que ya estaba acostumbrado, frente al tugurio del Cándido.

Siempre del Cándido. Nunca de Cándido.

Había encontrado sitio en un solar donde crecían zarzas y una enorme higuera y, de mal humor, esperaba.

—Dos que parecen hermanos, rubios y altos —había dicho la cucaracha—, y otro, el que manda, bajo, revenido, y con una mancha del color del vino en la frente.

Esperaba a aquellos tres, intentando no pincharse con las salvajes espinas de las zarzas, cargadas de primavera, cuando, en lugar de

aquellos tres, aparecieron otros tres.

Tres a los que conocía bien. Tres a los había visto por última vez cerca de donde los cambistas hacían negocio. Tres enclenques con hábito.

Los mismos a los que había seguido hasta el palacete, no se podía llamar de otro modo, del mercader García Rodríguez.

Y allí, frente al tugurio del Cándido, donde se iba a hacer cualquier cosa menos rezar, se encontraron con otros dos, más allá de las espinas de las zarzas, y a aquellos otros dos, bigardos con el colmillo gastado de tanto morder, también los conocía el Cuatrohostias.

—¡Cago en los dátiles que desayunaba el profeta!

Sólo lo escucharon las zarzas, pero incluso las zarzas captaron la sorpresa.

Aquellos tres y aquellos dos juntos era como ver al mismo apóstol levantarse, abandonar el pórtico del chico de Mateo y ponerse en camino a la mancebía de la Juana.

Y el Cuatrohostias tuvo que decidir.

Esperar a que aparecieran aquellos otros tres. O seguir a aquellos cinco.

Y, como lo de los cinco le picaba más, se fue tras ellos, unas pocas esquinas. Luego se dejó llevar por aquel olfato suyo de perdiguero viejo y los adelantó para esperarlos en su destino, porque sólo podían tener un destino. Y no se equivocó, aparecieron por donde tenían que aparecer, doblaron frente al palacete de García Rodríguez.

Y, veinte años atrás, el Cuatrohostias no hubiera cometido el error que cometió, hubiera estado más atento. Tenían que haber sido tres y tres. A la pareja de bigardos les faltaba el tercero. Pero los años no pasaban en balde y podía seguir teniendo el olfato de un buen perdiguero, pero no el oído, y menos con aquel muñón por oreja.

Estaba cavilando qué hacer cuando sintió lo último que cualquier soldado quiere sentir. El aguijonazo del acero en los riñones, por la espalda.

Alguien apoyaba un puñal con la fuerza justa para que el Cuatrohostias tuviera que tragar, para espantar el susto y para remojar la garganta, que se le había quedado seca.

—La curiosidad...

El puñal apretó un poco más. Aun así, el fastidio, porque fue más fastidio que temor, porque lo que le jodió fue que lo hubieran sorprendido; aun así, el fastidio no impidió que el Cuatrohostias notase aquel peculiar seseo de sierpe afónica.

—... mató al gato.

## VI

No quedaba mucho de los talleres. Se habían desmantelado. Incluso los andamios y lonas que su padre había usado en el Pórtico de la Trinidad.

Y, como aún no se habían colocado las puertas, en la catedral dormía al menos una docena de peregrinos, como en los viejos tiempos.

Para echar una cabezada sólo le quedó una opción.

Había aprovechado aquel viejo almacén, el de los instrumentos del cabildo, para instalarse mientras tallaba la última pieza, la que iría, en lugar de la caja de plata, al pie del parteluz.

Y Mateo, el hijo, entró en el almacén hablando solo. Reviviendo la discusión. Las palabras de su esposa rebotaban en sus costillas y le mordían el corazón.

Entró como una tromba.

Se sentó.

Allí estaba el granito. Y el cepo de su padre. Herramientas.

Casi había terminado. Casi. Había tallado un ángel alado que, como los gorriones de su infancia, parecía echarse a volar. Faltaban los últimos retoques, usar la *gradina*, afinar la expresión. Y pintarla después de la consagración.

Una vez en su lugar, cuando el peregrino cruzase el pórtico, el ángel batiría las alas y lo guiaría hasta el altar mayor.

Era una preciosa idea. Pero no conseguía terminar. No lograba que aquel ángel se llenase de vida. No lo conseguía. Parecía envuelto en niebla. Apagado. Como los restos de una fogata. Se intuía el fuego, pero no ardía.

—¿Qué miras? —enojado, rabioso.

Despechado. Y le espetó al ángel lo que no se le había ocurrido decirle a su esposa. Sin darse cuenta de que el ángel no contestaría, sin darse cuenta de que su padre también hablaba con las piedras.

Sacó de la bolsa aquella concha, sobada, vieja. Aquel pedazo de infancia, y lo guardó en su puño apretado.

—Toledo, ¿Toledo?, ¡¿Toledo?!

Resentido.

—¿Cómo se atreve a comparar Toledo con esto?

Abarcó las paredes, vacías de instrumentos. Lo que había más allá. El coro. Las tribunas. La inmensa catedral que, tras más de un siglo, iba a ser, por fin, consagrada. Con una gran celebración, cantándolo a los cuatro vientos, loa de Galicia y León, con tanta fuerza como si se consagrase la mezquita de Córdoba, rendida, reconquistada y con sangre mora a las puertas.

No pensó Mateo en su padre. Farfullaba. Renegaba. No pensó que así, sin más a quien hablarle que al granito, había pasado muchas noches su padre.

—¿Cómo que no quedan dineros?

Resopló, seguro de que Elo se equivocaba.

—¿Cómo puede ser tan egoísta?

El ángel no tenía respuestas. Tampoco Mateo. Todo eran preguntas. Y enfado. Ira.

—No lo entiende, no lo ve —frustrado—. *Non entilege.*

Pero, poco a poco, comprendió. Poco a poco el fuego se apagó. Comprendió que estaba enfadado con alguien más que con su esposa, estaba enfadado consigo mismo. Y avergonzado.

Y asustado.

—Está cieg...

No terminó. El ceño se desató.

—¿Cómo...? *Non...*

No le quedaban fuerzas. Tenía sed. Hambre. Sueño. Estaba cansado, deshecho. Lleno de algo amargo, oscuro. Marrón.

—¿Cómo pude...?

Tampoco terminó, pero levantó la mano, como lo había hecho un rato antes, en su casa, a su esposa. A su esposa, a la que le faltaba un suspiro para dar a luz.

Tenía que salir de allí corriendo. Regresar. Pedirle perdón.

Cambió la concha de una mano a otra. Varias veces. Rápido. Atribulado. Temblando.

—¿¿Cómo...??

Ella estaría en casa. Podía pedirle perdón, hoy, mañana. Cada día, hasta que llegase el último. Cada día.

Y la vergüenza le dio una nueva patada cuando se atrevió a pensar en cómo le juzgaría su hija cuando naciese.

Tenía que salir de allí, corriendo. Volver a casa.

Pero no lo hizo. Ni siquiera se levantó.

No podía.

De pronto el rencor se reavivó. Cobró fuerza.

—No me apoya —le gritó al ángel—, trabajo de sol a sol. A *mane ad nocte.* Fue ella quien lo dijo —sus palabras tenían espinas—, que era mi padre, que era lo que mi hija hubiera querido...

Aquel rencor apestaba. Como el estiércol. Pero, como el estiércol, estaba calentito, apetecía refugiarse en él. Fuera helaba.

Una helada implacable, capaz de partir las piedras.

Le hablaba al granito. Solo. Furioso. Resentido, rebosante de arrepentimiento.

Tembloroso, acabó por coger una maceta y un cincel fino, de los de rematar, de los planos, para retocar aquel ángel, la última pieza que se colocaría en la catedral de Compostela, la que colocaría el rey en persona antes de empezar la ceremonia de consagración.

Se quedaría allí hasta que llegase el momento.

El hierro cantó su canción. El cantero cantó la suya, la que marcaba el ritmo de cada golpe.

No hizo nada más que trabajar, que huir de sus propios pensamientos. Terminaría a tiempo para la llegada del rey.

Mateo, el hijo, no comprendió.

Aquella noche, mala, terrible para algunos. Aquella noche en la que a un muchacho le habían rajado las tripas. En la que un soldado curtido fue sorprendido. Aquella noche, Mateo, el hijo, se pareció, más que nunca, a Mateo, el padre.

## VII

—La curiosidad... mató al gato.

No fue sólo el seseo, también los salivazos que le regaron el cogote. Supo quién era sin darse la vuelta, y el fastidio del

Cuatrohostias hirvió.

Le pasaron de una oreja a la otra, de la estropeada a la sana, una retahíla de maldiciones que hubieran sonrojado a un capitán de galera.

Pero se las guardó. Si quería salir con vida, más le valía mantener la calma.

—Qué, Lamas —y el Cuatrohostias disfrutó al notar cómo la presión del hierro aflojaba, una nadería, pero suficiente para delatar la sorpresa de su dueño—, ¿cómo le cuelga estos días al viejo Nathanael?, ¿aún se la empina para que se la chupes bien a gusto con esa boca desdentada?

Ninguno de los dos era mozo, pero no hacía falta juventud para las bravuconadas. Desafortunadamente, Lamas no se dejó llevar. Aunque el capitán continuó insistiendo.

—Cabrón de mierda, ¿A cómo coño prestáis ahora?, ¿cobráis a cuatro veces lo que habéis dejado?

Lamas no mordió el cebo. Y el Cuatrohostias subió la apuesta.

—¿Cuándo vas a reunir cojones suficientes para estrangularlo y quedarte con el jodido negocio?

—Tiempo —el puñal escarbó en los riñones del Cuatrohostias y los salivazos le mojaron la oreja buena— al tiempo.

Sólo una parte de los sesos del Cuatrohostias seguían la conversación, la otra se maldecía a sí mismo, por imbécil.

Si los otros dos andaban por ahí, Lamas no podía andar lejos. Los otros dos eran los perros, Lamas el cazador.

Tenía que haberlo pensado.

No tuvo tiempo, la daga abandonó los riñones y, con el pomo, acertando donde había caído uno de sus salivazos, Lamas le sacudió al capitán del arzobispo.

Se le escapó una de sus maldiciones.

—Me cago en la circuncisión del profeta...

Y el Cuatrohostias cayó sobre las zarzas, sin sentido.

## VIII

Tenía que acabar a tiempo. Y la maceta cayó sobre el cincel, y la piedra cedió.

Mateo, el hijo, dio un paso atrás para examinar el resultado. Para comprobar la simetría, para saber si la talla merecería la pena.

Y, cuando miró el granito, se quedó sin aliento. Lo reconoció y algo helado le atravesó el cogote. Lo miró y se descubrió a sí mismo, tallaba su propio rostro. Era como mirarse en un barril de agua. Era él.

La maceta cayó al suelo.

Clanc.

El cincel cayó al suelo.

Clanc.

Y Mateo, el hijo, vio sus manos. Y sus manos estaban castigadas por la piedra. Callosas. De nudillos hinchados. No eran manos de hombre, eran manos de anciano.

Las volvió, varias veces, incrédulo. Y, con pasmo, descubrió la cicatriz en la palma. Una cicatriz que hubiera reconocido en cualquier lugar, incluso a oscuras. Una cicatriz enredada en otras más pequeñas, menos viejas, que aún no habían ganado aquel matiz de nácar.

Y corrió entre los demás canteros, hasta encontrar a Juanillo, a Juanillo, no al gigante Juanchón. Hasta encontrarlo y robarle aquel cubo con agua con el que aliviaba la sed de los *arxinas*.

A su alrededor, en los talleres, todos miraban. El asturiano, con una avemaría en los labios, los dos borgoñones. El vizcaíno. El Sinsombra. Incluso Malaquías, que juraba que la leyenda del puente sobre el Deza era cierta.

Lo miraban, dejaban de trabajar, cuchicheaban. Se reían.

Miró dentro del cubo, ansioso, y el rostro que encontró fue el único posible, el dueño de aquellas manos, de aquellas cicatrices. Desde su reflejo, en el agua, dos ojos lo miraban.

Una mirada extraña. Ladeada.

Dos ojos. Uno de cada color.

Mateo despertó de golpe, sobresaltado, sin aliento, atrapado por la pesadilla.

Y tardó en comprender.

Estaba en el antiguo almacén de instrumentos. Sin más compañía que aquel ángel de piedra.

Tenía un nudo en la garganta.

Frío.

Soledad.

Miedo.

Miedo de lo que había sido. De lo que era. De aquello en lo que se estaba convirtiendo.

Y miró sus manos, y tuvo que avivar el fuego del pebetero, con soplidos nerviosos, a toda prisa, esparciendo cenizas y ascuas, a punto de tirarlo todo.

Entre las sombras, el ángel observaba, indiferente, como quien sorprende a un idiota haciendo una idiotez. Con condescendencia. Como si ya tuviera la respuesta que el hombre buscaba.

Se sacó la túnica y la sacudió como un mantel, avivando el fuego, ignorando la piel de gallina. Y el dolor en el bajo vientre, donde sus testículos se habían refugiado.

Cuando el fuego cobró fuerza, volvió a mirarse las manos, que estaban sucias, y las frotó frenético, escupió incluso. Frotó con tanta fuerza que consiguió enrojecer la palma.

Había callos, y las marcas, inevitables, pero no había cicatriz.

No se había convertido en su padre.

Y el miedo se transformó en tristeza. Salvaje como un golpe de mar.

Cayó de hinojos junto a aquel ángel. Con lágrimas en los ojos. Y en el corazón.

Y a su lado, en el suelo, en la luz cimbreante de las llamas, parpadeó el blanco gastado de una concha.

## IX

—Para ayer, *maher*...

Una tos galopante, lastimosa, llena de crujidos, como pisar paja en el fondo de un charco, le quitó el habla al viejo. Pero Lamas sabía bien lo que tenía que hacer y, no había más que decir, ya estaba junto a la puerta.

—Cuanto antes —entre toses—, que lo saquen de la cama. *Al tobzbas zone.*

Como no le gustaba hablar, el tuerto se limitó a asentir, y a salir de aquel cuarto que apestaba a enfermo.

Lamas cerró la puerta del dormitorio.

Madera de nogal, y los tablones se habían hecho encajar para que las vetas dibujasen fantasías, y la cerradura era de bronce.

Y avanzó por el pasillo, entre los candelabros, y las molduras, cabizbajo, rumiando las órdenes.

Aunque se permitió el lujo de admirar, como siempre, el precioso bargueño de cerezo que había a un costado del corredor. Incluso pasó la mano por una de las lámparas, del mejor bronce. Y sus ojos brillaban con codicia.

Lamas mandaba. Llevaba veinte años haciéndolo. Ya no se encargaba de cobrar las deudas, para eso tenían a los otros dos bigardos. Que el tuerto había elegido con mucho cuidado, no se le quisieran subir a las barbas y pudieran llegar a pensar que, como él había hecho, era factible escalar en el negocio.

Salió de la casa principal, repasando con las yemas de los dedos las puntadas de un tapiz que colgaba junto al portón. Cruzó el patio hacia las cuadras, no sin darse una vuelta y mirar en derredor, hacia las ventanas con limpios vidrios, las macetas cuajadas de flores, los bonitos motivos tallados en las columnas.

Asintió para sí.

—Pronto.

Y un salivazo se estampó en el agua que corría en la fuente del patio.

El prestamista llevaba dos años postrado en la cama, sin poder moverse, y Lamas era quien se encargaba de los negocios.

Él ponía los sesos y los dos bigardos, salidos de las mesnadas de Ávila, ponían el músculo.

Entró en las cuadras, donde estaban los otros dos, y Lamas, con la cara marcada por la larga cicatriz, los miró con su único ojo rebosando desprecio, verlos era contemplarse de joven, no tantos años atrás, y no le gustaba.

Había sido llamado para más altas tareas que romper dedos, dar palizas o entregar amenazas.

Los otros dos terminaban de atarle manos y pies al prisionero. Y el tuerto dio la orden.

—Tú —con mucho aire y aún más perdigones—, ve a buscar al gordo. Sácalo de la cama.

Un lustroso semental negro relinchó, como para darle la razón, y coceó uno de los postes de la cuadra. Restos de paja y polvo cayeron desde el entramado de vigas del techo.

—Y, tú.

Parco en palabras, el tuerto Lamas se limitó a señalar hacia los caballos. Y el gesto tenía prisa.

Cuando los dos jaques se apartaron, Ruy Ansúrez, capitán del arzobispo Suero, quedó en el suelo, atado y amordazado, inconsciente. Y Lamas, no por miedo a que despertase, sino por puro placer, le arreó un puntapié en las costillas.

## X

No era la primera vez que al Cuatrohostias le apagaban las luces.

Era un veterano. Además, Antolín y su Cierrabocas le habían hecho el favor en un par de ocasiones, cuando a Lambra se le había agotado la paciencia.

Así que, cuando abrió los ojos, el capitán tuvo, ante todo, el buen cuidado de no dejar ver que había despertado.

Sabía de muchos que, en la sangría de un campo de batalla, habían sido tan imbéciles como para levantarse llenos de prisa y miedo. Y todos habían acabado bajo el puñal de algún moro, o de alguno de esos despreciables apañuscadores que rajaban cuellos para robar escapularios.

El Cuatrohostias abrió los ojos, respiró, y en cuanto se hizo cargo de la situación, volvió a cerrarlos. Y fingió.

Y escuchó.

# XI

No podía verlos. Pero no le hacía falta.

Conocía aquella voz seseante, llena de escupitajos. Y la otra, engolada y grasosa.

Si abría una rendija los párpados veía paja y cagajones de caballo. Y el olfato le confirmaba que estaba en una cuadra.

Pero ahora le daba igual si estaba en la casa del hebreo, conocido por mercadear con caballos, o en el quinto infierno. Y tampoco le iba un bledo en lo que podía o no ver. El envite iba en lo que podía escuchar.

—... A más de uno... —entre salivazos que se agarraban con desesperación a las eses.

—¡Es un hombre del arzobispo! Es el cabildo quien le paga el sueldo. ¡De su eminencia!

—Y no está en el ajo —más salivazos revolviéndose en demasiado aire.

Los nervios le sacudieron las tripas al Cuatrohostias. De una puta vez, después de cuarenta años, descubriría qué mierda estaba pasando.

—No todo se resuelve a base de muertos —la otra voz, temblorosa, llena de nervios, recordaba a flores pisoteadas—. ¿No ha habido ya bastante violencia? Yo creo que debemos pensar...

—No escupas contra el viento —brusco como una arcada.

Incluso entre salivazos y eses la amenaza fue tajante.

Y el contrataque flojo. Había poco convencimiento. De no ser por las gorduras, el Cuatrohostias estuvo seguro, hubiera oído a las rodillas chocar una contra otra.

—Llevo cuarenta años haciendo mi parte —con ansias de hacerse valer—. Yo me encargué de pagarle a Sisnando... Y, en aquel

entonces —con el ramalazo justo de desprecio—, tú no eras más que un lacayo dispuesto a dar mamporros. Así que cuida bien tus modales —con palabras que corrían como liebres—. Cuídalos.

Demasiadas explicaciones. Demasiado temblor en las papadas. Se dio cuenta el Cuatrohostias, y también debió hacerlo el dueño de la voz que, en vez de callar, como habría callado quien no amenazaba en balde, siguió hablando:

—El amo señalaba y tú mordías —como sólo podía hablar quien estaba acostumbrado a dineros y poder—. No te olvides de a quién le estás hablando. Dile a Nathanael que baje. No seguiré tratando con un lacayo. Que baje.

Lamas se había hecho viejo. Pero no había perdido los reflejos de gato que lo habían mantenido con vida, en el campo de batalla y en las calles de Compostela.

Y al Cuatrohostias le bastó oír el rifirrafe para hacerse cargo.

Estuvo seguro Ruy de que la daga que había amenazado sus riñones estaba ahora haciendo temblar la generosa barriga del único gordo con suficientes dineros y avaricia como para negociar con el usurero Nathanael.

García Rodríguez, el mercader.

# XII

García Rodríguez no era hombre acostumbrado al acero. Y, cuando el puñal buscó la arruga entre las papadas, donde nunca conseguía afeitarse, el Cuatrohostias se equivocó al imaginarlo cerca del ombligo, lo que notó García Rodríguez fue el calorcillo de las gotas que arruinaron las sedas de sus calzones.

—No podríais hacerlo sin mí —balbució el vinatero—. Me necesitas... No...

Y Lamas, como buena sabandija, retiró el arma, el Cuatrohostias oyó el siseó, aunque, para disimular la derrota, el jaque soltó una bravuconada.

—Falta poco —con la efe llena de perdigones.

Y el mercader se llevó la mano a la papada. Allí descubrió una gota de sangre que aún no se había enfriado, no como los pegajosos meados que ya le arrugaban la hombría.

—Puede haber más —tentó García Rodríguez—, en Ourense trabajarán durante años. Y yo tengo contactos. Hasta en los estercoleros. Podría haber más.

Acertó el vinatero. La codicia brilló en el único ojo de Lamas, hasta le blanqueó la cicatriz, incluso apareció un remedo de sonrisa en el rostro desfigurado.

—¿Conoces al maese?

Las eses, largas como culebras. Por el defecto que le estropeaba la boca, y por la codicia.

Y García Rodríguez tuvo la sensación de que el Cuatrohostias se estremecía en el suelo, como si recobrase la conciencia, pero tenía demasiado a qué atender.

—No, no lo conozco. Pero puede arreglarse —repuso—. Podemos hacer por poner en su lugar a uno que sí conozco —no podía callarse, asustado o no, era un charlatán de feria—. A uno dispuesto a colaborar. Hay maneras de apañarlo.

La risa de Lamas, hueca y falsa, atravesó el espinazo del mercader con un repeluzno que, como su orina, pasó del calor al frío.

—¿Le vas a tirar una torre encima?

—No fue idea mía —protestó García Rodríguez—. Por eso también cobró Sisnando —se defendió—, y unos cuantos más. Y si no se

hubiera hecho —no lo pretendía, pero había algo lastimero en el tono—, no estarías hoy aquí.

El vinatero, con sus manos rechonchas, abarcó las sillas, las guarnicionerías, los sementales.

—Yo conseguí los contactos. Yo conocía a los mercaderes. Las rutas. Los caravaneros —alzando cada vez más la voz—. Yo —el Cuatrohostias lo imaginó con un rechoncho dedo enterrado en el pecho fofo— he hecho rico a Nathanael.

—No hubieras hecho una mierda sin mi dinero —con dos salivazos y tres seseos.

—¿Tu dinero?

## XIII

—¿Tu dinero?

El vello en la nuca de Lamas se erizó. No le gustó, nada, aquella insinuación. No le gustó que pusieran en duda lo que él daba por cierto. Aquel viejo, cabrón y tacaño, no llegaría al invierno. Él se quedaría con el negocio. Era su dinero. Sólo suyo. No de Nathanael.

Aun así, por la buena salud de ese dinero, de todo el negocio, el tuerto recondujo la situación.

—Nathanael manda —sin más explicaciones—. Que se encarguen tus pelirrojos.

—Ya corrí demasiados riesgos con aquel franco —airado, lleno de orgullo hueco—. No soy el recadero de ese judío. No es él quien manda. La decisión no es suya —y con intención, para bajarle los humos al jaque, el mercader añadió algo más—. Ni tuya.

—Lo que no sabe —repuso Lamas señalando con la daga al Cuatrohostias y, al hacerlo, hubiera jurado que no estaba como lo

habían dejado, pero, igual que el mercader antes, tenía demasiado a lo que atender—. Lo imaginará. Vio a los míos y a las tres hermanitas.

La última ese, larga como un día sin pan.

—¿A los canónigos?, ¿dónde? ¿En ese tugurio de Cándido? ¿Cuántas veces os he dicho que no es lugar para reuniros? Parece que nadie me escucha. Estos negocios son delicados, no todo se puede hacer por las bravas. ¿Y si se entera el conde de Traba? Ése no tiene miedo a las consecuencias, siempre cae de pie.

—Nathanael —con sólo un salivazo— quiere que te encargues tú.

—Lo que ambiciona es no cargar con las culpas si sale mal —se revolvió el mercader—. Podíais haberlo rajado tres veces. Pero no queréis mancharos las manos con éste... Le tenéis miedo a las consecuencias. Preferís que las pague yo.

—Yo despacho a éste —el desprecio acentuó el seseo—, a todos los de la guardia del arzobispo y a ti.

Y pocas veces lamentó tanto Lamas que aquellos condenados dientes le faltaran, porque fue consciente de que su amenaza sonó vacía.

—No tienes lo que hay que tener —contraatacó el mercader—. No te atreverías. No tienes idea de a quién más ha pagado. Nos podrían estar vigilando ahora mismo. Ni siquiera una sabandija como tú se atrevería a hacer algo sin que él dé la orden.

Volvió a brillar la daga. Y regresó a la papada, donde parecía estar a gusto.

—No me tientes —amenazó el tuerto entre salivazos—, ni se te ocurra. O te mato también —y con el rabillo de su único ojo volvió a mirar al Cuatrohostias, y esta vez estuvo seguro de que se había movido, estaba despertando y se les acababa el tiempo—. Os dejo a los dos como a Verrondo.

El horror coceó el rostro del mercader y sus papadas retemblaron.

—Ahí —dijo Lamas señalando la esquina donde estaban los aperos de la cuadra—, ahí sigue el rastrillo.

Y aunque se le escaparon dos salivazos, aunque debería haber sonado ridículo. No lo hizo. Sonó a condena.

## XIV

El Cuatrohostias había intentado no moverse, pero era imposible estarse quieto.

Cuarenta años de misterios, en un plumazo, con unas pocas palabras.

No tenía todos los eslabones, pero era fácil seguir la cadena.

Sutil, cuando las eses se trababan, cuando el temblor de la papada se acentuaba, según le indicaba su oído, el bueno, porque el otro de poco le servía, el Cuatrohostias forcejeaba con las cuerdas.

Le podía la rabia.

Había algo podrido en Compostela. Muy podrido. Y aquellos dos eran gusanos que medraban en aquella putridez.

Sólo le faltaba saber a qué pájaro le tenían miedo aquellos gusanos.

De haberlo sabido, hubiera salido como alma que lleva el diablo, aunque tuviera que arrastrarse en aquella paja salpicada de cagajones.

## XV

No estaba solo. Tenía la compañía de aquel ángel de piedra. Y de sus miedos.

Miedo a hacer realidad la pesadilla. Miedo a convertirse en su padre, un loco, un asesino. Un hombre perdido.

Miedo.

No estaba solo. Estaba el ángel de piedra. Y estaban las herramientas de su padre. Y la concha. Y aquel gorrión encarcelado en carboncillo y papel.

Miedo. Miedo al fracaso.

—*Itoiz.*

Lo espetó con tanto desprecio que, de haber estado vivo, el ángel se hubiera echado atrás.

—¡No! *Itoiz.*

Enterraría aquel miedo en un abismo. Donde Elo no lo encontraría. Donde su hija no lo descubriría.

Lo enterraría tan hondo que jamás volvería a verlo.

No estaba solo. Estaba el ángel. Y las herramientas. El gorrión.

—¡¡No!! No, no, no... No como él. *Numqua.*

Oh, discordia.

# XVI

Uno de los sementales relinchó, otro le contestó, y los dos hombres, que no podían ser más distintos, se miraron, pesándose.

Ambos sabían que, por ese camino, no llegarían a destino. Ninguno estaba dispuesto a cargar con la culpa de aquel revés.

Y, al final, fue el mercader quien cedió.

—Esto nos queda grande. Hay que avisarle —dijo con su voz engolada—. No hay otro remedio. Sabes lo que nos hará si no le avisamos. Hay que avisarle.

Y a Lamas no le gustó nada, nada en absoluto.

—¡Cago en la hostia y el sagrario!

García Rodríguez señaló lo obvio.

—Dices que lo sabe —las palabras hacían carreras unas con otras —. Y que si no lo sabe se lo imaginará... Lo has dicho.

Y Lamas tuvo la tentación de mentir. A lo mejor no era suficiente, a lo mejor no bastaba con haber visto lo que había visto. Podía explicarse de otros cien modos.

Pero acabó por admitirlo.

—Si no lo sabe —concedió con aquellas eses que sonaban como arcadas—, lo sabrá.

Y el mercader, para darle peso a su opinión, repitió las mismas palabras.

—Si no lo sabe, lo sabrá —tentativo—. Seguirá investigando, es como un perro de presa —más convencido—, hay que avisarle. No queda otro remedio.

El Cuatrohostias los escuchaba.

—Si se jode —soltó Lamas entre salivazos—, nos despelleja, ¡vivos!

—O nos manda quemar —concordó el mercader—. O descuartizar. No seríamos los primeros. Y tampoco los últimos. Han llegado muchos estos últimos días, seguro que a más de uno lo tiene a sueldo. Tiene oídos hasta en el infierno y siervos que le limpian las pezuñas al mismo diablo.

—Van a consagrar la catedral —se quejó Lamas, y casi sonó lastimoso.

Se acercó a algo íntimo, se odiaban, pero tenían un miedo común. Y García Rodríguez, jugueteando con una mano en los anillos de la otra, se atrevió a hacer una pregunta que le quitaba el sueño.

—¿Matasteis vosotros a ese bocazas? Lo hicisteis, ¿verdad? Fuisteis vosotros.

Lamas sacudió el mentón, y la cicatriz hizo un extraño.

—¿Sisnando? No, pensé que...

Se dio cuenta de que se trabucaba y el tuerto rectificó, para guardar las apariencias.

—Nathanael pensó que los tuyos...

El mercader negó, y resultó cómico con todas aquellas gorduras retemblando. Y preguntó, con voz de falsete, temiendo la respuesta.

—Entonces, ¿lo mató el joven Mateo?, ¿fue él? El joven Mateo.

Lamas soltó una risotada hueca. Sonó a hijo de enterrador jugando con un palo sobre un costillar descarnado.

—Es un desgraciado, como su padre —aguantó aquella carcajada con una sonrisa, limpiándose el mentón con el dorso de la mano—. No. Me huelo que habrá contratado a alguien más. No se fía ni de su sombra.

García Rodríguez asintió de nuevo. Y asumió las consecuencias.

—Pues no queda otra que avisarle. No podemos hacerlo a sus espaldas. Hay que avisarle —repitió el mercader, como si repetirlo aliviase la situación—. A saber a quién más ha metido en el ajo. Y si, además del de Traba, tiene a otros nobles, alguien de la vieja Hermandad, ¿de quién vamos a fiarnos? Si damos un paso en falso...

Y asintió, con fuerza, tanto que Lamas temió que alguna de las papadas cayese al suelo.

El tuerto envainó su puñal, y acabó por asentir también.

—Dios nos guarde de su ira —imploró.

—Dios y el mismo demonio, más nos vale que los dos se pongan de nuestra parte. Nos hace falta toda la ayuda posible. Toda.

# XVII

El Cuatrohostias pudo entender cómo se sentía una mujer esperando el parto.

Se juró que, si salía con bien de aquélla, jamás, nunca jamás, volvería a esperar por aquello que quisiera conseguir.

Se juró que, si salía con bien de aquel mierdero, se presentaría en la mancebía de la Juana, le plantaría un beso en los morros a Lambra y le pediría matrimonio.

Y aquello le hizo sonreír, una puta y un soldado. Una vieja puta y un viejo soldado, que habían perdido el tiempo, rondándose como niños que, en su primera pelea, no se atreven a lanzar el primer puñetazo.

Se dieron órdenes, oyó salir a uno de los bigardos que trabajaban para Lamas. Y oyó también al mercader asegurar que volvería por la mañana, a primera hora, que quería estar allí.

Lo dejaron solo, con los caballos, en las cuadras.

Tuvo que esperar.

Y aguantó gracias a que, de algún modo, Lambra estaba allí con él. O lo estaría.

## XVIII

Despertó, dolorido, rabioso por un trago de agua fresca y con los tobillos y las muñecas en carne viva. Lo despertó el relincho de uno de los sementales del judío.

Y, escuchó voces que cruzaban el patio.

Como una lombriz, forcejeó, e hizo por darse la vuelta y encarar la entrada.

Amanecía, a los lados de la entrada había ventanucos por los que se colaba una luz lechosa. También a través de las rendijas del

portón, le daban vida al polvo, las pajuelas, y las moscas, las condenadas moscas que incordiaban a los caballos.

Se abrió el portón.

Entraron los dos bigardos que trabajaban para el prestamista, que habían ido cambiando con los años y que, a la vez, seguían siendo los mismos. El Cuatrohostias se acordó de uno con el que había tenido una agarrada treinta años antes, uno al que le faltaba el meñique. A saber qué había sido de él. Los jaques de Nathanael, siempre dos y siempre vestidos de negro, se habían dado el relevo con los años. Los rostros habían cambiado, pero lo que hacían no. Llevaban cuarenta años rompiendo dedos, rodillas, brazos. Y cobrando, cobrando para pagar aquella lujosa casa y aquellos sementales.

Entraron otros dos matones, mejor vestidos, con sobreveste de cuero de venado, como tenían por costumbre los de las islas, pelirrojos, hablando en aquel idioma suyo que entrechocaba la lengua. Y con ellos, como si los necesitase para abrigarse, entró García Rodríguez, brillante de brocados en la ropa y afeites en las greñas. Su cara de gorrino empequeñecía los ojos nerviosos.

Entraron también aquellos tres canónigos. Como las *tres gracias*. A saltitos, con más pinta de chiquillos echándose a jugar en un jardín que de cabrones responsables de tanto desaguisado.

—Traed unas putas y un poco de vino y ya podemos empezar la juerga.

Lo pensó, intentó decirlo, pero tenía la garganta tan reseca que no salió una sola palabra de la boca del Cuatrohostias, sólo un gemido ronco.

—Soltadme, abortos de cabra, hijos de moro bizco. Seguro que os han recortado el pito a todos.

Tampoco le salió. Necesitaba un trago. De lo que fuera.

Los que entraron se colocaron a los lados del portón, como una comitiva esperando al mismo rey.

El corazón del capitán se desbocaba en su pecho. Se olvidó incluso de que su lengua se había vuelto corcho.

En aquellas cuadras estaba a punto de entrar el grandísimo hijo de la grandísima puta que llevaba cuarenta años asesinando y robando a placer. Un cabrón con pintas que tenía en jaque a dos alimañas como el usurero y el mercader.

Aun en el suelo, maniatado, dolorido, el Cuatrohostias se echó hacia delante.

Llegaba.

## XIX

El dolor la despertó.

Algo se enredó en su interior. Algo caliente. Se enredó y apretó el nudo. Elo se incorporó de golpe, con el sueño espantado, y se llevó las manos a la ingle. Sus dedos temblaban, su corazón temblaba.

Tuvo el presentimiento de que algo iba mal.

—No —suplicó—, otra vez no...

Echó de menos a la bisabuela, ella hubiera sabido qué hacer, ella conocía las hierbas y los remedios, ella hubiera podido ayudar.

Pero estaba sola.

Se enredó, se ató, y se endureció. Y pensó que, como una niña pequeña, mojaría la cama.

Se enredó, se ató, se endureció. Y dolió. Dolió tanto que, por un instante, no logró respirar.

Miró a todos lados.

Y Mateo no estaba.

De golpe, Elo lamentó cuanto había dicho, en un solo instante se arrepintió de las palabras duras, de las riñas. Se había defendido. Tenía que defenderse. Ahora se arrepentía.

Palpó la barriga, con manos nerviosas, esperando el familiar golpe de un pie inquieto, de una mano ansiosa por nacer. Y desesperó al no sentir nada.

No podía seguir así. Tenía que hacer algo, lo que fuera. No tenía idea de si se había puesto de parto o si algo iba mal, pero allí, sola, en su cama, no iba a remediarlo.

La partera.

Tenía que salir, dar aviso, buscar a alguien, ofrecer una moneda.

Entonces recordó. Toledo no había pagado.

—¿Qué voy a hacer?

No pudo contestarse, otra contracción, salvaje, le partió el abdomen.

## XX

Al Cuatrohostias le jodía equivocarse, hacía que le hirviera la bilis. Siempre había sido un hombre al que le costaba bajarse de la burra, aunque sólo fuera para no verse obligado a admitir su error.

En esta ocasión no le dolió.

Fue tal la sorpresa que ni siquiera se le ocurrió lamentarlo.

Lo vio entrar y, como si le hubiera caído encima un cubo de agua fría, comprendió.

Era lógico. Y él había sido un imbécil. No se había hecho las preguntas adecuadas.

Ahora entendía los briales, las sedas y los brocados del gordo García Rodríguez, con sus potingues y afeites. Ahora comprendía

cómo Lamas llevaba al cinto una daga de Damasco con una empuñadura rematada en filigranas de oro. Si incluso la pelliza del jaque era del mejor cuero de anca de potro. Con el sueldo que le pagaba el cabildo, el Cuatrohostias tendría que haber ahorrado cuarenta años para pagar algo así.

Ahora lo entendía.

Cómo podía ser que a un maestro de la reputación de Arrio se le derrumbase una torre que, además del terrible precio en vidas, retrasaría aún más la catedral.

Cómo iba a encargarse de las obras un jovencísimo Mateo, el hijo de quien había causado semejante desgracia.

Cómo, más de veinte años después, cuando faltaba tan poco para terminar, las cosas se habían vuelto a estropear.

Y, para colmo, ahora el maese era el nieto de quien había causado aquella desgracia, y el hijo de un loco.

A quién beneficiaba que la catedral de Compostela tropezara una y otra vez.

No se trataba de cobrar. Se trataba de que alguien siguiera pagando.

Había sido un imbécil.

Lo vio llegar y lo miró a los ojos, sin miedo. Hubiera dado la otra oreja para estar de pie, sin ataduras y con la daga en la mano, lo hubiera destripado allí mismo. Sin temor a las consecuencias. Porque, por el turbante del jodido profeta, el mismo rey lo ejecutaría, en persona, incapaz de creer su versión. Nadie le creería. No tenía pruebas, sólo lo que gritaban sus tripas y que aquel hijo de la grandísima puta estuviera allí, en pie, en las cuadras del prestamista.

Lo ejecutarían, ahorcado, como un ladrón. Y dejarían el cuerpo en las picotas de la Trinidad. Aun así, lo habría hecho.

Con las manos.

Con los dientes.

Con lo que cojones fuera.

—Diecinueve murieron —escupió el Cuatrohostias—, ¡diecinueve!

El hijo de la grandísima puta había atravesado el umbral. Avanzaba, miraba hacia el capitán sin vergüenza, sin desviar la mirada.

El hijo de la grandísima puta no se arrepentía.

—Arrio se ahorcó. Mateo ha perdido la puta cabeza, está como una chota.

Las palabras del capitán resbalaban sin efecto alguno.

—Y aquel franco cabrón, y el caballero... Y ese piojoso de Sisnando.

Aquel hijo de la grandísima puta no lo escuchaba. Llegó al centro de las cuadras, y los sementales intuyeron lo que el Cuatrohostias no había sido capaz de hacer en cuarenta años. Todos piafaron nerviosos, como si un oso hambriento, dispuesto a destriparlos a zarpazos, acabase de entrar.

Llegó al centro de las cuadras y, como tenía por costumbre, fue tres preguntas por delante.

—El rey llega hoy. La catedral se consagrará esta tarde.

Y el hijo de la grandísima puta contestó a Lamas antes de que el jaque abriese la boca.

—Habrá que limpiar primero.

Y miró al Cuatrohostias, como si fuera uno más de los cagajones que apestaban entre la paja.

—No queremos que el rey se lleve una mala impresión —y el hijo de la grandísima puta, sin dejar de mirar al capitán, les habló a los otros que lo rodeaban, y sonó a amenaza—. No, de momento. No hasta que hayamos llegado a un acuerdo con Castilla.

Y los tres canónigos revolotearon en torno al mercader y al tuerto, bisbiseando que más les valía hacer lo que se les ordenaba.

Sin embargo, Lamas, con la voz achicada, con eses algo más cortas pero más perdigones, sin atreverse a alzar su único ojo, quería tenerlo claro.

—¿Lo despachamos?

El hijo de la grandísima puta dio dos pasos y acabó poniendo uno de los pies en el pecho del capitán.

Y lo miró a los ojos. Fijamente.

El Cuatrohostias no se arredró. Hizo lo que pudo para sacar un gargajo de su reseca garganta y escupió.

No consiguió gran cosa.

—Le pesa demasiado la honradez.

Y el Cuatrohostias supo que estaba muerto. Como los cagajones que salpicaban el suelo.

—Eres un hijo de la grandísima puta.

Se rio. Y el hoyuelo de su mentón bailó.

—Esa boca, Ruy.

## XXI

Una nota.

Dos.

Un acorde.

La melodía se coló dentro de él, como miel goteando, espesa y pegajosa. Poco a poco.

Al principio pensó que era su hijo, su hijo tocando aquel día, el día en que habían descubierto el pórtico.

Su hijo, a quien no había podido decirle que estaba orgulloso, que lo quería. Su hijo, el niño que hacía volar gorriones.

Mateo se revolvió incómodo en el catre. Y Aldonza, que seguía allí, a su lado, sin despegarse, perdió la mano de su esposo, que se crispó en un puño.

Ella no se dio cuenta, estaba agotada, dormía allí, mal sentada, junto a él, con la cabeza apoyada en el catre. Y el cansancio, las preocupaciones, el miedo la obligaron a seguir durmiendo mientras su esposo se agitaba.

Y Mateo se agitaba.

Una nota.

Dos.

Un acorde.

La melodía ya no era miel. Era barro espeso. Subía de volumen. Ganaba intensidad, y velocidad.

Mateo se sacudía en sueños. Tenía tanto que decirle a su hijo. Había dejado tanto sin hacer. La piedra había exigido su precio. Exigía su precio.

Las notas corrían. Bellas, joyas en el aire. Delicadas, mariposas en torno a una rosa.

Tenía que hablar con su hijo, con el niño que echaba gorriones a volar.

Pero no era su hijo.

Mateo despertó, envuelto en sudor y miedo. Y tuvo un solo instante de paz. Uno solo, cuando vio la cabeza de su esposa junto a su muslo. Una noche más velándolo, en aquel asiento incómodo, se había negado a echarse en el otro catre.

Ella le había dado de cenar, cucharada a cucharada. Ella le había limpiado la barbilla. Ella le había dado un beso, dulce y largo, y le había dicho que durmiese.

Y qué había hecho él.

Alejarla, romperla.

—Aldonza...

Cuántos años hacía que no había pronunciado su nombre así, como una caricia.

Tenía que hablar con su hijo, con su esposa. Tenía que pedirles perdón. Tenía que decirles que los amaba.

Recuperó entre las suyas la mano de su esposa. Por primera vez en años, no recordaba cuántos, no quería salir corriendo hacia sus piedras, no quería continuar con las obras de la catedral.

Sólo quería quedarse allí, junto a ella. Pedirle una y otra vez perdón.

Sus manos, castigadas por el trabajo, parecían una prisión para la de su esposa, delicada como un pajarillo. Como un gorrión.

Mateo sonrió. Sonrió por primera vez en no sabía cuántos años.

No había más luz que la palmatoria que Gutierre había dejado en aquella enorme mesa suya. Y retales de la amanecida, que se colaba tímida, lechosa, por las ventanas.

Sujetó la mano de su esposa como si fuera barro deshaciéndose entre sus dedos, con infinito cariño.

—Se acabó —susurró Mateo—, *fine*. Se acabó...

A sus ojos acudieron lágrimas, y en su pecho crujieron los pedazos de su corazón. Intentaba recolocarlos. Levantar con ellos algo mucho más importante que la catedral de Compostela. Que cualquier catedral.

—No volveré a coger un *fierro* yo —prometió con la voz tomada, con uno de aquellos pedazos en la garganta—. Nunca más.

Sonrió.

—Venderé tortas de *ghandelo* con Cirilo.

Apretó levemente la mano de su esposa. No quería despertarla. Tenía que decirle mil cosas. A ella y a su hijo. Pero no tenía prisa. Había tomado una decisión.

—Se acabó —repitió, entre labios agrietados.

Un susurro. Un susurro que el miedo no debía oír. Porque, y si la piedra no se consideraba pagada, y si la piedra quería más. Cómo se atrevería.

Y sus ojos, uno de cada color, brillaron con determinación.

—*Finé.*

Estaba despierto, pero la melodía continuaba en su cabeza.

Una nota.

Dos.

Un acorde.

Su hijo había domado el aire. Y Mateo se sentía orgulloso. Tenía tanto, tanto que decirle.

—Lo...

Miró a su esposa. Había canas en su larga melena, y pequeñas arrugas se escurrían hacia sus párpados cerrados. Y el cuello, aquel largo cuello por el que tantas veces habían peregrinado sus besos.

Ella abrió los ojos, y los alzó, y lo vio.

Los años no le habían robado una pizca de su belleza. Era bella, seguía siendo bella porque, al mirarla, Mateo sintió que regresaba al hogar.

—Siempre has sido...

Ella, infinita, le hizo a Mateo sentir vergüenza. Ella no se había descarriado.

—La he visto —dijo Aldonza.

Y la había visto, su rostro, el rostro de Aldonza era el de la mismísima Virgen María en el coro que Mateo había tallado.

—Es preciosa —dijo tímida.

Aldonza tenía razón. No había una talla más bella en toda la cristiandad.

Y Mateo consiguió, al fin, decir lo que tenía que haber dicho mucho antes, lo que llevaba cuarenta años atascado en el fondo de su garganta.

Aquellos pedazos en su pecho crujieron de nuevo, al intentar colocarse.

—Lo siento...

Lágrimas. Lágrimas en los ojos, uno de cada color.

—Yo...

Ella se acercó. Seguía siendo aquella muchacha llena de sueños.

—Serás maese —le había dicho tantos años atrás.

Ella nunca le había fallado. Y la agonía destrozaba a Mateo.

—¡Lo siento!

Lo calló con besos. Un beso tembloroso en la comisura de los labios. Notó la barba áspera. Otro sobre la boca, como si se hubiera posado allí un animalillo tembloroso. Otro más en la mejilla.

Él intentaba reunir palabras, ella no le dejó.

Un beso.

Dos.

—Lo sé —dijo ella sujetándolo entre sus brazos, sosteniéndolo como a un desvalido.

Y fue él quien la hizo callar.

Habían pasado más de cuarenta años. Y se refugiaron una vez más, el uno en el otro.

Un beso.

Dos.

Se encontraron de nuevo. Torpes al principio. En aquel catre estrecho. Divertidos, con prisa por temor a que volviera el herbolario y los descubriese. Con ansia, porque estaban sedientos. Con calma

porque ya no eran jóvenes. Con ardor porque algo quemaba dentro de ellos. Con deseo. Con pasión.

Con todo.

Ayer, lejos. Mañana, tarde.

Hoy. Ahora. Se habían quedado sin nada. Se lo dieron todo.

Todo.

Perdidos, se encontraron. El uno al otro.

Sus manos, sus besos, sus cuerpos dijeron más que cualquier palabra. Sus cuerpos fueron sinceros.

Él se refugió. Ella lo acogió. No hacían falta palabras. Ni una sola. Bastaba aquel mecerse juntos. Olas en la playa. Llamas en un leño. Dos convertidos en uno.

Hicieron el amor.

Y se acurrucaron juntos, como uno solo, agotados, satisfechos, en aquel estrecho catre mientras la amanecida se levantaba y la luz hacía arabescos en el suelo del herbolario de Antealtares.

Ella se durmió en su abrazo. Y Mateo permaneció despierto. Soñando. Sin pesadillas.

Una nota.

Dos.

Un acorde.

No recordaba haber sido tan feliz. Nunca. Se había terminado.

Y la melodía continuaba. Podía oírla. Creciendo, subiendo de volumen. Aquella melodía que estaba hecha de gorriones que echaban a volar. La de su hijo.

Una nota.

Dos.

Y llegó aquel acorde. Aquel acorde se colgó en el aire, estridente.

Un escalofrío sacudió el espinazo de Mateo. Le dio una patada brutal.

No era una, eran dos. Enredándose, apareándose, imposibles. Subían, crecían, como una marea de sangre batiendo contra una pila de cadáveres. Dos melodías, tan rápidas que enloquecían.

Retorciéndose como sierpes bajo el calcañal.

No era la música de su hijo.

Escuchó un crujido. Inconfundible. El castaño, empapado, se tragaba la helada y hendía la piedra.

—¡No!

No era posible, estaba en Antealtares, en el monasterio de San Paio. No estaba en los talleres, no era noche de blanca helada.

—*Itoiz!*

Dos melodías enredadas, rápidas, más rápidas, imposibles. Vertiginosas. Endiabladas.

Crujió la piedra. Gritó el castaño. Llegó la niebla helada.

Allí estaban, un joven y un anciano.

Oh, discordia.

Junto a la larga mesa del frade Gutierre. Allí, en la luz de la amanecida, sacándole la endiablada melodía al terrible instrumento.

Estaban allí.

Discordia.

Allí.

Acab y Acaz.

## XXII

El espanto clavó sus garras en el gordo cogote de García Rodríguez y, por primera vez en su vida, encontró los escrúpulos perdidos cuando su avaricia había aceptado el trato del arzobispo.

—¿No han muerto ya bastantes? ¿No...? ¿Ya...?

Le temblaban tanto las papadas que su rostro se volvió borroso. Pero llevaba cuarenta años tomando impulso, y ahora, por fin, había conseguido echarse a andar.

Tenía miedo. Se había vuelto rico, inmensamente rico, pero tenía miedo. Estaba harto. García Rodríguez apenas respiraba. Y por fin escuchaba al angelillo que susurraba angustiado junto a su oreja. Había encontrado a su conciencia, algo pisoteada y maltrecha, pero la había encontrado.

—No lo haré —dijo con una firmeza que temblaba como sus papadas—, no. Es una salvajada. No son modos. No lo haré.

Incluso el Cuatrohostias se guardó las blasfemias. Y observó.

Como si hubiera eco, las órdenes del arzobispo aún revoloteaban por las lujosas cuadras del prestamista.

A Lamas le iban bien. Le daban igual mientras se quedara con el negocio del hebreo.

Los canónigos habían asentido solemnes.

Y el Cuatrohostias se había resignado, se sabía muerto desde que Suero entrara en las cuadras.

Pero a García Rodríguez le había entrado el valor.

—Compramos a Cirilo —se quejó el vinatero—. Lo compramos.

Y ya no podía parar, atropellaba las palabras con cada resoplido.

—He hecho siempre lo que habéis ordenado. Siempre.

El arzobispo se pellizcaba aquel hoyuelo del mentón y su expresión era la de un leñador ante un árbol a medio talar, decidiendo si caería como debía o necesitaba unas sogas trincadas en las ramas.

—Pero... Pero se acabó —intentó sentenciar el vinatero—. ¡Está embarazada!

Y el Cuatrohostias tuvo la certeza de que, por primera vez, veía el auténtico rostro del arzobispo.

No era aquel rostro recio y duro, con amabilidad escondida, noble, no era el rostro de un estibador del Ulla con el que compartir unas jarras donde la Juana.

Se acordó de su juventud, allá en la frontera, de aquella niñez salvaje entre moros y cristianos, todos cabrones, que se aprovechaban del desvalido.

Los buitres, grandes buitres disputándose la carroña de un cordero despeñado por un desfiladero. Aquellos cuellos sin plumas, manchados de sangre y cuajarones, aquellos ojos brillantes, el pico, como un garfio de carnicero.

Aquél era el rostro del arzobispo, el de un buitre.

Y Suero trasteó entre sus ropas hasta sacar un sencillo crucifijo de madera que se antojaba poca cosa para todo un arzobispo de Compostela.

—Se rumorea que la violaron.

Al unísono, como una bandada de pajarillos, los canónigos dieron un saltito hacia atrás. Y en la cara marcada de Lamas apareció una extraña sonrisa, como si le resultase familiar la acusación.

—Al pie del altar mayor —continuó Suero—, la turbamulta se hizo con ella, con toda una emperatriz, y se dice que la violaron.

El rostro del vinatero temblaba y Suero fingió ser maestro, un paciente maestro explicándole la lección de gramática a un alumno poco aventajado.

No engañó a nadie. El Cuatrohostias veía a aquel buitre, sacudía el pico para desgarrar un tierno pedazo de hígado.

—Durante las revueltas. Gelmírez escapó, ¡disfrazado! Pero a la muy emperatriz, a la reina de Galicia, León y Castilla, a la gran Urraca —Suero escupió los títulos como flema ponzoñosa—, a ella, casi le cuesta la vida.

Estaba a un palmo del mercader y García Rodríguez ni siquiera respiraba, empequeñecía. Ni se atrevió a ordenarles a sus matones que se hicieran cargo. Y los dos pelirrojos vigilaban a los dos jaques tras Lamas. Los unos no se fiaban de los otros y los otros de los unos.

Demasiados perros para un mismo hueso.

—Esto fue todo lo que quedó —espetó Suero.

Y enseñó aquel crucifijo.

El tono, un pellizco, sólo un pellizco más alto. Lo afilaba, preparándose para cortar.

—Esto fue todo —repitió Suero—. Nada más.

García Rodríguez, perdido, abrió sus labios, gordos y trémulos, para decir algo. Y el arzobispo no le dio oportunidad.

Graznó, como un buitre. Dispuesto a hincar su pico sanguinolento en aquella cara cebada y arrancar los ojos de cuajo.

—¡Esto fue todo lo que le quedó a mi familia! ¡¡Esto!!

Sacudió el crucifijo ante los pequeños ojos del mercader, a punto de golpearlo.

—¡¡¡Esto!!!

Tomó aire. Intentó calmarse.

—Urraca, esa Jezabel —logró bajar el tono y hablar con pausa, incluso sonrió—, bien la describió el mismo Gelmírez. Esa pérfida hija de Eva, esa mujer, esa sierpe, se cobró su venganza, vaya que se la cobró.

Y, de inmediato, con otro ridículo saltito atrás de los canónigos, Suero volvió a gritar. Tronó. Con todo el aire de sus pulmones y todo el odio de su alma podrida.

—¡¡¡Llegó mi hora!!!

Pegó el crucifijo a la frente del mercader, y apretó con fuerza. Las gorduras del vinatero blanquearon, enrojecieron, y todos oyeron el

chorro que se escapó en las sedas de su entrepierna, que cayó a sus pies, caliente y hediondo. Imposible de disimular pese al quintal de afeites de Tierra Santa.

Suero apretó. Y apretó más, hasta conseguir que García Rodríguez se arrodillase en sus meados. Estropeó algo más que la entrepierna de sus ropas de lujo.

Y el arzobispo bajó el tono, casi en una reprimenda, como si le molestase haber perdido los nervios.

—Y no voy a consentir que un mercader avaricioso —dijo asqueado—, un descreído adorador del falso vellocino, una sabandija como las que el buen Señor echó del templo a patadas, eche a perder lo que tantos años me ha costado.

García Rodríguez se derrumbó, acabó por meter las manos en los regueros de sus propios meos. Y en su frente brotaba un cardenal de rojo intenso que tenía forma de crucifijo.

—Ni Alfonso, ni su primo en Castilla. Ni ellos, ni ningún otro bastardo que lleve la sangre de esa Jezabel. Ni uno solo vestirá la corona. ¡Ni uno!

Con una sacudida, el Cuatrohostias comprendió.

San Pablo había caído del borrico. Al Cuatrohostias la verdad no lo tiró al suelo, lo coceó rebuznando como una descosida.

Su memoria señaló, aquí y allá, recuerdos que brincaron entre la oreja buena y la mala.

Las Cortes de León, a punto había estado el rey de quedarse sin el trono. Y los mercaderes que metieron los hocicos.

Y no llevaba la Corona cuarenta años pagando de más por el lapislázuli. Y no estarían esos putos maravedíes en las putas bolsas de los Traba aquí y de los Lara en Castilla. Y no se había rebelado el cabronazo del conde de Traba. Y no había atacado el maldito Portugal en tiempos del viejo rey.

Ahora el Cuatrohostias lo veía, como un jodido rastro en jodida nieve fresca. Y era el que hablaba quien había dejado aquel rastro: el arzobispo Suero.

—¡La sangre de esa perra se extinguirá!

Bramaba. Desatado. Apocalíptico. Alzando los brazos. Escupiendo condenas.

—Sepultaré ese linaje podrido. ¡A cualquier precio! Se arruinarán —agitando aquel crucifijo—. Los lincharán —a un lado y a otro—. No quedarán ni sus cenizas.

El arzobispo se detuvo. Resolló, como una bestia. Y sonrió. Y al Cuatrohostias le pareció que echaba el pico atrás y tragaba un sanguinolento pedazo de hígado.

—Puedes continuar enriqueciéndote o puedes morir...

Y, sin esperar la respuesta del mercader, el arzobispo repitió las órdenes. Y, por terribles que fueran, todos allí supieron que se cumplirían.

## XXIII

Aunque el Cuatrohostias cerró los ojos, veía a aquel buitre arrancando las entrañas del cordero. Y el cordero, aún vivo, agonizante, balaba lastimero.

Aquel sonido, aquel lamento, se lo llevaría a la tumba. Como los gritos de su hermana cuando los moros la violaron.

Y el arzobispo siguió hablando:

—Este malhablado, los dos Mateos, cualquiera que sepa, adivine o intuya —inexorable—. Cualquiera. Todos muertos.

El Cuatrohostias jamás había lamentado tanto el haberse equivocado.

—Y vais a empezar por la casa del hijo —ordenó Suero—, la quemáis.

## XXIV

Oh, discordia.

La culpa se sacudía dentro de él. Y no hacía caso. Se había vuelto rabia.

Mateo, el hijo, tomó una decisión.

Miró a aquel ángel.

Quizá podría intentarlo. Quizá podría acabarlo. Mejorarlo. Quizá. Hacer una pieza que se acercase a las de su padre. Apenas nacía la mañana y podía cumplir con su palabra. Unos martillazos más.

Miró a aquel ángel. Y tomó una decisión. Una decisión cobarde.

—*Maledito.* Ojalá te enculen todos los demonios de los infiernos.

Pateó los cinceles, las piedras sueltas, la maceta. Lo pateó todo.

—*Itoiz.* No. No como él. Veré crecer a mi hija.

El ángel no contestó. Ni siquiera se indignó. Se quedó donde estaba. Pero Mateo no necesitaba una respuesta. Ya las tenía todas. Equivocadas. Pero las tenía.

Cogió entre sus manos aquel dibujo sobado, lo rompió en mil pedazos que cayeron como nieve en verano. Se derritieron sobre las gravas, los hierros y los martillos, en aquel almacén que había sido música.

—No seré mi padre.

Y sacó de la gamuza aquel cortaplumas y aquella llave.

Salió. Con un destino en mente. El palacio del obispo, los viejos establos, por allí andaría el Cuatrohostias, le daría al capitán las pruebas de que su padre era un asesino.

—Un asesino y un loco —dijo ya en el pórtico, como si el ángel aún pudiese oírle—. *Demenció.*

Como si el ángel pudiera oírle y aquella culpa que sentía no. Caminaba con prisa, a grandes zancadas. Eran apenas unos pasos.

Así, solo, como si las piedras escuchasen, también hablaba su padre.

Discordia.

## XXV

El único que los vio fue un palomo que se atusaba las plumas en lo alto de una gárgola, una de aquellas a las que Hidacio chillaba.

Se acicalaba esperando un día de amoríos y, feliz, se cagaba impúdicamente en las calles de Compostela, encendido con el amor que anunciaba la llegada del buen tiempo.

Su única preocupación eran los halcones que anidaban en las nuevas torres de la catedral.

Del mercado de peregrinos y de las tabernas conseguía comida más que suficiente. Estaba gordo y lustroso.

Y paseó arriba y abajo, por la espalda de aquel hombre que algún cantero había tallado para que abriera bien las cachas y dejase escapar la lluvia como una diarrea galopante.

Y él fue el único que los vio.

Los conocía a ambos, por supuesto, quién no conocía en toda Compostela a los dos Mateos, padre e hijo. Los canteros.

A uno lo vio cuando subía por la espalda de aquel hombre hecho en piedra y colgado a treinta varas del suelo. A otro cuando bajaba hacia aquellas nalgas bien abiertas.

Uno iba. Otro venía. No se cruzaron.

El apóstol intentó el milagro, eso hubieran creído algunos. Y otros hubieran asentido, y hubieran dicho que el mismísimo demonio había evitado que padre e hijo se encontrasen.

No se cruzaron.

Ni siquiera se vieron. Padre e hijo no llegarían a saberlo jamás. Habían estado a punto de encontrarse.

Si lo hubieran hecho, quizá, sólo quizá, todo hubiera sido distinto.

*Cousa do demo.*

# Ángel y gorrión



## I

No quería ser su padre. Sin embargo, cada día se parecía un poco más.

Entre zancada y zancada el hijo llevó la mano a la bolsa, como tantas veces había hecho el padre.

Un palomo, subido a una gárgola, a treinta varas de altura, lo vio trastear con desesperación. Palmearse la cintura, rebuscar en la bolsa, dejarse llevar por el ansia.

—La concha...

La bolsa estaba vacía.

Dio la vuelta sobre sus pasos, con prisa. Echó a correr. No volvería jamás a pisar la catedral, nunca, jamás, en toda su vida, por nada del mundo, pero ahora, ahora, tenía que regresar.

Aquella concha era para su hija.

## II

Hacía demasiado. Tanto que dolía.

Hacía demasiado tiempo que no se despertaba con esa agradable tibieza. Sin más prisa que la de estirarse y bostezar.

Volvía a marchar bien. Por fin.

No del todo. Aún tenían mucho de qué hablar. Qué había dicho él.

—Un joven y un anciano...

Bostezó, aún parpadeando, molesta por la luz que se colaba en el herbolario.

—¿Cómo dijiste que se llamaban?

Aldonza hizo la pregunta mientras abría los ojos, buscando a Mateo con la mano.

Y en un catre tan pequeño era imposible que no lo hubiese encontrado ya.

—¿Mateo?

La tierra se abrió, cayó de pronto en un pozo. Regresó el frío. Y el miedo. Y odió la familiar sensación que la envolvió. Llevaba tantos años en aquel pozo.

Siguió palpando, incapaz de creer que ya no estaba. Ahogándose en aquel maldito pozo en el que llevaba años ahogándose.

Palpando como su hijo palpaba, en ese instante, la bolsa en su cintura.

—¡¿Mateo?!

Entró el frade Gutierre, con dos tazones de leche recién ordeñada en los establos del monasterio y comprendió, de inmediato, que algo iba mal.

—Se ha ido...

Esas primeras palabras de Aldonza fueron un lamento, se le atragantaron. Las siguientes, un torrente desbordado que salpicó noches de helada, melodías imposibles, pactos con el diablo y, por

encima de todo, miedo. El miedo sobre el que Mateo le había hablado. Y el miedo de Aldonza.

Y el frade ya la tenía en sus brazos, intentando que pasasen el temblor y las lágrimas, susurrando, porque no sabía qué otra cosa hacer, que todo iría bien y, cada vez que el hipo rompía las palabras de Aldonza, el herbolario sentía una pena tan honda que pensó que jamás podría levantarse.

—¿Qué es eso?

El frade Gutierre se sintió mal de inmediato. Torpe. Desconsiderado. La había interrumpido cuando debía consolarla. Pero no había podido evitarlo.

La dejó en el catre, como si depositase un vaso lleno a rebosar, y se acercó a la enorme mesa, que no estaba como él la había dejado la noche anterior.

Y volvió con algo en las manos y una pregunta por contestar.

## III

—Mateo...

Eso fue lo que dijo Aldonza, en una agonía, bajo tortura. Y el frade, confuso, tuvo que preguntar.

—No, no —aclaró Aldonza—. Nuestro hijo —con un hilo de voz.

Y señaló aquel papel que, por un lado, tenía notas sobre una receta con aceite de enebro y bayas de espino, y un garabato propio del aburrimiento, y que, por el otro, guardaba un dibujo.

Gutierre entendía de hierbas, pero también de almas. Y lo supo, no lo entendió, las almas no siempre se entienden, casi nunca se entienden...

No lo entendió, pero lo supo, lo supo con tanta certeza que su corazón ganó peso. Ella tenía razón.

—Ha ido a buscar a Mateo —balbució Aldonza—. ¡Ha ido a buscarlo!

El frade lo supo. Había urgencia, peligro. Algo terrible iba a suceder. Y todo su ser le gritaba que ella estaba en lo cierto.

—Algo va a pasarle —insistió.

Sus ojos, los de ella, los dos del color del ámbar de los orfebres, ojos que ahora, por primera vez en años, brillaban con vida, rebosaban pánico. Como los del dibujo. Los pequeños ojos del dibujo vibraban con terror. Con cansancio. Era un dibujo maravilloso. Encogía el alma. Las espinas, afiladas como la corona del mismo Cristo, listas para apuñalar. Vibraban. Como si el viento hubiera quedado prisionero en el papel.

—¡Vamos!

Ella se ponía en pie, se dirigía a la puerta.

El frade tropezó, con la sorpresa, con sus propios pies. Pero la siguió, ¿qué otra cosa podía hacer? Y el papel quedó atrás, meciéndose como una hoja otoñal.

Por un lado, los garabatos de una receta. Por el otro, un dibujo.

Cayó sobre el catre. Se posó.

Un gorrión, agotado, lleno de miedo. Trazos de carbón del hornillo donde calentaba sus tisanas el frade. Un gorrión, frágil, a punto de romperse como una rama bajo la nieve. Intentaba posarse y no había otra cosa que la maraña de un espino. Furioso. Erizado con líneas donde el carboncillo había apretado hasta rasgar el papel.

Entre las afiladas espinas y el pajarillo una mano.

Una mano igual de cansada, una mano a punto de quebrarse. Una mano que se ofrecía a recogerlo.

Una mano rajada por las cicatrices.

# IV

Había restos de las canteras, y de las obras de la catedral, grandes y pequeños, como en los viejos humilladeros de las antiguas costumbres.

Y la ciudad se veía a lo lejos, más allá, vistiéndose de amanecer.

El rey Alfonso era ya un hombre. Era padre. Y en la barbilla tenía una barba que ya no bastaba con afeitar los domingos y las fiestas de guardar.

Se había endurecido. Las traiciones, el poder, la ambición lo habían tallado, como a la piedra, bajo el peso de la corona. Y, como con la piedra, había pagado el precio.

—Es un avispero.

Una voz familiar a sus espaldas. La voz de uno de sus capitanes. Un atajador, el mejor de ellos, uno que juraba que había aprendido con un loco escapado del silo de Alarcos.

—Ha habido muertos.

Llevaban dos días allí, en el alto que llamaban del Milladoiro, esperando el momento oportuno de entrar en la ciudad para consagrar la maldita catedral que estaba arruinando a la Corona de Galicia y León.

Tenía el rey la herencia de su padre en el rostro y en las maneras. Se había vuelto un hombre corpulento, con la voz gruesa, con el rostro curtido. Y aquella expresión, la misma que su padre, de fiera con hambre y enjaulada.

Y su capitán, a quien le faltaban dos dedos en una mano, que tenía un lado de la cara atravesado de cicatrices, las que había dejado la grava cuando una caída del caballo lo arrastrara en medio de los castellanos por más de cien pasos, su capitán acabó por decir lo que, hasta entonces, no se había atrevido a decir.

El rey Alfonso lo conocía bien, a su capitán, y la preocupación le bailaba en la voz.

—Habrá castellanos. Podrían intentar algo.

El rey, sin volverse, con los brazos cruzados sobre la túnica, donde fieros leones paseaban por su pecho, contestó abriendo apenas la boca, por la comisura de los labios, con el ceño fruncido.

—¿Y qué diría el cabrón de mi primo?

Lo de su capitán era la guerra, no la política. Y su capitán calló. Y el rey volvió a hablar:

—¡Vamos!

## V

Antes de salir de las cuadras, tenía una catedral que consagrar y una conjura que tejer, el arzobispo le dejó a Lamas una última orden.

—El rey lo nombró maese...

Había dejado Suero que las palabras se hundieran y, cuando llegaron al fondo, sin que aquel hoyuelo se moviera, remató.

—Lo quiero colgando, como a su padre.

Y el jaque, con el trapajo sucio en las manos, pensaba qué lugar sería el mejor para ahorcar al cantero antes de atar la mordaza.

—De una de las torres —se dijo el tuerto a sí mismo.

Se rio con aquella risa suya de fuelle roto. Que era todo aire. Y meneó los dedos de la mano, como las piernas del muerto bajo el dogal, de un lado a otro.

Le gustaba su trabajo.

—Tu padre era sarraceno —escupió el Cuatrohostias, incómodo, casi sin aire por culpa de que se le clavaba en las tripas el espinazo del borrico—, tu madre, una hechicera mora de las que ululan como

putas rapaces mientras le cortan los huevos a los moribundos. Y tú —una pausa cargada de odio— eres un cabrón de mierda. Tenía que haber acabado contigo hace veinte años, cuando lo de aquel panadero.

Se habían quedado solos.

El gordo y sus pelirrojos iban camino de la casa, para quemarla.

—Que ella esté dentro. Y que parezca que han sido los castellanos —había ordenado el arzobispo.

Los dos jaques iban camino de la catedral, de aquel almacén donde se terminaba la última pieza, como toda Compostela sabía. Buscaban a Mateo, al hijo.

Y Lamas se encargaría de ir a por el maese al herbolario de Antealtares. Pero antes tenía que ocuparse del capitán. Una última tarea antes de asuntos más relevantes.

—En cualquier esquina —había ordenado el arzobispo—. Castilla, quién sino se atrevería a asesinar al capitán del obispado de Compostela.

Así que los dos jaques habían puesto al Cuatrohostias encima del borrico que compartía cuadra con los sementales, y se habían marchado.

A lomos del animal, tirado como un fardo, el capitán mordía las maldiciones que le cruzaban el ceño fruncido.

Iba a morir.

Y había sido un imbécil.

Lamas se acercó con aquel trapajo en las manos, sucio de la grasa de oso para lustrar la guarnicionería, iba a amordazarlo.

La cicatriz que le partía la cara brillaba y, aun deforme, la sonrisa anunciaba su buen humor.

Al Cuatrohostias le hervía la sangre, y no pensó lo que hacía.

Lo hizo.

Sin pensar que, casi seguro, saldría mal.

Las manos de Lamas se acercaron con aquel trapajo grasiento. El capitán alzó el rostro, lleno del tufo a paja y cagajones que impregnaba el pelaje gris del borrico.

Iba a mandarlo a tomar por saco, a freír espárragos, a que se sentase en su propia daga.

Y cambió de idea.

## VI

Mordió. Con todas sus fuerzas, como un perro rabioso. Mordió la mano del tuerto con una dentellada salvaje. Y, cuando Lamas se echó atrás, con una maldición llena de eses y salivazos, el Cuatrohostias mordió también el flanco del borrico, en la tierna carne entre las costillas. Se llenó la boca de pelo sucio y suave, del sabor a cuadra y mierda, pero mordió, tan fuerte como pudo.

El borrico rebuznó como si el mismísimo diablo se le hubiera metido por donde el rabo hacía sombra. Se sacudió como un poseso. Pateó. Brincó. Empezó a soltar coces.

Una se estampó en uno de los postes que aguantaban la media altura donde se almacenaban fardos de heno, y llovió dentro de las cuadras, llovieron chinches, pulgas, pajuelas y hasta un ratón que, con un gemido asustado, salió corriendo hacia una esquina, entre los cascos de los sementales.

El Cuatrohostias cayó al suelo. Se mordió la lengua. Se le escapó el aire de los pulmones con un silbido ronco y un crujido. Como poco, lo supo enseguida por el brutal dolor, se había partido dos costillas.

—¡Te voy a...!

Las eses y los salivazos se frenaron en seco. Lamas no llegó a terminar. El borrico, enloquecido, lo alcanzó.

Una coz se estampó en los riñones y lo envió volando, como un pelele, contra la puerta de una de las cuadras. Los sementales piafaron, relincharon y patearon también.

El borrico salió por el portón como la más noble carga de caballería que jamás hubiera visto el Cuatrohostias, salió de las cuadras como si llevara encima al mismísimo Mio Cid, con la espada desenvainada y cargando contra los moros en aquella leyenda de Bairén.

Y el capitán reaccionó de inmediato.

No fue heroico. No tuvo gracia. Y tampoco honor.

A ridículos saltos, con los pies aún atados, con un lamento en cada uno por culpa del costillar roto.

Y ni siquiera empuñaba hierro. Le cayó encima a Lamas, de cualquier manera. Con un gruñido. E intentó estrangularlo con las manos atadas.

En los callejones de Compostela hubo pilluelos regañando por un mendrugo que pelearon con más gallardía que aquellos dos hombres curtidos.

El rostro de Lamas enrojeció. La cicatriz palideció. Luego al revés. El único ojo abultó los párpados, como un hongo a punto de brotar en el suelo del bosque. Y un rodillazo estuvo a punto de castrar al Cuatrohostias, que tuvo el mérito de aguantar y de seguir apretando.

Aquel cabronazo se empeñaba en seguir vivo. Aún respiraba.

Y las manos del Cuatrohostias resbalan en aquel pescuezo de anguila.

Se escupieron, se insultaron. Terminó por cogerlo del pelo y sacudir. La cabeza de Lamas se estampó contra una bosta que

amortiguó el brutal golpe. Pero el Cuatrohostias insistió.

Una y otra vez.

Salpicando mierda y sangre.

Cabellos sueltos se enredaban en los dedos, sudorosos, pegajosos de mierda y sangre.

Pero, mala hierba nunca muere, y Lamas no sólo había encontrado fuerzas para el rodillazo, intentaba agarrar las muñecas del capitán para detenerlo.

# VII

La mañana, recién nacida, como anunciaban los gallos que cacareaban por las huertas, se vestía de lujos, como si supiera que por fin iba a consagrarse la catedral de Compostela.

Era un día que se recordaría hasta el fin de los tiempos. Y la mañana, azul, brillante, chispeante incluso, quería estar a la altura.

Los dos pelirrojos se habían criado en Londres, en las cercanías de San Botolph y habían salido de la miseria de las calles a base de picardía. Habían aceptado aquel trabajo en Compostela porque ambos sabían que, si volvían a pisar Inglaterra acabarían ajusticiados. Sin orejas, sin nariz, y ahorcados.

Pero estaban a gusto en aquel rincón del mundo. La mayoría de las veces el trabajo era fácil. Aunque hoy no lo sería.

Bastaba ver al jefe.

Con las piernas bien abiertas, estorbado por sus gorduras, García Rodríguez caminaba. Y rezaba. Desde que saliera de las cuadras de Nathanael no había dado un paso sin murmurar avemarías, paternóster o kirieleisón.

Su rostro poco tenía que ver con el tópico de los hombres a los que la comida ha regalado, en teoría, satisfacción y buen humor.

Era un ánima penando por las calles de Compostela.

Y lo fue hasta que dobló la última esquina.

Lo hizo y se le cayó el último amén al suelo.

Dobló la esquina y frenó en seco. Retemblaron sus gorduras. Entrecerró los ojos.

Y dio un tímido paso atrás, para mirar calle arriba y descubrir a sus hombres unos pasos más allá.

Su rostro se llenó de ansiedad.

Se volvió a asomar a la esquina, como un chicuelo espiando tras una puerta.

Y dejó escapar un susurro entre sus gordos labios.

—Corre, apresúrate, corre...

Repitiéndose, incapaz de ser breve.

El ceño fruncido y las prisas pintadas en las cejas juntas, todo el rostro engurruñado como masa entre los dedos del panadero.

Miraba más allá de la esquina, y miraba de nuevo a sus espaldas, contando cada paso de los pelirrojos, y volvía a mirar más allá de la esquina.

Sus dos hombres a punto estuvieron de estamparse contra sus gordas espaldas, García Rodríguez dio el siguiente paso justo a tiempo de evitar el choque y, cuando lo hizo, su rostro había cambiado por completo.

Ahora sí que irradiaba aquella imagen de gordo feliz.

—Apuraos, daos prisa, hay que hacerlo antes de que empiece a pasar gente de aquí para allá, ¿tenéis pedernal? Vamos, daos prisa. *Come on! Hurry up!*

# VIII

Llegó sin aliento. Corriendo. Y pasó bajo el pórtico sin echarle siquiera un vistazo, pero se detuvo en seco, como no mucho antes había hecho su tío en una esquina que estaba a apenas cien pasos.

Mateo, el hijo, tuvo que pensar para volver a respirar.

—¿Qué haces aquí?

# IX

Una y otra vez.

Mierda y sangre.

A horcajadas, como una fulana haciéndole un trabajillo. Y aquel sonido como el de pisar las uvas en la barrica.

Las manos de Lamas jamás llegaron a destino. Nada pudo hacer.

Los ojos perdidos, aquella boca, rota, entreabierta, los brazos caídos. Ya estaba muerto, pero el Cuatrohostias siguió. Y siguió.

Esparciendo mierda y sangre en todas direcciones. Gritando, tan poseso, tan alto, como los rebuznos del borrico.

No fue heroico. No tuvo gracia. Y tampoco honor. Pero Lamas estaba muerto.

Aún golpeó aquella pulpa, astillas de hueso, sesos. Golpeó tres veces más y cayó derrotado en la paja, envuelto en relinchos. En barullo, en muerte.

Y el borrico, lastimero, en el patio más allá de las cuadras, coceaba y rebuznaba jurando que jamás volvería a dejar que le echasen encima un fardo como aquél.

El Cuatrohostias se hubiera quedado allí para siempre. O se hubiera ido a la mancebía de la Juana para sacar a Lambra de la

cama y estamparle un beso en los morros.

Habría hecho cualquier otra cosa.

Y entonces morirían inocentes.

Sacó voluntad de donde no la había. Revolvió en el cadáver, sin ascos a la sangre, a los sesos, al único ojo que le quedaba, que ya era igual que el de una lubina del mercado de Mazarelos, cubierto de niebla.

Se hizo con aquella daga que valía una fortuna y que, tan bien como el modesto trabajo de cualquier herrero de Ouria, sirvió para cortar las ligaduras de manos y pies.

Tenía muñecas y tobillos en carne viva.

—Me cago en las putas palmeras de la puta Meca.

## X

Se toparon de bruces.

Aldonza le metía prisa a frade Gutierre, y frade Gutierre se recogía el ruedo del hábito, para hacer lo que no había hecho en treinta años, correr.

Y no chocaron para acabar todos en el suelo porque ella, incapaz de dar un paso más, se había detenido, doblada, entre jadeos laboriosos.

A Gutierre se le quedó cara de lagartija a la que se le escapaba una mosca.

Y Aldonza, con más templanza, tomó las decisiones que al frade se le escapaban. Y tomó las correctas, sin saber que el hombre que debía estar en camino hacia el herbolario de Antealtares, el que los hubiera degollado a todos después de no encontrar a maese Mateo,

estaba muerto en las cuadras de Nathanael, en un charco de mierda y sangre. Y sus propios sesos.

—Pide ayuda —ordenó Aldonza—. Que calienten agua.

El frade, estupefacto, no reaccionó.

Pero Aldonza ya le ofrecía una mano a Elo. Sería su bastón hasta los catres junto a la larga mesa de hierbas y ungüentos.

—Date prisa, muévete —instó al fraile—. Harán falta trapos limpios. Aceite...

Encogida por el dolor, con pasos que eran agonía de tan pequeños, Elo la miró como hubiera mirado a la misma Virgen aparecida en un milagro.

—Calla, tranquila —le susurró Aldonza, y volvió a gritarle al frade —, ¡aceite!, ¡O grasa clarificada!, ¡bien limpia!

Se la llevó, pero, mientras las dos mujeres avanzaban, Aldonza echaba el rostro atrás, hacia la puerta, hacia la calle, con los ojos bañados en lágrimas.

Tenía que estar allí, iba a ser abuela. Pero también tenía que estar con su esposo. Y su hijo. Algo terrible estaba a punto de suceder.

Y sólo podía hacer una de las dos cosas.

—¡Vamos! Agua a calentar, trapos, grasa. Y ordénale a algún novicio que busque a una partera, yo cubriré los gastos. ¡Vamos!

Encogida, a punto de caer cuando una contracción la sacudió, Elo miró hacia arriba, hacia su suegra.

—Algo va mal —gimió entre dientes apretados—, duele mucho.

## XI

—Tengo que acabar. *Xido finar eu.*

El hijo vio los ojos, uno de cada color, a punto de salirse de las órbitas. Y la frente trenzada de arrugas, los cabellos revueltos, las dos palmadas seguidas.

—*Xido finar, xido finar.* Yo tengo que acabarlo, ¡yo! No puedes hacerlo tú, ¿no lo entiendes?

Allí estaba el padre, junto al ángel, lo arrastraba por la catedral para colocarlo al pie del parteluz, él solo lo había sacado del almacén. Tiraba de unas sogas que le había atado, lo hacía rodar sobre maderos untados en grasa.

—¿Padre?

Podía palpar la angustia de su padre. Un hombre, lo que quedaba de un hombre. Desquiciado. Gruñía, protestaba, se descarnaba las manos tirando de aquel ángel de piedra.

Y le hablaba.

Sinsentidos. Estupideces. Pero no callaba.

Y persistía en aquel esfuerzo para el que hacían falta dos hombres fornidos. Él solo.

Y no era ya bastante locura.

Miró hacia el interior de la catedral, más allá del coro, con la esperanza de no descubrir a algún peregrino mirando. El hijo sentía vergüenza.

Acaso no había intentado destruirlo unos días antes. Acaso no había destrozado al apóstol Santiago. Acaso no había querido despedazar el pórtico. Echar abajo la catedral. Prohibir la entrada a los peregrinos, trancar las puertas.

Y ahora quería ser él quien colocase la última pieza, robarle el derecho al rey durante la consagración.

—¡¿Padre?!

—Vendrán, vendrán. Tengo que hacerlo yo. *Xido finar.* O vendrán. Vendrán a por ti, *entileges*?

Jamás lo había visto así, y hubiera querido no tener que hacerlo.

Pero no se acercó, no intentó detener a su padre, no quería saber nada de su padre. Más aún, ya no era su padre. Era un asesino, tenía el cortaplumas, la llave, podía probarlo.

## XII

Piedra contra piedra. El ángel se quejaba en agonía, chirriaba para acompañar la locura del hombre. Había descabalgado de los maderos engrasados.

Piedra contra piedra.

La mañana, aún tímida, se colaba por las arcadas de la tribuna y espantaba las sombras de la nave principal. Y aquel sonido, que pelaba los labios y hacía asomar los dientes, aquel chirriar del ángel arrastrándose estallaba, se hacía eco, rebotaba una y otra vez en el coro, donde debería haber sonado la música. Aquél tendría que haber sido su lugar. La música. Sus dedos estaban hechos para cuerdas y teclas, no para cinceles y martillos.

El hijo se mentía.

El padre no podía callarse.

—Lo he visto yo. *Vin, vin, soñei.* Me lo mostraron. He de cumplir el pacto.

Otro tirón, otro chirrido.

—*Xido cordar.* He de cumplir. Dieron y pueden quitar.

El ángel se tambaleaba. Amenazaba con descarriarse. Con caer.

—Tengo que terminar. Yo. —El padre, rápido, balbuceando, entre resuellos—. Yo. No puedes hacerlo. *Itoiz.* Yo hice el pacto.

Y aquel ángel de piedra, del que tiraba el padre, el que había tallado el hijo, no sería el primero de los ángeles caídos.

—Fui yo. Yo. *Eu!* He de terminar.

Y miraba su mano, la que llevaba el precio de aquella noche de helada. Y las cicatrices de las astillas. Y miraba a todos lados, e inclinaba la cabeza como un chucho, y callaba, y escuchaba, como si lo llamasen y no supiera quién.

—¡Basta!

Gritó el hijo. El padre no escuchó. Siguió tirando de aquel ángel.

—¡¡Basta!!

Insistió el hijo. Le respondió otro de aquellos terribles arañazos que erizaban el vello, que encogían el escroto.

—¡¡¡Basta!!!

Se desgañitó el hijo. Pero, el padre no se detuvo. Siguió jalando bajo la maraña de pelo. Con el alma colgando a sus pies y la locura zumbando.

Dos palmadas.

—Vendrán. Si tú *finas*. Vendrán. No puedes terminar, *itoiz*, no puedes, vendrán, a por ti. A por Elo. A por el bebé. *Virán.* Os llevarán.

Escupía con cada palabra, continuaba tirando. Crujir de dientes. Piedra contra piedra. Discordia.

Oh. Discordia.

—*Non entileges.* He de terminar yo. Yo. Vendrán. Si no remato, vendrán.

El hijo, sorprendido.

—¿Cómo sabes que Elo...?, ¿quién...?

El padre no escuchaba.

—Yo terminaré. Marchaos. *Ide.* Marchaos.

Oír el nombre de su esposa. Su hija por nacer. Lo cambió todo.

El hijo perdió las fuerzas y se acercó. Arrastrando los pies como los arrastraba el ángel. En el barro del dolor. En las espinas de la

amargura.

Tuvo que sujetarlo como a un gato furioso. Apartando el rostro. Vigilando las garras. Tuvo que sujetarlo para retenerlo.

—Padre, nadie va a venir. No tienes que terminar nada.

Lo vio en el fondo de aquellos ojos, uno de cada color, lo vio, un destello de esperanza, la ilusión de un niño que le enseña sus dibujos al padre. Lo vio, con claridad, al final de la luz de la mañana, que se colaba en la catedral y pintaba aquellos dos colores, oro y azul, uno claro y otro oscuro.

Su padre quería creer.

—*Itoiz?* ¿No vendrán?

Casi una súplica. Dolía. Arañaba el corazón.

—*Dixeron...* Pero ellos, la música...

El padre balbuceaba, miraba a todos lados, forcejeaba entre sus brazos.

—Cogí la maceta. O *fierro.* Acepté. Y los tres arcos... La música.

Miraba a todos lados. Y lo que más le dolió al hijo fue ver el destello de sonrisa que cruzó el rostro del padre cuando los ojos, uno de cada color, pasaron por encima de la espléndida Virgen que coronaba el coro. El hijo también la había reconocido.

—¿Vendrán?

Ya no forcejeaba.

—No, padre. No vendrán —con dulce firmeza—. No existen —ahogando un lamento—. No vendrán.

—¿La piedra? Ellos... *Cabancas?*

No tenía la concha. No había llegado. Pero aún tenía la llave y el cortaplumas. Si se merecía alguna condena, ya había caído en ella.

Ambos miraron en la mano del hijo. Que aún no tenía cicatrices.

El padre tembló.

El hijo lo sujetó.

—Fui yo. ¿Fui yo? Acepté. *Cabanquei...*

Y el hijo no supo responder. No supo siquiera si importaba la respuesta.

—Yo no... Yo... Quería... *Procurei...*

Aquel hombre, su padre, se deshacía, se convertía en locura.

—Arrio... Yo intenté, *eu*... Yo quería...

Ya no importaba. De qué iba a servir. Si lo había hecho, si los había matado, no había pagado ya un precio terrible.

Tenía en una mano a su padre. En la otra una llave y un cortaplumas.

Tenía en una mano a un hombre. En la otra su destino.

—*Entileges?* Yo quería borrar... ¡Diecinueve! Quería un mañana, ¡para tu madre!, ¡¡para ti!!

Un hombre. Su destino.

El hijo lanzó aquellas dos maldiciones, lejos. Tan lejos como pudo. Rebotaron por las piedras de la catedral, como piedras en una laguna. Se perdieron en las sombras que la mañana no había deshecho.

El padre no lo entendió. Una palmada. Dos. Discordia.

—¿Vendrán? Tengo que protegerte. *Xido.*

El hijo sacudió el mentón. Negó.

—Tengo. *Xido. Mea culpa. Xido.*

Un último arrebato, sujetando la túnica del hijo.

—He de terminar —ya sin fuerzas, lleno de dudas, quería creer—. He de terminar yo. Vendrán a por ti, a por ella, a por la pequeña. Vendrán. *Virán.*

Luchaba contra el miedo y perdía.

—Tengo. Yo. La maceta —una mano débil señaló el almacén—. *Mea culpa.* ¡Acepté el trato! Estoy maldito... *Maledecido son!*

El hijo miraba más allá del coro. En algún lugar quedaron perdidos la llave y el cortaplumas. Ya no importaba.

—No vendrán. Tranquilo.

El hijo fue hogar para el padre. Y el padre se refugió. Necesitaba resguardo de la tormenta. Y el padre creyó. Creyó. Y verlo partió el corazón del hijo. Lo partió y pisoteó los pedazos.

—No vendrán —repitió el hijo.

Habían pasado los años. El hijo tenía las respuestas. El padre las preguntas. Las tornas habían cambiado. Y dolía.

Oh. Discordia. Dolía.

—No vendrán.

Y se sacudió de pronto. Todo se perdió. Los ojos, uno de cada color, se espantaron como los de un caballo. Dos palmadas. Se ahogaba. Intentaba respirar. El pelo barrió su rostro. El miedo galopó. El terror.

La mano se alzó. El rostro se inclinó. Buscaba aquella música endiablada, dos melodías que se hacían una.

El padre gritó:

—*Viñeron.* ¡Están aquí!

El hijo no le creyó. Debería haberlo hecho, pero no le creyó. ¿Cómo podía creerlo?

—*Chegaron. Viñeron por min.* ¡¡Están aquí!!

El padre balbucía, lanzaba espumarajos.

El hijo iba a negar, pero tuvo que mirar, mirar hacia donde señalaba aquella mano.

—Acab y Acaz.

## XIII

El padre los vio.

Una vez más. Y venían a cobrar su precio. Lo supo. Una certeza que le apuñaló el pecho.

Sólo podía hacer una cosa.

—¡Son ellos!

Los vio. Eran Acab y Acaz. El joven y el anciano. Eran el mismo diablo. Había vendido su alma para domar la piedra y ahora tenía que pagar.

El precio.

Estaban allí. Caminaban hacia ellos, con aquel maldito organistro entre las manos, llenos de sonrisas de sierpe, impolutos, barbas limpias y peinadas, ropas sin un remiendo.

Estaban allí. Y no se irían con las manos vacías. Le habían regalado su maestría, le habían enseñado cómo levantar la más bella de las catedrales. Tenía que pagar. La piedra siempre exigía un precio. Y el diablo también.

Sólo podía hacer una cosa.

—¡Llevadme a mí! ¡Fui yo! ¡Yo acepté! *Eu!*

Sólo podía hacer una cosa.

Y el padre la hizo.

## XIV

El hijo los vio.

El hijo se volvió, tenía que mirar. Estaba convencido. No encontraría a nadie, sólo una prueba más de la locura. Y, sin embargo, allí estaban, dos hombres. Armados. Con los hierros en la mano, con la muerte en la mirada.

—¡Son ellos!

No eran un joven y un anciano. No eran antiguos reyes de Israel. Pero sólo el hijo lo sabía.

—¡Llevadme a mí! ¡Fui yo! ¡Yo acepté! *Eu!*

No pudo hacer nada. El padre se lanzó. Se le escapó de las manos como agua.

El hijo no pudo evitarlo.

# XV

El padre se escapó. Abrió los brazos, protegió a su hijo. El destino de su hijo. De su nuera. De su nieta. Y se lanzó contra todo aquel hierro.

—¡Padre!

Se le encogió el alma. Porque era un loco. Un loco regalándole verdad. La verdad más bella. La única que importaba. Era un loco. Pero un loco dispuesto a sacrificarse por él. Dispuesto a morir.

—¡¡Nooo!!

Y había dudado de él. Y había llegado a odiarlo y su padre estaba dispuesto a entregar lo único que le quedaba. Antes que sus piedras, antes que su catedral. Cualquier cosa. Lo único que le quedaba: su vida.

—¡¡¡Nooooo!!!

No sabía quiénes eran. Pero sí sabía qué hacían allí. Sin preguntas. Sin dudas. Saboteadores. Castellanos. Rebeldes. Lo que fueran. Con la muerte desenvainada y los rostros de quien trenzaba oficio con una daga en la mano.

Iban a matarlos.

No eran un joven y un anciano. Los dos calzaban cuarenta. No eran músicos, eran jaques hechos al cuchillo.

Se miraron, sonrieron, echaron los codos atrás, doblaron las rodillas, el loco se les echaba encima, iba a ensartarse él solo.

Iban a matarlos.

Primero al padre. Y luego al hijo.

# XVI

Encogido, como si se hubiera puesto de parto. Incapaz de arrancar de la garganta uno de aquellos gargajos suyos, cada vez que lo intentaba el costillar roto le daba una seguidilla de puñaladas. El Cuatrohostias salió de casa del prestamista, cojeando.

El borrico seguía rebuznando a sus espaldas. Allá en el patio.

Tenía que tomar una decisión.

—Me cago en los putos huevos del puto profeta.

Le dolió hacerlo, las costillas, pero levantó la vista por encima de los tejados. Y descubrió el humo negro y espeso. Humo como el de un sacrificio bíblico. Humo que escapaba de los infiernos.

Supo de inmediato de dónde venía.

—Me cago en ese puto gordo cabrón de mierda, ¡me cago en su puta madre! ¡¡Y me cago en la puta leche que mamó!! ¡¡¡Hijo de la gran puta!!!

Seguía teniendo que tomar una decisión. Una de las respuestas ardía, para siempre.

—¡Nunca mujeres!, ¡nunca niños! Ni siquiera con los putos moros... ¡Me cago en la puta!

Ésas habían sido las palabras de uno de sus capitanes, tantos años atrás, cuando, bajo órdenes navarras, se había metido en aquel mierdero de Alcántara.

—¡Gordo cabrón!

Blasfemar no hacía más fácil la decisión. Y el tiempo, el Cuatrohostias lo sabía, corría en su contra.

Tenía que elegir.

El Cuatrohostias suponía que los jaques del prestamista se habían dividido. Uno para el padre. Otro para el hijo. No podía saber que el tuerto de los cojones se había quedado el trabajo fácil, el del loco.

Lo miró, entre la mierda y la sangre.

—Ahí te pudras, cabronazo.

Y miró a un lado. Y miró al otro. Tenía que elegir. O salvaba al hijo o salvaba al padre. No podría hacerlo con los dos.

Llegaría tarde, cuando ya sólo podía hacerse una cosa.

Y desnudar la verdad, contar lo descubierto, serviría de poco.

La verdad no podía echar el tiempo atrás.

## XVII

Se le heló el corazón. Comprendió, y cayó en el frío. La helada lo envolvió. Se le heló la sangre, y el corazón, y no hicieron falta cuñas de castaño para partirlo en mil pedazos.

Lo estaba protegiendo. A él. A Elo. A la pequeña. Su padre, el hombre al que no le había quedado otro remedio que odiar, iba a luchar contra el mismísimo diablo para protegerlo a él, a su familia.

No eran Acab y Acaz. Pero sí lo eran para él.

Aquel loco iba a dar la vida por él.

Y Mateo, el hijo, reaccionó.

Y sucedió lo inevitable. Ni el padre ni el hijo eran hombres de armas. Los otros dos llevaban toda una vida desfilando con acero en las manos.

Su padre se lanzó sobre aquellos dos, gritando como un poseso, mordiendo, golpeando, intentando atraparlos, queriendo llevárselos. Alejarlos de allí.

Una de las dagas le rajó la cara, la otra un brazo. Y no se detuvo. Se revolvió, gruñó, gritó una vez más. Nunca dejó de gritar. Hasta romperse la voz.

El hijo reaccionó.

Se enzarzaron. Fue rápido, fue sucio. Las manos de todos conocían el hierro, pero unas habían dado vida, otras la quitaban.

Además, ni el padre ni el hijo podían saber que uno de aquellos dos era el pequeño Félix, aquel rapazuelo, el único al que, en toda su vida en las obras, el maese Mateo había echado de los talleres, al único al que no pudo reconducir jamás por el buen camino.

Félix llevaba aquella espina clavada, tan honda que dolía respirar.

Y pensaba cobrarse la venganza. Aquí. Ahora. Esa mañana en la catedral.

## XVIII

Se emparejaron.

Sin saberlo, el padre se enfrentó a aquel esportillero al que no le había preguntado si era o no ladrón.

El hijo quedó atrapado entre los brazos del otro.

Duró un suspiro. No hubiera dado tiempo de terminar una avemaría y, sin embargo, se hizo eterno.

De pronto ya no veía a su padre, de pronto sólo sentía los golpes que daba la mano que no tenía el puñal, y ésa, la que tenía el puñal, la sujetaba el hijo con todas sus fuerzas, temblando de esfuerzo, con sudor corriendo por sus mejillas. Y él mismo ya no tenía manos para

hacer otra cosa. Y no sabía qué más podía hacer. Apretaba con todas sus fuerzas, intentaba partirle la muñeca, domar aquel hierro que le buscaba las entrañas.

Y tampoco sabía si su padre estaba bien. Oía los gruñidos, los golpes, se alejaron, como si bailasen.

Cayeron. Unos y otros. Los cuatro. Forcejeando.

El hijo se derrumbó, se le cerraron los dedos en el aire. Se le escapó la mano, la mano y el hierro que le buscaba las entrañas.

Y el hijo quedó a merced del jaque, que olía a ajo y fritura, que olía a cerveza, que cayó sobre él como un alud, que le clavó un codo en el cuello y alzó el otro brazo, para encontrarle las entrañas, para arrancárselas. Iba a matarlo, el hijo iba a morir a los pies del pórtico.

Bajo un apóstol que padre e hijo habían tallado.

Pensó en Elo. Pensó en su hija. Pensó que iba a morir.

El hijo sería el precio que exigía la piedra.

La daga destelló en la limpia luz de la mañana, lista para arrebatarle la vida, y el hijo estaba en el suelo. Era imposible moverse, el jaque lo ahogaba, aquel codo se clavaba en su garganta. No podía hacer nada.

Allí estaba aquel ángel, a medio camino, huérfano, sin terminar.

Se le nubló la vista, le dolió el pecho al fallar, por enésima vez. No entraba aire en sus pulmones. Pensó en Elo. En su hija. Y en su madre. Y también pensó en su padre.

Y tras el puñal apareció su padre.

Su padre lo salvó, con aquella maceta, la del mango de nogal, la que llevaba cuarenta años usando.

Su padre golpeó. La daga cayó al suelo. Y su dueño cayó, encima del hijo, que lo apartó como si ardiese, mordiendo el aire con bocanadas ansiosas. Levantándose como si escapase de entre las llamas.

Todo era borroso. Padre e hijo se abrazaron.

Pero no bastó.

Había que pagar el precio. El pórtico lo exigía.

Sí que había robado. Había sido un ladrón, seguía siendo un ladrón. Había robado en los talleres, restos de cal, sogas. Y siguió robando. Incluso se había atrevido a robarle a Lamas, y al judío. Aquel Félix era un mal bicho.

Habían caído junto a aquel ángel de piedra y el maese, en lugar de pelear por su vida, había corrido a por la de su hijo.

Félix apoyó una mano en la cabeza de aquel ángel de piedra, y se levantó.

# XIX

Félix se lanzó contra los dos, contra el padre y el hijo, abrazados. Se lanzó para ensartarlos a los dos juntos con la embestida.

Lo oyeron, los dos lo encararon.

Y el padre, al comprenderlo, reaccionó. Se echó contra aquel indeseable, dispuesto a clavarse la daga en las tripas. A ensartarse. Lo que fuese para detenerlo.

Lo cogió por sorpresa. No pudo reaccionar a tiempo. Ni siquiera pudo estirar la mano. No pudo cogerlo. Tirar de él.

El hijo no pudo.

El padre se ensartó en la hoja afilada. El hijo gritó.

Y Félix intentó arrancar la daga de las carnes, sacarla de la sangre, pero aquellas manos, fuertes, callosas, manos de cantero con cuarenta años de oficio, no le dejaron.

No podía moverse. El viejo maese lo retenía como un cepo. Lo había atrapado. El jaque no iría a ningún lado, no podría acabar el

trabajo mientras el viejo maese tuviese aliento, aunque la daga saliese por la espalda con la vida del viejo prendida en el filo.

—Suelta, *xebo.*

Félix aún recordaba algunas palabras en la *verba* de los *arxinas*.

—¡Suelta! —Félix era desesperación—. ¡¡Suelta!!

La daga entraba y salía. Serraba las carnes, pero las manos del cantero no soltaban, ni siquiera cuando la sangre apareció en la comisura de los labios, bajo aquellos ojos, uno de cada color.

—¡¡¡Suelta!!!

El hijo recogió algo del suelo y se lanzó a por él.

Félix nunca llegó a ser cantero, pero murió con la herramienta de un cantero. La maceta trazó un arco en el aire, y no buscaba un cincel que mordiera piedra.

## XX

Ruy Ansúrez, el Cuatrohostias, llegó, renqueando y tarde. Sujetándose las costillas.

Llegó para contar la verdad. Sólo para contar la verdad.

Remató a un desgraciado que gateaba intentando escapar, con el rostro bañado en sangre. Le rajó el cuello sin una sola mueca. Y al otro, al muerto, le arreó una patada.

Y supo que, aunque la verdad pesase como le pesaba, aunque pesase tanto como el puto pórtico de los cojones, tenía que callar.

Allí, a los pies de un ángel de piedra, bajo la Gloria encerrada en un arco, un hijo se despedía de su padre.

## XXI

Arrodillado, bajo el pórtico, sujetaba a su padre entre los brazos, y su padre miraba aquella Virgen tallada en el frontal del coro, con sus ojos, uno de cada color, apagándose, pero fijos en el rostro de María.

—*Topei a máis bella de todas.* La más bella.

El hijo asintió, con el corazón encogido, sin querer mirar el charco carmesí que crecía bajo el padre.

Cómo había estado tan ciego, cómo no había podido ver. Cómo se había dejado llevar.

Se consumía entre sus manos, como una vela. Se moría en sus brazos.

—Papá...

Reaccionó, dejó de mirar al coro y miró a su hijo. En su rostro había orgullo. En su rostro había amor. Sus ojos, uno de cada color, cobraron fuerza por un momento.

—Papá, lo siento.

Como el Cuatrohostias, la sonrisa llegó tarde, renqueando, sujetándose un costado. Pero llegó. Mirando el azul y el oro.

—¡Ábrelo! *Para omnes*. Que no lo cierren. Para todos.

Padre e hijo hablaban separados por un mundo, por una vida entera.

—No es del obispo. *Non est do episcopo. Non est da ecclesia.* Es de todos, ¡de todos!

El hijo no escuchaba. Tenía demasiado que arrancar de las entrañas. No escuchó aquel eco del viejo Remigio, de su abuelo Arrio. No escuchó a su padre regresar al pasado. A aquel trozo de cuero aceitado.

—Lo siento, no debí, yo...

Ahora era el hijo el que no sabía cómo explicarse. Qué explicar. No sabía.

Pero el padre sí sabía.

El padre apartó la mano de la herida, aquella mano que conservaba las cicatrices de dos noches de helada. La sangre escurría en esas cicatrices, trazos blancos perdidos en el rojo. Y la apoyó en el rostro de su hijo. Lo miró, con aquellos ojos, uno de cada color.

No había pórtico. No había catedral. Sólo un padre y un hijo. Frente a frente.

—Tus gorriones eran *millores*...

El rostro sonreía. Los ojos, uno de cada color, sonreían. La mano, ensangrentada, abarcó el pórtico, el coro, la catedral entera.

—*Millores...*

Y la mano cayó en la piedra.

La piedra había cobrado su precio.

## XXII

No era un hombre de tacto. Por eso llevaba el apodo que llevaba. Pero el Cuatrohostias supo que poco importaba. Había llegado tarde, y ya no importaba que siguiera haciéndose tarde.

Aún la mañana comenzaba. Aún estarían los frailes con sus misas de tercia. Los carros llegando a Compostela para vender en Mazarelos. Los primeros peregrinos atravesando las puertas de las murallas.

Ya no importaba que se hiciera un poco más tarde.

Esperó.

Y era un tipo bragado. Lo único que le había ablandado el corazón en toda su puta vida había sido la sonrisa de Lambra. Pero allí, bajo aquel pórtico de azul y oro, lloró.

Lloró cuando el hijo se puso en pie llevando el cadáver del padre.

Jamás había visto, tampoco había vivido más que en campos de batalla, putiferios y calabozos, jamás había visto tanta ternura.

Sólo cuando el único de los dos Mateos que podía caminar dio el primer paso, sólo entonces habló.

Pero, como le había pasado a Mateo, no acertó con las palabras.

—Arrio...

Dudó el Cuatrohostias.

—Tu padre...

Tenía tanto que contar, la verdad abultaba tanto que no sabía por dónde empezar y mucho menos cómo terminar.

—¡Me cago en el profeta! ¡Escucha, tu padre...!

Mateo no le dejó terminar.

—Lo sé.

Calmado. Sereno. Caminando, con el cuerpo en sus brazos, saliendo de la catedral bajo aquel Pórtico de la Trinidad.

—No, por la madre que te parió, tienes que escucharme, ¡hostia! ¿Cómo cojones vas a saber?

Se marchaba. Y, sin detenerse, el hijo miró una sola vez el rostro de su padre.

—No lo sé, pero lo sé... Yo.

## XXIII

Una vez más, la tercera, la Trinidad rebosaba.

Pero esta vez no había un grupo de saltimbanquis. Tampoco una cabra. Ni vendedores de buñuelos.

Tampoco chicuelos buscando qué robar. Más bien, daba la sensación de que, de un momento a otro, una mitad iba a atacar a

la otra.

Tras más de un siglo en obras, casi un siglo y medio, la catedral de Compostela iba a ser consagrada. Pero no todos estaban allí para celebrarlo. Alarcos había caído y, mientras Castilla se preparaba, en tanto Aragón se decidía, al tiempo que Navarra tomaba posiciones, cuando incluso caballeros de renombre habían cruzado el Pirineo para vengar a la cristiandad, el rey de Galicia y León se negaba a formar parte de la alianza.

El arzobispo Suero, sin grandes galas, limpio y aseado, esperaba bajo el pórtico, reluciente en azul y oro. Lo rodeaba, como siempre, una bandada de canónigos y, desde el coro, aupada en los ecos de la nave, sonaba una candorosa melodía que no cuadraba con los ánimos de la explanada.

Tampoco con los reojos entre nobles y comerciantes. Ni entre los notables de Compostela.

El que no desconfiaba ya, husmeaba el aire buscando razones para hacerlo.

El lugar zumbaba como un avispero.

Y sólo hacía falta un chiquillo travieso dispuesto a lanzar una pedrada.

Compostela ya había ardido una vez, casi cien años antes, y a punto habían estado de matar a su arzobispo y a la reina emperatriz. Y podía arder de nuevo, había estado a punto de arder. Un incendio se había contenido esa mañana. Aún se buscaban los cuerpos del joven maese Mateo y de su esposa, entre las cenizas y los carbones humeantes.

Una triste noticia.

El vibrante murmullo de la explanada cesó cuando aparecieron los caballos de vanguardia.

Llegaba la comitiva real.

Y el rey, montado en un espléndido alazán, le susurró algo a su fiel capitán, justo tras él.

—¡Atentos!

Qué mejor momento que aquél para que la sabandija de su primo intentase algo.

Avanzaba entre espinos cerrados. Pisaba cristales rotos. Bastaba con que alguien se atreviese, que alguien fuera el primero, y no habría manera de pararlos.

Se suponía que aquel día de primavera del año del Señor de mil doscientos once se iba a celebrar una misa para consagrar la catedral, sin embargo, podía celebrarse un funeral.

Todo estaba preparado.

Hubo un abucheo. Alguien contestó con un viva para el rey. Pareció por un momento que la explanada se desbordaría, pero aguantó cuando se hizo el silencio, como un balde a punto de rebosar.

Saludos, reverencias. Mentiras. Falsedad.

Incluso el de Traba disimuló, y pena que ya no estaba el de Vimianzo para que el señor de Pambre, con su bastón y su gota, con el rostro lleno de arrugas, pudiera intercambiar algún chascarrillo.

Y los notables, los ricos, los mercaderes, los nobles atiborraron la catedral. Faltaba sólo una cosa por hacer antes de dirigirse al altar sobre los restos del mismo apóstol y comenzar la misa.

Y lo que faltaba, tras el azul y el oro del pórtico, aguardaba cubierto con un pañolón de terciopelo que enseguida rodearon tres canónigos.

El rey colocaría la última pieza, anunció un vocero del obispado, el mismo tipo cojitranco, bien lavado y rojo de frotarse con jabón, que daba los pregones por la ciudad cuando al Cuatrohostias le daba pereza encargarse.

El rey remataría por fin la catedral de Compostela.

Y los canónigos, aleteando, retiraron el terciopelo.

Se suponía que debía ser una pieza espléndida.

—Un precioso ángel alado —había anunciado el arzobispo al nuevo mayordomo real, que había heredado el incómodo puesto de aquel Armengol.

El terciopelo cayó al suelo.

Y la exclamación recorrió la catedral de punta a punta.

No había ángel. No había alas.

## XXIV

Sólo había cascotes.

Una pila de grava. Los descartes de una cantera.

El rey se volvió de inmediato hacia el arzobispo. Más de uno de sus hombres llevó la mano al pomo de la espada. A los que estaban acostumbrados a la guerra no les gustaban las sorpresas, y su mejor respuesta era siempre el hierro.

Los canónigos empezaron a cacarear excusas mientras el arzobispo, en silencio, buscaba en la multitud.

Buscaba al gordo, pero el gordo García Rodríguez estaba camino del puerto de Xubia, donde pensaba embarcarse para cerrar negocios en Inglaterra, largos negocios.

Buscaba a Lamas, o a alguno de los jaques de Nathanael. Pero del prestamista judío se había encargado el Cuatrohostias. Lo había encontrado su sirvienta, en la cama en la que llevaba tanto tiempo preso. Muerto. Un cirio entre las sábanas.

—Un puto acto de misericordia cristiana —había contado el mismo Cuatrohostias.

Buscaba al conde de Traba, pero el conde de Traba, que se olía el percal, daba tímidos pasos atrás con los ojos gachos. Hasta que cayó al suelo con estrépito, en medio de un revuelo en el que sólo hubo dos cosas que no se movieron, el bastón del viejo señor de Pambre y su sonrisa, cincelada en un rostro lleno de arrugas.

—Ya me puedo morir a gusto —le diría esa misma noche a su asistente cuando le ayudaba a desvestirse—. Zafó de la anterior, pero de ésta no lo libra ni el diablo en persona.

No encontraba a nadie el arzobispo Suero.

Buscaba y no encontraba.

Y a quien finalmente encontró, no lo buscaba.

Bajó desde la tribuna, por las escaleras que su padre había diseñado y construido.

—Es mentira.

Suero siempre había ido tres preguntas por delante. Y lo gritó en cuanto vio al joven maese.

—De no haber sido por mí —sentenció Suero—, por Compostela, no seríais rey, recordad las Cortes de León.

El rey, que tenía la retorcida sonrisa de quien conoce la traición, no se molestó en contestar al arzobispo. Y, para entonces, Mateo, el hijo, ya estaba a los pies del pórtico de azul y oro que su padre había construido.

Suero no se arredró. Se acercó, con aquel aspecto de leñador. No sabía los detalles, y no le hacían falta. Todo aquello sólo podía significar una cosa.

Así que la amenaza la susurró, para que sólo pudiera oírla el joven maese, para que el rey no supiera lo que decía.

—Acabé con Arrio. Acabé con tu padre. Y acabaré contigo.

El joven maese lo ignoró. Siguió caminando, y el rey Alfonso estuvo seguro de que le traían explicaciones.

Se equivocó. No fue el cantero el que se las dio. Tras él venía aquel capitán al que le faltaba una oreja, sujetándose las costillas.

—Déjalo —ordenó el rey a su propio capitán.

Y el Cuatrohostias, sin olvidarse de una reverencia, se quedó junto al rey y empezó a hablar.

El arzobispo Suero se volvió hacia ellos.

—No creáis ni una palabra —le ordenó al rey, que inclinaba el rostro hacia el discurso de Ruy Ansúrez.

Y se revolvió hacia el joven maese, hacia el hombre al que le había dado una responsabilidad enorme para verlo fallar.

—Me las pagarás —le espetó.

El cantero lo miró con aquellos ojos, ambos del azul profundo del mar. Los dos iguales.

—Dicen que sigue vivo, dándose cabezazos contra las paredes —repuso Mateo impávido—. Dicen que lo tiene preso en Altafría y que cada día, invierno o verano, cada día. Lo llevan hasta el río Cea y lo obligan a meterse dentro del agua de tercia a sexta.

El arzobispo no supo de qué le hablaban, y aquel hoyuelo suyo hizo un extraño.

—Podía haberte colgado, las grúas de rueda aún siguen allá —señaló Mateo allende la Puerta de la Trinidad.

El hoyuelo intentaba recomponerse.

—Podía haberte destripado como a un gorrino —continuó Mateo —. Tu capitán no te hubiera protegido, es más, tuve que convencerle para que no lo hiciera él mismo.

—No os creerá.

—Sí. Lo hará —rebatió Mateo inapelable.

El Cuatrohostias le entregaba al nuevo mayordomo real un tomo.

—Son las cuentas de mi tío. Un hombre meticuloso, una pena que haya decidido embarcarse.

El hoyuelo se quedó quieto.

—Dicen —continuó Mateo—, que por las noches se le oye aullar. Dicen que se ha vuelto loco.

—No sé de quién hablas...

La sonrisa de Mateo, tan radiante como la del mismo Daniel, allí a unos pasos, hecho en piedra.

—De Armengol, de quién va a ser. Y estoy seguro de que queda en Altafría alguna otra torre con una habitación vacía.

No se molestó en escuchar lo que tenía que responder. No había necesidad, dos de los hombres del rey ya se acercaban al arzobispo para apresarlo.

Y Mateo continuó hacia el borde mismo, bajo el pórtico que había levantado su padre.

Miró a la explanada de la Trinidad, hacia la multitud confusa.

El pórtico imponente, azul y dorado, iluminaba la Trinidad completa.

Y Mateo le habló a la multitud, como lo habían hecho dos reyes ya.

—Vendrán de todos los rincones del mundo. Hoy, mañana. Dentro de un año. De cien. De mil. Vendrán. *Virán.* Aquí hay esperanza.

Miró de un lado a otro, a sus espaldas los hombres del rey hacían su trabajo, el arzobispo desaparecía. Y el conde de Traba. Y el rey sonreía con una sonrisa que era la de su padre.

—¡Aquí hay fe! ¡Hay redención!

La multitud no apartaba los ojos.

—¡Pero hay algo que no hay y que no habrá!

Dio Mateo otro paso más.

—¡No hay puertas!

Y braceó. Sacudió las manos. Para invitar a todos a entrar, para consagrar la catedral sin misas o ceremonias. Así lo había querido un

hombre bueno que se había perdido.

Y las gentes de la Trinidad dudaron. Pies inquietos, miradas nerviosas.

—No es del obispo. No es del rey. La catedral...

Fue un paso. Y luego otro. Mateo temblaba. Contenía las lágrimas. Intentaba mantenerse en pie. Y más pasos, de las gentes, de los niños. De los pobres, de los ricos. De los peregrinos.

—La catedral...

Fue como si la mañana se librase de la helada. Las palabras de Mateo derritieron el miedo de las gentes. Un paso más, otro más.

—¡Es vuestra!

Y la catedral de Compostela se llenó de gente. De su gente.

# Madre y padre



## I

El Cuatrohostias se rascó el cogote.

—Lo juro por mi madre. ¡Me cago en las babuchas del profeta! Lo encontraré —prometió.

Y Mateo, demasiado ocupado, incluso con la ayuda de Juanchón, se limitó a mascullar algo que pareció una aprobación.

—Tuvo que ser él —insistió el Cuatrohostias con una mano en las costillas.

Y el frade Gutierre intervino:

—Apenas sé de hongos, pero es factible. Algunos son, como suele decirse, *frutas del diablo*. Se puede perder la cordura.

Regresó el capitán:

—No lo dudes, si ese hijo de puta fuera inocente, no habría huido.

Conciliador, volvió el frade:

—Hay otras causas posibles. Quizá no lo sabremos nunca...

Y el Cuatrohostias miró al frade. Y el muñón de su oreja había subido dos tonos de grana.

—¿Y por qué se ha largado ese malnacido aborto de coneja manca de Cirilo?

Entonces fue Elo la que se acercó a los dos hombres y puso una mano en cada hombro, invitándolos a callarse.

Tras ella, con una sonrisa triste, de barco entre dos olas, insegura, Aldonza sostenía a la pequeña que, tras haber comido, dormía plácidamente en los brazos de su abuela.

Las piedras encajaron con un último rasguño y tanto Mateo como Juanchón se apartaron para contemplar su trabajo.

Los peregrinos iban y venían, pasaban entre ellos, pero no prestaban atención, no sabían que aquella mañana de verano era un día señalado para la catedral de Compostela.

Estaba oficialmente terminada y esa tarde, en una ceremonia a la que asistiría el rey, y el nuevo arzobispo de Compostela, quedaría, por fin consagrada. Como le gustaba al rey, sin alharacas, cumpliendo lo prometido a su padre, pero sin dejar que se supiera lo que había sucedido.

—Tu padre estaría orgulloso —dijo Aldonza con lágrimas temblando en las mejillas.

Todos clavaban los ojos en el parteluz. Todos.

Por fin se había colocado la última de las piezas, en la base, mirando hacia el interior de la nave principal.

—Es la mejor de todas —declaró Juanchón—, mejor incluso que el profeta Daniel.

El Cuatrohostias asintió.

—Como dos gotas de agua. Es él —admitió el rijoso capitán, sin blasfemias.

Elo se acercó a su esposo y lo tomó de la mano. Mateo no podía hablar, tenía un nudo en la garganta.

Y Juanchón comprendió que había llegado el momento de dejar sola a la familia.

—Si no me necesitas —le dijo a maese Mateo—, iré a preparar las cosas. Y a hablar con ellos. Siguen preocupados por lo de Ourense.

El frade intervino:

—Sé de buena tinta que faltan años, tendréis trabajo por mucho tiempo, esa catedral aún tiene mucho por hacer.

El gigantón asintió y, dando un paso atrás, animó a los otros a retirarse también.

Hubo despedidas y adioses, sabían que volverían a verse, Ourense no quedaba lejos. Pero Mateo no dijo nada. No podía. Tenía los ojos atrapados por aquella última pieza al pie del parteluz.

Su madre y su esposa lo rodearon. Y Mateo, sin una sola palabra, tomó a su hija en los brazos y se arrodilló con ella frente a la escultura, que miraba con humildad hacia el centro de la nave principal, como si buscase el altar mayor bajo el revoltijo de sus greñas indomables.

Pero si uno se fijaba, si prestaba atención, descubría que no miraba hacia el altar, sino hacia aquella magnífica Virgen que presidía el coro.

Cada tarde, la luz se colaba por el rosetón que dominaba el piso más alto y, como la misma gracia divina, encendía el oro que decoraba el coro. Y encendía el rostro de aquella Virgen, con una mejilla enmarcada por un revoltoso mechón.

Era Aldonza.

## II

Las dos mujeres se echaron un paso atrás. Comprendieron, y dejaron al cantero solo.

—¿Estarás bien?

Elo le preguntó a su suegra. Y como Aldonza no respondió, insistió.

—Ven con nosotros.

Negó. Había envejecido en los últimos meses, le faltaba algo que no podía recuperar. Y la emoción del momento la embargaba.

—No hay otro lugar en el que quisiera estar —dijo Aldonza—. ¿Y vosotros, estaréis bien?, ¿está seguro de que eso es lo que quiere hacer?

Elo asintió. Con convicción.

—Es un cantero. Es un *arxina*.

Se miraron. Cómplices, como sólo las mujeres saben hacerlo. Entendiendo sin necesidad de hablar de ello.

—Hará algo grandioso en Ourense —profetizó Aldonza.

Y Elo volvió a asentir.

## III

Las escuchaba tras él. Pero Mateo tenía demasiado que contener.

En sus brazos, su hijita abrió los ojos, de un intenso violeta. Y, pese al dolor que lo embargaba, el maese sonrió.

—Él lo construyó.

Señaló con el mentón a la última pieza, la que terminaba la catedral, la que había tallado con las herramientas de su padre, la que acababan de colocar él mismo y Juanchón.

—Él fue quien lo soñó.

Era piedra, aun así, en aquellos dos ojos bajo los cabellos revueltos, había un juego extraño. Uno era más oscuro que el otro.

—Es tu abuelo.

**FIN**

**«... Su sepulcro**
**visitando**
**los enfermos**
**con la salud se encuentran.**
**Todos los pueblos, lenguas, tribus**
**acuden a él clamando:**
**Suseia...»**

*Libro I, libro de las liturgias, del Codex Calixtinus:*
Extracto de la misa del papa Calixto.

# Cuaderno de notas



Al mirar hacia las vidas de los grandes artistas, de aquellos que dieron un paso adelante y marcaron un nuevo comienzo, hay un patrón.

Hay algo en el arte que tontea con el sufrimiento. Como en los ajedrecistas, los matemáticos o los físicos; como en todos aquellos que dedican su vida a una tarea inabarcable que obliga a caminar al borde del abismo, de la cordura. Y no se trata únicamente de la visión romántica que nos dejó la sombra del imborrable Beethoven y la pasión de aquellos años de crónicas ensalzadas.

Muchos se han condenado en favor de su propio arte. En la arquitectura, en el cine, en la pintura, en el baile... En todas las épocas y en todas las artes encontramos biografías pervertidas por la búsqueda del caldero al final del arcoíris y, demasiado a menudo, terminan en una espiral de autodestrucción.

Esas historias siempre me han intrigado.

Goya, Munch, Baudelaire, Bukowski... Hay tantos. Y, por el contrario, tan pocos que, como Rossini, se retiraron pronto para disfrutar de los laureles y dedicarse a vivir, comer y amar (parafraseado).

Por ese motivo, cuando decidí enfrentarme a este gigante, maese Mateo, a este desconocido, del que tenemos sólo un par de menciones en las crónicas, pero de quien tenemos el inmenso testigo de su obra, inconmensurable, irrepetible, única, pensé que sólo había un camino.

Dado que el conflicto es el motor narrativo, el Mateo de estas páginas es uno de esos artistas condenados por su arte. Es una mezcla de Frida, Caravaggio, Miguel Ángel, Hemingway, Af Klint, Gaudí, Van Gogh y tantos, tantas. Otras y otros.

Sus vidas, de las que se ha apropiado la literatura y el cine en tantas ocasiones, han servido para construirlo, y estas páginas no hubieran sido posibles sin esas contribuciones.

En el cine lo hizo Minnelli, con su maravillosa *El loco del pelo rojo*. Milos Forman con su *Amadeus*, y Jan Sardi con el guion para *Shine*, inspirado en la vida del pianista David Helfgott (y es el tercer concierto para piano de Rachmáninov el que inspira la pieza del anciano y el joven en la helada; aunque el organistro sea un instrumento en el que esa velocidad resulte imposible, esa sensación de dos melodías combatiendo podría teóricamente conseguirse al usar las dos manos en el teclado). También la maravillosa e inquietante *Black swan* de Darren Aronofsky, con el trasfondo del ballet. O *Whiplash* de Damien Chazelle. Todas muestran el precio que el artista paga en su camino hacia una perfección inalcanzable.

Y no sólo se trata de las historias que han contado la literatura o el cine, también de las obras en sí mismas.

En la pintura, Goya asomó sus lienzos a los mismos infiernos, como en *Saturno devorando a su hijo* o en sus famosos aquelarres. También Alfred Kubin, Santiago Caruso, Hans Giger (el famoso creador de la estética *Alien*) o el misterioso Baldomero Romero

Ressendi, de inolvidables e inquietantes óleos, del que tan poco sabemos.

Son sólo unos pocos ejemplos, la lista es interminable y mi deuda inabarcable.

A colación de lo anterior, y como ya sucedió con *Ultreia* en la primera entrega de esta saga, hay también en esta segunda una deuda con la ópera. En este caso, con la inmensa *Lucia de Lammermoor* de Gaetano Donizetti, relacionada a su vez con la inolvidable *La novia de Lammermoor* de sir Walter Scott.

En la obra de Donizetti (en su propia vida, de hecho), como en tantas otras durante ese período del *bel canto*, existe un descenso a la locura (y puede ser cierto que sirviera como excusa a las sopranos para lucirse) que ha servido de clara inspiración. Y hay que reconocer que el fragmento *Il dolce suono* se escuchó incansablemente mientras se escribían estas páginas.

Y no he sido el primero, la popularidad de esta magnífica ópera inspiró a maestros como Flaubert y Tolstói, que la usaron en sus *Madame Bovary* y *Ana Karénina* de un modo brillante.

En términos narrativos cabe una aclaración. Las tres fechas que parecen haber determinado el Pórtico de la Gloria (que dividen a su vez este cuento) llevaron a una resolución técnica poco habitual que ha supuesto un desafío.

Se decidió no contar una única historia, que hubiera requerido una aproximación argumental distinta.

En estas páginas y, a fin de salvaguardar el tono que favorecía esa sensación de locura, de no saber distinguir lo real de lo imaginario,

se cuentan tres historias independientes relacionadas. Cada una asociada a los tres momentos reflejados en las crónicas: la entrega del privilegio real, la colocación de los dinteles del pórtico y la consagración del templo.

Con cada una de las tres fechas históricas (claves en la construcción de la catedral y en la vida del propio Mateo) se asocia una, digamos, *novelette* que hace de espejo a la saga completa. Y, a su vez, esta segunda entrega supone una saga dentro de la saga donde tres historias hacen una (una de las tres que conforman la saga).

Y ese juego de tres sobre tres acaba reflejando lo trinitario, el trasfondo espiritual de la Trinidad, que daba nombre a una parte de la ciudad de Compostela (entrada principal de los peregrinos durante años), y elemento que pone de manifiesto algo presente en los tres tomos de la saga, la relación entre tres generaciones, entre padres e hijos, abuelos y nietos. En esta segunda entrega manifestado como el espíritu (recuerdo, fantasma, como se prefiera, de Arrio), el propio Mateo y su hijo.

Además, del mismo modo que esos tres elementos, también las tres novelas de la saga están relacionadas y son independientes, se convierten en una y tres a la vez (como la segunda entrega de la saga). Pueden leerse todas, una o dos, y encontrar en cada una elementos y épocas del Camino. Son historias autoconclusivas (permítaseme el palabro), autónomas y, a la vez, relacionadas. La primera, *Ultreia*, habla de la corrupción del poder en el Camino, esta segunda; *Suseia*, se asoma al arte y su papel en el eje que forjó la Europa moderna, y la tercera, *Santiago*, se acerca a la redención del peregrino.

Aunque hoy es conocido como Pórtico de la Gloria, como ya se reflejó en *Ultreia*, en tiempos medievales se nombraba como de la Trinidad, igual que la puerta de la muralla y el acceso mismo a la catedral.

De hecho, la representación de la *trinitas paternitas* sobre el parteluz deja clara la intención respecto al nombre de la obra (aunque hoy, desafortunadamente, nos falta la cabeza del Espíritu Santo en forma de paloma).

Aunque debe aclararse algo que señaló mi admirado Francisco Singul, sin quien hubiera sido imposible escribir esta saga. En los tiempos más primitivos, tal y como refleja el *Códice Calixtino*, la puerta de la muralla del lado oeste era llamada del Santo Peregrino, probablemente porque se abría hacia el cementerio, y lo reflejado en estas páginas y en la entrega anterior de la saga resultaría un poco prematuro. Como siempre, el novelista debe caminar por la cuerda floja, decidiendo entre favorecer la narrativa o la historia.

El concepto del demonio, del diablo, según la base cultural, tiene raíces y aspectos tan dispares y profundos que no se puede sintetizar en un par de párrafos, sin embargo, merece la pena una apreciación.

Existe la vertiente más pesimista del héroe, condenado por ser incapaz de plantarle cara, y existe aquel que se eleva por encima del mal porque logra burlarlo.

Del demonio se han ocupado Marlowe, Goethe, Mann (con cuyo *Doctor Faustus* reconozco una deuda eterna), Dostoyevski, Tolstói, Milton. La lista es abrumadora y, tan llena de talento, que uno se siente pequeño.

Pero, que yo sepa, ninguno de ellos les dio a sus demonios esa retranca gallega; única, mezcla de vieja cultura celta y sincretismo católico en el que hasta los chistes hablan del *galleguiño* que, con la boina estrujada entre las manos, burla al diablo con un truco de ingenio.

Recuerdo a mi tío y a mi abuela contarme aquellos *contos*, en los que *máis sabía o demo por vello que por demo*.

De ahí el peculiar enfoque de estas páginas. Un demonio más cercano al que construyó el acueducto de Segovia o al que levantó tantos y tantos puentes, castillos, torres, etc. Ese experto constructor que, en muchas ocasiones, termina por ser engañado por aquel a quien pretende robar el alma, como la maravillosa leyenda del Ponte do Demo, en el incomparable marco del monasterio de Carboeiro, lugar que merece la pena visitar (y mencionado en estas páginas).

Como ya sucedió en *Ultreia*, no puedo decantarme por la existencia, previa a la intervención mateana, de un trabajo completo en la portada occidental de la catedral compostelana. Hoy en día, y podría cambiar mañana, los expertos parecen tender, y sólo tender, al acuerdo de que algo había en el socavón del occidente de la catedral, pero no puede, al menos por el momento, asegurarse de cuánto se aprovechó el maestro Mateo. En estas páginas se tomó la decisión de considerarlo así porque resultaba conveniente para explicar el proceso creativo de Mateo. Aunque debe quedar claro que es sólo una elección estilística.

El obispo Pedro Suárez de Deza, o Pedro Suero, no asumiría el episcopado compostelano hasta unos años después. Sin embargo, en aras de la narrativa, de la simplificación de un personaje tangente que construyera este cuento de un modo más coherente, no he tenido escrúpulo alguno en adelantar su nombramiento.

Cabe mencionar que, como Pedro Muñiz (otro de los obispos implicados en esta fase constructiva de la catedral compostelana), Suárez de Deza también habría estudiado en París y habría quedado influenciado por Ricardo de San Víctor y sus visiones arquitectónicas en cuanto a la interpretación de las Sagradas Escrituras. Ideas que se plasman en estas páginas a través de las acciones y decisiones del propio maestro Mateo.

Y en este sentido debe quedar claro que no existe consenso en si el ideario tras la obra de arte se debe al propio Mateo o si acaso seguía las instrucciones del obispo, los miembros del cabildo u otros artistas; una discusión que se hará eterna, pues no tenemos documentos o pruebas que defiendan una postura u otra.

Y mencionado el obispo es obligatorio recomendar la visita a la comarca de la que era originario. Toda la ribera del río Deza es un paraíso, y a sus orillas se encuentran lugares de tanta importancia histórica y cultural como el monasterio de Carboeiro (sí, el de la leyenda del puente construido por el mismo diablo).

Aunque la prioridad siempre ha sido contar una buena historia, estas páginas no habrían sido posibles sin los innumerables trabajos de los grandes estudiosos del tema.

Como he confesado en otras ocasiones, jamás podré llegar a conocer el trasfondo histórico de mis novelas como lo hace un catedrático con una vida dedicada a desentrañar hasta los más

nimios detalles de ese trasfondo. Por eso brindo aquí mi enorme agradecimiento a Moralejo, los dos Izquierdo (padre e hijo), Prado Vilar, Otero Núñez, Castiñeiras, Singul y tantos y tantos otros que me han permitido asomarme al que hoy llamamos Pórtico de la Gloria. A lo largo de dos años he leído y visto todo lo que he podido encontrar al respecto y debo aclarar que sólo ha servido para asomarse a la inmensidad de mi ignorancia.

Cabe recomendar la lectura o el visionado de los libros y conferencias de estos gigantes que, a base de enormes esfuerzos, han logrado desentrañar (casi por completo) el laberinto que es el maestro Mateo y su obra.

De los trabajos y conferencias de Prado Vilar, alumno destacado del propio Moralejo, debe hacerse mención a algo más: la increíble y apasionante conexión con la vanguardia cultural estadounidense a través de la prestigiosa Universidad de Harvard. Fue Prado Vilar el que colocó a estas páginas tras la pista de Porter, Conant y su relación con el Seminario de Estudos Galegos. Poniendo de manifiesto, una vez más, cómo no siempre apreciamos lo cercano hasta que un desconocido lo señala con admiración. Sus conferencias, que pueden encontrarse con facilidad en el universo de la red, son impagables.

Como en el primer tomo (y repito que no es necesario leerlo, las tres historias de la saga son independientes), también es obligatorio admitir que estas páginas no serían posibles sin los trabajos, las conversaciones, las charlas y los favores dispensados por Francisco Singul (sí, ya había sido mencionado, pero se merece un aparte),

que ha olvidado más sobre el Camino de lo que yo aprenderé jamás. Sus libros y conferencias son auténticas joyas.

El privilegio real que otorga el sueldo semanal de dos marcos al maestro Mateo está a disposición del que desee verlo en las instalaciones museísticas de la catedral. Y el texto recogido en estas páginas, además de haberse adaptado al castellano contemporáneo se ha parafraseado, apenas, para encajarlo con la narrativa.

En ese sentido, la guerra con Portugal no tiene una relación histórica de causa y efecto con el privilegio, sin embargo, presentarlo de ese modo servía para dar coherencia a la narración.

Por otro lado, la hipótesis del panteón real y de que la Corona de Galicia y León se hubiera podido convertir en un análogo de San Dionisio en París sí que es aceptado por una parte de la comunidad de expertos (merecen la pena los vídeos que se encuentran en las redes a cargo del sapientísimo Alberto Garín), aunque no hay consenso, principalmente porque años después, ya con la unificación de las Coronas en la testa de Fernando III, la catedral de Compostela perdió ese papel.

Interesante es reflexionar sobre la biografía del propio maestro Mateo que, pese a las eternas discusiones, que seguirán alimentándose a medida que las investigaciones avancen, parece tener sólo dos certezas: el privilegio firmado por el rey Fernando II en febrero de 1168 y la inscripción de los dinteles en el propio Pórtico de la Gloria en 1188. El resto es humo.

En suma, sólo dos certezas y multitud de leyendas, algunas disparatadas, como esa que reza que, una vez terminada su ópera

magna fue obligado a arrancarse los ojos para no hacer algo similar en rincón alguno de la cristiandad.

La teoría de que era arquitecto del Reino de León y el propio monarca lo cede a las obras de la catedral junto con una pensión vitalicia parece más bien haberse hecho popular gracias a las letras de Neira de Mosquera (que volverá a ser mencionado).

Su origen lucense todavía resulta más dudoso.

La mayoría de los estudiosos tienden a afirmar, con la boca pequeña, que o bien era gallego, compostelano incluso, o que habría pasado muchos años en los talleres antes de asumir un cargo que, para entenderse en el presente, deberíamos comparar con el de arquitecto, un arquitecto que también coloca ladrillos, pero arquitecto.

Sin embargo, esta teoría también hace aguas en algunos aspectos, pues resulta difícil explicar el enorme conocimiento que Mateo demostró del arte contemporáneo que brota en el continente en ese momento, incluso del arte asociado al islam, más allá de la frontera que suponía el Guadiana (influyente de formas desconocidas gracias a proyectos como el de Medina Azahara).

Enseguida (y fue una de las ideas que acabaron desechándose para el argumento) apetece trazar un arco vital del maese Mateo similar al de otros artistas que acumularon viajes y experiencias para poder crear (como el antiguo boxeador reconvertido en arquitecto Tadao Ando, formado de manera autodidacta recorriendo el mundo).

Lo cierto es que, al menos hoy en día, no podemos saber la verdad.

En relación con el maestro Mateo también es necesario mencionar la famosa estatua del parteluz del pórtico que ha dado en llamarse

*santo dos croques*, lo que podría traducirse como «santo de los coscorrones» y si es o no, una representación del propio Mateo arrodillado frente a su obra (piénsese que en el interior de la nave principal estaría también el desaparecido coro mateano), mostrando humildad al apóstol e incluyendo una cartela en la que, quizá, y sólo quizá, en algún momento hubo algo como: *architectus fecit*.

No puede afirmarse con seguridad que sea el propio maestro Mateo, como ha venido insistiendo la leyenda popular. De hecho, en una anotación tardía del *Códice Calixtino* parece identificada como una figura femenina.

Como ya se ha mencionado, resultaría extraño en el propio concepto del artista en aquellos tiempos medievales representarse de ese modo, es una idea casi renacentista, podría decirse que barroca.

Aun así, el concepto de sí mismo que tiene el artista ha cambiado con el paso del tiempo, y seguirá cambiando. En un principio, el artista no era un artista como se le concibe hoy en día, era más bien un artesano (aunque pueda discutirse al considerar obras de teatro, esculturas y otras manifestaciones de la cultura clásica), sin embargo, en ese período del Medievo en el que el románico alcanza su auge y el gótico llama a la puerta, esa visión del artista de sí mismo, esa conciencia de ser algo distinto a un artesano parece florecer y, aunque no todos los expertos están de acuerdo, da la sensación de que dicha conciencia toma forma en algunas obras y testimonios llegados hasta nuestros días.

En el caso de Mateo, para muchos es evidente ese cambio en la ideología, y así quieren interpretar el enigmático mensaje que dejó grabado en su obra, el que podría traducirse como *hecho por artistas*, aunque dicha traducción esté llena de espinas.

En cualquier caso, el enfoque en estas páginas ha sido ése, el del artista en un sentido que podría tacharse de contemporáneo pero que, tal y como pretenden enseñar estas mismas páginas, es, en realidad, inmortal.

Rosalía de Castro, Gerardo Diego, Alfonso Castelao, Antonio Neira de Mosquera y muchos otros se han acercado a las piedras de Mateo para dejarnos sus descripciones, para transformar el granito en palabras, para, como escribió la poetisa, acercarnos a esas conversaciones quedas del pórtico.

De no haber sido por sus trabajos, no se podrían haber escrito estas páginas y es necesario recomendar la lectura de sus obras.

En realidad, es imposible mencionar todos los homenajes, sinceros, que hay en estas páginas a todos aquellos contadores de historias que han permitido ver la luz a este cuento. El escritor sólo es posible si nace como lector.

Algunos ya se han mencionado, como Mann, y es evidente que los coloridos apodos tienen mucho que ver con mi admirado Vázquez-Figueroa. Además, es justo mencionar que la anáfora de «discordia» tiene una clarísima inspiración en la maravillosa saga de *La torre oscura* de Stephen King.

En los aspectos teóricos del diseño mateano, en estas páginas se ha optado por asumir los trabajos de Francisco Prado-Vilar (ya mencionado) y los estudios desarrollados en el paraguas de la Fundación Mellon. Sus apreciaciones son las que se han empleado para, dejando a un lado polémicas y disquisiciones, formar el plano y el aspecto de la inmensa reforma de la catedral de la que fue

responsable Mateo. Sus publicaciones y conferencias han sido fundamentales para reconstruir esta maravillosa obra de arte. Y se ha hecho para servir al argumento de estas páginas, no para reflejar la historia.

Asimismo, los trabajos de Carlos Nodal, investigador de la misma fundación, han resultado capitales para comprender cómo se pintó el pórtico, tanto para esta entrega de la saga como para la siguiente.

La anisocoria de Mateo, que así se llama el fenómeno que explica la aparente diferencia de color entre ambos ojos, no se trata como tal de una diferencia de color (lo que se clasificaría como heterocromía), sino de una variación en la dilatación de las pupilas que causa esa sensación de que el color de los ojos difiere.

Es un síntoma y no una patología en sí misma y puede explicarse con diferentes causas, siendo el trauma una de ellas.

El caso más conocido para el público es el del inolvidable David Bowie, quien, según reza la leyenda, se metió en una pelea de bar al más puro estilo de Charles Bukowski y acabó viendo la vida con un *ojo de cada color*.

La llamada *verba dos arxinas*, *latín dos arxinas*, *verbo dos arguinas* o cualquier otra combinación es la peculiar jerga de los canteros del noroeste peninsular donde el gallego, el bable y el vasco se mezclan con latines y palabras olvidadas del castellano para proporcionar a los artesanos un modo único y secreto de comunicarse que, además, impediría a los ajenos aprender los secretos del oficio.

Hoy en día se pierde lentamente, se esconde en la memoria de los viejos, pero puede afirmarse que ha evolucionado lo suficiente para

incluir neologismos como café.

En cuanto a su origen, hay teorías diversas y, más que ninguna otra cosa, controversias.

Sin embargo, ha de admitirse que el siglo XII reflejado en estas páginas podía no contar aún con una jerga así. Aun así, del mismo modo que los diálogos no se han escrito en castellano antiguo ni en gallego-portugués (que cobra un peso enorme en esas fechas), se ha considerado que la inclusión de los términos daba un sabor narrativo especial. Además, el dejo del propio Mateo al emplearlos más que ningún otro de los canteros en la obra sirve, a su vez, para retratar al personaje, su inseguridad, sus ansias por hacerse valer.

Algunos de los términos han salido de trabajos relevantes como el de Varela Pose, y otros de canteros veteranos a los que entrevisté para asomarme a los misterios del granito.

En cuanto al granito y a su trabajo, tengo que reconocer una deuda impagable con mi tío Octavio, que no sólo me inculcó el amor por la arquitectura cuando era un crío con dos palmos del flequillo al suelo, sino que lleva también una vida dedicado a la cantería. Fue mi tío el que me habló de la ley de la piedra, de las monteas, de las fisuras, de las superficies regladas y de la *verba* de los canteros.

Gracias a mi tío, a los increíbles trabajos que él y su taller han realizado en la propia catedral de Compostela (en distintas restauraciones) y en la imponente Sagrada Familia, yo he podido asomarme al precipicio al borde de un bloque de piedra.

Tuve la fortuna de aprender lo que eran esas superficies regladas tocando piedras que hoy están colocadas en el maravilloso monumento barcelonés. Y se estableció entre Compostela y Barcelona una intensa relación que, como no podía ser de otro

modo, también influyó en el Mateo de estas páginas a través de la figura del inconmensurable Gaudí. No cabe duda de que ambos genios compartían y comparten muchos puntos en común, el mismo arquitecto catalán alabó sin tapujos (y no siempre era dado a los halagos) la catedral de Compostela.

De no ser por mi tío, no hubiera conocido a Miralles, a Ando, a Siza, a Wright, a tantos y tantos que han servido para darle sentido al particular Mateo de este cuento.

Sin mi tío Octavio, sin su ayuda, sin su trabajo, estas páginas no hubieran sido posibles. La deuda es impagable y sólo puedo esperar que, cuando él terminé de leer esta historia, crea que he hecho un buen trabajo, a la altura de aquellos que él me ha enseñado a admirar.

Sobre el juguete medieval son destacables los trabajos de Silvia Alfonso Cabrera. De hecho, aunque no se emplease en la novela (sí en los borradores), parece ser que fue significativo el número de vajillas de juguete. En cualquier caso, en estas páginas, los juguetes del pequeño Mateo pretenden ser un modo de mostrar la dedicación de Mateo a su hijo.

Curiosamente, la figura del usurero judío, representada con una bolsa de dineros sujeta firmemente entre las manos, resulta recurrente en el románico, es fácil encontrarlo representado en muchos de nuestros monumentos y basta una sencilla búsqueda en internet para descubrir que en las iglesias hay casi tantos como profetas y apóstoles.

No existen dudas de la importante influencia social que tuvieron en su momento este tipo de prestamistas que se servían de la doctrina que impedía la cesión de dinero entre cristianos.

Para entender todas las aristas de este espinoso asunto es interesante la lectura de los trabajos de Macarena Crespo Álvarez, más que ilustrativos.

Aunque no son éstas las páginas para entrar en explicaciones sobre música o lenguaje musical, sí caben un par de notas, para que aquel que desee más información sepa cómo encontrarla.

Es cierto que el famoso tritono del diablo estuvo prohibido en tiempos medievales y también que, a día de hoy, se ha vuelto incluso popular en determinados géneros musicales, de hecho, es famoso, entre otros, su empleo por el compositor y guitarrista Tony Iommi de Black Sabbath, que ha seguido por un camino ya abierto en el período romántico por Vivaldi o Beethoven.

En lo que respecta a los instrumentos medievales han sido de gran ayuda todos los documentales y artículos que, gracias al impulso del arzobispado y la Fundación Barrié, se asociaron al más que encomiable proyecto de hacer realidad los instrumentos del Pórtico de la Gloria.

Además, todo el trabajo que se realizó en su momento para recrear la vida del juglar Martín Códax en *Laín, el bastardo* ha resultado inestimable. En especial la paciencia y las lecciones que, ya en su momento, generosamente, compartió Luciano Pérez Díaz, director de la Colección de Instrumentos Musicales y Objetos

Sonoros de la Diputación de Lugo, que puso en mi mano violas y cítolas.

Además, los trabajos de Xaime Rivas Dacosta fueron muy ilustrativos.

En este aspecto también debo agradecer su inestimable ayuda a los profesores Carreira y Meleiro, que me ayudaron a comprender la vida de un trovador medieval.

Y, también en el ámbito musical, debe agradecerse la paciencia de Carlos, mi profesor de guitarra. Porque, del mismo modo en que mis investigaciones me han llevado a aprender apicultura para poder darle una profesión a *Fierro* o a aprender equitación para poder hablar de *los hijos del viento* en *Breo*, estas páginas me han obligado a aprender a tocar la guitarra para plasmar con certeza a esos ancianos del coro del Pórtico de la Gloria, que afinan sus instrumentos antes de comenzar el concierto.

Al hilo de lo anterior, los trabajos de Carlos Villanueva han resultado muy ilustrativos, en especial al señalar esa publicación del año 1184 de Gioacchino da Fiore, *El salterio de diez cuerdas*, que explica de manera brillante cómo el organistro, con sus tres cuerdas y su forma de tres círculos interconectados, supone una alegoría de la misma Trinidad, alegoría que se ve reforzada por los tres materiales del propio instrumento, la madera del cuerpo y la caja de resonancia, lo animal que suponen las cuerdas hechas de tripa retorcida y el metal del manubrio, los engranajes y las bisagras.

Es indudable que la importancia del organistro en los años de estas páginas tiene raíces mucho más profundas que su musicalidad. Y vuelve, una vez más a jugar con la idea de la Trinidad, que tanto peso tiene en la saga en sí misma.

En cuanto a la que se muestra como idea de Mateo respecto a la llamada catedral vieja o cripta que negocia el socavón al occidente de la catedral, este relato se ha ajustado a la interpretación de Manuel Antonio Castiñeiras que afirma que es una obra mateana y que jamás tuvo la intención de ser empleada como panteón real, sino que se trataba más bien de una capilla, probablemente dedicada a Santiago el Mayor.

Y con relación a la arquitectura de dicha idea, parece que existe acuerdo (especialmente por esa conocida traducción del *Códice Calixtino* al gallego del siglo XV) en que había escaleras por el exterior y el interior de la catedral. Aunque, debe aclararse, que éste, como tantos otros temas, es y seguirá siendo un motivo de desacuerdo entre los expertos.

Sobre el origen concreto de la piedra empleada en la catedral de Compostela existen disensiones y, probablemente, las seguirá habiendo hasta que se desarrolle alguna tecnología que zanje la cuestión.

Son varios los orígenes posibles y razonables. Y no tiene mayor importancia para la narrativa de estas páginas. Probablemente tampoco tenía excesiva en aquellos tiempos medievales porque su concepción de la piedra en la construcción era distinta a la presente, era un material que, en muchos casos acababa pintándose, con lo cual, diferencias de color o de origen no serían relevantes.

Por otro lado, ese granito moreno, con tintes dorados, que a veces ha dado en llamarse *do país* entre los gallegos, y que ha caracterizado más de una iglesia y catedral, no es un tipo de granito

como tal desde el punto de vista geológico, sino un proceso natural que se denomina meteorización. Se trata del granito de las capas exteriores de los afloramientos, un granito sometido durante larguísimos períodos a las inclemencias del tiempo y que, como tal, se ha visto afectado por ellas antes de ser extraído.

Debe comprenderse que, en aquellos días, no se podía trabajar como en el presente y las canteras se limitaban a las capas superficiales de la piedra.

Al hilo de lo anterior, el granito no se trabajaba del mismo modo en aquellos días. Aunque es indiscutible que podían llegar bloques de cierto tamaño a pie de obra, buena parte del trabajo se haría en los lugares de extracción para evitar un penoso transporte.

Los bloques de los que se hablan en estas páginas nada tendrían que ver con los auténticos mastodontes que hoy en día reciben, directamente desde las canteras, las factorías que se dedican a la piedra.

Y, por último, la piedra, el granito, es un misterio que en ocasiones parece vivo. Dos años viendo colocar y trabajar piedra casi a diario sólo sirven para comprender la inmensidad de la ignorancia. Puedo atestiguarlo.

Solamente el hecho de *apiconar* un bloque con algo de gracia requiere meses de práctica. Y, desde estas páginas, además de contar una historia, se ha pretendido rendir un sentido homenaje a los canteros, a los *arxinas*.

Existe entre algunos estudiosos de la historia y de la historia del arte la hipótesis de que quizá Mateo intentó que el Pórtico de la Gloria

tuviera un solo dintel y no dos, para dotar a la entrada de un aire mucho más monumental gracias a un vano inmenso. En estas páginas no se ha considerado esa posibilidad porque los canteros y arquitectos entrevistados la han visto como muy remota.

Pueden conseguirse piezas de ese tamaño que trabajen bien a compresión, como un obelisco, pero dada la escasa capacidad del granito de trabajar a tracción, el tamaño del bloque necesario para un dintel de esas características parece hacer la idea inviable.

A lo largo de los tiempos reflejados en estas páginas la liturgia católica estaba cambiando, los nuevos ritos romanos cobraban plena vigencia y la música evolucionaba desde el canto conocido como gregoriano a composiciones más complejas que incluyen el acompañamiento instrumental, en parte, parece ser, inspirado en textos como el del Beato de Liébana.

Existen numerosos trabajos, como los de Prensa Villegas que resultan muy ilustrativos.

Parece ser que los acompañamientos musicales en la liturgia no eran los mismos en monasterios de diferentes órdenes y eran, a su vez, distintos a los de las catedrales.

Conscientemente, estas diferencias y una visión en profundidad de las técnicas, horarios y orquestaciones se han soslayado para no cargar el texto con exposiciones que, desde el punto de vista argumental, resultaban innecesarias.

En este sentido, cabe mencionar la particular tendencia de los coros catedralicios españoles a distinguirse de otros similares en la geografía europea al ser herederos de una tradición anterior.

En el puesto de mayordomo real de León se fueron turnando muchos notables del reino durante los años en los que transcurren estas páginas. Las familias de los Castro, los Osorio, el mismo linaje de Traba (presente en otros rincones de esta historia), los De Haro.

Sin embargo, en aras de una mayor fluidez narrativa el personaje de Armengol (también Ermegol) que desempeñó el cargo al menos en dos ocasiones se ha mantenido en su puesto desde 1168 hasta las Cortes leonesas de 1188. Una simplificación que, como se ha mencionado, permitía sintetizar el trasfondo histórico.

Aunque se han derribado ya algunos prejuicios, desafortunadamente, quedan muchos más en pie. Por algún motivo, a la España contemporánea siempre le ha costado reconocer los méritos de la España del pasado. Y no son éstas las páginas para resolverlo, ahora bien, desde este cuento se ha intentado dar unas orgullosas pinceladas al increíble desarrollo jurídico y normativo de unos territorios que, en plena Edad Media, se adelantaron a su tiempo.

Las Cortes de León de 1188, reconocidas por la Unesco como cuna del parlamentarismo europeo (y por tanto mundial), son un hecho histórico con raíces profundas que llevan a discusiones que escapan del propósito de estas líneas. Baste decir que ya el fuero de León de ciento setenta años antes resulta significativo y que, afortunadamente, pese a que aún haya quien sigue creyendo que fue Juan Sin Tierra, el inglés, el que en 1215 se vio forzado a hacer algo similar (aunque sólo consideró a los nobles), hoy en día, el consenso (como demuestra la declaración de la Unesco) se vuelca en afirmar que ese histórico momento en el que los notables de las

ciudades formaron parte de las decisiones políticas como hombres libres pertenece al antiguo Reino de León.

Merece la pena leer los famosos *Decreta* de aquellas Cortes, interesarse por las recreaciones que se han hecho e intentar comprender cómo, en oposición a otros lugares de Europa, ya en León, en pleno siglo XII un hombre cualquiera podía apelar al rey para pedir justicia.

Debe entenderse que este increíble hecho histórico no surge sin más de la nada, como señala el profesor Arvizu y Galarraga, no se trata de hongos tras la lluvia, hay semillas previas.

Es imposible no emocionarse al encontrar, mil años después, la pilastra a la entrada de la catedral de León que reza *Locus Apellationis*, donde los ciudadanos podían reclamar justicia al rey.

Debe comprenderse que la tradición filosófica, cultural, de pensamiento, desde los trabajos del propio san Isidoro de Sevilla, a la formalización del ordenamiento en el *Liber Iudiciorum* de Recesvinto, el fuero de León ya mencionado (donde se regula la presentación de pruebas para un juicio, la designación de jueces, la inviolabilidad del hogar, los derechos de las mujeres a heredar o a representarse), las ciudades libres que nacen en las extensiones reconquistadas al islam, o al hecho de que Urraca reinase siendo mujer son peldaños en la escalera que conduce a este hecho histórico de las primeras Cortes conocidas en 1188.

Entiéndase que, de hecho, aún hoy, los miembros de la cámara en las Cortes de Castilla y León siguen llamándose procuradores, tal y como se denominaba hace diez siglos a esos representantes de villas y ciudades.

Al hilo de lo anterior merecen la pena los trabajos del australiano John Keane, especialmente su libro *The life and death of democracy*. Y debe recordarse que no es el único que ha puesto en valor los sucesos de la historia medieval de la península, respecto al ya mencionado fuero de León promovido por Alfonso V, uno de los padres de los Estados Unidos, Thomas Jefferson, lo alabó como inspiración indispensable para la redacción de la archiconocida *Declaración de Independencia*.

Por increíble que pueda parecer, todos los indicios apuntan a que el famoso gallo de San Isidoro es, de hecho, una pieza sasánida que, en algún momento, llegó a la península y fue obtenida como botín de guerra cristiano en alguna cabalgada contra los ocupantes musulmanes. Su historia y la de muchas otras piezas extraordinarias como la talla vikinga que ya mencioné en *Assur* pueden verse en el espléndido museo de la Real Colegiata de San Isidoro, cuya visita es casi una obligación moral.

A este respecto se han tomado ciertas libertades en cuanto a la descripción física del lugar, sin embargo, hay detalles recogidos de la impresionante realidad que aún hoy puede disfrutarse en el lugar. Y parece cierto que la conocida como antigua sala capitular fue, de hecho, el escritorio de los copistas.

Entre otras muchas cosas, y aceptado el consenso de que el papa Calixto pudo sancionarlo como *autoritas* pero no escribirlo como tal, el *Códice Calixtino*, que ya aparecía en la primera entrega de la saga (y creo que ya he mencionado que las tres novelas son independientes, pueden leerse sin un orden concreto, las tres, dos o

sólo una de ellas), es también un auténtico monumento a la música universal y ofrece no sólo homilías, sermones y oficios, sino liturgias completas para celebrar el culto y la festividad de Santiago, así como su traslación en el último día del año.

El primer apéndice del códice tiene un impresionante conjunto de polifonías que son auténticas joyas que parecen tener gran influencia del norte de la actual Francia en un momento en que la música estaba evolucionando de un modo más que significativo y en el que la relación entre las voces y la melodía empieza a establecerse de un modo particular.

En suma, tanto el primero de los libros del códice (canciones litúrgicas) como los dos apéndices se centran en la música.

Son reseñables en este sentido los trabajos y conferencias de Tello Ruiz-Pérez.

Además, la excelente labor divulgativa de Juan Carlos Asensio y su magnífico programa Sicut Luna Perfecta han sido de muchísima ayuda.

En relación directa con el *Códice Calixtino*, como ya se comentó en la primera entrega de la saga, *Ultreia*, existen discusiones sobre si fue escrito o no en Compostela dadas las habituales referencias francas del autor o autores. Estas páginas no pretenden dar una opinión en un sentido o en otro, ya que ambas argumentaciones son razonables, se ha asumido que se escribió y compuso en Compostela aunque fuera por manos francas.

En el sentido musical debe también mencionarse que las impagables teorías del profesor Moralejo relacionan la representación del *Ordo*

*Prophetarum* (un drama litúrgico medieval) con el conjunto escultórico del Pórtico de la Gloria y, como tal, explicaría la presencia de personajes paganos como la Sibila, el poeta Virgilio o la reina de Saba.

Los dinteles del Pórtico de la Gloria, si damos por buena la inscripción que aún puede leerse, se instalaron en el mes de abril de 1188, y el traslado del cuerpo del rey Fernando II de León no se realizaría hasta un mes después, entrado mayo, sin embargo, en estas páginas, para aumentar la carga narrativa, no se ha entrado en detalles respecto a las fechas o al tiempo transcurrido entre ambos hechos.

Aunque no consta que el obispo Diego Gelmírez tuviera una pieza semejante (que habría heredado su sucesor), el retablo que se describe en sus dormitorios muestra del lujo y la ambición que caracterizaron de algún modo al personaje (uno de los principales de la entrega anterior de la saga) y está inspirado en el tríptico de Stavelot, una pieza que aún puede verse hoy en The Morgan Library & Museum.

Sobre las catacumbas de la catedral de Compostela se podrían escribir multitud de tratados, en estas páginas no se ha entrado en detalle, pero resultan en extremo interesantes los trabajos del doctor Patxi Pérez Ramallo con conclusiones muy intrigantes respecto a esos cuerpos aún hoy enterrados.

Es cierto que el obispo Pedro Suárez de Deza consiguió en su momento el privilegio del jubileo cuando la festividad del apóstol coincidiera con un domingo, sin embargo, se supone que lo hizo unos años antes de estas páginas.

Por otro lado, al contrario que el controvertido Diego Gelmírez de *Ultreia*, no hay elementos para pensar que el arzobispo Deza desarrollase una actividad económica cuestionable en el entorno de la catedral, en ese sentido, ha de quedar claro que se trata de mera ficción.

Asimismo, sí que parece cierto su deseo de que, como en Salamanca, también en Compostela se desarrollasen estudios de alto nivel, especialmente en Derecho. Sin embargo, la conjura reflejada en estas páginas entre el arzobispo y el rey de Castilla no está basada en ningún documento o registro histórico. Es, de nuevo, mera ficción.

El hecho de que la catedral de Ourense (en especial el Pórtico del Paraíso) continúa con la escuela mateana es indiscutible, sin embargo, por desgracia, no conocemos al maestro de obras y no tenemos, al menos por el momento, idea de cómo se dio tal circunstancia. De ahí que deba aclararse que la idea de que un hijo de Mateo mantuviera vivo el legado de su padre es una simple especulación narrativa.

En cuanto a los dibujos y al dibujo, en estas páginas se han tomado ciertas libertades. Se ha consentido una sensación un tanto más contemporánea en las capacidades del artista, casi renacentista, sin

embargo, como prueban múltiples ejemplos en los tumbos que aún se conservan en la catedral compostelana, los dibujos medievales tenían, quizá, más calidad de la que se les presupone y hay entre esos ejemplos notables muestras de talento retratístico.

Por otro lado, existe en estas páginas una deuda inmensa con los cuadernos de Katsushika Hokusai, el famoso autor de *La gran ola de Kanagawa*. Fueron sus dibujos los que inspiraron los gorriones de estas páginas.

Si ha llegado hasta aquí, querido lector, déjeme decírselo una vez más, gracias, muchas gracias.

Estoy a su disposición en las redes sociales o en mi correo electrónico, francisconarla@francisconarla.com.

*Suseia*
Francisco Narla

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Calderónstudio, 2026
Imagen del cuaderno de notas ©Shutterstock
Mapas e ilustración del Pórtico de la Gloria, © Francisco Suárez Beltrán

© Francisco Narla, 2026, representado por Albardonedo agencia literaria

© Editorial Planeta S.A.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 979-13-87714-33-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# Table of Contents


- Portadilla
- Dedicatoria
- Lema
- En el año de nuestro Señor de 1168...
- De Trinitate. Libro I - 1168
  - Demonio y piedra
  - Usura y gorrión
  - Castaño y hielo
  - Sangre y nogal
  - Escaleras y garras
  - Mentiras y picores
- De Trinitate. Libro II - 1188
  - Cabezas y cuernos
  - Años y reyes
  - Piedras y tintas
  - Astillas y sangre
  - Piedra y maleza
  - Justos y lapislázuli
  - Hijo y padre
- De Trinitate. Libro III - 1211
  - Cofres y muertos
  - Hijo y madre
  - Tres y dos
  - Herencia y caridad
  - Ángel y gorrión
  - Madre y padre
- Lema
- Cuaderno de notas
- Créditos